Lucía G. Sobrado

La segunda vez que me enamoré de ti



El amor casi siempre...

gana el primer combate

La segunda vez que me enamoré de ti

Lucía G. Sobrado

Para mis padres y mi tata, por propiciar
mis mejores veranos en Marbella
Y para quienes creen que llegan tarde a sus sueños:
la edad es solo un número, no te rindas

Nota de la autora

Antes de que te adentres en las páginas de esta novela, me gustaría hacer una pequeña aclaración. El mundo del deporte tiene cierta relevancia en esta historia, pero hay algunos aspectos reales que se han modificado o ignorado para la construcción de esta.

Aunque la localización de los Juegos Olímpicos de los últimos años se ha mantenido, no se han representado con fidelidad las modalidades en las que se compitieron. Asimismo, y con la intención de que la historia sea más *cozy*, en esta realidad tampoco existió la pandemia de la COVID-19 ni las catástrofes naturales. También se han alterado las ubicaciones de algunos pueblos y emplazamientos para adaptarlos a la trama.

Cualquier parecido con la realidad no es más que fruto de la casualidad.

1

Marián



Viernes, 18 de octubre de 2024

Si mi vida pudiera resumirse en una palabra, esta sería «casi». Casi alcancé mis sueños. Casi fui lo suficientemente buena. Casi encajé en los estándares. Casi conservé al amor de mi vida.

La dichosa palabra resuena en mi cabeza mientras termino de abrocharme la chaqueta de chef. Para mi desgracia, el espejo del vestuario del hotel me devuelve un reflejo que no me ayuda a silenciarla. La chaqueta, diseñada para cuerpos que no tienen tanto que ofrecer, me aprieta en todas las zonas críticas, como en mis caderas despampanantes —término acuñado por mi santa madre, doña Catalina Silva Villaseca.

«Casi». Dos sílabas que se me clavan como una astilla bajo la uña. Casi consigo cambiar el maldito uniforme. Casi tuve el valor de renunciar a este trabajo. Casi luché por lo que quería.

A pesar de mis reiteradas peticiones, el uniforme lleva tres años siendo una talla menor de la que debería. ¿Que un hotel cinco estrellas superlujo en pleno Puerto Banús no tiene presupuesto para

invertir en la comodidad de sus trabajadores? Ja. Eso no hay quien se lo crea. Y como consecuencia aquí estoy yo, embutida en tela rosa cual salchichón, como si encontrar chaquetas de chef de este color fuera tan complicado.

Tras un último estirón a la prenda, cierro la puerta de la taquilla. Con demasiada fuerza. Como látigos, las cabezas de mis compañeras se giran hacia mí y los cuchicheos se acallan durante unos segundos en los que mis mejillas se tiñen por la vergüenza. Hundo los hombros en un intento vano por convertirme en un avestruz que entierra la cabeza bajo tierra. Tengo kilómetros y kilómetros de playa terrosa a mi disposición para hacerlo, pero no puedo. No cuando soy la encargada —y única trabajadora, pero esa es otra movida— del exclusivo córner de repostería creativa del Marbella Paradise Resort.

La sección de repostería gourmet del hotel ha ganado varios premios locales, y sus dulces —mis dulces, en realidad— han hecho que muchos clientes regresen al resort solo por degustar alguna de las nuevas creaciones. Así son los ricos, capaces de recorrer medio mundo en su jet privado solo para tomar un postre al atardecer en Marbella. Sobrevalorado, si me preguntáis. Pero oye, gracias por alimentar mi ego, y lo siento por contribuir a la destrucción de la capa de ozono. No obstante, ni siquiera esa especie de halago basta para tapar el enorme agujero negro que se abre en mi mente de vez en cuando. Porque por mucho que brille en mi trabajo, siempre hay algo que me recuerda que mis sueños siguen siendo como el glaseado perfecto: los veo, pero si los toco, terminarán estropeándose.

En la cocina, mis compañeros corren de un lado a otro para preparar y servir comandas al ritmo frenético de *MasterChef*, mientras yo paseo por mi rinconcito sagrado con Lola Índigo en los auriculares. Aunque compartimos espacio, el éxito del Rincón Francés —que no tiene nada de francés— hizo que me concedieran una esquina con mis propios hornos, neveras y fregadero. En alguna ocasión, me he ofrecido a ayudar con las comandas, sobre todo en los tiempos de espera de subidas de masa, pero nadie suele aceptar mi ayuda. «La repostería solo consiste en seguir recetas», dicen los chefs, henchidos de orgullo cual pavos reales. Como si la creatividad, la pasión y la improvisación no formaran parte de ella. Ya me dirán cómo se crean las mejores recetas si no es improvisando y probando.

Por eso ellos tienen su espacio y yo el mío. Así, este caos organizado lleno del entrechocar de sartenes y de pedir comandas a gritos ha terminado siendo mi salsa. ¿Que habría preferido disponer de la paz de un obrador propio? Pues sí, no nos vamos a engañar, pero la vida te reparte unos naipes con los que te toca jugar, así que apáñatelas como puedas. Y los míos no han terminado siendo los mejores, sobre todo si tomamos en consideración la carta que he recibido esta misma mañana y que ha apretado un poco más la soga que llevo al cuello.

—¡Marián! —El grito de Guillermo, el maître, me saca de mi burbuja—. La mesa siete ha vuelto a pedir el suflé de mango. ¡Lo quieren ya!

«Claro que sí, lo que cualquier suflé necesita: gritos y prisas». Pongo los ojos en blanco y le hago un gesto vago con la mano para indicarle que lo he oído.

Aunque sea la encargada del Rincón Francés, hay ocasiones en las que me toca servir algunos postres en el restaurante. Sobre todo cuando entre los comensales se encuentra algún jeque demasiado importante como para que lo ignoren o algún magnate estadounidense que se cree que el mundo empieza y termina en su país.

Este es uno de esos días.

Mientras decoro el suflé con la precisión de un cirujano, me permito soñar despierta una vez más. ¿Qué habría pasado si, en lugar de estar trabajando bajo presión en una cocina que no es mía, tuviera mi propio local en París? ¿Qué pasaría si, en lugar de seguir las indicaciones de la dirección de un hotel, fuera yo quien creara mi propia carta y pudiera experimentar sin limitaciones de presupuesto o de paladares internacionales con texturas y técnicas nuevas?

—Listo —murmuro para nadie en concreto. Con un último detalle de pétalos de hibisco, coloco el cuenquito con el suflé sobre el plato.

No es una obra maestra —ni voy a volcar todo mi talento en el postre de un jeque, un ministro o un vete-tú-a-saber-qué que no lo apreciará—, pero sí que tiene un toque especial y elegante. Envío el plato con los camareros y me tomo un momento para respirar. Las largas jornadas laborales, sumadas a la constante sensación de que debo demostrar algo más, me suelen dejar para el arrastre. Y ni siquiera la satisfacción de estar haciendo algo relacionado con lo que me gusta alivia la pesadez de todos los «casi» que conforman mi vida.

La campanilla de la puerta del Rincón Francés anuncia la llegada de un cliente. Frunzo el ceño; el horario de venta al público aún no ha empezado. Dispuesta a despachar a quien sea, salgo por la

puerta abatible que conecta la cocina con el córner. Tengo una espantada educada en la punta de la lengua cuando me detengo en seco.

—¡Marian, querida! —me saluda Jacques con esa sonrisa sempiterna muy suya que no hace discriminaciones.

Le devuelvo el gesto sin importarme que acentúe la primera «a» —muy a la francesa—, en lugar de la segunda —*typical Spanish*—. Porque no hay nada de glamuroso en llamarse María de los Ángeles Díaz Silva, pero él siempre tiene una forma dulce y sofisticada de pronunciar mi nombre.

—¡Monsieur Beaumont! ¿Cómo usted por aquí? Ya no lo esperábamos hasta el próximo verano.

Me acerco y le planto dos besos en las mejillas. Es una confianza que solo le dedico a él, motivada por el pasado que compartimos; con monsieur Beaumont es fácil romper las barreras de las diferencias de clase. Solo hay que mirarlo: con el pelo ya entrecano y el rostro marcado por las arrugas y, aun así, no se desprende de sus bermudas caquis y su camiseta blanca con publicidad de Coca-Cola.

Aunque hemos dejado atrás el bochorno del verano, Marbella solo disfruta de dos estaciones al año: un infierno húmedo y un agradable tiempo primaveral. Para alguien como monsieur Beaumont —francés de pura cepa, con ese clima frío y lluvioso tan suyo—, los veintidós grados de la Costa del Sol en octubre son perfectos para pasearse en pantalón corto.

—Ah, nada… —responde con un gesto de la mano y acento marcado. Sus ojos verdes se clavan en la vitrina de los dulces con ese brillo que tantas veces le he visto—. Me apetecía comerme uno

de tus *éclairs* de pistacho. Cuando a un viejo como yo le entra un antojo —se palmea la barriga como si estuviera embarazado—, no se le puede decir que no. A saber cuánto tiempo le queda.

—Anda, anda, no diga eso —replico con una risa mientras le sirvo el dulce—. Aún le quedan muchas empresas que comprar. No puede morirse sin hacerse con todas.

«Como con los pokémon», pienso, pero me callo.

Jacques Beaumont es un hombre de mundo que habla cinco idiomas —español, inglés, francés, alemán y chino— y ha comprado más empresas de las que cualquiera puede contar. Ahora mismo, Beaumont Enterprise es de las multinacionales más importantes, con una amplitud y variedad de mercado que lo ha colocado entre los diez hombres más exitosos de la revista *Forbes* en los tres últimos años. No hay ni un sector en el que no tenga presencia. Aunque, en realidad, no sé bien en qué consiste su trabajo. A estas alturas, supongo que en ser la cara de la multinacional, porque con su fortuna y unos sesenta y cinco años, que quién los pillara, no hay mucho que pueda preocuparlo.

—En realidad he venido por negocios —admite mientras corta un trocito del dulce.

Ya sentado en uno de los taburetes, monsieur Beaumont se lleva el *éclair* a los labios con expresión ilusionada. A pesar de ser un magnate —y, en apariencia, el prototipo de señoro blanco con la vida resuelta—, es un hombre amable que no pierde la chispa de la vida. Y, en parte, eso ha sido lo que nos ha hecho mantener el cariño y el contacto durante catorce años.

—¿Por negocios? —me intereso y apoyo los codos sobre la barra.

Llevo desde los dieciséis trabajando en hostelería y, aunque Jacques sea un cielo, comparte ciertos rasgos con el resto de los clientes promedio del hotel: les gusta hablar de sí mismos.

—Sí, hace poco compré un nuevo activo y me apetecía festejarlo con uno de tus dulces.

«Pobre capa de ozono».

—¡Enhorabuena! Eso hay que celebrarlo.

Sin dudarlo, y a sabiendas de que va a salir de mi sueldo, le sirvo un segundo *éclair*.

—Hay muchas cosas que celebrar, en realidad.

—¿Ah, sí? ¿Qué más?

—Tengo una proposición que hacerte. —Monsieur Beaumont se toma unos segundos para limpiarse la comisura de la boca con la servilleta antes de añadir—: Quiero que vengas a Francia conmigo.

«Perdona, ¿qué?».

Mi primera respuesta es soltar una risita nerviosa, una que se habría desmadrado —mezcla de histeria e incredulidad— de no ser por el gesto serio de monsieur Beaumont. Pero es imposible. No puede estar proponiéndome, ¿qué?, ¿que me vaya de vacaciones con él? Porque me niego a pensar en otra cosa. Por el amor de Dios, este señor podría ser mi padre, es viudo y tiene dos hijos con los que compartí veranos. Y mucho más.

Irremediablemente, pensar en eso despierta en mí un hormigueo conocido que termina asentándose dentro de mi pecho. Porque ocho años no son suficientes como para que su recuerdo no encuentre la forma de arañar las paredes de mi memoria.

—¿A Francia? —pregunto despejando el estupor como puedo.

Monsieur Beaumont da buena cuenta de lo que le queda del primer dulce y asiente.

—Mi Silvie se casa en un par de meses, en nuestro *château* a las afueras de Locronan —anuncia con naturalidad. Luego suelta la bomba—: Y nos gustaría que te encargaras de los postres.

El nombre de Silvie trae consigo un regusto amargo. Dejamos de ser amigas hace ocho años, una consecuencia natural y que no le echo en cara, pero igualmente me queda un poso de nostalgia en la garganta, porque ni siquiera sabía que se fuera a casar. Han cambiado tantas cosas en este tiempo…

—N-no sé qué decir —balbuceo con las mejillas encendidas como un semáforo.

—Pues di que sí —responde con un guiño pícaro. Su tono relajado no hace justicia a lo que, para mí, es una propuesta monumental—. Además, me encantaría que estuvieras presente en la boda.

Con cada nueva palabra que sale de sus labios, menos me creo la situación. Recelosa, miro a mi alrededor, esperando encontrar una cámara oculta. ¿Será un *trend* de TikTok? ¿Una nueva edición de la *Gala Inocente, Inocente*? Cualquier cosa tendría más sentido que la oferta en sí.

—¿Habla en serio? —formulo con un hilillo de voz.

—Muy en serio.

Se me forma un nudo en el estómago. La proposición es tentadora. Muy tentadora.

Francia siempre ha sido el destino de mis sueños, el centro de mi ambición como repostera. He soñado tantas veces con especializarme allí y abrir un obrador propio que he perdido la cuenta. Ocho años atrás fantaseaba con vivir aquello de la mano de

Dominique, pasear por los Campos Elíseos y detenernos frente a un local que fuera mío, a observar la vitrina llena de dulces y clientes entusiasmados. Mi realidad, no obstante, es muy diferente, una en la que ni siquiera puedo vestir un uniforme de mi talla.

—No puedo aceptarlo, monsieur Beaumont. —El nudo de mi estómago se retuerce tanto por mi negativa que temo vomitar—. No puedo permitirme faltar al trabajo ni los gastos derivados del viaje.

—De los gastos ya me ocupo yo, querida.

—¿Q-qué…? —empiezo, pero me corta con un ademán.

—Y por el trabajo tampoco te preocupes.

—Es demasiado, no puedo permitir que…

—¿Que qué? ¿Que me gaste unos cientos de euros en la repostera más talentosa que conozco? Piénsalo de este modo. —Entrelaza los dedos sobre la barra, dejando a un lado su sonrisa bonachona y adoptando el porte de un hombre de negocios—. Esto no es un gasto, Marian, es una inversión. Es la boda de mi hija pequeña y quiero lo mejor para ella. Antes de que me digas que no —añade alzando un dedo como si me hubiera leído la mente—, déjame recordarte que Silvie siempre espera que yo vuelva de vacaciones solo para disfrutar de los dulces que le llevo. Los tuyos.

El nudo del estómago se me traslada a la garganta. Un halago así no debería doler, pero lo hace, y de repente siento el peso de una responsabilidad que no he pedido sobre los hombros. Las sienes me palpitan y mi mente corre más rápido que mi respiración. «¿Esto es real? ¿O solo es un sueño que terminará cuando Jacques Beaumont cruce la puerta?».

Niego con la cabeza, incapaz de aceptar.

—Aunque quisiera, como le he dicho, no me quedan días de vacaciones suficientes como para organizar… Para organizar nada, en realidad.

—Y ya te he dicho que por el trabajo no te preocupes. Estará aquí esperándote a tu vuelta.

La seguridad con la que lo pronuncia me hace fruncir el ceño. Eso no puede ser fruto del ego inflado de quien ha conquistado el mundo. Creo que hay… Hay algo más.

—¿Qué no me está contando, monsieur Beaumont?

Él suspira y se toma unos segundos para responder.

—Aprovechando que se acerca la temporada baja, el director del Marbella Paradise Resort ha decidido cerrar parte de las instalaciones del hotel para hacer una pequeña reforma, lo que significa que algunos trabajadores iréis al paro temporalmente.

Me quedo lívida. Lo que había empezado como un sueño descabellado acaba de convertirse en mi peor pesadilla. Aunque tengo dos años de paro acumulados, no ingresaría lo mismo que con las propinas que me gano, y en casa dependemos de cada euro para subsistir. Puedo tirar de mi escaso fondo de contingencias, pero ya lo he saqueado demasiado los últimos meses.

—Mira, no tienes por qué tomar la decisión ahora. —Se mete una mano en el bolsillo de las bermudas y saca una tarjeta de visita que desliza sobre la mesa, gesto que me extraña porque yo ya tengo su número—. Piénsalo este fin de semana y llámame el lunes.

Cuando voy a guardar la tarjeta, sus manos envuelven las mías con afecto.

—Me encantaría que aceptaras, Marian. No hay nadie mejor que tú para hacer que la boda de Silvie sea perfecta.

—Me lo pensaré —le concedo.

Sus ojos, idénticos a los de su hija, relucen con dulzura.

—Hagas lo que hagas —me suelta la mano—, piensa en lo que tú quieres hacer y no en lo que los demás necesitan de ti.

Sus palabras se quedan flotando en el aire después de que se haya despedido y marchado. Me muerdo el labio inferior y jugueteo con la tarjeta entre las manos, con la vista clavada en la cristalera del córner.

—¡Marián! —La voz de Guillermo me sobresalta y me doy la vuelta, con la mente a todo trapo—. La mesa siete quiere expresar sus impresiones al chef pastelero.

—Y-ya voy.

La puerta abatible se cierra e inspiro hondo. No puedo pensar en eso ahora, no cuando aún tengo un servicio que acabar antes de abrir el Rincón Francés para el turno de tarde. Cuando dejo de darle vueltas a la tarjeta y la voy a guardar, lo veo: en el reverso hay una cifra manuscrita que me arrebata el aliento.

Monsieur Beaumont está dispuesto a pagarme mucho más de lo que cualquiera podría haber imaginado. Supone casi el triple de lo que cobro al mes… por cada semana de trabajo para la boda.

Si bien la oferta resulta tentadora, sobre todo sabiendo que, si no acepto, me voy al paro, en mi interior ha estallado una burbuja de nervios. Necesitamos el dinero para cumplir con los pagos pendientes de papá, pero aceptar significa enfrentarme al pasado. Y al hombre del que me enamoré sin remedio y que terminó siendo un desconocido para mí.

2

Marián



Sábado, 19 de octubre de 2024

A pesar de la belleza propia de un día soleado en pleno otoño, que debería aportarme paz y calidez, no consigo desprenderme del frío que se ha asentado en mi estómago. Anoche apenas pegué ojo, ni siquiera a pesar de lo agotada que llegué del trabajo. El servicio fue complicado, con el Rincón Francés a rebosar pese a estar a mediados de octubre, y con clientes todavía más exigentes de lo habitual. Al terminar la temporada alta siempre aparecen otro tipo de huéspedes, que si bien siguen teniendo más pasta que cualquier tratoría, no llegan al nivel de elegancia y esnobismo de los magnates más importantes del mundo. Son, como los llamamos en el resort, «la clase baja rica». Y esos, con sus ínfulas de grandeza y sus ansias de conquistar el mundo, son los peores. Menos dinero y más exigencias.

Al llegar a casa, la situación no mejoró demasiado. Encontré a mi padre dormido en el sillón reclinable, con las luces apagadas y la televisión iluminándolo todo con su luz cambiante. Aunque traté de

despertarlo para que cenara conmigo, fue imposible. Otro día más. Otro recordatorio de que no puedo dejarlo solo.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer? —me pregunta Irene durante nuestra salida matutina por el paseo marítimo.

Aunque ya no sea temporada alta, sigue habiendo muchos extranjeros, pero al menos ya no me siento como una sardina enlatada. Hay que ir sorteando transeúntes, sí, un juego que la pequeña Sofía se toma muy en serio un par de pasos por delante de nosotras. Con los brazos extendidos, finge ser un avión que hace eslalon entre picos montañosos. Por un segundo, su risa juguetona aligera un poco el peso que siento en el pecho.

Dejo escapar un suspiro y pierdo la vista en el horizonte, donde el mar se funde con el cielo.

—No lo sé. Es una oportunidad increíble, pero no estoy segura. ¿Cómo voy a dejarlo todo para irme a Francia por un tiempo?

Irene hace una mueca a medio camino entre la incredulidad y la exasperación. Se trata de un gesto que después de toda una vida de amistad conozco muy bien. Si no me está insultando ya —la mayor muestra de afecto entre mejores amigas—, es única y exclusivamente para no mancillar los tiernos oídos de su hija Sofía. Porque cuando no está ella delante… Se podría decir que las gafas de sol negras de Irene, los rizos del mismo color encrespados y su obsesión por vestir como si siempre fuera de luto encajan muy bien con la boquita de camionero que tiene.

—¡Eres joven! —suelta con un gesto grandilocuente—. Sal al mundo. Ten una vida y esas cosas.

—Como si no la tuviera aquí…

Al vernos, cualquiera dudaría de que seamos mejores amigas. Pero es lo que pasa muchas veces cuando la amistad se fragua en una edad en la que todavía no se ha desarrollado la personalidad —ni el córtex prefrontal—. Ella es todo tonos negros, humor de perros, ceño fruncido y, básicamente, muerte y destrucción. Allá donde va, llama la atención, ya sea por su mala leche o por su aspecto de macarrilla, aunque su belleza castiza también influye. Yo, sin embargo, tengo un armario que, en palabras de Irene, parece vómito de unicornio. Mi vida es demasiado gris como para no aportarle un toque de color con ropa en tonos pasteles y coloridos. Y, si a eso le sumamos que, también según ella, de tan buena parezco tonta, Irene y yo nos convertimos en el yin y el yang.

—No, no la tienes —me recrimina en un tono que parece haberla convertido en mi señora madre—. La rutina monótona que tienes no es una vida. Es una… existencia. Eso solo te ahoga y no te deja avanzar. ¡Sofía!

Miro al frente y descubro a mi sobrina por amistad agarrada a la pierna de un chico que… Vaya, la cría tiene buen gusto. Cabello castaño despeinado, ojos azules, sonrisa deslumbrante. Se ha encaramado a la pierna del típico chico que pasa sus horas libres surfeando, digno de un anuncio de revista.

—¿Es este mi papá? —pregunta Sofía con desparpajo.

El chico suelta una risa amable y se inclina para soltar a la garrapata de mi sobrina. O intentarlo, al menos. La sargento Irene llega hasta su hija a grandes zancadas. Y aunque cualquier otra mujer habría entrado en combustión espontánea ante la escenita, que ha atraído la atención de algunos transeúntes, Irene no se amilana fácilmente.

—No, cariño —le responde su madre con paciencia—. Este solo es un chico muy guapo que seguro que está muy ocupado.

Con tacto, agarra a Sofía por los bracitos y rompe la barrera en la que se ha convertido su cuerpo.

—Ah, vaya, gracias por el halago —dice él con una risa encantadora y los ojos entrecerrados por el sol.

—Nada.

El tono de Irene es un carámbano, lo que deja al muchacho atónito; es evidente que él ha soltado el comentario para entablar una conversación escueta con mi amiga que, tal vez, le granjeara su número de teléfono. Pero ahora Irene es así, no le preocupan las conquistas y abraza la soltería porque, según ella, con Sofía ya tiene suficientes dramas en su vida.

Reanudamos el camino y a mí no me queda más remedio que seguirla. Me disculpo en nombre de la niña al pasar junto a él, pero el chico tiene la vista fija en la espalda de mi amiga.

—Como iba diciendo… —continúa Irene cuando la alcanzo. Sofía, que ahora va a mi lado, extiende una mano hacia mí y se la agarro. Al segundo siguiente, sus piernas dejan de tocar el suelo y el brazo de Irene y el mío se convierten en su cuerda salvavidas. El estallido de risa que le sigue me caldea el pecho—. Esta es la oportunidad de tu vida, Marián. Llevas hablando de vivir en Francia y montar tu pastelería desde los doce años. Y tienes treinta.

—Veintiocho —la corrijo.

Es increíble lo mal que se le dan las matemáticas y lo poco que le importa cumplir años, porque somos de la misma quinta y nunca acierta. La única cuenta que lleva a rajatabla es la de Sofía. Y puedo dar gracias por haber dejado atrás la fase de contabilizar la

existencia de los bebés en semanas, porque hasta yo, acostumbrada a hacer equivalencias para mis recetas, me lío con eso.

—El caso, son muchos años con el mismo sueño. Es tu oportunidad de recuperar parte de tus ahorros y matricularte en el curso de Cadeau. ¿Qué dice tu madre?

Resoplo, en parte por el hastío y en parte por el salto brusco que ha dado Sofía, quien pide que la balanceemos como en un columpio.

—¿Qué me va a decir? Que me marche.

Después de llamar a Irene para contarle todo lo de monsieur Beaumont, anoche hice lo propio con mi madre, quien se lo tomó con más alegría de la que debería. Se emocionó tanto por la oportunidad que casi acabé llorando. Siempre ha sido una mujer fuerte —no en vano sobrevivió a la situación en casa—, pero no puede evitar desbordarse con las buenas noticias, tan acostumbrada como está a las malas. Desde el divorcio, el vínculo entre nosotras es… complicado, y aunque hemos perdido la extraña amistad/complicidad que hubo entre ambas debido a que solo me saca veinte años, me sigue queriendo más que a nada. Sabe lo duro que ha sido para mí tener que decirle adiós a mi sueño por culpa de unas deudas que no me pertenecen.

—Dijo que era lo mejor que me podía pasar, que estaba muy orgullosa de mí y que me fuera sin dudarlo. Lloró como una Magdalena y me dijo que ya era hora de que persiguiera mis sueños y pensara en mí misma por una vez.

Mi amiga curva una de las comisuras de sus labios de manera casi imperceptible y asiente, satisfecha. Irene Ortega y Catalina Silva se convierten en las mejores aliadas en los momentos más inoportunos.

—Tu madre sabe que te mereces esto más que nadie —comenta alzando a Sofía de un brazo, con lo que a mí me toca imitarla para hacer volar a la niña—. No le des tantas vueltas y lánzate.

—No puedo dejar a mi padre solo.

—Sí, sí que puedes.

—Eso sería egoísta.

Irene se detiene en seco y Sofía protesta, pero, ante la mirada que su madre le lanza tras bajarse un poco las gafas de sol, encuentra la mar de divertido juguetear con unas ramitas del suelo.

—Egoísta es que él decidiera tirar su vida por la borda y os arrastrase a tu madre y a ti consigo. Egoísta es que no mueva ni un dedo para solucionar toda la movida en la que te metió. Egoísta es que dependa por completo de su hija porque no le da la gana levantar los huevos del sofá…

—Tiene un problema, Irene —la interrumpo, molesta por la tremenda disección que me está haciendo en pleno paseo marítimo —. Un problema muy grave.

—Sí, es una enfermedad. —Se acerca a mí y me agarra de la mano para transmitirme su apoyo. Es la mayor muestra de afecto físico que me ha dedicado en, no sé, seis meses—. Y, como enfermo que es, debería buscar ayuda profesional. Tú no eres la ayuda profesional. Eres el banco que sufraga sus deudas.

—Depende de mí al completo para subsistir.

—Sigue pasándole dinero si con eso te quedas más tranquila. Pero no estarías siendo egoísta por marcharte a otro país a trabajar. Que no te vas de juerga ni de vacaciones, aunque tampoco tendría nada de malo que te tomaras un respiro.

Me muerdo el labio inferior en un intento de reprimir las lágrimas. Tiene razón. En el fondo lo sé, pero no es tan fácil. No cuando cada céntimo que gano va destinado a mantener la casa a flote, a pagar las facturas y a esa interminable —y maldita— deuda. Porque su pensión desaparece tan pronto como entra.

—Si me voy…, ¿quién cuidará de él? —pregunto al fin, tanto para ella como para mí. Odio que mi voz suene tan frágil.

Irene suspira y coge a su pequeña en brazos, quien, automáticamente, empieza a juguetear con los bucles negros de su madre.

—Marián, tu padre es adulto. Sé que está mal, y también sé que tú siempre has hecho lo posible por ayudarlo, porque es tu padre y, a pesar de lo que ha pasado, lo quieres. Pero no puedes cargar con todo tú sola. Tienes que establecer límites. Quizá puedas pedirle a algún vecino que le eche un ojo, o hablar con tu madre para que esté un poco más al loro mientras no estás. Pero no puedes dejar pasar la oportunidad, esta vez no.

Me quedo en silencio, y dejo que el peso de sus palabras me cale tan hondo como el olor a salitre del mar que me ha criado.

—Podrías hablar con él —sugiere—. Decirle cómo te sientes y que él también asuma su parte.

Una carcajada amarga escapa del fondo de mi garganta.

—Mi padre nunca ha sido de hablar y menos ahora —le rebato—. Pero tienes razón. Necesito hacer algo.

—Pues claro que tengo razón. Siempre la tengo —añade con una soberbia jocosa y se recoloca a Sofía entre los brazos—. Además, es una oportunidad de oro. No puedes seguir atada a lo que os sucedió. Tienes que permitirte vivir, dejar que las cosas fluyan y,

quién sabe, quizá en Francia encuentres algo más que un curso de repostería.

Levanto una ceja, divertida.

—¿Algo más?

Irene se desliza las gafas por el puente de la nariz y me guiña un ojo tan negro como su alma, como diría ella.

—Francia es el país del *amour*, según dicen. Y tú eres una mujer increíble, seguro que alguien por allí te lo recuerda.

Alza ambas cejas en un gesto sugerente. Ella reniega del amor, pero aprovecha cualquier ocasión para que yo lo encuentre. O lo intente, al menos, aunque nunca he tenido demasiada suerte porque no consigo sacarme de la cabeza a un hombre en concreto. Uno que viene de la mano de un regusto amargo.

—Quién sabe… —añade—. Tal vez este sea el comienzo de tu propia comedia romántica.

El chascarrillo, tan suyo y tan mío al mismo tiempo, me arranca una risa que se lleva todas las preocupaciones consigo. Niego con la cabeza. Irene no tiene remedio, y la prefiero así.

Mientras deja a Sofía en el suelo y recorren la pasarela de madera que nos lleva hasta la orilla para que la pequeña juegue un rato —y el torbellino empiece a perder fuerzas al tocar tierra, todo sea dicho —, no puedo evitar darle vueltas a la propuesta.

Tal vez el viaje sea más que una oportunidad profesional. Tal vez, como ha dicho Irene, sea mi ocasión para cambiar algo. Pero no para encontrar el amor, sino para encontrarme a mí misma. Para librarme de los fantasmas del pasado y empezar a vivir mi vida de nuevo.

Sentadas en la arena, con Sofía a pocos metros de nosotras correteando tras las gaviotas, tengo la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, el futuro no está conformado por el miedo de las pesadillas, de los corazones rotos ni de los sueños perdidos, sino por el temor a lo desconocido. La expectación y la incertidumbre de los cambios. «El miedo bueno», lo llamó mi madre. Ese que te puede aportar mucho más bien que mal.

Quizá esta sea mi oportunidad de transformar los «casi» que tan bien me han descrito en experiencias completas.

Primer verano

Agosto de 2010

El sol de primeros de agosto se reflejaba en la piscina del Marbella Paradise Resort y la hacía brillar como un espejo. Con una toalla bordada con el logo del hotel al hombro, crucé la zona de hamacas mientras vigilaba mis espaldas con todo el disimulo que mis catorce años me ofrecían: ninguno. De buenas a primeras, nadie tendría por qué sospechar que no pertenecía a aquel mundo de glamour, ¿no? Sobre todo teniendo en cuenta que estaba estrenando un biquini muy bonito que mamá me había regalado hacía una semana. Lo había comprado en el mercadillo, vale, pero ¿quién lo iba a saber?

—Toma, enana —me había dicho papá al darme la toalla—. Si alguien pregunta, usa tu mejor inglés y diles que estás esperando a que te traigan un zumo de mango con hielo.

Yo había respondido con un asentimiento cómplice y la había aceptado como si fuera mi pase vip. Como trabajador de mantenimiento, papá no tenía permitido hacer uso de las instalaciones, tampoco sus familiares. Así que si me pillaban…, bueno, era mejor no pensarlo y quedarse con que entre papá y yo estábamos haciendo una especie de trastada. Nuestro secretito.

Encontré una hamaca vacía junto a unas buganvillas y me dejé caer en ella con un suspiro de alivio. Gracias a la pamela que le había cogido a mamá y a las gafas de sol, era casi invisible entre las clientas, más preocupadas por sus modelitos y por reclamarle algo al pobre hamaquero.

Todo iba según el plan.

—¿Te vas a quedar mucho rato? —me preguntó alguien en inglés.

«NO, POR FAVOR», recé internamente; temía que me hubieran pillado tan pronto. Adiós al secretito con papá. Mamá me montaría un pollo como lo regañaran por mi culpa. O peor. Más me valía convertirme en la mejor actriz de Málaga para librarme de aquella.

Con el corazón acelerado, alcé la vista y me encontré ante una chica de mi edad, con el cabello rubio empapado pegado al cuello y unos bonitos ojos verdes.

—Eh…, ¿puede? —respondí en el mismo idioma, tratando de disimular mi acento español.

—Es que la estaba usando yo.

Las mejillas empezaron a arderme y me envaré como si me hubieran dado un calambrazo. Tenía que salir pitando de allí, porque si alguien se enteraba de que había molestado a la clientela… Me faltarían santos a los que rezarles para que mamá no terminara castigándome lo que quedaba de agosto.

—No, no. —La chica se interpuso en mi camino cuando me levanté para irme—. No te vayas. Podemos compartirla.

Dudé de si la había entendido bien por el acento, porque los ricos… no compartían nada. Papá y mamá se dejaban la espalda trabajando para ellos en una de las ciudades más lujosas de España. Y, al haberme criado observándolos, los tenía calados. Que una chica

que a todas luces era hija de ricos se ofreciera a compartir… Aquello era una emboscada o algo, no había otra explicación; esa muchacha delgada y de piernas kilométricas me iba a delatar.

—N-no hace falta, gracias.

—Soy Silvie —me soltó cuando me interceptó de nuevo. Deslicé la vista desde sus ojos hasta la palma extendida frente a mí—. Llevo dos días aquí y eres la primera chica de mi edad que veo. La verdad, me muero de aburrimiento, porque lo de tomar el sol sin más no va mucho conmigo, y me queda un mes por delante.

Silvie puso los ojos en blanco de tal modo que me arrancó una sonrisilla. Después de echar un último vistazo por encima del hombro y de comprobar que ninguno de los compañeros de papá me hubiera reconocido, acepté su mano y se la estreché.

—Marián —me presenté.

—¿Española?

Asentí, sin saber muy bien qué decir.

—¡Qué bien! —se emocionó en un español con más acento que cuando había hablado en inglés—. ¡Así puedo practicar!

Silvie me agarró de la muñeca y tiró de mí para que nos sentáramos juntas en la hamaca.

—Yo soy de Francia, pero he vivido en un montón de sitios. —La envidié, la verdad, porque yo llevaba dos años soñando con vivir allí —. ¿Es la primera vez que veraneas aquí?

—Eh…, no, vengo todos los veranos —improvisé, y me mordisqueé el labio inferior.

«Mentira mentira no es».

—¡Anda, qué envidia! Si a *mon père* le convence el resort, quiere empezar a venir más a menudo. Dice que así mi hermano y yo

practicaremos más español, pero yo sé que lleva enamorado de España desde que mis padres vinieron en su luna de miel.

—Q-qué bien —musité, un poco incómoda al no poder bajar la guardia.

—Y, dime, ¿te gusta Marbella?

Bufé y paseé la vista por la zona llena de hamacas, las enormes piscinas con formas redondeadas y las sombrillas que los trabajadores movían sin parar para que los huéspedes estuvieran siempre bajo sombra.

—Cuando has pasado tanto tiempo aquí, te das cuenta de que tampoco es gran cosa: playas malas, muchos guiris y nada que hacer salvo tomar el sol.

Silvie parpadeó varias veces, no supe si porque me había ido de la lengua o porque no me había entendido. Después, estalló en una carcajada ante la que me encogí, porque llamó la atención de la gente.

—Pues es verdad. Estos sitios son todos iguales, ¿no?

Esbocé una sonrisa de medio lado.

—Aunque la ciudad es muy bonita —añadí—. El casco antiguo, no Puerto Banús. ¿Has ido ya?

Negó con la cabeza antes de que se le iluminara la mirada y dijera:

—¡Podríamos ir juntas!

—Claro.

Silvie se lanzó a hablar de un montón de planes que podíamos hacer juntas y de ahí cambió de un tema a otro. En el rato que pasé charlando con ella, me di cuenta de que le encantaba hablar. Pero no como esas personas que terminan haciéndosete pesadas, sino de

las que te hacen sentir como si fueras su amiga de toda la vida. Así, terminé por relajarme e intervine de forma activa en la conversación. Hablamos de pelis —yo le recomendé *Tres metros sobre el cielo* cuando había visto solo el tráiler, porque mi obsesión con Mario Casas no hacía más que aumentar; ella me recomendó *La última canción*, en la que aparecía su propia obsesión, Liam Hermsworth—, de los Jonas Brothers y de cuál era nuestro favorito —para ella, Joe; para mí, Nick—, de lo que hacíamos en nuestro tiempo libre —yo, preparar dulces; ella, fotografía—, los libros que habíamos leído recientemente —ambas éramos ávidas lectoras— y hasta del insti.

Cuando el sol empezaba a bajar, una figura se acercó desde la playa y se plantó junto a nosotras. Al apartar el ala de mi pamela, descubrí a un chico alto, con el pelo rubio revuelto y mojado, que nos estudiaba con el ceño fruncido. Tuve la impresión de que se parecía a Silvie, pero tampoco pensé mucho cuando me fijé en su pecho desnudo y en el bañador azul oscuro empapado.

—*Qu'est-ce tu fais, Silvie?* —preguntó con una voz grave que me calentó la piel más que el sol del mediodía.

Sonaba maduro, algo rasgado, como si ni él mismo terminara de acostumbrarse a ese timbre.

—Hablar —respondió en español, ante lo que se limitó a asentir con la cabeza—. Te presento a mi nueva amiga.

El nerviosismo tomó el control de mi cuerpo y me levanté de golpe. Se había puesto tan cerca de la tumbona que, al incorporarme, me quedé sin espacio, mi pecho rozó el suyo y me caí sobre la hamaca de nuevo, sentada. Silvie soltó una risita y se me pusieron las mejillas más rojas que los guiris que acaban cual cangrejos.

—S-soy Marián —me presenté.

Se mantuvo serio mientras estudiaba mi palma extendida, luego me repasó de arriba abajo, en un barrido rápido de mi cuerpo, y volvió a detenerse en mi cara.

—Dom —terminó diciendo.

Cuando sus dedos se cerraron alrededor de los míos para darme un apretón, un chisporroteo me recorrió el brazo hasta el estómago, donde despertó un burbujeo nervioso. Tenía la piel un poco áspera pero caliente, la mano más grande que la mía. El contacto apenas duró unos segundos antes de que me soltara.

—¿Vienes de la playa? —le preguntó Silvie.

Agradecí que lo hiciera en español para incluirme en la conversación, porque aunque yo sabía algo de francés, apenas llevaba un año estudiándolo como extraescolar en la Escuela Oficial de Idiomas.

Dom rompió el contacto visual conmigo y se centró en Silvie con una intensidad menor a como me había observado a mí. Me pregunté qué estaría pensando, qué impresión le habría causado la chica paliducha y bajita, de pelo castaño enmarañado, oculta bajo una pamela gigante y unas gafas de sol, y que hablaba con el objeto de su interés: Silvie. Me retorcí los dedos sobre el regazo. ¿Sería su novio? A ver, compartían cierto parecido, pero podían ser imaginaciones mías.

—Sí, he estado nadando un rato —explicó.

Su acento era más suave que el de Silvie, como si tuviera más práctica. Me miró de reojo y yo clavé la vista en el suelo. Los chicos se me daban mal, qué digo, fatal, y me interesaban lo mismo que meterme un plato de acelgas entre pecho y espalda. Mi mejor

amiga, Irene, había intentado hacerme el lío para acompañarla en alguna cita doble y había terminado pasando de ella. Pero con él no podía evitar sentirme una idiota de manual, porque aunque parecía tener nuestra edad, al mismo tiempo era como si ya hubiera dado el salto a la pubertad y por todo lo alto. Cuando se lo contara a Irene, me iba a chinchar, lo sabía.

—¿No deberías estar preparándote para la cena? —preguntó con esa voz que hacía cosas raras con mi estómago.

Silvie hizo un ademán.

—Lo tengo todo controlado.

—Lo que tú digas. —Dom puso los ojos en blanco y se alejó.

Me permití volver a respirar, aún atenta a él. Se acercó a la piscina con andares de chico mayor —¿que qué es eso?, ¡y a mí qué me cuentas!—, cogió carrerilla y se lanzó al agua de cabeza, con lo que se ganó una reprimenda del socorrista.

—Típico de Dom —murmuró Silvie, quien soltó un bufido a medio camino entre la vergüenza y el afecto—. Es mi hermano mayor. Se cree el centro del mundo.

Apenas la oí, la verdad. Estaba demasiado ocupada contemplando a ese chico que salía del agua y sacudía la cabeza como recién sacado de un videoclip. Las gotas resbalaban por su cuello bronceado, por sus brazos flexionados sobre el borde de la piscina, mientras ignoraba lo que le decía el socorrista. Cuando me pilló mirándolo, mi cerebro se quedó patas arriba. El calor en mis mejillas aumentó y, con la garganta cerrada, desvié la atención por miedo a que alguien notara algo… o yo qué sé. Una parte de mí deseaba volver a mirarlo, que él también me mirara a mí; la otra, rezaba para

que olvidara que yo existía, porque todo en él gritaba «rompecorazones».

—¿Marian? —me llamó Silvie, colocando el acento en la primera «a», en lugar de en la segunda. Tenía la boca tan seca que no pude ni corregirla—. ¿Te parece bien?

—Sí, claro —respondí con la voz algo más aguda. Carraspeé, pero no sirvió de mucho.

—Genial, pues nos vemos en recepción a las nueve.

Silvie se levantó con una sonrisa en los labios y la burbuja en la que había estado metida estalló de repente.

—¿Qué? —le pregunté.

Como el sol había bajado más, me quité las gafas de sol para verla bien. Ella soltó una risilla por la nariz y negó con la cabeza, los brazos en jarras sobre sus caderas huesudas.

—Dame tu móvil. —Obedecí en automático, aún distraída. Ella tecleó en mi BlackBerry de segunda mano y luego me la devolvió—. Te he apuntado mi número. Dame un toque si llegas pronto y bajo a buscarte. Ah, y ponte lo más bonito que hayas traído a las vacaciones.

Me dio una palmadita en el hombro antes de girarse hacia su hermano y vociferarle algo en francés, pero él la ignoró y se metió bajo el agua. Silvie bufó y se despidió de mí con la mano, gesto al que correspondí no muy segura de mí misma.

Acababa de acceder a algo de lo que no tenía ni idea cuando el juego ya había terminado; podía desaparecer y no volver a cruzarme en su camino nunca más. ¿Y si lo hacía? No pasaría nada, ¿no? Eran hijos de ricos, se olvidarían de mí a la primera de cambio. El problema era que mi círculo de amistades se resumía en… en Irene

y ya. Y Silvie me había caído muy muy bien para las dos horas que habíamos pasado charlando.

Por inercia, mis ojos se desviaron hacia la piscina, a la espera de que una cabeza rubia rompiera la superficie. Cuando lo hizo y se sacudió parte del agua, el corazón me dio un vuelco estúpido que no supe interpretar.

Papá siempre decía que los ricos no miraban dos veces a la gente como nosotros salvo si era para pedirnos algo. Pero aquel chico, Dom, lo había hecho, en varias ocasiones, y yo lo había sentido como si el suelo se sacudiera bajo mis pies. Poco sabía yo entonces de lo que eran los flechazos y lo hondo que podían llegar. Al igual que tampoco sabía lo mucho que aquella tarde en la piscina cambiaría mi vida para siempre.

Sentada en el autobús de vuelta a casa, con la cabeza apoyada contra la ventanilla, no dejaba de darle vueltas a lo que había pasado. «¿Voy a ir?», me preguntaba una y otra vez, mirando sin ver las calles que se emborronaban al otro lado del cristal. No sabía por qué solo con pensar en esa posibilidad me ponía tan nerviosa. O tal vez sí lo supiera y lo obviara. Me dije que era porque nunca salía con nadie por mi cuenta. Allá donde fuera, más allá del círculo de mi familia, me llevaba a Irene a cuestas, como una lapa, o ella me llevaba a mí. Y aquello… aquello era nuevo. Porque Silvie era distinta a lo que cabría esperar de alguien de su posición; era divertida y un solete, y estar cerca de ella hacía que, quizá, yo pudiera llegar a ser algo más que la chica que se colaba en la piscina de un hotel.

Pero no era solo ella, claro. También estaba Dom, que era un completo misterio. Literalmente no habíamos intercambiado más de tres palabras y, aun así, al pensar en él me entraban unos calores y un agobio muy raros. Como una indigestión mezclada con vértigo. A aquellas alturas, hasta empezaba a dudar de si me iba a morir de buenas a primeras, porque lo que hacía mi corazón al pensar en él no podía ser normal.

Cuando me bajé en mi parada y llegué al portal, subí las escaleras de dos en dos y entré en casa. Mamá estaba sentada en el salón, con las piernas cruzadas y un abanico en las manos. Me miró de arriba abajo, mi vestido de playa, la mochila y las chanclas, lo alborotado de mi pelo.

—¿De dónde vienes tú con esas prisas?

—Eh… Del hotel. He estado un rato con papá. —Su gesto de sospecha se relajó—. Pero voy a salir, he quedado con Irene para cenar con sus padres.

Mamá entrecerró los ojos y me estudió un segundo más. Me sudaban las manos como para beber de ellas. Nunca había sabido mentir.

—¿Cenar con los Ortega? Vaya, qué formales —dijo con una risa suave, como si no se lo creyera del todo. Una de las ventajas de tener padres jóvenes era que resultaban mucho más enrollados. Como hija modélica, de buenas notas y que no se metía en problemas, confiaban en mí—. Dile a los padres de Irene que te traigan de vuelta a casa, que no quiero que vengas sola de noche.

—Claro, ma. Se lo diré.

La tranquilidad de mamá no solo venía de tener una hija ejemplar, sino por la familia Ortega. Los padres de Irene eran mayores, serios;

gente de bien, como diría ella. Muy diferentes a los míos, que me habían sacado adelante a la tierna edad de veinte años y que se habían adaptado a un mundo un tanto cerrado. Los de Irene, por el contrario, habían retrasado lo de tener hijos todo lo posible, y habían terminado sucumbiendo a las presiones sociales y familiares que —siguiendo un pensamiento bastante rancio— decían que una familia solo estaba completa cuando se tenían hijos. Así que la madre de Irene se había quedado embarazada a los treinta y ocho, lo que en su día se consideró casi un embarazo geriátrico. Tal vez por eso a ellos les había salido una chica macarra, sin pelos en la lengua, que aprobaba justito y que no tenía muchas pretensiones de futuro. Y, aun así, era la mejor persona que conocía.

Cuando me encerré en mi cuarto, con el corazón golpeándome las costillas, me di cuenta del marrón en el que acababa de meterme: le había mentido a mi madre. La oleada de culpabilidad me golpeó, pero me esforcé en ignorarla.

No pasaba nada. Solo quedaría con Silvie y, era muy probable, su hermano. Aunque no iba a pensar en eso. Definitivamente, no podía pensar en eso. En lo que sí podía pensar era en qué leches me pondría.

Cuando regresé al Marbella Paradise Resort, brillaba bajo las últimas luces del día, con su fachada blanca y reluciente rodeada de palmeras que parecían sacadas de una de esas postales de las tiendas de suvenires. Las ventanas reflejaban el cielo anaranjado, y las puertas giratorias de la entrada no paraban de moverse con el ir y venir de hombres y mujeres vestidos de punta en blanco, con

bolsos o zapatos de diseño. Aunque estaba acostumbrada, en aquel momento lo sentí distinto: más grande, más elegante, más intimidante.

«Esto es una locura», me dije, pero no ir habría sido peor, porque me habría quedado en casa imaginando qué habría pasado si me hubiera atrevido.

Entré en el vestíbulo e intenté que el tacón bajo de mis sandalias no resonara demasiado contra el suelo de mármol. Crucé la recepción en un visto y no visto y me senté en uno de los butacones de terciopelo, tratando de parecer tan despreocupada como esas mujeres que hojeaban revistas mientras esperaban a alguien. Tamborileé los dedos sobre el vestido blanco con florecillas rojas —el único arreglado que tenía y que usaba en las comuniones familiares— y me mordisqueé el labio inferior sin dejar de estudiar mi alrededor. Hasta que lo vi.

Dom.

Estaba apoyado contra una de las columnas de mármol, con aire refinado. Llevaba un pantalón oscuro y una camisa blanca remangada hasta los codos, con los primeros botones del pecho desabrochados. «Es demasiado mayor para mí», pensé, aunque en realidad no lo sabía. En su rostro aún se intuían rasgos aniñados, con la barbilla imberbe y un poco redondeada, pero había algo en él que me hacía pensar que era un adulto encerrado en un cuerpo aún en crecimiento.

Tragué saliva. Las sienes me palpitaban por lo fuerte que me latía el corazón y, sin quererlo, me lo quedé mirando. Demasiado tiempo.

«¿Qué narices me pasa?». Jamás había mirado así a un chico. No con esa obsesión, como si necesitara grabarme cada detalle de su

apariencia en la memoria. Y, sin embargo, allí estaba, incapaz de apartar la vista.

Dom, con aire aburrido, giró el cuello a un lado y entonces me vio. La respiración se me cortó en seco. Clavó sus ojos castaños en mí de un modo que me hizo encogerme en el asiento. No sonrió. Tampoco hizo ademán de saludar. Solo me miró, con la misma intensidad que yo a él.

—¡Marian!

La voz de Silvie me hizo pegar un brinco y aparté la vista. Llegó como un torbellino, olía a rosas y reía con suavidad. Llevaba un vestido lila precioso, con encaje en el vuelo, y el pelo peinado en ondas perfectas que le caían sobre los hombros.

—¡Estás guapísima! —me dijo, radiante.

—Tú también —respondí, con la voz un poco temblorosa.

Me sentí fuera de lugar, porque pertenecíamos a mundos muy distintos. Silvie parecía una princesa de cuento y yo… Yo era una intrusa con un vestido de florecitas y los labios pintados con el gloss del bazar, una impostora.

—Venga, ven.

Me agarró de la mano y tiró de mí en dirección a su hermano. Con cada nuevo paso, el corazón me golpeaba las costillas con más fuerza. Me obligué a mantener la vista clavada en los reflejos del suelo, sobre todo para ocultar el rubor de mis mejillas entre la cascada de pelo castaño. En cuanto llegamos junto a él, dos adultos aparecieron al final del vestíbulo. Eran sus padres, lo supe al instante; se movían con la misma elegancia que ellos. El padre, un hombre de mediana edad, vestía unos chinos oscuros, americana y camisa, y la madre, un vestido negro con flecos que se ceñía como

un guante a su figura delgada. Silvie era la viva imagen de su padre pero en chica, y Dom… Dom era un calco de su madre.

—Papá, mamá, esta es Marian. Marian, mis padres, Jacques y Michelle Beaumont.

—Silvie nos ha hablado de ti, Marian. —Monsieur Beaumont fue el primero en hablar. Ni siquiera me molesté en corregir la pronunciación de mi nombre, porque me quedé atónita por la fluidez con la que hablaba mi idioma, sin el acento duro de sus hijos—. Es un placer conocerte.

—El placer es mío —balbuceé, con el cuello rojo de vergüenza.

La madre asintió con una dulzura que hizo resplandecer sus ojos color miel. No supe si ella no hablaba español o si lo de hablar por los codos se lo había dejado a su hija.

—Vamos, no queremos llegar tarde —nos alentó monsieur Beaumont.

Salimos del hotel y, al otro lado de la puerta giratoria, nos esperaba un elegante coche negro, propio de millonarios. Jacques cogió las llaves que le ofreció el aparcacoches y se puso al volante, mientras Silvie y yo nos sentábamos detrás. Dom subió el último, y acabé embutida entre los dos hermanos. Al sentir el roce de su pierna contra la mía, me quedé petrificada, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa en un mando invisible. «Lo estoy tocando, lo estoy tocando, lo estoy tocando», me cortocircuitó el cerebro. Mi cuerpo no reaccionó; ni me moví ni aparté la pierna. Él tampoco.

Quizá Dom no se hubiera dado cuenta de ese roce sutil de su pantalón contra mi piel expuesta, ni del calor que desprendía y que me envolvía como en un abrazo, pero, para mí, aquella caricia

accidental se había convertido en un acontecimiento que merecía mandarle un millón de mensajes a Irene por Tuenti.

Mientras me recomponía, su hermana empezó a hablar y ya nada la paró. Su voz llenaba el coche con una mezcla de francés, inglés y español como si fuera lo más natural del mundo. Hablaba tan rápido, saltando de un tema a otro, que renuncié a seguirle el ritmo. Solo entendía las respuestas escuetas que le daba su madre, en un tono suave y lleno de cariño.

Dom permaneció en silencio todo el tiempo, con la vista fija en la ventanilla, los dedos jugueteando distraídamente con el borde de la camisa. Era como si prefiriera estar en cualquier otra parte.

La voz de monsieur Beaumont interrumpió el murmullo y atrajo mi atención:

—Dime, Marian, ¿llevas mucho tiempo en Marbella?

Contuve el aliento. ¿Me habían pillado tan rápido? Mis ojos se encontraron con los suyos, de un verde muy parecido al de Silvie, en el retrovisor. Entonces caí en la cuenta de que se refería a mi estancia en el resort.

—Eh… Hoy ha sido el primer día de hotel de la temporada —respondí con las mejillas ardiendo. Mentira no era—. Todos los veranos terminamos pasando por el Marbella Paradise Resort. M-mis abuelos viven en la ciudad.

Aunque los veía menos de lo que me habría gustado, en teoría eso tampoco era mentira.

—¡Ah, los abuelos! Qué bonito es tener a la familia cerca —comentó mirándome de nuevo por el retrovisor—. ¿Y tus padres? ¿A qué se dedican?

«No te pongas nerviosa, no te pongas nerviosa».

—Mi madre trabaja para el sector inmobiliario. —Tenía la garganta más seca que la suela de un zapato—. Y mi padre se dedica a la industria del mantenimiento.

Monsieur Beaumont frunció el ceño de manera superficial, pero el gesto desapareció muy rápido. ¿Me habría pillado? Me había mantenido al filo de las verdades a medias, y no sabía cuánto me duraría. Automáticamente, empecé a odiarme. ¿De dónde salía esa necesidad enfermiza de encajar y de caerles bien cuando yo nunca había soportado a los ricos pijos con los que trabajaba papá? ¿Por qué no les había dicho que mi padre se encargaba del mantenimiento y que mi madre era limpiadora de pisos turísticos? ¿De repente me avergonzaba de ellos?

Apreté las manos en puños y clavé la vista en la palanca de cambios, deseando que la conversación terminara cuanto antes. Que la noche se acabara, en realidad. Los ojos me ardían por las lágrimas de impotencia. Solo quería volver a casa y abrazarme a Mimosín mientras veía alguna peli con mamá.

—Suena muy interesante. Me encantaría coincidir con ellos en el hotel.

«No, por Dios». Asentí y estiré los labios en mi sonrisa más falsa, y por un milagro del universo, monsieur Beaumont no me hizo más preguntas. No me habían pillado, por el momento, pero la mentira me había dejado un sabor amargo en la boca. A mi lado, Silvie retomó la cháchara con su madre mientras yo intentaba mantener la compostura.

Miré de reojo a Dom y lo pillé con la vista fija… en mis manos cerradas en puños. Las relajé y alzó los ojos hasta conectar con los míos antes de que ambos apartáramos la vista.

—¿Alguna vez has estado en Villa Toscana, Marian? —me preguntó monsieur Beaumont.

—No, nunca.

—Es un restaurante encantador —intervino madame Beaumont con un acento mucho más marcado. A pesar de la luz tenue, su cabello brillaba como el oro—. Seguro que te gusta.

Asentí intentando parecer natural. Silvie siguió hablando y mi atención volvió a Dom. Por el rabillo del ojo me fijé en su mano, colocada sobre su rodilla; era tan grande como desproporcionada, como si se le hubieran desarrollado antes que el resto del cuerpo, lo que me llevaba a pensar que no podía ser mucho mayor que nosotras. Tenía los nudillos bien marcados, con una pequeña cicatriz en el del índice derecho. Me pregunté cómo se la habría hecho.

—Bienvenidos a Villa Toscana —anunció monsieur Beaumont cuando detuvo el coche.

Al bajar, el aire cálido de la noche me acarició las mejillas, cargado con el perfume de las flores. La entrada del restaurante parecía sacada de una peli italiana: paredes de piedra blanca cubiertas de enredaderas, faroles dorados y una fuente redonda en la entrada.

«Esto no es para mí».

Pero ya no había vuelta atrás. Me alisé el vestido con manos torpes y húmedas y seguí a Silvie y a su familia al interior, donde el lujo me golpeó de nuevo. Creía estar acostumbrada a ver esos excesos, pero me equivocaba. Las mesas estaban cubiertas con manteles blancos impecables; las copas, tan pulidas que parecían invisibles; los camareros, vestidos de negro y con pajaritas perfectas, se movían como sombras, como solía hacer papá. En ese lugar, hasta respirar parecía caro.

El maître nos condujo hasta una mesa circular en la que acabé sentada entre Silvie y Dom. «¿Por qué aquí? ¿Por qué no en frente?», pensé. Bajé la vista a mis manos: no dejaba de retorcer el borde de la servilleta sobre mi regazo.

Cuando llegó el camarero, no comprendí ni la mitad de lo que dijo, y no porque no hablara en español, así que yo solo asentí cuando Silvie pidió algo que me sonó a solomillo y me ofreció lo mismo. A los pocos minutos, tenía frente a mí un plato de carne jugosa, decorada con salsa de frutos rojos y unas hojas verdes que no reconocía.

—¡Qué bueno está! —comentó Silvie mientras cortaba la carne con elegancia—. Prueba la salsa, Marian.

Imité sus movimientos intentando no parecer demasiado torpe. Al primer bocado, el sabor explotó en mi boca. Era dulce y salado al mismo tiempo, con un toque ácido que nunca había probado. Si mamá me hubiera visto allí, con una fachada refinada mientras por dentro me moría de puro gusto, se habría reído de mí.

—Dios, tienes razón —suspiré.

Todos —menos Dom— se rieron de cómo lo dije, y aunque al principio me puse como un tomate, luego me di cuenta de que yo había sido la única que le había dado importancia y me relajé.

La conversación fluyó entre los señores Beaumont y Silvie. Me complació que hablaran en español para incluirme. Era tan diferente a lo que había llegado a conocer del mundo de los ricos… Hablaron de cenas en París, de eventos en Saint-Tropez, de una cabaña en las montañas de Suiza y de su residencia habitual hasta hacía unos años en un pueblecito pintoresco llamado Locronan, en Bretaña. Salvo París, no tenía ni idea de dónde se encontraban los otros sitios, pero

yo asentí a todo igualmente, sin atreverme a abrir la boca por lo invisible que me hacía sentir que conocieran tanto mundo. ¿Qué iba a decir para incluirme en la conversación?, ¿que mis veranos a veces consistían en ayudar a mis padres en sus respectivos trabajos?

Para cuando llegó el postre, ya estaba llena, pero no pude negarme cuando me sirvieron una especie de hojaldre con crema que me hizo la boca agua.

—¿Te gusta, Marian? —me preguntó Silvie cuando lo probé.

—Mmm. Mucho —respondí con la boca aún llena. Me encantaba la repostería, nivel sabía manejar el horno como una experta gracias a haber quemado más dulces de los que podía contar—. Nunca había probado algo así.

—¿Y a ti, Dom? ¿Te gusta lo que has pedido? —intervino su madre.

Él apenas levantó la cabeza del plato, con aire aburrido, sino que masticó con calma y respondió:

—Está bien.

Dos palabras. Nada más. Y aun así, un escalofrío me recorrió la columna de arriba abajo.

Al terminar la cena, el nerviosismo que me había invadido al salir de casa se había esfumado y me sentía… cómoda.

Embutida de nuevo entre Dom y Silvie, regresamos al Marbella Paradise Resort y nos despedimos en el vestíbulo, no sin antes darles las gracias por la invitación a los padres de Silvie, quienes me desearon buenas noches. Dom, por su parte, ni abrió la boca; se limitó a caminar hasta el ascensor con las manos en los bolsillos y a pulsar el botón de su planta. Cuando se dio la vuelta, ya dentro de la

cabina, sus ojos se cruzaron con los míos una última vez antes de que se cerraran las puertas.

—¿Le pasa algo a tu hermano? —me atreví a preguntarle a Silvie.

—¿A Dominique? —«Dominique. Qué bien suena»—. Nah, solo está cabreado. Dice que estas vacaciones son un castigo. Si por él fuera, se quedaría entrenando todo el verano.

—¿Entrenando? ¿Para qué?

—Kárate —dijo como si fuera obvio—. Se está preparando para un campeonato importante. Por eso está tan así todo el tiempo. Entrenar es lo único que despierta su interés ahora mismo.

«¿Segura?», pensó mi subconsciente traicionero. Porque aquel día Dom me había mirado mucho. ¿Significaba eso que le llamaba un mínimo la atención? Pero, claro, con el kárate en el otro lado de la balanza… De repente, todo encajó mejor: su seriedad, su calma infinita, esa actitud tan madura. Hasta su físico cuadraba con la imagen de quien entrenaba horas y horas.

—¿Es mucho mayor que nosotras?

—Qué va, tiene dieciséis. Pero ya se cree todo un hombre —matizó con un bufido.

Asentí con la cabeza, aún dándole vueltas a lo implicado que debía de estar con ese deporte si unas vacaciones en un resort de lujo en Marbella le parecían una pérdida de tiempo. Jamás había conocido a alguien así, y ese nuevo descubrimiento aumentó mi curiosidad por él.

—No te preocupes por Dom —añadió, había malinterpretado mi ceño fruncido—. Se le terminará pasando. Oye, ¿te apetece que nos veamos mañana?

El ofrecimiento me pilló por sorpresa y se me formó un nudo de nervios. Aunque debía negarme para no poner en peligro el trabajo de papá, no fue eso lo que salió de mis labios.

—Claro —dije en un impulso—. Pero mejor nos vemos en la playa. Me apetece echar el rato en el mar.

—¡Perfecto! A mediodía, en la pasarela que conecta la piscina con la playa.

Silvie me dio un abrazo rápido antes de irse, y yo me quedé allí plantada, con el corazón latiéndome bien fuerte pero calentito porque una chica tan simpática como ella quisiera pasar más tiempo conmigo.

Aquel día se convirtió en el primero de todo un verano compartido con Silvie. Con ella descubrí qué era tener un círculo más extenso que no se limitara a mi mejor amiga y a mis padres. Me sentí muy feliz haciendo una nueva amiga, abriéndome con otra persona y arriesgándome a lo desconocido. Silvie me hacía sentir como si todo fuera posible, me hacía más grande.

Durante aquel mágico verano de 2010, reímos, compartimos secretos, hicimos el tonto en la playa y nos volvimos inseparables, aunque no le dije la verdad sobre mi origen por miedo a perderla. Y ahí, entre todos aquellos momentos felices, también estuvo él: Dominique.

Incluso sin cruzar palabra conmigo más allá de lo estrictamente necesario en todo ese agosto, su presencia revoloteó a mi alrededor, constante y callada, como una sombra. Lo veía en el hotel, en la piscina, entrenando bajo el sol abrasador en los jardines del resort con movimientos calculados que yo no entendía. Lo observaba desde

lejos, y cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sentía ese vuelco en el pecho que no sabía explicar.

Después de ese verano de ensueño, llegó el triste y duro momento de la despedida. Silvie y yo nos prometimos, entre lágrimas, mantener el contacto durante los meses siguientes, pero eso no pasó. Y tampoco volví a saber nada de Dom, el primer chico que me había hecho suspirar.

3

Marián



Sábado, 26 de octubre de 2024

Bajo del avión con el corazón desbocado.

¡Estoy en Francia! Todavía no me lo creo. Me ajusto la mochila sobre los hombros y, ya con la maleta grande en la mano, me dejo llevar por el torrente de viajeros hacia la salida del aeropuerto. Mi nerviosismo crece a cada paso, y en mi mente se repite una sola pregunta: «¿Qué narices hago aquí?».

Fuera, el aire frío de finales de octubre me recibe con una bofetada. Estoy muy lejos de Marbella y de su calor, muy lejos de lo conocido. Decir que mi última semana ha sido frenética sería quedarse corta.

En la dirección del hotel me confirmaron lo que me temía: las reformas se iban a llevar a cabo y, sí, yo era una de las «seleccionadas» para descubrir las maravillas del paro. Así que después de hablar con monsieur Beaumont para pedirle más datos sobre el puesto de trabajo, los plazos y qué se esperaba de mí, le pedí a Recursos Humanos si podían adelantar la decisión. Tras unas

cuantas negociaciones de cuya legalidad dudo, conseguí que me despidieran antes de tiempo a cambio de no pagarme los días de vacaciones que me debían. Así, de tapadillo, como mucho de lo que se hace en los hoteles. No en vano, casi gano más dinero en propinas generosas por la excelencia de mis postres que por el sueldo en sí. O ganaba, más bien.

Tras aclarar todos los detalles con un contentísimo monsieur Beaumont, su abogada se puso en contacto conmigo y me hizo llegar el contrato, que dura hasta el 21 de diciembre, cuando tendrá lugar la boda de Silvie. Después de eso…, pues Dios proveerá, supongo, porque no tengo ningún plan en firme. Lo que sí tengo claro es que con ocho semanas de este sueldo descomunal podré ahorrar lo suficiente como para pagar la matrícula del Curso de Repostería Creativa Chloé Cadeau, en París, que comienza la próxima primavera y dura seis meses. ¿Cómo me costearé los gastos derivados de esa estancia…? Supongo que podré dejarme los cuernos en conseguir colaboraciones con mi perfil en redes y mi canal de YouTube bilingüe y rezar para que dé más frutos de los que consigo ahora.

Ya fuera del aeropuerto, me encuentro a un chófer que sostiene un iPad con mi nombre junto a un lujoso Mercedes negro. Vincent —como se ha presentado— me invita a entrar y, más allá de ese saludo, guarda silencio durante el trayecto. Y casi que lo agradezco. Las dos horas de vuelo las he empleado, enteritas, en dejar que los remordimientos me reconcoman por dentro.

Le mando un mensaje a mi padre para avisarle de que ya he tocado tierra bretona, aunque no espero que me responda. Rara vez tiene el móvil a mano, y eso es lo que más me preocupa. No es que

piense que se vaya a morir de inanición por no tenerme ahí, o puede que sí, pero creo que no terminó de entender cuánto tiempo estaría fuera. Cuando se lo expliqué hace unos días, me dijo un «vale» y ya. Supongo que me creía incapaz de hacerlo, igual que yo, no nos vamos a engañar. Y heme aquí, siendo una hija terrible y egoísta que ha dejado a su padre tirado en casa.

Salgo de mi ensimismamiento cuando, después de kilómetros y kilómetros de anaranjada campiña francesa y viñedos que se extienden hasta donde alcanza la vista, lo veo. Allí, a lo lejos, se alza un verdadero *château*, una maldita casa señorial como las de las pelis antiguas recortada sobre el horizonte. Ya me imagino protagonizando una escena de *Orgullo y prejuicio*, con todos esos bailes de época, los roces sutiles de mano y las miraditas furtivas. O, mejor aún, algún momento tórrido a lo *Los Bridgerton*. Al menos, me entretendría un rato.

Tan pronto como llega ese pensamiento, mi sonrisa se desvanece y la burbuja de nervios vuelve a hincharse. Mi relación con los Beaumont se estrechó durante los seis años que pasaron veraneando en el Marbella Paradise Resort, hasta que todo se torció y Dominique y yo nos distanciamos.

El estómago se me contrae con un espasmo que me provoca náuseas. Ignoro cuándo volveré a verlo, pero tarde o temprano ese momento llegará y… no sé si estoy preparada. Me he pasado la última semana convenciéndome de que debo enfrentarme a él con la barbilla bien alta, pero la realidad es que nunca he tenido el valor suficiente como para demonizarlo. Ni a sabiendas de que se olvidó de mí como si nada.

—Ahí lo tenemos, el *château* Beaumont —dice Vincent en un perfecto inglés británico—. Bienvenida a su nuevo hogar durante los próximos dos meses, señorita Díaz.

«Mi nuevo hogar». Suena bien, pero sonaría mejor si llegara a ser verdad.

Enfilamos un camino adoquinado y los detalles de la arquitectura se vuelven más claros. Las torres del edificio principal parecen de cuento total, con tejas oscuras y enredaderas rojizas que trepan por las paredes. Los jardines que rodean la construcción son enormes, con hileras de arbustos perfectamente recortados y fuentes que lanzan chorros de agua al cielo.

«No encajo aquí», pienso mientras me bajo del coche. Repaso de un vistazo mis vaqueros desgastados, mis botines rozados por todas partes, mi jersey con pelotillas y la chaqueta que tiene tantos años que ni recuerdo dónde la compré.

Antes de salir de esa espiral de autocrítica, monsieur Beaumont aparece en la entrada, caminando con la misma energía jovial que siempre muestra en Marbella. Eso sí, ni rastro de las bermudas ni de las camisetas viejas con publicidad que ha estado usando los últimos años. En su lugar, viste unos elegantes pantalones de pinza beis y una camisa verde botella que realza el tono de su piel. Si tiene frío por el atuendo elegido para estar en el norte de Francia a finales de octubre, no da muestras de ello.

—¡Marian! ¡Bienvenida, querida! Espero que hayas tenido un buen viaje.

Me acerco a él y dejo que me envuelva en un abrazo que me traslada de lleno a mis dieciocho años, cuando festejamos la primera competición olímpica de Dominique.

—Ha ido de maravilla —le aseguro, aunque mi corazón se haya estremecido solo de pensar en eso—. Muchas gracias por todo.

—Ah, no me las des. —Hace un ademán y se vuelve hacia la propiedad—. Dime, ¿qué te parece mi humilde morada?

«Que de humilde no tiene nada».

—Es… impresionante. —Alzo la vista para empaparme de todos los detalles de la fachada—. Es como si estuviera dentro de una película.

Monsieur Beaumont suelta una carcajada que me sobresalta.

—Un comentario muy acertado, teniendo en cuenta que aquí se han rodado algunas películas de Hollywood. —Se me habría desencajado la mandíbula de no ser porque una lleva demasiados años metida dentro del sector del lujo y sé mantener la incredulidad a raya—. Ven, te acompaño a la casa de invitados. Está junto a los jardines de lavanda, en la parte trasera del *château*. Espero que no te importe alojarte fuera del edificio principal.

Vale que no acordamos los detalles de mi hospedaje, pero cuando hablé con él al respecto y se limitó a responderme con un «¿Alguna vez te he fallado yo, Marian?», no imaginé que me alojaría en su casa. Porque por muy descomunal que sea, la casa de invitados sigue siendo su casa. Y la de sus hijos, maldita sea.

—Monsieur Beaumont…

—Llámame Jacques, querida.

—No lo consiguió siendo adolescente, no voy a empezar a hacerlo ahora —rebato con una sonrisa con la que me gano un vistazo divertido. Hemos vivido muchas cosas juntos, tanto por Silvie como por Dominique, pero es una persona tan importante que me resulta irrespetuoso dejar a un lado las formalidades—. No es necesario que

me quede aquí, puedo alojarme en el pueblo. No tengo problema con desplazarme cuando sea necesario.

—¡No digas tonterías!

Monsieur Beaumont echa a andar y no me queda más remedio que seguirlo para rodear la propiedad y atravesar uno de los múltiples jardines con la maleta rodando tras de mí. Mire donde mire, y a pesar de ser finales de octubre, todo está perfecto. Los arbustos tienen florecillas en tonos ocre, y los árboles que no han perdido sus hojas están teñidos de colores otoñales que convierten el *château* Beaumont en la estampa de postal perfecta. Sin poder reprimirme, y aprovechando que Jacques va un par de pasos por delante, saco el móvil y hago una foto para subirla a stories de Instagram más tarde. Me doy cuenta de que tengo cientos de notificaciones pendientes en la app, algunos mensajes de Irene y de mi madre.

También debo ponerme al día con los comentarios del último vídeo de mi canal de YouTube, una receta de cheesecake de frutos rojos y chocolate la mar de sencilla. Doy gracias por tener contenido programado y que este viaje no me pillara en bragas. En los próximos días, me va a tocar retomar las grabaciones y solo espero encontrar alguna cocina cuqui en la que ponerme con mi canal.

—Es tu primera vez en Francia, ¿verdad? —Monsieur Beaumont reclama mi atención.

—Ajá.

—¿Y qué te está pareciendo? —Giramos a la derecha para acortar por un túnel que divide la estructura del *château* (¡un túnel!)—. ¿Cumple las expectativas?

Miro a mi alrededor, tan maravillada como con el primer vistazo.

—Aún no he visto lo suficiente como para formarme una opinión final —me sincero—, pero todo apunta a que Francia me va a enamorar.

—¡Oh! Espero que lo haga, querida.

No entiendo el guiño de ojo que me dedica, pero tampoco tengo tiempo de preguntar, puesto que se detiene frente a una coqueta construcción de piedra gris. Los sillares son más pequeños que los del edificio principal; aun así, conserva ese encanto de cuento con el tejado alto de tejas negras y las parras de tonos rojizos que trepan por la fachada. Si de repente la puerta se abre y aparece un candelabro para darme la bienvenida, tampoco me extrañaría demasiado.

—Esta es la casita de invitados —me indica, y me tiende un juego de llaves sacadas de otra época—. Siéntete libre de instalarte como te plazca.

—Muchas gracias, monsieur Beaumont. De verdad, las palabras se me quedan cortas para agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

Por extraña y absurda que sea la situación, es evidente que me está salvando el culo. Solo que él no sabe cuánto.

—No hace falta que me las des, Marian. Es un placer tenerte aquí. Estoy convencido de que harás un trabajo estupendo con el menú de postres de la boda. Además, *mon fils* seguro que está deseando verte.

Un calor viscoso trepa por mi columna, me abraza el cuello y se instala en mis mejillas.

—¿Su hijo? —repito, intentando no sonar tan nerviosa como en realidad me siento.

—Sí. Aunque me dijo que solo vendría a la boda, espero haberlo convencido para que hoy aparezca en el último momento y nos dé una sorpresa.

«Maravilloso —pienso con sarcasmo—, puedo encontrarme con él más pronto que tarde».

Jacques consulta la hora en su carísimo reloj de muñeca y chasquea la lengua.

—Tengo que dejarte, querida, pero siéntete como en casa. La despensa está llena, usa lo que quieras y, si necesitas cualquier cosa, avisa a Vincent. Nos vemos esta tarde para la merienda de compromiso y enseñarte las instalaciones, por si te sirve de inspiración para presentar las primeras ideas del menú.

—Ah, sí, claro. Muchas gracias.

Me dedica una mirada cargada de reprimendas por haberle dado las gracias de nuevo y yo sonrío con torpeza. Llevo doce años trabajando en un hotel superlujo, no puede pretender que, de la noche a la mañana, se me olviden las formalidades y los instintos de complacencia.

Ya sola, suspiro con la vista clavada en las hojas rojizas de la enredadera. Más allá, el jardín de lavanda que ha mencionado Jacques permea el ambiente con su aroma intenso, que la brisa mece hasta mí. Dispuesta a descubrir los secretos que guardará la que será mi residencia los próximos meses, introduzco la llave y abro sin necesidad de descorrer ningún cerrojo.

El interior está decorado con muebles antiguos y suelos de madera que crujen bajo mis pies. Lejos de atemorizarme por el subtono tétrico que tiene la casita, me maravillo. Como ávida lectora, me siento la protagonista de mi propia novela. Dejo las

cosas junto a la puerta abierta y me acerco a un aparador de tres cajones con tiradores dorados. Paso los dedos sobre el mueble y clavo la vista en la enorme chimenea al otro lado de la estancia, con un sofá blanco de respaldo bajo que parece formado por nubes.

Sí, es el escenario perfecto para que ahora aparezca el coprotagonista masculino guapo y sexy para reclamar la ayuda de la prota en una misión tan peligrosa como apasionante. Saco el móvil para grabar mi nuevo alojamiento y así despertar la envidia de Irene, y justo cuando apunto a la única puerta que permanece cerrada, esta se abre y deja escapar una densa nube de vaho.

Me quedo petrificada.

Frente a mí, envuelto en una toalla blanca que apenas le llega a las rodillas y rodeado de un vaho que lo hace parecer un dichoso adonis, está Dominique Beaumont. Ni siquiera sé cómo no he oído el agua correr, y me siento estúpida. Lo que sí sé es que ni en mil vidas podría haber imaginado que esta fuera a ser la mejor y la peor bienvenida a Francia. El universo tiene que estar burlándose de mí.

4

Dom



Lo último que esperaba después del día tan malo que he tenido era encontrarme a una maldita paparazzi nada más salir de la ducha. Está plantada en mitad de mi salón, con el móvil frente a la cara y apuntándome con la cámara trasera. Como si estuviera en su puñetera casa.

La sangre se me calienta al imaginarme los titulares, sensacionalistas a más no poder, inventándose alguna estupidez que salpique a los Beaumont y siga alimentando el temita unas semanas más. Así que ni lo pienso cuando me acerco a ella con un par de zancadas más agresivas de la cuenta y maldiciendo todo lo maldecible.

Sobresaltada, la mujer camina de espaldas a la misma velocidad que yo para poner tierra entre nosotros, pero no se va a ir de rositas tan fácilmente. Pienso ponerle tal denuncia por allanamiento que se le va a caer el pelo.

Y parece que de caídas va la cosa, porque con las prisas, las piernas le chocan contra el respaldo del sofá. Pierde el equilibrio y

suelta un alarido ridículo mientras se cae hacia atrás, agitando los brazos al aire, hasta acabar patas arriba. El móvil se le escapa de la mano, sale volando y ambos nos quedamos quietos unos segundos. Por muy enfadado que esté, lo último que me hace falta ahora mismo es que se haya abierto la cabeza y la que me denuncie sea ella. ¿Por qué? Algún motivo se le ocurriría para sacarnos los cuartos y un titular muy diferente.

Me inclino por encima del sofá para comprobar su estado y me vuelvo a quedar congelado, esta vez por un motivo muy distinto.

—¿Marián?

Ella resopla para apartarse el pelo de la cara y, cuando lo hace, descubro que es ella de verdad y que está roja como un tomate. Sus ojos se encuentran con los míos y soy capaz de leer el bochorno absoluto que debe de estar sintiendo. Lo sé porque el rubor le empieza a bajar por el cuello. Se da la vuelta como puede —con bastante torpeza, he de decir—, mientras se pelea con el pelo, la chaqueta y los cojines, todo al mismo tiempo. Yo no puedo dejar de mirarla, boquiabierto.

Ha cambiado tanto en este tiempo que me ha costado reconocerla, pero ahora que he conseguido despejar parte de la niebla de la ira, me resulta ridículo no haberlo visto antes. Sigue teniendo esos ojos grandes y expresivos, de un marrón profundo que siempre me recordó al del chocolate, los mismos labios carnosos y las cejas espesas que destacan sobre su rostro.

Por un momento me planteo si, en lugar de una cerveza mientras comía, me he tomado diez. Es la única explicación que le encuentro a tener a mi exnovia, a la que llevo ocho años sin ver, plantada en mitad de mi salón.

—¿Qué haces aquí? —preguntamos ambos al unísono.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos, molesto por que ella me increpe en mi propia casa. Sus ojos se desvían hacia mi abdomen desnudo, recorren mis bíceps y de nuevo llegan a mi cara. Soy muy consciente del escaneo que me dedica, de la situación y de mi estado de casi desnudez. Y me importa una mierda. Bueno, en realidad, hasta encuentro algo placentero verla embobada.

Sale del estupor aún intentando adecentarse el pelo encrespado y se agacha para recuperar el móvil. Comprueba que está intacto y oculta el rostro tras la cascada de ondas castañas. Siento un pellizco en el pecho al reconocer a la Marián de hace tantos años en ese gesto tímido.

—Creo que deberías empezar a explicarte —le digo, serio.

Endurece la mandíbula un segundo antes de alzar la cabeza y clavar en mí esos ojos de cervatilla que tanto me gustaban y que… Dios, no. Inspiro hondo y la fulmino con la mirada, a la espera de que diga algo que justifique su presencia. No lo hace. Es como si de repente hubiera perdido todo conocimiento de cualquier idioma, y mira que podemos comunicarnos en tres.

—Estás en mi casa de invitados —añado; aparto la vista de ella para fijarme en el maletón y en la mochila que hay junto a la puerta abierta.

—Yo… Eh, lo siento… —Se da la vuelta para recolocar los cojines que han acabado desperdigados y aplastados—. Y-ya me voy…

Le miro la espalda con tanta fijeza que bien podría estar apuñalándola. Se inclina hacia delante para ahuecar un cojín y dejarlo todo como estaba. Mis ojos, traicioneros, se deslizan hacia el trasero enfundado en unos pantalones vaqueros que le sientan de

infarto. Su culo ahora es más grande que hace unos años, perfecto para agarrarlo bien, con las manos llenas, y levantarla del suelo para… Uf. La sangre se me concentra en un punto muy poco apropiado y me llevo la mano al nudo de la toalla. Por si acaso.

Probablemente sea esa reacción visceral, que odio con todas mis fuerzas, la que me lleva a soltar:

—¿Has tenido algo que ver con esto?

Ante mi acusación, deja lo que estaba haciendo.

—¿Qué?

—Que si es alguna clase de estratagema para colmarte de gloria un par de días. ¿Vas a vender nuestra historia a la prensa rosa?

No sé quién recibe peor mis palabras, si ella o yo. Lo que sí sé es que en cuanto abandonan mi boca, me odio más que al propio deseo que su culo ha despertado en mí. Pero ya es tarde para desdecirlo, así que me armo con todo el orgullo que tengo a mi alcance y me cuadro de hombros para encararla cuando se levanta con un cojín en la mano. Estoy preparado para la bofetada bien merecida; si algo sé hacer en esta vida, es encajar golpes.

No es eso lo que hace, sino que me planta el cojín en la barriga con fuerza, o con lo que ella considera que es fuerza y cabreo, y suelta:

—¡¿Estás de puta coña?!

Pongo los ojos como platos; creo que es la primera vez en catorce años que la escucho soltar una palabrota. No me cabe duda de que no es que haya metido el dedo en la llaga, es que he escarbado en ella y hurgado hasta en sus entrañas.

—No, no estoy de coña —rebato, también enfadado.

Con ella por presentarse así tras ocho años de silencio, conmigo por permitir que verla me desestabilice tanto que me haga perder los papeles. En todos los putos sentidos. Debería haber aprendido la lección, joder. Dejarse llevar por los sentimientos nunca trae nada bueno.

Ella se cruza de brazos y el cuello de su jersey me ofrece una panorámica perfecta de su canalillo prominente. De repente, es el único lugar al que puedo mirar y la polla me vuelve a palpitar. ¿Qué cojones me pasa?

—Yo no he tenido nada que ver con esto, Dominique. —Mi nombre completo de sus labios se me clava como una estaca, directa en el corazón. Y eso hace que el enfado suba como la espuma—. Es que… —bufa—. Dios, ni siquiera sé qué es esto. No sé qué está pasando. ¿Qué narices haces aquí? Tu padre me ha dicho que no esperaba que vinieras hasta la boda.

—Típico de mi padre —refunfuño. Mejor reconducir mi ira hacia él que hacia ella. Me paso una mano por el pelo para que los mechones húmedos dejen de hacerme cosquillas en la frente. Es eso lo que me está sacando de quicio, por supuesto. No ella, no el rubor de sus mejillas, ni lo distinto de su cuerpo, ni el shock de volver a verla tanto tiempo después—. Me va a oír. Ya te digo yo que sí.

Dejo caer el brazo bajo su atentísimo escrutinio y marco el bíceps de forma completamente innecesaria.

—Eso es cosa vuestra, yo me largo.

—No, tú te quedas. —Le señalo el sofá con un dedo acusatorio, con más autoritarismo de la cuenta. Me va a soltar un bofetón, bien merecido, todo sea dicho. Por eso, relajo el tono y añado—: Por favor, déjame aclararlo.

Tras fulminarme con la mirada unos segundos e inspirar de forma entrecortada, se gira y obedece. Malditas sean la situación y su obediencia a pesar del genio que se gasta, porque esa parte muy poco apropiada, que hace más acopio de sangre de la que debería, palpita de nuevo. Lo que me faltaba ahora, acabar con dolor de huevos por un calentón indeseado. Maravilloso.

Me doy la vuelta sin mediar palabra y me encierro en el único dormitorio de la casita de invitados de un portazo. Encuentro mi móvil tirado sobre la cama y marco el número de mi padre de memoria. Pongo el altavoz, lo lanzo sobre la colcha y dejo la toalla a un lado mientras me pongo unos calzoncillos con un tirón de más. Suelto un siseo y me recoloco el paquete traicionero que se ha alegrado cuando no debía. Los cuatro tonos de espera finalizan y salta el contestador.

—*Putain* —maldigo.

Marco el de mi hermana y me peleo con los vaqueros, luego con el jersey. Tampoco responde. Me planteo hasta llamar a Antoine para pedirle explicaciones, pero no tiene sentido. Me calzo, me guardo el móvil en el bolsillo y estoy a punto de abrir la puerta cuando me vibra el culo. Lo saco y veo que es una videollamada entrante de Silvie.

—¡Dom! —me saluda con efusividad, su rostro llena la pantalla por completo—. Mira con quién estoy, acabo de llegar a casa.

Gira el móvil para enfocar a nuestro padre.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás?

Ambos se encuentran en la biblioteca de papá, que usa como despacho.

—Contigo quería yo hablar —suelto mientras camino de un lado a otro frente al espejo de cuerpo entero. Silvie, al intuir que se viene discusión, le pasa el móvil—. Has invitado a Marián sin consultarme.

Hay un silencio en la línea y dudo de si la llamada se ha quedado congelada.

—Un momento… —oigo que dice Silvie desde alguna parte. Vuelve a aparecer en la llamada tras asomarse por encima del hombro de papá—. Ese es el dormitorio de la casita de invitados. Yo misma elegí ese espejo. —Me detengo, lo miro y de nuevo a la pantalla—. ¡Estás aquí! ¡Has venido! Oh, Dom… —La voz se le quiebra por la emoción—. Jo, voy corriendo a darte un achuchón y…

—Silvie —la corto.

Nuestro padre se mantiene serio, igual que yo. Me jode que ella se haya enterado así, cuando era una sorpresa. Pero es lo que hay.

—¿Por qué estás tan alterado, Dom? —me pregunta, con la misma serenidad de la que suelo hacer yo gala. Y eso me repatea—. Marian es una pastelera estupenda, y tu hermana la adora. No veo la necesidad de hacer de esto un drama.

Quiero gritarle, pero saber que Marián está al otro lado de la puerta me detiene. También sé que, de perder los papeles, mi padre se saldría con la suya, porque le encanta chinchar a sus hijos en la medida de lo posible. No tiene ni un ápice de maldad, lo sé, sobre todo porque él no sabe lo que pasó entre Marián y yo por orgullo. Ni él ni nadie. Cuando lo nuestro se acabó, no me pareció bien manchar su imagen echándole las culpas. No tenía sentido, así que terminaron creyendo que lo nuestro solo había sido un simple amor de verano.

—Papá —remarco la palabra con frialdad—, sabes perfectamente que esta no es solo una cuestión profesional. Invitar a Marián sin avisarme…, después de que rompiéramos…, es cruel.

Un destello de algo que parece arrepentimiento cruza su mirada, pero lo esconde tan rápido como lo haría yo. Silvie, por el contrario, manifiesta su pena haciendo un puchero.

—Dom, el pasado es pasado. Y sí, Marian forma parte de él, pero también es una grandísima profesional. Tu hermana aceptó contar con ella por sus propios méritos, no por capricho. —Fantástico, mi maravillosa hermanita también estaba metida en el ajo—. ¿O es que tu enfado es porque aún no lo has superado?

Un escalofrío me sube por la espalda. Mi padre no suele ser tan directo y menos con temas delicados, ese es un rasgo que me pertenece.

—Si mi hermana la eligió, sería porque no le quedarían muchas alternativas, ni más ni menos.

Me arrepiento de lo que he dicho igual de rápido que todo lo que ha pasado en la última media hora. Sé que Marián sería la mejor para el puesto, no en vano despuntó como repostera en el mayor resort de lujo de Marbella. Pero eso no borra el hecho de que mi hermana se haya quedado sin pastelero de la noche a la mañana. Y sí, ha sido por mi culpa, pero la rabia por la encerrona sumada a lo que ver a Marián ha despertado en mí me está convirtiendo en un completo capullo.

—Tú no ibas a venir, Dom —insiste mi padre—. La acomodé en el mejor lugar en el que podría estar: con nosotros, sus conocidos.

Inspiro hondo para intentar serenarme un poco.

—Marian es una buenísima persona —añade Silvie—. Y ha aceptado el marrón para salvarme el culo.

—Ni siquiera sé por qué lo ha hecho. Lleváis ocho años sin hablar.

—¡¿No te acabo de decir que es una persona maravillosa, idiota?! —No me sorprende que mi hermana haya terminado enfadándose—. Además, sí que hemos hablado alguna que otra vez por redes sociales. Tiene un canal de YouTube muy popular y no me pierdo ninguno de sus vídeos. Por eso pensé en ella para pedirle el favor.

Saber que han seguido en contacto escuece, y podría haberlo descubierto antes si frente a mi familia no hubiera actuado como si no supiera quién es ella y hubiéramos hablado del tema. Aunque, pensándolo bien, no creo que hubiera salido nada bueno de lo que opino de que ahora sea popular en YouTube.

—No seas melodramático, Dom —sigue—. Ha pasado mucho tiempo. Es hora de que entierres el hacha de guerra y te comportes como un adulto. Me lo debes.

Por si sus anteriores palabras no hubieran sido suficientes, mi hermana se ha propuesto mandarme a la tumba a base de verdades como puños.

—Dom —interviene mi padre con ese tono propio de calmar riñas de hermanos—. A veces es bueno refrescar el pasado para seguir adelante. Creo que es hora de que lo hagas.

Sé que se refiere a mamá, y que use su ausencia contra mí me enfurece y desarma a partes iguales. Porque él no permite que su recuerdo se enfríe, y eso lo hace más fuerte, mejor persona. Pero su pérdida y la mía no se parecen en nada. Por suerte.

Quiero gritarle que no necesito que me explique cómo pasar página, que ya lo hice y a base de cabezazos. Me costó demasiados

años sanar como para que ahora reabran ese libro y me lancen de lleno a la primera página. Alegoría perfecta, teniendo en cuenta lo mucho que a Marián le gusta leer. Le gustaba. ¡No lo sé!

—Oye, Dom —interviene Silvie—. No te pido que resucites nada ni que lo arregléis. Solo que intentes ser cordial con ella y no la espantes. Con todo lo que está pasando, es lo único que necesitamos.

Nos miramos otros tantos segundos hasta que la culpabilidad termina por pesar demasiado.

—Está bien —claudico—. Total, después de este fin de semana no volveré a verla hasta la boda.

Mi padre sonríe, satisfecho, y cuelga la llamada.

Me guardo el móvil, me calzo y salgo del dormitorio. Una parte de mí esperaba que se hubiera largado, pero no, sigue ahí, obediente en el sofá. Casi sobresaltada, deja a medias la conversación que estuviera manteniendo por mensaje y se vuelve hacia mí. Incluso con el cabreo soy incapaz de no ver lo bien que le han sentado los años. Aprieto la mandíbula y me acerco a la puerta. Tengo que salir de aquí. Tengo que escapar de… de ella, maldita sea.

—Vamos a tener que compartir casa —suelto a bocajarro.

—¿Qué? —pregunta, desinflada. Es como si cada fibra de enfado se hubiera evaporado de su cuerpo. Luego, recuerda su cabreo previo a la pausa por mi llamada y ataja—: No.

Suspiro con alivio y le señalo la salida.

—Perfecto, aquí tienes la puerta.

Ambos la miramos durante varios segundos hasta que vuelvo a centrarme en ella. Marián casi siempre fue transparente, y los años no la han cambiado. En su expresión leo la frustración por haberse

cruzado en mi camino, la rabia de la situación, la impotencia por todo. Aun así, dura apenas un parpadeo y, después, esconde todas esas emociones bajo una coraza. Se acerca a mí, me crispo cual gato mojado, y la estudio desde la seguridad que me confieren los treinta centímetros de altura que le saco. Se echa la mochila al hombro, agarra el asa y está dispuesta a salir cuando me descubro diciendo:

—El único hostal de Locronan está completo, ya lo he comprobado.

Precisamente por eso me vine derechito a la casita de invitados. Se detiene en el umbral de la puerta, casi con un pie fuera. «Se lo debo a Silvie», me repito. No puedo permitir que Marián se marche.

—Seguro que a tu padre no le importa cederme el cuarto de las escobas para pasar una noche —me suelta en un tono cortante que hace que la tensión crezca.

Nunca me había hablado así, igual que yo tampoco lo hice con ella. Supongo que es un recordatorio más de que lo que pasó entre nosotros era lo correcto. Nos observamos durante tanto rato que hasta veo cómo empiezan a brillarle los ojos, y cuando ella misma se da cuenta, se gira para marcharse.

—Espera, Marián —le pido en tono calmado.

Dios, no puedo verla así. No con los ojos colmados de lágrimas reprimidas, desamparada y herida. Y aunque yo me sienta igual, el instinto de protegerla sigue tan vivo como el primer día.

—Todas las habitaciones del *château* están ocupadas —le explico, algo más conciliador. Ella me mira por encima del hombro, aún con el enfado arrugándole los rasgos—. La casa está llena de familiares y amigos que vienen a la fiesta de compromiso de Silvie.

—¿Y tu dormitorio? Estoy convencida de que tendrás uno entre las doscientas habitaciones del castillo.

Mis labios se curvan involuntariamente y me tengo que obligar a contenerlos.

—Es probable que lo haya ocupado mi tía abuela Elise. Siempre que viene se queda ahí. La echaría, pero tiene noventa y tres años. —Bufa a modo de respuesta y se vuelve hacia mí, de brazos cruzados y con la mochila a medio camino de caérsele del hombro. «No le mires el canalillo…». Trago saliva y carraspeo antes de decir —: Solo voy a estar aquí dos días. Mi padre no esperaba que viniera este fin de semana, así que no contaba conmigo. Quería darles una sorpresa. —Por cómo me escanea, con cierta suspicacia, sabe que hay algo más; que no me perdería la fiesta de compromiso de mi hermana sin un buen motivo—. He intentado razonar con mi padre, pero él cree… —Inspiro hondo y me masajeo los ojos—. Él cree que nuestra relación sigue siendo cordial. Y no me apetece crear una solución bochornosa solo por un par de días o dar explicaciones de más. Será solo una noche, yo me iré mañana por la tarde.

—No pienso compartir casa contigo —responde sin pensárselo siquiera.

—No es la primera vez que lo hacemos. Y no se nos daba mal, precisamente.

Mi réplica sale de la misma manera automática que la suya y la tensa. En cualquier otra circunstancia no habría sido más que un comentario inocente y esa era la intención, porque necesito que se quede por mi hermana, pero ahora leo el doble matiz que creo que ha pillado ella.

«Joder, ¿puedo dejar de cagarla y de ser tan bocazas?».

—Han pasado muchos años, Dominique. —Un puñetazo en el plexo solar duele menos. Por seguir con las peticiones lanzadas al cielo: ¿puede dejar de llamarme por mi nombre completo?—. Las cosas cambian.

—Algunas, sí —replico en tono monocorde. Voy a tardar en recuperarme de esto—. Otras, no tanto.

Ella boquea un par de veces, tal vez buscando entender mis palabras, hasta que me mira a los ojos y desecha lo que fuera que estuviera pensando. No quiero saber leerla tan bien, quiero que siga siendo una completa desconocida, maldita sea.

—No quiero saber nada de ti, Dominique.

Parpadeo varias veces por que lo haya soltado así, tan sin tapujos, cuando siempre le costó decir lo que pensaba y por eso aprendí a leer su rostro. Su necesidad de complacencia siempre la mantuvo con un perfil bajo. Pero supongo que ocho años dan para mucho y ya no la conozco.

Mi mirada se afila y la escaneo una última vez.

—Es mutuo, Marián.

—Bien, pues espero que la casa sea lo suficientemente grande.

Camina hacia el dormitorio; arrastra la maleta tras de sí y se recoloca la mochila a la espalda.

—Hay espacio de sobra —argumento con indiferencia, las manos en los bolsillos.

—¿Para alojar tu ego? Lo dudo mucho.

Me deja con la palabra en la boca y se encierra de un portazo. Me masajeo los ojos e inspiro hondo una última vez para serenarme. Lejos de conseguirlo, me enfado aún más. Porque hasta mí llega una fragancia que no ha cambiado en todo este tiempo, la suya personal

y que sigue volviéndome loco. Una que revive todos los recuerdos compartidos en aquellos maravillosos veranos que les robamos a nuestras verdaderas vidas.

5

Marián



Aún con el corazón acelerado por el encontronazo, me siento en la cama. Ha sido la escena más incómoda que he vivido jamás. Medio me había mentalizado para verlo tarde o temprano, pero nunca habría imaginado que ese «temprano» fuera a ser ya. Y cualquier reencuentro hipotético que hubiera podido conjurar en mi mente se ha quedado corto en comparación con lo que ha pasado al final.

La tensión acumulada me asfixia y, cuando miro a mi alrededor y me descubro entre sus cosas, la angustia crece. Ahí, sobre la cómoda, está la colonia que ya usaba en mis recuerdos, junto a un reloj caro y varonil. La maleta abierta a mi lado me muestra ropa que he descubierto que le sienta como un guante. Hay unos zapatos caros negros a los que les han sacado brillo hace poco, y una percha con una camisa burdeos colgada del picaporte del armario junto a unos pantalones arreglados. Pierdo la noción del tiempo analizando los pequeños detalles que conforman al Dominique adulto, uno tan parecido y al mismo tiempo tan diferente al que recuerdo que resulta doloroso.

Con el único motivo de regodearme en mi sufrimiento —al parecer tengo tendencias masoquistas—, reproduzco el vídeo que he grabado al querer inmortalizar la casita y, de repente, ahí está él: Dominique Beaumont en todo su esplendor —que es muchísimo—. Ha crecido un poco desde la última vez que nos vimos, como si hubiera pegado el último estirón en mi ausencia. Pero no solo ha ganado en altura. No voy a admitir cuánto tiempo me quedo con los ojos pegados a su cuerpo desnudo, deleitándome y fustigándome ante el recuerdo de esa piel suave bajo mis yemas.

No puedo enfrentarme a esto yo sola.

Marco el número de Irene para tener una videollamada con ella. Como era de esperar en una madre hipervigilante, no tarda en responder.

—¿Qué tal mi francesita? ¿Cómo te están tratando las tierras bretonas?

—Dominique está aquí —suelto a bocajarro.

Hay unos segundos de silencio en los que busca qué decir. Desde nuestro… distanciamiento, Irene y yo no hemos vuelto a hablar de él. Me pasé un año entero llorando a lágrima viva al ver que él pasaba página sin más, y después de un periodo prudencial de duelo, le pedí a mi mejor amiga que lo borráramos de nuestros recuerdos. Era mejor así, hacer como si para mí nunca hubiera existido. Y me he mantenido tan firme todo este tiempo que ni siquiera lo he vuelto a ver competir en la tele. Ha sido todo un shock constatar lo bien que lo han tratado los años. Imagino que parecido al que habrá tenido él, aunque a mí no me hayan tratado tan bien.

—¿Cuántas piernas tengo que partir?

Su tono enfadado me arranca una media sonrisa. Cuando se trata de mi estabilidad emocional, es como una mamá oso. Saber que la tengo conmigo incluso en la distancia me calma.

—De momento, ninguna. Pero no guardes el bate de béisbol muy lejos.

—Hecho.

Se deja caer sobre su sofá y cambia la cámara frontal por la trasera para que vea a Sofía, que está sobre la alfombra del salón. A su alrededor, hay desparramados decenas de bloques de construcción en lo que parece ser una ciudad derruida por el Godzilla con el que está jugando.

—Hija, saluda a tu tía.

—¿A cuál? —pregunta ella, sin despegar los ojos del lagarto de plástico con el que golpea los bloques apilados.

—A la única que tienes.

Como hija sin hermanos y madre soltera, Irene no tiene a su disposición una extensa familia con la que colmar a su niña de parientes, ni siquiera con unos abuelos presentes, así que terminé por convertirme en su única tía. Porque la sangre no hace a la familia, eso lo ha demostrado con creces nuestra amistad inquebrantable.

—Holi, Mar-mar.

Hace un gesto con la mano por encima del hombro, pero nada detendrá la destrucción de Godzilla. Lo sé yo, lo sabe su madre y lo saben los pobres habitantes de Villabloque.

—Hola, Sofi-fi.

—Lleva toda la mañana pegada a los cubos esos —me explica su madre, al tiempo que gira la cámara para usar la delantera.

—Puede que eso signifique que el día de mañana será arquitecta —bromeo.

—Oh, pobres desgraciados aquellos que vivan en sus casas. Ya has visto el fatídico resultado.

Se me escapa una carcajada y, automáticamente, el gesto serio de Irene se relaja. Es inexplicable cómo se ha convertido en mi balsa en medio de un mar a la deriva sin siquiera pretenderlo. Ella y, desde hace cinco años, la pequeña Sofía.

—A ver, cuéntame, ¿qué ha pasado? Porque tienes cara de acabar de discutir.

—¿Cuál es mi cara de acabar de discutir?

—Despeinada y roja como un tomate.

Río por la nariz y, sin siquiera coger aire, me lanzo a un monólogo lleno de detalles que se va acalorando tanto como el que Dominique le ha soltado a su padre por teléfono. Ni siquiera me importa que pueda escucharme al otro lado de la puerta.

—No sé cómo voy a sobrevivir a este fin de semana compartiendo casa con él —reconozco al tiempo que me froto la cara.

Ella hace una mueca que viene a significar que se está callando algo, y ahora mismo lo prefiero.

—Me sorprende que sigas dándole tanto control sobre tus emociones —dice en su lugar.

—Permíteme recordarte que lo he visto desnudo. Bueno, casi. Eso altera a cualquiera.

—Lo sé, porque estás demasiado desatendida en lo que a s-e-x-o se refiere. —Deletrea la palabra para que los oídos de Sofía no aprendan más de la cuenta a tan temprana edad—. Pero tengo la impresión de que no solo ha revolucionado tus hormonas.

Bufo una risa incrédula.

—Sé a lo que te refieres, y no. Rotundamente no —replico, un tanto molesta.

Me indigna que Irene sugiera que solo verlo pueda haber despertado sentimientos. Unos que están más que muertos y enterrados. Reencontrarme con Dominique duele por todo lo que remueve, por los recuerdos que van de su mano y que fueron preciosos y mágicos hasta que todo se torció. Pero no hay nada más.

—Compartir casa con tu ex… —rumia para sí misma—. Cuando te dije que tal vez este fuera el inicio de tu comedia romántica no me refería a esto, la verdad. Ahora apunta a una de esas que tanto te gustan, las que tienen mucho potencial de catástrofe.

—Primero: no es mi ex. No… No somos, fuimos, nada.

—Ya, a otra con ese cuento.

—Segundo —añado ignorando su comentario—: aunque dice que el único hostal del pueblo está lleno, me niego a compartir espacio con él, así que llamaré para preguntar.

—A mendigar, dirás.

—También. A unas malas, siempre me quedará el escobero. Seguro que en una mansión tan grande hay tres o cuatros.

—Ni hablar —ataja poniéndose en pie—. Él es el grano en el culo. Él es quien ha aparecido sin avisar. Tú no vas a meter la cabeza dentro de tu caparazón, tortuguita. Eres una tía fuerte, Marián. Has pasado por mucha mier… —Lanza un vistazo a su hija—. Por muchos inconvenientes —rectifica—. Puedes con esto y con más. Barbilla alta y ovarios bien puestos, nena.

Suspiro cuando me guiña un ojo. Luego, se pone un poco más seria y entorna la puerta de la cocina, donde se ha escondido para hablar con más privacidad.

—Ahora en serio, si en algún momento te sientes demasiado incómoda o no puedes con la situación, me llamas. No tienes que aguantar nada, ¿vale?

—Lo sé… —suspiro—. Ya veremos cómo va. Por lo pronto, intentaré sobrevivir a la merienda familiar.

—¡Uy! Pinta a que ahí van a pasar cosas.

—Espero que no demasiadas —murmuro cruzando los dedos mentalmente.



El sol de la tarde tiñe de tonos dorados los vastos viñedos que se extienden detrás del *château*. El aire está cargado de la fragancia de las uvas que ya se empiezan a recolectar y una suave brisa mueve las hojas de las parras, lo que crea un susurro relajante que contrasta con el ambiente animado de quienes nos hemos reunido en uno de los miradores.

Bajo una pérgola con cortinas blancas adornada con guirnaldas, los Beaumont, algunos amigos y yo disfrutamos de lo que se supone que es un encuentro relajado. No para mí. Silvie, como gran controladora de todo lo que sucede a su alrededor, ha dispuesto un *seating plan* incluso para esta merienda informal. ¿Y dónde me ha tocado a mí? En efecto, al lado de Dominique.

Apenas tengo tiempo de maldecirla en silencio, porque en cuanto me ve junto al tablón con la disposición de las mesas, corre hacia mí

con una cámara de fotos colgada del hombro para darme un abrazo tan efusivo que me hace volver atrás en el tiempo.

—Oh, Marian… —murmura aún estrechándome con fuerza.

Yo sorbo por la nariz para contener las lágrimas de emoción, porque de repente es como si no hubiéramos pasado ni un día separadas.

—Silvie, me alegro mucho de verte.

Nos alejamos y nos miramos a los ojos, ambas al borde del llanto y con sonrisas radiantes.

—Los años te han sentado bien —comenta con una chispa de alegría mientras se fija en mi vestido verde botella con cuello barco. Lo único elegante que he traído y porque monsieur Beaumont me avisó antes de venir.

Aun así, hago una mueca y me trago la respuesta de que los kilos que ahora llevo de más no sientan nada bien, pero no es eso lo que respondo.

—A ti también, estás guapísima.

Y no miento. El vestido rosa palo que ha elegido la hace parecer una princesa, sobre todo con la tiara con florecillas que le recoge los bucles dorados sobre la cabeza.

—Te he sentado al lado de mi hermano y en frente de Théo, para que tengas con quien charlar.

Mi mueca hace amago de profundizarse, pero consigo mantenerla a raya justo a tiempo.

—No me importa conocer gente nueva, puedo sentarme en otro lado —replico para intentar librarme.

En cualquier otra situación sería mentira, pero la alternativa me parece tan atractiva como masticar cristal.

—Tonterías. Así Dom, Théo y tú os ponéis al día —añade con un guiño pillo. ¿Es que ni siquiera ella sabe que su hermano me desechó como a un pañuelo usado? ¿Qué mentira le contaría?—. ¿Te parece si el lunes por la mañana quedamos para hablar de los postres de la boda y ponernos al día?

Mi malhumor desaparece ante la necesidad de volver a conectar que leo en su rostro y en su timbre, así que mi sonrisa se vuelve sincera y asiento.

Sigo sin saber por qué, a dos meses de la boda, no tienen pastelero, cuando un enlace de estas magnitudes requiere de mucho trabajo que tendremos que hacer a marchas forzadas. Me muero por preguntarle, pero no es el momento. Y menos cuando mi atención se desvía al modo en el que Dominique, a unos pasos de distancia, nos mira de soslayo. Lleva puesta la camisa burdeos, los zapatos y los pantalones que vi en su dormitorio. En su veintena, ese tipo de atuendo lo hacía parecer más maduro, varonil. Ahora, a los treinta…, Dios, debería ser ilegal lo guapo que está así vestido, como si hubiera nacido para ejemplificar la elegancia y la sensualidad.

Tras despedirme de Silvie, que se va a hacer fotos a los invitados, no me queda más remedio que tomar asiento junto a Dominique. Es evidente que ninguno quiere estar cerca del otro, pero no me quedan más opciones. Los cien invitados a este «pequeño» ágape ya están dispuestos y repartidos sobre las sillas tapizadas en verde oliva que rodean la larguísima mesa, así que no puedo robarle su puesto a nadie. Para más inri, ambos disfrutamos del falso lujo de estar sentados a la mitad, «para que el hermano haga de relaciones públicas y entretenga al personal» —en palabras de Silvie, algo que

a él no le ha hecho mucha ilusión—. El único consuelo que me queda es que tengo a Théo enfrente.

Aunque en un segundo plano, él también terminó siendo una parte importante de nuestros veranos. Era el segundo menos lerdo del trío que conformó junto con Dominique y Antoine, porque el primer puesto se lo llevaba el que ahora es el prometido de Silvie. El paso del tiempo le ha sentado bien; se le han marcado los rasgos pueriles hasta convertirlo en un hombre de líneas rectas y duras, con una barba oscura que resalta contra su tez pálida y ojos verdes.

Después de saludarnos, me presenta a su mujer, Sarah, y a su hijo, Théo Junior. Es adorable, y no puedo evitar quedarme embobada mientras juguetea con la corbata de su padre sentado en su regazo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez, once años? —me pregunta antes de llevarse la copa de vino a los labios.

—Ocho.

—Vaya, si llevas la cuenta y todo. —Se echa a reír, y no me queda más remedio que sumarme con una carcajada forzada—. ¿Qué ha sido de ti todo este tiempo?

Antes de darme cuenta, nos hemos enfrascado en una charla nostálgica que se lleva consigo parte de la tensión por estar sentada junto a Dominique. Le hablo de mi trabajo en el resort —hecho que ya conocía— y de mi canal de YouTube, y él me cuenta que está planteando retirarse del deporte competitivo para centrarse de lleno en su familia. Le pregunto a su pareja cómo se conocieron, y ella se lanza a relatarme cómo sucedió, un par de años después de nuestro último verano compartido. Después, nos ponemos a rememorar anécdotas, como el balonazo que me dio en la cara —recuerdo ante

el que acabamos desternillándonos de risa, su mujer incluida, ahora que el tiempo ha borrado el susto—, cuando corrió en pelotas por los pasillos del hotel, esa vez que salí volando por culpa de la boya… De repente, todos esos recuerdos que estaban enturbiados por la pérdida de Dominique se vuelven un poquito más radiantes, y es gracias a la naturalidad de Théo, a sus risas y a verlo todo desde una perspectiva que no está contaminada.

A mitad de la merienda, Théo Junior empieza a llorar y, con una disculpa, el padre se lo lleva para darle un paseo por el *château* y calmarlo. Unos minutos después, cuando la conversación se enfría, Sarah se va a ver cómo les va y me dejan sola.

Adiós a mi distracción, lo que significa ser más consciente de la cercanía de Dominique, quien se ha mantenido en silencio todo el tiempo, por mucho que Théo haya intentado incluirlo en la conversación. Ahora, para mi desgracia, me resulta inevitable no percibir el calor que emana de su cuerpo. El modo en el que su hombro roza el mío cuando se mueve para ver mejor a las personas que le hablan varios asientos más allá. La forma tan masculina y protectora de extender el brazo sobre el respaldo de mi asiento para inclinarse a charlar con Bastian, el hombre a mi derecha y que he intuido que es, para colmo, su mejor amigo.

Tras el encontronazo, Dominique y yo apenas hemos intercambiado un par de comentarios antes de que se marchara por su cuenta y yo por la mía. A él le apetece tanto como a mí compartir espacio, y no lo entiendo; tengo todo el derecho del mundo a estar resentida, fue él quien pasó de mí.

—En cuanto pueda, sacaré mis cosas del dormitorio principal —suelta Dominique en español, como si hubiéramos estado

manteniendo esa conversación.

Baja el tono para no llamar la atención, pero yo distingo tensión en él. Lo miro de reojo; aunque intenta disimular dándole un trago a su primera y única copa de vino, todo en él es rigidez. Es el primer momento en el que el resto de los invitados le han dado una tregua desde que he llegado, ¿y decide emplearlo en hablar conmigo en lugar de en relajar la garganta? No lo entiendo.

—No hace falta que lo digas con tanta urgencia, como si te asqueara mi presencia —respondo, también en voz baja, sin mirarlo —. Sé que estar en la misma casa que yo no es plato de buen gusto, pero yo no pedí que me metieran ahí.

Dominique ladea el rostro, su mirada clavada en mí, y mi estómago pega una sacudida. Es el efecto que ha ejercido siempre en mí. Cada vez que sus ojos reparaban en mi presencia, un millar de mariposas alzaban el vuelo.

—No es una cuestión de urgencia —replica él en un murmullo que me acaricia la oreja—, pero sí de dejar las cosas claras: este fin de semana no va sobre nosotros, y no me gustaría que la gente malinterpretara nada.

«Claro que no, porque para alguien tan famoso las apariencias lo son todo». Me muerdo la lengua y me ladeo para mirarlo. Sus iris castaños ahora están fijos en algún punto lejano del viñedo, pero su mandíbula sigue endurecida, lo que revela que le cuesta mantener esa calma aparente.

—¿Malinterpretar qué? —pregunto, tratando de no sonar tan herida como me siento—. Está bastante claro que no hay nada que malinterpretar entre nosotros.

Solo por ayuda divina consigo que la voz no me tiemble tanto como mi maltrecho corazón. Y lo único en lo que puedo pensar es en que Irene estaría orgullosa de los ovarios que le estoy echando a la situación.

El silencio entre nosotros se alarga, y casi que lo agradezco. A lo lejos, Silvie ríe con una despreocupación envidiable de algo que le dice Antoine. Sabiendo lo que vivimos en aquellos agostos mágicos, jamás habría imaginado que esos dos acabarían juntos. Pero supongo que la gente cambia y la vida da muchas vueltas; en aquella época, yo tampoco me imaginaba viviendo sin Dominique y aquí estamos.

El suspiro que suelta el aludido atrae mi atención y lo veo juguetear con el tallo de la copa.

—Tienes razón —dice con una suavidad que me sorprende—. Solo… no quiero más problemas.

¿Más problemas? ¿Está insinuando que yo se los he dado? No respondo. Las palabras se me agolpan en la garganta, pero no quiero discutir, no aquí, no ahora. No son ni el momento ni el lugar para sacar todo eso que dejamos enterrado hace tanto tiempo.

Que Jacques se levante de su asiento, copa de vino en mano, me libra de responder.

—Antes de que los futuros novios hagan su brindis oficial, me gustaría daros las gracias a todos por estar aquí. —El hecho de que hable en un francés mucho más lento de lo habitual me conmueve —. Hoy es un día especial, no solo porque el clima, por una vez, se ha comportado —los comensales ríen—, sino porque celebramos el amor entre mi querida Silvie y Antoine. Muchos de los aquí presentes sabemos por cuánto han pasado para llegar a este

momento. —Silvie esboza una mueca triste y Antoine le regala un beso en la sien. ¿A qué se referirá?—. Y no podríamos estar más felices de verlos tan enamorados y comprometidos. Brindemos por ellos.

Los invitados alzan las copas de vino, y yo hago lo mismo con mi agua.

—Por Silvie y por Antoine.

—Por Silvie y por Antoine —coreamos.

El suave tintineo de las copas al entrechocar, las risas y las felicitaciones llenan el ambiente. La parejita se mira con una sonrisa de esas que solo los enamorados pueden compartir. Antoine, galante, se inclina hacia su prometida y le susurra algo al oído que la hace reír antes de besarla con efusividad.

Aparto la vista y me encuentro con los ojos de Dominique clavados en mí.

—Trae mala suerte brindar con agua.

—Lo siento, pero no bebo —replico con incomodidad.

Dejo el vaso y escondo las manos bajo la mesa. La risa incrédula que escapa de sus labios me crispa.

—¿Desde cuándo? Si antes no dejabas copa sin catar.

La calma que me arroja hablar en español —y que casi nadie pueda entendernos— no sirve de nada, porque ha tocado un tema mucho más sensible que nuestra no-ruptura.

—Antes, tú lo has dicho. Han cambiado muchas cosas, Dominique.

Endurece la mandíbula como todas las otras veces que he usado su nombre completo, pero no puede replicar porque Antoine se pone en pie para su propio brindis.

—Gracias, Jacques, por tus palabras y por ayudarnos a organizarlo todo. —Su suegro inclina la copa hacia él y Antoine responde con un asentimiento—. No os voy a engañar, tenía un discurso pensado para agradeceros el que hayáis venido hasta aquí desde puntos tan distintos del mapa solo para celebrar este momento. Nos habría gustado que hubiera sido antes, pero…, bueno, las circunstancias son las que son y no podemos hacer nada contra ellas.

Dominique se bebe lo que queda de la copa de un trago y se levanta con una disculpa murmurada. Varios de los comensales, y Silvie, lo seguimos con la mirada mientras Antoine continúa:

—Pero el momento por fin está más cerca, y no puedo ni empezar a expresar lo tremendamente privilegiado que me siento por tener a mi lado a una mujer como Silvie.

La aludida se olvida de su hermano y centra su atención en su prometido. Algo que yo no puedo hacer. Veo a Dominique acercarse hasta la balaustrada del mirador y apoyar las manos en ella, con los hombros un poco hundidos y la cabeza gacha. Desde fuera, da la sensación de que necesita algo de aire, porque con las cortinas de la pérgola se ha concentrado cierto bochorno. No obstante, algo me dice que no es eso, y Bastian, su mejor amigo, parece llegar a la misma conclusión, porque se disculpa y se levanta para ir con él. Saber que está acompañado me permite centrarme de nuevo en el discurso, del que no me he perdido demasiado.

—… paciente, talentosa y simplemente extraordinaria. Así que gracias, Silvie, por hacerme el hombre más dichoso de la faz de la tierra y por querer compartir el resto de tu vida conmigo.

La prometida se limpia los ojos con la servilleta, se levanta y se lanza a los brazos de Antoine. Se dan un beso como de película, con

ella inclinada hacia atrás, la pierna levantada, y todo el mundo los vitorea. Alguien hasta les sugiere que se vayan a un hotel, lo que arranca varias risas. Cuando se recomponen, un camarero se acerca a Antoine y le tiende una botella de champán enorme, bastante más grande que mi brazo.

—Amigos, familia, ahora me gustaría que alzáramos las copas y brindáramos por la mujer más maravillosa del mundo.

Antoine gira el corcho de la botella.

—Y por el futuro marido más caballeroso del mundo —interviene Silvie, enamorada.

Su prometido forcejea con el tapón un par de veces, contrae el rostro por el esfuerzo y sigue intentando descorchar el champán. Suelta una risita nerviosa, mira de reojo a los invitados y vuelve a intentarlo. La gira, la cambia de mano, la apoya sobre la mesa y la vuelve a sostener en el aire. Está mareando la botella, que empieza a sudar.

—Señor, si me permite… —interviene un camarero, al ver que la maniobra se le resiste.

—No, yo puedo. —Antoine se separa del camarero con un movimiento algo brusco y tira del tapón con más fuerza—. Ya casi…

El corcho se le escapa de la mano y salta por los aires seguido de un chorro de champán que le rocía la cara. Junto con el tapón. Le da de lleno en la nariz con tal fuerza por culpa de lo agitado del contenido y del tamaño de la botella que incluso desde donde estoy oigo el chasquido del hueso al fracturarse.

Antoine aúlla de dolor, Silvie suelta una exclamación preocupada y varias personas se ponen en pie. El champán se tiñe de un tono rosado al entremezclarse con la sangre que le empapa la camisa, el

mantel y las manos. Es aparatoso, cuando menos; lo sé bien, lo he vivido en mis propias carnes. Apenas unos segundos después, Dominique está junto a su cuñado. Le agarra el rostro con las manos y se lo inclina para intentar ver algo, aunque con tanta sangre es complicado.

—Tiene pinta de que se la ha roto —confirma.

«He visto tantas narices rotas que he perdido la cuenta», me dijo en otra vida.

—Hay que llevarlo al hospital —dice el padre de Antoine.

Hay un breve revuelo en el que intentan ponerse de acuerdo en quién lo lleva, pero todos han bebido más de la cuenta. Todos menos Dominique, que solo ha tomado una copa. Cuando deciden que será él quien lo lleve, sus ojos se encuentran con los míos.

Igual que en nuestros veranos, no hace falta que hable para que yo entienda qué me quiere decir: «Te dije que brindar con agua trae mala suerte».

Mi mala suerte, en realidad, es que desde que he puesto un pie en tierras francesas, todo parezca recordarme mi pasado de un modo u otro. Y, Dios, cómo duele.

Segundo verano

Agosto de 2011

Era uno de esos días en los que el sol quemaba incluso bajo la sombrilla. Marbella, a principios de agosto, no daba tregua, y que la arena quemara incluso con la toalla de por medio era un recordatorio de ello.

Irene y yo habíamos acabado de comer hacía apenas quince minutos, y eso suponía tirarse a la bartola bajo la sombrilla mientras luchábamos contra el sueño que trae consigo tener la barriga llena. Junto al palo de metal, habíamos apilado los restos de nuestros tápers, entre los que se encontraban media docena de cookies de chocolate —derretido a aquellas alturas— que había preparado la tarde anterior. Ese verano estaba siendo el de perfeccionar mi receta. Aunque había seguido muchos tutoriales para hacer las mejores galletas con pepitas de chocolate del mundo, siempre me quedaba con la sensación de que faltaba algo. Y me había propuesto llevarlas a la perfección antes de que terminara agosto. Irene, por supuesto, estaba encantadísima con el plan, porque ella terminaba engullendo buena parte de mis cookies para darme su valoración.

Me puse los auriculares del MP3 que había heredado de mamá y que tenía más años que Matusalén y cerré los ojos para dejar que la

sobredosis de azúcar bajara con una buena siesta. Los expertos dirían que era mejor hacer algo de deporte, pero, a ver, ¿quién se cree eso de que es fácil hacer ejercicio con la tripa llena?

Aquel era nuestro ritual de cada día: llegar temprano a la playa, pasar la mañana jugando en el agua o charlando y, tras comer, rendirnos a la pereza. Preferíamos la playa frente al Marbella Paradise Resort por varios motivos: el primero, porque al ir en coche con papá, no teníamos que cargar con los bártulos y en chanclas; el segundo, porque al ser una playa de Puerto Banús, estaba mucho menos masificada que las de Marbella centro y en mejor estado, con arena que reponían anualmente.

Justo cuando el sueño empezaba a vencerme, algo me aplastó y me robó el aire en un grito ahogado que me vació los pulmones de golpe.

—¡Marian! Oh, *mon dieu*, ¡eres tú! ¡No me lo puedo creer! —gritó una voz familiar.

Al abrir los ojos, me encontré con el rostro iluminado de Silvie a pocos centímetros del mío. Había saltado sobre mí y me había estrechado con toda su euforia hasta convertirnos en un revuelto de brazos, piernas y arena sobre la toalla. Emocionada, me quité los auriculares y me reí de su efusividad.

—Maravilloso, dos tías casi desnudas restregándose. Chicos, ya tenéis material para las pajas de esta noche —comentó una voz masculina en francés, con una burla que me hizo enrojecer.

En el último año, mi nivel del idioma había crecido a pasos agigantados, sobre todo por mi obsesión por cierto chico del que no había vuelto a saber nada. Había sacado tan buenas notas que en la Escuela Oficial de Idiomas se estaban planteando adelantarme un

curso. Todo gracias a las series que había consumido día sí y día también en francés con subtítulos en ese idioma. Para que luego dijeran que la tele embobaba.

—¡Antoine, cállate! —replicó Silvie en francés—. Pareces idiota.

Confundida, me solté de sus brazos y giré la cabeza en busca del dueño de esas palabras. Entonces los vi. O lo vi, más bien, porque Dom estaba allí, de pie y recortado por el sol, mirándonos, mirándome. Iba acompañado del tal Antoine y de otro chico, y los tres mantenían una expresión entre divertida y desinteresada. Aunque, a decir verdad, me importaban un bledo los otros dos, porque no podía apartar los ojos de Dom.

Había cambiado tanto… Su rostro, que un año atrás aún tenía un rastro de niñez, había madurado por completo. La línea de su mandíbula era más definida, y sus hombros parecían más anchos, más fuertes. Llevaba un bañador con un patrón de hojas hawaianas que dejaba al descubierto su pecho bronceado y esos brazos que ahora presentaban una musculatura que no recordaba. Enrojecí al instante, incapaz de pronunciar palabra.

—Marian, ellos son Théo y Antoine, amigos de la familia —los presentó Silvie en español—. Y, bueno, Dom, claro. ¿Te acuerdas de él?

—¿Cómo no se va a acordar de mí? —le recriminó el aludido, cruzado de brazos (¡y qué brazos!). Era la frase más larga que le había oído desde que nos conocíamos—. Hola, Marián.

Mi corazón se puso a dar brincos, volteretas y hasta un triple mortal hacia atrás. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre y, a diferencia del resto de los franceses que había conocido el año anterior, él puso el acento justo donde debía.

Intenté devolverle el saludo, pero mi garganta no respondió. Silvie siguió hablando mientras los chicos colocaban sus toallas junto a nosotras, aunque yo apenas registré lo que decía. Todo mi mundo había quedado reducido al espacio donde Dom estaba sentado, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

—Yo soy Irene, por cierto.

«Mierda, Irene».

Casi de un latigazo, me volví hacia mi amiga y le ofrecí una sonrisa de disculpa antes de hacer las presentaciones. Ella ya sabía quiénes eran Silvie y Dom, aunque no hubieran coincidido. Y también conocía la tremenda mentira que les había contado el año anterior y que me había «olvidado» de confesar. No estábamos de acuerdo en ese asunto, así que esperaba que no me delatara a la primera de cambio, aunque me lo habría merecido.

Silvie, tan lanzada como siempre, se levantó de mi toalla y se sentó en la de Irene para plantarle dos besos. Solo que en cuanto percibió las intenciones, mi mejor amiga se echó para atrás.

—¡Tremenda cobra te ha hecho! —se carcajeó el que había entendido que era Antoine.

En los labios de Dom se dibujó una leve curva, pero cuando su hermana le volvió a gritar al chico que cerrara el pico, sus ojos volvieron a mí y el gesto murió en sus labios. El estómago se me contrajo con un nudo de nervios que no sabía de dónde salía. ¿Era porque su toalla estaba solo a una —la de Silvie— de distancia de la mía? ¿O por el modo que tenía de mirarme siempre, como si me estuviera diseccionando? ¿Tal vez por el pequeñísimo asentimiento que hizo para sí mismo antes de tumbarse con los ojos cerrados? Me repasé de arriba abajo. La postura en la que estaba no me hacía

parecer la más delgada, precisamente, y mi piel, aunque había dejado atrás su tono enfermizo de invierno, era blanca como la leche. Nada de eso gustaba a los chicos, lo sabía bien. ¿Sería por el biquini? Era el mismo que me había regalado mamá el año anterior, uno que ya conocía. ¡No lo entendía! Pero ¿quién entendía a los chicos? Más aún, ¿quién entendía a los chicos mayores?

—Lo siento —se disculpó Irene—, no me va eso de los besos.

Desvié la atención a mi amiga, que se presentaba tan tranquila como siempre. Silvie, por su parte, enrojeció, algo que no le había visto en todo el agosto anterior.

—Eso es porque nunca te han besado de verdad —intervino Théo, haciendo morritos y en un español muy chapucero—. Si quieres, te enseño cómo se hace.

Irene lo miró con los ojos entrecerrados y le dio un repaso de arriba abajo antes de curvar los labios con malicia.

—Contigo no tendría ni para empezar, chaval.

—¡Uuuh! —corearon Silvie, Antoine y Dom. Yo solté una carcajada sincera.

Dom se había incorporado, con los codos sobre las rodillas flexionadas, y en su rostro apareció una sonrisa divertida que me atravesó el pecho como si de una flecha se tratase. En todo el agosto que habíamos pasado juntos, no lo había visto sonreír así ni una vez. Y aquel gesto, diminuto y fugaz, brilló más que el mismísimo sol del Mediterráneo a las tres de la tarde.

Dos semanas después, lo de la playa ya era nuestra rutina. Los seis quedábamos por las mañanas en la pasarela de madera que

conectaba el resort con la arena, alineábamos las dos sombrillas bajo las que nos resguardábamos entre las dos y las cuatro de la tarde, y echábamos el día entero entre risas, juegos y pullas. Théo y Antoine se integraron bastante bien. Eran abiertos y dicharacheros, y no desaprovechaban ninguna oportunidad de soltar un chascarrillo con dobles intenciones, sobre todo hacia Irene. En el fondo, no me extrañaba. Mi amiga respondía al estereotipo de chica española guapa: más morena de piel que yo, ojos oscuros, pelo negro e indomable, nariz algo más marcada y un carácter incendiario. Haciendo gala de este, ella los despachaba sin vergüenza alguna, lo que casi funcionaba como leña para el fuego de sus bromas.

Silvie e Irene también fueron haciendo migas. La fiebre de Mario Casas había quedado un poco atrás y ahora las tres estábamos obsesionadísimas con *Crepúsculo* —para mi desgracia, mis dos amigas compartían el mismo gusto cuestionable de ser *team* Jacob —. Se pasaban horas analizando detalles, hablando de curiosidades del rodaje y teorizando sobre qué pasaría en la siguiente entrega, mientras que yo las observaba bien calladita porque ya me había leído todos los libros.

A Dom, por su parte, lo veía más suelto que el verano anterior, probablemente por sentirse respaldado por sus amigos. El típico efecto que el compañerismo generaba en los tíos, aunque siguiera sin perder su calma. A veces se sumaba a las risas de sus colegas, pero de su boca no salía ni una palabra fuera de lugar ni de tono. Todo fue fluyendo con tanta naturalidad que, para cuando quise darme cuenta, ni siquiera sabía decir en qué momento había empezado a sentirme menos rígida con Dom. Menos alerta. Al igual que él conmigo.

Al principio se mantuvo distante, pero poco a poco empezó a incluirme en las conversaciones, a preguntarme mi opinión, a contarme cosas de sus entrenamientos de kárate y a fijarse en mí de un modo diferente. Seguía siendo escaso en palabras, porque hablar no era su fuerte —eso se lo dejaba a Silvie—, pero tenía la sensación de que por fin empezaba a conocerlo de verdad.

—Théo, si vuelves a poner rap francés, te quito el altavoz y lo lanzo al agua —lo amenazó Irene en inglés con una pulla indirecta para seguir con su tónica habitual.

Aunque como hijos de ricos, Théo y Antoine chapurreaban algo de español, no sabían lo suficiente, e Irene no entendía ni papa de francés, así que nos comunicábamos en esa especie de trilengua en la que predominaba el inglés.

—No sabes de lo que hablas, Irene. Este es el ritmo del verano —replicó él, levantando las manos como si estuviera ofendido.

Mientras ellos discutían, yo observé a Dom de reojo. Estaba a unos metros, de pie junto a Silvie y con una pelota de vóley que no sabía de dónde habían sacado. Su postura relajada y la forma en la que el sol le remarcaba cada músculo me tenían embobada. Como siempre, me pilló mirándolo, aparté la vista y me escondí tras la cascada de pelo mientras fingía estar muy interesada en limpiarme la arena de entre los dedos de los pies.

—¡Marian, despierta! —gritó Silvie. El balón me impactó en la espalda. Fulminé a Dom con la mirada y la diversión en su rostro me robó el aliento—. Que si juegas al vóley.

Devolví mi atención a su hermana y me di cuenta de que había sido ella quien me había lanzado la pelota. Irene ya se había puesto de pie, a su lado.

—Ninguno me querría en su equipo —respondí con falsa despreocupación—. Se me da fatal.

—No importa. Seguro que Antoine juega peor que tú —dijo Dom en tono divertido.

—¡Eh! —replicó el aludido.

Me obligué a sonreír, aunque mi cara estuviera a punto de convertirse en lava fundida. ¡Dom me había defendido! Ajena a mi emoción interna, Silvie me arrastró hasta la improvisada pista que habían marcado con seis pares de chanclas, en una parte más alta de la playa en la que la arena quemaba un poco y que la gente no usaba para extender sus toallas. Los equipos fueron claros: chicos contra chicas. Yo no pude evitar maldecir mi suerte, porque tener a Dom como rival significaba que mi concentración estaría donde no debería y que parecería mucho más mala de lo que realmente era.

El primer saque fue de Antoine y, tal y como Dom había sugerido, resultó un desastre. La pelota cayó directa sobre una de las chanclas que emulaban la red, lo que provocó las carcajadas de Silvie.

—¡Antoine, eres una vergüenza para Francia! —bromeó Théo, dándole un ligero empujón en el hombro.

—Cállate, que tú no eres mucho más bueno con las palas —replicó él, más ofendido de lo que debería por un simple juego de playa.

Traté de disimular mi torpeza durante el partido, aunque era difícil ignorar la forma en la que Dom se movía. Presentaba una agilidad casi profesional y golpeaba la pelota con precisión y sin apenas esfuerzo. ¿En ese último año había cambiado de deporte o qué? Cada vez que se lanzaba a la arena para salvar un punto, mi mente traidora imaginaba escenas que no debería. Sacudí la cabeza intentando centrarme.

—¡Marián! ¡Esa pelota era tuya! —me regañó Irene cuando dejé pasar un saque directo.

—¡Lo siento! Estaba… distraída —reconocí, ante lo que Silvie soltó una risilla.

—¡Distraída mirando a mi hermano, seguro! —dijo ella sin piedad.

El calor del sol se convirtió en una caricia comparado con el que me subió por el cuello. Dom, que se estaba limpiando la arena del bañador, levantó la cabeza con una ceja arqueada. Silvie se rio más fuerte y se encogió de hombros, como si no acabara de insinuar que me gustaba su hermano.

—Silvie… —gruñí, intentando mantener la poca dignidad que me quedaba.

—Tranquila, Marián, no eres la única que lo mira —intervino Irene para salvarme el culo.

A ella, Dom le interesaba bien poco. Aun así, con una gracia innata, se bajó las gafas de sol por el puente de la nariz y le dedicó un guiño exagerado que provocó las carcajadas de Antoine y Théo.

Cuando reanudamos el juego, murmuré un «gracias» en dirección a Irene y ella respondió con un saludo militar que venía a significar un «para servir». Al devolver la vista al campo contrario, los ojos de Dom, intensos, como de caramelo líquido, me mantuvieron con los pies tan hundidos en la arena que me llevé un balonazo en toda la cara.

Ocurrió tan rápido que no tuve tiempo ni de reaccionar. Lo último que recuerdo fue ver la pelota de vóley acercarse a mi cara, y

después, un golpe seco, un dolor agudo y un apagón. Todo se desvaneció, como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

Cuando volví a abrir los ojos, el mundo era un caos de colores y sonidos. Había gritos, chillidos y manchas difusas que se movían a mi alrededor. La cabeza me daba vueltas y me costó unos segundos darme cuenta de que alguien me cargaba en brazos. Eran fuertes y con un vello suave, y me levantaron como si no pesara nada. Mi visión, aún borrosa, se enfocó poco a poco en el rostro de Dom. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados en un gesto de preocupación que no le había visto nunca.

—¿Qué…? —intenté hablar, pero mi voz sonó rasposa y más débil de lo que esperaba.

—Tranquila, Marián. El taxi ya está aquí —dijo Dom sin mirarme, concentrado en caminar rápido hacia un coche que esperaba con la puerta trasera abierta.

Noté algo húmedo y pegajoso en la cara y un dolor punzante en la nariz cuando quise sorber por inercia. Al escuchar el quejido lastimero que escapó de mis labios, Dom me sujetó con más fuerza contra su pecho.

—No te muevas, estás sangrando mucho —añadió en un tono firme que no admitía discusión. Y, todo fuera dicho, que me hizo sentir una mezcla de miedo y extraña seguridad.

Con una pericia que ni la de Superman, Dom me subió a la parte trasera del taxi y me siguió. Irene nos cerró la puerta y ocupó el lugar de copiloto.

—Al Centro de Salud Las Albarizas, por favor —le pidió al taxista con su calma habitual.

—¿Está bien? —preguntó él, mirándome por el retrovisor con el ceño fruncido mientras ponía el coche en marcha.

—Eso esperamos —respondió mi amiga—. Pero cuanto antes lleguemos, mejor.

El taxista asintió y aceleró. Fue entonces cuando me di cuenta de que había acabado recostada contra el pecho desnudo de Dom, subida a su regazo, lo que empeoró mi confusión. Su piel estaba caliente por el sol, un poco sudada en la nuca, donde el cabello se le rizaba en unas ondas preciosas. Tenía la mandíbula apretada y la vista clavada en la carretera, como si fuera él quien conducía. Seguí con mi escrutinio, un poco más abajo, por las clavículas y los pectorales… manchados de sangre. Mi sangre. Emití otro quejido, esta vez más grave y que provocó que los ojos se me llenaran de lágrimas. La confusión del golpe se estaba despejando y cada vez era más consciente del dolor que tenía en medio de la cara. Quise llevarme la mano a la nariz y Dom me agarró de la muñeca con más delicadeza de la esperada para detenerme.

—No te lo toques. Yo me encargo.

«¿Encargarse de qué?». Entonces me di cuenta de que estaba presionando algo contra mi cara. ¿Era su camiseta? ¡¿Tanto estaba sangrando?!

—¿Qué ha pasado? —conseguí preguntar, aunque cada palabra me hacía sentir como si me clavaran un cuchillo en plena cara.

—Théo te dio un balonazo en toda la jeta —me explicó Irene desde el asiento delantero, girada hacia atrás para mirarme—. Te desmayaste y empezaste a sangrar como un cerdo.

—Seguramente te haya roto la nariz —intervino Dom en un tono seco, aunque no frío—. He visto tantas narices rotas que he perdido

la cuenta.

«Por el kárate, claro».

No supe qué responder. El dolor me nublaba los pensamientos y había perdido el control por completo sobre las lágrimas. La situación me resultaba surrealista. Mientras intentaba procesar lo sucedido, Irene sacó su BlackBerry y tecleó algo en ella.

—Voy a llamar a tu madre —me avisó. Antes de poder detenerla, se llevó el móvil al oído y habló con esa tranquilidad tan suya—: Hola, Cata. Sí, no te asustes, pero Marián ha tenido un accidente en la playa. No, no, está bien. Un balonazo en la cara. Sí, vamos de camino al ambulatorio…

El resto de la conversación se perdió en mi cabeza, centrada en no vomitar por el mareo de las curvas, las prisas del taxista y el dolor. Lo único que percibía era el peso de los brazos de Dom a mi alrededor, que me mantenían firme mientras apretaba contra mi nariz una camiseta que había dejado de ser verde.

Llegamos al ambulatorio una eternidad después, aunque en realidad solo fueron quince minutos. Maldito sistema sanitario de Marbella, en el que apenas había servicios de Urgencias en toda la región de Málaga oeste que no fueran los del hospital. En cuanto salimos del taxi, Irene me agarró del brazo para estabilizarme mientras Dom pagaba. Me atreví a separar la camiseta de mi cara y fue una malísima idea. Me mareé con la cantidad de sangre que salió, y cuando las piernas me fallaron de nuevo, ahí estuvo Dom para alzarme en volandas, como si fuera un peso pluma.

Dentro, Irene habló con la mujer de admisión, le explicó lo que había pasado y no tardaron en meterme en la parte privada a esperar en una camilla. El centro era pequeño, con unas pocas salas

atestadas y sanitarios que no daban abasto, así que fue todo un milagro que me atendieran rápido. Prefería pensar eso antes que en el hecho de que consideraran que era mejor echarme un vistazo cuanto antes debido a la gravedad.

Aunque una enfermera intentó despachar a Irene y a Dom, desistió en cuanto mis contenciones cayeron y me puse a llorar como una Magdalena. Poco después, el médico confirmó las sospechas de Dom: tenía una fractura en el tabique. El procedimiento fue rápido e incómodo. Me hicieron inclinar la cabeza hacia delante para evitar que tragara más sangre, me limpiaron con cuidado y aplicaron un anestésico local antes de realinear los huesos con un movimiento preciso que me hizo ver las estrellas y aullar de dolor.

—La fractura ha sido muy limpia, así que no creo que haya alteraciones estéticas —dijo el médico antes de darle unas indicaciones a la enfermera e irse.

—¡¿Alteraciones estéticas?! —repetí con un graznido.

—Shhh… —intentó calmarme mi amiga.

—¡¿Me voy a quedar más fea de lo que soy?! —insistí entre lágrimas que no le hacían ningún bien a mi nariz congestionada.

—No eres fea —respondieron Irene y Dom al unísono.

El llanto se me cortó durante unos segundos, los mismos en los que ambos se miraron fijamente. Un rubor sutil perló las mejillas bronceadas de Dom y apartó la vista.

—María de los Ángeles, es muy importante que guardes reposo, apliques hielo si la inflamación sube demasiado y que no te toques la nariz bajo ningún concepto —me explicó la enfermera mientras me

inmovilizaba el tabique—. En unos días, deberás venir para una revisión. Te darán cita en el mostrador.

Para cuando terminó, el dolor había disminuido un poco, pero el bochorno seguía de una pieza. Estaba sentada en la camilla, con la tablilla en la nariz y el rostro lleno de manchas rojas que no habían terminado de limpiar. Lo supe porque tuve la estúpida idea de mirarme en el reflejo de la pantalla de mi BlackBerry, que se había venido conmigo gracias a que era incapaz de jugar a nada sin pantalones. A diferencia de mis amigas, que habían correteado por ahí en biquini, sin importarles que la tela se le metiera entre los cachetes del culo y les entrara arena en sitios en los que no debería, yo era más pudorosa. ¿Lo único bueno que le veía a aquello? No haber perdido el móvil.

Entonces entró mi padre, con el rostro desencajado y aún con la ropa del trabajo.

—Marián, ¿estás bien? —Me envolvió entre los brazos en cuanto llegó hasta mí y yo me sentí a salvo—. He venido todo lo rápido que he podido.

Me mordí el labio inferior para mantener las lágrimas a raya. Si lloraba otra vez, lo asustaría más. Y si él estaba así, no quería ni imaginar cómo estaría mamá, que no tenía coche y no podía llegar tan rápido como él.

—Estoy bien —le aseguré, aunque mi voz sonó un poco gangosa por la tablilla—. De verdad.

La enfermera le repitió lo que me había explicado y le dio instrucciones para mi recuperación. Durante las siguientes semanas, debía evitar exponerme al sol, los esfuerzos físicos y dormir bocabajo. También le informó de que tomara analgésicos si el dolor

empeoraba. Cuando papá se quedó algo más tranquilo, se volvió hacia Irene y Dom.

—Muchas gracias por cuidarla, chicos. —No me pasó desapercibido que sus ojos marrones se detuvieran más de la cuenta en Dom, descamisado y descalzo.

—No ha sido nada, Rafa —respondió Irene, que también se había percatado de la mirada recelosa de papá—. Nosotros nos vamos ya. —Le dio un empujoncito en el hombro a Dom, por si no lo había entendido todo—. Te llamo luego, Marián.

Intenté dedicarle una sonrisa tranquilizadora, pero tenía los músculos de la cara doloridos y no fue buena idea. Ella rio y se despidió con un gesto de la mano. Dom, en cambio, no dijo nada. Se limitó a mirarme con el ceño fruncido, como si quisiera decir algo y no encontrara las palabras. Luego, dio media vuelta y se marchó, dejándome con una sensación extraña en el pecho.

Las vacaciones de verano habían terminado para mí. Lo tuve claro con el «de cuatro a seis semanas de recuperación» que me indicó el médico. En ese momento, todo me sonó muy lejano, como si le estuviera ocurriendo a otra persona, pero un rato después, ya en casa, donde las horas se alargaban tanto que me parecían interminables, la realidad se volvió imposible de ignorar.

Por suerte, Silvie me escribió esa misma tarde y me distrajo un rato.

Marian ! Estás bien ?
Nos hemos quedado muy preocupados

Théo me ha repetido ochenta veces que te pida perdón de su parte, se ha quedado blanco, el pobre…

Hola, Silvie
Estoy bien, de verdad
Por ahora solo necesito descansar

Dile a Théo que no se preocupe, que fue un accidente

Ay, menos mal

Y encima del golpe, te toca ir con mi hermano, que seguro que se comportó como un ogro


No, qué va! Al contrario, fue muy amable

Las mejillas se me enrojecieron al recordar el calor de su pecho contra mi mejilla, lo rápido que le latía el corazón y la suavidad de su piel.

Tengo todas tus cosas de playa
Si me dices tu número de habitación, te las llevo

El pánico despertó con tanta fuerza que necesité un par de segundos para serenarme y que no me subiera la tensión, algo en lo que habían insistido los médicos.

Déjalas en recepción, mi padre irá a buscarlas

No me importa llevártelas !

No te preocupes! No estoy presentable que digamos

Ya, Dom me ha dicho que se te había puesto la cara un poco morada

Con esa bala esquivada, seguimos charlando un rato más. Por un lado, me aliviaba haber evitado el momento incómodo, pero, por otro, la culpa me arañaba por dentro. Les había ocultado mi realidad durante un agosto y medio, y la idea de que se enteraran me aterrorizaba.

Irene, por supuesto, tenía una opinión diferente.

Marián, en serio, díselo ya
Si no lo haces, terminarán enterándose por otra parte y será peor

No puedo
Y si se enfadan? Y si dejan de hablarme?

Silvie no parece de esas
Y Dom… Bueno, Dom es más difícil de leer

Tú no lo entiendes

Ellos viven en otro mundo

Si supieran la verdad, pensaría que he querido aprovecharme de ellos, que los he manipulado

Estás dramatizando, pero bueno,
haz lo que quieras

Solo te aviso porque esta mentira no se va a sostener mucho más, y yo ya me he cansado de participar en ella

Cuatro días después, mientras me distraía releyendo *Los juegos del hambre*, recibí una llamada de un número desconocido.

—¿Sí? —pregunté al descolgar.

—Marián.

Esa voz. Grave, calmada, con una fuerza que hacía que el estómago me pegara un brinco.

—Ah, ho-hola, Dom. —Intenté sonar relajada, aunque el corazón me iba a mil por hora.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó sin rodeos.

—Bien. Bueno, mejor, dentro de lo que cabe. Gracias por haberte encargado de mí. Fuiste muy amable. Te debo una.

—No fue nada. No hace falta.

—Por cierto, tengo tu camiseta. Mi madre ha logrado quitarle las manchas de sangr… —me interrumpí al darme cuenta de lo que había dicho.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Un silencio tan denso que incluso oí el latido de mi corazón en los oídos.

—Tu madre —repitió despacio, como para asegurarse de haberme oído bien—. Sabía que algo no encajaba.

—¿Q-qué…? N-no… No es…

—Salvo aquel primer día, nunca te hemos visto dentro del resort —me interrumpió, tajante—. Siempre aparecéis en la playa con comida casera, postres y nevera. Y tu padre… El polo que llevaba el otro día era del hotel. Pensé que eran casualidades, que lo mismo le había pillado en la piscina y le habían dejado un polo del personal. Pero si tu madre ha podido limpiar mi camiseta es porque tiene cómo hacerlo, y no porque se lo haya pedido a una de las camareras del servicio de habitaciones. Ya no tiene sentido fingir que no nos has estado mintiendo todo este tiempo, ¿verdad?

Cerré los ojos para contener las lágrimas; todo se venía abajo como un castillo de naipes.

—Mi padre trabaja en el resort, sí —confesé en un hilillo de voz. Como él había dicho, no tenía sentido seguir así y lo solté todo—: Es encargado de mantenimiento. Y mi madre es limpiadora. No somos turistas, ni formamos parte de tu mundo, sino que vivimos en Marbella. Lo siento, Dom… No sé por qué lo hice, creo que por miedo a que tu hermana se chivara de mí cuando me encontró en la piscina. Y luego todo se complicó demasiado y yo… —Sorbí por la nariz. O lo habría conseguido de no tenerla taponada—. No quería perderos.

Otro silencio, esta vez más largo, más intenso, más tenso. Me mordisqueé el labio inferior, a la espera de lo peor.

—Tienes que contárselo a Silvie. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Por favor, déjame expli… —supliqué, pero volvió a interrumpirme, firme, como si no quisiera continuar hablando conmigo.

—No es justo para ella, y es mi hermana —soltó. Y luego, sin más, colgó.

Me quedé mirando el móvil con las lágrimas corriendo por mis mejillas sin control. Había tenido tanto miedo de enfrentarme a ese momento… Y, de repente, todo se había desmoronado. Me escondí bajo la almohada, me abracé a mi peluche Mimosín y lloré sin control. No solo acababa de arruinar mi verano, sino también mi amistad con Silvie y Dom. Algo bonito y único que había construido con mis propias manos y que estas mismas habían destrozado por completo.

6

Dom



Sábado, 26 de octubre de 2024

Cuando me desperté esta mañana con la intención de darle una sorpresa a mi hermana, no imaginé que terminaría el día en la sala de espera de Urgencias del hospital de Douarnenez, a diez kilómetros de Locronan. Tampoco esperaba reencontrarme con mi ex, pero ese es otro tema.

Théo está sentado en una de las sillas de plástico, hojeando una revista con los codos clavados en las rodillas. Hace años que «el trío», como nos llamaban tras los veranos en Marbella, se rompió. No porque nos peleáramos ni nada, sino porque la vida nos llevó a cada uno por nuestro lado. Théo se centró en su carrera en el baloncesto y en formar una familia maravillosa, Antoine se volcó en su carrera en finanzas y yo… Ahora mismo podría decirse que estoy a medio camino de ambos, sin saber qué rumbo tomar. Al haber vuelto a coincidir hoy, es como si algo hubiera revivido. Tengo la sensación de que Théo también ha pensado en otra nariz partida, en

otro viaje corriendo a Urgencias. Y como aquella otra vez no pudo acompañarnos, en esta ocasión se ha metido en el coche casi sin darnos cuenta.

—Puedo pedirte un taxi si quieres —le propongo.

Sentado a mi lado, cierra la revista con un suspiro, la deja en la mesita a su lado y se reclina sobre la silla, con las piernas estiradas y aire cansado. Se ha aflojado la corbata y tiene el pelo, negro como el tizón, despeinado. Parece que vengamos de una despedida de solteros, cuando la realidad es que llevamos demasiadas horas aquí. Aunque la sala de Urgencias no está muy concurrida, se han tomado su tiempo en atender a Antoine, que ha pasado a la zona privada acompañado de mi hermana hace una hora.

—Nah, no te preocupes. Espero contigo.

—No hace falta que…

—Tío.

Mis ojos se cruzan con los suyos, de un azul profundo, y lo dejo estar.

—Gracias —musito frotándome la nuca.

—No hay de qué.

Nos quedamos en silencio y saco el móvil para distraerme. Tengo un mensaje de Bast preguntándome cómo va todo. Le respondo que aún no tenemos noticias y le doy las gracias por preocuparse. Él también quiso venir con nosotros, pero con Théo atrincherado dentro del coche y Silvie chillándome que nos largáramos ya, se quedó en tierra. Y tampoco tenía sentido que nos presentáramos cincuenta personas aquí. Así que me toca hacer de relaciones públicas e informar a todo el mundo.

Aviso a mi padre, que hablará con los de Antoine y ellos con el resto de su familia, y doy la ronda de mensajes por terminada. Salvo porque mis dedos se mueven por sí solos entre la lista de contactos y se detienen frente a un número que llevaba ocho años sin ver. Me planteo llamarla o escribirle, al menos. El reloj ya casi marca las once de la noche y no sé cuánto tiempo nos quedará aquí. ¿Debería decirle que estamos bien y que llegaré tarde?

Nuestras interacciones en la comida no han sido las más cordiales, precisamente, así que ¿qué derecho tengo de molestarla? Ya me lo digo yo: ninguno. No puedo evitar comportarme como un capullo, no cuando al mirarla lo primero que me viene a la mente es lo mal que lo pasé durante años. Pero luego me quedo embobado observándola mientras aprecio todos los cambios, grandes y pequeños, que ha habido en ella y…

—¿Qué tal todo? —me pregunta Théo.

Hacía un año que no coincidíamos, y apenas hemos hablado durante este tiempo. Con la llegada de Théo Junior, tanto Sarah como él se han visto absorbidos por la vida de padres. No lo culpo, en algún momento espero que también me toque a mí. Pero una parte de mí sí que lo ha echado de menos.

—Bien —respondo y cierro la aplicación de contactos—. ¿Y tú? ¿Cómo os va con el pequeño Théo?

Sus labios se curvan con cariño y clava la vista en la pared. Un par de filas de bancos por detrás de nosotros, una señora se levanta y trastea con la máquina expendedora de la sala de espera.

—Es un terremoto. Pero es lo mejor que me ha pasado jamás.

En sus palabras se lee lo mucho que lo quiere y, por un momento, siento envidia. Nuestras vidas fueron muy parecidas durante unos

años: misma edad, ambos de familias de bien, con un futuro prometedor por delante en el deporte. Yo conocí al amor de mi vida antes que él, y ahí fue donde nos bifurcamos. Yo lo perdí todo, y él sigue conservándolo todo. Qué caprichoso es el destino.

—Pero háblame de ti —me pide recolocándose sobre la incómoda silla de plástico—. Me prometí a mí mismo que no me convertiría en uno de esos padres que solo saben hablar de sus hijos. —Sonrío de medio lado—. ¿Cómo llevas… lo tuyo?

Lo miro de reojo y, por la tensión en su rostro, sé a qué se refiere. Lo sabe, claro que lo sabe. Es imposible que haya alguien en toda Francia que no se enterara.

—Ahí voy, capeando el temporal como puedo —suspiro y me froto los ojos. Con el caos de día que he tenido, me empieza a entrar dolor de cabeza.

—Qué movida, tío… —resopla y sacude la cabeza. Se inclina hacia delante y clava los codos en las rodillas—. Yo habría actuado igual en tu situación, ¿eh?

Me da una palmadita cómplice en la rodilla y tenso la mandíbula.

—Gracias.

No estoy orgulloso de lo que hice, aunque tampoco me arrepiento. Es una sensación… extraña. Acepto y asumo todas las consecuencias, y me jode, pero al menos tengo la conciencia tranquila.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

—¿Con qué?

—A futuro. ¿Has decidido algo?

Chasqueo la lengua y suspiro antes de adoptar su misma posición, con los codos clavados en las rodillas.

—Aún no. De momento me estoy tomando algo de tiempo para pensar.

—Haces bien. Las decisiones en caliente nunca traen nada bueno. —Asiento y nos quedamos en silencio—. ¿Has pensado en tomarte un año sabático?

—He pensado en retirarme —suelto sin más.

Théo me mira de lleno y de golpe, ojiplático. Creo que es la primera vez que lo digo en voz alta y me siento… extrañamente bien. Tal vez sea porque él también es deportista profesional y me entenderá mejor que mi familia y amigos, que solo ven todo lo bueno que va de la mano de ser alguien de élite: los premios, las medallas, la satisfacción del éxito… Pero eso solo es una fachada.

—Bueno, es una decisión que todos terminaremos tomando, tarde o temprano —reconoce en un murmullo—. Con la llegada de Théo Junior yo también lo he pensado. Ahora que está él, siento que me hago viejo a marchas forzadas.

Río entre dientes y niego con la cabeza.

—Solo tienes treinta años, Théo.

—Los mismos que tú. —Me da un golpecito cómplice en el hombro —. Sé que aún nos quedan buenos años físicos por delante, pero cada vez me cuesta más. No duermo tan bien como antes y mi cabeza ya no está al cien por cien en el baloncesto. No sé. Siento que esa etapa va llegando a su fin. —Chasqueo la lengua y asiento —. Y luego aparecen chavales de dieciséis o dieciocho años que corren más que tú, que aguantan mejor el cardio que tú, que son más ágiles que tú y te sientes… un carca. Dejas de ser la promesa del deporte de la noche a la mañana, y ni siquiera te das cuenta de

por qué ocurrió. Cuándo dejaron de considerarte joven para especular si terminarás recuperándote después de una lesión o no…

Abstraído, se acaricia la pantorrilla. Antes de la llegada de Théo Junior, él tuvo su propio momento de cuestionárselo todo alrededor del deporte cuando se desgarró el gemelo. Por suerte, tuvo una recuperación bastante fluida. En ese sentido, me considero afortunado, tanto porque en kárate la edad se pueda estirar algo más como por no haber tenido nunca lesiones verdaderamente graves.

—Te entiendo —reconozco—. Yo llevo todos estos meses dándole vueltas a qué hacer, pero siento que, si lo dejo, me estaré rindiendo. Que habré dejado que ellos me ganen. —Me paso la mano por el pelo y clavo la vista en la pared—. Y no me gusta conceder victorias fáciles.

—Si algo me ha enseñado ser padre, y mira que no quería usar la baza de la sabiduría paternal —compartimos una risa ligera—, es que la felicidad nunca debería estar en tela de juicio. Plantéate si el kárate sigue haciéndote feliz o si se ha convertido en una consecuencia de las decisiones que tomaste en el pasado.

—Tampoco sé hacer otra cosa —resoplo.

—Terminaste la carrera de Derecho.

—A duras penas —bufo.

—Bueno, los jugadores de baloncesto siempre necesitamos abogados. Nunca son pocos.

Suelto una carcajada y le palmeo la espalda.

—Gracias, Théo.

—Lo digo en serio. A unas malas, puedes adherirte a la empresa de tu padre. Siempre tuviste buen ojo para los negocios y para

reconocer una buena inversión. Por lo que me dijo, lo ayudaste con su última adquisición, ¿no?

Suspiro y sacudo la cabeza.

—No exactamente. Tan solo hablamos de los pros y los contras de entrar en un nuevo sector, pero nada más. Ni siquiera sé qué cadena quería comprar. Además, no tengo ni idea de cómo gestionar esas movidas. Recordemos que la lista de la familia es mi hermana.

Él sonríe y asiente. Como si la hubiéramos invocado, Silvie aparece por una puerta que desde nuestro lado reza PROHIBIDO EL PASO NO AUTORIZADO. Tiene el rímel algo corrido por las lágrimas del susto que se ha llevado, el peinado medio deshecho y una cara horrible. Ambos nos levantamos y nos acercamos a ella antes de que yo le envuelva el hombro con el brazo. Se recuesta contra mí, y le doy un beso en la sien.

—¿Cómo está? —pregunta Théo.

—Mejor. Le han puesto una vía con analgésicos para bajarle el dolor y le han recolocado y entablillado la nariz. Dicen que ha sido una fractura compleja por culpa de la inclinación del golpe y del tamaño del tapón. Ha sido más el susto que lo que ha pasado, pero es probable que le quede el tabique algo desviado. Ha pedido que pase a verlo un cirujano plástico, porque no se fía del otorrino que lo ha atendido. No hay ninguno aquí, así que vamos a ir a otro hospital a probar suerte.

—¿Por qué no os venís con nosotros a casa y descansáis primero? —le propongo con tacto.

Silvie suspira y sacude la cabeza.

—Ya sabes cómo es. «Por qué dejar para mañana lo que se puede hacer hoy» —recita a su futuro marido con soltura—. Idos ya.

Pediremos un taxi.

—¿Estás segura? —murmuro contra su pelo. Asiente—. ¿Quieres que me quede contigo? —Se aprieta más a mí y niega. Esta vez soy yo el que suspira. Sé que no hay nada que pueda decir para convencerla de que se vayan a casa, porque, cuando a Antoine se le mete algo entre ceja y ceja, no para hasta conseguirlo—. Si necesitáis cualquier cosa, me llamas.

Ella asiente, musita un «gracias» y la observo mientras desaparece por las puertas abatibles blancas. Théo me da una palmadita en el hombro y abre la marcha hacia el aparcamiento. Allí, ambos nos derrumbamos sobre los asientos de cuero, mucho más cómodos que las duras sillas de plástico.

—Gracias por acompañarnos —le digo, ya con el coche en marcha.

—No ha sido nada.

La música llena el espacio con su rumor suave mientras conduzco por las callejuelas de Douarnenez siguiendo las indicaciones del GPS. En cuestión de quince minutos habremos llegado al hostal en el que me habría gustado refugiarme y que está lleno, como todos los de las inmediaciones. Lo he comprobado después de mi encontronazo con Marián.

Ahora, con la calma, me siento estúpido por haberla confundido con una periodista, pero la imagen que tenía de ella era una muy distinta a su apariencia real. Una que, para mi desgracia, me gusta más, algo que creía imposible.

—Oye, ¿qué tal con Marián? —me pregunta Théo, como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Eh? Bien, ¿por qué? —miento como un bellaco.

—No, por nada. Me ha sorprendido verla aquí, nada más.

«A mí también».

—Ya.

—¿No se te hace raro? —indaga unos segundos después—. A ver, es tu ex, y es la boda de tu hermana… Aunque, claro, tampoco sé qué relación tienen ella y Silvie.

«Yo tampoco, al parecer».

—Son conocidas, y Silvie necesitaba un pastelero. Marián es la mejor.

No he podido comprobar su talento ahora como adulta, pero sí recuerdo lo bien que se le daba de adolescente. Por no hablar de que he tenido que acostumbrarme a que mi padre se deshiciera en halagos hacia ella cada vez que volvía de sus vacaciones en el Marbella Paradise Resort. Y, si yo sé reconocer talento, él se lleva la palma.

—Ya. —Tamborilea los dedos sobre la rodilla—. Está muy cambiada, ¿no?

Siento su mirada clavada en mí. Empiezo a intuir a dónde quiere llegar. Él tampoco sabe lo que pasó en realidad, solo que, de la noche a la mañana, dejamos de estar juntos. En realidad, ni siquiera yo sé qué narices pasó para que acabáramos así.

—Sí, es lo que tiene el paso del tiempo.

Théo ríe entre dientes y sacude la cabeza.

—Sigue siendo igual de guapa, aunque con un aire más maduro. —Aprieto el volante—. Y divertida. E interesante. —Cojo aire. No está diciendo nada que no sepa ya, pero oírlo de sus labios hace que me dé ardor de estómago—. Verla me ha recordado a los viejos tiempos.

—Ya.

Detengo el coche frente al hostal y Théo abre la puerta.

—Si vuelves a verla —dice ya fuera del coche, inclinado para verme mejor—, dile de mi parte que esta vez no haga bomba de humo. —Fuerzo una sonrisa y asiento—. Hablamos mañana, tío.

—Claro. Gracias otra vez.

Le resta importancia con un gesto de la mano y desaparece por la portezuela roja del hostal.



Son más de las doce de la noche cuando abro la puerta de la casita de invitados, despacio por si Marián estuviera ya dormida.

No tengo esa suerte, ya que me la encuentro sentada en el sofá, con las piernas cruzadas en mariposa y mirándome. Se ha puesto el pijama —de franela, algo viejo y rosa y que me recuerda a uno en particular— y se ha recogido el pelo en un moño desordenado que le sienta de maravilla. Respiro hondo y cierro tras de mí despacio. Me tomo mi tiempo para serenarme y pedirle a mi corazón que no se encabrite como un maldito caballo.

—¿Cómo está Antoine? —me pregunta abrazada a un cojín.

Dejo las llaves del coche sobre el mueblecito de la entrada, junto con mi móvil, y me descalzo mientras la pongo al día.

—Espero que se quede en un susto —dice cuando termino.

Yo asiento y me recuesto contra la isla de la cocina, de concepto abierto. Me siento intruso en mi propia casa, mirándola de brazos cruzados. Pero ¿qué puedo hacer si está sentada en la que se supone que es mi cama?

Marián se mordisquea el labio inferior y mira detrás de mí.

—¿Quieres cenar algo? Has estado mucho rato fuera.

Mientras conducía desde el hostal hasta aquí, solo imaginé dos situaciones: estar solo o discutir otra vez con ella. Antes nos entendíamos con los silencios, no teníamos grandes conversaciones y sabíamos descifrarnos con las miradas, y ahora parece que solo hay tirantez y reproches entre nosotros. Así que me sorprende su ofrenda de paz.

Se remueve un poco en el sofá, y sé que va a retirar la oferta y a levantar las murallas de nuevo. Estoy tan cansado que termino asintiendo y me giro hacia la cocina. Apoyo los brazos sobre la isla de mármol, con los hombros hundidos, y respiro hondo. No sé qué tiene esta mujer que, incluso con el daño que me hizo, sigue desarmándome.

Marián entra en la cocina arrastrando sus zapatillas de conejito —que en otra vida fueron blancas—. Sonrío para mí mismo. Puede que no haya cambiado tanto, después de todo. Ya entonces era asidua a tener cosas de peluche. Me pregunto si todavía tendrá a Mimosín, aquel oso que consiguió Catalina de regalo con un suavizante para ropa cuando Marián era pequeña y que la acompañó siempre.

Cuando me quiero dar cuenta, ambos estamos sumidos en un silencio cómodo y ha sacado algo de pan y queso. Lo corta despacio, meticulosa, en triángulos idénticos, y luego hace lo mismo al rebanar el pan.

—Tiene que haber una regla por alguna parte —comento, jocoso. Ella me mira por encima del hombro y dudo de si he elegido las palabras correctas en español—. Para que compruebes que miden lo mismo.

Señalo los quesos con corte perfecto y el pan. Al entender a qué me refiero, esos labios gruesos se curvan de un modo que me encanta.

—Deformación profesional. Las galletas chuchurrías no se venden tan bien, así que siempre tengo que hacerlas iguales y perfectas. —No puedo evitar admirar su sonrisa, una que pensé que no volvería a ver nunca—. Da igual —suspira, probablemente pensando que no la he entendido bien.

Me incorporo y me coloco a su lado. Su calor corporal me acaricia la piel y su fragancia —la suya propia entremezclada con mi gel de baño, maldita sea— me arropa de un modo tan familiar como doloroso. Cojo un trozo de queso y me lo llevo a la boca para no pensar en eso; me sorprende que no me haya dado un manotazo, porque antes le molestaba que la gente picoteara de la comida que ella preparaba antes de tiempo. De todos modos, yo siempre lo hacía para chincharla. No sé cómo sentirme ahora que estoy descubriendo estas pequeñas diferencias, lo que sí sé es que, con todo lo que ha pasado Silvie y ahora este nuevo susto, tenemos que enterrar el hacha de guerra.

—He estado pensando… —murmuro mientras mastico—. No podemos seguir así, Marián. La tensión entre nosotros es insostenible. —Deja el cuchillo sobre el mármol, y una parte de mí lo agradece, todo sea dicho—. Creo que deberíamos intentar empezar de cero. Ser… cordiales, al menos.

Alza el rostro para mirarme. Yo no la rehúyo, como me pide el cuerpo que haga, porque quiero que vea que no hay mentiras ni dobles intenciones en mis palabras. Espero que siga sabiendo leerme tan bien como antaño.

Se queda callada unos segundos en los que mis ojos, traicioneros, bajan hasta sus labios. Se los mordisquea, y solo con eso sé que está dudando. Consciente de qué ha captado mi atención, deja de castigarse el labio inferior. Cuando mi mirada vuelve a conectar con la suya, grande y expresiva, el corazón me da un vuelco. Le he hecho una propuesta que ni yo mismo sé si podré sostener en el tiempo, pero ya es tarde para echarse atrás.

—No prometo nada —responde casi en un susurro—. Pero podemos intentarlo.

Inspiro hondo, fruto del alivio, y una de mis comisuras se curva en un gesto apenas perceptible. Asiento levemente, con un peso menos encima. Ambos sabemos que no será fácil, que las heridas del pasado no se cerrarán de un día para otro. Sin embargo, en esta pequeña cocina, con la noche bien entrada y el cansancio asentado sobre nuestros hombros, me parece más plausible.

Comemos en silencio, aunque no uno incómodo, como en la merienda. Es algo más tranquilo, más ligero. Por un momento, me permito respirar y dejar a un lado el resentimiento. Nos quedamos juntos hasta que el reloj marca la una de la madrugada. Sin pronunciar palabra, entro en el dormitorio y saco mis cosas, intentando no fijarme en todos los pedacitos de la nueva Marián que salen a mi encuentro —*skincare* sobre la cómoda, un libro y una botella de agua en la mesita de noche, los zapatos alineados bajo el espejo—. Al terminar, se me queda mirando durante un rato, apoyada en el marco de la puerta, atenta a mis movimientos mientras preparo el sofá cama.

Nos comportamos con tanta naturalidad que no puedo evitar pensar que se ha abierto la primera grieta en la barrera que nos

separa.

7

Marián



Domingo, 27 de octubre de 2024

Por la mañana, la atmósfera ha cambiado. Algo se ha suavizado entre Dominique y yo tras nuestra conversación de anoche. El ambiente sigue siendo tenso, pero no es la misma tensión que me tuvo huraña toda la tarde de ayer.

Después del paso que dio por alcanzar la cordialidad, y a pesar de nuestro bagaje, no puedo negarle intentarlo. Me quedé algo preocupada por Antoine cuando se marcharon, aunque monsieur Beaumont me mantuvo al tanto. Sobre todo —y no lo niego, es un poco egoísta por mi parte— por si la boda se viera afectada de algún modo. Al fin y al cabo, he dejado mi trabajo unas semanas antes de tiempo y he renunciado a un dinero que necesito en favor de esto. Así que me viene tremendamente mal que los planes se alteren.

Al regresar al *château*, hablé un rato con Irene y Sofía. Entre ambas supieron entretenerme, como siempre hacen, y cuando la pequeña se durmió, su madre se preocupó de quitarme las inquietudes al respecto de la boda. Además de que el golpe fue

aparatoso, sobre todo por culpa del tamaño de la botella y por mala suerte, el chasquido del hueso me dejó con el runrún durante varias horas.

—Lo peor es que ni siquiera iba borracho —comenté al rememorar cómo se le había escapado el corcho de la mano—. No quiero ni imaginar qué habría pasado de estarlo.

—Lo mismo es cosa del karma —replicó mi amiga mientras se comía un plátano—, por todas esas veces que soltó comentarios rancios. La vida le ha dicho: «Lo de hablar no es lo tuyo, chico. Mejor quédate con la boquita cerrada».

Me eché a reír sin remedio, aunque luego la reprendí, porque Antoine había estado diciendo cosas muy bonitas de Silvie. Después, pasamos a hablar de cómo había ido todo con Dominique y empecé a rumiar que no podíamos seguir así. La tensión solo de pensar en él me asfixiaba, y eso que apenas habíamos compartido una tarde juntos. No podía permitir que mi actitud enturbiara mi trabajo.

Por mucho que Dominique saliera de mi vida sin dudarlo y sin pensar en volver atrás, sigue siendo él. El chico del que me quedé prendada a primera vista y que, después de varios veranos en Marbella, terminó reparando en mi existencia de la mejor forma posible.

Por eso encaro el nuevo día con un cambio de actitud. Soy una mujer adulta y funcional, puedo hacerlo. Al salir del dormitorio, el sofá ya está cerrado, las sábanas pulcramente dobladas en el reposabrazos y Dominique en la cocina —desde donde me llega un olor entre dulce y requemado—, tan concentrado como si estuviera desactivando una bomba.

—Buenos días —me saluda sin apartar la vista de su misión culinaria—. ¿Has dormido bien?

«No, pasé más tiempo de lo aconsejable pensando que estabas durmiendo al otro lado de la puerta». Pero, como en voz alta no soy tan dramática, respondo:

—Sí. ¿Y tú?

—También. —Traducción: «No, pero gracias por preguntar»—. ¿Te apetecen unas *crêpes*?

La forma en la que pronuncia la última palabra, en un francés nativo perfecto, me arranca un escalofrío. Me asomo por un lado de su cuerpo para ver cómo le va y la pinta no me inspira demasiada confianza. Entre escéptica y tirando de instinto de supervivencia, declino la oferta con educación:

—No, gracias.

—Claro, muy inteligente por mi parte —ríe entre dientes—. Ofrecerle un dulce a una pastelera.

El calor inunda mis mejillas y me escondo en el frescor de la nevera mientras busco algo rápido que desayunar. Al final me decido por un plátano y una magdalena que, aunque parcos, me garantizan no intoxicarme.

—He pensado bajar a Locronan a echar el día. Hace tiempo que no visito el pueblo —comenta mientras emplata la última crepe—. ¿Te apetece acompañarme?

Casi me atraganto con el primer bocado. Lo miro, esperando encontrar en su rostro alguna señal de que está de coña, pero no. Lo dice en serio. Mi cerebro se pone a trabajar a marchas forzadas mientras se plantea si es una trampa, un gesto de paz o un capricho.

—Con todo el follón de ayer —se apresura a explicar, un tanto cohibido—, supongo que aún no habrás visto el pueblo. —Se sienta en una de las banquetitas de la isla y unta una crepe con chocolate —. Pero si tienes cosas que hacer, olvídalo.

Y ahí está, ese ceño fruncido tan suyo que aparecía siempre que algo no salía como había planeado. Me muerdo el labio inferior, dubitativa.

«Eres una adulta funcional y madura, ¿recuerdas?».

—Está bien.

Me encojo de hombros para restarle importancia, aunque mi estómago haya empezado a borbotear. Dominique parpadea, sorprendido, y luego asiente con satisfacción antes de volver con sus crepes. Su expresión es tan triunfante que casi espero que se ponga a ondear una bandera blanca.



El trayecto hasta Locronan es, en su mayor parte, silencioso. Así que me distraigo mirando por la ventanilla para observar el paisaje bretón, que parece sacado de una postal. Al llegar, las casas de piedra gris con tejados de pizarra se alzan solemnes, y la luz dorada de la mañana las envuelve con un halo casi mágico. De repente me siento en medio de la aldea de Bella, de *La Bella y la Bestia*, y aunque me encantaría comentarlo con Dominique, él está concentrado en conducir, así que no me atrevo a abrir la boca.

Aparca junto a la plaza principal, rodeada de casitas cubiertas de musgo de un verde intenso o con hiedras que empiezan a adquirir tonalidades rojas y ocres. En la plaza, el empedrado brilla con la

humedad del rocío, y las hojas caídas enmarcan las calles con un manto multicolor que cruje bajo los pies de los pocos transeúntes.

Ante una indicación de Dominique, bajamos del coche y caminamos en dirección oeste. Los pequeños comercios locales atraen la mayoría de la atención, pero nosotros los dejamos atrás. Cruzamos por delante de una crepería muy coqueta, con amplios ventanales a la calle y decorada con mimo.

—¿Te apetece entrar?

Por un momento creo que se refiere a la crepería, pero con la mano señala otro establecimiento. Dudo sobre si pedirle que entremos donde yo quiero, pero Dominique ha propuesto este paseo, así que dejo que nos guíe él. ¿Quién sabe si a raíz de esta extraña tregua tendremos más ocasiones de visitarla?

—Sí, claro.

—Aquí lo hacen todo a mano —me explica al abrirme la puerta para dejarme pasar—. Es uno de mis locales favoritos.

El aroma a arcilla y barniz llena el aire, y me doy cuenta de que estamos en una alfarería. Mire donde mire, el espacio está lleno de productos de barro cocido: platos, jarrones, vasos, figuras; policromadas o en bruto. Hay tal cantidad de talento que me mantengo en silencio durante varios minutos mientras curioseamos entre los estantes. Cuando veo una figurita de un búho con grandes ojos desorbitados, la sostengo entre las manos, divertida.

—¿Te gustan los búhos?

—¿A quién no? Son símbolo de sabiduría y poder —respondo con seriedad fingida.

—Por supuesto —dice, intentando no reír.

Compartimos una sonrisa fugaz que, por algún extraño motivo, siento muy nuestra. Como todos esos vistazos que nos dedicábamos en el pasado y pasaban inadvertidos para la mayoría. Con el recuerdo, mi sonrisa muere y acaricio el búho.

—Si te gusta, deberías llevártelo.

—No sé si sobreviviría al viaje en avión —murmuro. Me encanta la figurita, porque me recuerda a las caritas de Sofía cuando jugamos a hacernos burlas—. He traído demasiadas cosas en muy poco espacio, así que me preocupa que acabe espachurrado y roto. Sería una pena.

La devuelvo a su lugar y aparto la vista para curiosear el resto de la tienda. Dominique me deja deambular a mi aire un rato y se acerca al mostrador para charlar con la dueña del local, una señora de mejillas sonrosadas que parece conocerlo.

Poco después, Dominique me conduce a la salida, se despide de la alfarera y volvemos a sumergirnos en las pintorescas calles de Locronan. Él parece conocer cada rincón del pueblo, y este parece conocerlo a él. Nos cruzamos con algunos de los invitados de la merienda que le preguntan por Silvie y Antoine; entonces es cuando caigo en la cuenta de que se me ha pasado y le escribo un mensaje fugaz a Silvie para que sepa que puede hablar conmigo si me necesita. Por lo que les cuenta Dominique, no consiguieron que un cirujano plástico lo viera, así que Antoine está algo enfadado.

Cuando dejamos la zona del hostal atrás, me muestra lugares que pasan desapercibidos para la mayoría: el encanto del viejo pozo, una galería de arte en la que, por lo que me cuenta, Silvie expuso algunas fotos de joven y, por último, la iglesia de Saint-Ronan. Entramos justo cuando el sol se filtra a través de las vidrieras,

proyectando colores vibrantes sobre el suelo de piedra. Es un espacio hipnótico, casi irreal.

—Antes venía más por aquí —me confiesa en un susurro. Su tono introspectivo me atrae más que los propios vitrales—. Cuando vivíamos en Locronan, era el único sitio en el que encontraba paz.

—Pues sí que llevabas tiempo sin venir, ¿no? —Ya en nuestros veranos, la familia pasaba más tiempo en París que aquí.

—La última vez fue hace unos meses. Lo… Lo necesitaba.

Lo estudio con interés renovado, y él debe de intuir que quiero preguntar y no me atrevo, porque suspira por la nariz y clava la vista en el púlpito, justo bajo una pared plagada de vidrieras que representan distintos pasajes de la Biblia.

—El deporte puede ser agotador, no solo físicamente, sino mental. Y digamos que no está siendo un buen año.

Me mira de reojo, casi como esperando que indague más. A mí no se me ocurre qué decir, sorprendida por su franqueza. Dominique es karateka de élite, ha ganado muchísimas medallas y competido en las tres últimas Olimpiadas, de las que ha salido con una medalla al cuello. Ya en nuestros veranos se mostraba como alguien que siempre lo tenía todo bajo control, tan implacable como sus golpes de artes marciales. Esta pequeña confesión, no obstante, me hace verlo más humano. Más como el chico de veintidós años que estaba a punto de participar en sus primeros Juegos Olímpicos y era puro nervio.

—Seguro que la mala racha terminará pasando —digo, porque no me parece bien preguntarle al respecto.

A fin de cuentas, Dominique y yo somos desconocidos. No tengo derecho a preguntarle por su vida.

—No lo sé… —Se pasa la mano por el pelo y me mira fugazmente antes de volver a las vidrieras—. Estoy planteándome apartarme del deporte profesional. Dejar el kárate.

La sorpresa me golpea como un mazo. No puede estar diciéndolo en serio. Que un pez anunciara que abandona el mar sería más creíble que eso. Él nació para el kárate. Es lo que moldeó toda su vida. Es lo que… Es lo que, de forma indirecta, nos llevó a separarnos. Aun así, no lo presiono. Un arranque de rabia me sube por la garganta, pero me lo trago. Es su decisión, es su vida, pero me jode que ahora renuncie a algo que tuvo una relación tan estrecha con nuestro distanciamiento.

No digo nada, tampoco sé si él esperaba que lo hiciera. Pasado un rato, salimos de la iglesia en silencio. Dominique nos conduce hasta un restaurante muy coqueto con mesas en el exterior, justo frente a la plaza. El corazón me da una punzada, porque me recuerda a esa estampa tan parisina que me muero por conocer. En cuanto mi vida se asiente un poco y establezca una rutina, haré una escapada rápida.

Estamos esperando a que nos sirvan las bebidas cuando me pregunta:

—¿Y qué hay de ti? —Debe de leer la incomprensión en mi cara, porque añade—: ¿Cómo te han tratado estos años?

La pregunta me retuerce un nudo en el estómago, pero me obligo a fingir que todo ha ido a las mil maravillas.

—Trabajo en el rincón gourmet del hotel. Ahora lo dirijo yo.

Me encojo de hombros y jugueteo con la servilleta de papel.

—Lo sé.

No es tan raro: con un padre y una hermana que adoran mis creaciones, no es de extrañar que le hayan hablado de mí. Aun así, esa certeza escuece e indago:

—¿Cómo que lo sabes?

—No he dejado de seguirte la pista —dice con una naturalidad pasmosa, como si acabara de confesar que le gusta el café con leche.

Su confesión me pilla desprevenida. Lo miro, intentando procesar sus palabras. ¿Ha estado al tanto de mi vida durante todo este tiempo? ¿Y nunca ha hecho el amago de ponerse en contacto conmigo? Han pasado ocho años desde aquel fatídico verano. Ocho.

—¿Me stalkeabas? —pregunto a la defensiva, porque prefiero esa opción a que tenga un interés genuino en mí.

—No, sabes que odio las redes sociales. —«¿Lo sé?»—. Solo… me aseguré de saber cómo te iba. No pensé que fuera malo querer saber si estabas bien.

La rabia comienza a hervirme en las venas. ¿Está hablando en serio?

—¿Y nunca pensaste en llamarme? —espeto, tratando de contener la ira y las lágrimas que colman mis ojos.

—Pensé que no te haría gracia —dice como si nada—. Me dejaste bien claro que no querías volver a saber nada de mí. Así que hice todo lo posible por olvidarte.

Su respuesta me deja helada. Claro que le dije eso en su momento —aunque «decir» sea un eufemismo—, pero eso no significa que de verdad quisiera que desapareciera de mi vida de la noche a la mañana y para siempre. Fue una forma de protegerme en

un momento de vulnerabilidad. Jamás, en ninguno de estos ocho años, he imaginado que se lo tomara al pie de la letra.

—Y lo lograste —sentencio, las lágrimas amenazando con escapar —. Te olvidaste de mí.

Por un instante, algo cambia en sus ojos y aparece un sentimiento que no veía desde aquel último 31 de agosto: dolor puro.

—Si crees que te olvidé sin más, estás muy equivocada. Y significa que no me conocías tan bien como pensaba.

El peso de sus palabras cae sobre mí como una losa y, de repente, todo lo que he estado evitando pensar regresa con fuerza. Estuvimos tan cerca, compartimos tanto… y, sin embargo, nos perdimos el uno al otro por algo tan estúpido como el orgullo y el miedo. Porque no, él nunca volvió a llamarme. Y yo, al sentirme ignorada, tampoco lo hice. Esta vez no tengo ganas de enfrentarlo. ¿Porque qué sentido tiene remover el pasado cuando el presente está tan enfangado?

Tercer verano

Agosto de 2012

El verano en Marbella tiene su propio ritmo, uno marcado por el sonido de las olas, por el trajín de los turistas y por el olor de los espetos asados. Por su temperatura, siempre agradable gracias al microclima que se crea con Sierra Blanca y el pico de La Concha a sus espaldas.

Para mí, aquel agosto de 2012 tuvo un tempo distinto, dictado por el trabajo, los nervios y la obsesión que me perseguía desde hacía un año: el curso de repostería de Chloé Cadeau.

Llevaba mes y medio trabajando como camarera de refuerzo en la zona de piscinas del Marbella Paradise Resort. Aún me sorprende lo rápido que me acostumbré al uniforme: la falda de tenista, el polo blanco impoluto y el delantal negro que no hacía nada por disimular mi figura, algo que intentaba ignorar cada vez que me cruzaba con las miradas de los clientes. El paso de los quince a los dieciséis me había golpeado con fuerza, y donde antes era todo líneas rectas y planas, de repente eran tetas llamativas y culo respingón. ¿Me quejaba? Bueno, sí y no. Estaba bien eso de haberme desarrollado por fin, cuando Irene llevaba siendo despampanante desde los

catorce, pero me había dado cuenta de que no me gustaba el efecto que mi cuerpo causaba en los hombres.

Lo más difícil de ese trabajo, sin embargo, no era el uniforme ni las largas horas de pie, sino mantener la sonrisa mientras mi mente estaba llena de glaseados, bizcochos y decoraciones que me imaginaba ejecutando en un pequeño obrador de París. Chloé Cadeau era la repostera creativa más exitosa de Europa y, desde hacía cinco años, había creado un programa en el que becaban la excelencia. Ofrecía un curso intensivo —y bastante caro— de seis meses, en el que aprendías de su mano, una mujer exitosa y que se había ganado los halagos de la crítica una y otra vez. Si te convertías en lo mejor de lo mejor en esos seis meses y Chloé Cadeau veía en ti potencial, optabas a la beca que llevaba su nombre, dotada de una cuantiosa suma que te permitía abrir un local en París bajo su firma. Era el sueño de cualquier pastelero europeo que se preciara y, por supuesto, el mío.

Con el trabajo en el hotel no ganaba demasiado, pero cada céntimo iba a una cuenta de ahorros que me habían abierto mis padres. Tras cada jornada de trabajo duro, me sentía un poquitito más cerca de conseguirlo. Había tomado la decisión las Navidades anteriores, cuando dieron un curso de repostería navideña en el Centro Cultural y la instructora alabó mi talento. Siempre me había gustado hacer felices a mamá, a papá y a Irene con las recetas que ellos mismos me ayudaban a elaborar, pero tener el control de mi propia masa a un nivel más profesional… era otro rollo.

Por eso exprimía cada gota de sudor en aquel trabajo temporal, porque quería hacer méritos para que, en cuanto llegara a la mayoría de edad, me consideraran para trabajos a jornada completa.

Iba cuatro pasos por delante de lo que me tocaba, pero no podía evitarlo, no cuando había encontrado un rumbo que seguir y por el que quería luchar.

Aquella tarde, el calor era menos opresivo gracias a la brisa de poniente. Todas las sombrillas estaban abiertas y, desde mi puesto junto al carrito de las bebidas, escuchaba el chapoteo de los niños en la piscina y el tintineo de los hielos en los vasos de tinto de verano. Había una energía bulliciosa en el ambiente, como si todo el mundo quisiera exprimir hasta la última gota de sus vacaciones. Por una vez, me sentía bien, segura de mis movimientos y del trabajo que estaba haciendo. Hasta que lo vi.

Jacques Beaumont.

El corazón me dio un vuelco al reconocerlo. Estaba sentado en una de las hamacas junto a la piscina, con su camiseta blanca con publicidad y un sombrero Panamá que lo protegía del sol. A su lado, Michelle, su esposa, tan elegante como siempre y con el cabello dorado recogido con una pinza, hojeaba una revista de viajes. Hasta la fecha, los Beaumont habían pasado dos agostos enteros en el Marbella Paradise Resort y, al no verlos a principios de mes, había pensado que su rutina había cambiado. Tal vez, motivados por la mentira en la que había metido a sus hijos, quienes no querrían volver a saber nada de mí y habrían insistido en cambiar el destino del viaje familiar.

Al parecer, me había equivocado y solo habían modificado las fechas.

—Marián, en la hamaca diez quieren pedir algo —me dijo Andrea, una de las veteranas.

Al levantar la vista, vi a monsieur Beaumont con la mano alzada en mi dirección. «Maldita sea».

Intenté disimular el temblor de mis manos al recolocar la bandeja y caminé hacia ellos con paso firme, repitiéndome que todo estaría bien. En el fondo, nada lo estaba; no había dejado atrás lo que mentirles había supuesto para mí: perder la amistad de Dom y Silvie.

Tras la llamada de Dom, aún con la nariz convaleciente, no pude seguir sosteniendo la mentira. En cuanto me sentí mejor como para salir a la calle, quedé con su hermana en la cafetería del resort y se lo conté todo. Al contrario de lo que opinaba Irene, Silvie no se lo tomó demasiado bien. Acabó llorando, y me recriminó que había traicionado su confianza y que nuestra amistad nunca había estado basada en las clases sociales.

—Creía que tenías una mejor opinión de mí, Marian —me soltó, y yo me sentí como una completa imbécil.

Silvie era un rayito de sol, pues claro que no le habrían importado mis orígenes.

Después de aquello, me pidió tiempo y espacio y… no volvimos a saber nada más la una de la otra. Un año después, me seguía doliendo tanto como cuando Théo me había partido la nariz sin querer. Me arrepentía lo más grande, pero no había mucho más que pudiera hacer.

Cuando llegué junto a los Beaumont, Jacques me recibió con esa afabilidad que siempre lo había caracterizado. Michelle me dedicó un asentimiento cortés y reanudó su lectura sin decir nada.

—Buenas tardes, monsieur Beaumont, madame Beaumont —los saludé en un inglés tembloroso y con las mejillas enrojecidas—. ¿Les apetece algo de beber?

Jacques se quitó las gafas de sol y me observó de un modo que me recordó a Dom.

—Qué sorpresa verte aquí, Marian —dijo en español—. No sabía que trabajabas en el resort.

—Empecé en julio. Trabajo algunas tardes para sacarme un dinerillo —le expliqué intentando sonar despreocupada, aunque por dentro estaba hecha un manojo de nervios.

—Eso está muy bien. El trabajo duro curte. —Por aquel entonces no entendí a qué se refería, cuando él era un hombre exitoso y adinerado. No me lo imaginaba dando el callo—. Cuando puedas, tráenos un daiquiri de fresa para Michelle y un mojito para mí, por favor.

—Claro.

Anoté el pedido en mi libreta y me disponía a marcharme cuando su voz me detuvo.

—Silvie y Dom están en la playa, por si te lo estabas preguntando.

El comentario me pilló por sorpresa. ¿Tan fácil era leerme?

—G-gracias —musité, antes de darme la vuelta para irme. Pero no llegué muy lejos.

—Este año hemos tenido que retrasar las vacaciones —comentó, apoyándose cómodamente en la hamaca. Me volví hacia él, con una mezcla de curiosidad y nerviosismo—. Estuvimos en Londres, en los Juegos Olímpicos. Queríamos que Dom tuviera la oportunidad de explorar ese mundo un poco más.

—¿Dom? ¿Es que ha participado?

Si me había perdido las primeras Olimpiadas en kárate de Dom, me moriría. Por mucho que hubiéramos dejado de hablar, mi obsesión por él no había disminuido ni un poquito. Cada vez que su

nombre cruzaba mi mente, el corazón seguía dándome un vuelco estúpido. Y no lo entendía, porque había sido por su culpa por lo que había perdido a Silvie.

«Por su culpa no, idiota, por la tuya. Por mentirosa».

Jacques soltó una carcajada baja y negó con la cabeza.

—Qué va, aún le queda mucho para eso. Aunque se ha propuesto participar en los siguientes. Por eso creímos que le iría bien conocer el ambiente, estar en contacto con gente del mundillo y expandir horizontes. Ha sido enriquecedor. Y Silvie también se lo ha pasado pipa. Creo que lo ha disfrutado incluso más que Dom.

—Debió de ser increíble —dije antes de mordisquearme el labio inferior.

Hubo algo en la forma con la que hablaba de Dom que me hizo sentir una punzada de nostalgia. Ojalá nuestra relación no se hubiese torcido tanto, porque me habría encantado hablar con ellos, que me contaran las anécdotas y cómo había sido la experiencia.

—Lo fue, un viaje memorable para ambos. Pero ahora que estamos aquí, queremos disfrutar de nuestras vacaciones de los últimos años. Y tú —agregó, inclinándose ligeramente hacia mí— espero que también estés disfrutando de este verano.

Me quedé en silencio un momento y luego asentí.

—Estoy trabajando mucho, pero sí, lo estoy disfrutando.

—Eso es lo importante.

Tuve la impresión de que la conversación no había terminado, que había más cosas que decir y que enfrentar.

Cuando volví con los cócteles, monsieur Beaumont dejó el vaso sobre la mesita bajo la sombrilla y me miró directamente, con la intensidad típica de un adulto que tiene mucha más calle que tú.

—¿Sabes? Nunca vi maldad en ti —empezó. Me quedé inmóvil, apretando la bandeja contra el pecho como si fuera un escudo. Su tono no era de reproche, pero que sacara el tema me puso en alerta —. Ni entonces ni ahora. Cometiste un error al mentir sobre quién eras, y sé que lo sabes, pero todos nos equivocamos de vez en cuando.

Las mejillas me ardieron y clavé la mirada en el suelo. Me sentía como una cría, atrapada en una regañina que me merecía.

—Aunque lo que hiciste no estuvo bien —continuó—, mis hijos… —Se detuvo un momento, en busca de las palabras adecuadas—. Mis hijos son buenos, Marian. A veces pueden ser un poco tercos, sobre todo Dom, pero también saben perdonar.

Levanté la vista, sorprendida por su comprensión.

—¿Cree que podrían…? —empecé, pero me detuve. No sabía cómo terminar la pregunta.

—Eso depende de ti —me respondió, inclinándose un poco hacia delante—. Si hablas con ellos, si vas con la verdad por delante y les explicas lo que pasó una vez más, creo que te darán otra oportunidad. Pero tienes que ser sincera y estar dispuesta a aceptar que puede que no sea inmediato.

—No sé si podré mirarlos a la cara —admití en un susurro al borde de las lágrimas. El recuerdo de la mirada de Silvie, llena de desilusión, y el tono duro de Dom, decepcionado, seguían grabados en mi memoria.

Jacques esbozó una sonrisa ligera, casi paternal.

—Enfrentarse a nuestros errores es difícil, pero también es la única forma de crecer. Y estoy seguro de que tú eres lo suficientemente valiente como para hacerlo.

Sus palabras me llegaron al corazón y reavivaron esa parte de mí que todavía quería arreglar las cosas, que deseaba recuperar la conexión que había experimentado con los Beaumont.

—*Merci, monsieur* —dije al final, con un hilo de voz.

—Mucha suerte —respondió devolviendo su atención al libro.

Cuando desvié la vista hacia Michelle, la encontré observándome con expresión dulce. Antes de darme la vuelta, me guiñó un ojo y lo entendí como que aún quedaba esperanza.

Tres días después de mi conversación con monsieur Beaumont, la distancia entre sus hijos y yo seguía siendo abismal. Aunque había visto a Silvie y a Dom por el hotel, nuestras interacciones habían sido inexistentes. Cada cruce de miradas era como una punzada: la tristeza en los ojos de Silvie, la seriedad casi dolida en el rostro de Dom… Y yo, cobarde, tampoco había hecho nada para reducir esa distancia. Hasta ese día.

Pasé la mañana en la cocina de casa, con las manos pringadas y la mente llena de recuerdos. Cada movimiento, desde tamizar la harina hasta apretar la manga pastelera, se convertía en una especie de meditación. Cuando terminé, los coloqué en una bandeja, cubierta con papel de plata, y respiré hondo. Aquello no lo arreglaría todo, pero al menos era un comienzo.

Al llegar al resort por la tarde, di vueltas y más vueltas; los busqué en las piscinas, en los jardines, en el spa, en las pistas de pádel y en todos los sitios que se me ocurrieron. Y cuando solo me quedó uno por comprobar, el corazón se me comprimió en un puño.

Con el sol ya algo más bajo, los encontré en el mismo sitio que habíamos conquistado juntos el verano anterior. Ahí, a la izquierda de la pasarela de madera que conectaba el resort con la playa, estaban Silvie y Dom. Ella llevaba un biquini rosa y con flecos, como si no le importara haber cumplido ya los dieciséis; él vestía un bañador azul marino y estaba sentado en su toalla, con las piernas estiradas y mirando hacia el horizonte. Junto a ellos, Antoine y Théo charlaban animados. La imagen me resultó tan familiar y, al mismo tiempo, tan ajena a mí que sentí un pinchazo de incomodidad en el estómago. Porque habían vuelto al mismo sitio, sí, como si le guardaran algo de aprecio, pero lo habían hecho sin mí.

Con cada paso sobre la arena, mis chanclas se hundían y me quemaban, como una penitencia más. De repente, la bandeja que llevaba entre las manos pesaba demasiado y empecé a sentirme estúpida. ¿Y si se reían de mí? ¿Y si despreciaban mi ofrenda de paz? En realidad, me lo habría merecido.

En cuanto estuve lo bastante cerca, tomé aire y los saludé:

—Hola.

Cuatro pares de ojos se volvieron hacia mí. El murmullo de la playa se desvaneció por completo cuando mi mirada se cruzó con la de Dom. En sus iris castaños destelló algo que no supe reconocer y que encabritó mi corazón. Silvie entreabrió los labios, pero se lo pensó mejor y no dijo nada. Dom se tensó, su atención fija en mí, mientras Antoine y Théo intercambiaban un vistazo curioso.

—Os… Os he visto por el hotel —dije, a sabiendas de que no era necesario aclararlo. Las manos me temblaron al reacomodar el peso de la bandeja entre los dedos—. Y se me ocurrió prepararos esto.

Forcé una sonrisa y, en un intento torpe por aligerar la tensión, añadí:

—Sé que estáis acostumbrados a los postres del hotel, que son muy buenos, y no pretendo competir con ellos. Yo no tengo el paladar tan refinado como sus pasteleros —puntualicé con una risilla nerviosa.

En cuanto las palabras salieron de mis labios, me di cuenta de que el mensaje podía malinterpretarse. No quería que pensaran que estaba haciendo alusión a la diferencia de clase que había entre nosotros o a que no podrían disfrutar de algo «corriente». Al instante, las mejillas se me pusieron como tomates.

El silencio que siguió fue tan espeso que quise salir corriendo, pero me obligué a quedarme. Tenía que ser valiente, como me había sugerido monsieur Beaumont. Con cuidado, levanté el papel de plata para revelar los cinco cupcakes de bizcocho de limón sobre los que había dibujado los aros de las Olimpiadas con *buttercream* de colores diferentes.

—Hablé con vuestro padre y me dijo que lo pasasteis muy bien en los Juegos de verano de Londres —les expliqué, mirando a Silvie primero y luego a Dom—. Pensé que sería un detalle bonito.

Ella parpadeó, y sus ojos brillaron con lo que parecían ser lágrimas contenidas. Antoine se inclinó hacia delante para inspeccionar los cupcakes y silbó con suavidad. Fue lo único por lo que recordé que no estábamos los tres solos, como en nuestro primer verano.

—¿Nos has hecho…? —empezó Dom, que seguía con la vista fija en los cupcakes. Su voz sonó arrastrada, más grave de lo habitual, como tomada por la emoción—. ¿Nos has hecho pastelitos olímpicos?

Cuando alzó la vista y sus ojos se encontraron con los míos, me perdí en ellos. Ahí, entre todos los sentimientos que conseguí leer, brillaba un afecto que me caló.

—Sí —admití en un susurro, con la misma emoción que él—. Solo para vosotros.

Con una mano temblorosa, Silvie cogió uno y lo sostuvo entre los dedos, casi atesorándolo. Era evidente el impacto que había causado mi mentira y mi posterior confesión. Ambas habíamos sufrido por mi embuste, ella más que yo, y verlo en su rostro otra vez, tan fresco como el primer día, me hizo darme cuenta de que a Silvie le importaba de verdad. Mis ojos se desviaron hacia Dom, al modo triste y cariñoso con el que observaba a su hermana, tan protector como siempre, y el corazón se me comprimió tanto que dolió.

—Quería disculparme de nuevo —confesé; me tragué mi orgullo al abrirme en canal una vez más, y esta vez con público—. No sé por qué lo hice, pero me comporté como una idiota. Y después, me caísteis tan bien que me dio miedo estropear lo que estábamos construyendo. Me asusté mucho porque para mí… —Tragué saliva, con la vista clavada en la arena—. No tengo muchos amigos. No tengo amigos, en realidad, solo Irene. —La voz se me quebró y tuve que respirar hondo de nuevo—. Y cuando conecté con vosotros…, fue como un regalo. Y pensé que la verdad nos distanciaría. Os prejuzgué, y lo hice muy mal, y cuando me di cuenta de lo buenos que sois, era demasiado tarde. No hay excusa para lo que hice, solo quería que supierais que soy consciente de ello y que lo siento muchísimo.

Me quedé quieta a la espera de alguna señal, alguna respuesta, cualquier cosa. Silvie asintió ligeramente, con los ojos vidriosos

clavados en el cupcake que sostenía entre los dedos. La mirada de Dom, por su parte, era indescifrable, pero había algo diferente, algo que no había estado ahí antes.

Temblorosa, me agaché para dejar la bandeja sobre la toalla, mordiéndome el labio por dentro con todas mis fuerzas para no echarme a llorar. Cuando me di la vuelta para marcharme, me llegó un susurro apenas audible:

—*Merci*, Marián.

El corazón se me detuvo y miré a Dom. Solo él ponía el acento en mi nombre donde debía. Nos sostuvimos la mirada durante un par de segundos que me resultaron eternos, en los que el mundo se desdibujó a mi alrededor y solo estábamos él y yo. Diciéndonos tanto sin siquiera pronunciar palabra. El peso de los meses de silencio, del dolor y la culpa pareció aligerarse, aunque fuera solo un poco.

Antes de marcharme, le dediqué un último asentimiento a modo de despedida.

El jueves amanecí… triste. Llevaba tres días pensando en mi ofrenda de paz, y en todo ese tiempo, no había tenido noticias de Silvie ni de Dom. Irene, con su resolución habitual, había intentado animarme; me había dicho que ya había hecho todo lo que estaba en mi mano y que no podía forzar lo que no estaba destinado a fluir.

Lo sabía, sabía que tenía razón, que tenía que olvidarme de ellos, de los buenos momentos y de las risas compartidas, pero me era imposible. Cada recuerdo volvía a mí con una claridad desgarradora.

Cuando llegué al Marbella Paradise Resort para empezar el turno, la energía del verano a mi alrededor contrastaba cruelmente con mi estado de ánimo. La zona de las hamacas junto a las piscinas estaba tan concurrida como siempre, así que me obligué a centrarme en mi trabajo.

Llevaba alrededor de una hora allí cuando los vi. Silvie, Dom, Antoine y Théo estaban en grupo cerca de la piscina. Silvie se agenció una hamaca libre y los chicos saltaron al agua y empezaron a hacer el tonto, salpicándose entre ellos mientras ignoraban por completo las advertencias del socorrista. Una sonrisa involuntaria se perfiló en mis labios, pero pronto se desvaneció, reemplazada por una punzada de tristeza. Ellos parecían tan libres, tan despreocupados…, y yo me sentía como una extraña, al margen de su mundo.

Entonces noté que Silvie me estaba mirando. Su mano se alzó para indicarme que me necesitaba, y el corazón se me aceleró. Había llegado el momento de servir a mis viejos amigos y trabajar para ellos. En un gesto nervioso, me aseguré de llevar la libretita en el bolsillo del delantal y me acerqué a ella con piernas temblorosas.

—Hola, Silvie —la saludé, intentando que mi voz no delatara mis nervios—. ¿Quieres tomar algo?

Ella pareció dudar por un momento, como si buscase las palabras adecuadas, y luego negó con la cabeza, agitando su cabellera dorada.

—En realidad, solo quería devolverte esto.

Se giró hacia su bolso de playa y sacó algo de dentro. El corazón me dio un vuelco al reconocerlo: la bandeja de los cupcakes. Estaba vacía y, mientras la sostenía en alto, nuestras miradas se cruzaron.

—Estaban muy buenos, Marian —reconoció con una sonrisilla que despertó un burbujeo en mi interior—. A Dom y a mí nos gustaron mucho. Tienes talento para la pastelería.

Ruborizada, me apresuré a restarle importancia:

—Solo eran cupcakes de limón, no son muy complicados de hacer. Pero me alegro de que os gustaran.

Acepté la bandeja con cuidado, como si fuera un tesoro. Entre nosotras se instaló un silencio que no resultó del todo incómodo. Fue Silvie quien lo rompió.

—En un rato iremos a la playa. Estás invitada, si quieres unirte —me ofreció, tanto esperanzada como cautelosa.

El estómago se me contrajo. Nada me habría gustado más que aceptar, pero el deber me llamaba.

—No puedo, trabajo toda la tarde. Pero gracias por pensar en mí.

Intenté acompañar mis palabras con una sonrisa para suavizar el rechazo. Silvie asintió, comprensiva, y se recostó sobre la hamaca.

—En otra ocasión, entonces.

Con aquel gesto, el peso sobre mis hombros se desvaneció casi por completo.

—En otra ocasión.

Mientras me alejaba con la bandeja entre las manos, sentí una chispa de esperanza que redobló mis ánimos.

Las últimas semanas de agosto se deslizaron entre mis dedos como la arena de la playa. Trabajar rodeada de Silvie, Dom, Antoine y Théo lo había cambiado todo. Al principio, me enfrentaba a cada turno con una mezcla de nervios y cautela, pero, poco a poco, la

tensión fue deshaciéndose. Los franceses cambiaron la playa por la piscina para estar cerca de mí, y aunque al principio me incomodó, pronto descubrí que me divertía mucho con ellos. Que animaban mis jornadas.

Cuando llegaron mis días de descanso, volvimos a la playa. En aquella ocasión también se unió Irene, quien se reintrodujo en la dinámica del grupo como si no hubiera pasado ni un solo día desde nuestra separación. Echábamos el día entero jugando a las cartas, a las palas o al vóley, aunque yo solía quedarme al margen de este último, y los observaba y me reía desde la toalla.

En esos momentos en los que me quedaba sola, me permitía el lujo de contemplar a Dom de otro modo. Era como si su mayoría de edad hubiera llegado de la mano de una madurez que me calentaba la sangre como solo él sabía hacer. Aunque Irene ya era más que experta en el tema del sexo, yo aún no me había lanzado a ello, ni siquiera había tenido un primer beso. Uno que naciera del deseo en el que tanto se recreaba mi mejor amiga. Siempre había creído que aquello no era para mí, porque cuando miraba a otros chicos de mi edad o a alguno de los amigos mayores de Irene, en mi interior no sucedía nada. Pero con Dom… Dom revolucionaba todo mi mundo, y eso que era más que parco en palabras.

En realidad, ahí encontraba yo su magia. En lo mucho que decía con una media sonrisa o con una carcajada ligera, incluso con un entrecerrar sutil de ojos que solo yo captaba cuando él hacía trampas a las cartas. En esas últimas semanas de agosto de 2012 me di cuenta de que había empezado a leer a Dominique Beaumont como si fuera un libro abierto. Qué bonito que yo fuera una ávida lectora.

En eso se resumieron las jornadas, en conversaciones que se alargaban hasta que caía el sol y risas compartidas. Era fácil pensar que esos momentos durarían para siempre, pero el calendario seguía avanzando. Así terminó llegando principios de septiembre y, con él, el fin de mi contrato en el hotel. Por primera vez en todo el verano, tenía un fin de semana libre. En cuestión de dos días, los chicos volverían a Francia, así que el sábado previo decidimos salir juntos para despedirnos por todo lo alto.

Siendo sincera, el plan me ponía nerviosa. A mis dieciséis años, lo más cerca de salir de fiesta que había estado había sido tomar unas cervezas clandestinas en casa de un amigo de Irene, así que no sabía qué esperar. Para mí, la idea de un buen plan consistía en peli, sofá y manta, o libro, sofá y manta; cualquier cosa que implicase estar tranquilita en casa. Contra todo pronóstico, aquella noche bullía de ganas y de expectación.

Irene y yo quedamos en su casa para arreglarnos. Yo había optado por unos vaqueros cortos y ajustados que casi dejaban la base de mis cachetes fuera, y un top rosita con escote. Irene, como siempre, se veía espectacular vestida de negro, con unos pantalones tipo cuero y una camiseta con los rotos justos para parecer guay.

Para cuando llegamos a Puerto Banús un rato después de terminar de maquillarnos, las luces de los neones nos estaban esperando. Nos reunimos con los franceses y comimos algo rápido para llenar el estómago en una hamburguesería, con nuestras risas como música para nuestros oídos. Luego, fuimos a un local con mesas de billar. Al principio me sentí fuera de lugar, pero la energía del grupo terminó por arrastrarme. Los chicos, mayores de edad, pidieron unas

Coronitas con limón y, aunque nosotras no podíamos beber, no tardamos demasiado en robar tragos a sus cervezas.

—¿Quieres? —me ofreció Dom, levantando el botellín con una sonrisa fácil que me apretó un nudo en la garganta.

Estaba muy sexy, con esa camisa blanca remangada y pantalones oscuros. Además, en su rostro se entreveía una sombra de barba que le daba un toque muy masculino y que me pirraba. Me fijé bien en él, en lo relajado de sus hombros anchos al recostarse contra el taco de billar, la cercanía de nuestros cuerpos mientras esperábamos a que llegara mi turno. Olía bien, a sol y a aftershave. El calor empezó a subirme por el cuello cuando me di cuenta de que llevaba demasiado rato callada, ambos mirándonos como si nos hubiésemos quedado solos en el mundo.

—Un trago pequeño —accedí.

Me llevé el botellín a los labios sin despegar los ojos de los suyos, atraídos por un imán. Los de Dom, por el contrario, se fijaron en la curvatura de mis labios, en la caída de mi cuello y la profundidad de mis clavículas, y de ahí más abajo, hasta el escote prominente que me dejaba el top. Mi trago se alargó, mientras disfrutaba de la caricia de su mirada sobre mi piel, que se fue erizando a su paso. De repente hacía mucho calor, y no tenía nada que ver con lo poco acostumbrada que estaba a beber, sino con la mirada incendiaria de Dom. Esos ojos castaños, que contenían otoños enteros en su interior, acababan de convertirse en un caramelo fundido que me habría encantado probar.

—¡Te toca, Marian!

El chillido de Antoine hizo estallar la burbuja y no me quedó más remedio que devolverle el botellín a Dom con un agradecimiento

antes de volver al juego.

Dos horas después, Silvie, harta de los tacones, propuso seguir la fiesta en la habitación del hotel.

—Es que no entiendo por qué te empeñas en ponértelos —le recriminó su hermano, a quien se le había ido soltando la lengua poco a poco.

—¡Déjame en paz, Dom! —respondió ella entre risas.

Con la tontería, Silvie había terminado pimplándose cerveza y media, cortesía de Antoine, que había dejado que bebiera de su botellín todo lo que quisiera.

Terminamos en la habitación de Dom, donde pusimos algo de música y los chicos se prepararon unos cubatas con una botella de ron que habían comprado a última hora. Bailamos, reímos y nos desinhibimos, a sabiendas de que aquella sería nuestra última gran noche del verano. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si esa noche fuera nuestra y de nadie más.

Entonces, Silvie, tan inventiva como siempre, sugirió jugar a la botella.

—Venga ya, Silvie, eso es de críos —rio Antoine.

Ella puso en los brazos en jarras y lo fulminó con la mirada.

—Ah, mírate, don señor Soy Muy Mayor Para Juegos. ¿Qué pasa, que el pelo que te ha salido este año en la barba te ha hecho creer que ya eres todo un adulto? Siento decirte que, aunque lo hayas considerado tu excusa para afeitarte, te equivocas.

Nos quedamos calladísimos después de la pulla de Silvie, hasta que estallamos en carcajadas que nos arrancaron lágrimas e hicieron que Théo se cayera de la cama, con lo que volvimos a reír un poco

más. Al final, terminamos jugando, nadie se atrevió a llevarle la contraria a mi amiga.

Las reglas eran simples: si alguien no quería besar o ser besado, le tocaba cumplir un reto. La primera en girar la botella de ron vacía fue Silvie, como ideadora del plan. Después de girar y girar y girar sobre el suelo de mármol, terminó por detenerse frente a Antoine.

—¡Es el destino! —bromeó Théo.

Silvie puso los ojos en blanco, gateó hasta Antoine y le dio un pico rápido que terminó casi antes de empezar.

—Ya está —bufó Silvie, como si acabara de hacer un acto de caridad.

Él, por su parte, se mostró demasiado callado, con la vista fija en la botella que, por iniciativa de Théo, empezó a girar una vez más. Hasta detenerse frente a Dom.

—Ni de coña —soltó Théo.

—Pues paga prenda —respondió él, indiferente y con una sonrisa divertida.

—No me digas que estás dispuesto a besarlo —intervino Antoine, con un deje asqueado que me molestó.

Dom, tan inmutable como siempre, se encogió de hombros y, con la vista clavada en su amigo, dijo como si tal cosa:

—Mi masculinidad no es tan frágil, no se va a romper por un pico.

—Uuuh —soltamos las tres chicas a la vez, entre risas y vítores del zasca que acababa de darle a Antoine. Aquella noche, le estaban lloviendo palos por todas partes.

Aún riendo, estudié de nuevo a Dom. Estaba sentado enfrente de mí, con una mano apoyada en el suelo detrás de él, una pierna

flexionada y la otra estirada. Se lo veía tan cómodo, tan natural… Él sí que era un hombre, me di cuenta.

—La mía sí lo es —dijo Théo, atrayendo de nuevo mi atención, ante lo que los demás nos reímos.

—Dom, tú lo retas, que te has quedado sin tu beso —dijo Irene antes de lanzar besitos al aire.

La diversión de Dom se pronunció y sus ojos pasaron por encima de mí con cierta lentitud antes de clavarse en Théo.

—Te reto a que recorras el pasillo entero…

—Fácil —apuntó Théo.

—… en bolas.

El silencio se instaló entre nosotros como un jugador más antes de volvernos locos, unos más emocionados que otros, entre risas y aplausos —por parte de Silvie—. Théo se frotó los ojos con un suspiro, pero terminó asintiendo con la cabeza.

—Señoritas, disfrutad de las vistas —dijo con pompa y gala cuando, después de desnudarse, se bajó el bóxer de un tirón vigoroso.

Yo me tapé los ojos a medias, roja como un tomate, incapaz de dejar de reír de puro nervio. Silvie rio y aplaudió, en su salsa, e Irene le silbó con los dedos; los chicos, por su parte, lo animaron y jalearon mientras, cubriéndose la entrepierna con las manos, corría por el pasillo, con el culo sacudiéndose arriba y abajo.

Por suerte, nadie lo vio, y cuando volvió a refugiarse en la seguridad de la habitación, además de más rojo que yo, lo hizo entre palmaditas victoriosas en la espalda. En cuanto se vistió, retomamos el juego: era mi turno.

Con el corazón en un puño, hice girar la botella, que se detuvo frente a Irene. Una parte de mí sintió alivio; la otra, decepción. Nos dimos un pico rápido, nada raro con la cantidad de veces que habíamos jugado a aquello. Porque en una ciudad como Marbella, cuyo único entretenimiento era la playa, los inviernos se volvían muy largos. Después de mí, le tocó a Irene. Cuando la botella se detuvo y apuntó a Silvie, todos contuvimos el aliento.

Ambas se miraron con cierto recelo y, cuando ninguna expresó su negativa, Irene se acercó a ella de rodillas, que permaneció sentada. Las mejillas de la francesa se habían encendido, lo que delataba su nerviosismo. Ajenas a los comentarios tontos de Théo y Antoine, Irene se inclinó sobre Silvie y la besó. No fue un pico, no. El contacto se dilató tres segundos, cuatro, ambas con los ojos cerrados. Entonces, la boca de Silvie se movió, en reacción al contacto de Irene, y mi amiga se lanzó de lleno a comerle los morros a saco.

Yo me alegré por ella, porque no se me habían escapado las miraditas que le había estado lanzando el verano anterior. Ese año, con su despertar sexual, había terminado dándose cuenta de que le atraían los hombres y las mujeres por igual, y yo me alegraba de que se sintiera lo bastante cómoda como para lanzarse. Antoine, por su parte, soltó algún que otro comentario rancio que Dom atajó en un francés perfecto que no admitió réplica —y que no entendí—. Me gustaba que se sintiera cómodo con que su hermana besara a otra mujer, aunque no supiera qué podía significar para Silvie.

—Te toca, Dom —dijo Théo tendiéndole la botella.

Por algún estúpido motivo, los nervios volvieron a mí. Tal vez porque el juego había pasado de ser entre seis a ser entre cuatro y

conmigo como única chica, porque las otras dos seguían liadas. Literalmente.

Con movimientos lentos, Dom hizo girar la botella. Las palmas empezaron a sudarme y tuve que secármelas con disimulo contra el vaquero, sin despegar la vista del cristal que daba vueltas y más vueltas… hasta detenerse frente a mí.

Contuve el aliento y me mordí el labio inferior por dentro. Si me dolía, no podía ser un sueño, ¿no? Despacio, alcé la vista y mi mirada recayó directamente sobre la de Dom. La anticipación que me invadió me hizo temblar, sobre todo porque Irene y Silvie seguían dándose el lote, ajenas a todo, y eso nos ponía al resto en una situación… diferente. Más conscientes de que aquello, aunque fuera un juego, podía derivar en algo más. El calor me subió al rostro cuando Dom no se movió, aunque sí lo hicieran sus ojos. Con la misma lentitud con la que había girado la botella, me repasaba sin parar con la mirada, como si pretendiera memorizarme en cuestión de segundos.

—Bueno, ¿qué? ¿Os besáis o no? —preguntó Antoine, molesto por lo mucho que tardábamos.

Ninguno se movió. Y le correspondía a él besar.

El calor se convirtió en el nudo de nervios previos al rechazo, la garganta cerrada por completo. Aun así, me las apañé para decir en un hilillo de voz:

—Si no quieres, no pasa nada. Puedo hacer yo el reto por ti.

Dom inspiró hondo, tan profundo que dudé de si habría dejado de respirar todo ese tiempo. Entonces, serio como no lo había visto nunca, negó con la cabeza. Apoyó la mano en el centro del círculo para mantener el equilibrio y mis ojos se desviaron hacia ese punto.

Sus dedos eran largos y habían terminado junto a la botella, que tintineó cuando la rozó. Tenía una mano bonita, con esa cicatriz desconocida y que me generaba curiosidad. Algún día tendría que preguntarle cómo…

Mi línea de pensamientos se cortó cuando me obligó a alzar la vista con un dedo bajo mi mentón. En aquella ocasión, fue mi turno de dejar de respirar, tan nerviosa que temí echarme a llorar.

Dom me miró y me miró, sin dejar de sostenerme por la barbilla con una delicadeza que había convertido mi sangre en lava. Su rostro estaba a un palmo del mío, tan cerca que descubrí que tenía motitas verdes alrededor de las pupilas. Sus iris eran preciosos, la mezcla perfecta entre otoño y primavera.

—Esta noche estás muy guapa —susurró, en un tono tan bajo que solo yo escuché.

Su exhalación cálida me acarició las pestañas y me devolvió el aliento. El corazón me resonó con tanta fuerza que temí que lo oyera.

—Gr-grac…

Antes de poder terminar la palabra, su boca presionó la mía y todo lo que pude sentir y respirar fue a Dom. Cerré los ojos y me dejé llevar por el contacto en un frenesí de latidos desbocados y al borde del ataque de nervios.

El chico por el que había suspirado dos años enteros, el que creía haber perdido para siempre, me estaba besando. De repente, aquella habitación de hotel atestada de adolescentes era el mejor lugar en el que estar. Y en lo único en lo que pude pensar fue en lo bien que sabía aquel momento que deseaba estirar hasta el infinito.

Sus labios eran cálidos, como la caricia del sol después de salir del frescor del Mediterráneo y, al mismo tiempo amables, suaves conmigo. En ese beso encontré mi hogar, uno del que no quería que me apartaran por nada del mundo. Porque al contacto de su boca con la mía, la realidad cobró su verdadero sentido. Aquel instante, ínfimo entre lo que serían nuestras existencias, brillaría con más intensidad durante el resto de mi vida. Y, sin embargo, sabía que no iba a durar, porque aquello no era más que un juego con testigos que coreaban el momento.

Pero cuando traté de apartarme, la mano libre de Dom se enroscó en mi nuca, se perdió entre mis mechones rebeldes y profundizó el contacto de nuestras bocas, que empezaron a moverse con cierta torpeza y con un anhelo desconocido para mí. De entre mis labios escapó un sonido necesitado que me hizo ruborizar y que provocó que Dom afianzara la mano sobre mi piel erizada. Sin saber cómo, mis palmas acabaron encontrando sus hombros anchos, fuertes, duros, y su firmeza se convirtió en lo único que me mantenía anclada en el mundo y que impedía que saliera flotando, como un globo de feria.

Cuando nos separamos, fue como si me arrancaran una tirita, como si me hubieran quitado un pedazo de mi ser. Me fastidió tanto que no me atreví a abrir los ojos, no hasta que sentí la presión de su frente contra la mía y, al separar los párpados, ahí estaba él. Donde siempre había pertenecido, protagonista de mis pensamientos y dueño de mi corazón sin siquiera saberlo. Porque lo que yo había considerado como una extraña obsesión, iba más allá.

Dominique Beaumont me gustaba, y mucho, solo que yo no había vivido las experiencias suficientes como para reconocerlo. Y ahora

que no tenía sus labios contra los míos y lo sentía como si me hubieran negado agua en el desierto, lo entendía y me aterraba.

Porque aunque nunca antes me hubieran besado, yo ya no quería que otro lo hiciera. Solo él. Dom. El chico que volvía a Francia al día siguiente.

8

Marián



Lunes, 28 de octubre de 2024

Tras nuestro paseo fallido por Locronan, Dominique me dejó en la casita de invitados, recogió sus cosas y se marchó como si nunca nos hubiéramos reencontrado. Cuando salió dando un portazo, una parte de mí esperaba que volviera en algún momento y que aclaráramos las cosas, pero no lo hizo.

Me dejó con la sensación de que me abandonaba otra vez, así que el resto de la tarde del domingo me refugié en la cháchara incesante de Irene y Sofía, quien parecía muy emocionada por la fiesta de Halloween que estaban preparando en el cole.

Después, llamé a mi madre para que me contara qué tal le habían ido esas primeras veinticuatro horas sin mí a mi padre. Me sabía un poco mal dejarle el marrón a ella, sobre todo teniendo en cuenta que llevaban cinco años divorciados y que los últimos del matrimonio fueron muy duros para todos. Pero que su relación hubiera llegado a su fin no borraba los veintitrés años que habían estado casados, así que me había asegurado que le echaría un ojo en mi ausencia y lo

estaba haciendo. La conclusión: todo en orden. Y menos mal, suficientes cosas tenía yo en la cabeza como para preocuparme en exceso por mi padre.

El lunes por la mañana, dispuesta a empezar en mi nuevo trabajo por todo lo alto, me visto con mi atuendo negro profesional, me recojo el pelo en una coleta y me dirijo hacia donde he quedado con Silvie con la cajita de muestras que me traje de España entre las manos.

Cuando llego a uno de los muchos merenderos de los viñedos Beaumont, Silvie ya me está esperando bajo una pérgola techada que nos protegerá si el cielo rompe a llover. Junto a ella, hay una estufa de seta que alguien del personal debe de haber encendido para ella. La encuentro trasteando con una cámara de fotos con un objetivo enorme mientras pulsa botones muy concentrada en la pantalla.

—Buenos días, Silvie.

Estaba tan abstraída que ni me ha oído llegar, porque se sobresalta y se lleva la mano al pecho.

—¡Marian! —Deja la cámara sobre la mesita de hierro forjado y me abraza con fuerza—. Ay, no sabes cuánta ilusión me hace tenerte aquí. El sábado apenas pudimos hablar, y con todo lo de Antoine…

Le devuelvo el abrazo con ganas, aliviada de que el vínculo que nos unió durante nuestros veranos juntas se mantenga firme a pesar de los años de vacío.

—No te preocupes, es normal. Había muchísima gente. —Tomo asiento frente a ella y me sirve una taza de té. El jersey violeta que lleva le sienta bien, resalta el rubio de su pelo y el verde de sus ojos —. ¿Qué tal está Antoine?

Hace una mueca y vuelve a trastear con la cámara.

—Con la cara bastante hinchada y amoratada. Por eso no ha venido, porque aún le duele mucho.

—Ya imagino. —Silvie ríe por la nariz y asiente con la cabeza—. Mándale ánimos de mi parte. Tendrá que echarle paciencia.

—No es que le sobre, precisamente.

Compartimos una sonrisa cómplice y observo su gesto de concentración mientras termina de trastear con la cámara.

—Tu hermano me dijo que expusiste algunas de tus fotos en la galería de arte. —Asiente orgullosa—. Me alegra que aún disfrutes de la fotografía y de que te lo tomaras más en serio.

—Nah, sigue siendo un hobby. —Vuelve a mirar la pantalla de la cámara—. Pero de vez en cuando me surge alguna oportunidad y la aprovecho. Sin ir más lejos, en unos meses expongo algunas fotos en la galería de arte de una conocida de la familia. Estaba repasando las de la merienda por si alguna me convencía.

—Vaya, resulta que los modelos no éramos lo suficientemente guapos —comento con una risa.

—Qué va, tuve los modelos más guapos del mundo. Mira.

Pasa varias fotos para sí misma hasta que elige una y me enseña la pantalla.

El corazón me da un vuelco. Salimos su hermano y yo. Se me ve radiante, inclinada un poco hacia delante, con la mano en el pecho y riendo a carcajada limpia. Por lo general, muy poca gente sale favorecida en un momento tan explosivo, pero ella ha conseguido capturar la felicidad pura contenida en mi cara. Por la posición, creo que es de cuando estaba hablando con Théo.

Pero lo que me roba el aliento es Dom. Sentado a mi lado, con el brazo extendido sobre mi silla, me contempla con una admiración que hacía años que no le veía. Porte serio, mano relajada, mirada afilada sobre el objeto de su interés: yo. Ayer pensé que solo había apoyado el brazo sobre mi respaldo cuando quería hablar con la gente sentada más lejos en la mesa, a mi lado. Y esta es la confirmación de que me equivocaba.

No sé bien qué pensar, pero apenas tengo tiempo de procesarlo, porque Silvie pasa la foto y me enseña otra en la que salgo yo sola, relajada, probablemente escuchando a Théo y Sarah, su mujer.

—Deberías usar esta como foto de perfil en tus redes sociales y en tu canal.

Hace años que me quité de encima la vergüenza de que mis familiares y amigos vieran mis vídeos, y por algunos comentarios que hemos intercambiado, Silvie es muy fan de mi contenido.

—Cuando las exporte, te las paso.

—Gracias, Silvie. —Compartimos una mirada cálida—. Bueno, dime qué tienes pensado para el menú de postres.

—¡Por fin llegamos a lo bueno! Antoine y yo buscamos algo especial, diferente pero sin dejar de ser elegante. ¿Tienes algo en mente?

Con un gesto de satisfacción, asiento y abro la caja de cartón que he traído, en cuyo interior hay otras más pequeñas, cerradas con delicadeza y bien protegidas.

—Ten en cuenta que las preparé hace unos días —le explico mientras las abro una a una—. Y que han sobrevivido a un viaje desde España.

—Seguro que están de rechupete igual.

Frente a ella, presento los bocaditos de mousse de mango con toques de limón y maracuyá, las minitartaletas de pistacho y frambuesa y las milhojas de crema de azahar y pétalos de rosa. En cuestión de segundos, he desplegado «mi armamento pesado», como lo llama Irene —porque nada conquista mejor que un buen dulce— y nos lanzamos a la degustación de las muestras que me dio tiempo a idear y preparar justo antes de venir.

—Marian… —Casi gime mi nombre al terminar con el último—. Qué maravilla. Nunca había probado nada tan delicado y a la vez tan lleno de sabor. He cambiado de opinión, ahora quiero casarme contigo.

Suelto una risa genuina que a ella le agrada.

—No te emociones tanto, esto son solo unas muestras un poco rancias y aplastadas. Tengo otras ideas que creo que podrían perfeccionar el menú, así que me gustaría que hiciéramos una cata oficial, contigo y con Antoine. Así también hablamos de la tarta nupcial y de las ideas que tenéis, y de lo que yo puedo ofreceros como repostera creativa. Creo que para el jueves podría tener algo en firme. ¿Qué te parece?

—¡Me parece estupendo! Seremos la envidia de la sociedad, no tengo dudas —añade con una risa—. Estoy encantada con tu disposición, Marian. —Me da un apretoncito cómplice en la mano—. Sabía que no me equivocaba contigo. Eres perfecta para el trabajo.

—Gracias, de verdad. Significa mucho que confíes en mí para algo tan especial.

—No sabes la ilusión que me hace que formes parte de este momento de mi vida. Echo tanto de menos nuestros veranos en Marbella…

La nostalgia me invade y no sé bien cómo gestionarla. Después de que Dominique y yo nos distanciáramos tras aquel verano, solo sus padres regresaron al resort. Lo entendí, pero dolió igual.

—Esos veranos fueron los mejores —convengo, sincera.

Silvie suspira y apoya la barbilla en las manos cerradas.

—Para mí también. Las noches en la playa, las moragas, las fiestas… Y esa vez en que la policía casi nos arrestó porque tú…

—¡Ni me lo recuerdes! —la interrumpo—. Fue culpa de Dominique.

—Ah, Dom… —responde mirándome con cierta pillería—. Es todo un caso.

Recuerdo a la perfección aquella noche, la primera que Dominique me vio el culo en todo su esplendor. Y no porque estuviéramos haciendo lo que por aquel entonces tanto deseaba, sino porque no supo quedarse vigilando mientras meaba entre dos coches en la vía pública.

—Cambiando de tema. ¿Puedo saber por qué os quedasteis sin pastelero a dos meses de la boda? —intento sonar casual, pero es imposible disimular mi curiosidad.

La expresión de Silvie cambia un instante, como si se sintiera atrapada. Su mirada se desvía hacia el jardín y empieza a juguetear con su taza de té.

—Cosas de la vida, ya sabes.

—Debió de ser un dolor de cabeza —insisto.

Ya no es solo por curiosidad, sino porque necesito saber si el problema lo dieron los novios o no y a qué atenerme como trabajadora. Al ver que no añade nada, me veo obligada a cambiar de tema para que el silencio no se vuelva incómodo y no se sienta presionada.

—En cualquier caso, me alegro de que me hayáis contratado. No sé si fue idea tuya o de tu padre, pero… gracias por la oportunidad.

Sonrío, aunque la curiosidad siga picándome por dentro. Su respuesta vaga no hace sino aumentar mi necesidad de respuestas. Porque entre las escasas conversaciones con Dominique y esto intuyo que hay algo mucho más grande que nadie me está contando.



Al final sí que termina lloviendo, así que durante el resto de la mañana me encierro en la casita de invitados para adelantar algo de material para las redes sociales. Preparo la portada del vídeo que me toca subir el miércoles a Instagram, con tres postres divertidos para Halloween. Doy gracias a mi faceta previsora —«neurótica», la llama Irene—, porque tengo el contenido de las próximas dos semanas programado, a falta de unos últimos retoques. Al margen de eso, me centro en el menú degustación del jueves.

Paso las siguientes horas tomando notas y probando combinaciones de sabores en mi cabeza para buscar el equilibrio perfecto entre lo tradicional y lo moderno. Tal vez Silvie no espere que los postres sean perfectos, pero yo sí. Siento la presión del encargo sobre los hombros, porque quiero impresionar a la familia, que monsieur Beaumont sienta que ha invertido más que bien todo ese dinero. Para un hombre como él, que empezó en el duro mundo de la moda y ahora tiene negocios en cualquier sector imaginable, las finanzas lo son todo, y yo no quiero ser un coladero de pasta. Voy más allá: no puedo ser un coladero de pasta.

Me he enfrentado a esta situación como si fuera mi bote salvavidas. Con el sueldo que me ofrece, por fin podré matricularme en el curso de Chloé Cadeau y, así, estar un paso más cerca de abrir mi obrador. Me veo tan cerca de cumplirlo que hasta puedo saborear el azúcar en el aire. Adiós a las deudas, al trabajo precario y a dejarme pisotear.

Por eso tampoco me importa la lluvia cuando, por la tarde, decido bajar al mercado de Locronan en busca de inspiración para que todo sea perfecto. Monsieur Beaumont, en otro de sus alardes de generosidad, me ha cedido los servicios de Vincent, su chófer.

Al llegar al centro y despedirme de él después de que me asegure que volverá en cuanto lo llame, me tomo unos segundos para apreciar la estampa —que parece sacada de un decorado de película histórica— antes de echar a andar. Los tenderos intentan venderme su mercancía con amabilidad y sonrisas, una actitud muy diferente a la típica de las ciudades de «Si no lo quieres tú, ya vendrá alguien que sí».

Sigo una ruta similar a la que Dominique me mostró, y descubro que en esta localidad de ocho kilómetros cuadrados hay dos creperías —a falta de una, pero de qué me sorprendo, si son franceses—, un hostal, varios monumentos que arrebatan el aliento y un puñado de restaurantes muy cuquis. Reconocido como uno de los pueblos de menos de dos mil habitantes más bellos de Francia, Locronan es el tipo de lugar que presume con justa razón.

Al terminar mi paseo, mi entusiasmo me ha traicionado y he terminado cargada con una cantidad desmesurada de bolsas. No he podido resistirme. Primero, por culpa de monsieur Mathieu y las frutas que me ha dado a probar y que me han dejado salivando.

Después, me ha pillado por banda madame Geraldine, la quesera del pueblo. Y Eliette, la charcutera. Al final, con lo bien que me han tratado en todas las tiendas, no me ha quedado más remedio que pecar en cada una de ellas. Algo de lo que ahora me arrepiento, porque la lluvia ha arreciado y las bolsas pesan un quintal. Con el paraguas encajado entre el hombro y el cuello, avanzo como puedo mientras rezo por no patinar sobre los adoquines mojados. Me refugio bajo el toldo de una de las creperías y llamo a Vincent para que me ayude.

—Por supuesto, señorita Díaz —me dice con ese acento británico tan curioso. En algún momento encontraré el valor para decirle que sé francés—. Tardaré una media hora aproximadamente. Monsieur Beaumont me ha pedido que revise el nivel de aceite de sus coches y me pilla con las manos en la masa.

Bueno, si ya me sabía mal usar sus servicios, ahora me siento todavía peor.

—Ah, no se preocupe. V-voy a aprovechar para beberme un café —improviso con la vista clavada en el cartel de la crepería—. Tómese el tiempo que necesite.

Suspiro al colgar y maldigo el momento en el que me dejé arrastrar por el frenesí de las compras. Pero ya no hay nada que pueda hacer, solo me queda esperar que a las trabajadoras no les molesten todas mis bolsas.

Al entrar en la crepería, un aroma cálido y familiar —mezcla de mantequilla fundida y harina— me recibe y me hace sentir como en casa. La decoración, que combina piedra vista y madera oscura, tiene ese encanto rústico que solo los años de tradición pueden aportar. Hay mesas pequeñas repartidas estratégicamente por la

sala, velas que bailan en candelabros antiguos, y los platos y tazas entrechocan entre sí mientras una melodía suave se filtra por los altavoces.

Elijo la mesa del rincón, cuyo ventanal da directo a la iglesia, y amontono las bolsas contra la pared para intentar no estorbar. Me siento y clavo la vista en la fachada de piedra gris, empapada por la lluvia. Me quedan varios meses por delante en este pueblo, pero creo que podría terminar enamorándome de él. En realidad, con la cantidad de rincones con encanto que hay por aquí, no me extraña que Silvie se decantara por la fotografía.

—*Bonsoir* —me saluda la camarera que se ha acercado a atenderme—. ¿Qué te pongo?

—Un café con leche condensada y… —Miro la vitrina detrás de ella mordisqueándome el labio. Ni siquiera me ha dado tiempo a echarle un vistazo a la carta—. Sorpréndeme con el mejor dulce de la casa.

—¡Hecho! —La camarera me guiña un ojo y se aleja.

Mientras espero, saco mi lector electrónico del bolso —qué haría yo sin él— y me entretengo buscando una nueva lectura. Con los preparativos del viaje, llevo más de una semana sin leer, así que no sé qué me apetece. Creo que estoy en el *mood* de una comedia romántica, así que repaso las decenas de libros que tengo acumulados, pero no me da tiempo a decantarme por ninguno antes de que la camarera vuelva con mi pedido.

—Aquí tienes, tu café con leche condensada y… ¡un tiramisú de dulce de leche!

Le dedico un gesto de aprobación tras estudiar la porcelana de época y la consistencia de las capas del tiramisú. No tardo en sacar el móvil.

—Tiene una pinta buenísima —digo mientras le hago una foto.

—Lo ha hecho mi madre. No es su especialidad, pero los lunes estamos un poco bajas de producto.

—Seguro que está de escándalo. —Me tomo la confianza de probarlo delante de ella, porque sé lo bien que sienta ver a los clientes disfrutar de tus creaciones, y se me cierran los ojos de puro gusto—. Dios, qué bueno está.

La camarera suelta una risa complacida y se recoloca un mechón moreno tras la oreja.

—Se lo diré a la pastelera.

—Por favor —casi suplico, aún con los ojos haciéndome chiribitas.

—Soy Jade, por cierto —se presenta.

Me sorprende su arrojo y que extienda la mano en mi dirección. Me sobrepongo del estupor y se la estrecho con una sonrisa. Tiene una mano robusta, un tanto áspera, propia de la gente trabajadora o de la que se pasa el día lavándose las manos, como yo.

—Marián, encantada.

—¡Anda! ¡Tú eres Marian!

Pongo los ojos como platos y ella suelta una risilla. «¿Soy yo o de repente hace mucho calor para ser finales de octubre?».

—Ya, perdona —dice, divertida—. Aquí no hay mucho con lo que entretenerse, así que la gente chismorrea sobre las novedades, pero sin malicia, ¿eh? Como con todo lo de la boda de Silvie y Antoine. ¿Qué eres? ¿Su nueva *wedding planner*?

Lejos de molestarme por su curiosidad, me enternece. Todo en ella, desde sus ojillos grandes y aniñados hasta el peto vaquero, me lleva a pensar que le emociona enfrentarse a algo que rompa la

monotonía hogareña que va de la mano de los pueblecitos como este.

—No, soy su pastelera.

Los ojos de Jade se iluminan con emoción.

—¡No! ¡¿Eres la de Jacques?! Creía que te llamabas Marion.

—¿La de Jacques? —pregunto riendo entre dientes.

—Bueno, perdón, monsieur Beaumont. Cada vez que viene nos habla de una pastelera española que compite con nuestro talento.

Las mejillas se me calientan y se me escapa un gesto de preocupación.

—Perdón por…

—No, no —me interrumpe—. No te preocupes, mi madre y él se conocen de toda la vida y les encanta chincharse. Ya verás cuando le diga que te has pasado por aquí. Querrá conocerte. Hoy le toca descanso, pero otro día tienes que venir con más calma y hablar con ella.

—Claro —respondo, porque no sé decir que no.

—Ya te dejo, perdona, qué pesada soy.

—No te preocupes.

Me dedica una sonrisa y se me queda mirando.

—Si necesitas cualquier cosa, estaré por ahí.

Señala detrás de la vitrina y me deja sola; el desparpajo de la chica me hace reír. Creo que es más joven que yo, aunque no sé cuánto. Me recuerda un poco a mí.



Ha pasado una hora desde que hablé con Vincent y todavía no ha aparecido, y ya me he acabado el café y el tiramisú. Hago un mohín con los labios, la vista clavada en la lluvia insistente que dibuja surcos en las ventanas. Me he planteado llamarlo y preguntar, pero no me parece bien molestarle cuando no trabaja para mí y su jefe le ha hecho un encargo. He estado investigando y el único taxista del pueblo no puede atenderme hasta dentro de un buen rato, porque ha tenido que ir a dejar a un cliente a sesenta kilómetros de aquí. Solo me queda la opción de recurrir a la única línea de autobús, cuya parada más cercana al *château* está a dos kilómetros. Distancia bastante asumible si no estuviera lloviendo y yo no fuera cargada como una mula. No es mi día de suerte, se mire por donde se mire. Ni hoy, ni ayer ni antes de ayer.

Me despido de Jade y vuelvo a darle las gracias por todo después de dejarle propina. Cuanto antes me vaya, antes llegaré a la casa de invitados y podré darme una ducha reconfortante y calentita. Voy tan concentrada en recolocar los deditos en el asa de las bolsas para que no me corte la circulación que, nada más salir, me estampo de lleno contra un bloque de cemento. Pierdo pie sobre la calzada y estoy a punto de darme de morros contra el suelo cuando alguien me agarra del brazo.

—*Je suis très désolé* —se disculpa un hombre, mientras el contenido de mis bolsas rueda por la acera junto con lo que me quedaba de dignidad.

Mi rescatador me ayuda a incorporarme del todo y, cuando alzo la vista, me topo con un atractivo joven en su treintena, ataviado con una gabardina gris que le sienta de muerte y un perfecto —y caro— traje de corbata. Sus ojos, de un tono entre verde y azul, me

recorren de arriba abajo. No me cuesta identificarlo como Bastian, el mejor amigo de Dominique y junto a quien me pasé sentada toda la merienda de antes de ayer.

«¿Esto se considera buena o mala suerte?».

—Lo siento mucho, Bastian —me excuso en un francés vergonzoso.

Sus labios —delgados y rodeados por una barba oscura bien cuidada— se estiran con dulzura, complacido por que lo haya reconocido. Aprovecho para darle un repaso más rápido que el que él me ha dado a mí, todo sea dicho. Pero llego a la misma conclusión del sábado: tiene aspecto de modelo de relojes o de colonia cara. Es guapo, se mire por donde se mire.

«Aunque no tanto como Dom».

—Marian, ¿verdad? —Asiento y aparto el estúpido pensamiento intrusivo—. Deja que te ayude. —Ambos nos agachamos para recoger las peras, las manzanas y el queso que han rodado por ahí —. Perdóname, entraba a la *crêperie* y no te he visto.

—La culpa es mía, iba distraída haciendo equilibrios con las bolsas. —Compartimos una risa cortés—. ¿Cómo tú por Locronan? Creí haber entendido que vives en París.

Le entra un pequeño tic en la mandíbula antes de relajarse y regalarme una sonrisa encantadora que hace que me olvide de que estamos agachados recogiendo fruta en una postura ridícula.

—Tenía unas gestiones que hacer. ¿Y tú? ¿De compras por el pueblo?

Terminamos de guardarlo todo en las bolsas y él sostiene algunas para aligerarme la carga.

—Algo así. Tengo que preparar un menú degustación para el jueves.

—Ah, entonces es cierto lo de que Silvie quiere que los invitados terminemos con un coma diabético.

—Bueno, en realidad casi todas las bodas cuentan con varios postres a repartir —río entre dientes—. Solo que ella quiere que todos prueben de todo.

Bastian me mira con expresión jocosa y luego, bajando un poco la voz, añade:

—¿Y ya tienes a tu equipo de catadores? Porque debo confesarte que tengo un paladar… increíblemente exigente.

Hay un brillo travieso en sus ojos turquesas. El coqueteo es tan obvio que hasta Irene, con su radar de conquistas apagado, lo habría pillado.

—Siendo francés, no dudaba de que tuvieras muchas aptitudes gastronómicas —continúo con la broma, porque ir con el coqueteo de frente no es lo mío.

—Bueno, tampoco es que sea un experto, pero me defiendo. —Se encoge de hombros—. Aunque si necesitas poner a prueba mis aptitudes, podemos quedar algún día para remediarlo.

Habla como si cada palabra fuera una pieza de ajedrez que mueve con premeditación; disfruta del juego, mientras que yo lucho por no acabar como un gato recién salido de la lavadora, con un paraguas a punto de declararse en huelga y unas bolsas que pesan demasiado. Como si me leyera el pensamiento, da un paso al frente, aniquilando el espacio que nos separa, y se hace con el resto de las bolsas con una facilidad insultante.

—Por favor, deja que te ayude. No me gustaría que la pastelera estrella terminara herniada antes de la boda. Lo que les faltaba a los novios.

—Gracias —murmuro algo avergonzada.

—¿Volvías ya para el *château*?

—Sí.

—¿Dónde has aparcado? Te acompaño y te dejo esto en el maletero.

Alza un poco las bolsas, todas recogidas en la misma mano, como si no pesaran nada.

—N-no tengo coche. Vincent…

—Ah, ¿te ha traído él? —me interrumpe, y asiento—. Si quieres, puedo llevarte yo. Así no tienes que esperar aquí hasta que llegue. Además, iba a pasarme por allí de todos modos para charlar con Jacques.

Mi primer impulso es negarme mientras pienso en las reglas básicas de supervivencia femenina: cuidado con ir sola por la calle a oscuras, no lleves auriculares de noche y, por supuesto, no te montes en el coche de un desconocido, por muy guapo que sea. Pero acabo de salir de la crepería, ya me noto medio calada y me cuesta mantener la tiritona a raya. No quiero ni imaginarme cómo llegaré al *château* después de dos kilómetros de caminata. Lo último que le falta a mi racha de desgracias es pillar un resfriado que me complique el trabajo. Además, Bastian es el mejor amigo de Dominique y, mal que me pese, él es buena persona, tiene buen criterio. Así que, antes de darme cuenta, acepto.

El flamante Porsche negro hasta el que me conduce parece sacado de una revista. Bastian guarda las bolsas en el diminuto maletero y,

como todo un galán, me abre la puerta del copiloto y se pone al volante. Conduce por las estrechas calles de Locronan en un silencio que, para mi sorpresa, me resulta cómodo.

—¿Haces algo por Halloween? —me pregunta.

Yo me quedo perpleja unos instantes por lo aleatorio de su pregunta.

—No, la verdad es que no.

—Doy una fiesta. En una de las propiedades de mi familia, muy antigua y gótica. A la gente le da morbo, por eso de los fantasmas y demás. ¿Te apetece venir?

Titubeo, buscando la forma de rechazarlo sin sonar grosera. Me ha salvado de un aguacero, ha cargado mis bolsas, me lleva de vuelta al *château* ¿y ahora me invita a una fiesta privada?

—Será algo informal —añade al leer mis reticencias—. Deja que te compense por haberte tirado toda la fruta. Seguro que se ha chafado alguna y ahora te quedarás con la impresión de que los franceses somos unos brutos. Te demostraré que podemos ser todo lo contrario.

«Ya sé que los franceses podéis ser todo lo contrario», pero no es eso lo que digo, porque su tono de voz ha cambiado y se ha vuelto más sensual. Aun así, no termina de convencerme.

—Haz una cosa —insiste—, prepara algo rico y llévalo a la fiesta. Allí estará *la crème de la crème* francesa, y podrás impresionar a muchos niños ricos con todo ese talento que seguro que tienes.

—No me conoces, no sabes si trabajo bien o no.

—En eso tienes razón, pero tu fama te avala. —Lo miro confusa—. Jacques ha mencionado tu nombre en alguna que otra ocasión. Como yo, hay muchos otros deseando probar tus artes reposteras.

«A este paso, voy a tener que contratar a Jacques como relaciones públicas».

Lo contemplo mientras rumio la propuesta. Aunque no conozco a Bastian, lo que sugiere puede ser una buena oportunidad. Codearme con las altas esferas francesas podría suponer una muy necesitada publicidad de cara a cumplir mi sueño de abrir un obrador. Quiero estudiar con Chloé Cadeau porque la admiro, pero conseguir su beca es casi un imposible, tendría que impresionarla a todos los niveles, y la interminable lista de «casi» a mis espaldas pone en duda mi valía.

Tal vez sea una buena oportunidad para hacer contactos, darme a conocer entre personas que podrían convertirse en inversores hipotéticos. Si algo me ha demostrado la vida es que da muchas vueltas, y no puedo cerrarme ninguna puerta, no cuando yo no tengo unos padres que me vayan a sacar las castañas del fuego a golpe de talonario.

—Está bien —accedo—. Pero voy solo por trabajo.

La sonrisa de Bastian, tan dulce como melosa, me encandila durante unos segundos.

—Hecho. Ya conseguiré una cita en otro momento.

Al aparcar frente al *château*, me despido de él con un gesto cortés de la mano, sin dejar de darle vueltas al hecho de que pensar en una cita hipotética haya atraído de golpe la imagen de Dominique a mi mente.

9

Dom



Ya han pasado veinticuatro horas desde que dejé la casa de invitados y aún sigo con la extraña sensación de tener a Marián cerca. Escapé de allí sin despedirme, ya que trataba de esquivar el incómodo peso que se me instaló en el pecho tras nuestra última conversación en Locronan. Pero hasta yo sé que mi huida no ha servido de nada: se ha vuelto a colar en mi vida y ya no me la puedo sacar de la cabeza.

Dejo las llaves en el mueble de la entrada, me quito el abrigo húmedo y los zapatos y me agacho para saludar a Quasi, que me recibe con un maullido alegre. Se tumba y me ofrece la barriga, y yo me cuestiono, por millonésima vez, si tendré un perro en lugar de un gato.

Después de pasar la mañana en el gimnasio, porque el deporte me ayuda a pensar, he quedado con Théo para comer. Ahora que hemos recuperado el contacto, me apetece volver a verlo, sobre todo porque me ha recordado que siempre fue un gran amigo y que la paternidad no le impide tener vida propia. Que no dudara de

venirse con nosotros al hospital dice mucho de él, así que nos hemos acercado al Barrio Latino y hemos tomado algo rápido.

Me habría gustado que Bastian se sumara, porque salvo por la merienda, hace un par de semanas que no coincidimos.

—Me encantaría, pero no puedo, tío —me respondió cuando se lo propuse por teléfono.

—Nada como volver a la oficina, ¿eh? —bromeé.

Ambos vivimos en París, donde también está su despacho, y aunque nos tengamos cerca, a veces cuesta compaginar agendas, sobre todo teniendo en cuenta que se dedica al sector inmobiliario, uno que nunca descansa.

—Sí, algo así. —Lo noté distraído. De fondo, se oía el rumor de un motor—. Tengo una reunión importante esta tarde.

—Si quieres, cuando acabes, nos vemos para tomar una cerveza o algo.

Ahora que lo he expresado en voz alta dos veces, me apetece compartir mis inquietudes con mi mejor amigo, contarle mis dudas sobre si retirarme del deporte o no. Seguramente me diga que estoy dejándome llevar por el calentón del momento, pero es una conversación que no quiero mantener por teléfono.

—Eh… Tampoco puedo.

—¿Y eso? Estás ya por París, ¿verdad? —se me ocurrió preguntar, porque lo mismo todavía no había vuelto de Locronan.

—Sí, sí, es que tengo planes con una chica. Pero nos vemos en mi fiesta de Halloween, ¿no?

No me apetece nada socializar con desconocidos o con gente que ha alimentado el fuego mediático este tiempo, pero sé que a él le hace ilusión que vaya, por eso le dije que sí.

—¡Genial! Pues si no nos vemos antes, te veo en la fiesta. Tengo que dejarte, Dom, hablamos luego.

Cuando me colgó, avisé a Théo de que finalmente estaríamos solos. En el fondo, y aunque suene egoísta porque Bastian es mi mejor amigo, una parte de mí ha terminado agradeciendo su ausencia. Con Théo tengo otro tipo de confianza, una que habla de un pasado compartido de adolescentes, un tiempo en el que nos permitíamos ser idiotas sin tapujos y que va de la mano de una falta de vergüenza que con Bast… En fin, es diferente, porque nos conocimos cuando ambos éramos adultos y responsables, tras mis segundos Juegos.

Ya en mi despacho, me siento tras la mesa y abro el portátil. Me pongo al día con el correo, le echo un vistazo a un par de propuestas de colaboración muy descafeinadas que me ha pasado mi representante y acabo perdiendo el tiempo leyendo el periódico digital. Aún hay coletazos de algunas noticias de los pasados Juegos, sobre todo de aspectos relacionados con la cantidad de dinero que ha invertido Francia en las Olimpiadas, las estadísticas de beneficios de los locales y demás. Todo me manda de vuelta al kárate y, como sé que no me viene bien darle más vueltas, cierro la tapa del portátil y me reclino en la silla.

A la izquierda de la lamparita de mesa verde, el búho de cerámica me mira con sus ojos desorbitados. Ni siquiera sé por qué lo compré mientras Marián estaba distraída observando otra pieza. Tal vez lo hiciera porque sus ojillos me recordaron a los de ella. O simplemente porque le gustó y sentí el impulso de, después de esa paz que parecíamos haber firmado, atesorar una nimiedad de esa mañana que le habíamos robado a nuestro pasado.

—Qué idiota soy —suspiro, y me levanto con la mano enredada en mi pelo revuelto.

Si hace ocho años me hubieran dicho que ahora me encontraría en esta situación, con el lío tremendo que he montado con los patrocinadores y sin la mujer a la que tanto quería a mi lado, habría soltado una carcajada. Nada de lo que está sucediendo en mi vida este año encaja con el Dominique que ganó una plaza en sus primeros Juegos Olímpicos. Ya perdí a Marián, y que ahora me esté planteando perder todo lo demás…

Los problemas con la prensa llevan persiguiéndome desde que se filtró el maldito vídeo. El simple recuerdo me hace apretar los dientes. La situación me pilló por sorpresa, a mí y a todos. Es una vergüenza en cualquiera de los sentidos, y meses después sigo sin saber cómo solucionar el desastre en el que yo solito me metí. Pero sé que, pase lo que pase, lo merezco. Lo mínimo esperable sería que la Federación me diera la espalda, y una parte de mí casi que lo espera.

Las primeras semanas tras la filtración fueron un infierno. Los principales patrocinadores empezaron a retirarse como fichas de dominó, uno tras otro cayeron por su propio peso. Para ellos, el escándalo era la excusa perfecta para cortar las inversiones sin arruinar su imagen; los demás, en cambio, no se molestaron en disimular su rechazo. Hay quienes se niegan a responder a mis llamadas cuando antes se consideraban mis amigos, e incluso mi propio equipo me sugirió que diera un paso a un lado hasta que el escándalo «se calme». Pero eso no ha pasado, y precisamente por ello me estoy planteando tomar una decisión… definitiva.

Con cada nueva semana, salen más desgraciados de debajo de las piedras dispuestos a dar entrevistas que ponen en mi boca cosas que nunca he dicho. Todo por ganar un maldito minuto de gloria, por alimentar la rueda del sensacionalismo enfermizo que tanto odio.

Quasi se frota contra mis piernas y me inclino para acariciarlo justo cuando el móvil empieza a vibrar sobre la mesa. Mi primera reacción es tensarme, porque durante los últimos meses, las llamadas no me han traído nada bueno. Me digo que antes nunca le daba la espalda al peligro o al miedo, y que no debería empezar a hacerlo ahora. Ver el nombre de Silvie al darle la vuelta al móvil me supone un alivio. Aun así, dudo y considero la posibilidad de ignorarla, porque no me apetece hablar con nadie. Es el fin de semana movidito que ha tenido mi hermana lo que me lleva a descolgar. Como fan absoluta de las videollamadas, su rostro llena la pantalla y me dedica esa sonrisa radiante que tanto me recuerda a mamá.

—¡Dom!

—Silvie… —respondo, y relajo un poco el ceño—. ¿Qué tal Antoine? ¿Y tú?, ¿cómo lo llevas?

En su rostro se dibuja una sombra de tristeza que intenta disimular.

—Dentro de lo que cabe, estamos bien. Antoine necesitará tiempo y paciencia para recuperarse, nada más. Aunque él… Bueno, es un poco prisas y quiere correr antes que andar.

—¡Te he oído! —dice de fondo.

—Ya ha contactado con un cirujano plástico muy famoso en París —sigue ella como si nada.

—Pero si no han pasado ni dos días desde que se fracturó la nariz.

—¿No te acabo de decir que va tres pasos por delante?

Suelto una risa suave y me siento en la butaca en la que me gusta leer.

—El caso es que te llamo por eso. Ha conseguido cita con el cirujano el jueves.

—¿Necesita que lo lleve? No me importa acompañarlo.

—No. El favor me lo tienes que hacer a mí. —Deja escapar una risa pilla que me hace alzar la ceja—. Resulta que yo no lo sabía antes de hablar con Marian, y es el único hueco que tiene el cirujano, así que no quiere perdérsela por nada del mundo.

—Ajá…

—Y necesito alguien que me ayude con la prueba de degustación, que es el jueves también.

Ambos guardamos silencio.

—La prueba de degustación —repito, confundido.

No me gusta ni un pelo el rumbo que está tomando la conversación.

—Sí. Ya he cerrado una fecha, y Marian va a trabajar muy duro en esto. Se la veía tan ilusionada… No quiero andar mareándola por una nimiedad. Y necesito que alguien con criterio, y en quien confíe, me dé una opinión honesta. Aunque odie tener que decírtelo, eres mi única opción.

Me quedo pillado unos segundos en los que intento discernir entre si es un insulto o un halago. Después, reacciono.

—¿Y por qué no le pides ayuda a papá? —protesto masajeándome los ojos.

Con un padre que adora los dulces tanto como ella, esto me suena a excusa barata.

—Los gustos de papá son demasiado clásicos y anticuados. Y tú también conoces a Marian. Podrás darle un feedback más sincero que el que le daría cualquier otro. —Me trago la carcajada sarcástica que me nace—. Además, os iría bien limar asperezas. No sé qué pasó entre vosotros, pero os vais a tener que ver más veces. Y me gustaría que esa tensión que os rodea desapareciera antes de mi boda. Suficiente tengo ya como para que mi hermano se pase el día más importante de mi vida todo huraño y malhumorado.

Aunque tiene razón, eso no hace que sea más fácil aceptar. La posibilidad de volver a ver a Marián tan pronto me marea. En mi mente, aún resuenan sus palabras en el restaurante, su acusación de que la olvidé a la primera de cambio, cuando tardé cuatro años en quedarme en paz conmigo mismo.

—No estoy seguro de que sea buena idea.

Silvie junta las cejas y me mira con esa expresión que solo una hermana pequeña puede usar para hacerte sentir culpable sin pronunciar ni una palabra.

—No estoy diciendo que sea una buena idea. Solo te estoy pidiendo ayuda, Dom.

A lo largo de los años, Silvie ha aprendido a emplear sus propias armas, y sé que, si no le doy lo que pide, seguirá insistiendo hasta que se me agote la paciencia y acepte en un estado de enfado aún mayor.

—Está bien —suspiro—. ¿A qué hora tengo que estar allí?

Silvie esboza una sonrisa triunfal.

—Es el jueves a las cuatro, en el salón de los espejos del *château*. Solo tienes que aparecer con tu paladar listo y, si es posible, una

actitud positiva. Tampoco es mucho pedir, ¿no? —bromea para aligerar el ambiente.

—Me las ingeniaré para soportarlo —respondo en un tono desenfadado mucho más fingido que el suyo.

Cuando cuelgo, la inquietud me invade con más fuerza. Estoy acostumbrado a enfrentarme a mis rivales de cara, sin amilanarme, siendo uno con el autocontrol. Es algo innato que acompaña a las artes marciales. No obstante, Marián es mi rival más dura, mi talón de Aquiles, y siempre lo será.

Cuarto verano

Agosto de 2013

Retomar el trabajo temporal en verano significaba revivir momentos. Había pasado un año desde que me había besado con un chico por primera —y única— vez. Aunque para cualquiera habría sido un juego estúpido e infantil, para mí lo había supuesto todo. Y estaba a punto de reencontrarme con el dueño de los labios que me habían hechizado.

Solo con pensar en ello, el estómago se me llenaba de burbujitas. ¿Cómo sería el reencuentro? ¿Le daría importancia? ¿Se habría olvidado del beso? Silvie y yo habíamos mantenido el contacto, sobre todo para alimentar nuestra obsesión mutua por *Crepúsculo*, cuya adaptación cinematográfica ya había terminado, pero con Dom no había sido capaz. Cada vez que abría un chat con él, me temblaban tanto los dedos que terminaba por cerrarlo. Y ahí estaba yo, en la zona de piscinas del resort, intentando disimular la revolución en mi pecho mientras preparaba toallas y atendía a los clientes como si lo tuviera todo bajo control.

Durante el año, me había mantenido centrada en sacar el primer curso de bachillerato, porque era lo que se esperaba de mí. Mis profesores insistían en que tenía potencial, que podía llegar lejos si

me lo proponía. Sin embargo, cada clase me hacía sentir como si estuviera atrapada en un molde en el que yo no encajaba, sensación que desaparecía cuando me metía en la cocina, entre la vainilla, el chocolate y el azúcar glas. Pero la decisión en firme de apostar por ello todavía me quedaba grande, como que era algo demasiado definitivo. Por el momento, me conformaba con seguir ahorrando para ese sueño que estaba tan lejos.

—¡Marian!

Apenas tuve tiempo de reaccionar cuando un torbellino rubio me envolvió en un abrazo. Silvie irradiaba energía, y su perfume afrutado inundó mis sentidos mientras nos estrechábamos con fuerza, dando saltitos y chillándonos lo mucho que nos habíamos echado de menos y lo que nos alegrábamos de vernos.

En cuanto me solté de su abrazo de oso y volví a respirar, lo vi.

Dom estaba a unos pasos de distancia y nos observaba con una media sonrisa que le sentaba de maravilla, esa que tan bien recordaba y que me moría por besar. El corazón se me detuvo cuando nuestros ojos se encontraron.

—Hola, Marián —me saludó al acercarse a mí.

Su voz grave resonó entre mis costillas con un cosquilleo familiar.

—Dom —logré decir; tuve que esforzarme por mantener la compostura.

Se detuvo frente a mí, a medio paso de distancia, tan cerca que percibí su calor corporal con más intensidad que el del mismísimo sol. Sin dejar de mirarme a los ojos, se inclinó hacia mí y me dio dos besos, más lentos de lo protocolario, más cerca de las comisuras que cualquier otro. El mundo se desvaneció cuando su palma rozó la curva de mi cintura, e incluso con ropa de por medio consiguió

mandar una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Su aroma, una mezcla de su colonia y el aftershave, me envolvió y me dejó sin palabras.

Hasta que Silvie rompió la magia y, con su característica espontaneidad, me presentó a alguien que yo había ignorado por completo.

—Marian, esta es Monique.

Desvié la vista desde los magnéticos iris castaños de Dom hacia la chica que había permanecido en un segundo plano. Era alta, elegante, con una melena castaña que le caía en ondas perfectas y unos ojos oscuros delineados a la perfección. Sus labios eran gruesos y seductores y, al extender su mano hacia mí, me percaté de la manicura impecable y los anillos que adornaban sus dedos.

—*Enchanté*.

—*S-salut* —conseguí responder, porque era tan guapa que dolía mirarla—. ¿Es amiga tuya, Silvie?

Me volví hacia ella, quien soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Es la novia de Dom.

El sonido de mi corazón al romperse en mil pedazos podría haberse confundido con el estallido de una bomba nuclear, con el de un meteorito al impactar contra la Tierra. O, mejor aún, contra mi pecho, dejando un cráter abierto y supurante a su paso. Mi sonrisa se congeló y el mundo a mi alrededor perdió un poco de color. Todo lo que había imaginado, soñado durante un año entero, se derrumbó en un instante. Pero nadie podía saberlo. Nadie podía intuir que el chico que me gustaba acababa de atravesarme el pecho con una estaca.

Aquel turno se me hizo un infierno. Aunque Dom se mostraba tan reservado como siempre, Monique no. Ella era todo besos exagerados, risas estridentes y llamar la atención. Era… era… perfecta para Dom. Todo lo que se esperaría para el hijo de un multimillonario, deportista profesional y guapo a rabiar.

—Para ya —me dijo Irene. Devolví mi atención a ella, con las cejas fruncidas por la incomprensión—. Estoy escuchando tus pensamientos desde aquí. Córtalos. Y deja el peluche, que lo vas a destripar.

De un movimiento vigoroso, me arrebató el dragón que había estado estrujando. Al terminar mi turno, la había llamado y le había preguntado si podía pasar la noche con ella. No me apetecía quedarme sola en mi dormitorio, escuchando las conversaciones de papá y mamá, sus risas, cómo hacían una vida juntos cuando el chico que me gustaba me había partido el corazón y me tocaría verlo a diario con una muchacha maravillosa.

—¿Él te dijo algo? —me preguntó, acariciando el peluche para que la pelusilla fuera toda en la misma dirección.

Con un suspiro, negué con la cabeza. Clavé los ojos en los pósteres de la pared, de diferentes grupos de rock antiguo que ella amaba. El cuarto de Irene era un reflejo de su personalidad: paredes pintadas en un gris suave, una estantería llena de libros que yo la había instado a comprar, una colección de velas aromáticas casi intactas… La cama, impecable, estaba adornada con un edredón negro y cojines que contrastaban en blancos y grises. Lo único que hacía pensar que aquella chica fuera una adolescente de diecisiete años eran los peluches de su infancia que aún conservaba por cariño, igual que yo.

—No, solo me saludó como si… Como si fuera una más —murmuré, y sentí que el nudo en mi garganta se apretaba más.

Cerré los ojos y recordé su voz al saludarme, su palma anclada en mi cintura mientras me daba dos besos, la suavidad de su piel, el calor que irradiaba. Lo recordaba todo. Porque aunque fuera real, aunque los franceses también saludaran con dos besos a gente más cercana, nunca lo había visto demorarse tanto con Irene, ni con otros colegas o amigos. ¿Tanto me había obsesionado como para pensar que ese gesto había sido especial?

Irene suspiró y dejó el dragón en su sitio antes de clavar en mí sus ojos oscuros.

—A ver, seamos realistas. Esto iba a pasar tarde o temprano.

—¿El qué?

—Dom está buenísimo, y tiene diecinueve años. Lo raro es que no apareciera antes con alguien colgando del brazo.

Tenía razón, pero eso no hacía que doliera menos. Había pasado un año entero alimentando una idea en mi cabeza, recreando nuestro beso una y otra vez, imaginando cómo sería el reencuentro y volver a hablar con él. Jamás llegué a plantearme que pudiera aparecer con alguien más.

—Es de esos chicos que o los pescas, o se te escapan —añadió.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendrías que haberle dicho algo antes.

—¡¿Yo?! —La voz me salió una octava más aguda e Irene puso los ojos en blanco.

—Sí, tú. Si te gusta alguien, pues se lo dices.

—¡No es tan fácil!

Mi mejor amiga arqueó una ceja y me miró con cara de *bitch, please*.

Ella le había confesado a Silvie que le gustaba justo después de su magreo con público del año anterior, y ahora iban a pasar un verano de ensueño. Así que no me quedó más remedio que resoplar, refunfuñar y dejarme caer sobre la cama cual estrella de mar.

—No es lo mismo.

—Es verdad. Yo tuve que romper las barreras heteronormativas, tú no.

Le di un golpecito con el pie en las costillas y ella rio.

—No es eso. Es que él es tan mayor y tan… tan… Tan Dom que… agh.

Me tapé los ojos con un brazo, con las mejillas a punto de entrar en combustión. Irene silbó y se hizo un silencio de unos segundos.

—Estás pillada hasta las trancas, ¿eh?

Me incorporé de golpe y la fulminé con la mirada.

—Qué va. Me gusta. Solo un poco. Y ya está.

—Ya, a otra con ese cuento. Tú lo que estás es enamorada.

El corazón se me estrujó como una de esas pelotas antiestrés y temí que se me escapara por la boca y quedase más expuesto todavía. Lo que decía Irene era imposible.

—Nena, te gusta alguien cuando los ojos te hacen chiribitas al verlo, cuando piensas y suspiras por él pero puedes seguir con tu vida. Lo tuyo… Llevas pillada de él desde el primer día. De no ser así, no estarías montando semejante drama.

—Eso no es verdad.

—Lo que tú digas, pero vas a tener que hacer por olvidarlo.

—Es que… no puedo —admití—. Los veré juntos a diario en el hotel. Hoy, cada vez que los veía, era como si me arrancaran un pedacito de mí.

—Y luego dices que no estás pillada.

—¡Cállate!

La ataqué con el dragón de peluche, pero ella lo esquivó.

—Mira, ahora te duele porque dejas que te consuma, pero tú eres mucho más fuerte. Solo es un chico, Marián. Uno que, por cierto, no merece que te martirices así por él.

Quise discutir, pero no me salieron las palabras. En el fondo, sabía que tenía razón. Pero las emociones nunca seguían la vía lógica.

Si me paraba a analizar la escena en la que me encontraba, bien podría haber estado protagonizando un videoclip noventero: en biquini, recostada sobre la arena, con la brisa salada despeinándome y cara seria mientras contemplaba la inmensidad del Mediterráneo. Todo muy poético y estético si ignorábamos que a mi derecha, Silvie e Irene se estaban dando el lote como si fuera su último día en la tierra, cobijadas bajo una de sus toallas. Pero es que Dom y Monique, a mi izquierda, tampoco se quedaban cortos, aunque sudaban más del escándalo público.

Y ahí estaba yo, en to'l medio, como decimos en mi tierra, sola y hecha mierda.

Habíamos pasado una tarde estupenda, o al menos esa impresión daba desde fuera. Juegos, risas, chapuzones, todo muy idílico. Excepto por el pequeño detalle de que cada vez que giraba la cabeza, veía a Dom y a Monique pegados como lapas. Y lo peor era

que, a pesar de estar metiéndole la lengua hasta el esófago a otra, Dom aprovechaba cualquier descanso para mirarme. O sea, con disimulo, pero lo suficiente como para darme cuenta. Como si quisiera estudiar cada una de mis reacciones. Y eso, señoras y señores, no podía ser normal. De hecho, era enfermizo. Porque ¿para qué narices necesitaba saber Dom cómo me sentía yo mientras él y Monique se devoraban como tiburones en plena caza? ¿Quería que le aplaudiera y le vitoreara? ¿Una palmadita en la espalda? ¿O le hacía ilusión ver mi cara de sufrimiento en tiempo real?

Me sentía como la mayor imbécil del planeta por no conseguir olvidarlo. Habían pasado dos semanas desde mi charla motivacional con la mejor amiga que estaba alimentando mi nuevo cargo de sujetavelas y todo seguía igual o peor. Porque una parte de mí, esa ilusa y ridícula que todavía creía en señales del destino y en que las miradas significaban algo, pensaba que, en el fondo, Dom me veía de otra manera. Que esas atenciones especiales, esas sonrisas cómplices, esos momentos en los que parecía que el universo entero se desvanecía y solo quedábamos él y yo… significaban algo. Pero, claramente, lo único que significaban era que yo tenía una imaginación demasiado fértil y cero dignidad.

—Mierda… —murmuré, y cerré los ojos un momento.

Tal vez debería haber aceptado la propuesta de Antoine y Théo de acompañarlos a dar un paseo para dejar a los «tortolitos» solos. Pero estaba agotada de toda la semana de trabajo porque hacía más pasos de los que cualquiera podría contabilizar. Así que no, no me apetecía aumentar ese recuento semanal. Y no, tampoco había pensado en que la alternativa sería aquella, aunque no podía

culparlos. Éramos jóvenes y teníamos las hormonas revolucionadas. De haber tenido a Dom a mi alcance, me habría pasado el día sobándolo.

Mis ojos traicioneros se desviaron hacia él; tal era la fuerza de atracción que ejercía sobre mí que solo con pensarlo mi cuerpo reaccionaba. Y, por supuesto, ahí estaba Dom, mirándome mientras Monique recobraba el aliento con la cabeza apoyada sobre su pecho. Aunque me moría de ganas de apartar la vista, sobre todo al fijarme en cómo de hinchados tenía los labios, no lo hice. En su lugar, fruncí el ceño y le lancé mi mejor gesto de «¿Qué narices te pasa?». Él ni se inmutó. Solo me sostuvo la mirada unos segundos más antes de desinflarse con un suspiro hondo y clavar los ojos en el cielo, con el ceño mucho más fruncido que el mío.

Me daban ganas de gritar. O de lanzarle un puñado de arena a la cara. O, mejor aún, de olvidarme de que alguna vez existió. Pero, por desgracia, tenía diecisiete años, cero autocontrol y un corazón roto que, aunque intentara ignorarlo, latía por él.

Antoine y Théo me libraron de seguir pensando en eso, porque justo aparecieron arrastrando… ¿una boya? Me puse de pie y me protegí de los últimos rayos del sol con la mano para verlos mejor. Sí, traían una boya vieja, enorme y roja como si fuera un trofeo de caza.

—¿Y eso? —preguntó Irene con una ceja arqueada.

Oh, vaya, algo que conseguía arrancar su atención de Silvie durante unos minutos. La fulminé con la mirada del mismo modo que había hecho con Dom. Y ella, que me entendía mejor que nadie, se encogió de hombros y me devolvió un gesto que evidentemente

significaba: «¿Qué quieres que te diga?». No podía juzgarla, la verdad.

—La hemos encontrado por ahí —explicó Antoine en un tono que no auguraba nada bueno—. Unos chavales estaban jugando con ella, pero la han dejado abandonada.

—¿Jugando? —preguntó Silvie con desconfianza.

Théo y Antoine intercambiaron un vistazo travieso, como si estuvieran a punto de revelarnos un secreto. En lugar de responder, empezaron a cavar en la arena cual perro que enterraba un hueso hasta cubrir media boya. Théo se sacudió las manos y miró a su público con aire misterioso.

—Ahora veréis.

Tomó aire, se alejó unos metros y se preparó como si estuviera a punto de competir en los regionales de baloncesto, donde ya despuntaba. Entonces, echó a correr hacia la boya, saltó en el último momento y rebotó en la superficie de goma como si fuera un trampolín. La voltereta que dio en el aire fue tan impecable como su caída limpia sobre la arena. Hubo un segundo de silencio y de mandíbulas desencajadas antes de que todos estalláramos en gritos y aplausos.

—¡Ha sido brutal! —exclamó Irene.

—¡Otra, otra! —chilló Silvie entre aplausos.

Monique rio por la nariz y se puso los auriculares. Dom frunció el ceño al verla y la sonrisa de diversión que se había instalado en sus labios murió un poco, aunque desapareció por completo al darse cuenta de que yo la había visto comportarse como una estirada «demasiado mayor para esto». Le lancé una miradita cómplice y señalé a sus amigos con la cabeza, para alentarlo a que se uniera a

ellos. A Dom le encantaba el riesgo, no solo por ser karateka, que le ponía los niveles de adrenalina por las nubes, sino porque disfrutaba del vértigo de las pendientes cuando hacía snow, o de subirse a una tabla y conquistar las olas que llegaban al borde de la costa, casi sobre la arena, donde la caída podía ser tan peligrosa como mar adentro. A él le iban todas aquellas tonterías y, por muy dolida que estuviera con él, no podía permitir que se privara de ello.

En ese silencio que había aprendido a conquistar, él debió de entender todo lo que quise transmitirle, porque su sonrisa reapareció y se lanzó hacia sus amigos para probar distintos saltos con ellos.

Enseguida, la boya se convirtió en el nuevo centro de diversiones. Uno tras otro, los chicos comenzaron a turnarse para saltar sobre ella, cada cual intentando hacer acrobacias más arriesgadas y ridículas que el anterior. Entre carcajadas y gritos, parecían un grupo de niños de nueve años en lugar de jóvenes adultos en la flor de la vida, pero eso no impedía que atrajeran la atención de los pocos bañistas que quedaban por allí, e incluso del personal del resort. Se lo estaban pasando pipa, y ver su felicidad se contagiaba a mis propios labios.

Por primera vez en aquel agosto, me sentí en paz con la idea de estar con Dom y verlo disfrutar. Ya no empañado por lo que compartía con Monique y de lo que a mí se me privaba, sino porque era… era él. El mismo de siempre, que me permitía ser testigo de sus pedacitos de felicidad. Y con eso me bastaba.

Cuando la energía empezó a agotarse, el sudor ya les perlaba la piel y casi no se veía ni un pimiento. Théo nos miró a las chicas con gesto travieso.

—Venga, os toca a vosotras.

Irene y Silvie intercambiaron una mirada antes de responder al unísono:

—Paso.

Monique frunció el ceño cuando se percató de que la atención recaía sobre ella, se cruzó de brazos y resopló como si le hubieran pedido que limpiara cada grano de arena con un cepillo de dientes.

—Ni loca. Es una estupidez.

—Venga, es divertido —intentó convencerla Dom en tono seductor.

Pero ella ya había decidido que la conversación no era de su interés y anunció que se iba al hotel para ducharse y prepararse para la cena. Dom la observó marcharse con un poso de decepción en los ojos. En lugar de seguirla, como habría hecho cualquier otro pseudoadolescente enchochado y con ganas de mojar el churro, se giró hacia nosotros con una expresión que casi rozaba el alivio.

Por supuesto, nadie pensó en mí para participar. Estaba claro que yo no era de las que se apuntaban a juegos brutos. Mi relación balón-nariz bastaba como prueba y nadie se atrevía a objetar. Entonces sentí la mirada de Dom sobre mí. Por supuesto, él tampoco dijo nada, porque jamás me presionaba —al contrario, siempre buscaba mi comodidad—, pero si algo sabía de él era leer sus miradas. Y su expresión retadora hablaba por sí sola.

«A la mierda».

Antes de poder replanteármelo, me levanté y me sacudí la arena del culo.

—Voy yo.

Hubo un breve silencio de sorpresa antes de que Théo soltara una risa incrédula después de compartir un vistazo escéptico con Antoine.

—¿En serio?

—¿Algún problema? —repliqué, cruzada de brazos.

—¡Para nada! Es solo que… Bueno, no esperaba que tuvieras agallas.

Bufé y fingí que no me afectaba, aunque mis entrañas hacían breakdance de puro nervio. Y más que se revolucionaron cuando Dom atajó:

—Marián tiene agallas para lo que se proponga, así que cierra el pico, Théo.

Su comentario cortó el aire y nos dejó a todos lívidos. A mí, además, con las mejillas ardiendo. ¿Acababa de defenderme con ferocidad o también me lo había imaginado, como todo lo demás? Paseé la vista por mi alrededor y, a juzgar por la incredulidad de sus amigos, no, no me lo había imaginado. «Tierra, trágame».

Théo alzó las manos en un gesto tranquilizador y se disculpó conmigo, tan amable como siempre, aunque le encantara pincharnos. Le resté importancia y caminé por la arena batida para alejarme de la boya como quien sabe que le va a venir un toro por detrás en los Sanfermines. Sentía sus miradas clavadas en mí, y la maldita boya, lejos de hacerse más pequeña por la distancia, me parecía más grande con cada paso que daba. Me iba a matar.

Respiré hondo.

«Vale. No puede ser tan difícil. ¿No?».

Sin pensarlo más, corrí hacia ella con toda la determinación del mundo, salté y… por un momento, fui libre. Sentí la ingravidez, la emoción del vuelo, la adrenalina burbujeante en mis venas. El puro júbilo del aire agitando mi pelo al flotar por el espacio hacia delante y delante y delante…

Hasta que la gravedad decidió recordar que existía y ejerció toda su presión sobre mí. Resultado: me estampé contra la arena como si me hubiera tirado en plancha en una piscina. El golpe me sacó el aire de los pulmones y me quedé ahí tendida, bocabajo con arena en la boca y asimilando mi desgracia mientras los demás contenían la respiración.

Fue Antoine quien rompió el silencio:

—Creo que eso podría considerarse volar. Volar de verdad.

Y entonces estallaron las carcajadas.

Aún con la cara pegada a la arena e intentando ignorar la picazón del cuerpo, alargué una mano y levanté el dedo medio.

—Que os den a todos.

Mi mal humor y mi vergüenza, lejos de escarmentarlos, se convirtió en la gasolina de su diversión y empezaron a desternillarse. ¿Quién quiere enemigos teniendo amigos?

—¿Estás bien?

Por supuesto que Dom fue el primero en acercarse para ver cómo estaba. Cuando despegué la cara de la arena, lo encontré serio.

—Si digo que no, ¿olvidarán que esto ha pasado?

Al ver que seguía de una pieza, su gesto se relajó y esbozó una media sonrisa que podría haberme imaginado por culpa del golpe y de la oscuridad, pero que quise creer que era real.

—Si no se han olvidado del balonazo, ¿por qué crees que ignorarán esto, que además ha sido más divertido?

—¿Tú también?

Resoplé e hice el amago de ponerme en pie apoyada sobre las palmas, que me ardían por el planchazo. Había sido un golpe más

bochornoso que doloroso, las cosas como son. Aunque dolía, la arena no era tan dura como el agua, y menos mal.

Antes de darme cuenta siquiera, Dom me había agarrado por los hombros y casi que me había levantado él mismo. Al ponerme en pie, mi cuerpo quedó muy cerca del suyo, a esa distancia que debería estar prohibida para los amigos y reservarse para las parejas. Como él y Monique. Quise dar un paso atrás, pero sus manos en mis hombros me anclaron en el sitio.

Olvidada mi última pregunta, la mirada de Dom recayó sobre mi rostro con un embelesamiento que me cortó el aliento y se llevó mi vergüenza de golpe. Muy despacio, alzó una mano y, con gestos delicados, me retiró la arena de la cara, repasando cada una de mis facciones con una seriedad en la que me perdí. Por primera vez en todo ese verano, y sin luz siquiera, solo la que proveían la luna, las estrellas y las farolas del resort a mi espalda, volví a ver esas motitas verdes en medio del mar de caramelo de su mirada. Las había echado mucho de menos. Eran como gemas preciosas encerradas en ámbar, perfectas y tan inalcanzables que dolían.

—Ya estás. Perfecta —murmuró, y su aliento me calentó y erizó la piel con tanta fuerza que tuve que reprimir el contoneo placentero que me recorrió la columna.

No entendí a qué se refería hasta que me soltó y, tras seguir el rumbo de sus manos al dejarlas caer a ambos costados, las vi llenas de arena. La que me había sacudido de la cara, el cuello y los hombros. Y yo, embobada con esos ojos que embrujaban, me había perdido el contacto de sus manos —¡sus manos!— paseando por mi cuerpo. ¡¿Qué narices me pasaba?!

Enfadada, aturullada, avergonzada y todo el conjunto de emociones que una adolescente hormonada puede experimentar a la vez, murmuré un agradecimiento escueto y me alejé de él para empezar a recoger mis cosas y volver a casa.

Lo mirara por donde lo mirase, no, aquel no estaba siendo el mejor plan para olvidarme de Dom. Sino todo lo contrario.

El día había sido un asco. Los veranos eran matadores en casa y aquel agosto se había juntado con una sobrecarga de trabajo para todos, lo que había desembocado en un día de mierda para mí. ¡Yupi! Porque mientras mis amigos disfrutaban del sol, la playa y la vida en general, a mí me había tocado limpiar platos, fregar suelos, hacer la colada, sacudir el polvo y batallar contra un ejército de pelusas que, siendo sincera, estaban demasiado organizadas para mi gusto.

Aquella era la consecuencia de que mamá llevase dos semanas supliendo la baja de una compañera de trabajo —porque para qué iban a contratar a una sustituta— e hiciera turnos dobles en su empresa de limpieza, sumado a que todo estaba fallando en el hotel, que tampoco quería invertir demasiados recursos en hacer una reforma en condiciones en lugar de tapar agujeros. El resultado era que vivíamos en una pocilga y, aunque nadie me lo había pedido de forma expresa, sentía que le debía eso a mis padres: que pudieran habitar en un entorno mínimamente limpio.

Así que, cuando cayó la noche, estaba lista para ponerme guapa, pintarme los labios de un rojo vibrante y lanzarme a la fiesta con la

energía de alguien que necesitaba olvidar con desesperación que había pasado todo el día oliendo a lejía.

Llegué al hotel con las expectativas por las nubes solo para encontrarme con Silvie esperándome en recepción con cara de haber visto un fantasma.

—Dime que vamos a pasarlo de infarto esta noche, Silvie —le solté de inmediato con una mano en la cadera—. Necesito un cubata con todas mis fuerzas.

El paso de los dieciséis a los diecisiete había llegado de la mano de creerme mucho mayor de lo que era. Atrás habían quedado mis recelos por darle un par de sorbos a la cerveza y ya era toda una experta en lo que a beberse hasta el agua de los floreros se refería. Irene se metía conmigo y me decía que el beso de Dom me había espabilado, cosa que yo negaba. Ahora, con la perspectiva de la experiencia, sé que era mi modo de tratar de encajar en los estándares de la sociedad joven con más facilidad. Había terminado creyéndome que me gustaba beber.

—Vas a necesitar más de uno.

—¿Perdona?

Arrugué la nariz, y la diversión que había acompañado a mi primer comentario desapareció de un plumazo. Silvie pestañeó varias veces, intentando mantener su expresión facial bajo control.

—Ha habido un cambio de planes. —Se colocó a mi lado y entrelazó nuestros brazos para guiarme hasta los ascensores—. Esta noche nos quedamos en el resort, tenemos que mantener un perfil bajo.

—¿Cómo que perfil bajo? —Ella guardó silencio—. ¿Desde cuándo hacemos eso nosotros? ¿Y por qué hablas con si nos estuviera

persiguiendo la policía?

Silvie miró de un lado a otro antes de tirar de mí al interior del ascensor.

—En la terraza te cuento, pero confía en mí. Hoy no nos conviene salir.

Genial. Mi gran noche de evasión acababa de irse por el retrete y ni siquiera sabía por qué.

—Si esto tiene que ver con que Antoine y Théo le hicieran un calvo al de seguridad, te juro que los mato.

Mi amiga suspiró y me miró con una mezcla de diversión y resignación.

—Digamos que hay ciertos… individuos en la ciudad que están deseando vernos meter la pata.

—¿Ciertos individuos? —Arqueé una ceja—. Me estás asustando.

—No, no. —Silvie sacudió la cabeza y me agarró de los hombros para tranquilizarme—. No es tan grave. Solo que hoy nos quedamos aquí a pasar el rato. Ya verás, te gustará la terraza. Además, Dom también está.

Perfecto. Justo lo que necesitaba: más oportunidades de verlo acaramelado con Monique en un espacio privado en el que no hubiera otros ochocientos estímulos que me distrajeran de esa imagen.

—Estupendo —dije para intentar autoconvencerme—. Una noche relajada, sin líos, en un resort de lujo. ¿Qué puede salir mal?

Silvie me sonrió poco convencida. Quise insistir en qué pasaba, pero entonces el ascensor se abrió con un suave tintineo y me quedé sin tiempo. Lo primero que vi fueron las butacas de cuero blanco, de esas que parecen diseñadas para que solo se sienten

culos millonarios. La barra de bar tenía una iluminación sutil, lo justo para hacer brillar las botellas de licor alineadas en la vitrina. Un barman con chaleco negro y pajarita limpiaba un vaso demasiado concentrado para la tarea que estaba desempeñando.

Estábamos todos, la única que faltaba era Irene, que esa noche se había caído del plan porque sus padres habían insistido en que tenía que acompañarlos a una comida con unos amigos. Aunque siempre se escaqueaba de cualquier compromiso social con sus padres, porque prefería arrancarse los ojos de las cuencas antes que eso, le había tocado pasar por el aro para que no le dieran la patada y la lanzaran a vivir debajo de un puente. Algo con lo que don Fernando Ortega la había amenazado varias veces y de lo que lo veía muy capaz, todo fuera dicho.

En la esquina más apartada, las luces doradas acariciaban la figura de Dom y Monique, abrazados. Antoine y Théo, por su parte, jugaban a algo con fichas de póquer en una mesa de cristal, concentrados.

O fue así hasta que vieron el ascensor llegar y todos dejaron lo que estaban haciendo para quedarse en pausa, como pillados *in fraganti*. Monique apartó la cara de Dom justo a tiempo para verlo levantarse como un resorte y dirigirse hacia mí a grandes zancadas. Su expresión era seria, y mi instinto me dijo que aquello no era buena señal.

Miré a Silvie en busca de respuestas, pero ella solo me dedicó una mueca antes de dirigirse a la mesa de póquer, como si prefiriera endeudarse antes que lo que fuera que estaba a punto de suceder.

—¿Estás bien? —me preguntó Dom nada más llegar hasta mí.

Tenía el ceño fruncido, y sus ojos escanearon mi cara como si esperara ver algo concreto, aunque no supe qué.

—¿Sí…? ¿Por qué no iba a estarlo?

Dom se volvió hacia su hermana con un gesto molesto.

—¿Por qué no se lo has dicho? —le recriminó con la mandíbula tensa.

Silvie suspiró y alzó las manos en un gesto de «A mí no me mires».

—El trayecto en ascensor no ha sido demasiado largo que digamos.

Dom exhaló con frustración y se frotó los ojos. Era su tic cuando algo lo sacaba de quicio.

—¿Alguien puede decirme qué está pasando?

Su atención recayó de nuevo sobre mí y todo en él se dulcificó.

—Ven, te lo explicaré.

Con una delicadeza que me dejó temblando, plantó una mano en mi espalda, descubierta por el vestido de tiras que había elegido para el desfase de esa noche, y me condujo hasta la barra. Le lanzó un vistazo a Monique, quien puso los ojos en blanco y sacó el móvil del bolso, mucho más interesada en eso que en la conversación que yo pudiera mantener con su novio.

Lo admito, me ponía de los nervios que me considerase tan poca cosa como para no sentir ni un mínimo de celos por mí. Me había quedado clarísimo que Dom me había mandado de cabeza a la *friend zone*, y estaba trabajando en asumirlo, pero la indiferencia de Monique me retorcía las entrañas. Tampoco era de extrañar, porque ¿quién me iba a elegir a mí por encima de ella? Era guapísima, delgada, de piel tersa y pálida y lustroso pelo castaño ondulado.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó Dom.

—Según tu hermana, voy a necesitar más de una copa.

Él apretó la mandíbula de ese modo tan masculino y atractivo que me distrajo durante un par de segundos.

—Sí. ¿Vodka con limón?

Asentí, pidió por mí y me recosté contra la banqueta que tenía a mi lado para aliviar la carga sobre mis pies enfundados en tacones. Al trabajar en un resort de lujo, había visto —y oído, gracias a mi padre— muchas cosas, pero me seguía sorprendiendo vivirlas. Como que el barman me sirviera la copa sin cuestionarse mi edad —no aparentaba tener dieciocho ni de coña— solo porque estaba en un ambiente elitista en el que el «no» no entraba en su vocabulario. Allí, cualquier cosa estaba al alcance de los millonarios.

Me quedé mirando a Dom cuando su trago se dilató y se dilató y se dilató hasta que se bebió dos tercios de la copa del tirón. Al terminar, suspiró y tamborileó con los dedos sobre la barra. Molesta por ese nerviosismo nada propio en él, le coloqué la mano sobre el brazo y, al instante, sus dedos se detuvieron.

—¿Qué ha pasado, Dom? —pregunté con dulzura.

Sus ojos se clavaron en los míos y volvió a suspirar.

—Es mejor que te lo enseñe.

Se alejó de mí en dirección a la mesa de póquer, se hizo con el fajo de revistas y volvió conmigo. Cuando las dejó frente a mí con un golpe sordo, apenas me atreví a mirarlas. Tenía el corazón encogido en un puño, con la ansiedad por las nubes de repente. Despacio, mis ojos vagaron por la portada de la primera revista y se detuvieron en una fotografía borrosa, con el zum exagerado y de pésima calidad.

Una pareja joven. En bañador y biquini. Muy cerca. Demasiado. En un ángulo íntimo.

Mi cerebro se negó a procesarlo de inmediato. No podía ser. Pero cuanto más la miraba, cuanto más me fijaba en las siluetas, en la inclinación de la cabeza, en la forma en la que parecía que se estuvieran besando, más claro lo tenía.

Éramos nosotros. Dom y yo. Dos noches atrás, cuando lo de la boya.

El estómago se me encogió con tanta fuerza que temí vomitar.

—¿Qué…? ¿Qué es esto? —balbuceé con la garganta seca y levantando la revista con dedos temblorosos.

Dom no dijo nada. Solo me miró con los labios apretados en una línea.

Pasé las páginas con torpeza hasta encontrar el artículo completo. Había varias fotos de diferentes tamaños, casi formando un collage, en las que salían mis amigos. Théo y Antoine saltando a la boya, Silvie animándolos; a Irene, curiosamente, no habían conseguido inmortalizarla.

La fotografía preocupante era la de la cabecera, la prueba irrefutable de que mi vida iba a dar un vuelco gigantesco: Dom, con una mano en mi pelo mientras me limpiaba la arena de la cara; yo, con la cabeza ladeada y obnubilada, disfrutando demasiado de la caricia o de algo más, porque no se nos veía demasiado bien. Ávidos, mis ojos repasaron el artículo, y pronto me di cuenta de que era puro veneno sensacionalista:

«¿Quién es la misteriosa chica que ha conquistado a Dominique Beaumont? ¿Un nuevo romance de verano o algo más?».

«La desconocida que aspira alto para salir de la inmundicia, tal vez. Deseosa de vivir su propio cuento de hadas».

«El oportunismo siempre llama a la puerta, y Dominique Beaumont es uno de los jóvenes más cotizados del panorama internacional».

«¿Cuánto tardará en darse cuenta de que ese zapato de cristal no le vale?».

Con cada línea que repasaba, la respiración se me agitaba. Me ardía la cara de pura vergüenza. De rabia. De una mezcla terrible de ambas cosas. ¿Cómo habían conseguido las fotos? El resort estaba blindado, no había forma de que nadie de prensa entrara o saliera sin el estricto consentimiento de la dirección. Pero la playa… Joder. Frustrada, me pasé las manos por el pelo, desordenando las ondas que tantos minutos me había costado peinar.

—¡¿Qué significa esto?!

Dom suspiró, y casi como un reflejo mío, enterró los dedos en su cabellera. Tenía todo el cuerpo en tensión absoluta, al borde de romperse. Pero ya lo estaba haciendo yo por los dos, porque sabía cómo funcionaba el mundo mediático. En plena era de explosión de las redes sociales y de los medios de información, a la mañana siguiente habría llegado hasta a los titulares españoles. Ni siquiera me importaba cómo narices habían conseguido traer el montón de revistas francesas con tanta rapidez.

—Tranquila, Marián… Respira —me instó, con una calma que me desbordó.

—¡No me digas que me tranquilice!

No me importó atraer las miradas de todos nuestros amigos, porque aquello era muy grave. Atacada, deslicé la revista a un lado y

ahí estaba la portada de la siguiente, con la misma puñetera foto. Y otra revista del corazón, y otra, y otra. Y todas tenían en común lo mismo: la especulación y las hipótesis sobre mí. Algunas se mostraban más sutiles y diplomáticas, pero la mayoría eran brutalmente ofensivas. En una, había un montaje con fotos de Dom con otras chicas en eventos anteriores, como si yo fuera un número más en su historial de conquistas. Y lo parecía, joder que si lo parecía. Todas ellas me dolieron como una puñalada en el pecho y, durante una fracción de segundo, hasta yo misma me creí aquella mierda sensacionalista.

Me iba a dar algo.

—Dios, no me lo puedo creer… —murmuré al sentir las primeras punzadas de las lágrimas en los ojos. Tragué saliva con fuerza; no iba a llorar.

—Marián… —Dom intentó añadir algo más, pero lo corté con un gesto de la mano.

—¿Cómo ha pasado esto? —exigí saber.

—Paparazzi. Siempre están al acecho.

Su tono me dio a entender que no era la primera vez que le pasaba algo así. Yo no era de las que veían las noticias ni de las que leían los periódicos. Lo bombardeaban todo con morbo, primicias catastróficas y desgracias ajenas que me afectaban demasiado, así que vivía en la inopia. Y tal vez en aquel momento eso fuera a pasarme factura de la peor forma posible.

—Genial. ¡Maravilloso! —exclamé, sarcástica—. O sea que ahora soy un personaje más en tu culebrón de ligues de verano. ¡Qué ilusión, Dom, de verdad! ¡Gracias!

Él me sostuvo la mirada sin inmutarse.

—¿Y qué culpa tengo yo?

—¡No lo sé! ¡Tal vez, si te centraras más en tu novia en lugar de pasarte el puñetero día pendiente de mí, no habría pasado nada de esto!

Su rostro se desfiguró como si hubiera recibido un puñetazo en toda la tráquea y, aunque me sentí mal, no fue lo suficiente. Porque era mi cara la que se intuía en esas revistas —y estaba segura de que ahora los paparazzi buscarían un primer plano completo— y ni siquiera tenía el gusto de ser la conquista veraniega de Dom de verdad. El estómago se me retorció con mucha más fuerza, hasta que sentí la bilis en la garganta. Yo no quería ser su conquista veraniega, quería serlo todo, y durante un momento fugaz me alegré de no ser nada, en realidad.

—Sé que esto es una mierda, pero estamos trabajando en ello para controlar el mensaje.

—¿Controlar el mensaje? —Me reí sin pizca de humor—. Dom, ya me han tachado de cazafortunas, de ligue pasajero y de oportunista. Si ese es vuestro control, hacéis un trabajo de pena.

—No seas cruel.

—¡Es mi vida, Dom! Yo no soy el tipo de chica que sale en revistas de cotilleo con multimillonarios franceses. ¡No sé ni qué hacer con todo esto!

La desesperación me golpeó de lleno. Estaba atrapada en algo cuya magnitud intuía, pero no comprendía del todo; en un mundo que no era el mío, con unas reglas que desconocía y, por si fuera poco, con el corazón hecho añicos porque la persona de la que estaba enamorada ni siquiera se había dado cuenta de lo profundo que me tocaba aquello.

Dom me observó en silencio, como si estuviera sopesando cómo hablarme. Y eso también me dolió.

—Mi padre y su equipo están trabajando para controlar la narrativa. La de las fotos no eres tú, es Monique —añadió cuando vio que lo iba a interrumpir. Parpadeé varias veces, sin comprender, y miré a su novia, aún apoltronada en el sofá—. Es ella —repitió—, que ha venido de vacaciones con la familia porque es mi novia oficial. Es de familia adinerada, está acostumbrada a esto, y no le importa transformar el relato porque… Joder, porque sí que podríamos ser nosotros si los puñeteros periodistas hubieran pasado por ahí una hora antes. Además, quiere ser modelo, y esta prensa le irá bien.

Pues claro que quería ser modelo.

—Nadie se lo va a tragar —murmuré con el pecho encogido, y no sabía por qué.

Aquello era una salida, aunque dudaba que fuese a funcionar. ¿Por qué me dolía, entonces?, ¿porque me alejaba de la fantasía de ser la novia de Dom? ¿Tan enferma estaba?

—Se lo van a tragar porque mañana se habrán «filtrado» algunas fotos y selfis nuestros muy… cariñosos. No quedará ninguna duda de que la chica de estas fotos es ella. De espaldas, os parecéis.

«Porque de frente no, claro».

Una bofetada me habría dolido menos, pero era mi orgullo el que hablaba. Dom, más tranquilo al ser consciente de lo mucho que me estaba costando contener las lágrimas, dio un paso hacia mí y me agarró la cara. Contuve la respiración y me concentré en él por completo, de modo que solo existiéramos nosotros. Sus ojos

vibraban con intensidad, nerviosos. En el fondo, estaba tan alterado o más que yo, pero él tenía un control envidiable.

—Se solucionará. Ya lo verás.

—No puedes saberlo —murmuré con la voz temblorosa.

—Confía en mí —susurró. Sus palabras me rozaron las pestañas con la misma calidez con la que sus manos me templaban la piel—. Jamás dejaría que te hicieran daño, Marián.

En aquel momento, con el miedo un poco más despejado por la promesa de que su padre se encargaría de ello, lo sentí como si el destino quedara sellado. Porque lo había pronunciado con la misma determinación que quien sentencia que el cielo es azul. Puro convencimiento. Y con él, eso me hacía sentir a salvo.

10

Marián



Jueves, 31 de octubre de 2024

Si me preguntaran qué he hecho los últimos dos días, sinceramente, no sabría qué responder. Sé que he estado trabajando. Y… trabajando. Ah, y trabajando también. Supongo que en algún momento me habré alimentado e hidratado, porque no me he muerto. Aunque creo que ni siquiera me he duchado. Bueno, esta mañana ya sí, porque tengo la prueba con Silvie y hay que dar buena imagen. Pero ¿antes? He dedicado cada segundo de mi tiempo a perfeccionar las muestras y me he privado hasta del sueño.

Parte de la culpa también la tiene la época de Halloween, que siempre requiere de creación de contenido muy elaborado para mi canal de YouTube y redes sociales. Al menos solo he tenido que trabajar en las miniaturas de los vídeos y editar. Solo.

Fue anoche, al programar el contenido para Instagram, cuando vi que Le Cygne Rouge, la crepería en la que estuve el lunes, había empezado a seguirme. Me resultó entrañable que solo tuvieran ciento treinta y siete seguidores, así que seguí la cuenta y subí la

foto que hice de la merienda a mis stories para recomendar el local. Tengo que encontrar un huequito para pasarme por allí otra vez. Si sobrevivo a la prueba de hoy, que con los nervios que llevo encima, no lo tengo tan claro.

Al llegar al salón de los espejos del *château* —no sin perderme y tener que preguntar el camino tres veces—, me encuentro con una mesa pulcramente dispuesta para la prueba de degustación, con bandejas de cristal y cubertería de plata que reflejan las luces de la estancia y le dan al ambiente un toque de opulencia que me intimida un poco. Tal y como su nombre indica, la sala de paredes de espejos parece infinita con sus múltiples reflejos. ¿Qué significa esto en realidad? Que si la cago, podré verme desde todos los ángulos y en alta definición. Y si ya de por sí enfrentarme a mi reflejo me cuesta su esfuerzo la mayoría de los días, ser testigo de mis propios nervios me hace estremecerme más todavía. Al menos, espero que el atuendo negro y el moño tenso que me he hecho basten para engañarnos a todos.

Con manos temblorosas, sirvo la mesa y le doy las últimas pinceladas a mis creaciones con la mente puesta en impresionar a la pareja, en bordarlo en un trabajo en el que tengo plena confianza. He demostrado, a base de perseverancia e ingenio, que la repostería se me da bien. Y no solo por los cientos de miles de seguidores que tengo en redes sociales, sino por la confianza que el equipo de directivos del Marbella Paradise Resort depositó en mí. Trabajar para Silvie y Antoine debería ser mucho más fácil que demostrar, a diario, que el Rincón Francés del resort merece la pena y que no es un coladero de dinero.

Unas pisadas enérgicas y familiares me hacen levantar la vista. Silvie entra con su habitual sonrisa chispeante, ataviada con un precioso vestido color vino. Detrás de ella, aparece un hombre algo más alto, de lustroso cabello rubio peinado de un modo desenfadado y porte serio: Dominique.

En cuanto mis ojos se encuentran con los suyos, mi interior se sacude como en un terremoto. Me quedo paralizada unos segundos, sin saber cómo reaccionar.

—Antoine no ha podido venir —me explica Silvie al ver mi mirada de horror.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, no te preocupes. Tenía una cita con un cirujano plástico muy prestigioso y no quería anularla. —Leo cierto resentimiento, pero no me da tiempo a decirle que es demasiado pronto para eso, porque añade—: Además, con todos los analgésicos, tampoco sería capaz de distinguir un *pain au chocolat* de un *croissant* —bromea—. Así que Dom, como el mejor hermano del mundo que es, lo sustituye.

Silvie le da un golpecito cariñoso en el brazo a Dominique, quien parece más interesado en las molduras del techo que en mí.

—Claro, sin problema —respondo, luchando por disimular el nerviosismo que su presencia ha prendido en mi interior.

Ajena a mi embobamiento con su hermano, Silvie toma asiento sin dejar de parlotear. Dominique parece volver en sí y se sienta junto a ella. Al igual que yo, él no logra apartar su atención de mí, aunque las risas de Silvie y su emoción lo copen todo. Es como si entre ambos se hubiera instalado una burbuja, cada vez más grande, que engulle todo lo que nos rodea.

Durante un instante, tan solo existimos Dominique y yo. Después de ocho años separados y sumidos en el mayor de los mutismos, este se me antoja el verdadero encuentro entre ambos. Y no porque su aparición haya sido más esperada que cuando salió del baño medio desnudo, sino porque ya hemos hablado. Ya hemos recordado que el otro existe, por mucho que yo no lo hubiera olvidado; y he rememorado qué se siente al tenerlo cerca, al percibir su calor corporal, su fragancia personal.

De repente, Dom ha invadido todos mis sentidos, así como mi mente, y se ha convertido en un sueño del que no quiero despertar.

Pero tengo que hacerlo.

Ambos apartamos la vista al mismo tiempo y nos centramos en Silvie, la protagonista absoluta. Porque todo esto trata de ella, y no de nosotros. Nunca será sobre nosotros.

Respiro hondo, decidida a que nada me distraiga, y me mentalizo para comenzar con la presentación. De pie a su lado, como buena profesional, destapo la primera campana.

—Lo primero que me gustaría que probarais es este milhojas de mango y jengibre con una reducción de maracuyá —explico mientras coloco delante de ellos los primeros platos.

Cada capa es un poema: dulce, ácido, atrevido. Como los sabores iniciales de la anterior muestra ya le gustaron, he querido mantener la esencia, y parece que he acertado, porque Silvie prueba un bocado y sus ojos se iluminan casi al instante, como si se le acabaran de abrir las puertas del cielo.

—¡Marian! Es… —Hace un sonidito de puro gusto que es música para mis oídos—. Es maravilloso. Me encanta la frescura que aporta el mango a la crema pastelera. ¡Es como comerse el verano!

Su entusiasmo se convierte en un sol que, entre los nubarrones del cielo, ilumina el salón por completo. Dominique, a su lado, no comparte la misma reacción. Tras una breve pausa, frunce el ceño y se inclina hacia el plato para tomar otro bocado. Mis ojos —miserables y traicioneros— se desvían hacia los mechones rebeldes que le acarician la frente y le dan un aire seductor.

«¡Céntrate!».

—Está bien —conviene—. Pero ¿no crees que el jengibre puede ser un poco fuerte para algunas personas? Podría opacar el sabor del mango si no lo usas en la cantidad adecuada.

Incluso sin acritud en su tono, la crítica me golpea como una bofetada. Prefiero mil veces que juzguen mi apariencia antes que mi trabajo.

—Probé varias combinaciones antes de decantarme por esta —respondo con una tirantez que espero que no delate mis ganas de hacer que se trague la bandeja. No miento: encontrar frutas tropicales en este pueblo fue un logro digno de avistar unicornios—. La idea era darle un toque exótico, algo que sorprenda pero sin llegar a ser invasivo.

Silvie le lanza una mirada de advertencia a Dominique, quizá por temor a una discusión. Pero él se limita a encogerse de hombros y a recostarse sobre el asiento con una expresión que grita: «Solo es mi opinión». Esa actitud me enerva más que el comentario en sí.

Paso al segundo postre, deseando con todas mis fuerzas que este karateka bruto y con un paladar muy cuestionable no encuentre nada más que criticar.

—Esta es mi versión moderna de una tarta Tatin —les sirvo unas tartaletas individuales de manzana caramelizada y mantequilla

salada, acompañadas de un crujiente de avellanas y helado de sidra.

El segundo plato consigue arrancarle un suspirito a Silvie, quien se lleva una cucharada a la boca y asiente repetidamente.

«¡Aprende de ella, idiota!», le digo a Dominique con la mirada. Él pilla el mensaje, porque enarca una ceja y en sus labios se perfila una sonrisa de medio lado minúscula.

—¡Espectacular! —aplaude ella—. Sabe a hogar, a calidez… ¡Me encanta! —Se gira hacia su hermano con expectación—. ¿A que es perfecto?

Él, sin embargo, sigue concentrado en el postre de una manera que me resulta exasperante. Se lleva una nueva cucharada a la boca y se toma unos instantes antes de hacer su aportación.

—Está delicioso, la verdad —admite con amabilidad y el corazón me da un vuelco—. Pero creo que le falta un algo a la textura. —«¿Un algo?»—. La manzana es suave y el crujiente ayuda, pero si el helado fuera más denso, quizá contrastaría mejor.

Aprieto los puños y automáticamente me veo obligada a relajarlos. ¿Por qué me duelen tanto sus apuntes? Estoy acostumbrada a la cadena de mando, a que me digan qué hacer y qué no, qué funcionaría y qué espantaría a la clientela. Dedicarme a la repostería significa aceptar críticas, pero las de Dominique vienen con un extra de irritación que no puedo ignorar. Tal vez sea culpa de los tres cafés que me he tomado ya. O que él se está pasando de la raya. O incluso que, por nuestro pasado, no le admito ningún reproche. Aunque intente dulcificarlo con apuntes agradables, siento que hay un soniquete de crítica y burla detrás de sus palabras.

—Esta versión está pensada para ser ligera —respondo, centrada en Silvie. Si hago como si no existiera, igual que ha hecho él estos

años, será más fácil—. No quería que el postre resultara pesado. Aun así, tomaré nota de las sugerencias.

—Es fantástico, Marian —intercede Silvie, conciliadora—. Lo que más me gusta de estos postres es que son únicos, y me encantaría que mantuvieran ese toque innovador. Pero, como comenta Dom, no creo que añadirle consistencia al helado sea mala idea. ¿Podrías preparar otra versión para comparar?

—Claro, haré un par de modificaciones y te presentaré una nueva versión la semana que viene —concedo, intentando sonar diplomática.

Paso al último dulce y rezo para que sea el éxito indiscutible que necesito.

—Este es una reinterpretación de la tarta ópera —presento la pieza con orgullo. He trabajado muchísimo en este postre porque quería hacerle justicia al clásico francés, pero con un toque moderno —. Lleva mousse de chocolate amargo con una capa de almendra, crema de pistacho y un toque de ralladura de limón.

Silvie se inclina hacia el plato, intrigada. Servir un postre típico francés de manos españolas es una apuesta, pero a mí me gusta el riesgo en cuanto a repostería se refiere. Tras probar un bocado y cerrar los ojos, Silvie esboza la sonrisa más ancha posible.

—No tengo palabras. ¡Es una delicia! Sabe a algo clásico, pero tiene esa chispa… —Se aturulla—. Me encanta la combinación de pistacho y chocolate, y a papá también le gustará, ¡es perfecto!

Ese es el motivo principal por el que he combinado los dos sabores, porque sé lo mucho que Jacques ama los *éclairs* de chocolate y pistacho. Silvie me regala una mirada aprobatoria, y casi

consigue que el cansancio de los últimos días se desvanezca. Tenía que llegar Dominique, con su rostro serio, para engullir mi felicidad.

—Es excelente —admite. Si de sus labios sale otro «pero», lo estrangulo—. Pero me pregunto si el cítrico no compite demasiado con el pistacho. Tal vez podrías reducir un poco la ralladura de limón para que el chocolate tenga más protagonismo.

«Adiós a mi sueño francés, adiós, monsieur Beaumont, un placer haberlo conocido. Después de estrangular a su hijo, no querrá saber nada más de mí».

Me tiemblan los labios y tengo que inspirar hondo para controlar el tic del ojo. He elegido el toque de limón precisamente para darle un contraste cítrico, algo que equilibre la intensidad del chocolate y resalte los otros sabores. Es evidente que él no tiene ni idea de armonía culinaria.

—Es una cuestión de gustos —replico, en un tono que probablemente denota mi frustración—. A muchos les agrada ese toque ácido para cortar un poco el dulzor. Es evidente que a ti no, no pasa nada.

Dominique me observa con expresión neutra, como si quisiera retarme a una discusión más profunda. Ha entendido a la perfección que él es el toque ácido en esta conversación y yo, el dulzor.

—¡Perfecto! —interviene Silvie, lo que despeja por un momento los nubarrones de mi mente—. ¿Qué te parece si programamos otra prueba con todas las sugerencias de Dominique? Así tenemos con qué comparar.

Silvie nos mira a ambos, con una sonrisa que está claro que busca restar tensión. Tomo aire una vez más, a sabiendas de que me toca claudicar. Porque en estas esferas, el cliente siempre tiene la razón.

—Claro, haré algunos cambios —concedo, rígida a más no poder.

Terminamos la degustación con una taza de té. Agradezco sentarme después del mal trago de pie, pero lo que quiero en realidad es huir a la casita de invitados y lamerme las heridas durante un buen rato. Acompañada del enorme bote de helado de chocolate que compré el lunes por la tarde, a ser posible. En su lugar, tengo que quedarme aquí, mientras Silvie elogia mis postres y mi talento; insiste en lo encantada que está con la decisión de contar con mis manos, y a mí me toca hacer como si mirar a Dominique no me diera ganas de darle un collejón. Ella está segura de que los invitados quedarán maravillados por mi trabajo. Yo, no obstante, después de la disección de Dominique, no lo estoy tanto.

11

Marián



La noche del jueves termina convirtiéndose en la perfecta para celebrar Halloween: con una cortina de nubes negras, la lluvia repiqueteando contra las ventanas y, en la lejanía, los truenos amenazando con partir en dos Locronan.

Ayer, aprovechando un paréntesis diplomático de la lluvia y con la necesidad de despejar los nervios previos a la prueba de hoy, salí a dar un paseo por los jardines de lavanda. La sorpresa me la llevé al volver a la casa y toparme con una invitación bajo la puerta. La tarjeta, tan elegante y detallada como cabría esperar en alguien que se codea con *la crème de la crème*, incluía la dirección y la hora de la fiesta de Bastian.

Así que aquí estoy ahora, malhumorada y sin ganas de nada por culpa de la prueba, tras reinventarme como vampira con los cuatro trapos que traje. El resultado: blusa de encaje negro, falda ajustada y botas altas que gritan «sofisticada y peligrosa».

Antes de salir, no obstante, debo reunirme con mi equipo de apoyo.

—¡Mira, Mar-mar, mira! —dice Sofía con entusiasmo desde la pantalla del móvil, su carita pintada con tonos verdes, un gorro puntiagudo y una verruga muy falsa en la nariz—. ¡Soy la bruja piruja!

—¡¡Ah!! ¡Qué susto! —Me llevo las manos al pecho para acompañar el gesto. Aunque las risas posteriores son genuinas, también lo es la tristeza que me embarga al darme cuenta de que es el primer Halloween de Sofía que me pierdo—. ¿Y tú de qué vas?

Sofía salta del regazo de su madre y no veo lo que hace, pero mi mejor amiga tiene que respirar hondo para armarse de paciencia. Irene va vestida con una camiseta negra de Bring Me The Horizon, vaqueros rotos y un toque extra de delineador que grita: «Hoy no tengo el chichi pa farolillos».

—De mamá macarra, lista para repartir calabazas —declara, con esa sonrisa torcida que te hace pensar que lo dice en serio.

—Estoy convencida de que con esa pedazo de sonrisa —ironizo— esta noche ligas.

Ella bufa y pone los ojos en blanco.

—La que va a ligar eres tú. Estás de infarto, nena.

Mis ojos se desvían hacia mi imagen en la pantalla. El ahumado en tonos negros ha quedado mejor de lo esperado; hace que mis ojos parezcan más fieros y seductores, en lugar de simplones por su tono marrón. Y para qué mentirnos, el rojo de mis labios invita al beso. Desde la comisura, cae un reguero bermellón que pretende convertirme en vampira.

—No tengo ninguna intención de ligar —replico, convencida.

—Nunca tienes intenciones de ligar, pero termina pasando. —Sofía se lanza en plancha sobre su madre y esta suelta el aire de golpe.

No le queda más remedio que gestionar la embestida del huracán de su hija como puede—. Déjate llevar, Marián. Estás en Francia viviendo las primeras fases de tu sueño. Haz que sea memorable. Además, un polvo no te vendría mal para olvidarte del Señor Palo Metido por el Culo.

Cuando esta tarde le he contado las críticas de Dominique, se ha puesto hecha una furia, el tipo de consuelo que necesitaba. En cuanto las aguas se calmen, seguro que volverá a sacar el tema y aplicará su psicología de madre conmigo para decirme que me lo tomé demasiado a la tremenda. Pero necesitaba sangre, y ella me la ha sabido dar.

—¿Como los polvos de Campanilla? —interviene Sofía, emocionada.

Suelto una carcajada y el rostro de Irene, siempre serio, se dulcifica al mirar a su hija.

—Exacto, polvo de hada, cariño.

Le retira el pelo de la frente y le planta un sonoro beso con el que se mancha los morros de verde.

Tras varios minutos de charla, mi disgusto se aligera y me enfrento al nuevo reto con aires renovados. Salgo de la casita de invitados con una bandeja en la mano y el bolso lleno de tarjetas de contacto que pretendo repartir como *flyers* de publicidad. Al otro lado de la puerta, Vincent aguarda en el coche, con su sombría paciencia de siempre.

El trayecto es corto pero envolvente, y la campiña francesa se torna más y más tenebrosa según nos alejamos de la civilización. Aunque no distingo mucho al otro lado de la ventana, intuyo el espeso bosque que atravesamos, con ramas densas que amenazan

con invadir la carretera. Y ahí, al final del camino, se encuentra mi destino.

—No me jodas… —murmuro en mi idioma natal, mientras Vincent aminora para dejarme en la entrada del recinto de una puñetera capilla cristiana.

Está decorada con telarañas de pega, tétricas no por su realismo, sino porque están empapadas. La fachada, recargada y con múltiples ventanas, parece llorar de lo calada que está. Bajo del coche obnubilada. Gracias a los focos que han instalado, distingo que más allá hay un pequeño cementerio, con sus cruces en piedra porosa cargadas de musgo.

Es el lugar perfecto para rodar una peli de terror, no me cabe duda.

Vincent, que se ha ofrecido a recogerme cuando quiera, se marcha y me deja sola, engullida por la oscuridad.

Por un momento, me planteo si lo que Bastian ha organizado será sacrilegio. ¿Correrse una juerga en un lugar santo? Nada bueno puede salir de esto, y que los fantasmas nos ataquen sería lo menos que nos mereceríamos. Francamente, considerando mi racha de mala suerte, mejor caliento motores para recibir algún susto.

El rumor de la música me alcanza antes de cruzar el umbral, acompañado de destellos de luces y sombras de cuerpos bailando. Nada más entrar, un tipo con aspecto de haber salido de una peli de Tim Burton me pide el paraguas y el abrigo y los guarda en no sé dónde, dejándome con el bolso y la bandeja como únicas armas. Cada rincón del lugar está decorado con esmero. La iluminación es tenue, con candelabros góticos cargados de velas que aportan muy poca seguridad de cara a la piromanía. De las ventanas cuelgan

lustrosas cortinas de terciopelo rojo oscuro, y los cuadros típicos con pasajes bíblicos han quedado sustituidos por retratos de aspecto muy chungo. Da mal rollo y, al mismo tiempo, la euforia propia del morbo de lo prohibido hace que te pegue un subidón muy raro.

La planta diáfana permite verlo todo: la pista de baile en el centro, el catering contra las paredes, algunos de los bancos de la capilla retirados a un lado. Entre los invitados, las máscaras y los disfraces convierten el ambiente en algo mucho más misterioso, como si de un salón de baile de época se tratara.

—¡Marian! —La voz de Bastian atraviesa el barullo y, al darme la vuelta, me topo con él de frente. Va tan impecable como el lunes, solo que esta vez en lugar de representar a un exitoso ejecutivo, va de vampiro, con capa y chaleco negro—. Vamos a juego.

Al llegar hasta mí me planta un beso más largo de lo normal en la mejilla. Con la cercanía de su cuerpo, su fragancia a aftershave me inunda los sentidos y retuerce un nudo cosquilleante en mi bajo vientre. Porque es el mismo que usa Dom. Y aun así, no huele igual de bien que él.

—Voy a juego contigo y con otras veinte personas más, por lo menos —respondo en un francés tembloroso por los nervios.

Bastian es de esos hombres cuya belleza te intimida, y que yo sea objeto de su atención me pone como un flan.

—Ya, pero ninguno tan guapo como yo —me susurra al oído. Antes de que mi cerebro se derrita del todo, señala la bandeja—. ¿Al final has preparado algo?

—Sí, pero no es nada del otro mundo.

—Seguro que está de muerte. —Algo en su forma de pronunciarlo, de mirarme, de mordisquearse el labio inferior, me hace pensar que

tal vez se refiera a mí. Pero seguro que es una alucinación—. Ven, déjala aquí.

Me toma por el codo con delicadeza y me conduce entre la marea humana hasta una mesa, donde le pide al del catering que le haga hueco a la bandeja. En cuanto destapo el contenido, frunce el ceño.

—¿Cookies de chocolate?

Su timbre suena cargado de esa sorpresa que está a medio camino entre la buena y la mala.

—S-sí. —De repente, mi idea de hacer algo sencillo ya no me parece tan brillante—. Imaginé que habría alcohol de por medio, y los borrachos no tienen un paladar demasiado exquisito.

Después de haberme pasado dos días entre recetas creativas, ideando e imaginando un menú que ha resultado ser de todo menos perfecto, las cookies de chocolate me parecieron la mejor opción. Sencillas pero suculentas. Tardé años en dar con la receta perfecta, y me enorgullece decir que, según Sofía, deberían darme un premio por ellas. Y ese monstruito sí que tiene un paladar refinado.

Bastian no parece muy convencido, menos cuando atraemos la atención de los curiosos.

—¿Esta es la famosa repostera? —pregunta una gatita sexy por encima del hombro de Bastian, en un francés arrastrado por el alcohol que me cuesta descifrar.

Él la mira y se queda tan embelesado que respondo por él.

—Sí, soy Marián.

Extiendo la mano solo para que ella la ignore. En su lugar, se hace con una de mis galletas y la inspecciona como si comprobase si está envenenada. Contengo la respiración mientras le da un mordisco. Por un segundo, temo que lo escupa en un acto de puro desprecio,

pero ocurre todo lo contrario. Gime. Literalmente gime de puro gusto.

—Dios, ¡qué buenas están! —farfulla con la boca llena—. ¡Eh! ¡Tenéis que probar esto! —vocifera, con tres galletas más entre las manos.

Como zombis tras un cerebro, la gente se abalanza sobre las galletas y, de repente, me veo aprisionada contra el cuerpo de Bastian. Él ríe ante nuestra cercanía y me saca de la marabunta con una mano anclada en la curva de mi cadera. El peso de sus dedos enciende un calor muy poco apropiado entre mis muslos. En cuanto nos vemos con un poco más de aire, recoloca la mano en mi espalda baja para mantenerme bien cerca de él.

—Vaya, han sido todo un éxito —comenta. Observo el corrillo de gente que intenta llegar hasta la bandeja y me mordisqueo el labio inferior—. ¿Quieres algo de beber?

—No, no bebo. —En esta ocasión, ni siquiera me importan la sorpresa y la incredulidad habitual que aparecen cuando una mujer joven afirma no consumir alcohol—. No me sirve de nada que se las coman sin saber que las he hecho yo.

Bastian parece comprender que es el trabajo lo que me ha traído aquí, y no su presencia, por muy de buen ver que esté, porque en sus labios se dibuja una «o» de sorpresa.

—De eso me encargo yo —responde en tono dulce.

Antes de poder procesarlo, me arrastra de nuevo hacia la mesa, donde solo quedan dos galletas huerfanitas. A la primera que intercepta es a la gatita sexy, Emma. Bastian le habla de mí, y ahora la sorprendida soy yo. Según me va presentando a otras personas, añade un nuevo dato sobre mí. Sabe que estoy trabajando en la

boda de Silvie, que he dirigido el Rincón Francés en el Marbella Paradise Resort y hasta el número de seguidores en mi cuenta de Instagram y mi canal de YouTube. Poco a poco, va conquistando a todo el mundo con su don de gentes, y yo termino por relajarme.

Las horas escapan entre nuestros dedos con la facilidad con la que el alcohol baja por las gargantas de los invitados. Y antes de darme cuenta, además de cansada, estoy pletórica. No queda ni una galleta, he repartido decenas de tarjetas y lo estoy pasando genuinamente bien con Bastian, quien se ha asegurado de presentarme a quien de verdad importa en la fiesta.

Por primera vez desde que puse un pie en Francia me siento… feliz. Relajada. Estoy disfrutando de las primeras fases de mi sueño, como ha dicho Irene. Me permito despojarme de las múltiples capas que van de la mano de las responsabilidades que yo misma me he impuesto y me limito a ser Marián, una chica de veintiocho años que ha asistido a una de las fiestas de Halloween más exclusivas de la élite francesa.

La música vibra en el ambiente, y entre las luces estroboscópicas, la sonrisa de Bastian con esos colmillos de vampiro hiperrealistas se convierte en la promesa de una noche épica. Con cada hora que pasa, más cómoda me siento con él, más ligera y desinhibida sin siquiera haber probado una gota de alcohol; él sí, pero, por una vez, no me importa. Su presencia es cálida y divertida, y poco a poco nuestra conversación se vuelve más íntima. La cercanía de nuestros cuerpos, el movimiento de nuestras caderas al bailar, la musicalidad de su risa, todo me invita a acercarme a él. A sucumbir al fuego de su mirada turquesa, a dejarme arrastrar por esos labios que se

muerde con sutileza de vez en cuando, con la vista fija en los míos. Es justo lo que necesito para olvidar el mal trago de la tarde.

«¿Para olvidar a Dominique?».

Ignoro la pregunta de mi subconsciente y me centro en Bastian. Hemos acabado en un rincón, charlando de nimiedades en un tono tan bajo como sugerente. Su rostro está cerca del mío, para hablarme al oído; mi espalda pegada a la pared se ha convertido en el ancla que me mantiene a flote entre tantos estímulos.

—¿Sabes? —me dice inclinándose un poco más hacia mi cuello—. Al final, entre unas cosas y otras, no he podido probar las galletas.

—Vaya, qué pena.

El calor de su aliento me cosquillea tras la oreja, lanzando una miríada de escalofríos por todo mi cuerpo.

—Ajá, toda una pena. —Su nariz roza mi piel con ligereza y yo me estremezco—. Sobre todo porque me he quedado con antojo de dulce.

El corazón me late a mil por hora, las piernas me tiemblan de puro nervio. Tal y como dijo Irene, me vendrá bien echar un polvo. Ni siquiera recuerdo la última vez que me enrollé con un tío, y me apetece. Me apetece de verdad. Y no porque haya visto a Dominique esta misma tarde. No porque, a pesar del daño, no haya conseguido olvidarlo y a quien me muera por besar sea a él.

Nada de eso es lo que me hace girar el rostro hacia Bastian, hasta que sus labios quedan peligrosamente cerca de los míos.

—Y creo que tú podrías solucionarlo, Marian —susurra contra mi boca, en un tono grave que me recorre entera.

Mi respiración se acelera ante la expectativa de que me bese, de que salve la distancia entre nuestros labios y nuestras lenguas se

fundan. Su fragancia, con un toque amaderado, me envuelve y hace que cada centímetro de mi piel responda a su cercanía. Entreabro la boca, deseosa de sumergirse en este instante.

Justo entonces veo algo por el rabillo del ojo. Un nuevo invitado que aparece vestido de calle.

La respiración se me congela y pego la cabeza a la pared, rompiendo el magnetismo entre Bastian y yo. Porque quien ha aparecido, con expresión inescrutable, es Dominique. Y el peso de su presencia cae sobre mí como un jarro de agua fría.

Porque Bastian nunca será Dom.

Quinto verano

Agosto de 2014

Desde una de las terrazas del hotel, podía ver las piscinas, de un azul brillante, y a los primeros clientes que disfrutaban de la estación bajo las sombrillas blancas. Junio y julio habían pasado en un abrir y cerrar de ojos, entre turnos interminables y madrugones que habían dejado huella en mis manos, ahora un poco más ásperas. Pero estaba orgullosa de ese cansancio.

Tenía dieciocho años, había terminado el bachillerato con buena nota y, aunque los consejos de mis padres apuntaban hacia la universidad, yo solo podía pensar en masas, coberturas y decoraciones de azúcar. La repostería era mi mundo y, aunque aún no lo había admitido en voz alta, estaba decidida a hacerlo oficial. Solo tenía que encontrar el momento adecuado.

Mamá y papá no estaban atravesando una buena racha. Aunque intentaban ocultar sus discusiones, ya no era una niña que vivía en la inopia. Me daba cuenta de los silencios que los rodeaban, de los cuchicheos cortantes y, por supuesto, de los portazos. Así que esperaba que apoyaran mi decisión de olvidarme de la universidad. Ya tenía el discurso pensado: si seguía trabajando, ingresaría dinero y podría ayudar con los gastos familiares. Todos salíamos ganando.

Pero también sabía que ellos querían un futuro diferente para mí, uno en el que no tuviera que deslomarme desde tan temprana edad, como les había pasado a ellos. Pero todo se andaría.

Por eso, ese verano me repetí que sería diferente. Estaba lista para enfrentarme a la vida adulta del trabajo duro y del disfrute. Quería reír, salir de fiesta y gozar de la versión más libre de mí misma. Porque, por fin, había olvidado a Dominique Beaumont. Me había costado un año de esfuerzo, sudor y lágrimas, pero lo había conseguido. Después del susto mediático, había logrado convencerme de que pertenecíamos a dos mundos muy diferentes, de que yo no estaba preparada para eso.

Dom había estado en lo cierto y Jacques había conseguido reconducir el relato para alejarlo de mí, pero fueron unas últimas semanas muy tensas. Aunque redactaron el mensaje perfecto para que la filtración encajara con Monique, hubo algunos medios que lo pusieron en duda durante un tiempo que a mí se me antojó eterno —cuando en realidad fueron unos días—, hasta que apareció un cotilleo mucho más jugoso.

Yo no era nadie, siempre lo había sabido, y por eso me había envuelto en una mentira cuando los conocí. Por nada del mundo quería que la amistad que tenía con Dom y Silvie se viera mancillada por el sensacionalismo. Había estado a punto de perderlos una vez, y no dejaría que eso se repitiera.

Por eso, aquel verano, estaba preparada para verlo aparecer del brazo de Monique o de la despampanante nueva chica de turno. Aunque el anterior agosto hubiera terminado accidentado, aquel era el primero desde mi mayoría de edad, y pensaba comerme el mundo.

El rostro se me iluminó y bajé corriendo desde la terraza. En aquella ocasión, fui yo la que envolvió a Silvie en un abrazo prieto, entre risas y chillidos emocionados. Durante el último año, habíamos hablado mogollón, dispuestas a seguir en la vida de la otra. A Silvie la habían admitido en Administración y Dirección de Empresas, y estaba muy emocionada por comenzar la universidad en Londres. Por eso, tenía la sensación de que ese sería el último verano que mantendría nuestras rutinas estivales.

—¡Mírate! ¡Qué guapa estás! —casi me gritó al oído.

Sonreí complacida. En ese año —¡por fin!— había terminado de desarrollarme. Mis rasgos, aunque redondeados, se habían definido un poco más, mi pelo tenía más brillo y el acné casi había desaparecido —salvo cuando me bajaba la regla—. Mis tetas y mi culo ya no cantaban tanto, gracias a que tenía la cintura de un tamaño más acorde. Y, para qué negarlo, me hacían una figura que me gustaba.

—Tú también estás guapísima —la halagué.

Y no mentía. Silvie era como el buen vino, mejoraba con los años. Si ya con catorce me había parecido preciosa, su versión de dieciocho años era despampanante. De piernas largas y bronceadas, lustroso cabello dorado y profundos ojos verdosos. Atraía la atención allá por donde fuera.

—Marian, te presento a Amélie y a Sacha.

Silvie extendió el brazo a un lado para señalar a dos chicas sacadas del mismo molde que mi amiga: guapísimas, estilosas y que sudaban lujo. Las saludé con recelo, porque no me pasó desapercibido el vistazo de arriba abajo que me dedicaron. No les

presté mucha atención porque por el rabillo del ojo había captado a alguien más.

Dom.

¿Recordáis cuando dije que lo había olvidado? Bueno, pues mejor digamos que «casi» lo había olvidado.

En cuanto reparé en su presencia, el corazón me dio un vuelco y las rodillas me temblaron. Era imposible que estuviera más guapo que el año anterior y, aun así, Dominique Beaumont se empeñaba en demostrarle al mundo que él lograba lo imposible. Mientras me deleitaba con lo seductor de su estampa, con andares seguros mientras escaneaba la piscina en busca de algo, me di cuenta de que había sido una ingenua.

Hasta que sonrió. Porque era a mí a quien estaba buscando. Y el mundo se escoró.

—Marián —dijo con ese acento medio francés medio andaluz que hacía cosas extrañas en mis tripas.

—Dom —respondí; me esforcé por sonar casual, aunque mi voz salió más suave de lo que esperaba. Más necesitada.

Profundizó aún más la sonrisa de medio lado, incapaz de despegar sus ojos de los míos. A diferencia de los dos chicos que lo acompañaban, él no me repasó de arriba abajo, no valoró mi cuerpo ni ponderó los cambios. Se mantuvo ahí, anclado en mi mirada, como si mis iris fueran lo único que importaba en el mundo. Hasta que se separaron durante una fracción de segundo en la que su atención recayó en mi boca y en mi pecho estallaron estúpidos fuegos artificiales que no tuvieron nada que envidiarles a los de la apertura de la feria.

Luego, se inclinó hacia mí y me besó en una mejilla. Despacio, prolongado. Encajó la mano en mi cintura y disfruté de la sensación de su piel contra mi cuerpo; de la calidez de esa palma grande y fuerte. Giré el rostro para recibir el segundo beso del saludo y… Nuestros rostros se alinearon y ahí, a la distancia de un suspiro, me perdí en las diminutas motas verdes de sus ojos castaños.

—Me alegro de verte —susurró, tan tan cerca que su respiración me acarició las mejillas.

Mi corazón volvió a tambalearse, esa vez con una mezcla de emociones que no supe describir. Intenté concentrarme en el lugar en el que estábamos, en mi trabajo y en todos esos clientes que esperaban mi servicio, pero no pude. Mi pecho se había anclado en el deseo de que me besara una segunda vez, en los labios o en la mejilla; en dilatar el contacto de nuestros cuerpos todo lo posible.

Pero el segundo beso del saludo no llegó.

Y lejos de entristecerme, el cuerpo se me llenó de un calor sofocante. Porque Dominique Beaumont no me había tratado como a cualquier otra persona, sino que me había dedicado un saludo especial. Uno que, a partir de entonces, solo fue para mí.

La noche en la playa tenía algo mágico. Las llamas que habíamos encendido en la cuba bailaban al compás de la brisa suave e iluminaban nuestros rostros. Mientras, las olas rompían en la orilla y acompañaban nuestras conversaciones con su cadencia rítmica. Había algo casi irreal en ese momento, como si el tiempo se hubiera detenido justo cuando lo necesitábamos.

Un par de días después de la llegada de los franceses, Irene había organizado una moraga de bienvenida. Tras lo del año anterior, ella y Silvie habían decidido dejar lo suyo en un romance de verano, porque ninguna estaba preparada para salir del armario delante de la prensa. Así que el grupo había vuelto a ser el que era: nosotros seis rodeados de otra gente que iba rotando. Contábamos con Antoine y Théo, que siempre bromeaban y competían por quién se llevaba el premio al comentario más estúpido —solía ser Antoine—. También estaban Amélie y Sacha, que parecían encajar a la perfección en el ambiente relajado, aunque se mantenían algo distantes. Como si no les convenciera la idea de haber dejado atrás los lujos de Puerto Banús para teñirse la piel con el polvillo de las verdaderas playas de Marbella, las terrosas en las que nos criábamos los que nacíamos allí. La playa del Cable no tenía nada de glamuroso, pero sí ofrecía una intimidad que ahora ansiábamos.

El grupo había crecido aún más con los amigos que Irene había invitado a la moraga, chicos algo mayores, con sus ropas negras, pulseras de tachuelas y anillos, igual que ella. Tal vez eso fuera lo que no convencía a Amélie y a Sacha, la disparidad de los invitados. Pero yo me sentía en mi salsa, feliz y tranquila. Al menos, siempre y cuando la atención de Dom no estuviera sobre mí.

Intenté centrarme en la conversación con Irene y uno de sus amigos, pero mi mirada se deslizaba constantemente hacia él. Dom estaba sentado a un lado de la cuba, con los codos apoyados en las rodillas y el perfil iluminado por la luz naranja de las llamas, a la espera de que se hicieran los primeros espetos. Parecía más relajado que en el hotel, pero aún había algo distinto en su expresión, algo que no terminaba de descifrar.

Théo, a su lado, hablaba con él. A juzgar por sus caras, probablemente estarían compartiendo alguna anécdota de la infancia, como la del cangrejo que «le pinzó la colita» —en sus palabras— cuando tenía cinco años. Incluso yo me había reído de esa historia, agradecida por el respiro que su personalidad aportaba. Théo era un soplo de aire fresco, el tipo de chico que podía hacerte olvidar cualquier preocupación, al menos durante un rato.

—Marian, ¡¿quieres uno?! —me preguntó. Asentí y se acercó a mí con un espeto—. Ten cuidado, que quema.

Soplé antes de darle un mordisco. Estaba riquísimo, como todo lo que preparaba Irene. Théo se sentó a mi lado, su pierna pegada a la mía porque la toalla era pequeña, y charlamos mientras dábamos buena cuenta del pescado asado. Dom se quedó donde estaba, solo, ahora con una cerveza colgando de los dedos. Lo sabía porque aunque Théo me estuviera hablando, tenía la atención puesta en esa figura solitaria un poco más allá, con la vista anclada en la infinidad negra del mar. Como si sintiera el peso de mi mirada, giró la cabeza hacia atrás con cierto disimulo, hasta recaer directamente sobre mí. Fue un momento breve, pero su intensidad me dejó sin aliento, sus iris convertidos en miel fundida. Había una chispa especial en ellos, como si rumiara algo.

La música de la guitarra de Irene comenzó a llenar el aire con ritmos latinos. Solo con verla, con su aire metalero, cualquiera habría dudado de que se supiera «Bailando», de Enrique Iglesias. Pero esos primeros acordes, sumados a su voz suave, despertaron la euforia en el grupito. Pronto se unieron los coros y las palmas siguiendo el ritmo. Silvie sacó a Théo a bailar y juntos se mecieron al son del pop latino. Hacían buena pareja.

—«Yo quiero estar contigo, vivir contigo, bailar contigo, tener contigo una noche loca…» —canté en bajito.

—«¡Una noche looooca!» —se hicieron eco los demás, ajenos a mi tarareo.

Justo en ese momento, tras esos versos sensuales, sentí una presencia a mi lado. Dom se había levantado y se había sentado lo bastante cerca como para que nuestras piernas desnudas se tocaran. Cuatro años habían pasado desde un roce similar, en un coche exclusivo y con mentiras y presiones de por medio. Y, aun así, nuestra amistad se había mantenido fuerte.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó en un susurro confidente.

Un poco más allá, todos bailaban, animados por los acordes de la guitarra, mientras que nosotros permanecíamos ahí, entre los claroscuros de las llamas de la cuba, sumergidos en nuestra propia burbuja de la que las estrellas eran las únicas testigos.

Asentí con la cabeza, porque el corazón me latía demasiado rápido como para pronunciar palabra.

—Me alegro. —Cuando su mirada se apartó de mí para clavarse en nuestros amigos, pude volver a respirar—. Siento lo del verano pasado.

Apreté los labios y fijé la vista en la arena entre mis pies. Me había pedido disculpas un millón de veces, incluso me había escrito un par de e-mails para saber qué tal me iba. Yo le había restado importancia y le había respondido lo más escueta posible, porque abrir la vía a la comunicación me habría complicado mucho las cosas.

—No fue culpa tuya —murmuré.

Lo decía en serio. Con la perspectiva del tiempo, me había dado cuenta de que él también había salido perjudicado. Dom era bueno hasta decir basta, y tampoco le hizo ninguna gracia que dijeran todas esas cosas horribles sobre una de sus amigas.

—¿Q-qué hay de Monique?

Frunció el ceño, como si le costara reconocer a quién me refería. Sentía las mejillas calientes, y no podía echarle la culpa a la cerveza que me había tomado. Cuando apartó la vista, el frío de la noche me engulló por completo, porque esa incapacidad de sostenerme la mirada solo podía significar que lo que iba a decirme era doloroso.

—Rompí con ella —explicó en tono neutro, con la mandíbula endurecida. Se había inclinado un poco hacia delante, hasta apoyar los codos en las rodillas flexionadas.

«¿Por qué? Se los veía como la pareja ideal». Me mordí el labio inferior, y me planteé si verbalizar mi curiosidad: aunque éramos amigos, no disfrutábamos de la intimidad que tenía con su hermana. Ya no éramos dos adolescentes con miedo a hablar de sentimientos por temor a lo que los demás pudieran pensar. Habíamos dejado atrás la etapa de considerarlo como sensiblería absurda. No obstante, no hizo falta que preguntara, porque él añadió:

—En cuanto volvimos a Francia, corté con ella. —Lo miré como si quisiera bebérmelo de lo que ansiaba sus respuestas—. No debí… No debí haber salido con ella, en primer lugar. No era la adecuada.

Justo en ese momento, giró la cabeza hacia mí y me atravesó el pecho con esa mirada castaña e intensa, cargada de matices. Quise decir algo, replicar a su intensidad y su intimidad con algo de mi propia cosecha, pero me lo impidió al decir:

—Este año estás diferente.

Me moría por ahondar en ello, por saber qué significaba que ella no era la adecuada sumado al modo en el que me miraba, pero tampoco quería perder la oportunidad de descubrir a qué se refería. Y menos cuando la expresión en su rostro era tranquila, pero sus iris brillaban como un faro para un barco a la deriva.

—¿Diferente? ¿Cómo?

¿Se habría fijado en los cambios de mi cuerpo? ¿En que ahora me depilaba las cejas, de por sí muy pobladas? ¿En que me esmeraba en echarme crema hidratante en las piernas para que estuvieran más suaves?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Pareces… más segura de ti misma.

Que no se refiriese a mi físico, sino a mí como ser humano, me caldeó las entrañas y despertó el revoloteo de mil colibríes en mi pecho. Porque lo fácil habría sido lo otro, el comentario a mano que cualquier chico recién llegado a la veintena habría hecho. Pero Dom no era así, él siempre veía más allá.

Me atreví a mantener el silencio por unos segundos, a la espera de que prosiguiera, pero no lo hizo. Así que me armé de valor y, antes de pensarlo demasiado, confesé:

—Tú también has cambiado.

Sus labios se curvaron de medio lado.

—¿Ah, sí? ¿Tanto te has fijado en mí como para percibirlo?

Dios, qué bien sonaba su acento arrastrado en español, la aspiración ligera de las «s» finales, influencias de sus veraneos en Andalucía. Pero cuando encima me hablaba así de bajito, solo para mí…

—Lo mismo que te has fijado tú en mí, supongo —respondí en el mismo tono, escudada tras un valor desconocido.

Sus ojos se oscurecieron y cogió aire, al tiempo que su atención se desviaba a mis labios.

—Entonces será mucho.

Que lo reconociera con tanta libertad hizo que mi corazón se echase a temblar. Antes de que pudiera responder, levantó la mano y rozó un mechón de mi pelo que la brisa salada había desordenado. El gesto fue tan inesperado e íntimo que sentí un escalofrío recorrerme de arriba abajo, uno que ni siquiera la cercanía con el fuego de la cuba consiguió paliar.

—¡Marian, Dom! ¡Vamos! ¡No os quedéis ahí! —El chillido de Silvie estalló la burbuja y ambos nos separamos con un respingo.

Irene estaba tocando una versión flamenquilla del «La la la», de Shakira, que lo había petado con el mundial de fútbol. Con la atención de todos puesta sobre nosotros, no nos quedó más remedio que sumarnos a los bailoteos entre risas y todas esas miradas fugaces que protagonizaron nuestra relación. Y, aun así, durante el resto de la noche seguí sintiendo el calor de la presencia de Dom a mi lado, el peso de sus palabras, de sus insinuaciones y el roce de sus yemas sobre mi mejilla al retirarme el pelo de la cara.

Los días que libraba eran los mejores, los que pasábamos de principio a fin rebozados en arena, con la piel manchada por el salitre y las mejillas doloridas por las sonrisas. Silvie siempre encontraba la manera de arrastrarnos a alguna actividad divertida. Ya fuera con un partido de vóley improvisado en playas menos

transitadas o una carrera a nado para alcanzar la boya más lejana; su entusiasmo era contagioso.

Ahora que ambos Beaumont eran mayores de edad, los paparazzi les respiraban en la nuca, y a ninguno les apetecía frecuentar los lugares típicos para la gente de su clase. Por eso, nos refugiábamos en las playas más alejadas, incluso si eso suponía tener que ir en coche.

Aquel día habíamos decidido probar algo nuevo: kayak por las calas escondidas de Maro. El agua turquesa brillaba bajo el sol matutino, y los altos acantilados de piedra caliza se alzaban majestuosos, salpicados de vegetación que se aferraba con fuerza a cada grieta.

Antes de lanzarnos al agua, los monitores nos dieron una breve explicación sobre cómo mantenernos a flote y qué hacer en caso de volcar. Nos dividimos por parejas y yo terminé compartiendo el mío con Irene, quien no dejó de bromear sobre mi coordinación motora para remar al mismo ritmo.

—Si volcamos, será tu culpa, Marián —me increpó entre risas.

A punto estuvimos de caer al esquivar el salpicón de agua que le lancé con la pala por meterse conmigo.

A unos metros de distancia, Silvie se las había ingeniado para convencer a Antoine de que remara él solo mientras ella sacaba fotos con la cámara desechable con funda acuática. Amélie y Sacha habían optado por quedarse en el chiringuito, ya que no se veían capacitadas físicamente para pasar tres horas remando. Yo tampoco, todo fuera dicho, pero una buena aventura pesaba más que la preocupación. Por delante de nosotras, Dom y Théo abrían la marcha, remando con precisión y calma. Ambos estaban muy

metidos en el mundo del deporte, aunque en disciplinas distintas, y no eran ajenos al esfuerzo físico y constante en el que nos sumimos durante las horas siguientes.

Cada vez que alzaba la vista, Dom estaba ahí, con el remo levantado para no sacarnos demasiada distancia, atento a dónde estábamos Irene y yo en todo momento. Recorrimos la línea de la costa entre risas, resuellos y paradas para tomarnos fotos en grupo. Cuando llegamos a una pequeña cueva marina, el silencio se convirtió en un acompañante más. Durante varios minutos, nos limitamos a empaparnos del paisaje. Las paredes de la gruta estaban llenas de estalactitas y de reflejos del agua, que parecían danzar con la luz que se filtraba desde la entrada.

Irene quiso que nos acercáramos más a la pared, para tocarla y descubrir su tacto, pero a mí me había pillado rehaciéndome la coleta, por lo que el kayak se desestabilizó. Habríamos volcado de no ser porque Dom me agarró del brazo con firmeza, haciendo tambalear su propio kayak.

—¡Cuidado, chicas! ¿Qué haríais si no nos tuvierais ahí para rescataros? —suspiró Théo con dramatismo.

A mí me importó un bledo, porque solo podía pensar en el chisporroteo que me subió por el brazo al contacto con la piel caliente de la mano de Dom.

—¡Vivir más tranquilas! —respondió Silvie de fondo, y lo dijo tan alto que su voz nos llegó rebotada decenas de veces.

Más tarde, hicimos una pausa en una playa escondida, solo accesible desde el agua. La arena dorada estaba bordeada por los acantilados, y el sonido de las olas tan solo se veía interrumpido por nuestras risas y el crujir de las bolsas de patatas que Antoine había

insistido en traer. Mientras descansábamos, con el culo plantado en la arena cálida y los chalecos salvavidas a un lado, Théo se acercó a mí con una botella de agua que había enfriado en el mar.

—¿Cómo va nuestra reina del equilibrio? —bromeó tras sentarse a mi lado.

—Mejor de lo que esperaba, la verdad.

Théo siempre tenía una palabra amable para todo el mundo, un chascarrillo en la punta de la lengua, listo para aliviar tensiones. Aquel verano, no obstante, sentía que había algo más. Sus comentarios me resultaban más directos, sus gestos más atentos. Mientras charlábamos, casi hombro con hombro, su cuerpo terminaba tocando el mío, motivado por los movimientos propios de las carcajadas. Y aunque no era algo fuera de lugar, me hacía extrañamente consciente de su cercanía.

Sin remedio alguno, me quedé anclada en ese pensamiento, en la facilidad con la que Théo me tocaba. En lo mucho que propiciaba los roces de nuestra piel, en realidad. Y en lo poco que me importaba que me plantara una mano en la rodilla o que se inclinara hacia mí con una sonrisa pilla. Mi cuerpo no reaccionaba de ningún modo cuando eso sucedía, y sin embargo…

Desvié la vista un poco más allá, donde Dom y Antoine hablaban de la carcasa acuática de la cámara de Silvie. Había encontrado un placer especial en observarlo cuando no se daba cuenta, cuando bajaba la guardia y se mostraba al mundo sin corazas. Me aterraba lo que eso podía significar, lo que llevaba años negándome en realidad. Era demasiado complicado de gestionar.

Más tarde, cuando todos se dispersaron para explorar unas pozas cercanas, Dom se acercó a mí. Acababa de apilar los kayaks los unos

junto a los otros para que la marea no se los llevara. Yo estaba cansada, ya que era la única que trabajaba el resto de la semana, así que asumí la tarea de vigilar las embarcaciones mientras los demás se perdían por ahí. Y Dom, tan caballeroso como siempre, se ofreció a hacerme compañía.

La mera expectativa de estar solos por completo en aquella cala abandonada despertó un millar de oruguitas que se paseaban por mi piel: puro nervio.

—¿Lo estás pasando bien? —me preguntó en un tono tranquilo pero con un matiz afilado.

Últimamente, aprovechaba cualquier ocasión para cerciorarse de que estuviese disfrutando de los momentos compartidos en grupo, y no sabía por qué.

—Mucho, aunque ya tengo los brazos de gelatina.

Dom rio por la nariz, un sonido que le quedó muy masculino y que despertó entre mis muslos un deseo con el que ya estaba familiarizada.

—Te ayudo.

Se dejó caer sobre la arena muy cerca de mí, hasta que su costado desnudo y el mío —cubierto solo por las tiras del biquini— acabaron pegados. Después, con toda la naturalidad del mundo, me estiró un brazo y comenzó a masajearlo. Aunque al principio lo sentí como una presión molesta y un poco dolorosa, en cuanto conseguí relajar los músculos hasta cerré los ojos de gustirrinín. Así, con la cabeza vuelta al sol, la brisa salada acariciando mi cabello húmedo y las manos de Dom paseando sobre mi piel, me sentí como en el mismísimo cielo.

—Siempre me he preguntado… —murmuré, en un tono que se me antojó tan íntimo y placentero por su masaje que se me calentaron las mejillas y callé.

—¿Sí? —me alentó tras unos segundos de silencio cómplice.

—Tienes una cicatriz en los nudillos.

Más silencio durante el que la sangre me resonó en los oídos.

—Y tú los ojos cerrados.

El corazón se me encabritó y lo miré. No supe descifrar la expresión de su rostro, pero se parecía mucho a la complacencia por que hubiera memorizado ese rasgo suyo.

—Y-ya no.

Curvó la comisura derecha de un modo arrebatador.

—Mejor.

«¿Mejor? ¡¿Mejor?! ¡¿Qué significa eso?! ¿Que prefiere ver mis ojos? Ni de coña». Con un simple comentario, qué digo, una simple palabra, Dom acababa de poner mi mundo patas arriba. Ni aunque hubiera conseguido reunir todo el valor del mundo habría sido capaz de preguntarle al respecto, así que agradecí que él siguiera hablando.

—Me la hice de pequeño, cuando empecé con el kárate. —Descendió la vista hasta nuestras manos y se concentró en pasar un dedo por los lunares de mi brazo, como trazando un camino entre ellos. Me había puesto tan histérica que ni me había dado cuenta. Ojalá el tiempo se hubiera detenido y nos hubiéramos quedado así para siempre—. Los colegas del cole se emocionaron mucho y me retaron a partir una tabla de un puñetazo.

—Creía que los karatekas sabíais hacer eso.

Embelesada, lo observé prestarle atención a mi cuerpo, cómo los cabellos dorados y húmedos caían sobre su frente, con gotitas que se desprendían sobre mi piel caliente.

—Sí —respondió riendo entre dientes—, pero unos cuantos años después de lo que yo lo hice.

Ladeé el rostro y repasé sus facciones, la rigidez de su mandíbula, el modo nada sutil en el que tragó saliva antes de repasar nuevos lunares. El mar no tenía nada que envidiarle a la profundidad de esos iris melosos que tan atentos a mí permanecían.

—Vaaaya… Te pudo el chulear frente a tus amigos, ¿eh? Tan pequeño y con un ego tan grande… —me burlé en tono cómplice para intentar aligerar la tensión que me asfixiaba—. Seguro que ahora usas esa cicatriz para fardar delante de las conquistas. «Me metí en una pelea para salvar a una chica» —dije con voz grave y una risa nerviosa.

Dom alzó la vista y clavó sus ojos en mí con avidez. De repente, estaba muy inclinado sobre mi rostro, a la distancia íntima de un suspiro, con sus iris vibrando con una intensidad indescifrable.

—Hay muchas cosas mal en eso que has dicho, Marián… —susurró.

—¿S-sí?

—Ajá…

Se pasó la lengua por el labio inferior en un movimiento fugaz que atrajo toda mi atención. La cabeza me palpitaba por lo fuerte que me latía el corazón, sobre todo porque, no sabía cuándo, pero nuestros dedos habían acabado enredados y se sentía tan tan bien…

—Empezando por que yo no me peleo. Nunca. —Asentí con la cabeza, incapaz de hilar palabras—. Seguido por que mi ego siempre

ha sido del tamaño justo y apropiado. —Ambos esbozamos una sonrisita, conscientes de que ese comentario significaba todo lo contrario. Despacio, alzó la mano y me recolocó un mechón húmedo detrás de la oreja. El roce de su piel contra mi mandíbula me arrancó un suspiro tembloroso que, por la cercanía, Dom casi se bebió—. Y, tercero, ya no me interesan las conquistas.

Estábamos tan cerca que los milímetros que nos separaba me quemaban. Sus ojos vivaces se anclaron a mis labios, casi como si quisiera asegurarse de saber dónde estaban antes de lanzarse a capturarlos y bes…

—¡Ya estamos aquí!

Dom se separó de mí y se levantó en dirección a Silvie, que empezó a contarle que las pozas no eran para tanto. Yo me quedé ahí sentada, con el corazón encogido y cansada de que nuestros acercamientos estuvieran llenos de interrupciones. Porque ya no me quedaban dudas de que la tensión que leía entre nosotros no era fruto de mi imaginación.

El muelle de Puerto Banús era el reflejo del lujo puro, con los yates brillando bajo el sol de la tarde como joyas gigantescas amarradas en perfecta formación.

Silvie, con su insistencia característica disfrazada de encanto, nos había convencido a Dom y a mí para que llevásemos todo lo necesario para la fiesta de despedida que celebraríamos al día siguiente al impresionante yate de los Beaumont, afincado en el muelle durante todo el año.

Cuando llegamos a la embarcación, Dom desplegó la pasarela y subió a bordo como un marinero experto.

Las últimas semanas se habían convertido en un idilio agotador. Trabajaba ocho horas diarias y, después, dedicaba todo el tiempo libre a mis amigos. Aquel verano de 2014, tal y como me había propuesto, estaba terminando por todo lo alto. Habíamos hecho tantas actividades que había perdido la cuenta, y habíamos ido a más fiestas de las que podía contar en la zona oculta a los turistas. En aquellas cuatro semanas, el núcleo del grupo había hecho mucha más piña. Silvie e Irene incluso habían vuelto a enrollarse una noche, aunque ambas afirmaron que era algo pasajero, el divertimento propio de los dieciocho.

Por mi parte, estaba hecha un lío con Dom. Cuando estábamos en grupo, se mostraba más abierto, se acercaba a mí y buscábamos cualquier excusa y ocasión para tocarnos sutilmente. Nos quedábamos ahí, en la frágil barrera del deseo. Pero luego, cuando estábamos a solas, se convertía en ese otro Dom, el callado y meditabundo, el que paseaba sus iris sobre mi cuerpo como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. A solas, no había necesidad de palabras, sino que hacíamos de los silencios nuestro propio idioma.

—Deja que te ayude —se ofreció cuando dejó las bolsas que había cargado sobre la cubierta.

Extendió el brazo hacia mí y esperó tres segundos durante los que me mentalicé para cruzar aquella pasarela tan estrecha. Cuando mis dedos rozaron los suyos y él cerró la mano con fuerza alrededor de la mía, se convirtió en el salvavidas que no sabía que necesitaba. Al

contacto con su piel, una descarga eléctrica me cruzó la espalda, algo que no tuvo nada que ver con la estática.

Dom tiró de mí para darme impulso y ofrecerme parte de su valor para cruzar. Con la inercia, dos pasos después y ya en cubierta, mi pecho impactó contra el suyo. Perdí el equilibrio a consecuencia del pequeño bamboleo del yate al recibir mi peso, y las manos de Dom viajaron rápidas a mi cintura para darme estabilidad; las mías, a su pecho.

Despacio, sus manos iniciaron un suave descenso hacia mis caderas, su torso tan pegado al mío que compartíamos respiración. Bajo la camiseta negra, intuía el latir frenético de su corazón contra mis palmas. Tenía un pecho firme, duro, entrenado, más ancho que el año anterior. Por un instante, nos quedamos así, mirándonos en ese idioma basado en el silencio con el que, me di cuenta, nos estábamos protegiendo. Porque hablar era demasiado peligroso. Hablar supondría poner en palabras, convertir en real, un anhelo que —al menos yo— llevaba años reprimiendo. Por cobarde.

Dom tragó saliva, carraspeó y consiguió salir del trance. La distancia entre nuestros cuerpos quemó como el sol del mediodía.

—Ven, te enseño esto —me dijo al subir las últimas bolsas de la compra.

En aquella ocasión, su acento sonó más rudo, algo que le pasaba siempre que se ponía nervioso. Todo en él era el ejemplo claro del estoicismo, no había forma de darse cuenta de que tenía sentimientos humanos, de que se alteraba; probablemente consecuencia del kárate, en el que cada año despuntaba más. Y, sin embargo, yo era capaz de leerlo de principio a fin.

Lo seguí por la cubierta mientras recorríamos los pasillos y disfrutábamos de la caricia del mar en las mejillas. El yate era deslumbrante, blanco y de líneas modernas. Según nos movíamos, el suelo de teca brillante crujía bajo nuestros pies, y las barandillas de acero reflejaban la luz como espejos. Dentro, las ventanas panorámicas dejaban entrar toda la claridad de la tarde que iluminaba sofás de cuero beige y detalles en madera oscura que hablaban de un lujo discreto y exquisito, como los Beaumont.

Me llevó por las distintas secciones: el salón principal, con un minibar completamente equipado; la cubierta superior, con un jacuzzi que me hizo soltar un silbidito y, por último, el puente, donde los controles del barco parecían sacados de una película futurista.

—¿Te apetece dar una vuelta? —preguntó, despreocupado, mientras yo acariciaba los botones con las yemas de los dedos.

—¿Sabes conducirlo?

Se encogió de hombros, con la vista clavada en el suelo. Con los años me había dado cuenta de que él disfrutaba mucho más de los momentos mundanos que de los que iban de la mano de ser un Beaumont. Y ahí, en el sutil enrojecimiento de sus mejillas, me pareció leer una ligera vergüenza por saber pilotar un barco a los veinte años. De haber sido Théo, le habría chinchado, habría soltado alguna pulla por ser un digno hijo de papá, pero era tan raro que Dom se mostrara así que esbocé mi sonrisa más sincera.

—Me encantaría.

Dom se movió por la embarcación como si le perteneciera; soltó amarres y activó los motores con la pericia de un capitán. Yo me quedé sentada en uno de los sillones de cuero de la cabina, atenta a sus movimientos, a cómo sus músculos se contraían cuando ejercía

fuerza con los cabos entre las manos, a cómo saltaba de un lado a otro, con la soltura de cualquier marinero. Pronto, dejamos el muelle atrás.

Salí a la cubierta delantera —de proa, me había dicho él— y me apoyé en la barandilla, a un paso de convertirme en Rose y Jack en *Titanic*. Solo me quedaba extender los brazos en cruz y gritar: «¡Soy el rey del mundo!».

Me di la vuelta y me recosté contra la barandilla, desde donde se veía la cabina a la perfección. Dom tenía el semblante tan serio como siempre, cómodo en su soledad. Pero ahí, en esos labios que tantas veces había observado en la distancia, en esos que me habían besado una vez y que no había olvidado, se había perfilado una curvatura sutil de puro goce. Y cuando su vista se deslizó hacia la proa, justo donde yo disfrutaba del golpe de la brisa, esa curva se profundizó. El corazón me dio un brinco y me perdí en la hermosura de sus rasgos, en la magia que encerraban.

Tras un rato, echó el ancla en un lugar apartado, donde el mar se había tornado de un azul profundo que asustaba un poco. Nos sentamos en la popa, sobre una red suspendida por encima del agua, y nos quedamos en silencio durante varios minutos en los que estudié cómo el sol incidía sobre Dom. Entonces se quitó la camiseta y se me cortó la respiración. Era todo líneas rectas y duras, tonificadas, piel bronceada y un sutil rastro de vello rubio que bajaba desde su ombligo hasta perderse bajo la cinturilla de su vaquero corto. En realidad, era lo mismo que verlo en bañador, pero con los pantalones aún puestos tenía un matiz diferente.

—¿Te apetece darte un baño?

—N-no llevo el biquini puesto —respondí con la garganta cerrada por los nervios.

Dom curvó los labios con una picardía que supe leer, pero que aun así verbalizó:

—¿Qué diferencia hay entre la ropa interior y el biquini?

«Que mis biquinis no tienen la consistencia de las bragas propias de las abuelas». Enrojecí solo de pensarlo. Por supuesto que no había pensado en que podría darse una situación como aquella, y por supuesto que no había conjuntado la ropa interior. Qué digo, por supuesto que no había elegido lo más elegante de mi armario. Llevaba un sujetador negro sin chicha, sin relleno siquiera, y unas bragas beige que podrían haber pasado a mejor vida.

Dom se levantó, desestabilizando la red sobre la que nos habíamos sentado, y terminé tumbada con la vista clavada en el cielo y planteándome mi mismísima existencia. ¿Por qué el mundo era tan cruel?

Al oír el inconfundible sonido de la tela vaquera contra el suelo, giré un poco la cabeza para mirarlo. Acción-reacción, ni siquiera pensé en el impacto que podría tener sobre mí verlo con ese bóxer negro que dejaba muy poco a la imaginación. Se pegaba a él como una segunda piel, realzaba el grosor de sus muslos fuertes, casi tallados en mármol. En eso me fijé, y no en el otro grosor que se intuía bajo la tela.

Aparté la vista con la respiración contenida y el corazón latiendo frenético en mi pecho. Mi experiencia con los chicos seguía siendo nula. De hecho, el único que me había besado había sido Dom, no hablemos de pasar a mayores. Lo más cerca que había estado de la anatomía masculina había sido cuando algún chico se me había

pegado a la espalda estando de fiesta para perrear contra mi culo. Eso servía como baremo suficiente como para intuir que Dom iba bien servido en lo que debía.

«¡¿Y por qué narices estoy pensando eso?!».

El chapoteo me sacó de mis pensamientos y las gotitas de agua fría que impactaron contra mis piernas sirvieron para templarme un poco los nervios. Volví a sentarme y observé a Dom romper la barrera del mar, agitar la cabeza de ese modo tan natural como sexy y apartarse el agua de los ojos.

—Está muy buena —dijo antes de extenderse sobre el agua cual estrella de mar para dejar que el sol pintara su torso desnudo.

Me mordí el labio inferior. Sí que tenía calor, en parte por su culpa, y sentía el sudor descenderme por la espalda. No había nada de malo en que dos amigos se bañaran en ropa interior, no era como si fuéramos a hacerlo desnudos. El mero pensamiento lanzó una dentellada a mi entrepierna.

Sin permitirme darle más vueltas, me levanté, no sin pelearme con la red para mantener el equilibrio, y planté los pies sobre la cubierta. Como Dom seguía en modo estrella de mar, me atreví a deshacerme de la camiseta de tirantes. La dejé caer junto a su ropa y volví a mirarlo de reojo, esperando encontrarlo en la misma posición, pero me equivoqué. Sus ojos, incluso en la distancia, se habían convertido en una pluma que sobrevoló mi piel en una caricia suave que me estremeció a su paso por mi sujetador —que, aunque sin *push up*, me realzaba las tetas más que un biquini—, por mi abdomen blando y por el cinturón que me ceñía el vaquero corto a las caderas.

—Puedo darme la vuelta, si lo prefieres —murmuró.

—Qué más da. Es como un biquini, ¿no? —respondí, más valiente que nunca y entretenida con los dos botones metálicos del pantalón.

Reteniendo el aire en los pulmones, los deslicé por mis piernas, como si me arrancara un pedazo de esparadrapo que llevaba demasiado tiempo pegado. Nuestras miradas volvieron a encontrarse e, incapaz de sostener la intensidad que leí en la suya, me apresuré a lanzarme de cabeza al agua. Como si quedar más cerca de él y casi desnuda fuera a tranquilizarme, claro.

El agua estaba fresca y, cuando emergí, Dom ya nadaba hacia mí.

—No está tan mal, ¿verdad? —dijo salpicándome con una sonrisa traviesa.

Me reí y lo salpiqué de vuelta. Por un instante, todo fue sencillo, natural; como si volviéramos a ser aquellos chiquillos que disfrutaban del momento sin darle demasiadas vueltas. Nadamos durante un rato, picándonos a llegar cada vez más rápido hasta el yate, jugando como si el tiempo no existiera. Ganó él todas las veces, por supuesto, hasta que empecé a resollar y propuso subir al barco.

Con la respiración acelerada y el rastro del esfuerzo mordiéndome las extremidades, me resultó más sencillo enfrentarme a esa casi desnudez compartida en cubierta. Dom se tumbó primero sobre la redecilla, bocarriba y con los ojos cerrados, disfrutando del sol. Yo hice lo mismo a su lado, con las manos cerradas sobre mi abdomen mientras sentía el lento camino de las gotas de agua al perderse por mi cuerpo y secarse.

El silencio nos engulló con su magia y, un rato después, me atreví a girar el rostro hacia él, a mi derecha. Sus ojos se deslizaban sobre

mi cuerpo despacio, como si pretendiera memorizar la curvatura de mi abdomen blando, el tamaño de mis caderas y…

Dios, me morí de vergüenza al darme cuenta de que mis bragas eran de color beige; de que, mojadas, era como si no llevara nada, porque hasta yo intuía la sombra de mi vello. Me di la vuelta con torpeza, para quedar bocabajo y enterrar el rostro entre los brazos cruzados bajo la cara.

«Respira, Marián. Solo es… No es nada. Él es mayor, estará más que acostumbrado a ver de todo». Ese pensamiento me pellizcó el corazón.

Sentí el movimiento de Dom sobre la red, pero no abrí los párpados. No podía, porque los ojos me picaban de vergüenza y nervios. Me llegó música desde el salón y, cuando reconocí los primeros acordes de «When I Look At You», el tema principal de *La última canción*, supe que era un mix antiguo de Silvie. A saber cuántos años llevaba ahí. Esperé a que Dom cambiara de música; en su lugar, sus pisadas volvieron a mí y me echó una toalla por encima.

—Así mejor —murmuró en francés.

Mi primer pensamiento fue que le molestaba mi desnudez, la poca firmeza de mi barriga y la celulitis de mi culo. Que prefería no verlo.

Dolida, me comparé con su perfección musculada, y en mi escrutinio me di cuenta de que… Dios, de que su entrepierna había aumentado de tamaño y de rigidez. Dom parecía muy concentrado en controlar su propia respiración, como si la vida le fuera en ello. A aquellas alturas, el atardecer ya pintaba el cielo con sus tonos anaranjados y la voz rasgada de Miley Cyrus llenaba el ambiente,

uno que se iba cargando de anhelo a medida que la letra avanzaba y él y yo seguíamos mirándonos a los ojos.

—Tu padre me comentó que quieres competir en las próximas Olimpiadas —dije para escapar de ese deseo que me palpitaba entre las piernas.

—Es mi intención, sí.

—¿Y qué tienes que hacer para lograrlo? No tengo ni idea de cómo funciona el mundillo.

Sabía que llevaba un año representado a su país en algunas competiciones, pero poco más. Y aquel me pareció el mejor momento para aprender más cosas sobre esa faceta de Dom. Él se dio la vuelta, no supe si para ocultar su excitación o por qué, pero terminó bocabajo, más cerca de mí. Tanto que, según con cómo se meciera el barco, nuestros hombros se rozaban. Ambos teníamos la cabeza apoyada en los antebrazos, con las cuerdas de la red clavadas que nos dejaban marcas en el cuerpo.

—Primero tengo que afianzar mi puesto en la selección francesa, que me consideren el mejor. Ya he ganado varios títulos internacionales, pero hay una lista de competiciones clave donde tengo que demostrar mi nivel. Por ejemplo, los campeonatos europeos y los mundiales son cruciales. El ranking de la WKF, la federación mundial de kárate —añadió ante mi gesto de incomprensión—, es muy importante porque determina qué atletas son elegibles para los Juegos Olímpicos.

Apoyé la mejilla sobre un puño y terminé un poco más inclinada hacia él, fascinada por el destello de pasión de su mirada.

—¿Y en qué posición estás ahora?

—Subiendo en el ranking —admitió con un orgullo que me contagió y me inundó el pecho por dentro—. Este año, mi objetivo es ganar el oro en los torneos de la Serie A y la Premier League de la WKF. Son como el circuito de élite del kárate. Ganar allí me brindaría una oportunidad real.

—Suena agotador —dije al pensar en el sacrificio que debía de implicar—. ¿Cómo lo compaginas con la carrera y todo lo demás?

Suspiró y cerró los ojos un momento. Dom estaba estudiando Derecho en la Universidad de París, pero por lo que había hablado con Silvie, no le iba demasiado bien. No le hacía mucha gracia eso de asumir el legado familiar, por eso había optado por una carrera que fuera de utilidad pero sin cargar con todas las responsabilidades. En ese sentido, era ella quien tenía ilusión por asumir el mando de Beaumont Enterprise en el futuro.

—Es difícil —admitió pasándose una mano por el cabello húmedo —. Los entrenamientos son intensos y requieren de muchas horas. Además, viajo mucho por las competiciones. Pero esto… Esto es lo que quiero hacer. Llevo practicando kárate desde los ocho años. Mi sensei siempre dice que el kárate no es solo un deporte, sino una forma de vida. Y quiero ver hasta dónde puedo llegar con ella.

—Debe de ser aterrador —susurré.

Dom paseó la vista por mi rostro y se detuvo un segundo de más en mis labios.

—Lo es. A veces pienso que no lo lograré, que tengo demasiado en mi contra y que solo una pequeña parte del proceso depende de mí. Pero no me rendiré sin intentarlo.

El sol se había hundido por completo en el horizonte, dejando tras de sí un cielo moteado de tonos pasteles que se desvanecían en la

penumbra. Con la intensidad de su discurso, su determinación admirable, me sentía como si el aire a nuestro alrededor se estuviera transformando.

—Sé que lo lograrás —confesé en un murmullo, traspasada por el orgullo que había despertado entre mis costillas—. Tienes esa chispa que te lleva a cumplir todo lo que te propones. No le temes al miedo, si es que tiene sentido. Y, si quieres algo, vas a por ello.

Se quedó callado unos segundos, tan serio que temí haber metido la pata o que la barrera idiomática le hubiera hecho entenderme mal. Todo mi cuerpo se tensó ante lo incendiario de la mirada que me lanzó. Como si cada célula de mi cuerpo se hubiera puesto en alerta ante la presencia de un depredador.

—Tienes razón —susurró—. Si quiero algo, voy a por ello.

Hubo un momento, un parpadeo en el tiempo en el que nuestras miradas se encontraron de un modo distinto. Entonces, Dom se inclinó hacia mí y me besó con fuerza, como si llevase siglos conteniéndose. En cuestión de un segundo, mi mente echó a correr, mientras que mi cuerpo permaneció estático, asustado, incapaz de responder al contacto ansiado. A pesar de la necesidad que leí en él, fue suave al principio, toques ligeros y repetidos que enviaron escalofríos por mi espina dorsal. Lo que necesitaba para despertar.

Justo en el *crescendo* de la canción, motivada por ese subidón, me lancé de lleno a aquel beso, atesorando cada pasada exploratoria de nuestros labios, las respiraciones aceleradas y la dureza de la red contra mi piel, en contraste con la suavidad de su boca. Degusté el rastro salado sobre sus labios y quise bebérmelo entero. Luego, cambió. El roce se convirtió en algo más necesitado, más decidido, y yo me encontré respondiendo a él por instinto, como si lo que había

estado guardando dentro durante años por fin encontrara una vía de escape. Alcé la mano para apoyarla en su hombro desnudo y darme algo de estabilidad, justo antes de que Dom nos moviera con una pericia que me arrancó un jadeo y acabara tumbado sobre mí, con nuestros pechos alineados.

El mundo desapareció. No había barco, ni mar ni estrellas que comenzaban a asomarse en el cielo. Solo él y yo, perdidos en mitad del Mediterráneo en un instante que sería eterno y, a la vez, me resultaría demasiado breve.

Su mano encontró mi mejilla, su toque cálido y firme, mientras profundizaba el beso con una suavidad que me dejó sin aliento. Su lengua, tímida, pidió permiso para entrar en mi boca y yo respondí como pude, nerviosa por si a él no le gustaba, por si había demasiada saliva en el proceso, por si lo estaba haciendo todo mal. Pero cuando se pegó más a mí y sentí una dureza como de hormigón contra el muslo, las inseguridades se desvanecieron y me di cuenta de que no importaba mi inexperiencia siempre y cuando ambos lo estuviéramos disfrutando. Y vaya si lo disfrutábamos.

Durante minutos, horas, eones, nos fundimos en la boca del otro, limitándonos a acariciarnos el rostro, los hombros, los brazos, temerosos de perdernos en la fogosidad que nuestros cuerpos adolescentes nos reclamaban. Y, al mismo tiempo, de un modo maravilloso que me grabé en la memoria. Porque era como si ninguno de los dos se creyera lo que estaba pasando. Como si necesitáramos del tacto leve de nuestras yemas para comprobar que aquello no era un sueño. Que era real, tan real como el bombeo encabritado de mi corazón. Tan real como el calor que irradiaba su piel. Tan real como que el chico del que llevaba cuatro años

enamorada me estuviera haciendo rozar las nubes de un atardecer tardío.

Cuando nos separamos lo suficiente como para recuperar el aliento, separé los párpados y lo encontré mirándome con una expresión que nunca antes le había visto. Una casi vulnerable y, al mismo tiempo, segura de sí mismo que hizo que el corazón me golpeara las costillas.

—Este debería haber sido nuestro primer beso, Marián —murmuró contra mis labios—. Y no por un estúpido juego de la botella.

Reí, temblorosa pero feliz, como si en mi pecho hubiera crecido una burbuja de euforia.

—No sabes cuánto tiempo llevaba esperando esto —añadió.

Con un movimiento dulce, me acarició el rostro para apartarme el pelo de los ojos, embelesado. Como quien contempla el espejismo de un oasis en medio del desierto.

—Cuéntamelo, Dom —casi supliqué—. Cuéntamelo todo.

Respiró hondo, tembloroso. Pero él no podía temerle a nada, ¿no?

—Prefiero demostrártelo —susurró justo antes de inclinarse y capturar mis labios una vez más.

Aquella noche mágica la pasamos entre besos robados bajo las estrellas, conversaciones clandestinas en la red más incómoda del mundo y risas descontroladas en las que acabamos con los brazos y las piernas enredados. Porque aquella era la última noche que teníamos para nosotros solos antes de su partida. Antes de que pusiéramos dos países de distancia entre nosotros. Y aunque la despedida tras la fiesta de la noche siguiente fue dolorosa, sobre todo por miedo a la barrera que habíamos derrumbado entre nosotros y que no nos atrevíamos a reconocer ante nuestros amigos,

también convirtió aquel verano en uno de los más mágicos que recuerdo.

12

Dom



Jueves, 31 de octubre de 2024

La lluvia golpea con fuerza el cristal mientras conduzco en silencio, acompañado por el zumbido del limpiaparabrisas y los pensamientos que se amontonan en mi cabeza. La mayoría sobre Marián.

Nuestro último encuentro en la sala de los espejos me ha alterado más de lo que había esperado. En cuanto la he visto ahí, tan seria, profesional y guapa, cada fibra de mi ser ha reaccionado como antaño. Es… desconcertante. Ocho años y un corazón roto después y aún sigue teniendo esa capacidad de alterar mi mundo de un solo parpadeo.

Y me molesta.

Me molesta que esa mujer sea la misma que llenó mis días más felices y mi vida entera sin apenas proponérselo. Y, sin embargo, ahora somos dos extraños que no dejan de encontrarse, con los ojos brillantes de anhelo. Porque sí, lo he visto relucir en los suyos con tanta intensidad como en los míos.

Esta tarde he tratado de mantenerme impasible, pero en cuanto he visto los postres que había preparado, me ha costado sostener la fachada. Porque eran suyos, tan vibrantes y únicos como ella misma, tan atenta al detalle como con sus pastelitos olímpicos. De golpe, me he visto trasladado a aquellos veranos en los que Marián creía que no reparaba en ella y, en realidad, vivía atento a su existencia. Ya entonces demostraba tener la habilidad para despuntar y codearse con los más grandes, y me repatea que no lo haya logrado. No sé por qué no ha perseguido su sueño, y cuanto más pienso en la degustación, en lo magnífica que ha sido, menos lo comprendo.

Me pregunto si ella lo sabrá; si en algún momento se habrá planteado las buenas manos que tiene o si seguirá dudando de su potencial. Marián nunca ha sido de aceptar bien las críticas, ni siquiera cuando era adolescente y confundía el azúcar con la sal por error, pero, por aquel entonces, las terminaba escuchando. Después de lo de hoy, me ha quedado claro que cualquier comentario o crítica de mi parte le supone una humillación, pero no entiende que yo jamás pisotearía sus esfuerzos.

Cuando llego a la vieja capilla, la fiesta está en pleno apogeo, y el interior me ofrece una panorámica que encaja con el tipo de fiestas que mi mejor amigo suele celebrar. No obstante, apenas tengo tiempo de escanear el espacio, no cuando mis ojos se ven atraídos hacia una esquina por puro magnetismo.

Marián.

«¿Qué narices hace ella aquí?».

Es sorprendente y exasperante cómo mi ser al completo sabe encontrarla en cada rincón. Como si tuviera un sexto sentido solo

para ella y para cerciorarme de que esté bien en todo momento. Y ahora mismo parece estar demasiado bien.

Apoyada contra la pared de piedra, Marián respira a milímetros de los labios de Bastian. Ver a mi mejor amigo inclinado sobre ella, con porte seductor y preparado para besarla, hace que el estómago me dé un vuelco. En algún lugar de mi interior se enciende una furia irracional a la que puedo ponerle nombre aunque no quiera. Sé que no tengo ningún derecho a sentir celos, pero verla en esta situación, tan cerca y tan lejos, y con alguien que no soy yo, hace que el mundo se ponga del revés. No quiero sentirme así. Odio sentirme así. Pero con cada segundo que le dedica a él y no a mí esa sonrisa que me volvía loco o con cada roce entre sus pieles…, el impulso de atravesar la sala y apartarlos al uno del otro crece.

Entonces, sus ojos conectan con los míos, predestinados a encontrarse en cualquier parte. Pardos contra castaños. Incluso en la distancia, veo que contiene el aliento, cómo se echa hacia atrás y pone distancia con Bastian. Y me siento mil veces peor, porque no tengo ningún derecho a interrumpir nada.

Hago el amago de irme por donde he venido, pero Bastian ha mirado en mi dirección ante el rechazo de Marián y me ha visto.

—¡Dom! —me llama. Aprieto los puños ante su grito, porque hace que la atención de más gente de la deseada recaiga sobre mí. Ya no me queda más remedio que acercarme—. Me alegra verte por aquí.

—Bastian —lo saludo. Logro mantener los ojos clavados en él sin perder la compostura—. Veo que te has tomado muy en serio lo de asegurarte de que los invitados estén bien atendidos.

«Mierda». No quería soltar una pulla tan directa, no cuando Marián está involucrada, pero su presencia me altera. «No la mires,

no la mires, no la mires», porque si lo hago, si encuentro reproche en esos ojos magnéticos, dolerá más que un puñetazo en los huevos. Y me lo merecería.

—Lo estábamos pasando bien, sí —interviene ella, en un francés muy seguro, y mi mundo se sacude por completo.

No me queda más remedio que mirarla; error. Desde tan cerca, su belleza eclipsa los destellos de las luces estroboscópicas. El atuendo de encaje negro destaca contra su piel pálida, expuesta por el cuello y el escote; el ahumado de los ojos hace que sus iris se vean más intensos, y el carmesí de los labios… Joder, ese color es fruto del pecado, y como la manzana prohibida, invita a que los muerdan.

—Estaba siendo una noche divertida —añade para hurgar en la herida.

Bastian se acerca más a ella y le echa el brazo por encima del hombro. La actitud despreocupada de Marián me saca de quicio. Una parte de mí le desea que disfrute de todo lo que quiera y más. Pero la otra… La otra odia con todas sus fuerzas la indiferencia de su respuesta, como si yo no fuera nadie y los días arropados al calor del verano hubieran desaparecido en el olvido.

Lo mejor que puedo hacer, lo único, en realidad, es alejarme de ella. De ellos. Y eso hago.



Paso las siguientes dos horas en una esquina, como un miserable, y permito que los moscardones que quieren una migaja de sensacionalismo se acerquen a mí. Porque este es mejor entretenimiento que ver a Marián y a Bastian bailar, con las manos

de él paseando por unas curvas que deseo memorizar. Y el mero hecho de sentir esos impulsos me genera rechazo.

Emma me encuentra entre la gente, tal vez siguiendo un rastro muy concreto, y se me acerca para charlar conmigo y ponernos al día, ya que no nos vemos desde mi incidente. Sentada a mi lado, con parte de la melena rubia adherida al cuello por el sudor y los bigotes del maquillaje de gata un poco corridos, no destila su glamour habitual. Pero imagino que es el efecto que se te queda después de cuatro cubatas.

—Esa chica tiene talento —comenta pasado un rato, consciente de que mis ojos no se despegan de Marián.

—Dime algo que no sepa —murmuro con los labios contra el borde del vaso.

El movimiento de sus caderas contra la pelvis de Bastian es tan hipnótico como arrollador, y aun así no puedo apartar la vista. La sensualidad con la que se mece al ritmo de la música, la forma en la que el pelo le cae por encima de un hombro expuesto, la sonrisa pilla que no va destinada a mí… Le doy un buen trago al refresco; ojalá fuera algo más fuerte, pero tengo que conducir, por no hablar de que últimamente me mantengo bastante alejado del alcohol.

—Había pensado en contratarla para la exposición. —Devuelvo mi atención a Emma—. Pero me preocupa que no tenga el… refinamiento necesario.

Puedo dar gracias a que el vaso sea de cristal y no de plástico, porque de ser así, lo habría aplastado entre los dedos.

—Marián es una profesional magnífica —suelto sin tapujos.

—Suenas muy convencido.

Hay un matiz peligroso en su timbre, uno que no tiene nada que ver con los efectos del alcohol y sí con el morbo del sensacionalismo. Quiere un cotilleo, algo jugoso que vender. Eso es lo que busca todo el que se acerca a mí desde verano. El único que no me ha traicionado ha sido Bastian, pero después de lo de esta noche… No, él no sabe que Marián es la exnovia que me destrozó. Por aquel entonces, mi mejor amigo y yo ni siquiera nos conocíamos. Esa historia se la conté años después y, como con todos, me quedé en las capas superficiales. Si no he profundizado con Bastian, casi un hermano para mí, mucho menos lo voy a hacer con Emma.

—Ya sabes que mi padre se deshace en halagos hacia ella cada vez que vuelve de Marbella.

—Siempre he pensado que Jacques exageraba. Ahora tengo mis dudas.

Se lleva un dedo a los labios y les da varios golpecitos.

—Si mi hermana la ha contratado para la boda de la temporada, por algo será, ¿no crees?

Sus ojos se llenan de suspicacia.

—Pareces muy interesado en que la contrate. ¿A ti te reporta algún beneficio, Dom?

—¿A mí? —replico con una risa sarcástica—. Ninguno. Pero sé reconocer una buena inversión cuando la veo. —Parafraseo a Théo, y tendré que darle las gracias más tarde—. A fin de cuentas, lo llevo en la sangre, ¿no?

Sus labios se estiran con una inquina que hace tambalear un poco mi falsa indiferencia. Si algo me ha enseñado el kárate es a reconocer una buena retirada a tiempo. Y ha llegado el momento, antes de hablar de más y ponernos en cualquier compromiso.

—Siempre es un placer charlar contigo, Emma. Pero yo me voy ya.

Cuando mis ojos se desvían a la pista de baile para ver a Marián una última vez, no la encuentro. Ese nudo cargado de ponzoña se retuerce más, porque solo imagino un lugar en el que puede estar: en el coche de Bastian de camino a su alojamiento. No obstante, me llevo una sorpresa al encontrarlos en la puerta de la capilla. El ceño fruncido de Marián despierta instintos de alerta que me impiden pasar de largo.

—¿Todo bien?

—Todo bien, Dom —me asegura Bastian, con una sonrisa confidente. Y borracha.

Esta vez es mi turno de fruncir el ceño y desviar la vista hacia Marián, quien parece apurada.

—¿Segura? —insisto en español, para ofrecerle una vía de escape en caso de necesitarlo.

—Sí, es solo que me quiero marchar a casa —me explica en mi idioma.

«A casa». Sé que está mal sentir gusto por esas dos palabras, y aun así me deleito con ellas.

—No hay cobertura —añade Bastian—, así que no puede llamar a Vincent ni pedir un taxi. Y no quiere que yo la lleve.

—Has bebido —indica Marián con un deje acusador.

—Solo han sido tres copas.

—Suficiente.

Su tono es lo bastante tajante como para ignorar la situación.

—Te llevo yo. —Sus ojos, grandes, terrosos y preciosos, se clavan en mí con un interrogante—. No he bebido nada, lo prometo.

Ni loco voy a dejar que Bastian la lleve a casa ebrio, y menos con la que está cayendo. Marián se muerde el labio inferior de ese modo dubitativo tan suyo y mis ojos recaen directamente sobre ellos, sobre la manzana prohibida en la que ha convertido su carne. El impulso de acariciarle el labio inferior con el pulgar para que deje de maltratarlo casi toma el control de mi cuerpo. Casi.

—Está bien —claudica.

Me despido de un Bastian más serio y me adelanto para concederles algo de privacidad. Poco después, las pisadas de Marián llegan hasta mí. Con las prisas, pierde el pie sobre los adoquines plagados de musgo resbaladizo y la salvo de la caída agarrándola del codo.

—El equilibrio y tú seguís sin hacer buenas migas, ¿eh? —murmuro en español.

Le echo un vistazo fugaz e incluso con la oscuridad que nos rodea y la niebla de la lluvia sobre nuestros paraguas, distingo el rubor que se extiende por sus mejillas. El gozo que siento al recordar el rojo de su piel en otros momentos más comprometidos desaparece cuando ella rompe el contacto entre nuestras extremidades como si la hubieran arrojado a las brasas. A mi lado, mis dedos se flexionan y se abren por sí solos, con un cosquilleo tan placentero como doloroso.

La garganta se me seca y la observo de reojo. Es ella, María de los Ángeles Díaz Silva, y al mismo tiempo no lo es. Ha pasado toda una vida, por mucho que solo hayamos estado ocho años separados. Y con cada nuevo segundo que pasamos juntos, incluso en el silencio más incómodo, la sensación de que el tren está a punto de partir se acrecienta.

En un instante de vulnerabilidad, con todo lo que me ha removido por dentro, estoy más que tentado a olvidar la estación de origen, el punto desde el que partimos, y lanzarme de lleno al interior del tren, que lleva como destino la posibilidad de revivir con ella los mejores momentos de mi existencia.

Pero no puedo.

Le señalo mi coche, aparcado en la falda de la colina de la capilla, y entramos en silencio. Frente al volante, con Marián a mi lado en un espacio tan pequeño, la tensión del momento se anuda en mis hombros. Ella mira por la ventanilla y no dice nada, pero noto su incomodidad. No obstante, para mi sorpresa, cuando estamos a punto de llegar, suelta la bomba.

—¿Por qué tuviste que ponerte tan crítico con los postres? —Su tono delata una mezcla de frustración y resentimiento—. Siempre tienes que aportar algún «pero», ¿verdad?

Frunzo el ceño y aprieto las manos alrededor del volante.

—Era una crítica constructiva —replico, sin apartar la vista de la carretera. Intento sonar calmado, pero hay un tinte de enojo más que evidente en mi voz.

—¿Constructiva? —se burla con los brazos cruzados bajo el pecho, lugar en el que recaen mis ojos durante dos segundos de más. Cuatro, quizá. Pero es que el encaje de su escote… Aparto la vista de golpe—. Lo único que has hecho es poner en duda mi criterio frente a mi jefa.

Detengo el coche en un lado del camino, con la silueta de la casa de invitados recortada contra las farolas del *château*. El repicar de la lluvia sobre el metal del coche me recuerda al de los tambores de guerra.

—¿Crees que lo hago para molestarte? —le pregunto encarándola —. Siempre supe que tenías talento, Marián. Siempre. Lo que no voy a hacer es aplaudirte como un mono y decirte lo perfecta que eres, como hace Silvie. Eso no te hace mejorar.

Ella parpadea, sorprendida por mi sinceridad, pero en sus ojos aún reluce un desafío.

—i¿Y qué te hace pensar que necesito mejorar?! No todos necesitamos críticas para sentir que vamos por el buen camino.

Suelto el aire que he estado conteniendo y me paso una mano por el pelo. No tengo derecho a decirle nada, yo no soy nadie para ella, pero las palabras salen solas.

—Porque no quiero que te conformes, Marián. No quiero que seas otra pastelera más, quiero que seas la mejor. Que cumplas tus sueños de una puñetera vez. Y que los cumplas porque has hecho méritos más que suficientes, no porque otros te lleven de la mano.

Abre la boca, como si quisiera decir algo, pero el eco de la lluvia lo engulle todo. Entonces, en un arrebato, Marián abre la puerta y sale con toda su energía, directa bajo la lluvia torrencial. Maldigo en voz baja y la sigo, sin importarme el agua que nos empapa de pies a cabeza. Porque no voy a permitir que me dé la callada por respuesta. Nunca más.

La alcanzo a apenas unos metros del coche y la agarro del brazo para obligarla a detenerse.

—¡No hemos terminado! —grito para intentar hacerme oír por encima de la lluvia. Como movido por mi enfado, el cielo se rompe con un trueno.

—¡Déjame! —En su voz hay una mezcla de furia y algo más—. No tienes ningún derecho a criticar mi trabajo, ni a insinuar que me

están allanando el camino. Ninguno, ¡¿me oyes?! ¡Porque no tienes ni idea de lo que he pasado para llegar hasta aquí!

El agua serpentea sobre su rostro de un modo tan maravilloso como doloroso.

—No, no tengo ni idea —respondo con la misma rabia—. ¡Porque tú no me dejaste!

La risa sarcástica que escapa de sus labios es mucho más amarga que cualquier comentario hiriente. El tic en mi mandíbula me hace acortar la distancia entre nuestros cuerpos; cierro los dedos con más fuerza alrededor de su brazo. Ella, desafiante, alza el mentón. Incluso así, enfadada a más no poder y con el pecho abierto en canal, está arrebatadora.

—Te marchaste y nunca miraste atrás —me recrimina.

—¡¿Qué?! —río, incrédulo—. No, Marián. Me echaste de tu vida. Me dijiste que no querías volver a saber de mí.

—¡Porque no estuviste ahí para mí! ¡No respondiste a mis llamadas!

La sorpresa me golpea con la fuerza de una bofetada.

—¡¿Todo por eso?! Ocho años… —Cierro los ojos e inspiro hondo para calmarme. No sacaremos nada bueno de todo esto si nos dejamos llevar por la rabia, lo sé bien—. Ocho años de silencio, ocho años separados, ¿porque no contesté al móvil una única noche?

Aparta la vista, sobrepasada, y lejos de reblandecerme, el que no sea capaz de sostenerme la mirada cuando nos estamos sincerando por primera vez en tanto tiempo me duele más. Movido por el instinto, por la memoria muscular, por estupidez, le envuelvo el rostro con una mano y la insto a mirarme. Mi palma encaja demasiado bien con su mejilla, que arde por el enfado. Ni siquiera el

agua que nos cae encima calma su ira, y tampoco la mía. No obstante, a pesar de que me lleven los demonios por la estupidez que nos hizo separarnos, no puedo ser rudo con ella.

—Marián, salí de fiesta, me quedé sin batería, me desfasé y no recobré la consciencia hasta la tarde siguiente. —Se mordisquea el labio inferior—. Te pedí perdón, una y otra vez, y tú no escuchaste.

Mi pulgar se mueve solo cuando le acaricio el labio para que lo libere. Ella coge aire con cierto ahogo y yo me pierdo en lo carnoso de su boca.

—No lo entiendes —murmura.

Intenta alejarse de mí, privarme del calor de su mejilla contra mi palma, pero la sostengo del mentón. No más silencio.

—Pues explícamelo —suplico—, aquí y ahora, vuelve atrás en el tiempo y explícame por qué no dar señales de vida durante una noche fue tan importante, tan doloroso para ti que preferiste romper conmigo antes que seguir adelante.

—¡Ni siquiera éramos novios!

Aprieto la mandíbula para digerir la estupidez que acaba de soltar y respiro hondo.

—Creo que todos los mensajes que te mandé e ignoraste y todas las llamadas que me colgaste significaban algo.

—Eso fue antes de… —susurra, temblorosa.

No puedo escucharla decir que rompió conmigo, porque intuyo que eso es lo que va a salir de sus labios y me dolería demasiado. Así que me adelanto y sigo poniendo en palabras todas esas explicaciones de las que nos privamos:

—Fui a buscarte a tu casa y no estabas, Marián. —No pretendía que fuera una acusación, pero es imposible no tomarlo de ese modo

—. Nadie que yo conociera sabía dónde estabas, y cuando te encontré, después de un infierno de noche en el que creí que te había pasado algo, me dijiste: «Ahora ya sabes lo que se siente», y que no querías volver a saber nada de mí. Creo que me dejaste bien claro qué querías, estrellita.

El apelativo me sale solo, fruto de zambullirme en los recuerdos, y ambos contenemos el aliento como si hubiera pronunciado una palabra prohibida.

—N-no me llames así —balbucea sorbiendo por la nariz.

Conmovido por el daño que le ha causado esa simple palabra sin pretenderlo, mi mano se mueve sola hasta su mejilla para recuperar la posición que le pertenece.

—Lo siento —susurro, un poco inclinado hacia ella. Sus labios, del rojo más intenso, me atraen como un faro a un barco a la deriva—. Pero no fui yo quien rompió nuestra relación, Marián. Jamás habría encontrado el valor de hacerlo. E incluso de haberlo encontrado, habría sido un estúpido. Porque tú eras lo mejor que tenía en mi vida. Ni mi familia, ni el kárate. Sino tú.

Contiene el aliento en una bocanada temblorosa que derrumba, a mazazos, toda mi entereza.

—Si eso fuera verdad, habrías estado ahí para mí en mi peor momento. —Frunzo el ceño porque no la entiendo. Estuve a su lado en todo lo que pude, en todo lo que la distancia y dos vidas que tomaban rumbos separados me permitió—. Pero ya es tarde para eso.

—No, no es tarde, Marián —replico a la desesperada, sin saber a qué se refiere—. Nunca es tarde para las explicaciones. Cuéntamelo —vuelvo a suplicar—. Cuéntamelo todo.

Durante unos segundos, repasa mis facciones con avidez, como si pretendiera memorizarlas.

—Prefiero demostrártelo —susurra.

El corazón me da un vuelco al reconocer mis palabras en las suyas justo antes de que se lance a capturar mi boca.

13

Marián



No sé por qué lo hago. Tal vez sea por haber removido el pasado. O por la cercanía de su cuerpo, que calienta el mío incluso con la lluvia que nos empapa. Tal vez sea por la desesperación en su voz. O porque me he dado cuenta de que, quizá, las cosas no fueran blancas o negras. Y eso… Eso me aterra.

De cualquier modo, lo único que se me ocurre es ponerme de puntillas y lanzarme a besarlo con la necesidad que llevo reprimiendo ocho años. El impacto es inmediato, como si uno de los rayos que rompen el cielo hubiera caído sobre nosotros con toda su violencia. Al principio, el beso es torpe, desesperado, lleno de una urgencia que no sé si proviene de los años que hemos pasado separados o de la furia de la discusión. Pero luego, algo cambia.

Una de sus manos, grandes y fuertes, asciende por mi espalda y me agarra de la nuca como si fuera lo único que lo mantiene anclado al mundo. Su boca, cálida a pesar de la lluvia, se mueve contra la mía con una mezcla de determinación y ternura que me desarma. Todo en él se siente familiar y, al mismo tiempo, desconocido. Este no es el chico que me besaba bajo las estrellas. No es el que

capturaba mis risas entre sus labios en la inmensidad de la nieve. Ahora es un hombre, con el peso de los años y las cicatrices que ambos llevamos. Yo también soy distinta, aunque en este instante me sienta como la adolescente que lo amó durante seis años con todo lo que tenía. Y eso se nota en el desenfreno con el que nuestros labios se buscan, un reencuentro ansiado que lo lleva a enroscar los brazos por debajo de mis muslos.

—Salta —susurra contra mis labios, y mi cuerpo obedece.

Porque la gravedad de su voz, la necesidad carnal en esa orden ha removido mis entrañas y ha prendido un calor viscoso entre mis muslos.

Dom me alza sin esfuerzo, enrosco las piernas en su cintura y, sin dejar de bebernos entre el agua que cae sobre nuestras cabezas, avanza hacia la casita de invitados con la habilidad suficiente para, además, aprisionar mi labio inferior entre sus dientes y arrancarme un jadeo.

Todo va demasiado rápido y, al mismo tiempo, lo siento a cámara lenta. Soy capaz de percibir matices que hasta ahora me habían pasado inadvertidos, insignificantes comparados con el incendio que Dom, solo con su boca, desata en mi interior. Su respiración agitada, la rigidez de su mandíbula aunque me esté comiendo a besos, la firmeza con la que me aprisiona contra la puerta, tan medido que sé que no se está dejando llevar.

«Porque no quiere esto —me recrimina mi subconsciente—. Tú tampoco deberías. Es tu ex, os hicisteis mucho daño. Esto no va a acabar bien». Él me estrecha con más fuerza, anclando mi cuerpo contra la puerta, y una de sus manos baja hasta mi trasero para apretarlo y soltar un suspiro contra mis labios que me hace arquear

la espalda de puro deleite. Sí que quiere esto, me doy cuenta; quiere esto y más, pero no se atreve.

—Dom… —gimo contra sus labios.

Surte el efecto deseado.

Me arranca un grito ahogado cuando me recoloca entre sus brazos con pericia y me pega a su pecho para sostenerme con una mano y usar la otra para abrir la puerta. Lo hace con el pie, con más fuerza de la esperada, porque rebota y casi nos golpea de vuelta. Ambos reímos de puro nervio y él se apresura a capturar mis labios, con una ferocidad que me agita la respiración.

—Estrellas… —masculla contra mi boca—. Joder, son estrellas puras.

El corazón se me encoge y me agarro a sus hombros con más fuerza, con la necesidad de fundirme con su piel y convertirnos en un único ser, como tantas veces hicimos en el pasado. Dos almas separadas por las circunstancias y unidas en un beso bajo la lluvia.

Con esa risa compartida, me doy cuenta de que su boca sigue sabiendo igual, a las noches a la vera del Mediterráneo, a hogar, y eso me aterra. Se me contrae el estómago en un torbellino de emociones que me dejan al borde del llanto, pero no puedo llorar, no cuando probablemente esta sea la única ocasión en la que vuelva a tener a Dom para mí. En la que volvamos a ser esos chiquillos perdidos y necesitados que encontraban su reflejo en alguien a kilómetros de distancia. Esta noche solo quiero dejarme arrastrar por los sentimientos y, por una vez, volver a sentirme dichosa. Porque está aquí, para mí, y es él, el principio y el fin de mi mundo.

Sin demasiada delicadeza, Dom me deja en el sofá, lo que me arranca otra risa nerviosa que se apresura a degustar. Mi respiración

se entrecorta contra su boca cuando sus manos se anclan en mi cintura; cuando, despacio, trepan por mi cuerpo hasta llegar a mis pechos. En esta nueva primera vez, con dos personas muy diferentes a las que éramos, no hay preguntas de confirmación, no hay miedos ni dudas inexpertas. Sabemos descifrarnos como maestros, y el modo en el que mi cuerpo se retuerce en busca de más de sus caricias es respuesta suficiente como para saber que deseo esto con todas mis fuerzas.

Arrodillado frente a mí, Dom me inclina la cabeza para profundizar el beso mientras nuestras lenguas se buscan con avidez, al tiempo que me envuelve un pecho con la mano. Se me escapa un gemido que recompensa tirando de mi labio inferior. Cuando se separa de mí, nuestros ojos se encuentran. No sé qué leerá en los míos, pero en los suyos yo solo veo una lujuria que me hace enrojecer. Mi pecho sube y baja como si hubiera corrido una maratón, y lo hace más rápido con la media sonrisa satisfecha que se perfila en sus labios. La invitación al pecado más pura.

Incapaz de quedarme quieta, me quito el abrigo como buenamente puedo, sin dejar de besarnos. Luego, levanto los brazos para él y se deshace de mi blusa, que suena con un chasquido húmedo al impactar contra el suelo. Dom inspira hondo al verme en sujetador y siento el estúpido impulso de taparme la tripa con los brazos, pero no hay tiempo para eso. No cuando él se arranca su propio abrigo y su jersey para quedar desnudo de cintura para arriba. Sus ojos se pasean por mi pecho, sobre mi sujetador calado, sobre mi piel pálida adornada con mechones empapados y colocados con una sensualidad que ni hecha a propósito.

—Perfecta —murmura para sí mismo antes de lanzarse a besarme las clavículas.

Despacio, como si quisiera dedicarme todo el tiempo del mundo, traza un camino de besos y mordisquitos descendentes, directo a mis pechos. Con una lentitud criminal que hace que me retuerza, aparta la copa del sujetador a un lado y estudia mi pezón. Las mejillas me arden ante la intensidad de su mirada, preparado para conquistar mi cuerpo entero. Pero no lo hace. Y yo me muero de ganas. Así que enredo los dedos en su cabello y lo empujo para que haga lo que estoy ansiando. Dom ríe contra mi pecho, pero encierra un pezón entre los labios. Lame, muerde y succiona con una maestría tan inesperada como incendiaria.

Mis manos corren raudas a su cinturón, se pelean con la hebilla y mi necesidad le hace reír de nuevo. Se separa un poco de mí y lo libera. Mis dedos se deshacen de los botones y casi le propino un cabezazo por el camino al bajarle los pantalones. La imagen de su erección aprisionada contra el bóxer me arrebata el aliento antes de que mis ojos se crucen con los suyos. Durante unos segundos, nos limitamos a mirarnos, como ponderando si deberíamos seguir este camino o si estamos a tiempo de volver al punto de partida.

—¿Quieres llegar hasta el final? —pregunto en un susurro.

—N-no tengo preservativo.

El temblor en su voz me retuerce el pecho, porque es igual que aquella primera vez que compartimos en una cabaña en la nieve.

—Tomo la píldora y… y estoy limpia.

—Yo también —asegura con una convicción que hace que el corazón me dé un vuelco.

Un segundo después, me he puesto en pie y lo he empujado por los hombros para que se siente donde yo estaba antes. Sisea por el contacto de la tela húmeda del asiento contra la espalda, pero pronto lo tapo con el calor de mi cuerpo. Me siento a horcajadas sobre sus piernas y le envuelvo los hombros con los brazos; me pego a él mientras le beso el cuello, le lamo y le muerdo el lóbulo. Él suelta un gruñido que despierta mariposas en mi estómago, unas que creía muy muertas y que conquistan por completo mis entrañas. Sus dedos se pelean con el cierre de mi sujetador y, por fin, libera mis pechos. La prenda cae entre nosotros y sus manos juegan con mis pezones, nuestras bocas fundidas de nuevo.

Me mezo sobre su erección, firme y dura, colocada en la verticalidad justa como para sentirla a la perfección entre mis piernas. Pero la tela restante entre nuestros cuerpos me sobra.

—Dom… —murmuro con una necesidad apabullante.

Sus manos se cuelan por debajo de mi falda y ancla los dedos a la cinturilla de mis leotardos. Y también a la de las bragas, solo que no se da cuenta, y yo no se lo digo. Lo ayudo a que me desnude, pero con la longitud de la falda entre nosotros, no me ve. Y en el fuego que brilla en sus iris castaños leo lo mucho que quiere hacerlo, lo mucho que quiere deleitarse conmigo y comerme entera despacio. Pero no puedo. No puedo calmar la urgencia y el picor entre mis piernas por fundirme con él. Necesito sentirlo dentro, necesito comprobar si sigue despertando en mí la sensación de antaño de que era lo correcto. Necesito comprobar que esto es un error y que no hay nada que recuperar entre nosotros. Necesito descubrir que el hombre del que me enamoré hace tanto tiempo y este ya no son el

mismo para cerrar esa etapa por completo y dejar que nuestros caminos se separen.

Y, al mismo tiempo, lo necesito a él.

Inclina las caderas para permitirme quitarle el bóxer y casi me relamo al verlo en todo su esplendor, con una gota húmeda sobre la punta. Me muero por saborearla, por darle el placer que sé que lo vuelve loco con la boca. Pero tampoco puedo.

Recupero mi posición a horcajadas y me aferro a sus hombros para alinear mi entrada con su polla.

—Espera, deja que te…

—Shhh… —chisto contra sus labios antes de hacerme con ellos y besarlo con necesidad.

Lo guío con una mano y, poco a poco, lo introduzco en mi interior. Dom suelta un gruñido satisfecho por la sorpresa, y a mí me vuelve tan loca el placer que le acabo de regalar que suelto un gemido largo contra su boca. Aprieto los ojos con fuerza, luchando por controlar mi respiración agitada y negándome lo bien que lo siento dentro de mí. En cuanto ha entrado del todo, en cuanto siento la tensión de toda su longitud en mi interior, me inclino hacia delante, frente contra frente, y ambos nos tomamos unos segundos de calma. Yo invierto ese tiempo en intentar recomponerme, en no romperme en pedazos por lo estúpida que he sido al creer que sentiría esto como un error, por lo intenso de los latidos de mi corazón, que se ha propuesto resquebrajarse por el peso de lo que estamos haciendo. Porque por mucho que hayamos cambiado, sigue siendo él, mi Dom, tan perfecto como siempre.

—¿Estás bien? —susurra.

Tan amable como siempre. Tan cuidadoso como siempre. Tan pendiente de mi bienestar por encima del suyo propio. Como siempre. Joder.

Asiento con la cabeza, incapaz de articular palabra. Sus manos encuentran el camino a mis mejillas y, con un cariño y una dulzura que me traspasan, me inclina el rostro para llevarme a mirarlo. Sus ojos brillan tan acuosos como los míos, y ya no podemos echarle la culpa al influjo de la tormenta. O sí, solo que es una que no tiene nada de meteorológico y que se gesta entre nuestras costillas.

—¿Segura? —insiste, aún sin movernos.

—Sí, es solo que hace mucho que no… —miento a medias.

—Yo también hacía mucho que no me sentía tan bien —completa por mí, a sabiendas de que no era eso lo que iba a decir, pero es lo que siento.

Suelto un gemido a medio camino de un sollozo contenido y Dom se inclina hacia mí para besarme con delicadeza. Mis caderas trazan círculos por sí solas, unos movimientos que nos hacen suspirar en la boca del otro al fundirnos y empaparnos en lo más profundo. Porque no follamos, como habría esperado, sino que lo hacemos lento y sentido, despacio, midiendo cada fricción y cada movimiento circular, con mi brazo rodeando sus hombros, aferrada a él para recordarme que está aquí, conmigo. Así, terminamos haciendo el amor hasta que estallo en un orgasmo que me llena de regocijo y de pena al mismo tiempo. Uno que me parte en dos y que me recuerda que, con Dom, mi corazón siempre estuvo servido en bandeja. Y que lo único que él quiso fue protegerlo.

14

Dom



Tener a Marián desnuda recostada sobre mí, compartir su calor, percibir los latidos erráticos de su corazón y las respiraciones aún agitadas es lo más parecido al cielo que podría imaginar. La tengo estrechada entre mis brazos, que conforman a su alrededor una cárcel férrea de la que no quiero que vuelva a escapar. Probablemente sea consecuencia del orgasmo, que me ha borrado cualquier capacidad de raciocinio, pero de repente me da igual nuestro pasado, me dan igual las conversaciones pendientes, me da igual todo con tal de que estos minutos se vuelvan infinitos. Con tal de que no hagamos estallar la burbuja que hemos inflado con nuestras respiraciones aceleradas.

Pero estalla. Vaya si lo hace cuando el sonido de una llamada entrante hace que Marián dé un respingo entre mis brazos. Ambos nos quedamos muy quietos, contemplándonos el uno al otro como si en nuestros iris se encerrara el mundo entero.

—No contestes —le suplico con la voz tomada por el pesar.

Ella titubea, y en el interior de sus ojos veo las dudas. Aun así, deja que el soniquete se extinga y el pecho se me hincha con un regocijo que no sé bien cómo gestionar. Ahí, en la profundidad de su mirada castaña, leo la misma necesidad que llevo yo por dentro, porque me estudia como pidiéndome que hagamos retroceder el tiempo. Como si con arrojo y determinación pudiéramos enmendar los errores que cometimos en los últimos días de aquel agosto. Y yo quiero concedérselo. Quiero agarrar el tiempo con las manos y despedazarlo para que deje de avanzar. Para que toda la existencia se reduzca a tenerla sentada sobre mí, piel con piel.

Movido por el impulso de mi corazón, que está en guerra con mi cerebro, me inclino hacia delante en busca de esos labios, de esa fruta prohibida que me ha sabido al dulce más exquisito, y ella acorta el espacio hacia mí. Sin embargo, nuestros labios no vuelven a rozarse, ya que su móvil suena con una segunda llamada entrante.

—Mierda —masculla.

Al separarse de mí y privarme de su calor, lo siento como si me arrancaran la piel a tiras. La observo mientras se inclina para rebuscar entre su abrigo, cubriéndose el pecho con una mano hasta que se pone mi jersey húmedo. «Joder». Verla con mi ropa, empapada y pegada a sus curvas, hace que me palpite la polla, que parece preparada para un segundo round.

Marián se queda rígida al encontrar el móvil.

—¿Todo bien? —pregunto poniéndome los calzoncillos.

Niega con la cabeza con un movimiento trémulo y me enseña el teléfono. En la pantalla brilla el nombre de Irene.

El corazón me da un vuelco y busco sus ojos entre la penumbra de la noche. Porque nadie que llame varias veces seguidas a las casi

tres de la mañana lo hace con buenas noticias.

La ansiedad toma el control de su cuerpo, porque deja de respirar y las manos empiezan a temblarle antes siquiera de descolgar.

—¿Irene?

La voz le sale quebrada, y algo dentro de mí se rompe un poco más. Me pican las manos con la necesidad de acercarme a ella y envolverla entre mis brazos, abrazarla y hacer mío parte de su nerviosismo para que ella no tenga que sufrirlo, pero no puedo.

—N-no te oigo bien.

Camina por delante de la chimenea con la mirada ida. Sube algo más el volumen, tanto que incluso sentado en el sofá y con el ruido que se percibe de fondo, oigo lo que se dice al otro lado de la línea.

—Sofía… Nos hemos caído por las escaleras —explica una Irene más agitada de lo que le haya oído nunca—. Estaba… Estaba subiendo a casa con ella en brazos. La luz se ha apagado por el temporizador de mierda. Me-me tropecé y… S-Sofía estaba dormidita en mis brazos. —Marián deja de caminar y yo me agarro a los cojines del sofá. No sé quién es Sofía, pero no pinta bien—. No sé cómo caímos, pero…

Marián retiene las lágrimas de puro milagro, probablemente a causa del shock. No puedo contenerme más. Me pongo en pie, me peleo con los vaqueros y me acerco a ella. No dudo ni un segundo antes de rodearla con mis brazos. Se ha quedado helada y está temblando, pero al sentir mi cuerpo contra el suyo, la rigidez de sus hombros se alivia y apoya la cabeza contra mi pecho.

—¿Y Sofía? ¿Está bien? —pregunta con algo más de calma que antes.

El corazón le late frenético en el pecho, que retumba contra mi caja torácica. Cierro los ojos y trago saliva, con el mentón sobre su cabeza. Estoy tan concentrado en gestionar mi propia ansiedad que apenas entiendo lo que dice Irene. Habla de puntos en la cabeza y en la barbilla. De un escáner craneal. De que perdió la consciencia. Rezo todo lo rezable porque he intuido que se trata de una niña pequeña, tal vez hija, sobrina o algo relacionado con Irene, la mejor amiga de Marián, y espero que esté bien. Que no se desmorone, porque como lo haga, yo…

—No te culpes —replica Marián. Ha dejado de temblar y, despacio, se separa de mí para retomar su caminar nervioso—. No, no es culpa tuya, Irene. Estas cosas pasan, ¿vale?

Respiro hondo de nuevo y hago acopio de toda mi entereza. Conocí a una Marián hace años, una que no es la misma que la de ahora, y aunque no sé si me necesitará, yo sí necesito reunir mi calma de siempre para ofrecérsela si la quiere.

Le concedo la privacidad que debería haberle dado desde el principio y me escabullo a la cocina —que tampoco está demasiado lejos—. Lleno la hervidora de agua, la dejo en su soporte y acciono el mecanismo para calentarla. Después, me apoyo sobre la encimera, con la cabeza laxa entre los hombros.

Marián guarda silencio, supongo que escuchando a Irene, y yo me concentro en ralentizar el ritmo frenético de mi corazón. Ni previo a las competiciones el pulso me late tan rápido, y es que ese es el efecto que Marián ha causado siempre en mí, capaz de desestabilizar todo mi mundo incluso después de discutir. Incluso tras una ruptura por unos motivos que, intuyo, me van a destrozar.

Tras hacer el amor cuando lo que deberíamos haber hecho era follar cargados de rabia.

Cierro las manos en puños sobre la encimera. He sido un idiota al dejarme arrastrar por el deseo, porque esto, sea lo que sea, no nos va a hacer ningún bien. No nos traerá nada bueno. Ambos tenemos nuestras vidas, nuestros propios planes y demasiado orgullo para enfrentarnos al problema de frente. Porque cuando Marián mencionó que esta casa no era lo bastante grande para alojar el mío, se olvidó de que el suyo tiene el mismo tamaño. Y eso requiere demasiado espacio, uno que ya no sé si quiero poner entre nosotros.

Joder, debería querer toda la distancia del mundo entre nosotros. Entonces ¿por qué solo de pensarlo me odio? El sexo ha sido tremendo, una puta maravilla, y ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que me corrí con tanta fuerza. ¿Acaso es eso? ¿Que el subidón del orgasmo ha fundido las pocas neuronas que me quedaban antes de lanzarme a corresponderle el beso?

—Me tienes aquí, Irene —murmura con la voz algo ronca—. Avísame con lo que sea.

Vuelvo al salón, porque estar lejos de ella me quema. Porque estar cerca de ella ahora mismo también me quema. Porque no sé lo que necesito, pero sí lo que a ella le hace falta. Se ha quedado absorta contemplando la pantalla del móvil con gesto de preocupación y la mirada perdida. Agarro la manta del reposabrazos y la envuelvo con ella antes de dar un paso atrás y poner la distancia que necesitamos entre nosotros.

Sale del trance al percibir el peso de la tela, se agarra a ella y frota los dedos para empaparse de su gustosidad.

—¿Te apetece una tila? —le ofrezco con dulzura.

Asiente con la cabeza, un movimiento minúsculo.

—Venga, ven —susurro.

Entrelazo sus dedos con los míos, la oigo contener el aliento y no me permito pensar en lo natural que me ha resultado volver a unir nuestras manos. Como un nudo que nunca debió soltarse.

Aferrada a la manta, la conduzco hasta la cocina, la coloco frente a la isla y, con las manos ancladas en una cintura que me muero por volver a recorrer, la levanto para sentarla sobre el mármol. Ahoga una exclamación, con las manos aferradas a mis hombros desnudos. Ahora está a mi altura, perfecta para un beso que me tienta darle, pero no lo hago.

—No te muevas, ¿vale? —le pido con un nudo en la garganta.

Necesito tenerla ahí, controlada, donde sé que estará bien. Donde recibirá mis cuidados si quiere aceptarlos.

—¿Quieres hablar de ello? —le pregunto de espaldas a ella mientras preparo la infusión.

—Es… Es Sofía. La hija de Irene.

Parpadeo varias veces y prosigo con mi tarea. Me doy la vuelta y le tiendo la taza, que acepta entre sus manos y empieza a soplar. Tan impaciente como siempre, en eso no ha cambiado.

—Estaban subiendo las escaleras de su piso, se ha apagado la luz, Irene se ha tropezado y se han caído por las escaleras. Parece que Sofía está bien, aunque le han puesto algunos puntos y van a pasar la noche en el hospital. Se ha dado un buen golpe en la cabeza y el pediatra prefería ingresarla para quedarse tranquilo.

Sorbe por la nariz y se limpia las mejillas con la manga de mi jersey. Una puñalada en el pecho duele menos que ver sus mejillas empapadas, y no por la lluvia. Chasqueo la lengua, le quito la taza y

vuelvo a estrecharla entre mis brazos. No me importa si con cada nuevo abrazo fijo un clavo más en mi ataúd. Los aceptaré todos con gusto y me resignaré a una vida de entierro si con eso consigo que deje de llorar.

—Seguro que se pone bien —la arrullo, apretando más fuerte.

Nos quedamos abrazados el uno al otro durante varios minutos, hasta que deja de hipar y de estremecerse contra mí. Solo entonces me permito un momento más de vulnerabilidad y le beso la cabeza durante varios segundos, con los ojos cerrados con fuerza e inhalando su fragancia. Cuando me separo de ella, me alivia no encontrar rastro de las lágrimas.

—¿Quieres ir a verlas?

Se queda a medio camino de coger la taza, parpadea repetidas veces y ladea el rostro hacia mí con los labios apretados.

—Si me voy, perderé tiempo para preparar la segunda prueba de degustación —susurra, contenida.

Mis ojos viajan por sus facciones redondeadas, sus cejas oscuras y llamativas, sus labios gruesos. El inferior ha empezado a castigarlo una vez más. Mi pulgar va a su encuentro y lo libero con una caricia.

—Siempre terminas haciéndote daño —digo en voz baja, con la atención fija en su boca.

«Joder. Joder. Joder». No puede ser normal que mi corazón se encabrite ante la mera perspectiva de volver a degustar sus labios. Algo no va bien dentro de mí.

—¿Quieres volver a España?

Coloco las manos a ambos lados de su cuerpo, casi enjaulándola ahí sentada sobre la encimera. Su rostro está peligrosamente cerca del mío, una de sus manos apoyada en mi antebrazo, casi como si

necesitara del contacto para anclarse al momento. Su cara, algo cabizbaja, queda un poco oculta por la cascada de cabello castaño. Y no quiero perderme ni un solo segundo las increíbles vistas de su rostro, así que se lo recojo detrás de la oreja.

—No puedo hacerle eso a tu hermana —murmura.

Mi mano encaja en su mejilla, la otra hace lo mismo, y le inclino el rostro para que me mire.

—Eso es lo de menos. Silvie lo entenderá. Irene y Sofía forman parte de tu familia, y ahora ellas te necesitan más que nadie. Vuelve a España.

Se mordisquea el labio inferior una vez más, y con solo desviar mi atención a este deja de hacerlo. Durante un tiempo que se me antoja infinito, compartimos aliento, casi como si nos besáramos pero con una intimidad muy diferente. La de las corazas bajadas y las barreras caídas.

—Está bien —claudica.

Le entrego mi móvil para que busque un vuelo a primera hora de la mañana. Mientras tanto, voy a su dormitorio, saco el pijama de debajo de la almohada —muy a la española— y vuelvo a la cocina. En silencio, la ayudo a enfundarse la franela y a ponerse cómoda. Después, rebusco entre los armarios para prepararle algo de cenar, aunque sean las tres de la madrugada.

—¿Ha habido suerte? —pregunto cuando encuentro un paquete de galletas.

—Nada hasta el domingo —farfulla.

Le ofrezco galletas y ambos las contemplamos entre sus manos, pequeñas en comparación con las mías.

—En ese caso, te llevo yo —digo sin pensar. Levanta la cabeza, casi como asustada. Me gustaría alisarle la arruga entre las cejas, pero me limito a sonreír de medio lado—. Tenemos un jet en un hangar en el aeropuerto de Quimper, a veinte minutos en coche de aquí. Es tuyo si lo necesitas.

Entreabre los labios y sus ojos se pierden en mis facciones.

—¿Harías eso por mí? —susurra, la voz temblorosa de nuevo.

—Te regalaría el cielo si me lo pidieras, Marián —sentencio en tono regio.

Ambos somos conscientes de la importancia de mis últimas palabras, y así me lo hace ver que sus ojos se carguen de unas lágrimas que retiene a duras penas. Pero ya no me importa, por esta noche no, al menos. Porque pocas cosas he tenido más claras en mi vida, y da igual el tiempo y la vida que pasen entre nosotros que, a costa de mi integridad, siempre haría lo que fuera por verla feliz.

Lo de en medio

Diciembre de 2014

El avión aterrizó en el aeropuerto de Zúrich entre nubes bajas y llovizna, un clima que contrastaba con la energía que bullía en mi pecho. El corazón me latía con fuerza mientras esperaba a que el resto de los pasajeros se levantaran de sus asientos y recogieran el equipaje de mano. Era mi primer viaje sola, y también el primero fuera de España, y con cada segundo que pasaba, me sentía más pequeña frente a lo que me rodeaba. Desde los carteles en alemán e inglés hasta la pulcritud del aeropuerto, todo me recordaba que había dejado atrás lo familiar, al menos durante unos días. Y lo agradecía.

Papá y mamá cada vez discutían más, y no sabía los motivos. Él a veces llegaba tarde a casa, con un humor voluble en el que se desdibujaba el Rafael cariñoso que me había criado. Se estaban dando cambios en el resort, bien lo sabía yo, y había muchos rumores de que la plantilla se vería afectada. A mí ya me habían avisado de que el verano siguiente no contarían con mis servicios como refuerzo en la zona de piscina, y había sido un palo, no solo porque a veces ayudaba a pagar algunas facturas, sino porque suponía enfrentarme a la incertidumbre de si podría seguir

ahorrando. Llevaba trabajando desde los dieciséis, y con lo hormiguita que era yo, a los dieciocho casi había conseguido ahorrar la mitad del precio de la matrícula para el curso de Chloé Cadeau. Con un poco de suerte, podría matricularme en la promoción de los veintiuno o de los veintidós. Pero todo apuntaba a que mi suerte se había agotado.

Aun así, no me venía abajo, porque aprovechando los meses de invierno, estaban reformando una parte del restaurante para abrir una sección gourmet en la que había mostrado mi interés de cara a Recursos Humanos. Esperaba que, por ese lado, la suerte me favoreciera y me dieran una oportunidad en un sector que estaba algo más relacionado con mi carrera culinaria.

Ver a monsieur Beaumont y a Silvie esperándome en la zona de llegadas me sacó de mis pensamientos. Silvie, con el cabello rubio recogido en una coleta, agitaba la mano con entusiasmo, mientras que Jacques sostenía una pequeña pancarta que decía BIENVENUE, MARIAN, escrita con una caligrafía pulcra y elegante. Al verlos, una oleada de alivio me recorrió de arriba abajo, lo que disipó un poco los nervios acumulados durante el vuelo.

—¡Marian! ¡Por fin! —exclamó Silvie en un español un poco más pulido que el del agosto anterior. Como siempre, me estrechó en un abrazo al que correspondí.

—Bienvenida a Suiza —dijo monsieur Beaumont cuando él también me abrazó.

A pesar del recibimiento acogedor, no pude evitar que mi mirada buscara a alguien más. ¿Dónde estaba Dom? Había supuesto, sin pensarlo demasiado, que también vendría a recogerme. El corazón se me encogió un poco al darme cuenta de que no era así.

—Dom está en la cabaña —me explicó Silvie, al leer mis pensamientos—. Se ha quedado con mamá para prepararlo todo para estos días. Ya sabes cómo es, no elude sus responsabilidades.

—A diferencia de ti —puntualizó su padre—, que te escaqueas a la mínima de cambio.

—¡Recoger a mi amiga no es escaquearme! —se defendió entre risas.

Oírla referirse a mí como su amiga seguía calentándome el pecho, pero ya no quedaban dudas de que lo éramos, sobre todo si teníamos en cuenta que llevábamos tres meses hablando casi a diario.

Durante ese tiempo, y aunque hubiéramos mantenido el contacto, ni Dom ni yo nos habíamos atrevido a mencionar lo del yate, tampoco el beso de despedida furtivo tras la fiesta de la noche siguiente, en el baño de la embarcación. Así que no sabía en qué punto estábamos: ¿éramos un simple rollo?, ¿amigos que se mostraban su afecto de forma puntual y —muy— efusiva? Follamigos no podíamos ser, eso sí que lo tenía claro. Pero ¿y si no éramos nada? Esa posibilidad me aterraba, porque ya era tontería negar mis sentimientos por él y deseaba, con todas mis fuerzas, que fuera recíproco.

El viaje desde Zúrich hasta Zermatt fue largo pero espectacular. A medida que nos alejábamos de la ciudad, los paisajes urbanos dieron paso a valles cubiertos de nieve y montañas que querían tocar el cielo. Hasta el tren parecía sacado de una película, con grandes ventanales que mostraban ríos congelados, bosques de abetos y pueblecitos con casas de madera de cuento. La belleza del paisaje me robó el aliento, pero también me hizo sentir más fuera de

lugar que nunca. Todo era tan increíble, tan diferente de mi rutina en Marbella…

—¿A que es precioso? —me preguntó Silvie, inclinada hacia mí desde su asiento.

—Me flipa —murmuré, incapaz de apartar la vista del paisaje.

Así como los Beaumont pasaban todos los agostos en Marbella, dedicaban los diciembres a una casita que tenían en Zermatt. Los últimos años, por los estudios, Dom y Silvie solo habían pasado en ese lugar unos días, aunque de pequeños disfrutaban de todas las vacaciones de invierno allí con sus padres. Su vida estaba llena de tradiciones que una parte de mí envidiaba, no nos íbamos a engañar, sobre todo con lo raros que estaban papá y mamá en esa época.

Cuando por fin llegamos a la casa, el aire frío y limpio me golpeó con fuerza. La construcción era un sueño en sí misma: una cabaña de madera oscura con un tejado cubierto de nieve y ventanales que dejaban entrever el resplandor cálido de una chimenea encendida. El cielo había empezado a teñirse de tonos naranjas y rosados, y el silencio solo se interrumpía por el crujido de la nieve bajo nuestras botas.

—¡Ven, que te la enseño!

Me dejé arrastrar por el entusiasmo de Silvie cuando me llevó al interior.

Por dentro, era aún más acogedora. Las vigas de madera oscura, los sofás verdes frente a la chimenea y los tapetes aquí y allá, mantas tejidas a mano y jarrones con flores secas; todo en su conjunto parecía de revista. Silvie me condujo de una habitación a otra para mostrarme los dormitorios, la cocina y la terraza con vistas a una de las montañas más majestuosas que hubiera visto nunca,

estrecha y espigada con un pico que pretendía rozar la luna casi llena.

—Este será tu cuarto —dijo al abrir una puerta de la planta superior. Daba a una habitación pequeña pero encantadora, con una cama doble cubierta por un edredón a cuadros rojos y blancos—. Dom duerme en el de la derecha, y yo en el de la izquierda. El baño es esta puerta de aquí —abrió la del final del pasillo—, y esta es la de mis padres.

—Es perfecta —me sinceré y dejé la maleta a un lado—. Gracias por invitarme.

—No tienes que darlas. Me apetecía pasar unos días con una de mis mejores amigas.

Se encogió de hombros, como si esa invitación no supusiera un gasto de cientos de euros para sus padres, y mis mejillas enrojecieron solo de pensarlo. Me había insistido mucho para que aceptara, porque me sabía mal que se gastaran ese dinero en mí. Luego usó la baza de «el mes que se pasan Théo y Antoine con nosotros en el Marbella Paradise Resort sale diez veces más caro» y terminó por convencerme. Me apetecía abandonar la burbuja, conocer algo más que la Costa del Sol y, sobre todo, escapar del ambiente asfixiante de casa.

Nos reunimos para cenar un poco más tarde, después de ducharme y deshacer la maleta. Fue entonces cuando vi a Dom, enfundado en unos pantalones negros y un polar rojo que generó un impacto en mí parecido a si un tío veía a una tía en picardías. ¿Por qué? Bueno, pues eso se lo preguntamos a mis hormonas revolucionadas.

Me estaba esperando al final de las escaleras, con las manos cerradas a la espalda y cierto aire de nerviosismo. Cuando nuestros ojos conectaron, me detuve al inicio de las escaleras, con la respiración contenida y el corazón galopando en mi pecho. Tenía que ser ilegal lo guapo que era.

Como si leyera mis pensamientos, estiró los labios en una media sonrisa socarrona que hizo que me temblaran las piernas. Saqué valor de mis entrañas y bajé hasta quedar a su altura. O por debajo de él, teniendo en cuenta que me sacaba una cabeza.

—N-no te he visto antes —fue mi saludo.

Sus ojos se demoraron en su escrutinio, como si estuviera analizando si había cambios en mí, cuando solo habíamos pasado tres meses separados.

—He ido a por algo más de leña.

Por supuesto que había ido a por leña. Lo que le faltaba a mi libido, una imagen mental perfecta de Dom partiendo troncos con esos brazos imposibles y que protagonizarían mis sueños húmedos de esa noche.

Dom se inclinó hacia mí y su fragancia a aftershave, entremezclada con el frescor de los abetos, invadió por completo mis sentidos. Lo había echado tanto de menos que los ojos se me inundaron de lágrimas.

—Me alegro mucho de verte, Marián.

Con la lentitud que lo caracterizaba, se inclinó y me besó la mejilla de ese modo intenso y único que había reservado para mí, con la mano en mi cintura y nuestros pechos tan cerca que casi se rozaban. Al separarse, su mirada recayó sobre mis labios, y en ella pude leer la indecisión, si debería besarme en la boca o no. Saber

que los dos estábamos igual de perdidos no me ayudaba en lo más mínimo.

—¡La cena ya está! —anunció Silvie desde el comedor, y no nos quedó más remedio que dejar las dudas para otro momento.

La comida que Jacques y Michelle habían preparado tenía una pinta de muerte, con una *fondue*, pan crujiente y una selección de quesos y embutidos. No me los habría imaginado cocinando ni en mil vidas, pero desde que los conocía, los Beaumont me habían demostrado que los ceros infinitos en sus cuentas bancarias no los definían.

Silvie ya estaba sentada a la mesa, meciendo los hombros de un lado a otro con emoción. Era de esas personas que expresaban su amor por la comida con bailecitos, y a mí me encantaba. Tomé asiento a su lado y Dom lo hizo frente a mí.

—¿Alguna vez has esquiado, Marian? —me preguntó monsieur Beaumont mientras me llenaba la copa de vino blanco. Aún no le había pillado el puntillo al vino, pero con la cerveza también había tardado varios meses.

—Nunca —admití con un ligero rubor—. Para ser sincera, es la primera vez que veo la nieve.

—¡¿Qué?! —exclamó Silvie—. Pues eso hay que remediarlo. Mañana mismo vamos a esquiar.

—No sé… —titubeé—. Me da cosilla. Soy un poco patosa.

Madame Beaumont sonrió con cariño y miró a su hijo, quien apartó la vista con cierta vergüenza.

—No te preocupes —dijo Silvie con un ademán de la mano—. Dom es el mejor profesor que vas a tener.

—¿Yo?

—¿Él? —dijimos al unísono y nos miramos.

—Se le da mejor el snow, pero también es muy bueno esquiando, el condenado. —Le lanzó un trocito de pan que su hermano pilló al vuelo.

—¿Es que no hay nada que no se te dé bien? —pregunté medio en broma, medio en serio.

De nuevo, sus labios se curvaron con sutileza. Aquella vez, sin embargo, en su mirada distinguí un ardor que subió desde mi estómago hasta mi cuello y que me llevó a tirar del jersey hacia abajo para darme un poco de aire con disimulo.

—Puedo demostrártelo, si quieres —se ofreció con un encogimiento de hombros.

El recordatorio de otra demostración, en la red de un yate, con las estrellas como únicas testigos, me calentó la sangre todavía más. Y no fueron imaginaciones mías, porque la mirada de Dom se volvió más oscura, peligrosa, con una intencionalidad real detrás que nada tenía que ver con un ofrecimiento inocente.

—M-me encantaría —terminé por responder.

A la mañana siguiente, la estación de esquí estaba hasta los topes. Los niños corrían de un lado a otro mientras arrastraban unos esquíes que parecían demasiado grandes para ellos y los adultos se ajustaban los cascos, las botas mientras charlaban y reían animados.

Silvie desapareció a la primera de cambio con su tabla de snow bajo el brazo, aquellas gafas gigantes y una sonrisa aún más grande. Sus padres, por su parte, optaron por quedarse en el edificio principal de la estación, una cabaña de proporciones descomunales,

para disfrutar de las vistas desde la terraza acristalada y del spa. Dom y yo nos dirigimos hasta una pendiente suave, perfecta para principiantes.

—Lo primero es aprender a mantener el equilibrio —me explicó con una calma que contrastaba con mis nervios.

Si me había parecido guapo con unos pantalones oscuros y un polar rojo, con toda la equipación de esquí, el casco y las gafas estaba —extrañamente— arrebatador. Había un algo en él que lo hacía parecer profesional, serio, maduro, como si lo tuviera todo bajo control. La seguridad con la que se enfrentaba al mundo me gustaba y me atraía mogollón.

Dom se agachó delante de mí para reajustarme los agarres de las botas hasta que me dolió un poco y me dio un par de golpecitos en el casco que me arrancaron un bufido. Sin duda, esa naturalidad y su cercanía iban a acabar conmigo. A solas, hasta me picaban los dedos con las ganas de volver a tocarlo. De volver a besarnos.

—Estoy lista —le aseguré.

—No, no lo estás —replicó con esa sonrisa ladeada—. Pero en algún momento tendremos que empezar.

Me enseñó a flexionar las rodillas correctamente, a inclinarme un poco hacia delante, a usar los bastones para estabilizarme y a poner los pies en V para frenar. Cada vez que me tambaleaba, sus manos estaban ahí para corregirme la postura o ayudarme a levantarme.

—¿Siempre eres tan buen profesor? —le pregunté mientras me masajeaba el culo tras una de mis numerosas caídas.

—No. Solo con las alumnas prometedoras —respondió, y me guiñó un ojo.

«¡Me ha guiñado un ojo!». La naturalidad del gesto me dejó tan idiotizada que no me di cuenta de que los esquíes empezaron a moverse y me deslizaba hacia atrás. Cuando me percaté, grité del susto, solté los bastones y me incliné hacia delante para intentar frenar con las manos. La pendiente se inclinó en cuestión de un parpadeo y adquirí velocidad más rápido de lo que pude procesar. Solté un chillido agudo mientras me deslizaba pendiente abajo de espaldas, sin posibilidad de virar los esquíes para detenerme. El corazón se me subió a la garganta y me imaginé abriéndome la cabeza contra un árbol tras despeñarme por la ladera.

«Un buen motivo para morir, Marián. Idiotizada por Dom».

No morí, por supuesto, porque unos cien metros más abajo, él me interceptó, con su maestría con los esquíes, y me envolvió entre sus brazos para detenerme. Sentirlo rodeándome, con su cuerpo pegado al mío, me alteró más que la posibilidad de morir, así que me convertí en un manojo de extremidades como tentáculos hasta que acabé frotándome contra él y haciendo que ambos perdiéramos el equilibrio.

Caímos sobre la nieve en una posición ridícula, con los esquíes patas arriba, sueltos y clavados en el polvo blanco. Durante unos segundos permanecimos callados, conscientes de lo absurdo que había sido, de su cuerpo presionando el mío contra la nieve, que me cubría por completo.

—¿Por qué narices has soltado los bastones? —me preguntó reprimiendo una risa.

—No lo sé, he entrado en pánico.

Me miró a los ojos fijamente.

—Retiro lo de la alumna prometedora.

Entre los nervios y lo mucho que se esforzaba en contener la risa, acabé estallando en unas carcajadas a las que no tardó en sumarse. Se me cortó la respiración ante la musicalidad de su risa, grave y profunda y con una explosión de felicidad que se trasladó a mi propio pecho. Dom era más de sonrisas que de carcajadas, y pocas veces nos deleitaba con aquel sonido. Uno que, en la inmensidad del bosque, en la parte baja de una pista de principiantes que casi nadie usaba, fue solo para mí.

Un regalo.

—¿Estás bien? —preguntó al percatarse de mi ensimismamiento.

—H-hazlo otra vez —le pedí, con las mejillas enrojecidas, y no por el frío.

Él ladeó un poco el rostro y me miró con un brillo especial en los ojos.

—¿El qué?

—Reír para mí —confesé en un susurro que le arrebató la respiración.

Después, muy despacio, en esos labios que me moría por besar se perfiló una sonrisa entrañable, colmada de un cariño que me aguijoneó el pecho.

—Solo si tú ríes para mí —murmuró, con el rostro tan cerca del mío que podía contar sus pestañas y todas las motitas verdes en sus iris castaños.

Mi sonrisa tuvo que destellar como el mismísimo sol, porque su mirada se dulcificó. Un segundo después, tenía la mano de Dom en mi cintura. El estómago se me contrajo con un espasmo involuntario que no duró, pues se vio reemplazado por una carcajada en cuanto empezó a hacerme cosquillas. Cómo lo consiguió con la cantidad de

ropa que nos separaba, no lo supe. Tan pronto como la risa inundó mi pecho, desapareció ante la presión de sus labios contra los míos.

Fue un beso suave al principio, cargado de una necesidad con la que me identificaba. Pero pronto se volvió más profundo, lleno de todas esas palabras que se habían quedado sin decir los últimos meses. Nuestras lenguas salieron a buscarse, a tantearse, a reconocerse y reencontrarse, deseosas de fundirse en el otro. Lancé los brazos por detrás del cuello de Dom para pegarlo a mí, para sentirlo más cerca, y le mordí el labio inferior con una picardía y una valentía que no sabía de dónde salían. Pero con Dominique Beaumont me sentía valiente, capaz de conquistar el mundo a través de su boca. Y así se lo demostré cuando tomé el control del beso, cuando lo reclamé con mayor necesidad y él me dejó hacer. Al sentir su mano sobre mi trasero, apretándolo con el mismo deseo que me palpitaba entre las piernas, se me escapó un gemido que encontró reflejo en un suspiro suyo.

Pasada una vida entera —y no el tiempo suficiente a la vez—, Dom se separó y apoyó su casco contra el mío, como intentando que nuestras frentes se rozaran.

—Ahora ya lo sé —susurró contra mis labios.

—¿El qué?

—A qué saben tus risas.

Contuve la respiración, con los ojos picándome por las lágrimas de emoción.

—¿Y a qué saben, Dom?

Él se tomó unos segundos para mirarme. Se detuvo más de lo normal en mis mejillas, de seguro enrojecidas, y pasó el dedo

enguantado por mi piel caliente. La sentía húmeda por la nieve que debía de haber caído sobre nosotros.

—Saben a estrellas.

—¿A estrellas? —pregunté con una risa nerviosa.

Él asintió, muy convencido.

—Incluso con miles de kilómetros entre nosotros, las estrellas serán las mismas para ambos y siempre sabré encontrarlas. Como a ti, Marián.

Conmovida, solté un ruidito ahogado. Dominique Beaumont se lanzó de nuevo a por mis labios y yo me perdí en la magia que nacía en mi corazón. Deseaba, con todas mis fuerzas, reencontrarnos en las estrellas de nuestros besos una y otra vez.

La cabaña estaba sumida en un silencio reconfortante. Tras cenar y pasar un par de horas jugando a juegos de mesa con la familia Beaumont —de los que Silvie salió victoriosa—, nos habíamos retirado a nuestras habitaciones. Yo me había metido bajo el edredón, con el corazón aún contento por el día que había vivido. No solo por haber aprendido a esquiar —un poquito—, sino por él. Por Dom. Por cómo se había reído conmigo. Por cómo sus labios habían buscado —y encontrado— los míos sin vacilar, como si fuera lo más natural del mundo. La sensación de su peso sobre mí, el contraste del calor de su cuerpo y del frío de la nieve… Todo se había quedado grabado en mi memoria. Cada vez que cerraba los ojos, regresaba a ese momento y el corazón se me desbocaba como si lo reviviera.

Abrí el portátil y me conecté a Skype para poner al día a Irene. Le escribí un mensaje breve, lleno de mayúsculas y exclamaciones,

sobre mi primer día en la nieve, que Dom había sido un profesor paciente y… Bueno, no me atreví a entrar en muchos detalles, pero ella se imaginó el resto y acertó.

Tras despedirnos un rato después, me quedé mirando la pantalla, incapaz de conciliar el sueño. Al final, opté por poner vídeos de repostería en YouTube. Algún día, pensé, tal vez podría compartir mis propias creaciones así. La idea de abrir mi propio canal ya me había rondado antes por la cabeza, pero nunca me había atrevido a intentarlo.

El sonido de un mensaje entrante interrumpió mis pensamientos. Era de Dom:

Duermes ?

El estómago se me contrajo y una oleada de calor me invadió el rostro mientras releía aquella palabra. De él me gustaba hasta que separara las exclamaciones y las interrogaciones del cuerpo del mensaje, muy a la francesa. El pulso empezó a latirme tan rápido que temí que despertara a toda la casa. Quise responder, pero me detuve. Un simple «sí» sonaba seco, y tampoco quería parecer demasiado entusiasta porque me escribiera ni demasiado indiferente. Tecleé algo, lo borré. Volví a intentarlo. Nada.

Antes de terminar de decidirme, la puerta de mi habitación se abrió con un chasquido casi imperceptible. Levanté la vista y ahí estaba Dom. Apenas distinguía su silueta bajo la tenue luz que entraba por la ventana, pero no necesitaba verlo con claridad para saber que era él. Cerró tras de sí con delicadeza y se apoyó en ella.

—¿Qué haces? —susurré.

—Me apetecía verte —respondió, como si fuera lo más obvio del mundo.

Yo no supe qué decir. Estaba recostada en la cama, con el portátil sobre las piernas y un viejo pijama de franela de cuadros rosas. Incluso en extremos opuestos de la habitación, mientras Dom me observaba apoyado en la puerta, me sentí vulnerable. ¿Qué significaba que estuviera allí, en mitad de la noche?

Despacio, casi con andares de depredador, se acercó a la cama y se sentó en el borde.

—¿Qué hacías? —me preguntó inclinado hacia mí.

El susurro de sus palabras me acarició las mejillas.

—Ver vídeos —respondí, y sostuve el portátil como si fuera un escudo.

—¿De qué?

—De repostería. Árboles de Navidad de hojaldre, cupcakes, galletas con formas navideñas…, cosas así. —Me encogí de hombros, un poco avergonzada—. Me relaja verlos.

—A mí me entraría mucha hambre —bromeó.

Con un movimiento elegante, se acostó en la cama y terminó apoyado sobre un codo a mi lado. Yo solté una risita baja por su comentario y él extendió el brazo hacia el portátil para darle al play. Nos quedamos viendo el vídeo durante los quince minutos que duró, en un silencio que me resultó asfixiante.

—Tú ya sabes hacer esto —dijo al acabar.

—¿El qué?

—Los cupcakes. Los dominas. Te salen de muerte.

—Tampoco exageres, que solo los has probado una vez —le rebatí, divertida.

—Más que suficiente para saber que son perfectos.

Mi sonrisa se profundizó.

—Siempre hay margen de mejora —dije—. Ellas tienen herramientas más modernas que facilitan las cosas, y yo me apaño con lo que tengo. Aunque a veces me gusta imaginar cómo sería contar con todos esos medios o si me atreviera a compartir mis recetas en internet.

Me mordí la lengua de golpe, consciente de que le había confesado un sueño infantil a un veinteañero que trabajaba para convertirse en medallista olímpico. Incluso en la penumbra, y sin atreverme a apartar la vista de la pantalla, sentí su escrutinio.

—Pues hazlo. Ábrete un canal de YouTube.

Me mordí el labio inferior y negué con la cabeza.

—No sé. No me gustan las cámaras ni la exposición. —Ambos callamos, conscientes de lo que eso implicaba. De repente, me sentí tan agobiada que añadí—: Además, no tengo el carisma suficiente para…

—Te sobra carisma, Marián —atajó en tono firme. No supe cuándo, pero se había acercado más a mí, tanto que al mirarlo casi rocé mi nariz con la suya—. Vas por ahí intentando parecer invisible, y no te das cuenta de que eres el sol alrededor del que todo el mundo orbita.

El pulso se me aceleró por la convicción con la que lo dijo. Cuando se inclinó hacia mí para acariciarme la mejilla y acunarla, pensé que me estaba dando un infarto. Tenía los dedos fríos en contraste con mis mejillas encendidas, y lejos de disgustarme, lo sentí como la caricia que necesitaba para templarme.

—Eres increíble, Marián —susurró contra mis labios, y cerré los ojos por inercia, anticipando el momento en el que nuestras bocas se rozaran—. Y qué ganas tengo de que te des cuenta.

Sus labios acariciaron los míos en una pasada tentativa, como si fuera nuestro primer encuentro y tuviera miedo de asustarme. Al no retirarme, volvió a mí, esa vez en una caricia más consciente, para capturar mis labios entre los suyos con mayor afán. Y entonces correspondí al beso, cansada de la suavidad, y lo profundicé. Dom respondió con un jadeo que acallé con una chistada y una risa que él se tragó gustoso. Me pregunté cuántas estrellas saborearía aquella noche. Cuántas degustaría a lo largo de la vida que estaba más que encantada de entregarle. Si las querría todas o si se empacharía de ellas pronto.

Cortó mi línea de pensamientos cuando tiró de mí para recolocarme sobre la cama y tumbarme por completo, con lo que obtuvo pleno acceso a mi boca, que devoraba con frenesí. Hice un mohín cuando separó los labios de los míos, e intenté retenerlo con las manos entrelazadas en su nuca. Pero Dom me hizo girar la cabeza con un movimiento de mentón contra mentón. Cuando me lamió bajo el lóbulo, me estremecí de arriba abajo y me restregué contra su cuerpo, rendida a un impulso primario. Era la primera vez que mi cuerpo reaccionaba así al contacto de otro, la primera vez que unas manos ajenas se paseaban por mi cintura en camino ascendente, en busca de mis pechos.

—¿Puedo? —me preguntó, casi temblando, ante lo que yo asentí.

Cuando sus dedos rozaron mis pezones, se me escapó un jadeo que ahogué con mi propia mano, arqueándome hacia él en busca de más contacto.

—Marián… —murmuró contra la piel caliente de mis clavículas antes de besarla.

Me acarició y pellizcó despacio, mientras yo me movía en espasmos de urgencia pura. Sus manos convertían en lava cada centímetro de mi cuerpo, al tiempo que su boca conquistaba la mía. Insegura, enredé mis dedos en los cabellos dorados de su nuca, jugué con ellos y tracé la longitud de su columna en una caricia lenta que le erizó el vello. Despacio, me levantó la camisa de franela sin llegar a quitármela y dejó expuesta mi cadera, mi cintura, mis pechos. El frío me mordió la piel, pero pronto estuvo ahí con su boca, dispuesto a calentarme más todavía.

La cabeza me daba vueltas, me faltaba la respiración y tenía que obligarme a no emitir ningún sonido. Sentía las bragas empapadas y mis caderas se movían con la necesidad de hallar algún alivio. Con urgencia, me incliné hacia delante para sentarme y, no sé cómo, acabé dándole un golpetazo con el pecho en la cabeza. Parpadeó varias veces, consternado, y luego se echó a reír. Con mi propia sonrisa en los labios, me abalancé sobre él para taparle la boca con las manos, porque nos iban a escuchar. Él se echó hacia atrás y yo acabé a horcajadas sobre él, con el pecho pegado al suyo y ambos soltando risillas bobaliconas.

El anhelo volvió a abrirse paso entre nuestra diversión y Dom me besó las palmas, agarrado a mis muñecas como si no quisiese que me fuera a ninguna parte. Cada contacto con sus labios despertaba una nueva mariposa en mi estómago. Porque era él. Y no me imaginaba a nadie mejor con quien explorar por primera vez.

Sus manos recayeron sobre mis caderas y me empujaron un poco hacia abajo, hasta alinearme con su cuerpo. Inspiramos juntos

cuando su erección palpitó entre mis muslos. Movida por la inercia, me mecí hacia delante y hacia atrás, regalándonos una fricción maravillosa. Me incliné para capturar sus labios y roté las caderas.

Estaba tan metida en el momento, en disfrutar del cuerpo de Dom, que ni siquiera sabía qué estaba haciendo. A dónde íbamos. A dónde estaba dispuesto a llegar él, porque yo estaba más que preparada para entregarme hasta el final. No supe cuándo le quité la camiseta del pijama, tampoco cuándo él se deshizo de los botones de mi camisa, solo que de repente lo tenía piel con piel. Estaba tan caliente, tan firme en contraposición con mis partes blandas…

Deslicé los dedos por su pecho, maravillándome con la dureza, y todo su abdomen se contrajo cuando bajé más la mano. Él me acarició la espalda antes de volver a mis pechos, a pellizcarlos y jugar con unos pezones tan endurecidos que casi dolían.

—Marián… —jadeó contra mi boca, y podría haberme corrido allí mismo. Me besó de nuevo, apresó mi labio inferior entre los dientes y succionó antes de soltar—. Marián… N-no traigo condón.

—¿Qué? —casi exclamé. Él me tapó la boca con la mano—. ¿Por qué no has traído un condón? —pregunté entre sus dedos.

Me pareció distinguir un leve rubor en sus mejillas.

—Porque no esperaba que la cosa se calentase tanto.

—¿No habías venido a esto? —La garganta se me cerró con un nudo cuando sacudió la cabeza—. ¿A qué habías venido, entonces?

—Te lo he dicho, me apetecía verte.

—L-lo siento si tú no querías que…

Raudo, se incorporó hasta que nuestros pechos desnudos quedaron pegados.

—Marián —murmuró contra mi boca antes de darme un beso sincero—. No traigo condón, pero tengo condones. —Ambos nos quedamos en silencio, con el aliento contenido y simplemente mirándonos a los ojos—. ¿Quieres?

¿Que si quería? Dios, no había nada en el mundo que me apeteciera más. A mis dieciocho años, ya había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había fantaseado con ello y había buscado mis propios orgasmos con su nombre en los labios. No me vi con valor para decírselo, así que solo asentí. En su boca se dibujó la sonrisa más maravillosa, una que apenas pude contemplar porque me dio un pico rápido y se separó de mí. Bajó tan deprisa de la cama que sus pies se enredaron con la colcha y cayó de bruces contra el suelo con un golpe amortiguado, propio de quien ha frenado caídas demasiadas veces. Tuve que taparme la boca con las manos para contener la risa, de puro nervio y diversión.

—Ahora vuelvo —susurró junto a la puerta.

Abrió con sigilo y miró a un lado y a otro antes de desaparecer.

Con Dom lejos de mí, se me enfrió la piel y tiré de la colcha para taparme. Lo íbamos a hacer. De verdad. Íbamos a llegar hasta el final. Y aunque lo deseaba con todas mis fuerzas, no podía evitar ser un manojo de nervios. La puerta se abrió apenas un minuto después y ahí estaba de nuevo, sin camiseta, con la respiración acelerada y los cabellos rubios revueltos. Una estampa divina.

Cuando sacó las manos de detrás de la espalda, tuve que tragarme otra carcajada.

—¡¿La caja entera?! —pregunté bajito, casi con un chillido histérico.

Él se encogió de hombros en un gesto socarrón que me llevó a apretar los muslos.

—No iba a cometer el mismo error dos veces.

En cuestión de un parpadeo, la diversión se vio reemplazada por la necesidad y avanzó hasta la cama a zancadas seguras. Trepó por mi cuerpo, con las mantas de por medio, hasta que sus labios encontraron de nuevo los míos y nos fundimos en un beso completo, con lengua, dientes, jadeos y manos.

—¿Alguna vez has…? —me preguntó entre besos.

Negué con la cabeza y aproveché la distancia entre nuestros rostros para besarle la mandíbula, para morderlo y arrancarle un sonido profundo que me provocó un jadeo.

—¿Y tú? —Él también negó, y la respuesta me golpeó tan fuerte que dejé lo que estaba haciendo para mirarlo a los ojos—. ¿Ni con Monique?

—No, estrellita —murmuró contra la piel enrojecida de mi cuello. Yo lo observé obnubilada por ese apelativo que, a partir de entonces, me pertenecería solo a mí—. Te dije que ella no era la adecuada, pero tú sí. Y aunque me encanta oírte hablar, no son tus palabras lo que quiero escuchar ahora mismo.

Tuve que morderme el labio inferior para contener el gemido que me embargó cuando me mordisqueó un pezón sin piedad. Al descender la vista hacia él, lo encontré con una sonrisa satisfecha que murió cuando, con un arrojo que no sabía de dónde salía, le apreté la erección con la mano. Él siseó contra mi piel erizada, y yo lo sentí como la mayor de las victorias.

—Marián… —me reprendió.

—Esto funciona en ambos sentidos.

Conquistó mis labios una vez más, en aquella ocasión con una pasión que se nos desbordaba, que nos llevaba a los límites de nuestras experiencias y nos hacía suspirar por más, más y más. Se deshizo de mis pantalones con prisa y yo me peleé con la cinturilla de su pijama para dejarnos a ambos en ropa interior. Después, me acarició por encima de las bragas y emitió un ruidito grave y febril al notar lo mojada que estaba la tela. Yo lo recompensé por aquel sonido que me supo a gloria al acariciarlo por encima del bóxer. Dom ahogó un jadeo y plantó una mano sobre la mía para que lo hiciera con más firmeza, enseñándome lo que le gustaba.

Seguí así, a ese ritmo, con nuestras bocas encontrándose una y otra vez hasta que coló un dedo por debajo de mis bragas. Dom se tragó mis gemidos, entre besos y chistadas que se aceleraban con cada nuevo círculo que trazaba sobre mi clítoris, despacio al principio, más rápido y fuerte después. Mis caderas se lanzaron a su encuentro y juntos creamos un ritmo que, en cuestión de segundos, me tenía tensa a más no poder, al borde de un precipicio por el que necesitaba caer con los brazos extendidos.

—Dom… —gemí.

Él me entendió, porque se deshizo de mis bragas y del bóxer, se sentó sobre los talones y se peleó con el condón para ponérselo en un parpadeo. Antes de darme cuenta siquiera, volvía a tenerlo sobre mí, envuelta en la presión y el abrazo de todo su calor.

—¿Lista? —me preguntó contra el cuello antes de darme un beso tierno.

Asentí mordiéndome el labio inferior. Estaba tan nerviosa, tan febril por lo que estábamos haciendo, que no era capaz de hablar.

Muy despacio, Dom presionó contra mi entrada, atento al modo en el que se me contraía el rostro.

En los últimos años, había explorado mucho mi cuerpo, pero nada de lo que yo misma me hubiera hecho se parecía a esa sensación a medio camino entre el placer y el dolor que me dejaba cada vez más rígida. Entonces, Dom coló una mano entre nuestros cuerpos y trazó círculos amables sobre mi clítoris, que me relajaron lo suficiente como para que pudiera entrar en mí sin tanta tirantez.

—¿Estás bien? —susurró bajo mi lóbulo antes de regalarme un sinfín de besos mientras buscaba su propio autocontrol.

Una vez más, me vi sin palabras. Sentía las lágrimas contenidas tras los párpados cerrados, y no solo por la molestia de aquella primera vez, sino por quién me estaba llevando al mismísimo cielo de la mano.

—Si quieres que pare, dime…

Mis caderas se movieron contra las suyas y bastó para interrumpirlo y que del fondo de su garganta escapara un gruñido que me calentó aún más la sangre. Aquel fue el empujón que nos faltaba para acoplar nuestros cuerpos a un mismo ritmo, que empezó como tentativo y torpe, pero que un par de minutos después se había vuelto frenético.

Sin dejar de moverse, Dom entrelazó sus dedos con los míos y llevó nuestras manos a la altura de mi cabeza, para que ambos supiéramos que estábamos juntos en eso. Que éramos un nudo prieto que jamás podríamos deshacer. Solo con pensarlo, un calor abrasador me trepó por el cuerpo hasta llegar al cuello y me dejé arrastrar por el mejor orgasmo que había vivido en mi vida, al que él no tardó en sumarse.

Se quedó dentro de mí unos segundos, mientras recobraba el aliento, antes de girarse a un lado y quedarnos ambos con la vista clavada en el techo. Incrédula, me llevé la mano a la frente. Lo habíamos hecho. Lo había hecho. Por primera vez. Con Dominique Beaumont.

El corazón se me comprimió, porque sabía que se acercaba el momento en el que se iría a su dormitorio y recuperaríamos la normalidad. Y no quería. No quería que nada volviese a ser normal entre nosotros. Deseaba que siguiera siendo tan extraordinario como aquella noche.

—¿Te importa si duermo contigo? —me preguntó en un susurro.

Dominique Beaumont nunca tuvo nada de convencional, y me lo recordó con aquella pregunta tímida. Con los ojos inundados de lágrimas de nuevo, me metí bajo el edredón, le hice hueco y lo abrí para él. En su rostro se dibujó la sonrisa más bonita que hubiera visto. Ocupó su lugar a mi lado, donde yo sentía que debía estar siempre, y me abrazó. Cuando mi oreja recayó contra su pecho y noté el latido frenético de su corazón, me di cuenta de que eso había dejado de ser un enamoramiento mío; de que él estaba tan dentro de aquello como yo. Solo que nunca llegamos a hablarlo. Nunca llegamos a ponerlo en palabras, y eso nos condenó.

No obstante, en aquel momento no pensé en las consecuencias de nuestros silencios. Tan solo podía pensar en él. Porque así como Dom decía saborear las estrellas cada vez que me reía contra sus labios, yo acababa de descubrir que sus besos me sabían a mar. Al lugar al que, como el Mediterráneo, siempre volvería para encontrar mi hogar.

Durante los siguientes meses, hubo infinidad de ocasiones en las que pudimos confesárnoslo. Vino a Marbella en febrero, para mi cumpleaños. Volvimos a vernos en la final del Campeonato Europeo en Estambul en marzo, y pasamos un fin de semana de infarto en el que hicimos un poco de turismo y estallé de júbilo cuando se hizo con el oro en la categoría de kumite de menos de sesenta y siete kilos.

Así llegó el verano de 2015, uno de ensueño en el que yo trabajé como una condenada en el rincón gourmet del Marbella Paradise Resort y nos bebimos el mar, los soles, las lunas y las estrellas. Y después volvieron la distancia, las lágrimas contra la almohada, el vernos cada pocos meses y el animarnos por videollamadas y mensajes constantes. Porque con las Olimpiadas de verano a la vuelta de la esquina y con mi trabajo —ya fija en el hotel—, dependíamos de que él tuviera hueco en su agenda para vernos. De que pudiera retrasar los entrenamientos por mí. Y lo hacía, más de lo que me gustaba, porque sacrificaba su tiempo por mí.

Fue así como llegó el verano de 2016, ese en el que casi nos confesamos lo que sentíamos.

Una pena que lo nuestro al final terminara siendo así: él, yo y todos nuestros «casi».

15

Marián



Viernes, 1 de noviembre de 2024

Si tuviera que verbalizar un miedo sería a las llamadas intempestivas. Por desgracia, llevo dos en mi vida, una con peor resultado que la otra, pero ambas cargadas de una ansiedad y un nudo en el pecho que incluso ahora, con toda una noche de por medio, no se afloja.

Que Dominique esté aquí conmigo sirve para paliar parte de esa congoja. Y es que siempre ha ejercido un efecto calmante en mí; no sé cómo lo logra, pero tiene el superpoder de hacer de mis miedos algo suyo y quitarme parte de la presión. Puede que sean sus abrazos, que son revitalizantes. O sus actos de amor desinteresados, por mucho que no sean románticos. Como prepararme una tila cuando la necesito, arroparme y vestirme con mimo, sin segundas intenciones ni lujuria. Hacía tanto que nadie me cuidaba…

Entrelaza los dedos con los míos al verme jugueteando con mis pellejitos y conduce nuestras manos hasta la palanca de cambios. Le dedico una sonrisa agradecida y vuelvo a mirar por la ventanilla del

coche. Reconozco el paisaje, el mismo con el que me crie, pero lo siento tan distinto… Tal vez sea yo la que ha cambiado, incluso en el lapso minúsculo de una semana. Puede que, en el fondo, Dominique tenga parte de culpa, porque hemos reabierto una herida que creíamos cerrada con pegamento, a la fuerza y sin cuidado.

En mi cabeza sigue resonando nuestra discusión bajo la lluvia, por encima incluso de los sentimientos que despertó en mí acostarnos. Y aunque no dejo de darle vueltas, tampoco me atrevo a darle peso. Eso me aterra, porque supondría aceptar que…

Inspiro hondo y Dominique me regala un apretoncito en los dedos antes de subir de marcha juntos. De reojo, observo nuestras manos entrelazadas, su índice atravesado por una cicatriz, la longitud de sus dedos grandes que envuelven los míos. Subo la mirada por su brazo enfundado en una cazadora negra, por sus hombros amplios, su cuello y la mandíbula dura. Cuando me pilla estudiándolo, vuelvo a distraerme con el paisaje.

Después de que hiciera un par de llamadas para gestionar el viaje en jet privado, nos metimos en la cama sin acordar nada. En ese mutismo que era tan nuestro y que se me antoja lejano. Pero no era muy complicado llegar a la conclusión de que dormiríamos juntos, sobre todo teniendo en cuenta que dejamos el sofá calado por habernos sentado empapados y que era tarde como para que se fuera al *château*. Tampoco hemos hablado de lo que pasó anoche, algo que se nos da maravillosamente bien: hacer como si no necesitáramos comunicarnos.

En este viaje desde Quimper hasta Marbella me doy cuenta de que han cambiado demasiadas cosas como para seguir aferrándonos a las personas que éramos. Porque ocho años son muchos.

Maduramos, cambiamos, vemos nuestros actos del pasado desde otra perspectiva y, de repente, ya no…

—Hemos llegado —suspira Dominique.

Está cansado, igual que yo. Hemos tenido que madrugar mucho para aprovechar un hueco en la vía aérea, y si a eso le sumamos que nos dormimos a las tantas… Pues tampoco me extraña que ninguno esté especialmente comunicativo.

Aprieto los labios y respiro hondo para controlar el estremecimiento que me sube por la espalda. Si tuviera que verbalizar otro miedo, ese sería poner un pie en el Hospital Costa del Sol. Ya me enfrenté a uno anoche, no veo por qué no puedo hacerle frente a otro ahora.

Cuando consigo salir del coche, Dominique ya está en mi lado y me abre la puerta. Le doy las gracias en un murmullo y me abrazo a mí misma mientras controlo todas y cada una de mis inhalaciones. Porque si pierdo el control un solo segundo, temo que los recuerdos me arrollen.

Vamos juntos a recepción, y soy consciente de que no es capaz de apartar la vista de mí. Ahora mismo, sin embargo, lo único para lo que tengo espacio es para encontrar a Irene y a Sofía en el ala de pediatría, porque aunque intenté hablar con mi amiga en mi duermevela nocturna, no he conseguido dar con ella. No quiero esperarme lo peor, pero no puedo evitar pensar…

Me quedo congelada cuando reconozco la mata de rizos negros que hay al final del pasillo. Irene está inclinada sobre el mostrador de enfermería pediátrica y le pide algo a una mujer. Las lágrimas trepan hasta mis ojos y, sin pensarlo, echo a correr hasta ella. Irene deja escapar un jadeo cuando la embisto en un abrazo y me agarro

a ella como un koala, dejando que las lágrimas caigan libres por mis mejillas.

Tarda un poco en responder, no sé si por el shock de verme aquí o porque he pisoteado, aniquilado y machacado su espacio personal, algo que detesta y que, aunque eso me deje como una amiga de mierda, ahora mismo no me importa.

—Dime que está bien —suplico contra su hombro.

Mi amiga se relaja y me aprieta fuerte, y yo me rompo un poquitito más pero sin dejar escapar ningún sonido.

—Está bien. Está estupenda. Y seguro que le hace mucha ilusión ver a su tía Mar-mar.

Me separa la cara de su hombro, me dedica un gesto maternal y me limpia las lágrimas de las mejillas. Me odio por no ser capaz de reprimirme, por dejar que mis sentimientos fluyan con tanta libertad, pero es superior a mí. E Irene lo entiende, porque me sonríe un poquitito más justo antes de mirar detrás de mí.

—¿Quieres pasar? —me susurra, para que solo yo la oiga.

—¿Podemos? ¿Los dos? —pregunto en el mismo tono confidente.

Ella asiente, y yo sorbo y me limpio las lágrimas con las mangas de mi jersey azul. Irene entra en la habitación para concedernos algo de espacio y yo respiro hondo un par de veces más.

—Si me necesitas, estaré…

—Dom —lo interrumpo.

Él da un respingo y clava esos ojos castaños con motitas verdes en mí.

—¿Te quedas conmigo? —lo invito y extiendo el brazo hacia él.

Traga saliva y me lo quedo mirando con dulzura. Decida lo que decida, me parecerá bien. Pase lo que pase, me parecerá bien.

Porque hoy, ahora, se lo debo todo. Y no tiene nada que ver con lo mucho que las cosas se nos fueron de las manos anoche, sino con que haya removido cielo y tierra para traerme hasta mis seres queridos. Lo que ha hecho por mí merece que deje el orgullo a un lado y le tienda la mano.

El corazón se me atasca en la garganta al ver la sorpresa en su rostro, el dolor, la duda. Un conglomerado de sentimientos con los que me identifico. Contengo el aliento, casi cuento los segundos en los que su mente trabaja a toda velocidad. Cuando acorta la distancia que nos separa y su mano se entrelaza con la mía con la naturalidad de antaño, algo en mi interior se siente más ligero. Como si con ese gesto, Dominique me hubiera despojado de una carga muy pesada y la hubiera asumido él.

Nos acercamos a la puerta de la habitación, donde nos espera Irene de brazos cruzados.

—Gracias por traer a Marián —murmura mi amiga.

Su tono genuino es innegable, y se lo agradezco.

—No hay que darlas. Solo he hecho lo que haría cualquiera —responde él con la misma suavidad.

Irene nos invita a pasar. Dominique es el primero en avanzar y, aún con nuestras manos entrelazadas, no puedo evitar quedarme plantada observándolo un segundo de más. Porque no, esto no lo habría hecho cualquiera.

Ya en la habitación —que, por suerte, no comparte con nadie—, encuentro a la pequeña dormida, en una camita demasiado grande para ella, con un apósito en la frente y otro en la barbilla. Ver su cuerpecito envuelto en sábanas de hospital me rompe el corazón y, al mismo tiempo, me llena de alivio por saber que está bien,

cuidada, a salvo y sin rastros del accidente en su expresión serena. Movida por el instinto de protección, me siento en el borde de la cama y le acaricio la carita. Dominique, roto el anclaje entre nuestras manos, se retira a una esquina.

—Aunque el escáner salió bien, el médico prefirió que pasara el resto de la noche en observación —nos explica Irene, su voz cargada de ese aire paciente tan suyo. Al mirarla, en su rostro distingo agotamiento, pero también la fuerza con la que oculta su propio dolor—. Sonó como un melón al partirse contra el suelo, Marián. Nunca había oído algo así.

Aprieto los labios y desvío la vista hacia mi pequeña.

—Es dura de roer —comento; la presión en mi pecho aumenta ligeramente—. ¿Tú qué tal estás?

Ella se encoge de hombros y se sienta en la butaca junto a la cama de brazos cruzados.

—Yo bien. —Me hace un gesto de indiferencia y, ante mi escéptica ceja arqueada, bufa con los ojos en blanco—. Solo tengo un esguince, nada grave.

Irene tiene una capacidad sobrenatural para tragarse cualquier malestar y seguir adelante, siempre cuidando de Sofía y de mí sin darle importancia a sus propios dolores. Admiro esa parte de ella, aunque no quiero que sufra en silencio.

De pronto, un parpadeo travieso detrás de las largas pestañas oscuras de Sofía llama mi atención. La pequeña se remueve en la cama y sus ojos aletean con lentitud hasta abrirse del todo. La ternura de verla desperezarse se refleja en mis labios y me inclino hacia ella, quien, con los ojos aún vidriosos por el sueño, me mira con una mezcla de sorpresa y alegría.

—¡Tita Mar-mar!

Con una sonrisa de oreja a oreja, le planto varios besitos en el moflete. Su risa me transmite algo tan cálido y bonito que no sé cómo retener la emoción y solo la abrazo, conteniendo las lágrimas.

—Hola, Sofi-fi —la saludo acariciándole la cabeza.

—¿Has visto? ¡Ahora soy Harry Potter!

Se señala la frente, emocionada, y yo miro a su madre.

—¿No es demasiado pequeña para saber quién es Harry Potter?

Irene vuelve a encogerse de hombros.

—Ya sabes que nunca se le escapa una.

Sofía se pone a balbucear historias entremezcladas con el «accidente» y sobre lo valiente que ha sido, que hasta el doctor se vio impresionado. ¡La llamó superheroína! Y ahora Irene tiene que comprarle una capa. Entonces, su mirada curiosa y algo pícara repara en Dominique, quien observa desde la esquina contraria para respetar la escena familiar.

—¿Y él quién es, tita? —pregunta señalándolo con el dedo. Luego mira a Irene, como si solo su respuesta fuera a ser válida, y añade esperanzada—: ¿Es mi tito?

El rubor me cubre hasta las orejas y, cuando me volteo a mirar a Dominique, sus mejillas también están encendidas. No dice nada, pero sus labios se estiran de medio lado mientras la pequeña Sofía lo mira con ese interés inocente y directo de los niños.

—Es un amigo de la tita —aclaro devolviéndole la mirada a Dominique.

Es por eso por lo que me doy cuenta de que hay algo diferente en ellos, como si le decepcionara la etiqueta que le he otorgado. Como salido del trance, él le dedica un guiño a Sofía, quien, con un

destello de aprobación en sus iris oscuros, le sonríe como si acabaran de convertirse en mejores amigos.

Echamos las siguientes dos horas entre risas y anécdotas, y con eso le aligeramos la estancia a la pequeña mientras ella nos cuenta lo bien que se lo pasó en la fiesta de disfraces de Halloween. Al final, Irene, como si tuviera un radar para identificar a los médicos, nos mira a Dominique y a mí con una expresión más amable de lo habitual en ella: quiere echarnos.

—Creo que es hora de que Sofía descanse otro poco —dice, con esa gentileza que sabe utilizar cuando necesita apelar a mi sentido común—. Demasiadas emociones en muy poco rato.

Me despido de ella con un abrazo que acepta a regañadientes y reparto un sinfín de besitos y cosquillas sobre Sofía. Al salir, nos topamos de cara con el médico, un chico joven, de pelo castaño alborotado con una bata blanca llena de parches de animales.

—Oh, perdón —dice, risueño. Entrecierro los ojos, porque me suena de algo, pero no sé de qué—. Si me disculpa…

—Ah, sí, sí, perdón.

Me hago a un lado para que el médico entre en la habitación y cierre tras de sí. Aun así, escucho su enérgico: «¿Cómo se encuentra hoy la superheroína?».

Sonrío de medio lado y salimos del hospital en silencio.

—Gracias por todo —admito ya en el aparcamiento. Busco algún indicio de incomodidad o cansancio que pueda estar disimulado en sus ojos. No hay nada de eso, pero sí muchas otras cosas a las que no me atrevo a poner nombre—. Ya me las apañaré para volver a Locronan. No quiero robarte más tiempo.

Dominique alza una ceja, suspira y niega con la cabeza, como si no entendiera la necesidad de explicarme algo que para él resulta evidente.

—Marián, no he venido aquí por obligación o porque no tuviera otra opción. He venido por ti, para apoyarte. No eres una carga de la que me quiera deshacer a la primera de cambio.

La convicción en sus palabras y la dulzura de su tono se cuelan entre las grietas del muro que nos separa. Con un leve movimiento de cabeza, le concedo el permiso tácito que necesita para acompañarme. Él sonríe con esa expresión tan suya y que me hace sentir a salvo. De repente, el nudo en mi garganta, lejos de apretarse por la mezcolanza de sentimientos, empieza a aflojarse.

—¿A dónde quieres ir? —me pregunta cuando nos montamos en el coche.

—A casa de mi padre —murmuro, un poco ida.

Arranca y ni siquiera soy consciente de que no me ha pedido la dirección para meterla en el GPS, porque aún se acuerda.



Al llegar al barrio, después de vueltas y más vueltas, conseguimos aparcar frente al bar de la esquina, en el que, por supuesto, está mi padre, con una cerveza delante para acompañar el desayuno. Me arden las mejillas de pura vergüenza.

Está en su silla de ruedas, la misma que asocio con noches en vela y visitas al hospital. Intento mantener una expresión neutra, sin revelar el cóctel de emociones que hierve en mi interior y que únicamente han despertado por tener a Dominique conmigo. La

situación de papá está más que asimilada, pero que él lo sepa significa dar unas explicaciones que no sé si quiero abordar.

En cuanto mi padre me ve, su rostro se ilumina. Alza el brazo y, con una expresión más animada de la esperada, me saluda.

—¡Marián, mi niña!

—Papá…

Siento un nudo en la garganta y un leve atisbo de culpabilidad por el reproche que bulle en mi interior. Tan solo llevamos una semana separados, pero verlo aquí, en el bar bebiendo desde bien temprano, me cala por completo.

Miro a Dominique de reojo. Su rostro está marcado por una sorpresa apenas disimulable. Y lo entiendo. El último recuerdo que debe de tener de mi padre es el de un hombre vivaracho que trabajaba en mantenimiento en el Marbella Paradise Resort, siempre con una sonrisa en los labios y bromas a tutiplén. No el de un alcohólico que lo primero que hace nada más abrir los ojos es meterse un chupitazo. Y, por supuesto, tampoco esperaba verlo con un miembro amputado. En su mirada leo infinidad de preguntas y una sola certeza: Dominique ha descubierto parte de la carga que he llevado conmigo durante años.

Papá alarga la mano hacia Dominique y él se la estrecha sin dudarlo, cordial. No hay necesidad de presentaciones; mal que me pese, se conocen de sobra. De no hacerlo, mis padres no me habrían dejado viajar con él y con su familia desde tan joven.

—¿Te importaría esperarme en alguna cafetería? —le susurro a Dominique en francés. El cambio de idioma lo pilla por sorpresa, pero lo entiende como una indicación de que no quiero que mi padre se entere—. Necesito hablar con él.

Hay un atisbo de duda en su mirada, pero no la expresa. Se limita a asentir y a cruzar la acera, hasta una cafetería de barrio pequeña. Me quedo mirando cómo atraviesa la carretera con las manos en los bolsillos enfundado en una cazadora que, incluso a primeros de noviembre, sobra en Marbella.

Dominique ha sido mi apoyo constante en las últimas horas y, aunque quiera evitarlo, sé que ha llegado el momento de revelarle lo que llevo guardando durante años. Y, después de lo de anoche, tengo la certeza de que no se lo tomará bien.

16

Dom



Mientras hago tiempo, me dedico a hacer algunas llamadas. Ver a su padre así me ha impactado, no lo vamos a negar, y sé que en cuanto regrese tendremos una conversación que, intuyo, será dolorosa. Así que necesito centrarme en otros estímulos.

La primera es a Silvie, a la que Marián le mandó un mensaje prometiendo que la llamaría más tarde. No entro en detalles, pero sé que después del cáncer de mi madre, Silvie detesta todo lo que tenga que ver con hospitales, así que me esmero en tranquilizarla. También le escribo a Théo para quedar con él la semana que viene, aunque no responde de inmediato.

La siguiente con la que hablo es con mi agente, por si alguien me reconoce estando aquí y saca alguna foto que pueda volverse en nuestra contra. La situación ya no es tan complicada como en verano, pero prefiero prevenir. Marián ya sufrió el atosigamiento de la prensa en el pasado, y no quiero que se enfrente a eso de nuevo.

Luego llamo a Bastian. Nos debemos una conversación después de la fiesta de anoche y espero que, al hablarlo, se disipen los

malentendidos. Responde rápido, con su tono casual de siempre pero con un toque de tensión.

—¿Te parece inteligente llamarme después de levantarme a la chica?

Bastian suelta una risa seca y yo contengo un suspiro. Entiendo su enfado, aunque no me agraden las formas en las que se refiere a Marián.

—No te «levanté a la chica», Bastian. Marián no es una simple conquista de una noche —le aclaro, intentando no sonar demasiado molesto.

Hago una pausa para evaluar mis palabras; espero que no se lo tome como una ofensa. Sin embargo, al otro lado, Bastian suelta un «mmm» entre curioso y suspicaz que me pone los nervios de punta.

—Conque «no es una simple conquista»… Déjame adivinar: para ti es algo más que una amiga. —Hay un silencio tenso entre nosotros —. No me jodas. ¿Es tu ex? —pregunta, serio de repente.

Mis labios se aprietan al oírlo dar en el clavo con tanta facilidad. En estos años, he salido con varias mujeres, aunque ninguna durante el tiempo suficiente como para ganarse el título de «ex». Aun así, nunca he sido capaz de relacionar el nombre de Marián con esa palabra. Bastian sabe que hubo una mujer por la que habría cambiado el mundo y que me partió el corazón, pero no su nombre, ni qué pasó entre nosotros —yo tampoco, la verdad—. Sabe menos incluso que mi familia.

—Fue alguien muy importante para mí, sí.

El silencio entre ambos se alarga hasta que oigo un suspiro cargado de comprensión.

—No lo sabía, tío. De haberlo sabido, me habría mantenido al margen.

—Lo sé, no tienes por qué disculparte. Nunca te lo conté, así que es mi culpa. Y también sé que no tengo ningún derecho a decirte qué hacer y qué no hacer con ella. Pero solo quería… Solo quería que lo supieras, nada más.

Clavarme agujas bajo las uñas duele menos que decirle eso. Pero es cierto. A pesar de lo de anoche, Marián y yo no somos nada, ni siquiera amigos. Solo un pedazo de recuerdos en la memoria del otro. Y al mismo tiempo, tampoco me parece bien que Bastian se lance a por ella sin saber lo que podría suponer para mí ver a la que fue el amor de mi vida colgada del brazo de mi mejor amigo.

—Solo es una chica más, Dom. —Aprieto los labios, disconforme —. No le des más vueltas. Entre nosotros no va a pasar nada. Para eso están los amigos, ¿no? Para cubrirse las espaldas siempre que puedan.

Aunque lo siento sincero, su comentario me deja una sensación extraña.



Una hora después, Marián aparece por la cafetería. Tiene el rostro un poco descompuesto, y algo en mí se quiebra solo con verla. Evito preguntarle cómo está para no presionar, ni le pido que me cuente qué le ha pasado a su padre. En su lugar, le ofrezco una sonrisa ligera y alentadora, un gesto que me sorprende tanto a mí como a ella.

Trato de distraerla y, aunque responde a mis intentos de conversación, lo hace de forma limitada. Se me llena el pecho de impotencia al verla tan apagada, lejos de la mujer vibrante que llevo días recordando. Al final, ella misma sugiere que demos un paseo y acepto de inmediato, aliviado por poder sacarla de este entorno.

En silencio, recorremos una parte de la ciudad desconocida para mí, con sus callejuelas mal adoquinadas y pisoteadas que han visto de todo. Es la cara oculta de Marbella, la de la gente de a pie que vive lejos de los lujos que envuelven su nombre. Estas calles conforman un pedacito de la verdadera Costa del Sol, apartadas de los turistas que masifican las ciudades y, aunque las proveen de vitalidad y economía, también las matan. Matan a su gente, los agobian y saturan, destrozan patrimonios y disfrutan de un turismo rápido que es pan para hoy y hambre para mañana. Y yo formé parte de todo eso. Sigo haciéndolo, en realidad.

Cuando llegamos a la nueva Senda Litoral en el tramo de la playa del Cable, es como viajar en el tiempo. La playa, la brisa fresca del mar Mediterráneo, la temperatura agradable del sol, la torre del funicular minero en medio del mar, repintada y con mejor aspecto que hace años… Todo está lleno de recuerdos que me llevan de vuelta a los seis veranos que pasé en Marbella.

Paseamos durante un rato por la pasarela de madera que recorre la línea de la costa hasta que llegamos a un nuevo punto con una escultura en metal con el nombre de la playa, donde algunos turistas se hacen fotos. Seguimos un poco más, pasamos por delante de mansiones exclusivas y otras abandonadas y ocupadas, hasta que se detiene y se recuesta contra la baranda, con los ojos cerrados y la cara inclinada hacia el sol, disfrutando de su caricia.

Durante unos instantes, nos dejamos arrullar por el sonido de las olas al lamer la costa. Ella se mantiene absorta mientras sus pensamientos navegan por aguas lejanas, y aunque me muero por saber qué le ha pasado, le doy su espacio y espero.

—Hay algo… —rompe el silencio en voz baja—. Hay algo que nunca llegué a contarte. Algo que pasó esa noche. La noche en la que todo cambió para nosotros.

De repente, su tono se ha llenado de una tristeza y un dolor que parecen calarla hasta los huesos. Una sensación con la que me identifico. Permanezco en silencio, atento a sus facciones, porque tampoco sé qué decir, no cuando percibo la carga de sus palabras. En sus ojos hay un brillo apagado, como si se debatiera entre una verdad dolorosa y la necesidad de dejarlo todo a medias una vez más. Finalmente, inspira hondo y sigue hablando:

—Quiero contártelo. Contártelo todo, Dom.

El corazón me da un vuelco, no solo por el uso del apelativo, que me sabe a miel, dulce y denso, sino también por esa frase que nos condenó. Nuestros ojos conectan, casi vibran de contención.

Temeroso, asiento. Y, así, sin siquiera saberlo, Marián sella el destino entre nosotros.

Último verano

Agosto de 2016

Llegué al Aeropuerto Internacional de Galeão, en Río de Janeiro, hecha un manojo de nervios. Desde que Dom y yo nos habíamos acostado año y medio atrás, había viajado fuera de España en dos ocasiones más y, aunque aquel no fuera mi primer viaje sola, sí era el más lejano.

Había pasado la última semana desquiciada, pegada a un auricular con disimulo y con la radio puesta, mientras escuchaba todos los deportes habidos y por haber que participaban en las Olimpiadas. Solo por si acaso, por si decidían reajustar la programación deportiva y me perdía el debut olímpico de mi… de Dom.

A veces me sorprendía pensando en él como mi novio, porque llevábamos dos años enrollándonos siempre que nos veíamos, hablando a diario y participando en la vida del otro en la distancia. Habíamos pasado noches enteras tan solo mirándonos a través de una pantalla, habíamos visto películas juntos a miles de kilómetros de distancia y nos habíamos colado en la vida del otro por completo. Pero nunca nos habíamos dicho que nos queríamos, aunque yo esperaba habérselo demostrado de otras formas o con otras palabras. Porque sí, quería a Dominique Beaumont. Estaba

enamorada de él hasta las trancas, como vaticinó Irene tantos años atrás. Y tras dos años juntos, no había encontrado el valor de decírselo abiertamente.

Me daba miedo haber concebido un idilio muy alejado de la realidad y que, si lo verbalizaba, él se diera cuenta de lo idiota que había sido yo y que se alejase de mí. Así que prefería vivir así, al menos de momento. Poco a poco sentía que mi vida se iba encauzando: tenía un trabajo estable durante ocho meses al año, lo suficiente para permitirme ahorrar y para casi haber alcanzado la cantidad necesaria para matricularme en el curso de Chloé Cadeau, contaba con dos grandísimas amigas que me apoyaban y me animaban y tenía a mi lado al amor de mi vida. Lo único malo en aquellos momentos era que papá y mamá no dejaban de discutir.

Con motivo de la apertura del rincón gourmet, hicieron una reestructuración de personal. Se dieron cuenta de que los pobres mozos de piscina también podían encargarse de ciertas labores de mantenimiento, así que les endosaron responsabilidades a ellos y redujeron a la mitad la jornada de papá. Aunque había estado buscando otra cosa, a sus cuarenta y cinco años muchas veces no podía competir con la fortaleza de la gente joven, que aceptaba sueldos de mierda y trabajar como mulas. Así que vivíamos muy justos, porque papá y mamá no me dejaban ayudar en casa más allá de lo estrictamente necesario.

—Tienes que perseguir tu sueño —me decía mamá con los ojos llenos de lágrimas y una caricia maternal.

Yo no quería desecharlo, no había nada que me hiciera más ilusión que aprender de la mejor repostera de nuestro tiempo, pero tampoco quería ver cómo su matrimonio se iba a pique. Así que a

veces hacía la compra de la semana —o del mes—, pagaba alguna factura y encontraba «de milagro» billetes en los bolsillos de los pantalones de papá. El problema estaba en que, muchas otras veces, ese dinero desaparecía tan rápido como entraba, y no supe ver por qué hasta que fue demasiado tarde.

Por eso necesitaba tanto aquella escapada.

Aunque al principio me costó aceptar.

—No puedo, Dom, es mucho dinero y… —había argumentado, hecha un ovillo en mi cama, toda llorosa.

Faltaban seis meses para los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro, sus primeras Olimpiadas y por las que llevaba mucho tiempo acumulando medallas. Era el momento más importante de su carrera, con tan solo veintidós años. Pero la competición suponía que no pudiera pasar aquel agosto en Marbella, como los últimos seis. Y lo único que teníamos nuestro de verdad eran los veranos al sol.

—No te preocupes por eso —dijo al otro lado de la pantalla del portátil—. El dinero es lo de menos.

Con veinte años y una especie de relación a distancia, aquella propuesta me sonó al mejor premio del mundo.

—¿Harías eso por mí? —susurré, para no molestar a mamá, que dormía en la habitación de al lado. No tenía ni idea de dónde estaba papá, y ya era bien entrada la noche.

Dom sonrió, tan guapo y a tantos kilómetros.

—Te regalaría el cielo si me lo pidieras, Marián. —El corazón se me contrajo—. Así que no pienses en el dinero.

Y eso había hecho.

Había conseguido disfrutar de cuatro días y medio de vacaciones en pleno verano gracias a que una compañera me cambió el turno y a que junté los días de descanso —rotativos según la semana— para disfrutarlos de sábado a martes. ¿Que después tendría que trabajar dos semanas sin librar? Bueno, problema de la María de los Ángeles del futuro. Lo único que me importaba en aquel momento era encontrar a Dom entre la marabunta de gente que se agolpaba en la zona de llegadas del aeropuerto.

Y cuando lo hice…

Dios, cuando lo hice, el corazón me pegó un brinco tan vigoroso que bien podría haberse llevado el oro en salto de altura. Porque estaba ahí, tan guapo con su camiseta de manga corta verde y unos vaqueros gastados, con el cabello rubio oculto bajo una gorra y… con una pancarta entre las manos.

Se me escapó una risa conmovida al leer el: MARIÁN DÍAZ, LA ESTRELLA QUE MÁS BRILLA DEL CIELO, y me tomé un par de segundos para contemplarlo, ambos con sendas sonrisas radiantes en los labios. Después, solté la maleta y eché a correr con todas mis fuerzas, sin poder parar de reír como una tonta.

Dom dejó la pancarta olvidada, extendió los brazos y me acogió en el abrazo más prieto que nos llegamos a dar jamás. Giramos juntos, riendo al oído del otro, con mis piernas alrededor de su cintura, encaramada a él como un bebé de perezoso a su madre. El corazón me iba a estallar de alegría, porque estábamos allí, en Río de Janeiro, la ciudad de los Juegos Olímpicos de 2016.

Lo había visto luchar muy duro los últimos años, dejarse la piel para convertirse en el mejor. Y a base de sudor y esfuerzo, lo había logrado. No había habido ni una sola competición en la que no

hubiera alcanzado el podio, y en la mayoría se había llevado el oro. En ese tiempo, había ganado tanta musculatura que hasta lo habían tenido que cambiar a la categoría superior. Era todo un portento, la promesa del kárate y un orgullo nacional. Y también era… No, no era mi novio.

En aquella ocasión, cuando Dom me devolvió a la tierra —tanto en sentido literal como figurado—, no dudó en besarme en los labios. Dom presionó su boca contra la mía con tanta voracidad que hasta nos silbaron con emoción, y yo simplemente me dejé arrastrar por su efusividad, con el corazón tamborileando con fuerza en mi pecho. Podría haberme quedado anclada en aquel momento, en el modo en el que sus labios reclamaban los míos, cómo su lengua se coló en mi boca con un chisporroteo exaltado. Después, nos separamos y me recolocó mi propia gorra.

Como lo nuestro se había vuelto más intenso, intentábamos tomar todas las precauciones posibles para proteger mi intimidad y mi privacidad. Él, como hijo de los Beaumont, había crecido con los paparazzi respirándole en la nuca, pero yo no. Y solo con pensar en que se repitiera algo parecido a lo de la foto filtrada, la ansiedad tomaba el control de mi cuerpo. Por eso, en cada evento que había podido estar con él, me refugiaba debajo de gorras y gafas de sol, me mantenía al margen y dejábamos las celebraciones para momentos más privados, escondida como una amiga de Silvie sin relevancia.

—Te he echado tanto de menos —murmuró contra mis labios, y solo con eso se me olvidó que acababa de besarme en público.

Por incompatibilidad de horarios, llevábamos desde febrero sin vernos. Seis meses eternos a los que creí que no sobreviviría.

Conmovida por su sinceridad, sonreí a ese palmo de él y Dom no dudó en reclamar mi boca una vez más.

—Mmm —hizo un sonidito de gusto con los labios—, siguen sabiendo a estrellas.

Ahí reí de verdad, con ganas y una felicidad que me envolvían el corazón. Si aquello era un sueño, no quería despertar nunca.

El Estadio Olímpico Nilton Santos vibraba con la energía de los miles de espectadores que habían llegado de todos los rincones del mundo para presenciar los Juegos Olímpicos de verano. Aunque las gradas no estaban llenas por completo, el entusiasmo de los asistentes era contagioso. Los colores de las banderas pintaban el recinto, y las voces se elevaban en una mezcla de ánimos y cantos. Todo el estadio parecía un torbellino de emoción, pero para mí, solo había un lugar al que mirar: el tatami donde Dom estaba a punto de competir.

Llevaba el karategui blanco impecable, con el cinturón del lado rojo bien cerrado y la bandera francesa bordada en el brazo. Su rostro estaba sereno, pero conocía esa expresión demasiado bien. Detrás de sus ojos castaños brillaba una mezcla de concentración absoluta y tensión. Llevaba catorce años entrenando para ese momento, había competido a nivel nacional, europeo, mundial y en clasificatorias que lo habían llevado hasta allí. Su disciplina y su talento se habían visto recompensados con un puesto en la selección francesa y el honor de representar a su país en los Juegos Olímpicos. Dom estaba viviendo el sueño de su vida y, al mismo tiempo, el mayor desafío al que se había enfrentado jamás.

Me sentía tan orgullosa que dolía.

Pero también estaba nerviosa. El corazón me latía con violencia, al compás de cada uno de los pasos que Dom daba sobre el tatami. Y no era la única. Jacques se mantenía de brazos cruzados, con ojos escrutadores y mandíbula apretada; Michelle no dejaba de ajustarse el polo de la selección, y Silvie tamborileaba los dedos sobre la rodilla.

—Le irá bien —dijo mi amiga a mi lado, como si intentara convencernos tanto a mí como a ella.

Asentí sin apartar la vista de él. Era como si todo el peso de nuestras emociones estuviera concentrado en el chico de veintidós años que se preparaba para enfrentarse a su último combate olímpico. Hiciera lo que hiciera, para mí ya era campeón olímpico.

—¿Creéis que estará nervioso? —pregunté en voz baja, más para llenar el silencio de mi mente que para obtener una respuesta.

—Lo está —respondió monsieur Beaumont, cruzado de brazos—, pero también está preparado. Dom siempre encuentra la forma de dar lo mejor de sí en los momentos más duros.

Intenté aferrarme a esas palabras mientras el árbitro alertaba a los atletas de que el enfrentamiento estaba a punto de comenzar. Me mordí el labio inferior con tanta fuerza que temí hacerme sangre, así que rememoré nuestra última conversación en un intento por transmitirle mis ánimos mentalmente.

—No importa lo que pase sobre el tatami —le había asegurado, frente con frente—. Ya has llegado más lejos que muchos, y todos estamos orgullosos de ti. Yo estoy orgullosa de ti.

Los ojos de Dom se habían llenado de lágrimas y había asentido, incapaz de articular palabra. Después, me dio un beso rápido en el

que casi le solté un «te quiero» que bien podría haberlo distraído, así que agradecí que Michelle hubiera reclamado a su hijo para darle ánimos.

El tatami estaba lleno de luces brillantes y de cámaras que seguían cada movimiento de los atletas cuando se encaraban para iniciar el combate.

Yo no podía más. Desde el palco junto a Silvie, Jacques y Michelle, me clavaba las uñas en las palmas, y el sudor me dejaba pegada a la silla.

—Voy a bajar. —Las palabras salieron de mi boca antes de procesarlas.

—¿Qué? ¿Estás loca? —intentó disuadirme Silvie—. Antes de que llegues abajo, habrán terminado.

No quería escuchar razonamientos. Necesitaba estar cerca, lo suficiente como para que él me sintiera ahí, aunque no pudiéramos cruzar ni una sola palabra. En algún lugar de mi cabeza, resonó la voz de su sensei: «Dom necesita concentrarse. Se está jugando la gloria. Nada de distracciones». Pero yo no era una distracción. O eso quería creer. Así que, ignorándolos a todos, me lancé a la mayor carrera de mi vida, salté los escalones de cuatro en cuatro y me abalancé sobre la barandilla hasta alcanzar la zona de pista —gracias a mi acreditación del equipo de la selección—. Llegué abajo resollando, justo cuando los karatekas se saludaban para iniciar el combate.

«Por los pelos».

Desde allí abajo, a Dom se lo veía más serio todavía, con una expresión que no le había visto ni en los entrenamientos más intensos. Su mandíbula tensa y sus hombros firmes proyectaban una

determinación inquebrantable. Sus ojos, fijos en su rival, eran dos pozos de concentración. El corazón se me encogió al verlo así, tan distante y al mismo tiempo tan… él.

Su contrincante era un luchador japonés contra el que ya había competido con anterioridad, aunque no recordaba su nombre, y al que le había ganado otras veces. Pero eso no significaba nada.

El combate empezó con una explosión de energía contenida. Dom se movía con una precisión absoluta, sus desplazamientos rápidos y fluidos, siempre a la defensiva, estudiando cada movimiento del karateka frente a él. Su rival avanzaba como una ola, buscando fisuras en la guardia de Dom. El nipón lanzó el primer ataque directo hacia el torso de Dom, aunque él lo esquivó por milímetros al girar sobre su eje con una rapidez que arrancó un jadeo ahogado a los espectadores. A su defensa, perfecta, le siguió un contraataque fulminante que impactó justo en el pecho del oponente. La bandera roja del árbitro subió en un arco impecable: primer punto para Dom.

El marcador brilló, pero ni Dom ni su rival cedieron un ápice. Ambos volvieron a sus posiciones e hicieron una breve inclinación antes de lanzarse de nuevo al combate. Cada golpe era un juego de reflejos, un diálogo físico lleno de intención y estrategia. Dom conectó una patada baja, suficiente para hacer tambalear al oponente, pero no para ganar otro punto. El nipón aprovechó la apertura para lanzar un barrido bajo que Dom esquivó en el último segundo, tras lo que recuperó el equilibrio con una elegancia felina.

—Vamos, Dom —murmuré, sin querer romper su concentración.

Siguieron así durante varios minutos, tanteándose, encajando golpes y con esquives maestros. En el último instante, con el marcador igualado y el público conteniendo el aliento, el japonés

ejecutó su jugada maestra. Se lanzó hacia delante, fingiendo un ataque de puño, pero giró sobre sí mismo en un movimiento fluido y veloz para que su pierna trazara un arco perfecto. El golpe impactó en el torso de su oponente con un sonido seco, claro como un trueno en pleno silencio. El árbitro no dudó: bandera azul alzada y punto decisivo.

Hubo un segundo de incredulidad antes de que el estadio estallara en vítores, justo cuando el marcador final reflejó la victoria de Japón por cuatro puntos frente a tres.

Me eché a temblar, a la espera de la reacción de Dom. Porque se había dejado la piel en aquello, había trabajado día y noche por llegar a las Olimpiadas, por llevarse el oro. Y había perdido. Por mucho que para mí no fuera una derrota, porque significaba volver a casa con una medalla de plata en sus primeros Juegos Olímpicos, los deportistas lo veían todo desde otra perspectiva.

Él no.

Después de unos segundos de shock, Dom esbozó una sonrisa radiante, como si acabara de convertirse en campeón olímpico. Sus ojos recorrieron el espacio a su alrededor, buscando algo… a alguien. A mí. En cuanto me ubicó, a pie de pista, ni se lo pensó dos veces antes de salir corriendo hacia mí.

—¡El protocolo, Dom! —gritó su sensei tras él, pero nada lo detuvo.

Antes de procesar lo que estaba pasando, sentí el peso de su cuerpo contra el mío, el arrojo con el que me abrazó, con tanta euforia que me levantó del suelo como si no pesara nada. Me envolvió en un abrazo tan intenso que me arrebató el aliento, y el

aroma familiar de su piel y el sudor se mezcló con el salado de mis lágrimas.

Temblando como un flan, Dom alzó el rostro, sin dejar que mis pies tocaran el suelo, y me besó, tirando mi gorra por el camino. Fue un beso desesperado, cargado de júbilo y de algo más que no me atrevía a describir. Todo a nuestro alrededor desapareció: el estadio, los gritos, las cámaras… Solo estábamos él y yo, fundidos en un momento conformado por felicidad pura.

Entre beso y beso, sin apenas separar sus labios de los míos, confesó en español:

—La próxima será de oro, estrellita. —En su rostro había dibujada una felicidad genuina y entrañable—. Será para ti, y con ella te pediré que te cases conmigo.

Me quedé sin palabras. ¿Lo decía en serio? No distinguí ni un atisbo de duda mientras sus ojos permanecían fijos en los míos, pero sí que vi todos los flashes, las cámaras que capturaban nuestra euforia y nuestro momento romántico para retransmitirlo a nivel internacional. A él parecía que todo le daba igual, como si lo único que importara en el mundo fuera compartir ese instante con la única persona relevante para él. Y yo… Yo me centré de nuevo en él, con el corazón encogido por la adrenalina, los nervios, el amor… Y el miedo.

Qué distinto habría sido todo si me hubiera quedado en el palco. Porque acababa de condenar nuestra relación sin siquiera saberlo.

El zumbido del horno era lo único que me ayudaba a no pensar. Porque si pensaba, aunque fuera un segundo, aunque parpadease

demasiado lento y me dejara llevar, lo primero que vendría a mi mente sería esa imagen.

La de Dom alzándome en volandas y besándome como si yo fuera su trofeo más preciado y no la medalla de plata que acababa de ganar. Tenía la imagen clara de su boca sobre la mía, sus labios urgentes y el rugido ensordecedor del estadio, que se volvió loco ante esa muestra de afecto. Luego, las cámaras, los titulares, los *edits* en redes sociales, las conversaciones en Twitter… Una historia de amor para alimentar al público hambriento de cuentos de hadas y príncipes azules. Pero yo no era ninguna princesa, y ese beso no había sido un cuento, sino una pesadilla.

La mantequilla se me resbaló de los dedos y cayó al suelo con un golpe sordo. Dejé escapar un suspiro y me puse a limpiarlo. Podía engañarme todo lo que quisiera, pero la realidad seguía ahí, punzante como una astilla bajo la uña: una parte de mí suspiraba de anhelo por ese beso. Odiaba todo lo que traía de la mano, pero no el gesto, ni mucho menos a Dom.

Preparé una nueva porción de mantequilla y la dejé a un lado para derretirla; después, vertí la harina en el bol, con tan mala suerte que estaba muy compactada y salió toda de golpe, por lo que se levantó una nube blanca que podría haberme pintado la cara de no haberme apartado a tiempo. Tal vez debería haberlo hecho, haberme quedado ahí y mancharme, para ver si así la prensa dejaba de reconocerme por un rato. Porque ahora no podía ni ir al supermercado sin que alguien me hiciera una foto con flash en plena cara. No podía sentarme en una terraza con Irene o Silvie sin que un periodista apareciera con una grabadora y una pregunta envenenada.

«¿Eres la misma chica de la filtración de hace unos años?».

«¿Cuánto tiempo lleváis juntos?».

«¿Vais en serio?».

«¿Lo buscaste por su dinero?».

Para la mayoría de las preguntas, las que importaban, ni siquiera yo tenía respuesta. Pero eso no evitaba que los titulares me persiguieran allá por donde fuera: «La novia secreta del plata en kárate», «El heredero de Beaumont Enterprise y su misteriosa acompañante: ¿amor del pasado o nuevo romance?», «Marián Díaz: de chica de la calle a la nueva obsesión de la prensa francesa». Especulaban hasta con la cronología de nuestra relación, sobre cuánto tiempo llevábamos juntos, e incluso habían encontrado fotos de otras competiciones de Dom en las que se me veía de fondo, oculta tras una gorra y unas gafas, como si tuviera algo que esconder. Y, Dios, cuánto alimentaba eso el sensacionalismo. Todo esto sin contar con los artículos de opinión en los que se debatía si yo era digna del sucesor de una empresa multimillonaria. Como si Dom fuera un maldito premio y yo no pasara el corte. De haber sido cualquier otro deportista, la noticia habría perdido fuelle, pero ¿como hijo de uno de los magnates más importantes de Occidente? Ahí había leña para rato.

La cuarta tanda de cookies con pepitas de chocolate estaba lista para hornear, pero tenía que esperar a que acabara la anterior, por lo que me quedé contemplando la masa sin cocer. Ojalá pudiera hacer lo mismo con mi vida: moldearla, controlarla, decidir cuándo y cómo iba a dorarse sin que nadie metiera mano en la receta. Pero no podía. Porque no había receta para lo que estaba viviendo, y lo peor de todo era que no tenía ni idea de cómo salir del embrollo.

El gabinete de Jacques había intentado controlar la narrativa, pero en esa ocasión no teníamos ningún comodín que usar. No existía el as bajo la manga de Monique, que estaba a un soborno de confesar que ella no era la de las fotos de hacía un par de veranos. Dom, por su parte, intentaba protegerme como buenamente podía. Pasábamos mis ratos libres en el trabajo en su habitación o en mi casa, sin importarle no disfrutar de unas muy merecidas vacaciones después de ganar la medalla. En cuanto salíamos a la calle, me protegía con su presencia, alejaba a los periodistas como si fueran contrincantes sobre el tatami. Y, en realidad, hasta eso me daba miedo. Dom nunca se había mostrado violento o irascible, pero sí contaba con un instinto de protección muy arraigado. Jamás permitió que nos hablaran mal a su hermana o a mí, que las bromas se salieran del tiesto y, en definitiva, que nos pasara nada. Y con la última semana que estábamos viviendo, su paciencia se agotaba tan rápido como la mía. Me preocupaba que, al estar bajo una presión tan diferente a la que controlaba, cometiera un desliz que involucrara los puños.

Por eso, aquella noche la pasamos separados. Con todo el caos de las Olimpiadas, la estancia de los Beaumont en el Marbella Paradise Resort se iba a acortar, aunque Dom fuera a quedarse más tiempo en la ciudad para disfrutar de mi compañía —si es que no salíamos huyendo antes—. Y eso significaba que apenas había podido estar con su familia durante unos días, porque casi todos sus esfuerzos estaban puestos en mí.

Yo no quería aquello, no quería nada de lo que estaba pasando, en realidad, pero menos aún ser la jaula en la que se viera encerrada la felicidad de Dom. Así que le había dicho que me había

bajado la regla y que me dolía mucho —cosa que tampoco era mentira—, que me apetecía descansar. Lo había convencido para que saliera de fiesta por Puerto Banús, para que desconectara en un entorno privado y seguro en el que supiera que nadie iba a poner su intimidad en peligro. Y eso había hecho. Hacía unas tres horas que me había dicho que salía de fiesta con Silvie, Antoine y Théo, me había deseado buenas noches y yo me había quedado con los dedos suspendidos sobre el teclado, a punto de despedirme con un «te quiero» aún inconfesable.

El timbre del horno me sacó de mi ensoñación. Me puse los guantes, saqué la bandeja y lo preparé todo para meter la siguiente hornada. En cuanto cerré la puerta, miré a mi alrededor y suspiré. No sabía qué iba a hacer con tantas cookies, pero era mi forma de relajarme, porque ahí, entre fogones, se encontraba mi verdadero hogar. Suponía que mamá y papá se comerían unas cuantas, si es que él volvía en algún momento y ella se mantenía despierta más de media hora.

Con el reajuste de personal, mamá estaba haciendo turnos triples para suplir la falta de sueldo de papá, y le tocaba trabajar muchas noches. Al menos, esperaba que un dulce —o cien— aliviara su situación. El resto podría compartirlas con mi grupo de amigos.

El móvil vibró sobre la encimera con un zumbido que me hizo dar un respingo. Mi corazón, ya alterado por la sobrecarga de pensamientos, se detuvo un instante antes de arrancar en una carrera desbocada. Por inercia, miré el reloj de la cocina: las tres de la mañana. Un escalofrío me recorrió la espalda, porque nada bueno pasaba a esa hora.

Me peleé con los guantes para hornear hasta que conseguí darle la vuelta y vi el contacto de mamá en la pantalla. Al instante, un vacío helado me inundó el estómago.

—¿Mamá? —La voz me salió rasposa, quebrada por el pánico que había prendido más rápido que la pólvora.

—Marián… —Tenía la respiración agitada, y con solo el modo de pronunciar mi nombre supe que algo iba muy muy mal—. Ha habido un accidente. Es tu padre. Tienes que venir al hospital. Ahora.

Me quedé sin aire. Todo mi cuerpo se tensó de golpe, como sacudido por una descarga eléctrica.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado?

La sangre me retumbaba en los oídos y tenía la garganta cerrada. Me dio tal mareo que tuve que agarrarme a la encimera para no caerme en redondo.

—No lo sé. Solo… Tú ven. Y rápido.

La llamada se cortó antes de que pudiera indagar más, y yo me quedé ahí, con el teléfono pegado a la oreja mientras el mundo entero se inclinaba a mi alrededor. Mi pecho subía y bajaba de manera errática, con una respiración superficial que hacía que el mareo creciera más.

De repente, los ruidos de la cocina se amplificaron: el tictac insistente del reloj, el goteo del grifo mal cerrado, el zumbido del horno y de la nevera… Todo me resultó insoportablemente estridente, como si mi cerebro se aferrara a esos estímulos para no sucumbir al pánico. Moví las manos sin control, tiré una espátula al suelo, golpeé el bol de la masa de galletas y este rodó por la encimera antes de caer con un ruido sordo y quebrarse en mil pedazos. Y, aun así, a mí la ansiedad me partía más.

Salí del trance con un estallido de adrenalina, apagué el horno y tropecé con la alfombrilla al echar a correr hacia la puerta, sin pararme a pensar si llevaba las llaves, las pantuflas o el pijama. Cada segundo que pasaba suponía una eternidad que no podía malgastar. Solo tenía en mente una imagen: la de mi padre en alguna camilla fría de hospital.

Las puertas de Urgencias se abrieron para mí con un siseo mecánico, aunque el ruido quedó sepultado bajo el latido de mi corazón. Olía a desinfectante y a algo ferroso que me revolvió el estómago, aunque no tanto como ver a mi madre.

Estaba sentada en la sala de espera, con las manos en las sienes y la cabeza laxa, los hombros encogidos y la vista clavada en el suelo de baldosas blancas. Su rebequilla de punto gris, que la acompañaba hasta en verano, parecía demasiado grande para ella en aquel momento. Cuando alzó la cabeza y me vio, su expresión se quebró y se levantó de golpe.

Corrí hacia ella y nos fundimos en un abrazo desesperado. La sentí temblar contra mí y eso solo consiguió que mi propia angustia se disparara.

—¿Y papá? —pregunté, aferrada a ella con los dedos hundidos en la tela de la chaquetilla.

—Sigue en quirófano. —Su voz sonó ahogada, frágil. Se separó lo justo para mirarme a los ojos—. Ha tenido un accidente muy grave, Marián. Por lo que me han dicho, los dos coches quedaron destrozados, y hay más heridos. No sé nada más, solo que se han reservado el pronóstico de tu padre.

La cabeza me daba vueltas.

—Pero ¿cómo…?

—No lo sé. Aún no… —Mi madre negó con la cabeza y sus labios temblaron al morderse el carrillo por dentro.

Intentaba no romperse delante de mí, y que le estuviera costando tanto esfuerzo me hacía pedazos el corazón. Me faltaba el aire, cada respiración se me atascaba en la garganta como si fuera a asfixiarme. Con dedos torpes, saqué el móvil y busqué el número de Dom. Necesitaba oír su voz, que me dijera que todo iba a salir bien, que me protegiera, como siempre intentaba.

Llamé.

No sonó ni un tono. Directo al buzón de voz.

Colgué y volví a intentarlo. Nada.

La ansiedad me apretó el pecho con su garra helada. Un escalofrío me trepó por la espalda mientras una idea aterradora se filtraba en mi mente.

¿Y si…? ¿Y si él era uno de esos otros heridos?

Sacudí la cabeza con fuerza, intentando deshacerme del pensamiento. No. No podía pensar en eso. No en aquel momento.

Mi madre me acarició el brazo y me dedicó una sonrisa tan dulce como triste.

—Siéntate, cariño. No podemos hacer nada más que esperar.

«Esperar».

Odiaba esa palabra. Odiaba la incertidumbre. Odiaba no recordar qué le había dicho a mi padre por última vez. Odiaba no saber si la próxima vez que viera aparecer a un médico, traería la noticia que destrozaría nuestras vidas para siempre.

Hasta aquel momento, no había llegado a entender del todo aquello de que el tiempo es relativo. Cómo un minuto puede convertirse en horas sin sobrepasar los sesenta segundos o viceversa. Para nuestra desgracia, cada segundo de espera suponía una tortura digna de los nueve círculos del infierno.

Lo único que podía hacer era sacar el móvil cada poco rato y marcar el número de Dom, con la vana esperanza de que respondiera. No sucedió. Con cada nuevo soniquete del buzón de voz al que llegaba, la ansiedad me trepaba más alto por la garganta, como una enredadera venenosa.

Mi madre no dijo mucho en todo ese rato. Tenía la vista perdida en la pared blanca, con los codos clavados en las rodillas y las manos entrelazadas, como rezando en silencio. No me atreví a preguntarle en qué pensaba, porque temía la respuesta.

Cuando dos agentes de policía se nos acercaron con paso firme, el rostro serio y libretitas en las manos, mi madre y yo nos pusimos en pie de inmediato.

—¿Son familiares de Rafael Díaz? —Mi madre tenía la mirada desencajada, así que afirmé yo por ella—. Necesitamos hacerles algunas preguntas sobre él.

—C-claro —consiguió decir—, pero no sabemos mucho. Sigue en quirófano.

Mamá se agarró a mi brazo con tanta fuerza que temí que me partiera el hueso.

El otro agente asintió con gesto comprensivo, pero su expresión seguía siendo profesional y distante.

—¿Sabe qué hacía su marido esta noche? ¿Dónde estaba? ¿Con quién?

Mi madre frunció el ceño, y el nudo en mi estómago se apretó más aún.

—No. Yo estaba trabajando.

Me miró en busca de refuerzos y negué con la cabeza, porque cuando yo había vuelto del resort, él ya no estaba.

—¿Sabe si pudo haber bebido? —preguntó el primer policía, más bajo que el otro y con un timbre que me enderezó de golpe.

—¿Qué insinúa? —exigí saber.

El agente intercambió una mirada con su compañero y entonces lo soltó:

—Señorita, su padre superaba la tasa de alcohol en sangre permitida.

—¿Qué? No, eso no es… Es imposible. Papá no… —Me volví hacia mi madre en busca de refuerzos, pero la lividez de su rostro acalló mi defensa—. ¿M-mamá…?

Mi madre jadeó como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago y mi mundo se hizo añicos. Se tambaleó, con una mano en el pecho, y yo la sostuve antes de que se derrumbara. Con la ayuda de los agentes, conseguimos llevarla a uno de los asientos y empecé a abanicarla con la mano. Me temblaba. Muchísimo. Me había anclado en una negativa perpetua, porque la imagen de mi padre no encajaba con la de un conductor imprudente y borracho. Con uno que hubiera provocado, tal y como nos explicaron, dos siniestros con víctimas involucradas. Con un fallecido, como conseguí que me dijeran.

Cuando se marcharon, mamá me confesó que papá tenía un problema con el alcohol, que llevaban meses intentando superarlo, pero que había fracasado. Y yo me quedé más hueca aún.

¿Cómo no me había dado cuenta? ¿Cómo no había visto que tenía un problema?

Mi madre se rompió por completo; su llanto, un lamento desgarrador. Y yo… yo no podía permitirme caer también, porque, si lo hacía, ella se hundiría más.

Cuando conseguí que se calmara un poco, gracias a un tranquilizante que le dieron unas enfermeras, volví a llamar a Dom. Una y otra vez. Cada nuevo buzón de voz era un alfiler en mi corazón. Eran las cinco y media de la mañana. Dom ya habría vuelto de fiesta. Estaría a salvo, en el Marbella Paradise Resort, en su cama, durmiendo la mona después de una juerga.

Pero… ¿y si no? ¿Y si él era el otro conductor? ¿Y si mi padre había impactado contra él? Llamé a Silvie y, aunque su móvil no me redirigió al buzón de voz, tampoco contestó. Probé con Antoine y con Théo con el mismo resultado. Pensé en llamar a Irene, por si ella sabía algo, pero era mi ansiedad intentando tomar el control de una situación incontrolable. Luego llamé al hotel y pregunté por el huésped de la habitación 314. Me costó Dios y ayuda que la recepcionista me diera esa información, que era confidencial. Pero no, nadie había visto al huésped regresar.

Eso no tenía por qué significar que Dom no estuviera a salvo en el hotel, sino que tal vez no había coincidido con nadie que lo hubiera visto, ¿no? ¡¿No?! Me armé de valor y me acerqué a los policías, les expliqué la situación e intenté que me facilitaran los datos de la otra víctima. En vano. Como todo lo que intentaba hacer esa noche.

Incapaz de respirar con normalidad, salí de Urgencias para que el frescor de la madrugada me pellizcara las mejillas y me ayudara a mantener las lágrimas a raya. No podía. No podía con todo aquello.

Con la angustia que se había enroscado en mi pecho y bombeaba mi corazón en lugar de mi sangre. Porque papá seguía en quirófano, y no sabía si sobreviviría o no. Y Dom…

Me apoyé contra la pared y me dejé caer hasta el suelo, con un sollozo seco atragantado. No podía llorar, porque, si lo hacía, el mundo se vendría abajo. Ese mundo en equilibrio precario que sostenía con las manos temblorosas.

Me centré en lo que me rodeaba, en la brisa que mecía unas plantas resecas, en el ir y venir de los coches y los pacientes. Uno aparcó justo a la entrada, con prisas, y casi quemó las ruedas. El conductor se bajó corriendo y deseé con todas mis fuerzas que fuera Dom. Pero no, era un hombre en la treintena que se apresuró a abrir la puerta del copiloto, de donde bajó una mujer muy embarazada que intentaba controlar la respiración y las contracciones.

—Ya está, cariño, ya está —la alentaba él.

En un gesto nervioso, le dio la vuelta a la gorra que llevaba puesta. ¿Quién se ponía gorra a las seis de la mañana? Por inercia, me llevé la mano a la cabeza para recolocarme la mía. Solo que no la tenía.

El corazón se me comprimió una vez más, algo que se me antojaba imposible, porque me había olvidado de la gorra. Durante la última semana, esa prenda había sido una extensión de mi propio cuerpo para protegerme un mínimo de la prensa.

La prensa.

La maldita prensa que estaba al acecho, en busca de un escándalo, de sensacionalismos. De algo a lo que hincarle el diente.

Algo como la historia de mi padre.

Pero no podía dejar que le hicieran eso a mi familia. No con todo lo que se nos venía encima. La protegería, costara lo que costase.

Recorrer el pasillo de casa con una maleta abierta sobre la cama me resultaba irreal, como si viviera en piloto automático. Como si apenas diez horas antes mi vida no hubiera sido una muy distinta. Me parecía surrealista que las preocupaciones de la mañana anterior no hubieran sido convertirme en el pilar de mi madre mientras mi padre yacía en la UCI con una pierna menos y una montaña de consecuencias que ni siquiera había empezado a comprender.

El móvil vibró sobre la cómoda y casi se me paró el corazón. Me quedé paralizada un instante, con la sangre retumbándome en los oídos. Por un momento, me vi de nuevo en la cocina, con las manos pringadas de la masa de cookies, mirando la pantalla con el pecho oprimido por el pánico.

Tragué saliva y cogí el teléfono. Era Silvie.

Descolgué sin pensarlo, con el corazón latiendo demasiado despacio.

—Ey, Marian —dijo ella, tranquila, ajena al caos de mi existencia —. He visto tu llamada perdida. ¿Todo bien?

Por un segundo, no supe qué responder. No tenía fuerzas para dar explicaciones. Ni para nada, en realidad. Así que, con voz muerta y sorbiendo por la nariz, solté lo único que me importaba en ese momento:

—¿Dónde está Dom?

Hubo un breve silencio. Luego, su voz se tornó desconcertada.

—Eh… Imagino que durmiendo. Anoche salimos hasta tarde.

Un escalofrío me recorrió la espalda, porque no necesitaba recordarlo. Había pocas cosas que supiera con mayor certeza que esa. De repente, con la imprevisión de un volcán en erupción, toda la ansiedad que había mantenido a raya a lo largo de la noche explotó con un arranque de desesperación.

—Silvie, dime que Dom está bien. —Mi voz sonó rota, estridente, como si no me perteneciera. Pero ella no respondió—. ¡Dímelo!

—C-claro que está bien —dijo apresurada—. Lo dejé en su habitación a las seis de la mañana. Estará dormido, Marian, tranquila.

La confirmación, lejos de aliviarme, terminó de poner mi mundo patas arriba. Porque —aunque me odié después solo por pensarlo— que él estuviera bien significaba enfrentarme al problema. Pero en aquel momento no tenía la cabeza como para ser una persona plenamente funcional y racional. No me importaba nada más allá de controlarlo todo. De conseguir que saliera bien.

Las manos me temblaron y me apoyé sobre la cómoda, con los dedos crispados por la presión de mi realidad.

—Gracias —murmuré con un hilo de voz antes de colgar.

Lancé el móvil sobre la cama y cerré los ojos. Como en una oleada, el cansancio trepó hasta mis hombros con una presión tan aplastante que temí que me tumbara.

Dom estaba bien. Bien. A salvo.

Y aun así, mi corazón latía con un eco por mi interior vacío.

Parpadeé varias veces seguidas para apartar las lágrimas, sacudí la cabeza y me obligué a seguir adelante. Terminé de meter algo de ropa para mamá en la maleta y la cerré con un movimiento brusco. Me planté delante del espejo, incapaz de reconocer el reflejo que me

devolvía y, con manos temblorosas, acaricié el arco de la visera de la gorra. Tuve que tragar saliva varias veces antes de armarme de fuerza para ponérmela y ocultar un poco mis rasgos.

Aquella sería la última vez que lo hiciera.

Las llaves tintinearon en mi mano cuando intenté encajarlas en la cerradura del portal. Tenía los músculos tensos, los ojos hinchados y una presión insoportable en el pecho. Mamá me había pedido que volviera a casa para buscar unos papeles y yo solo quería entrar, cogerlos y regresar al hospital sin pensar demasiado en nada.

Suficiente tenía con la nueva visita de la policía, que había venido para comprobar el estado de mi padre y actualizar el atestado. Lo último que habíamos esperado mamá y yo era que nos sugirieran que buscásemos a un abogado, que lo íbamos a necesitar y que se venían tiempos difíciles. Así que ahí estaba yo, con la misión de rebuscar entre los papeles de los distintos seguros, porque ambas estábamos muy perdidas y no sabíamos qué hacer.

Justo antes de abrir lo sentí. Esa presencia inconfundible a mi espalda. El calor de un cuerpo demasiado cercano, la respiración entrecortada de alguien que había estado corriendo.

Me di la vuelta con el estómago encogido y ahí estaba Dom. Revuelto, con las ojeras marcadas, la mandíbula tensa y los labios entreabiertos, como si no le llegara suficiente aire a los pulmones. Llevaba la camiseta arrugada y el cabello alborotado, una imagen completamente alejada de su perfección habitual.

—Marián…

Quise ignorarlo. De verdad que lo intenté. Bajé la mirada, tratando de centrarme en la cerradura, con los ojos colmados de lágrimas otra vez. Casi lo logré, pero él no me dejó. Cerró la mano alrededor de mi muñeca con suavidad, como si temiera romperme. Poco sabía él de lo cerca que estaba de hacerlo.

—Llevo todo el día buscándote —dijo con la voz ronca, desesperada—. Te he llamado mil veces. No contestabas. Pensé que…

Respiré hondo, cerré los ojos y dejé que una lágrima resbalara por mi mejilla. Cuando hablé, mi voz salió quebrada pero clara:

—Ahora ya sabes lo que se siente.

El silencio entre nosotros fue atronador. Lo vi pestañear, confundido. Su agarre se aflojó un instante, pero no me soltó del todo. Sabía que no lo haría salvo que yo se lo pidiera. Pero no tuve el valor de hacerlo. Frunció el ceño mientras esa mirada que tanto amaba buscaba cualquier rastro de entendimiento en mi rostro.

—Marián… —susurró, y su voz contenía todas las palabras no dichas, todos los intentos de justificación, todas las excusas que no quería escuchar.

Me solté despacio, abrí la puerta y di un paso. No quería romperme delante de él, no cuando la tormenta en mi interior era tan grande que arrasaría con todo a su paso.

—Dom, no puedo hacer esto ahora.

—Sea lo que sea, no tienes que hacerlo sola —insistió subiendo el escalón del portal—. Hablaré con mi padre, le meteremos más presión a la prensa. Pagaremos a quien haga falta para cortarlo de raíz.

—Da igual lo que hagamos, porque no pararán hasta tener lo que quieren —repliqué alzando la voz sin querer—. Yo no estoy hecha para esto, Dom. Yo no he nacido con la fama bajo el brazo. No puedo ignorarlo sin más mientras se meten en mi vida privada y la diseccionan frente a las cámaras. N-no puedo.

Dom me estudiaba con el ceño fruncido, confuso, herido. Estaba convencida de que, al encontrarme, esperaba recibir una explicación del silencio al que lo había sometido todo el día, por qué había desaparecido mientras él me buscaba como loco. Pero no podía decirle la verdad. No podía soltarle que la presión mediática, sumada a los problemas del juicio al que tendríamos que enfrentarnos, a la desgracia que se cernía sobre mi familia, me iba a devorar por completo hasta no dejar más que huesos. Y que, si seguía a mi lado, también lo destrozaría a él. Era un atleta prometedor, con una carrera más que brillante por delante, y aquello… Aquello se alargaría durante demasiado tiempo como para permitir que se descentrara de ese modo.

Él podía cumplir su sueño, yo no. Él podía seguir viviendo, yo no.

—Marián, dime qué está pasando —insistió con la voz temblando entre la frustración y la desesperación—. Porque no lo entiendo.

Apenas había un paso de distancia entre nosotros, y yo lo sentía como un abismo.

Respiré hondo y me obligué a encontrar las palabras.

—No puedo con esto, Dom. Contigo. Con la prensa. Con la vida que tienes y a la que me arrastrarías. No quiero seguir con lo que sea que hay entre nosotros.

En cuestión de un parpadeo, su expresión cambió y la confusión dio paso a una incredulidad absoluta.

—Mientes —espetó. Cerró los puños y su pecho empezó a subir y bajar con respiraciones irregulares—. Estás asustada, y lo entiendo. Pero no me digas que no puedes estar conmigo porque sé que es mentira.

—Da igual lo que creas, Dominique —respondí, usando su nombre completo para marcar las distancias. Me odié a mí misma cuando sus ojos reflejaron un destello de dolor.

—No. No me hagas esto, Marián. No me apartes como si fuera un puto desconocido. Si hay algo que te asusta, lo solucionaremos juntos. Si necesitas que la prensa se calle, haré lo que sea para que paren. Pero no me alejes. No así, por favor.

La voz se le quebró por el llanto contenido y, Dios, jamás imaginé que romper con alguien a quien amas pudiera provocar un dolor físico tan intenso. Porque en aquel momento, de verdad sentí que se me quebraba el corazón. Quise abrazarlo, quise besarlo una última vez, quise decirle la verdad. Pero entonces vi en mi mente los titulares, los flashes, la marabunta a las puertas del juzgado tras las vistas de mi padre, el infierno mediático al que nos veríamos arrastrados. No podía permitir que nos tragara.

—Se acabó, Dom —atajé con la entereza que me confería haberme muerto por dentro.

—No. No.

Él dio un paso hacia mí y, con un arrojo cruel, extendí el brazo entre ambos y le di un empujón suave para que bajara el escalón y volviera a la calle.

—Marián… —suplicó.

Volví a empujarlo para apartarlo de mí, de la seguridad del portal. Y entonces los vi: los paparazzi seguían ahí, acechando como

tiburones. O eso creí, cuando en realidad bien podría haber sido un simple chico que consultaba su móvil. En aquel momento, me dije que era así como debía ser. Arrancarme el corazón del pecho con mis propias manos dolería menos, pero era lo correcto. Teníamos vidas muy diferentes, y la mía acababa de irse a la mierda porque no teníamos dinero para costear abogados. Y tampoco para enfrentarnos al peso de la ley porque no había ni un atisbo de dudas de que mi padre era culpable. Mis sueños se habían volatilizado en cuestión de un parpadeo, y no podía lidiar con todo al mismo tiempo.

—Te he dicho que no, Dominique —insistí con voz más dura.

Tuve que tragar saliva para contener el llanto que me presionaba la garganta. Estaba deseando que se largara para poder encerrarme en casa a gritar, llorar, sollozar y romperme. No iba a aguantar mucho más.

—Por favor, vamos a hablarlo. En privado —susurró.

No respondí. Todo en mi cuerpo me decía que diera marcha atrás, que no terminara de arruinarme la vida. Pero mis padres me lo habían dado todo, tenía que protegerlos incluso de mí misma.

—Se ha acabado. No hay nada de qué hablar.

—No.

—Olvídate de mí.

Al borde de estallar, Dom se pasó las manos por el pelo en un movimiento violento. Dio un paso hacia mí, buscando mi contacto para templarse, pero yo extendí un brazo entre ambos, como un muro insalvable.

—Háblame, Marián. Sé que hay algo que no me estás contando. Puedes confiar en mí.

—No, no puedo —mentí, tan cerca del llanto que la última sílaba se me quebró—. Porque todo lo relacionado contigo acaba filtrado en la prensa. Tú me has hecho esto.

Había visto a Dom recibir muchos golpes durante las competiciones, y ninguno tuvo el impacto de mis palabras. Vi el dolor reflejado en su rostro, cómo sus cejas caían, sus labios se tensaban y se le apretaba la mandíbula. Todo al mismo tiempo.

—No hablas en serio.

—Todo esto es tu culpa, Dom. No quiero volver a saber nada de ti.

Di media vuelta y le cerré la puerta en la cara, refugiada en el frescor del portal. Aun así, sentí su mirada atravesar el metal. Sabía que él me odiaría por esto. Que yo me arrepentiría durante el resto de mi vida. Pero también que era la única forma de proteger a mi familia.

Cuando lo oí gritar mi nombre y aporrear la puerta, a sabiendas de que yo seguía ahí, me derrumbé. Y supe, con una certeza desgarradora, que jamás llegaría a amar a nadie con tanta fuerza como a Dominique Beaumont.

17

Dom



Viernes, 1 de noviembre de 2024

Durante la siguiente hora me mantengo en silencio, mientras el entendimiento se abre paso en mi mente. Aquella noche, Marián no solo se enfrentó a la posibilidad de perder a su padre, sino que mi silencio —inintencionado— la llevó a pensar que tal vez también me hubiera perdido a mí. Y el pánico hizo el resto.

—No sabes cuánto siento no haber estado ahí, Marián —me atrevo a decir cuando creo que ha terminado—. Si hubiera sabido… Si me hubieses dicho…

La voz se me rompe y tengo que inspirar hondo, con los labios apretados de frustración pura y las manos cerradas con fuerza alrededor de la barandilla de la pasarela de la Senda Litoral. Marián me mira; sus ojos reflejan una mezcla de dolor y resignación que me parte en dos.

—Ya da igual, Dominique. —La vuelta a los formalismos casi me duele más que su confesión. Casi—. Aquella noche lo cambió todo

para mí, y para cuando volví a verte, ya había tomado la decisión.

Sus palabras se me clavan como un puñal, traicionero y por la espalda.

—¿L-lo…? ¿Lo habías decidido? —mascullo—. ¿Dejaste que te escribiera? ¿Que te llamara? ¿Que te suplicara por una respuesta? ¿Y tú ya lo habías decidido, de forma unilateral?

—La mayoría de las rupturas son consecuencia de una decisión unilateral. Esa es la realidad.

Me quedo de piedra, incapaz de creer lo que acabo de oír. En su voz distingo una indiferencia fingida que me destroza. Ahí está el estúpido orgullo, una vez más. Y entonces la furia toma el control de mi cuerpo.

—¡¿La realidad?!

—Baja la voz, por favor, nos van a oír.

—¡Me importa una mierda que me oigan! Porque la realidad, Marián, es que te cargaste algo que podría haber sido precioso y maravilloso sin escucharme siquiera. ¿De verdad creíste que no podías confiar en mí por un estúpido error? ¿Por dejarme llevar y besarte en el momento más feliz de mi vida? ¡¿De verdad?! ¿O tuviste tanto miedo de tu realidad que cogiste la vía fácil, que era huir? ¡Sabías lo que sentía por ti, joder!

Me aparto una lágrima rebelde de un manotazo furtivo. Nos quedamos mirándonos durante unos segundos en los que el silencio se convierte en el fuego que ambos respiramos.

—¿Lo sabía? —pregunta con un temblor que me revuelve el estómago—. Porque lo que yo sabía era que no me habías pedido salir, Dominique. Que pasamos dos años hablando a diario y nunca me dijiste lo que sentías.

—¿Que no te…? —Suelto una risa incrédula, a medio camino de un bufido animal, y me paso las manos por el pelo—. ¡¿Que no te lo dije?! ¡Tú eras la hermética que parecía medir cada palabra! Pues claro que no te dije abiertamente «te quiero», porque pensé que saldrías huyendo si lo hacía, pero te lo demostré de muchísimas otras formas. Joder, si hasta proclamé delante del mundo entero que, con mi siguiente medalla, te pediría matrimonio. ¡¿Y me dices que no sabías lo que sentía?!

La sorpresa golpea su rostro con la misma violencia con la que el dolor ha azotado el mío.

—No pensé que fuera en serio…

—¡Claro que iba en serio! ¡Siempre fui en serio contigo! Te quería más que a nada en este mundo, Marián. Y tú te lo cargaste.

Incapaz de sostenerle la mirada un solo segundo más, me alejo de ella. Cada paso que doy en dirección contraria es un recordatorio del dolor que ambos vivimos y que ahora nos separa aún más. Amé a Marián como nunca he amado a nadie, pero ahora temo que el daño sea irreparable.



Que te destrocen el corazón dos veces con la misma ruptura debería considerarse un hito, mal que me pese. En realidad, ni siquiera entiendo por qué me duele tanto algo que sucedió hace ocho años y que creía más que superado. Por qué despejar esa incógnita que lleva tanto tiempo acompañándome no me ha aportado el alivio o el consuelo que esperaba. Las respuestas deberían ir de la mano del entendimiento y yo, sin embargo, casi tengo más preguntas que

antes. Y creo que Marián no podrá resolverme las dudas en esta ocasión.

Como hemos bajado hasta la playa dando un paseo, no me queda más remedio que deshacer todo lo andado. Es de mis partes menos favoritas de que Marbella tenga playa y montaña, lo que le confiere su microclima eterno: las dichosas cuestas. No le tengo miedo al cardio, pero la hora cuesta arriba me deja con el corazón acelerado, la chaqueta colgando del pliegue del codo y sudando. Casi que lo prefiero, porque así tengo una justificación para el pulso descontrolado, y no porque la conversación con Marián me haya afectado tanto.

Al llegar al coche, las manos me tiemblan y se me caen las llaves. Me maldigo una vez más, sin saber bien qué voy a hacer ahora, y al volver a levantarme tras recogerlas, lo veo en el reflejo de la ventanilla. Rafael, en el mismo bar de hace unas horas, con unos cuantos botellines de cerveza más sobre la mesa. La rabia me sube por la garganta en un borboteo incontrolable que me lleva a cruzar la carretera casi sin mirar y entrar en el bar. Rafael, con la piel cuarteada por tantos años bajo la exposición del sol y los excesos, se lleva un tercio a los labios, entre risas compartidas con sus colegas. Le arrebato la cerveza de las manos y la planto sobre la mesa con un chasquido sordo; no me la he cargado de milagro.

—¡¿Qué haces?! —me pregunta.

Los vapores del alcohol a estas horas del mediodía hacen que tarde un par de segundos en reconocerme. El bar se ha quedado en completo silencio, algo que de primeras resulta imposible cuando es fuente de ruido vayas donde vayas. Muy despacio, apoyo las manos

en la mesa, húmeda por los rastros de cerveza y otras bebidas, y me inclino hacia él.

—Soy incapaz de comprender cómo un padre puede ser tan egoísta como para arruinarle la vida a su hija una vez y no aprender de ello —siseo, muy cerca de él.

Me tiemblan las manos, me duele la garganta y me cuesta mantener el tono a raya. Sus ojos se estrechan, capta la amenaza tácita.

—Tienes una hija que vale millones. —La voz se me quiebra un poco, porque aunque esté enfadado con ella, no deja de ser verdad, y joder, cómo duele—. Tienes un tesoro que por fin está dejando de ser solo tuyo. —Aprieta los labios y lanza un vistazo a nuestro alrededor, incapaz de sostenerme la mirada—. Así que más te vale no volver a olvidarlo, Rafael, porque Marián no se merece eso.

Me siento un absoluto miserable por haberle increpado nada a un padre de familia borracho y que ha sufrido unas secuelas graves por ello, pero no he podido controlarme. No cuando, en parte, es responsable de que Marián y yo rompiéramos.

18

Marián



La noche del viernes la paso recapitulando cada palabra de la discusión, cada gesto frustrado y cada mirada cargada de dolor, y todo se me clava en el pecho.

Lo más difícil de asimilar es descubrir cuánto significué para él o, más bien, aceptar que mis inseguridades y mi miedo por lo que ocurrió aquella noche me arrebataron la oportunidad de entender que él estaba dispuesto a ofrecerme un futuro. La imagen de Dominique al confesar sus intenciones, al decir que había querido pedirme matrimonio, me hace sentir de nuevo como aquella chiquilla de veinte años, soñadora e inexperta, ingenua y asustada, que no supo identificar las señales que él le daba. La de ahora, ocho años después, es la que debe vivir con las consecuencias de su ceguera.

Lo peor de la situación es que puedo entendernos a ambos —gracias al dinero invertido en terapia—. Que puedo relativizar y ver que yo era una cría y que, en una sola noche, mi mundo entero se desmoronó. No tenía energía mental para enfrentarme a los problemas que iban de la mano de salir con Dominique —relación a distancia, exposición mediática y diferencia de clases— al mismo

tiempo que superaba las secuelas del accidente de mi padre. Me vi sola, sin ningún apoyo en el que refugiarme por temor a cargarles con demasiados problemas. Nadie, ni siquiera mi madre, es consciente de cuánto miedo y cuánta culpa acumulé entonces. Y aun así, por terrible que sea aceptarlo, la realidad es que, en cierto modo, yo también dejé solo a Dominique. No fui capaz de confiar en él por el temor a que todo se filtrara; lo abandoné sin darle una oportunidad.

La pena me invade de repente, una tristeza densa y profunda que hace que el dolor que llevo a cuestas por mis propias heridas crezca.

Mi móvil vibra con un mensaje entrante que me saca de mis cavilaciones; es de un número desconocido.

> Vuelvo a Francia mañana.
> El vuelo sale a las 9.30 desde
> el aeropuerto de Málaga.
> Si quieres volver, avísame
> y haré que te recojan

Me quedo petrificada. Hace años que borré el número de Dominique, en un alarde estúpido de demostrarme que lo había olvidado —mentira—. Y él conserva el mío. El corazón me late con tanta fuerza que hasta me duele.

La simplicidad de su mensaje esconde una amabilidad que no esperaba, no porque sea impropia de él, sino porque no me la merezco. Y esto solo me demuestra lo mucho que me equivoqué en el pasado.

Por un momento, quiero responderle que sí, que me iré con él, como si ese simple gesto de aceptación pudiera cerrar la herida de

todos estos años y que yo solita he reabierto. Pero la realidad se impone sobre mí. Irme con él a Francia, volver a coincidir tan pronto… significa enfrentarnos al rastro de sentimientos que sigo sin entender del todo. Mi orgullo, una vez más, despierta y lucha contra la vulnerabilidad que siento en este momento.

Dominique me desarma de una forma que nadie más puede hacerlo, y no estoy preparada para enfrentarme a eso sin perderme en el proceso. Suspiro, siento el peso de mi decisión, y le respondo un: «No, muchas gracias, que tengas buen viaje», que guarda más significado de lo que cualquier explicación podría reflejar. Fui una necia al creer que lo nuestro no funcionaría, una tonta por darle la espalda a la posibilidad de haber formado un vínculo genuino, una relación fuerte con Dominique, el amor de mi vida.



Dedico el resto del fin de semana a Irene y a Sofía, refugiada en la compañía de mi amiga. Desde el mismo momento en el que me recibe en su casa el sábado por la mañana, sé que percibe el peso de lo que llevo dentro, aunque no le haya dado todos los detalles. Desde la adolescencia, Irene ha sido mi refugio. Hemos compartido muchos años juntas como para que entienda lo difícil que ha sido para mí que Dominique reentrara en mi vida tan de golpe. Así que las horas que siguen a mi llegada a su casa se llenan de silencios reconfortantes y de apoyo incondicional que me ayudan a sobrellevar el malestar que aún me acompaña.

O es así hasta la cena del domingo, después de que Sofía se haya ido a dormir. Mañana vuelve a clase y eso, para ella, significa

alardear de lo fuerte y valiente que es con sus cicatrices —aún con puntos— de superheroína.

—No entiendo cómo podíais estar tan ciegos —me suelta Irene, tajante. No me cabe duda de que lleva todo el fin de semana mordiéndose la lengua para no hurgar en la herida—. Era evidente que os queríais, y no sé cómo fuisteis capaces de ignorarlo.

La contundencia de sus palabras me descoloca. Hemos hablado de Dominique muchas veces, pero su punto de vista siempre ha sido el de una espectadora leal a mi dolor. Esta vez, sin embargo, parece enfocarlo desde un punto de vista distinto.

—Yo no veía las cosas como tú, Irene. Era muy joven y no sabía nada del amor. Elegí la vía fácil —le confieso—. Pero él también tiró la toalla demasiado rápido.

—Joder… —bufa y se lleva la mano a la frente. Estamos sentadas en la minúscula terraza de su piso, con una infusión en la mesa entre nosotras. Pero, por cómo lo ha dicho, sé que preferiría que fuera un buen whisky—. Nunca te he visto tan preparada como ahora, así que voy a decir lo que llevo ocho años callándome: tú tienes la culpa de todo. —El silencio entre ambas suena como el impacto de una bomba atómica—. No me malinterpretes, entiendo tu dolor, cualquiera en su sano juicio lo haría, y sé el miedo que pasaste y todas las movidas que os envolvían a ambos. Pero ningún otro hombre te ha cuidado como él. Lo que sentía por ti… Eso era real, Marián. Y, como él bien te dijo, huiste. Fue justificado, sí, y no pretendo restarle importancia a tu dolor ni a tu sufrimiento, ni mucho menos. Pero un tiempo después, cuando empezaste a sanar, deberías haberte tragado tu estúpido orgullo y haberte puesto en contacto con él.

—É-él tampoco lo hizo —casi tartamudeo—. Eso solo me reafirmó que pensase que yo no valía nada para él. Que era algo pasajero con lo que entretenerse. Fue capaz de olvidarme y de seguir adelante, sin volver la vista atrás.

—Mira, cariño, está muy bien eso del interés romántico insistente que no se da por vencido. Pero en la ficción. —Guarda silencio, deja que sus palabras me calen—. En la vida real, lo que todas merecemos es una pareja que nos quiera tanto que sea capaz de dejarnos marchar cuando se lo pedimos aun a costa de su propio sufrimiento. Y él lo hizo.

Las manos me tiemblan y me siento tan al borde de las lágrimas que hasta la garganta me arde. El recuerdo de su rostro descompuesto cuando le dije que se olvidara de mí para siempre vuelve nítido a mi mente, como si lo tuviera delante en este mismo momento. Cuando Irene me da un apretoncito sutil en la pierna, me desmorono por completo. Lloro sobre su hombro a moco tendido, como si acabase de romper con él otra vez, en lugar de hace ocho años. Por todo lo que nos robé.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —balbuceo, entre pedorretas al sonarme los mocos.

—Porque no estabas preparada para escucharlo.

—¿Y ahora sí?

Irene esboza una sonrisa maternal muy sutil y se encoge de un hombro.

—Tal vez. Lo único que sé es que ambos fuisteis víctimas del miedo. Un miedo que, en tu caso, has dejado muy atrás, ¿no?

Sus palabras se alojan en mi interior, remueven recuerdos que creía enterrados. Dominique y yo éramos tan jóvenes, tan

inexpertos…, y nuestros sueños parecían demasiado grandes como para compartirlos. Irene tiene razón, y eso es lo más doloroso de todo.



El lunes no se presenta más halagüeño, no cuando quedo con mi madre en su casa para ponerla al día y, lejos de encontrarme con la Catalina vivaracha y risueña, hallo a la del ceño fruncido y la del discurso lapidario —típico de las madres funcionales, que siempre sueltan verdades como puños—. Los años y el trabajo duro no le han pasado en balde y, aun así, sigue teniendo una belleza madura que me lleva a pensar si yo también la conservaré en el futuro. Nos parecemos mucho, con los mismos ojos marrón oscuro y el pelo desordenado y encrespado. Por eso, cuando termino de contárselo todo, sé lo que me va a decir antes de que abra la boca:

—Lo que tuvisteis Dom y tú fue tan intenso que dudo que lleguéis a olvidarlo nunca. Pero quiero que sepas algo, cariño, nadie te pidió que cargaras con el peso de la familia. Fuiste tú quien decidió hacerlo y quien se echó toda la responsabilidad sobre los hombros cuando no te correspondía. No me malinterpretes —añade al ver mi gesto de espanto. Cauta, se inclina hacia mí sobre la mesa del comedor y me sostiene de las mejillas—, te estaré eternamente agradecida por todo lo que hiciste por tu padre y por mí, pero la labor de los padres es proteger a los hijos, y no viceversa.

—No podía dejar a papá en la estacada —me defiendo sorbiendo por la nariz.

Ella, en un gesto maternal y tierno, me limpia una lágrima con el pulgar.

—Por mucho que queramos, hay gente que no quiere ayuda. Y aunque duela, a veces debemos esforzarnos en entenderlo. Forma parte de su proceso de sanación.

Su comentario, tan directo y sin adornos, me cala hondo.

—Él me necesitaba. Tú también me necesitabas. Yo… Yo era la única que podía hacer algo.

—Te necesitamos, sí, durante un tiempo. Como cualquier otra familia ante una tragedia. Pero has sacrificado ocho años de tu vida por tu padre.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que lo abandonara y que acabara en bancarrota?

A pesar de todo lo que sucedió, pudimos dar gracias a que el juez se apiadara de mi padre en favor de una indemnización mayor. Porque con una víctima mortal de por medio, el cargo de homicidio imprudente fue inevitable. La pena habitual es de uno a cuatro años de cárcel, además de la retirada de carnet durante un tiempo. Y tuvimos suerte de que el juez lo condenara a menos de dos años de prisión. Eso, sumado a no tener antecedentes, la pérdida de un miembro y las secuelas psicológicas que tuvo, lo libró de poner un pie dentro. No así de la indemnización, bien merecida.

—Tal vez eso le habría servido para darse cuenta de la realidad. Sé que no quieres oírlo, cariño, pero un buen padre no condena la vida de sus hijos por sus errores. Y, si por desgracia lo hace, si comete tal falta, aprende de ella y no la repite.

Contengo el aliento. Aunque duela, sé que tiene razón. Que mi padre es un egoísta y, aun así, yo se lo perdoné todo. Pagué la cuota

de la indemnización de octubre, y pagaré la de noviembre. Puedo aliviarle la situación, pero no puedo seguir siendo su salvadora.

La realidad es que no puedo borrar el pasado ni alterarlo, pero lo que sí puedo hacer es aprender a seguir adelante con él a la espalda sin dejar que defina mi futuro. Tal vez haya llegado el momento de permitirme vivir sin tantas restricciones, sin la constante sensación de que debo cargar con las responsabilidades de los demás. Y empezar a asumir las mías propias.

¿La primera? Volver a disculparme con Dom. Y, para eso, necesitaré la ayuda de Silvie.

19

Dom



Jueves, 7 de noviembre de 2024

Al regresar a París, intenté zambullirme en el trabajo y olvidar lo demás. Reuní toda la concentración a mi alcance, que tampoco era demasiada, y me volqué en las campañas que tenía que cerrar. Intenté convencerme de que esa era la mejor forma de hacer que la semana pasara rápido y que esa sensación incómoda que había despertado en mi interior desapareciera.

Cristin ha estado trabajando en conseguirme algunos contratos con marcas deportivas pequeñas que no podemos desaprovechar, no con lo manchada que sigue mi imagen varios meses después. Desde la filtración del vídeo, mi vida se mantiene en una constante lucha por limpiar mi nombre. Aún no hemos llegado al punto en el que las marcas importantes vuelvan a interesarse por mí, pero al menos hemos ganado la confianza de las pequeñas, que han visto una cara bonita —la mía— que generalmente se paga a un precio mucho más alto y quieren aprovecharse de ella.

Aun así, nada consigue copar mi mente al cien por cien, no como lo hace Marián. Cuando menos me lo espero, me descubro pensando en cómo estará, en si habrá vuelto ya a Locronan. ¿Seguirá formando parte de mi mundo? ¿Estará dándole vueltas a lo que hablamos o habrá pasado página? ¿Se sentirá ella así de… destrozada?

Me desquicia que cada cosa que hago me la recuerde. Pero lo peor de todo es que he pasado ocho años creyendo que había conseguido enterrar cada segundo que compartimos juntos, cuando, en realidad, ella sigue aquí, como un brote que parece mala hierba y que termina por germinar como la flor más resistente.

Así consigo llegar, a duras penas, a la tarde del jueves y hasta el restaurante en el que he quedado con Bastian y Théo. Nos vemos en el barrio de Le Marais, en la ribera norte del Sena, cerca de la Cathédrale Notre-Dame de Paris. A pesar de lo concurrido que suele estar el restaurante, es un espacio coqueto y acogedor, con sus característicos paraguas de arcoíris colgando sobre las mesas y que protagoniza fotos para redes sociales. Lo bullicioso del sitio se compensa con creces con la comida que sirven.

—Joder, qué buena está —dice Théo, con la boca llena de hamburguesa.

—¿Nunca habías venido? —le pregunta Bast.

Théo niega con la cabeza y se recoloca la gorra negra del Paris Basketball hacia atrás. Estamos en una zona apartada de la terraza, protegidos de miradas indiscretas. Como jugador de baloncesto profesional, Théo Dubois llama mucho más la atención y le apetecía disfrutar de una comida tranquila. Aún recuerdo cuando era yo el que era sujeto de todas las miradas, por ser joven, guapo e hijo de

uno de los hombres más ricos del planeta. Pronto él se llevó toda la atención y, con lo que pasó con Marián hace años, lo agradecí.

—No, es la primera vez, pero me acabo de convertir en su fan número uno. —Se limpia la boca con la servilleta—. ¿Qué tal por Marbella?

Bast me dedica un vistazo ceñudo y yo me entretengo cortando mi tosta de salmón para dilatar el momento. Si he quedado con ellos es precisamente para ponerlos al día, porque necesito hablar con alguien de todo el caos que tengo estos días en la cabeza. El problema es que no se lo había mencionado a Bastian porque… bueno, mi viaje exprés cayó justo cuando él quería liarse con Marián. Théo me pilló más a mano. Y desde que volví el sábado pasado, no hemos hablado mucho, todo lo contrario que con mi amigo de la infancia. Bastian está pasando ahora por una época algo más complicada en el trabajo.

—Creo que no podría haber ido peor —resoplo cuando no puedo alargar más el silencio.

Me esmero en ponerlos al día con todo lo que pasó entre Marián y yo, sus explicaciones y algo de contexto extra para Bast.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —me pregunta mi mejor amigo.

—¿Cómo que qué voy a hacer? No volver a verla.

—Hasta la boda de tu hermana, quieres decir.

Chasqueo la lengua y paseo la vista por la calle que queda frente a mí, húmeda por la lluvia ligera.

—Cuanto más tiempo pase lejos de ella, mejor —reconozco.

—Haces bien, tío. —Bast me palmea el hombro. Le dedico una sonrisa agradecida y me percato de que Théo tiene cara escéptica—. Ese tipo de mujeres solo saben dar problemas. Dicen que no hay

dos sin tres, ¿no? Si ya te la jugó en el pasado, te la volverá a jugar. Tienes mes y medio para desintoxicarte de ella, es pan comido.

—No necesito desintoxicarme de ella —miento.

—Claro, claro. Lo de hace unas semanas solo fue un polvo sin importancia, ¿no? —«Un polvazo, en todo caso»—. Este fin de semana salimos. Vamos a mi local, te encontramos una mujer de verdad que te haga olvidar a Marian y apañado.

Aprieto los dientes e inspiro hondo. No digo lo que se me pasa por la cabeza al oírlo hablar así de ella, porque no puedo seguir defendiéndola a la mínima de cambio.

—Hecho.

—¿Te apuntas, Théo?

—Creo que mejor paso. Tengo un hijo del que cuidar, ¿recuerdas? —Ríe entre dientes para restarle peso a su comentario.

—Dile a tu mujer que se quede con el crío. Desintoxícate un poco tú también.

—No necesito desintoxicarme de mi hijo. Tampoco de mi mujer, por si lo estabas pensando.

Los tres nos quedamos callados y paso la mirada de uno a otro. Théo se muestra relajado, pero es un tipo de calma que conozco bien: la previa a disputarse un enfrentamiento. Él tiene pleno control de los nervios, igual que yo; Bast, por su parte, suelta una risita incómoda y se pasa la mano por la nuca.

—Perdona, no quería insinuar eso.

—Por supuesto. —Théo le dedica un asentimiento con la cabeza.

Tamborileo los dedos sobre la mesa mientras pienso en algo de lo que hablar que suavice la tensión que se ha abierto entre nosotros, pero no se me ocurre nada.

—Voy al baño —se excusa Bastian.

Théo tiene los ojos clavados en él mientras se marcha; después se frota la barba y me mira.

—Perdónalo, no está teniendo una buena racha.

—¿Y eso? —Dobla la servilleta de tela con meticulosidad—. ¿Mucho curro?

—Sí, acaba de salir el plan de promoción y reflote de una empresa hostelera que otra compañía «le robó».

Hago las comillas con los dedos y Théo ríe por la nariz.

—Entiendo que le repatea ver lo que otros están haciendo con un inmueble que ya consideraba de su compañía, ¿no?

—Y no solo eso, sino que fue un golpe duro para Bernard & Co. Ya contaban con el activo cuando llegó otra empresa y se quedó la cadena hotelera.

—¿Cuál, si puedo preguntar?

Niego con la cabeza y jugueteo con los hielos medio derretidos de mi vaso.

—Ni idea, la verdad. No sé ni quién lo ha pisoteado ni qué quería comprar. No me gusta meterme en estas mierdas empresariales. Cuanto menos sepa, mejor. —Asiente—. Además de que se pone hecho una furia cada vez que me preocupo por él con ese tema.

—Hablando de furias… ¿Puedo decirte algo?

Lo miro, ceñudo.

—Claro, ¿por qué no ibas a poder?

—Porque no te va a gustar y te vas a enfadar.

Aprieto los labios y nos contemplamos durante varios segundos en los que solo se oye a otros comensales comer y el rumor de los coches en la calle. Él me observa con la misma serenidad con la que

le ha parado los pies a Bastian; no me gusta, y eso que aún no ha hablado, pero suspiro y, al final, asiento.

—No creo que te haga bien seguir el consejo de Bastian.

—¿Con respecto a qué? ¿A liarme con otras?

Río entre dientes, aunque me entra ardor de estómago. Miro el salmón y aparto un poco lo que me queda de comida.

—No. Líate con quien quieras si es lo que de verdad te apetece. Pero no creo que debas mostrarte tan intransigente con Marian.

¿En qué momento Théo se ha convertido en karateka profesional? Porque el puñetazo que me acaba de soltar verbalmente no me lo vi venir.

—Estás de coña, ¿no? Me destrozó.

—Y, por lo que nos has contado, también se destrozó a sí misma.

—Fue egoísta.

—Contigo. Y fue la persona más altruista que conozco para con su familia.

Abro la boca para rebatir y la vuelvo a cerrar.

—Estuviste ahí con todo el lío de la filtración de las fotos en la playa —prosigue—. Viste lo mucho que le afectó perder su privacidad aunque fuera a pequeña escala.

—Eso no le daba derecho a dejarme sin explicaciones.

—Todo el mundo tiene derecho a dejar a quien quiera con las explicaciones que considere pertinentes. Y ella te dio las que creyó que eran mejores para ambos.

De nuevo, me veo sin palabras. Él suspira y contempla el mar de paraguas de colores sobre nuestras cabezas.

—Si te lo hubiera explicado, ¿cómo habrías reaccionado?

—Pues no lo sé… —Me froto los ojos—. Habría estado ahí para ella, para empezar.

—Ya. Pero al margen del apoyo emocional lógico, ¿qué habrías hecho?

—Habría buscado el modo de protegerla de la prensa.

—¿Y si no hubieras podido? Un accidente múltiple con víctimas mortales es jugoso de por sí. Imagínate si hubieras estado tú ahí rondándola. No habrías podido controlarlo, Dom. Igual que no pudiste controlar lo de este verano.

Aprieto la mandíbula y miro en dirección al baño, deseando que Bastian aparezca de una vez.

—Creo que se vio entre la espada y la pared y que actuó como buenamente pudo, aunque los daños colaterales fueran catastróficos. Podrían haber sido peores. —Me cruzo de brazos; no tengo nada que decir—. Además, tú tampoco volviste a contactar con ella.

Pongo los ojos en blanco e inspiro hondo para calmar mi pulso desbocado.

—Me dijo que la olvidara.

—Tenías muchas preguntas, Dom. Podrías haberle dado algo de espacio y hablar con ella un tiempo después. Hablar, no intentar volver con ella.

—No es tan simple, joder.

—Lo vuestro nunca tuvo nada de simple, Dom. Desde aquel primer verano en el que me escribiste para decirme que tu hermana había conocido a una españolita y nada más. Pero erais demasiado jóvenes como para verlo.

—¿Qué quieres decir?

—Aquel primer verano, te pregunté por ella y jamás entraste en detalles. Y eso que con Antoine y conmigo nunca tuviste problema en hablar de chicas ni en sumarte a nuestras bromas. Desde el primer momento, te guardaste todo lo que pensabas sobre Marian. Como si fuera un secreto que, al compartirlo, dejaría de ser solo tuyo. —El corazón me da un vuelco—. En mi primer verano en el Marbella Paradise Resort descubrí por qué.

Ignoro lo que sugiere con eso último, con la vista fija en la calle. ¿Dónde narices está Bastian?

—Lo planteas como si todo hubiera sido mi culpa —farfullo.

—No creo que en una ruptura en la que ambos seguíais enamorados se pueda hablar de culpables. Más bien de víctimas.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que la perdone y ya está?

—Perdonarla o no es cosa tuya, a mí no me rompió el corazón. —Devuelvo la atención a él, molesto—. Pero Marian es una bellísima persona que va a estar en la vida de tu hermana, como mínimo, los próximos dos meses. No te amargues sin sentido. A fin de cuentas, dejaste de quererla hace mucho tiempo, ¿no?

—Sí.

El ardor de estómago se intensifica y maldigo el salmón ahumado de mi tosta. Como me pase la noche pegado al váter vomitando, vendré a ponerle una hoja de reclamaciones a uno de mis restaurantes favoritos.

—Mi consejo es que te des tiempo para pensar, no para apartarla movido por el resquemor, como sugiere Bastian. Permítete conocerla.

—Ya la conozco.

—La conocías.

Justo en ese momento, Bastian sale del interior del local mientras se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¿Te ha dado cagalera? —pregunta Théo para pincharlo.

Por un momento, me recuerda a cuando era adolescente. Entonces rememoro el sermón casi de padre que me acaba de soltar y me doy cuenta de que sí, él también ha cambiado y es ahora cuando estoy conociendo su nueva versión. Quizá tenga algo de razón con respecto a Marián.



Terminamos de comer sin mayores tiranteces y, para cuando nos vamos, lo hago algo más ligero. Sigo hecho un lío, e intuyo que lo estaré bastante tiempo, pero haberlo hablado me ha quitado parte del peso que llevo encima. Bastian es el primero en marcharse, en un Uber que pasa a recogerlo. Yo le doy un abrazo a Théo y me despido antes de que me llame.

—Oye, Dom. —Me vuelvo para mirarlo—. Gracias por retomar el contacto.

Sonrío de medio lado y sacudo la cabeza.

—Gracias a ti por ponerle el mismo interés. —Sus labios, rodeados de barba espesa, se estiran.

—Si necesitas hablar de Marian o de cualquier cosa, llámame, ¿vale?

—Claro.

—A mí, no a Bastian —añade antes de darse la vuelta.

—¿Qué pasa? ¿Volvemos a ser amigos y ya te pones celoso? —bromeo.

Él suelta una carcajada seca y me hace una peineta.

—Será eso, sí. Adiós, Dom.

Me lo quedo mirando, con las manos escondidas en la bomber marrón y la gorra protegiéndolo de la fina lluvia. Creo que es lo único bueno que me ha pasado desde mi última medalla de oro: volver a hablar con Théo.

El móvil me vibra en el bolsillo; es mi hermana.

—Silvie —digo al responder—. ¿Va todo bien?

—Necesito un favor —suelta a bocajarro. Típico de mi hermana, que nunca ha tenido pelos en la lengua—. Otro.

Pongo los ojos en blanco y echo a andar, con una mano metida en el bolsillo del abrigo.

—¿Por qué tengo la sensación de haber vivido esto antes?

Su risa al otro lado de la línea me suena nerviosa.

—Porque eres vidente. Y muy guapo.

—No me vas a convencer con halagos, ¿qué quieres, hermanita?

Me detengo en un paso de cebra, a la espera de que el semáforo se ponga en verde. Ya casi he llegado al paseo por la ribera del Sena y, aunque empieza a oscurecer y refresca, me apetece despejarme con una caminata larga.

—Pues… Verás. Como Antoine se tuvo que pillar unos días de baja por el accidente, se le ha acumulado mucho trabajo, y eso significa que no para, todo el día de allá para acá. Ha tenido que ir a Estrasburgo, a Montpellier, a Nantes… ¿Dónde más? Ah, sí, a Niza y a Toulouse. Mañana se va a Lyon y…

El semáforo se pone en verde, pero yo me quedo pegado a la acera. Empiezo a ver por dónde quiere ir mi hermana.

—No —atajo con firmeza.

—¡Si ni siquiera sabes qué te voy a pedir!

—Que te acompañe en la segunda prueba de degustación. Es mañana, ¿verdad? —El silencio resulta delator—. Mira, Silvie…

Maldigo a Théo por llamar a la mala suerte, porque tiene que ser eso. Su sermón ha generado algún poder cósmico para ponerme a prueba. Si vuelvo a verla, si vuelvo a estar a su lado tan pronto, me flaquearán las fuerzas. Lo sé con la misma certeza que el cielo es azul. Lanzo un vistazo al cielo…, que está gris por las densas nubes que lo cubren.

—¿Es por Marian? —Solo de escuchar su nombre, el corazón se me encabrita—. ¿Sabes? Me ha preguntado por ti varias veces.

—¿Q-qué?

—Sí, una hoy y otra ayer. Quería saber si me ibas a acompañar en la prueba. Para impresionarte, supongo. —Por el modo en el que lo dice, no necesito verla para saber que se ha encogido de hombros—. Tampoco sería justo para ella enfrentarla a unos paladares que no fueran los nuestros, porque una nueva perspectiva podría llevar a que tuviera que rehacer el trabajo una vez más.

La forma apresurada en la que habla me lleva a pensar que su mente está trabajando al triple de velocidad que su lengua. Tengo la sensación de que hay algo más.

—*S'il te plaît, please*, por favor, *per favore*…, *danke*?

—Eso es «gracias» en alemán.

—Agh, cachis, lo tengo muy oxidado.

No puedo evitar reír entre dientes. Me masajeo los ojos y, cuando paro, descubro que el semáforo ha vuelto a ponerse en rojo.

—Está bien —suspiro—. Pero hazme el favor de decirle a papá que se las apañe para que no tenga que dormir en la casa de invitados.

—¡Hecho!

Por mucho que la decisión implique volver a lidiar con Marián y, lo peor, con mis propios sentimientos, es mi hermana pequeña. No puedo decirle que no.

Reanudo la marcha y llego junto al Sena. Al darme la vuelta, la Cathédrale de Notre-Dame de Paris se alza imponente sobre su terreno. Un cúmulo de piedras bien labradas y trabajadas que desafían al firmamento. Reclinado sobre el murete del paseo, no puedo evitar pensar en Marián una vez más, en lo mucho que le gustaría ver París y recorrer sus callejuelas, los rincones más secretos. Por un breve segundo me sorprendo deseando descubrirlas con ella.

20

Marián



Viernes, 8 de noviembre de 2024

Para cuando llega el viernes por la tarde, la ansiedad ya va a medias con los gastos conmigo, como mi nueva compañera de piso que es. No importa que haya repasado mil veces lo que quiero decir, mi imaginación nunca podrá ser un fiel reflejo de la realidad. Porque el Dominique de mis monólogos internos está basado en la versión del chico de veintidós del que me enamoré. Y este… No lo conozco, así que no sé cómo reaccionará a toda esta estupidez.

Jacques da un par de toquecitos en la puerta para avisarme de que ya vienen, y eso solo me tensa hasta el punto de que creo que voy a vomitar. El rumor de la voz de Silvie me llega desde el otro lado de la madera. Estoy tan nerviosa que ni siquiera entiendo qué dice porque, como es lógico, de repente ya no sé hablar francés. Verás qué gracia cuando les diga a mis padres que el dinero invertido en la Escuela Oficial de Idiomas no sirvió para nada.

La puerta se abre con un chasquido suave y contengo el aliento, con las manos cerradas frente a mi cuerpo. El corazón me late tan

rápido que creo que se me va a salir por la garganta, pero ya no hay marcha atrás.

Lo primero que veo es la cara de asombro de Dominique. Silvie le da un empujoncito para que termine de entrar en la sala de los espejos y cierra a su espalda. De repente, estamos solos en la inmensidad de la oscuridad que he conjugado para nosotros. Doy un paso al frente, temblando, y él repara en mi presencia con la rapidez de un látigo. Siento el peso de su mirada sobre mis hombros, y las luces y las sombras de las decenas de velas que he puesto aquí y allá, al rebotar contra los innumerables espejos del salón, me ofrecen la imagen más hermosa que hubiera visto jamás: la de un Dom visiblemente emocionado, con los ojos vidriosos y la respiración trabajosa mientras se empapa de lo que he preparado para él. De las cortinas tupidas y cerradas, de la luz que hace magia sobre las superficies pulidas, de las decenas de estrellitas que he pintado en el techo con polvo luminiscente para repostería. Y, sobre todo, de mí. No llevo puesto nada del otro mundo, un simple peto vestido de cuadros rojos y un jersey marrón, pero él me mira de tal modo que siento que voy vestida de gala.

—Marián, ¿qué es…?

—Mis disculpas.

Algo centellea en su mirada e inspira hondo. Me armo de valor para acercarme más a él, que se ha quedado plantado junto a la puerta. Con miedo a que me rechace, lo agarro de la mano y juntos caminamos hasta el centro de la estancia. Vamos despacio, siguiendo el caminito que he marcado con las velas que he colocado en el suelo. Le suelto la mano y se me eriza la piel, pero no permito que la sensación me domine. De espaldas a él, escondida en la

oscuridad que nos confiere haber cerrado la sala de espejos a cal y canto, me tomo un par de segundos para inspirar hondo antes de coger la bandeja entre mis manos.

Me doy la vuelta con mi mejor sonrisa, una sincera y nerviosa, temblorosa en las comisuras, igual que mis palmas. Y mis rodillas. Y mi respiración. Y mi corazón. La mirada de Dom se pasea desde mi rostro, reticente a romper el contacto visual, hasta lo que sostengo frente a él. Por segunda vez en unos minutos, contiene el aliento.

—Marián, yo no…

—Por favor —lo interrumpo con la voz quebrada. Trago saliva—. Solo… Déjame hablar. No es lo que crees.

Cierra los ojos y se toma unos segundos para meditar, el mismo tiempo que yo me mordisqueo el labio inferior. Está tan guapo con ese jersey azul, los vaqueros y el cuello de la camisa que asoma por debajo…

—Te escucho.

Sus ojos recaen sobre la bandeja y curva los labios de medio lado, un movimiento imperceptible para cualquiera que no viviera atento a sus rasgos. Le ofrezco la bandeja con los cupcakes de limón, con los aros olímpicos dibujados con la *buttercream*, y él la acepta con una sola mano. El corazón me palpita y respiro hondo para controlarme.

Las palabras que quería decirle revolotean en mi mente, se entrelazan con recuerdos de nuestra última conversación y el desplante cuando rechacé su oferta de traerme de vuelta a Locronan con un mensaje demasiado escueto. Necesito aclararlo todo, pero también temo que revivir una vez más los reproches y el dolor que marcan nuestro pasado termine por lapidarnos.

—Me gustaría pedirte perdón. —Mi voz suena mucho más firme de lo que me siento por dentro. Ante esa seguridad que no sé de dónde narices sale, su mirada se torna penetrante—. Sé que, después de nuestra última conversación, me odias más… —Vacilo, busco la manera adecuada de decir lo que quiero sin caer en los mismos errores del pasado—. Pero necesito que sepas que me equivoqué. Metí la pata hasta el fondo, contigo y con todo. Y lo lamento muchísimo.

Dominique permanece en silencio, me da la oportunidad de hablar, y eso ya es una victoria de por sí, así que la aprovecho lo mejor que sé.

—Me asusté mucho y hui, como dijiste. Y después… Después mi estúpido orgullo me impidió dar marcha atrás. Me resultó más fácil culparos a ti y a las circunstancias de que lo nuestro terminara apagándose antes que admitir mis temores y mi error. —La voz vuelve a temblarme, pero me obligo a seguir—: Me aterraba todo lo que implicaba la posibilidad de salir contigo, lo que eso suponía para mi vida, y ni siquiera fui capaz de confiar en ti cuando más lo necesitaba. Así que… lo siento.

Dominique permanece impasible, atento a mi respiración agitada, y me pregunto si no me ha entendido o si simplemente está esperando a que termine para marcharse. Pero al menos se ha quedado, y eso es suficiente.

—La última vez que la cagué, la oferta de paz fueron cinco pastelitos olímpicos, como tú los apodaste. —Su mirada se suaviza y mi pulso se ralentiza—. Esta vez han sido cuarenta, cinco por cada año de amistad del que nos privé.

Doy un paso a un lado para que vea la mesa cargada de cupcakes de limón, todos decorados con los aros de colores. En estos días he hecho migas con Jade y Odette, su madre, que es un amor, y me ha dejado usar los hornos de su crepería por las noches para preparar los cuarenta pastelitos con más facilidad, y no en hornadas de doce en doce, que es la capacidad máxima del horno de la casita de invitados. Les debo una bien gorda. Y a Silvie, mi compinche para que su hermano viniera a Locronan. Por lo que me contó, le hizo el lío con la segunda prueba de degustación, para la que la futura novia no ha necesitado ayuda y ha decidido que las muestras eran perfectas por sí misma.

—Me habría gustado hacer esto de noche —me sincero—, pero en este condenado país no deja de llover, así que he traído las estrellas hasta aquí dentro. Las mismas, para ti y para mí.

Las señalo y las miro con detenimiento. He terminado perdiendo la cuenta de la cantidad de veces que he estado a punto de matarme pintándolas en ese techo imposiblemente alto. Porque por supuesto que, como malagueña que soy, no caí en la lluvia cuando ideé todo esto mientras estaba en Marbella y pensé en hacerlo en el exterior. Y por supuesto que en Locronan no hay un bazar en el que comprar estrellas de pegatina. Ni mucho menos hay un servicio de entrega en veinticuatro horas. Así que me ha tocado improvisar, y mucho.

Cuando devuelvo mi atención a él, descubro que no ha dejado de mirarme en ningún momento y enrojezco.

—No espero que una disculpa lo cambie todo, ni mucho menos, porque el daño que te hice… —Se me quiebra la voz—. Solo quería que lo supieras. Que lo siento por… —Inspiro hondo una vez más, para darme tiempo y no echarme a llorar—. Lo siento por haber sido

tan cobarde, porque aquella noche, aquel 31 de agosto de 2016 no solo perdí al… hombre del que me enamoré, sino a un gran amigo. Y eso jamás me lo perdonaré.

He estado a punto de decir que perdí al amor de mi vida, pero me he corregido en el último momento. Porque todo esto no es por eso. No es porque quiera recuperarlo como pareja, sino porque perdí un pedacito de mí que me completaba a unos niveles que iban más allá del romance. Perdí a un hombre con el que me sentía a salvo, al que le podía hablar de mis estúpidos sueños de abrir un obrador sin sentirme juzgada o que aspiraba demasiado alto para las cartas con las que me había tocado vivir; al que le podía confesar la idea de abrirme un canal de YouTube para compartir mis recetas; al que le podía cantar sin dar el tono y bailar sin ritmo al son de una guitarra desafinada, sin vergüenza de que me juzgara; el que se preocupaba por llevarme en brazos hasta un taxi cuando apenas me conocía. A esa versión del hombre que llegué a conocer antes de darme cuenta siquiera de que lo amaba con cada fibra de mi ser.

Un silencio denso se instala entre ambos. El corazón me late desbocado, y siento el peso de sus ojos sobre mí, evaluándome, tratando de desentrañar la sinceridad tras mis palabras. Por un momento, temo que se dé la vuelta y me deje aquí plantada. Por fin, Dominique suelta un leve suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración del mismo modo que yo. Su expresión se mantiene impenetrable, pero percibo un cambio sutil en su mirada.

—Agradezco tus disculpas, Marián.

Su tono es neutral, pero sus palabras, aunque secas, no son impersonales. Al contrario, le cuesta hablar por la emoción. Asiento, la presión de mi pecho un poco más diluida. No hay nada más que

pueda hacer por el momento, pero al menos he dado un paso en la dirección correcta.

—Y… los cupcakes.

Ambos compartimos una sonrisa minúscula y lo siento como si acabara de ganar mi primer oro olímpico.

—Sé que estos aros no tienen tanta personalidad como los primeros, porque el pulso ya no me tiembla con la manga pastelera. —Ríe por la nariz. Me equivocaba, ese es mi oro—. Pero han quedado bonitos igual.

—Muy bonitos.

Que estemos manteniendo esta conversación es todo un regalo, y quiero aprovecharlo.

—Además, he mejorado la receta desde la última vez.

—¿Sí?

—Estos llevan semillas de amapola, porque ahora tienes un paladar más refinado que entonces. —Sus ojos se estrechan y su mirada recae en mis labios. Me recoloco el pelo detrás de la oreja—. Y la magnitud de mi cagada merecía una receta más sofisticada.

—Gracias —susurra.

El silencio que se instala entre nosotros me asfixia, mientras que él parece gestionar la tensión a las mil maravillas. Eso me hace sudar y que mi lengua funcione por su propia cuenta:

—Dom… Dominique —rectifico, muerta de vergüenza de repente —. ¿Te apetecería quedar conmigo mañana? En Locronan. Para un café. Solo un rato, para ponernos un poco al día. Algo sin… —Vuelvo a vacilar—. Algo sin pretensiones.

Su expresión cambia y me preparo para el rechazo. Es lo que me merezco. Por cómo me estudia, me da la impresión de que en su

interior se está librando un debate de proporciones bíblicas.

—No lo sé, Marián.

Su voz se ha vuelto tensa, como la cuerda de un arco cuya flecha podría atravesarme el pecho. Durante unos segundos, pienso en dejarlo estar, en aceptar que puede no estar listo para traspasar la frontera de la cordialidad. Que tal vez nunca lo esté. Pero hay algo en mí que se niega a darse por vencido. Tal vez la misma parte que ha montado todo esto.

—No pasa nada —replico, tratando de que mi voz no suene decepcionada—. Mañana iré a la crepería, la que hay frente a la iglesia, a las cinco de la tarde. Te esperaré allí. Si no puedes o decides no venir, lo entenderé. Piénsatelo hasta entonces. —Hago una pausa, intentando mostrarme amable, aunque con el corazón encogido—. Solo necesito hablar contigo una última vez, porque me dolería mucho haber perdido incluso la ocasión de intentar volver a ser tu amiga.

Dominique considera mis palabras durante unos instantes, y estoy segura de que va a darme el plantón del siglo —bien merecido—. Pero entonces asiente levemente y algo revolotea en mi estómago.

—Está bien. Me lo pensaré.

El pecho se me inunda de una mezcla de alivio y nerviosismo. No sé si mi propuesta desesperada resolverá algo o si solo caeremos de nuevo en el mismo resquemor y malentendidos. Pero, al menos, sé que existe la posibilidad de volver a intentarlo, de buscar un cierre que nos permita dejar atrás el pasado.

Le doy las gracias en un susurro y me despido. Al pasar junto a él, tengo la impresión de que el meñique de su mano libre, a un lado de su cuerpo, me acaricia la mano. Pero no me detengo y dejo atrás la

sala de los espejos con una extraña sensación en el pecho. De repente, me he convertido en algo parecido al interés romántico insistente de la ficción que Irene me reprochó, aunque sin intenciones románticas. Y no sé cómo me hace sentir eso.

21

Marián



Sábado, 9 de noviembre de 2024

Vincent me deja en Locronan poco antes de las cinco, así que no pierdo el tiempo y me dirijo a la crepería.

A pesar del clima inhóspito que reafirma mi convicción de que eligieron muy mal país para montar Disneyland, el encanto de este pueblo no hace sino crecer cada vez que lo visito. La última vez fue ayer por la mañana, para recoger los cuarenta cupcakes para Dom, aunque no sé qué hará con tantos. Su padre y su hermana seguro que estarán contentos, porque no tengo ninguna duda de que darán buena cuenta de algunos de ellos.

Cuando le pedí ayuda a Silvie, estando aún en Marbella, se puso igual de contenta que si le hubiera confesado que me iba a casar o que estaba embarazada.

—Tú déjamelo a mí —me aseguró—. Mis dotes de persuasión son invencibles.

Yo la creí, porque cualquiera le niega algo cuando pone carita de perrito apaleado. Nosotras quedamos un día antes para cerrar el

menú de los postres y, aunque quise volver a preguntarle por qué narices se quedaron sin pastelero a unos meses de la boda, la que terminó tirándome de la lengua fue ella. A aquellas alturas no me quedó más remedio que contarle todo lo que llevaba guardándome ocho años.

Aunque Silvie y yo nos hicimos inseparables gracias a nuestros veranos juntas, también rompí con ella cuando corté toda relación con Dom. Me dije que era lo mejor, que seguir cerca de ella cuando quería tantísimo a su hermano no era lo más inteligente.

—Me dolió mucho —me confesó, triste—. Pero cuando intuí que Dom y tú habíais cortado, con el tiempo lo entendí.

Con ella también me disculpé más veces de las que estuvo dispuesta a aceptar, y fue cuando me sugirió que le pidiéramos algo de ayuda a su padre. Monsieur Beaumont estuvo más que encantado de meterse en el ajo; en todo el rato, no dejó de mirarme con una pillería que le hacía parecer más joven. Nos ayudó a Silvie y a mí a colocar las velas y a conseguir que la estancia quedara oscura, aunque me negué a que colaboraran con los cupcakes. Esa era mi penitencia, en cierto modo.

Ya son casi las cinco y mis nervios, que se habían quedado adormecidos durante el paseo, regresan en un oleaje que me deja temblorosa. Me armo de valor y entro en la crepería frente a la iglesia.

—¡Marian!

Con los nervios de punta, el saludo me hace dar un respingo. Me vuelvo hacia donde procede la voz y descubro a monsieur Mathieu, el frutero de Locronan, que me saluda con la mano.

—*Bonjour, monsieur Mathieu*.

—¿Qué tal te está tratando el pueblo, muchacha? —me pregunta en cuanto me acerco a su mesa.

Le dedico un asentimiento cortés a la mujer sentada a su lado, que no pierde detalle de mí.

—Muy bien, me siento como en casa. ¿Y ustedes? ¿Disfrutando de la merienda?

Señalo los platos vacíos frente a ellos y la mujer asiente.

—No se lo digas a nadie —susurra—, pero Odette hace las mejores *crêpes* de Locronan.

Una sonrisa se dibuja en mi cara ante la confesión, digna de secreto de Estado. Porque en un pueblo tan pequeño y con dos creperías, posicionarse podría resultar peligroso.

—Aún no he tenido el gusto de probarlas.

—¡¿Cómo?! Vamos a ponerle remedio ahora mismo.

Se levanta, muy convencida no sé de qué, y se acerca a la barra para hablar con Jade, que me saluda con un movimiento de mano.

—Disculpa a mi mujer, le pueden los forasteros.

Mathieu no me da tiempo a responder antes de que añada:

—Ella también lo fue en su día, hace más de cincuenta años —dice con aire nostálgico—. Vino para un trabajo de verano y se quedó para siempre.

Su mujer, inclinada sobre la vitrina de dulces, cuchichea con Jade.

—No me lo diga, usted tuvo algo que ver.

—Ah, ¡qué va! —Niega con una palmada—. Ese honor se lo llevó otro, pero le estoy muy agradecido por lograr que se quedara y cuidarla durante los cuarenta años que estuvieron juntos.

El corazón se me comprime y devuelvo mi atención hacia monsieur Mathieu, que observa a la señora con un amor rebosante.

—Clara es mi segunda esposa, y yo su segundo marido —me explica, perdido en sus recuerdos—. Supongo que nunca es tarde para volver a enamorarse, ¿eh? —añade con una risita.

Asiento y dejo que sus palabras me calen mientras observo a la pareja desde otra perspectiva.

—¡Por cierto! Me han llegado las mejores calabazas de la temporada. Pásate para la frutería, seguro que tú sabrás aprovechar su potencial para algo más que para hacer cremas —bromea.

—Delo por hecho, monsieur Mathieu.

Me despido de él y me siento junto a la ventana que da a la iglesia de Saint-Ronan, mi favorita. Desde mi asiento, observo a Mathieu hablar con Clara, que ha vuelto a su mesa. Ni siquiera soy capaz de empezar a expresar la calidez que me ha inundado por dentro con esta simple conversación. Como urbanita, no estoy acostumbrada a que la gente se acuerde de mi nombre solo con haberme visto una vez. Es cierto que monsieur Mathieu y yo estuvimos sus buenos diez minutos hablando de productos, y se emocionó mucho cuando le conté que era pastelera, pero sigue siendo… raro. Todo lo raro que una experiencia nueva y maravillosa puede ser.

Charlar un poco con ellos ha servido para no darme cuenta de que el reloj ya marca las cinco y cinco, lo que hace que los nervios regresen a mi estómago. Con cada cliente que entra, mi corazón da un salto y, aunque intento disimularlo, mis ojos vuelven a la puerta una y otra vez, como si esperaran encontrar ahí algún rastro de él.

—*Bonsoir* —me saluda Jade—. Clara ha pedido una *crêpe* de chocolate y fresas para ti.

Lo sirve frente a mí con pompa y gala y yo miro a la señora, que levanta ambos pulgares en mi dirección.

—Si no te gusta, te traigo otra cosa. A veces, la gente de por aquí abusa un poco de la confianza.

Se coloca la bandeja bajo el brazo y mira a la pareja con cierto reproche.

—No, no, me encanta. Es solo que no estoy acostumbrada.

—¿A la amabilidad pueblerina? —Abro más los ojos, abochornada por si ha entendido que me estuviera metiendo con ellos. Jade suelta una carcajada y hace un gesto con la mano—. Tranquila, por aquí sabemos muy bien de qué pie cojeamos. A veces se nos va de las manos eso de intentar arropar a todo el mundo. Si te molestan, tú dímelo y los espanto, ¿eh? Que todo lo que tienen de amables también lo tienen de cotillas.

—¡Te hemos oído, Jade! —dice Clara riendo entre dientes.

Ella se ríe más aún. Su complicidad y naturalidad hacen que mis nervios se diluyan un poco.

—Buenooo… —Arrastra la palabra—. ¿Qué tal fue?

Sus ojos se iluminan ante la expectación y yo suspiro.

—No lo sé. Creo que el detalle le gustó, así que no hay nada más que pueda hacer. He quedado aquí con él.

—Ah, ¿a qué hora?

Ambas miramos el reloj que hay en la pared lateral.

—Hace siete minutos.

Realiza una mueca que ejemplifica a la perfección cómo me siento por dentro.

—Seguro que aparece, no desistas. Confía en el poder de persuasión de un buen dulce.

Me da una palmadita en el hombro.

—Por cierto, os debo una bien gorda por el favorazo que me habéis hecho.

Jade sacude la cabeza.

—No nos debes nada, lo hicimos encantadas.

—Hablo en serio. Cuando nos conocimos, mencionaste algo de una colaboración. ¿Qué tenías en mente?

Su mirada se ilumina y mira hacia la puerta cuando la campanita anuncia un nuevo cliente. El corazón me da un vuelco, pero ambas nos llevamos un chasco al comprobar que no es Dom. El vecino saluda a todos y se queda hablando con Mathieu y Clara.

—Pues cada cierto tiempo, mi madre y yo hacemos eventos temáticos en la *crêperie* para darle algo de vidilla al pueblo. —Hace un mohín pensativo—. Se me ocurre que podríamos hacer «la semana de la fusión», o algo así. Tú aportas tu toque español y lo combinamos con el clasicismo francés, por ejemplo. Algo que deje a los clientes babeando y con el culo torcido.

Su desparpajo me arranca una carcajada que mitiga un poco mis nervios.

—Suena interesante. ¿Os parecería bien si lo promocionara en mis redes sociales?

Jade abre mucho los ojos y se le agita la coleta morena al sacudir la cabeza una vez más.

—No es necesario. Suficiente hiciste ya con recomendar nuestro local.

—No fue nada.

Después de subir la story en la que compartí el descubrimiento de Le Cygne Rouge, su cuenta de Instagram ha superado los mil

seguidores y, por lo que me dijo el jueves cuando vine a preparar los cupcakes, han aumentado un poco sus pedidos a domicilio.

—Solo aceptaré si me dejas aprovechar para crear contenido —convengo.

Jade suspira con poco convencimiento, pero termina por aceptar. Probablemente no grabe nada para las redes, pero por lo poco que la conozco, si lo ve como que les estoy haciendo un favor, no aceptará.

Su madre la llama desde el otro lado de la crepería.

—Parece que me reclaman. Si quieres, hablamos estos días para concretar los detalles.

—Estupendo.

Ya a solas, el vacío por la espera vuelve a llenarme el pecho. Miro el reloj: las cinco y veinte. Con el ánimo decaído, saco mi lector electrónico y me convenzo de que esta cita conmigo misma será perfecta. Un día lluvioso, un pueblo con encanto, un buen libro y una crepe. Es el idilio de cualquier lectora, y voy a disfrutarlo al máximo. No obstante, por más que repaso las líneas de la comedia romántica que estoy leyendo, no entiendo lo que ponen.

He sido demasiado optimista al pensar que Dominique vendría. Es evidente que le hice daño, que no quiere verme. Y le serví en bandeja la oportunidad de no tener que decirme un «no» claro.

Intento no dejarme llevar por la desilusión, pero es imposible y sé que me tocará gestionarla más tarde. Probablemente, entre llantos por videollamada con Irene y algunos de los cupcakes que sobraran.

No me ha dado tiempo a guardar el lector electrónico cuando la puerta se abre una vez más. Como una estúpida, permito que las esperanzas revoloteen en mi pecho y alzo la vista sin muchas ganas.

Y ahí está él. Dom, de pie en el umbral, con el cabello revuelto y un poco mojado por la lluvia, la respiración agitada y gesto de preocupación. Cuando sus ojos conectan con los míos, la inquietud desaparece y se ve reemplazada por una calma que, incluso en la distancia, me transmite. Nos quedamos mirándonos sin decir nada y el mundo se difumina; el ruido de la crepería se apaga y solo quedamos él y yo, envueltos en una conexión silenciosa. Hay algo en su mirada que me habla de palabras tragadas, de recuerdos y de heridas, pero también hay una calidez inusitada, un anhelo que, quizá, ambos hemos reprimido durante demasiado tiempo.

Dominique avanza hacia mi mesa, con pasos lentos y firmes, y el corazón me empieza a latir a un ritmo errático, como si por bombear rápido fuera a conseguir que él llegara hasta mí antes. Con cada metro recortado, el aire en mis pulmones se vuelve más denso, cargado de la electricidad de lo no dicho, de lo que dejamos en el pasado.

Es ahora o nunca, ha llegado el momento de buscar el modo de construir un futuro. Sea el que sea.

22

Dom



Al ver a Marián esperándome, todo pensamiento coherente se evapora como humo en el viento. Me quedo plantado en el umbral de la *crêperie*, con el corazón martilleándome en las costillas. Me había convencido de que llegaba demasiado tarde, de que ella ya no estaría aquí, y yo podría volver a la normalidad que la distancia me brinda. Pero ahí está, leyendo junto a la ventana; tan guapa, tan ella y al mismo tiempo no… Al alzar la vista en mi dirección, en su rostro se dibuja una expresión a medio camino entre la esperanza, la sorpresa y el nerviosismo. Un conjunto de emociones que reflejan el mismo burbujeo que llevo yo por dentro y que me ha arrastrado hasta aquí en el último minuto.

Me he tirado el día entero dándole vueltas a si venir o no, rememorando mi última conversación con Théo y planteándome si reabrir esa puerta o mejor dejarla cerrada y ahorrarnos sufrimiento. Pero después de lo de ayer, de que me preparara cuarenta cupcakes de los que solo me he podido comer cinco, llenara una habitación de velas y pintara estrellas en el techo para mí… Marián parece

dispuesta a hacer lo que sea para que las cosas vuelvan a la normalidad entre nosotros, si es que eso es posible. Aunque me duela, estos años la he echado de menos, y eso habla de que fue una persona importante para mí, no solo en el plano romántico. Marián era una grandísima amiga, y creo que estoy dispuesto a que volvamos a serlo.

Nos sostenemos la mirada durante lo que se me antoja una eternidad. La naturalidad con la que me contempla, con esos ojos pardos grandes y expresivos que me encantan, prende una chispa en mi interior y sé que he hecho lo correcto al venir.

Sorteo las mesitas mientras me acerco a ella, listo para disculparme por la demora y, con suerte, mantener la situación dentro de la cordialidad. Pero antes de articular siquiera un «lo siento», Marián se levanta con ímpetu y se planta frente a mí. Noto cada célula, fibra y músculo de mi cuerpo en tensión, porque ha invadido mi espacio personal con creces. En un movimiento tan natural como atrevido, se pone de puntillas y se inclina hacia mí.

El corazón se me detiene por el pánico, los nervios y una esperanza absurda que no sé ni de dónde nace. Una fracción de segundo después, al ver que no reacciono, me agarra por las solapas del abrigo y me obliga a agacharme un poco. Entonces, me planta dos besos. Noto el roce suave de su mejilla sobre la mía, el calor de su cercanía. Mi mente se atasca en la confusión, engrandecida porque su fragancia, tan familiar y reconfortante, me envuelve por completo.

Tan pronto como ha llegado, el contacto se acaba y me quedo con una extraña sensación de añoranza en el estómago. Da un paso

atrás para recuperar la distancia personal apropiada y mira al suelo, ruborizada.

—Marián, encantada —se presenta en un francés tembloroso.

Enmudezco por su audacia y por el súbito torrente de emociones que desata en mi interior. No estoy acostumbrado a hablar en francés con ella, a solas, puesto que siempre nos comunicamos en español. Era mi forma de practicar el idioma y, al final, convertimos su lengua en nuestra.

—Sé que sonará raro, pero… —Se mordisquea el labio de ese modo tan suyo y que atrae mi atención—. Me gustaría que probáramos a conocernos de nuevo. A las nuevas versiones de nosotros mismos, quiero decir. A los adultos que somos ahora. Sin… Sin todo el peso de lo que ocurrió. N-no es una cita, si es lo que te preocupa —se apresura a añadir.

Resulta evidente que está nerviosa, no solo por la verborrea, sino por el ligero temblor de sus manos mientras las cruza frente a sí y el modo sutil en el que se mece. Es la misma Marián de siempre y, al mismo tiempo, alguien muy diferente, porque la de antaño jamás se habría atrevido a coger las riendas de una situación tan complicada y tan de frente.

—Está bien —respondo. Mi voz suena más suave de lo que había previsto, probablemente conmovido por la valentía que demuestra—. Podemos probar.

La sonrisa que esboza despeja los nubarrones de mi mente y el corazón se me contrae. Aparta la vista e inspira hondo, como si se hubiera quitado un peso de encima; yo la imito, aún conmocionado por esa cercanía inesperada.

Nos sentamos y la camarera se acerca para tomarme nota.

—¿Tú quieres algo más, Marián?

—No, gracias, Jade. Ya estoy servida.

Por supuesto que sabe cómo se llama, y apenas lleva un par de semanas aquí. Yo llevo años sin bajar al pueblo, sin mezclarme con su gente ni preocuparme por conocerlos. Jade me dedica un vistazo socarrón antes de dejarnos a solas.

—Bueno, si vamos a «presentarnos» —hace el gesto de las comillas en el aire—, cuéntame algo sobre ti, Dominique. ¿Qué estudiaste?

Mis ojos se deslizan por su rostro redondeado, por su jersey rosa con lunares blancos y el pelo trenzado sobre el hombro. Supongo que no pasa nada por fingir que no nos conocemos.

—Derecho, en París.

—Era justo lo que suponía —bromea.

Una de mis comisuras se curva hacia arriba y ella entrecierra los ojos.

—Aunque nunca he ejercido la profesión —añado, y con eso me meto de lleno en esto de fingir.

—Ah, ¿no? ¿Y a qué te dedicas?

Apoya el mentón sobre el puño cerrado y centra toda su atención en mí, como si tuviera delante la novela más apasionante. Me froto el cuello y miro hacia la iglesia.

—Soy karateka profesional. Olímpico, para ser más específico.

Silba y sonrío de manera involuntaria.

—Impresionante. Debe de ser muy duro. Muchos sacrificios y dedicación.

—No te creas. Como en cualquier otro deporte.

—¿Y tienes muchas competiciones? ¿Algo importante cerca? —La sonrisa muere en mis labios antes de negar con la cabeza—. Perdona, no quería hacerte una pregunta incómoda. —Vuelvo a mirarla. Juguetea con el tenedor, lo que deja rastros de sirope de chocolate sobre su plato vacío—. ¿Iba en serio lo que me dijiste de que te estabas planteando dejarlo?

Chasqueo la lengua, con el corazón apretado en un puño. Si vamos a empezar de cero, no podemos ocultarnos información. Y, por algún extraño motivo, creo que ella no sabe todo lo que pasó después de mis últimas Olimpiadas. Estoy a punto de confesárselo cuando Jade aparece con mi cappuccino y un platito de pastas, cortesía de la casa.

—Yo solo tengo el bachiller —dice cuando nos quedamos a solas. Aprieto los labios, doy la oportunidad por perdida. Aunque una parte de mí agradece que haya sabido entender que no es un tema que me apetezca abordar a la ligera—. Empecé a trabajar a los dieciséis, en el mismo hotel en el que lo hacía mi padre. Primero como camarera, y luego como ayudante en un espacio gourmet que ha ganado mucha popularidad.

No puedo dejar de observarla, fascinado por la despreocupación con la que habla.

—Cuando cumplí veintitrés, el jefe del Rincón se jubiló y me puso a mí en su lugar. —Suelta una risita, perdida en sus propios recuerdos—. El hotel no quería contratar a más personal, así que me dejaron a mí con el marrón y el mismo sueldo de aprendiz. Pero conseguí demostrarles que había nacido para aquel trabajo. Los últimos cinco años en los que llevé el rincón gourmet fueron muy bonitos.

—¿Fueron?

—Sí, ahora trabajo para la hija de un magnate francés. Te puedes imaginar cómo es.

—¿Tan mal como suena? —pregunto riendo entre dientes.

—Peor —dice, casi horrorizada pero divertida—. Su padre me paga una fortuna por hacer pastelitos de colores y por decorar nubes con chocolate para su familia. Básicamente me contrató para un cumpleaños infantil.

Se me escapa una carcajada ronca y su sonrisa se profundiza, tanto que se me cierra un nudo en la garganta y contemplo mi cappuccino para distraerme. Marián siempre tuvo su encanto, pero era la típica amiga tímida que no intervenía demasiado en las conversaciones, la que prefería mirar en lugar de participar. Me pregunto cuándo cambió su personalidad, si fue por decisión propia o si trabajar tantos años de cara al público, en un entorno en el que tenía que ganarse las propinas, terminó moldeándola.

—También dedico parte de mi tiempo libre a las redes sociales. —Devuelvo mi atención a ella—. Tengo un canal de YouTube bastante popular en el mundillo de la repostería creativa. No me va mal.

Aprieto los labios y suelto la taza.

—¿Así que… eres famosa?

No me pilla de nuevas, pero no logro entender cómo se metió de lleno en el mundo de las redes sociales con lo mucho que la exposición mediática la aterró en su momento.

—Ajá. Es tan duro ser popular… —bromea, aunque su tono suena algo ceniciento—. En realidad, todo empezó como terapia de choque. No te quiero aburrir con mis dramas, pero terminé cogiéndole mucho miedo a la prensa. Hace unos años empecé a ir a

terapia y mi psicóloga lo planteó como una posibilidad remota. Después de darle muchas vueltas, probé a grabarme, solo para mí. Era un juego. Grababa tooodo lo que preparaba, y cada vez me sentía más suelta. Se me ocurrían recetas más interesantes y divertidas y… Bueno, una cosa llevó a la otra y aquí estoy. Ahora tengo una relación mucho más sana con la exposición, aunque lo limito todo a mi faceta profesional.

Asiento y me froto el pecho, sin saber bien qué pensar. Vuelvo a refugiarme en la imagen de la iglesia al otro lado, que me brinda paz.

—Aunque sigue siendo un hobby. Aún no me ha llegado ninguna propuesta de campaña publicitaria que no me resulte ridícula.

—¿Ridícula? —me intereso para despejar la mente.

—Sí. El otro día, sin ir más lejos, tuve que rechazar una propuesta de recetas fit con polvos de estos que están tan de moda y que pretenden sustituir una comida diaria. La gente no se da cuenta de lo peligroso que puede ser ese discurso. Además, ¿quién soy yo para hablar de vida sana, ejercicio y pérdida de peso? ¿Acaso me han visto? —Se señala a sí misma con una risa tensa.

Frunzo el ceño y la miro de arriba abajo.

—Eres consciente de que el tamaño de tu cuerpo no es indicativo de salud, ¿verdad? —Abre y cierra la boca un par de veces—. La hiperfijación por conseguir un cuerpo con el menor índice de grasa corporal puede ser tan peligroso como la obesidad mórbida o la anorexia. Puede convertirse en un TCA grave.

—E-era… Era un chiste fácil para restarle algo de tensión a la conversación —reconoce con las mejillas encendidas.

—Tu cuerpo no es un chiste, es perfecto.

«Joder. Mierda. Joder». Me mira ojiplática, y a mí se me acelera el pulso. Cuando me he dado cuenta de lo que estaba diciendo, ya era tarde.

—El caso es ese —añade con fingida indiferencia. Y yo agradezco que me libre del bochorno—. Que también me dedico a las redes sociales y me gano un dinerillo extra. Aunque en realidad paso bastante de ellas, apenas reviso los mensajes ni estoy al día de lo que se viraliza. No me gusta la cultura de la sobreinformación, los bulos y la cancelación.

Se encoge de hombros y a mí me invade un alivio que sé bien de dónde nace. Porque ya no me quedan dudas de que ella no sabe nada.

—¿Qué más te gusta hacer? —me intereso antes de llevarme la taza a los labios.

—Mmm… Tengo varios hobbies. —Sus ojos se desvían al lector electrónico sobre la mesa—. Pero leer es mi favorito.

—¿Con qué estás ahora?

Sus ojos se iluminan y me enseña la cubierta de la comedia romántica que la tiene encandilada. A raíz de ahí, la conversación fluye con una naturalidad inesperada, como si ambos intentáramos llenar los vacíos que se han formado en los años que hemos estado separados.

Casi no me doy cuenta de que la charla llega a su fin hasta que Marián llama a Jade, quien se acerca de inmediato para entregarle la cuenta. La camarera me lanza un vistazo rápido, casi cómplice, y luego me sonríe. Como si fuera un suertudo porque una chica tan guapa como ella invite en nuestra primera cita. Y no es nada de eso. Bueno, lo de que es guapa sí, pero el resto…

Marián le entrega el dinero y se levanta con naturalidad. Sin importar lo tensas que hayan podido ser algunas de nuestras palabras, ha hallado el toque ligero en todas las ocasiones, una habilidad que me ha sorprendido y, al mismo tiempo, ha despertado en mí una chispa de admiración.

Al salir de la *crêperie*, el sonido de la lluvia contra el pavimento empedrado de Locronan nos recibe con una serenidad que contrasta con lo que se agita dentro de mí. Bajo su paraguas, en silencio, cruzamos la placita hasta llegar al otro lado, frente a la iglesia. Desde aquí, ambos contemplamos el antiguo edificio. Con el agua acumulándose en charcos alrededor de nuestros pies, no puedo evitar pensar en el destino y en esas decisiones que a simple vista parecen intrascendentes y que consiguen cambiarlo todo. Porque tengo la impresión de que esta tarde ha sido un conjunto enorme de ellas.

No sé si estaré en lo cierto o no, pero lo que sí sé es que estar aquí, ahora, a su lado, le da a todo una sensación… diferente. No tanto como algo viejo que se reutiliza o como estirar durante años el ponerse unos zapatos. Sino de una prenda nueva a la que hay que acostumbrarse. Y me gusta esa sensación.

Marián rompe el silencio antes de que me resuelva a decir algo.

—Bueno, supongo que esta es la parte en la que nos despedimos, ¿no?

—Deja que te lleve a casa —le propongo sin pensar.

Sus ojos se estrechan un poco.

—¿Montarme en el coche con un desconocido? —Se pone de jarras—. ¿Por quién me tomas?

Su comentario me arranca una risa y, por cómo me mira, me da la impresión de que está atesorando todas y cada una de las que me arranca.

—Prometo comportarme como un perfecto caballero.

Me llevo una mano al pecho en un gesto solemne e ignoro el hecho de que pueda entenderse que veo esto como una cita, cuando no es así. Marián acepta y la conduzco hasta mi coche. En el corto trayecto hasta el *château* sigue charlando, animada. Así descubro que está planteándose hacer alguna colaboración para redes sociales con Le Cygne Rouge y las ideas que le han surgido. Algo de combinar *crêpes* y churros que no suena especialmente bien pero que, según la experta, debería quedar a las mil maravillas.

Detengo el coche en el camino de grava, con la casita de invitados al fondo, recortada contra la lluvia. Ambos nos quedamos en silencio, tal vez rememorando otro paseo en coche bajo la lluvia con el mismo escenario de fondo.

—Gracias por traerme —dice con un hilillo de voz.

—No hay de qué.

Me dedica una sonrisa más larga de la cuenta, como si le pesara despedirse, antes de salir del coche bajo su paraguas rosa. La observo mientras se aleja y, por algún extraño motivo, me alzo el cuello del abrigo y salgo tras ella. La alcanzo rápido y me refugio bajo su paraguas.

—Tengo que asegurarme de que llegas bien a casa —le explico mirándola de soslayo.

Marián ríe por la nariz antes de asentir.

—Es verdad, ibas a comportarte como un perfecto caballero.

Le quito el paraguas y ella se agarra a mi brazo mientras recorremos la corta distancia entre el coche y la puerta. Ignorar el calor de sus dedos a través de la tela del abrigo me cuesta más esfuerzo del que debería. Al llegar al umbral, me suelta el bíceps y un escalofrío me trepa por la espalda. Rebusca en su bolso y saca las llaves de la casita mientras yo cierro el paraguas, protegidos por el tejadillo sobre la puerta, y lo dejo apoyado contra la pared. Al alzar la cabeza de nuevo, un mechón de pelo se le escapa de la trenza y se lo recoloco tras la oreja por inercia. Ambos contenemos el aliento.

—¿Te apetece que volvamos a vernos? —propone con una timidez que me desarma.

Por un instante, la idea de mantener el contacto y volver a vernos sin la presión del pasado me parece bien. Pero sé que no puedo entregarme a ella tan rápido.

—Vuelvo mañana a París —respondo, y observo cómo sus facciones se contraen con una mueca de decepción casi imperceptible—. Tengo trabajo.

Asiente, el brillo de sus ojos se ha apagado por completo. Ver esa sombra me aguijonea el pecho. Sé lo que significa para ella haber sacado el arrojo de tender un puente entre nosotros. Ahora es mi turno de poner algo sobre la mesa.

—Pero… Si necesitas ayuda para perfilar la tarta nupcial, puedes consultarme. Soy bueno aportando ideas.

Alza las cejas en un gesto de incredulidad divertida y pone un brazo en jarra.

—¿Ah, sí? ¿Y eso según quién?

Río por la nariz y me encojo de hombros.

—Al parecer, la mejor repostera que conozco supo ver mi talento para la crítica. —Ella responde a mi halago con una sonrisa sincera y entrañable que se instala en mi pecho. Doy un paso hacia atrás, nervioso de repente, y dejo que la fina lluvia caiga sobre mí antes de añadir—: Escríbeme si te apetece.

Veo el alivio reflejarse en su rostro. Esa esperanza a la que nos aferramos y que hace refulgir sus ojos enciende algo en mi interior.

—Me parece bien —responde en un tono suave.

En cualquier otra vida, en cualquier otro momento, esta sería la ocasión perfecta para sostener su rostro entre mis manos y besarla contra la puerta. Y solo con pensarlo, mi cuerpo entra en movimiento. Marián permanece atenta a mí cuando me inclino sobre ella para darle un beso de despedida. Uno. En la mejilla. No dos. Tal y como hacíamos antes, porque los besos simples siempre los reservé para ella. Marián parece darse cuenta, ya que suelta el aire en una exhalación temblorosa antes de contenerlo.

En cuanto mis labios rozan su piel, me doy cuenta de lo estúpido que he sido. Porque no puedo despedirme de esta sensación. De la calidez que irradia su piel, una que traspasa el frescor de la tarde-noche, y del olor a jazmín y vainilla de su perfume que inunda de lleno mi memoria. Es como si viajara en el tiempo y regresara a esos días en los que el mero hecho de inclinarme y rozar su mejilla con mis labios se transformaba en un gesto íntimo.

No me había dado cuenta de cuánto he echado de menos esta naturalidad, pero el modo en el que se me seca la garganta me lo recuerda de golpe. Porque ni haberme acostado con Marián tiene un regusto tan agradable como la familiaridad de un gesto cotidiano, nuestro y que sabe a hogar. Porque el sexo nunca me importó tanto

como tenerla conmigo, sentirla mía en el más puro sentido, sin planos físicos involucrados. Por eso nunca tuve prisa, porque para mí bastaba con todo lo demás, que me llenaba mucho más que el calor de las sábanas compartidas.

Separamos el rostro unos centímetros y veo una sombra de rubor ascender por su cuello. Mi nariz está casi alineada con la suya, en la posición perfecta para fundirme con su boca y degustarla por completo. Porque es Marián, la mujer que me volvió loco, que le dio sentido a mi mundo y por la que mi corazón no ha dejado de latir. Y cuando la miro así, a esta distancia ínfima en la que nuestras respiraciones se entremezclan, solo veo eso. Todo lo bueno que su contacto me ofrece. Lo jodidamente bien que me hace sentir la presión de sus labios sobre los míos, la caricia de sus dedos sobre mi piel y que permanecen marcados a hierro en el fondo de mi mente.

Pero no puede ser.

Me yergo con el corazón encogido. La sombra de rubor que pinta sus mejillas y la forma en la que sus ojos se apartan, tímidos pero anhelantes, me deja algo en el pecho que no sé identificar.

Marián abre la puerta, todavía sonrosada, y me arrebata el calor con el que me había envuelto y que tan bien me ha hecho sentir. Yo carraspeo intentando recobrar la compostura. ¿Cómo puede haberme alterado tanto una simple despedida?

—Adiós, Dom.

El corazón me aletea en el pecho; qué bien suena mi nombre en sus labios.

—Hasta pronto, Marián.

Me despido de ella con un gesto de la mano y cierra la puerta. Aunque me digo que debo volver al coche, me quedo aquí plantado

varios segundos, como hechizado por el canto de una sirena conformado por el eco de las palabras no dichas, antes de salir del trance.

Cuanto más cerca estoy del coche, cuanta más distancia pongo entre nosotros, más pensamientos contradictorios se arremolinan en mi mente. Por un lado, está el peso de lo que hemos compartido y todo el dolor que eso ha traído consigo. Por otro, me doy cuenta de que hay algo en el aire, una ligereza casi inusual que hace que me sienta esperanzado.

La tarde ha sido confusa y retadora, pero algo en mí ha cambiado. Por primera vez en mucho tiempo, me pregunto si tal vez, solo tal vez, este podría ser el inicio de algo diferente.

Bajo la lluvia de principios de noviembre, soy capaz de reconocer que Marián me aterra y me brinda paz a partes iguales. Una paz que hace ocho años que no experimentaba.

23

Dom



Domingo, 10 de noviembre de 2024

El móvil me vibra sobre el tatami y lo ignoro, concentrado en mi reflejo, en los movimientos precisos de la rutina que me toca entrenar hoy. Aunque el sudor me cae por las sienes, mi pulso es lento, meditado. El móvil vibra por segunda vez y desvío los ojos hacia él por inercia un microsegundo. Lo suficiente para romper mi concentración cuando emite un zumbido por tercera vez, algo que me viene fatal, teniendo en cuenta que últimamente paso más tiempo con la cabeza llena de ruido que en calma.

Resoplo, me inclino para recoger la toalla y secarme el sudor de la nuca y luego hago lo mismo con el móvil para ponerlo en silencio, porque, si sigue vibrando, no terminaré la rutina.

El pulso se me desboca al ver tres notificaciones de Marián. Por un instante, me pregunto si habrá pasado algo, si Irene estará bien, si necesita mi ayuda. Al margen de la respuesta escueta cuando le pregunté si quería volver a Locronan conmigo, llevo tanto tiempo sin

ver un mensaje suyo… Y lo primero que me encuentro es el sticker de un hurón en bata que pone: «Primero que nada, buenos días».

(Foto adjunta)
Mira qué guapos
salimos. Me la ha
pasado tu hermana

Contengo el aliento unos segundos, y le pido a mi estúpido corazón que se calme un poco. No hay ningún peligro a la vista, puedo bajar la guardia. Me siento con las piernas en mariposa, ya que doy el entrenamiento por perdido, y descargo la foto. Es una imagen de ella riendo a carcajadas, con un vestido verde botella de cuello barco; a su lado salgo yo con una camisa burdeos, mirándola embelesado. Hago zum en ella, en su sonrisa de oreja a oreja, en lo desenfadado de los mechoncitos que le adornan la frente, con ese maquillaje elegante.

Sí que está guapa, sí.

Ni siquiera me fijo en cómo salgo yo antes de ponerla como fondo de pantalla en mi móvil.

Marián

Martes, 12 de noviembre de 2024

Estoy repasando recetas de churros para perfilar la mía propia cuando el móvil me vibra sobre la encimera. No tardo ni dos segundos en cogerlo y, tal y como lo hago, doy un respingo y lo vuelvo a dejar donde estaba, con el corazón encabritado.

La banquetita de la isla de la cocina, en la que estoy sentada, se tambalea por lo brusco de mi movimiento. Y el casi matarme del sobresalto es lo que me confirma que no estoy alucinando. Dom me ha escrito.

Tras la tentativa de retomar el contacto del domingo y que me calzara un visto como la copa de un pino, me he tenido que autoconvencer de que ya estaba, de que hasta ahí había llegado nuestro intento de amistad. Irene no ha hecho más que decirme, por activa y por pasiva, que le dé tiempo, que no sea tan dramática. Y supongo que me va a tocar darle la razón.

(Foto adjunta)

Hago zum en el selfi que me ha mandado, en el que sale tapándose la mitad del rostro con un libro abierto por la mitad. Por supuesto que amplío la foto, porque no me puedo creer que se esté leyendo la comedia romántica de la que le hablé en Le Cygne Rouge. Las mejillas se me encienden al darme cuenta de que, aunque ha intentado evitarlo, parte de su pecho desnudo se cuela en el plano. Espera, espera, ¡¿Dom lleva gafas?! Unas de pasta negras, ni más ni menos. Me pongo en pie y camino de un lado a otro mientras me

mordisqueo el labio; es demasiada información que gestionar al mismo tiempo.

Escribo y borro varios mensajes antes de mandar el definitivo:

La comedia romántica te
sienta muy bien 😉

Viernes, 15 de noviembre de 2024

Tengo las notificaciones de Instagram petadas porque se me ha ocurrido la maravillosa idea de subir una story en la que enseñaba la que acabo de liar en la cocina. Porque incluso las reposteras expertas tenemos días de mierda en los que todo nos sale del revés, y la imagen de perfección que damos en redes se aleja mucho de la realidad. Esta ha sido la gota que ha colmado el vaso de una serie de pruebas fallidas para la futura tarta nupcial.

Me arrepiento de romper una lanza a ese favor, por supuesto, porque todo el mundo me está pidiendo un *storytime* y que enseñe más. Si ellos supieran…

Reparto corazoncitos sin ton ni son, empantanada hasta arriba porque lo de no delegar responsabilidades es una personalidad y es la mía, cuando me entra una notificación de WhatsApp.

Estás bien ?

Frunzo el ceño, creo que se ha equivocado de contacto. Tras mi último mensaje después de que me mandara la foto leyendo, no hemos vuelto a hablar.

Sí, por?

Su respuesta no tarda en aparecer.

He visto tu story

¿Dom? ¿Pendiente de mis redes sociales? ¿Ha llegado el fin del mundo y no me he enterado? El pulso se me desboca, como la completa idiota que soy. En lugar de responder, abro la cámara y grabo el desastre que he montado en la cocina, con toda la isla enharinada, un par de boles volcados y mis zapatillas de conejito embadurnadas —lo bueno es que ahora vuelven a ser blancas—. Por último, abro la cámara frontal y me grabo aún llena de harina hasta las cejas. Porque he preferido ver la vida pasar en lugar de enfrentarme a las consecuencias de mis actos. Con esa mentalidad, a peor no se puede ir nunca, ¿no?

(Vídeo adjunto)
Consecuencias de ser bajita 😔

😂 😂 Halloween ya pasó, va siendo hora de que guardes el disfraz de fantasma

Ja, ja, muy gracioso 😠

He intentado sacar un paquete de harina del estante alto y… Bueno, el resto te lo puedes imaginar

Me alegra saber que estás bien 😊
Aunque la cocina seguro que no opina igual

Que Dom bromee conmigo me deja con una sonrisa bobalicona en los labios. Por supuesto, la cocina se queda como está un rato más, todo el que dura nuestra conversación.

Lo mismo no ha sido un día tan de mierda después de todo.

Dom



Lunes, 18 de noviembre de 2024

—¿Y qué te dijo Bastian? —me pregunta Théo.

—Que Marián me ha sorbido los sesos y que ya no soy el de antes.

Théo frunce el ceño y esconde las manos en el abrigo negro. Desentona un poco con la gorra, pero quién soy yo para hablar de moda.

—¿Puedo decir lo que pienso?

—¿Cuándo no lo has hecho? —Río entre dientes.

Me hago a un lado para dejar pasar a una pareja que camina en dirección contraria a la nuestra y casi acabo aplastado contra la fachada de piedra vista de un local. Théo se detiene, creyendo que me he parado por propia voluntad, y me lanza un vistazo serio.

—Estabas con él cuando pasó lo del vídeo, ¿no?

Aprieto la mandíbula y asiento; deslizo los ojos por el escaparate tapado con papel de estraza.

—Sí.

—Pues me parece de ser un poco amigo de mierda que se rebote porque no quieras salir de fiesta con él.

—Él no tuvo la culpa de lo que pasó.

El local tiene un toldito rojo recogido y, bajo él, la sombra del rótulo de lo que sea que fuera antes.

—No digo eso. Digo que tendría que entender que no te apetezca volver a ese ambiente. ¿Cuánto ha pasado? ¿Tres meses?

—Más o menos, sí.

—De ser tú, me apartaría de esos círculos durante una larga temporada. Sobre todo si la Federación todavía no se ha pronunciado.

—Ya, eso le dije yo.

—¿Le dijiste que estaba siendo un amigo de mierda?

—No, eso no.

—Pues deberías. —Théo echa a andar, pero se detiene y se vuelve hacia mí cuando ve que no lo sigo—. ¿Vamos?

—Sí, un momento.

Saco el móvil, le hago una foto al local con el cartel de SE VENDE y abro la conversación con Marián para enviársela.

Lo he visto por mi barrio y automáticamente
he pensado en ti

En ese obrador que soñabas con abrir

😮 Qué bonito!!!!

La verdad es que con ese pedazo de ventanal
se vería todo el interior desde la calle y atraería
a mucha gente

Qué buen ojo tienes 😉

Sonrío como un tonto, con los dedos suspendidos sobre el teclado de la pantalla.

—Dom, ¿seguimos?

—Ah, sí, sí, perdona.

Guardo el móvil en el bolsillo y, cuando alzo la vista, Théo me dedica una sonrisa ladeada cargada de pillería.

Marián



Estoy ya metida en la cama, calentita bajo el nórdico y preparada para seguir leyendo mientras la lluvia repiquetea contra los ventanales, cuando el móvil me vibra sobre la mesilla de noche. Irene no suele escribirme a esta hora, porque es cuando le toca acostar a Sofía, y con mi madre ya hablé esta tarde. Eso deja muy pocas posibilidades, y solo con pensarlo, se me acelera el pulso.

Perdona que no te dijera nada
más antes, estaba con Théo

No te preocupes, ya sé que no te gusta vivir
pegado al móvil

Qué tal le va todo?

Bien, me ha pedido que te
dé recuerdos de su parte

Las mejillas se me caldean no solo porque Dom se haya acordado de mí al ver un local cuquísimo, sino porque además haya hablado de mí con Théo.

Puedo preguntarte algo ?

Dispara

No tienes por qué responder
si no quieres

Con la de vueltas que le está dando, cuando él suele afrontar los problemas de frente, sé que va a ser algo incómodo. Algo relacionado con nuestro pasado, probablemente. Pero me dije que no iba a huir más y lo mantengo. Todo lo que quiera saber se lo diré.

Por qué dejaste apartado tu sueño
de abrir un obrador propio ?

«Di que sí, Dom, directo a la yugular».

En realidad, casi que lo prefiero antes que remover nuestro propio pasado. Encuentro cierto consuelo en que ambos seamos capaces de seguir adelante sin que esa espinita clavada entre nosotros se enquiste. Como la respuesta es demasiado larga como para escribirla, y creo que le daría más vueltas de las necesarias, inspiro hondo y pulso el botón del micrófono para mandarle un audio.

Con todo lo que pasó con mi padre, no tuve cabeza para pensar en nada más, la verdad. Y después llegaron las deudas. Al conducir bajo los efectos del alcohol, el seguro no se hizo responsable de pagar los daños, las costas del juicio, la indemnización… Y, bueno, ese dinero tenía que salir de algún lado

Lo siento mucho, Marián

No pasa nada ❤ Mi nuevo trabajo me deja un paso más cerca de mi sueño

Me alegro de que no se haya
convertido en un «nunca» y de que
sea un «aún no»

Yo seré tu primer cliente
cuando abras tu obrador

Los ojos se me llenan de lágrimas y tengo que sorber por la nariz. Maldita regla y su revolución hormonal.

🥺 Gracias. Ha sido muy bonito

Nada que no merezcas 🙂

Dom



Jueves, 21 de noviembre de 2024

—No esperaba que volvieras a España tan pronto —le digo a mi padre antes de darle un sorbo al café.

Sentado en el butacón de mi salón, contempla la panorámica de los Champs-Élysées.

—Tengo algunas gestiones que hacer.

—¿Una nueva adquisición a la vista?

—¿Desde cuándo te interesas tú por la empresa? —pregunta con gesto ladino.

Río por la nariz y asiento mientras dejo la taza sobre la mesa.

—Toda la razón.

Mi padre le da un sorbo a su taza con esa mirada que viene a significar: «Soy más listo que tú y te tengo calado», y yo la rehúyo y me centro en sacar el móvil del bolsillo. Él se dedica a acariciar a Quasi, que ronronea sobre su regazo.

Al ver el nombre de Marián, se me dibuja una sonrisa en los labios. Me ha mandado la foto de un cuaderno lleno de notas y dibujos de postres.

(Foto adjunta)
Día de ideas y bocetos para la mercancía
de mi obrador imaginario 

(Foto adjunta)
Qué opinas de este?

Suena muy bien. Muy tú

La reconozco en el boceto del cupcake con *frosting* rosa que me ha enviado. En la foto se aprecian unas anotaciones al margen: «Bizcocho de vainilla con centro de fresa encapsulada».

—¿Sabes algo nuevo de la Federación?

Sacudo la cabeza con los labios apretados.

Muy yo?

—Papá…, ¿qué pensarías si te dijera que me estoy planteando dejar de competir?

Parpadea varias veces. Debería marcar este día en el calendario, no siempre se consigue pillar a Jacques Beaumont por sorpresa.

—Pues te diría que el atosigamiento mediático pasará, como siempre. En cuanto se acerque la boda de Silvie, ella llenará las portadas y dejarán de hablar del vídeo. Habrá un Beaumont más interesante que tú.

—Ya apenas hablan de eso.

—¿Entonces?

—No lo sé… —Me froto la nuca—. No estoy seguro de que me siga gustando.

—¿A qué te refieres?

—A que ya he conseguido todo lo que quería con el deporte. No me queda nada a lo que aspirar.

Me dedica una sonrisa ladeada.

—¿Lo has hablado con Marián?

—¿Qué? ¿Por qué? —Un calor inesperado me inunda las mejillas.

—Porque es una mujer muy sensata.

—Ah, no. Bueno, sí, lo es. —Desvío la vista a los ventanales de mi ático—. No he hablado con ella.

—De esto, quieres decir. —No me gusta cómo me mira, ni la sonrisilla resabida que me dedica. Después de un silencio algo más largo de lo habitual, dice—: Mejor me marcho ya, que se me hace tarde. Mi consejo es que hables con ella, seguro que te da buenos consejos.

Ni siquiera acompaño a mi padre a la salida, sabe bien dónde está y nos veremos en cuestión de un mes para la boda de Silvie, si es que no se presenta aquí de improviso antes.

Tal vez debería hablar en profundidad con ella, contarle lo que me pasa por la cabeza y, sobre todo, abrirme sobre lo que ocurrió en agosto. Cuando devuelvo la atención al móvil, me distraigo con la conversación que estábamos manteniendo.

Sí, un pastelito todo rosa y
con azúcar hasta los topes. Eres tú

Ah, claro. Entonces, tú qué eres?

Chocolate amargo

Chocolate del fuerte, dices? Sí, te pega

Pero no tiene por qué ser amargo
Tú también eres muy dulce 

La garganta se me seca.

Permíteme dudarlo

Has retomado lo del local
con ganas, eh ?

Ten amigos que te animen a seguir soñando


¿Por qué «amigos» suena tan bien y tan mal al mismo tiempo?

Marián



Viernes, 22 de noviembre de 2024

Estoy disfrutando de un más que merecido baño con sales aromáticas, bien de burbujas y una infusión caliente cuando me vibra el móvil. No me apetece mirarlo, porque estos días están siendo de locos y necesito un ratito para mí.

En cuestión de un mes tendré que sacar un servicio para unas quinientas personas y, aunque no es nada nuevo, aquí, en este pueblo perdido de la mano de Dios, todo está costando un poquitito más. Eso sin contar con que Silvie también quiere una tarta nupcial y no hemos encontrado un hueco para sentarnos juntas y plantearla. Hoy en día ya no se lleva lo de tener tarta, se suele preparar la capa superior con algún bizcocho básico para el momento foto y corte y se prepara el resto de los pisos en porexpán o corcho, pero si algo caracteriza esta boda son los excesos.

Al menos, después del acuerdo que he cerrado hoy con Jade y Odette puedo quitarme parte del peso de encima. Ellas me ayudarán con el catering y a prepararlo todo a cambio de una comisión y de publicidad. Son un cielo, porque la que sale ganando con creces soy yo. A cambio, pienso darlo todo en la colaboración que estamos preparando para el primer fin de semana de diciembre. La receta ha quedado espectacular y estoy deseando que la gente del pueblo la pruebe.

El móvil vibra una segunda vez y ya no puedo contener la curiosidad.

(Foto adjunta)

Hoy he tenido ayuda para entrenar 😐

TIENES UN GATO!!!!!!!

Sí, se llama Quasi

Se me escapa una risa al ver el selfi de un Dom sonriente y sudoroso junto a un gato atigrado dormido sobre un cojín. No hacía yo a Dom como alguien de gatos. Lo veía más con perro, saliendo a correr con él bajo la lluvia, lanzándole la pelota y todo ese rollo.

Quasi? Quién le pone Quasi a un gato?

Alguien que simpatiza con el
chocolate amargo, tal vez

Definitivamente jajajaja

Mi sonrisa se profundiza y, de repente, me siento como una boba. Una boba muy feliz.

Se llama Quasimodo. Quasi
para los amigos
?

Ah, típico cliché francés 🙄

Eh ! Que tiene su explicación

Me lo encontré hace un año mientras paseaba
por Notre-Dame.
Estaba guarecido contra la catedral, y entre
eso y el pelo naranja… Es una tontería

NO! No es ninguna tontería

Vuelvo a abrir la foto y me la quedo mirando un buen rato. Es un gato precioso, naranja, con los ojos verdes. Mi atención no se mantiene demasiado tiempo sobre el animal y se dirige a Dom. Sale tan guapo. Algo sudado, descamisado por haber estado entrenando, con las mejillas algo arreboladas y una sonrisa radiante y ladeada que… Me remuevo en la bañera y me centro en escribir.

Te recordó a Quasimodo?

Sí

Aunque ahora que lo pienso, no sé si el gato
debería tomárselo como un insulto o un halago

Es muy guapo 

Y parece un buenazo, igual que Quasimodo

Me callo que el dueño también.

Pues tienes razón, porque este gato a veces
parece un perro de lo cariñoso que es

Me encantaría conocerlo algún día

A él también le gustaría conocerte

Contengo el aliento y me digo que el rubor de mis mejillas es fruto del calor que se ha concentrado en el baño, nada más. No porque haya pensado que eso ha sonado a una invitación ni nada por el

estilo. Dom y yo nos estamos esforzando mucho en ser amigos, nada más.

Qué tal se le da lo de ser entrenador? Por eso del apoyo moral y demás

Se pasa el día durmiendo y me mira mal si hago demasiado ruido. Es muy motivador

Desde cuándo los gatos miran mal? 

Se nota que no has tenido ninguno 

Después de un rato charlando, Dom tiene que volver al lío y me dice que hablamos más tarde. La naturalidad de esa respuesta despierta un burbujeo en mi estómago que me lleva a navegar por las fotos que hemos compartido en estos doce días. Me detengo en la primera, en la que sale con esas gafas que tan bien le sientan y el libro.

Las mejillas se me caldean y dejo el móvil a un lado. Me hundo más en la bañera hasta que las burbujas me hacen cosquillas en la nariz y mi mente se va por derroteros muy poco adecuados. Como que no cabríamos los dos juntos aquí, con lo alto que es y lo fuerte que está. Que ya lo sabía, pero ese nivel de definición muscular —¿eso existe?— es nuevo para mí.

Antes de darme cuenta siquiera, de entender cómo narices he llegado a pensar en lo que estoy pensando, mi mano se pierde bajo la espuma y encuentra el camino hasta el calor palpitante entre mis muslos. Para cuando me digo que eso no está bien, que no debería

estar masturbándome mientras pienso en él, es demasiado tarde y tengo su nombre atascado en el fondo de la garganta a causa del orgasmo que me sobreviene.

Sábado, 23 de noviembre de 2024

Irene y yo pegamos un grito a la vez, sobresaltadas por el mismo *jumpscare* de la peli que estamos viendo por videollamada. El argumento es malo con avaricia, pero al menos sabe dónde meter los sustos. Eso o las dos somos muy miedicas.

—No sé para qué narices me he puesto una mascarilla, si esto de relajante no está teniendo nada —farfullo.

Irene suelta una carcajada y su moño mal hecho se agita con el movimiento. Es la primera vez que la oigo reír desde el accidente de Sofía, y me deja con un regusto calentito por dentro. Como la vida parece darme una de cal y otra de arena, mientras que mi madre dice que mi padre está más centrado últimamente —algo por lo que no me hago ilusiones, porque va por rachas—, Irene actúa más rara que un piojo verde. El problema de mi mejor amiga es que cuanto más le preguntas, más se cierra en banda.

—Sabías que me tocaba a mí elegir película —se defiende—. No es mi culpa que no vengas preparada.

—Calla, que no me entero.

Me dedica una sonrisilla resabida y un poco pixelada. El móvil empieza a vibrarme sobre la mesa y suelto otro chillido que se hace eco en el lado de Irene, aunque la película no haya tenido nada que ver.

—Joder, qué susto, tía.

—Un momento… —Frunzo el ceño, y dejo que el móvil siga vibrando. Es una llamada, pero no son horas—. ¿Por qué no has despertado ya a Sofía con tus gritos? ¿Está en casa de una amiga?

De no ser por la vibración de mi móvil, oiría grillos.

—Cógelo ya.

—Sí, hombre, tú no te libras.

—¿Y si es Dom?

«Me cago en mi mejor amiga». Ante esa mención, me lanzo a por el móvil y, en efecto…

—Es Dom —anuncio, acojonada porque—: Es una videollamada.

Me viene un fogonazo de lo que hice ayer en la soledad de una bañera bien calentita y doy gracias por llevar una mascarilla de papel en la cara para que mi amiga no me vea enrojecer.

—Cógelo.

—Ni hablar. Estabas tú primero.

—¿Yo? ¿Qué dices?

Me cuelga. La muy cabrona me cuelga y se libra del tercer grado que le iba a hacer. Me mordisqueo el labio con la vista clavada en la pantalla y descuelgo cuando sé que se va a cortar.

—¡Te parecerá bonito! —suelta sin saludarme.

—Sí.

No sé a qué se refiere, pero lo primero que he visto es su melena despeinada y esos ojos castaños que tanto me gustan adornados por unas gafas que deberían estar prohibidas. Él se queda en shock un segundo antes de romper en carcajadas. Río con nerviosismo, sin entender qué está pasando, porque no ha sido mi *peak* de la comedia, precisamente. Y entonces me veo en una esquina de la

pantalla, en chiquitito, con la mascarilla facial con la cara de Shrek estampada, y no me queda más remedio que sumarme a sus risas.

—Ya te vale, Marián.

—¿El qué, Dom? —replico con una sonrisa boba en los labios.

Me sorprende que me llame un sábado a las diez y media de la noche, cuando a un chico tan guapo como él lo que le pega es estar de fiesta por ahí. Pero no me voy a quejar.

—No avisarme de que el libro no era autoconclusivo.

La sonrisa se me ensancha y, sin darme cuenta, termino hablando con Dom de un libro que se ha leído única y exclusivamente porque me vio a mí leyéndolo. Si eso no es un regalo, que me digan qué lo es.

Viernes, 29 de noviembre de 2024

Silvie y yo por fin hemos encontrado un hueco para presentarle distintas opciones de bizcocho para la tarta nupcial, así como la decoración de esta. Ha sido complicado, porque con la boda a menos de un mes, la pobre no para.

Por culpa del trabajo de Antoine, su prometido apenas pasa por casa. «Para compensar las tres semanas que estaremos de luna de miel», recitó Silvie cuando le pregunté si no debería estar más implicado. ¿El problema? Que a raíz de esa sugerencia, Antoine participará en la prueba de hoy y… No sé bien cómo gestionarlo, porque a Silvie ya la tengo calada. Sé lo que le gusta, lo que no, cómo le gusta, pero él… Es todo un misterio. Era un poco la oveja negra del grupo durante nuestra adolescencia, porque Théo y Dom

siempre destacaban más. Pero ahora es un hombre adulto, de negocios y de mundo, y no sé qué esperar.

Por eso, a primera hora de la mañana ya estoy lista, vestida de negro y con un moño profesional. Me mordisqueo el labio y lanzo miraditas furtivas al reloj. Por la hora que es, Irene estará liada preparando a Sofía para el cole, por lo que no me va a responder, así que recurro a mi otro motivador personal y le mando un selfi sosteniendo el cuaderno de bocetos y una caja de cartón cerrada.

(Foto adjunta)
Lista para la prueba de la tarta!

No era a las doce ?

Sí, pero estoy más nerviosa de lo que pensaba
y me he preparado ya 😅

Lo vas a bordar. No tengo
la menor duda

De verdad?

Claro que sí. No hay nadie mejor para el
puesto. Ellos lo saben, y tú también deberías
saberlo 🙂

Gracias… Me siento mejor solo de leerlo

El pulso se me ralentiza con cada nueva vez que leo ese último mensaje. No sé en qué momento empecé a sentirme tan cómoda

hablando con él, como si no hubiera pasado ni un día desde aquella amistad que forjamos bajo el sol del Mediterráneo. Pero está pasando. Aunque hace casi veinte días que empezamos con esto de mensajearnos, llevamos la última semana larga hablando a diario, casi a cada hora. Nos hemos puesto al día como solo dos viejos amigos podían hacerlo, un poco como me ha pasado con Silvie.

Ahora sé que a Dom le gusta mucho el cine *slasher*, y que se ofende cuando cuestiono sus gustos cinéfilos. Sé que prefiere el café solo, aunque el cappuccino es su placer culposo. Que, siempre que puede, entrena dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Que se pone un pódcast antes de irse a dormir y que por su culpa me estoy aficionando al *true crime*. Que escucha con paciencia y ofrece los mejores consejos y consuelos acaba de sumarse a la lista de cosas que sé del nuevo Dom.

En un impulso, añado:

Ojalá estuvieras aquí

Sé que he traspasado una barrera invisible al abrirme tanto y mostrarme vulnerable, porque Dom lee el mensaje y no me vuelve a contestar. Me deja en visto.

24

Marián



Durante las siguientes horas, trato de ignorar el hecho de que Dom no me haya respondido ni con un emoji, algo que ahora siempre hace para indicarme que me lee, pero que no me puede atender en ese momento. No obstante, mi mente, siempre lista para sabotearme, no para de gritar: «¡Te has pasado de la raya!, ¡te has tomado muchas confianzas demasiado rápido!».

Como si mi teléfono supiera que estoy en medio de una crisis existencial, vibra entre mis manos. Esperanzada, miro la pantalla. ¿Por qué siento decepción al no ver el nombre de Dom?

—Adivina quién se ha lanzado esta mañana desde la mesa del salón, con los brazos extendidos y gritando: «¡Soy la reina del cielo!» —me saluda Irene.

Respondo con una risa, porque me imagino a la perfección a Sofía tirándose al vacío con esa capa de superhéroe que le regaló el pediatra de Urgencias y que no se quita ni para dormir.

—Dime que la has pillado al vuelo.

—Pues claro que la he pillado al vuelo. Le he hecho un placaje que ni en el fútbol americano.

—Deberías explicarle que lo de volar es de superhéroes entrenados, y que a ella aún le falta crecer unos años.

—¡Ja! Como si no lo hubiera intentado. Pero está convencida de que, gracias a su «superresistencia a los puntos» (en palabras del maldito médico), ella aprenderá a volar antes que el resto.

—No le eches la culpa al pediatra, que hizo muy bien su trabajo.

—Cirujano pediátrico… —matiza por lo bajini, malhumorada.

—Además —añado, ignorándola, porque se la tiene jurada al pobre y no me cuenta por qué—, a mí me parece un comentario adorable.

Bufa una risa sarcástica y, sin siquiera tenerla delante, la veo poner los ojos en blanco.

—Sí, muy adorable —ironiza. Tengo la impresión de que tras sus palabras hay más, pero no me da lugar a replicar—. Muy adorable que haya alimentado su imaginación con gasolina y que ahora no pueda ni ir a mear porque cuando salgo del baño, toda legañosa, me la encuentro subida al mueble más alto a su alcance. Voy a tener que atarla a la pata de una mesa.

La risa me sale a borbotones, ligera y contagiosa. No hay intención real de castigar a su hija, solo necesita desahogarse. Al ser madre soltera y con unos padres que jamás han ejercido de abuelos por las tiranteces de una familia disfuncional, soy su único hombro sobre el que llorar. En realidad, Irene es la mejor madre del mundo, porque aprendió por las malas lo que no quería replicar.

—Míranos —comento con un tono divertido—, yo aquí, a punto de enfrentarme a la tarta del siglo y tú luchando contra una mini-Supergirl.

—Sí, eso, encima restriégame que me ha salido una niña de DC, en lugar de Marvel. ¿Tú cómo llevas la ansiedad?

La respuesta sale sola, como si hubiese estado esperando este momento:

—Pues… No puedo ni pensar en la tarta sin que me den ganas de potar.

—¿Por Antoine?

—Sí. Me preocupa no conocer su paladar. Me siento como cuando nos mandaban hacer un proyecto de Ciencias, más perdida que un pulpo en un garaje.

Ella suelta una risita sutil; me la puedo imaginar negando con la cabeza.

—Si a los dieciséis aprobabas esos trabajos y con nota, esto es pan comido. Lo tienes más que controlado. Además, solo es una prueba, está para eso: para equivocarte y mejorar. Pero algo me dice que no es solo eso lo que te preocupa.

Me muerdo el labio inferior y miro el reloj sobre la chimenea: aún falta media hora.

—Es por Dominique.

—¿Qué has hecho ahora?

—¡Eh!

Desde nuestra última charla en Marbella, Irene ya no se corta a la hora de echarme la culpa. Y, la verdad sea dicha, lo necesito. Necesito que alguien me recuerde que equivocarse no supone el fin del mundo siempre y cuando se tenga la intención de reparar el daño. Y que, pese a mis torpezas, intento ser una adulta funcional… Aunque, en ese aspecto, mi promedio de éxitos sea bastante discutible.

—La estadística está en tu contra, querida. Así que desembucha.

—No termina de convencerme que ahora seáis amigos íntimos —replico con un mohín exagerado.

—Nah, tampoco tanto.

Su capacidad para pasar de todo con tanta naturalidad es envidiable. Muy por encima, le cuento que el que me haya dejado en visto en un momento importante para mí me ha desestabilizado más de lo esperado.

—A ver, cariño, por una vez voy a ser la voz de la razón…

—Si solo fuera una vez…

—… y a recordarte que Dominique es karateka profesional. Olímpico, ni más ni menos. Estará hasta el culo de colaboraciones y mierdas de famoso. Por no hablar de los entrenamientos. Que no te responda a los cinco segundos no significa que pase de ti o que tu problema no le importe. Ten un poquito de fe, anda.

Ante su lógica aplastante, no puedo discutir. A medida que avanza la conversación, además de llevarse una parte de mis nervios consigo, intento indagar un poco en su vida, pero es como darse de bruces contra un muro de hormigón. Lo único que he conseguido sonsacarle es que ha hecho migas con Esther, una de las madres del cole de Sofía. Más allá de eso, cada tentativa de reconducir la conversación hacia ella termina volviendo a mí. Me siento una amiga terrible, así que no me queda más remedio que abordarlo a las claras:

—Oye, ¿de verdad estás bien?

—No tengo tiempo para estar mal, así que sí —responde con una risa irónica que huele a mentira—. Lo tengo todo controlado. —El

silencio que sigue a la evasiva me pone en alerta, pero no me da tiempo a insistir, porque añade—: ¡Vas a llegar tarde!

Mis ojos vuelan hasta el reloj de pared y el corazón me da un vuelco. No es que tenga que andar mucho para llegar al salón de los espejos, pero tampoco quiero aparecer por allí con el tiempo pegado al culo.

Me despido de Irene con nuestro humor de siempre e ignoro la nueva inquietud que ha despertado en mi interior. Mi mejor amiga es más hermética que una ostra cerrada con triple candado, no hay forma de llegar a la perla que oculta dentro salvo que ella quiera. Y cuanto más la presione, más se atrinchera. Así que solo me queda esperar a que decida compartir conmigo lo que sea que le pase, por muy desesperante que pueda ser.

Inspiro hondo para armarme de valor, recojo la caja de cartón en la que he guardado las minitartas de degustación y recorro los terrenos Beaumont en dirección a una nueva prueba.



El salón de los espejos me recibe con toda su magnificencia, pero yo solo tengo ojos para la pareja. Los novios ya están sentados a la mesa, abstraídos con sus móviles y a una distancia demasiado grande el uno del otro. Silvie, de normal una fuente de energía desbordante, me dedica una sonrisa que no le llega a los ojos. A su lado, Antoine destaca por su aspecto impecable en contraste con la férula en la nariz, consecuencia de la intervención estética a la que se ha sometido para corregir una desviación que, según Silvie, ni

siquiera se veía. En cuanto me oye entrar, Antoine mira el reloj y resopla. Al parecer, llegar puntual es tarde para él.

—He preparado tres propuestas, para que elijáis la que más os guste —les explico tras saludarnos.

Dispongo las tartas en la mesa mientras les hablo con toda la seguridad que puedo de la primera: bizcocho de vainilla y frambuesa decorado con flores de cerezo de *fondant* en tonos pastel. Quería que la delicadeza de las flores transmitiera elegancia, mientras que el sabor frutal y la esponjosidad de la vainilla ofrecen el punto de ligereza. Cada flor está meticulosamente detallada, y me he esmerado en lograr que, dispuestas unas al lado de las otras, parezcan un jardín en plena floración. Y eso que esto solo es una muestra de diez centímetros de diámetro.

—Al ser una boda en invierno, traeríamos la primavera de vuelta con este diseño —añado mirándolos con expectación.

Silvie la prueba primero, y en su rostro leo que le encanta la combinación simple de sabores en contraposición con la complejidad y la delicadeza del decorado. Me dedica una sonrisa pequeña y aprobadora, aunque su mirada se desvía hacia Antoine, a la espera de su reacción. Él, en cambio, frunce el ceño al terminar de saborearla.

—Flores de cerezo… —Arrastra las palabras con un tono cargado de escepticismo—. No sé, es un poco cliché, ¿no? Está muy visto.

Vuelve a consultar el móvil y dedica unos minutos a responder un par de e-mails. El pecho se me comprime ante el comentario, pero mantengo el tipo y paso a la siguiente muestra antes de que los nervios me traicionen.

—Para esta he optado por una combinación de chocolate con leche con una nota muy leve de café —les explico para intentar captar la atención de Antoine—. Algo más intenso en cuanto a sabor, pero con un diseño más minimalista.

Admiro mi propia creación, decorada en tonos marrones y dorados, con ramitas y hojas —también de *fondant*— y el efecto nieve, para evocar los inviernos de los Beaumont en la montaña.

Tras probarla, Silvie asiente con los ojos colmados de lágrimas. Ha entendido que pretendía hacerle un sutil homenaje a su difunta madre. Antoine, en cambio, se encoge de hombros con desgana.

—Demasiado fuerte para una boda. No quiero que los invitados terminen saturados. Suficiente tienen ya con la ridícula idea del menú complementario de postres —comenta con una risa seca.

Me quedo boquiabierta, y mi estupefacción debe de ser más que evidente, porque Silvie abre mucho los ojos.

—Perdona, cariño —musita él antes de darle un beso en la sien a su prometida y responder a más mensajes.

Entiendo que es un hombre muy ocupado que tiene que adelantar trabajo, pero no me gusta ni un pelo su actitud. Silvie me dedica una mirada suplicante y yo lo dejo estar, porque son mis jefes y es mi futuro laboral el que podría estar en juego si abriera la boca.

—¿De qué es la última? —me pregunta ella.

—Esta combina limón y lavanda —digo lo más animada que puedo —. Pretendía que os recordara a los campos de lavanda de Jacques.

La he decorado con flores y detalles en tonos morados y verdes; quería ofrecer algo más exótico y animado, con un sabor que deje una impresión delicada. Al probarla, de nuevo me veo recompensada por la sonrisa radiante de Silvie, aunque algo en su expresión

parece… distante. Antoine, por su parte, estudia la tarta con una ceja alzada.

—Limón y lavanda… —musita, con ese tono de quien ya tiene preparada la bofetada verbal—. Supongo que sonaría apetecible y exclusivo en una pastelería de barrio, pero para una boda… —Antoine se interrumpe y su expresión se torna casi desdeñosa—. No sé, no quiero que mis invitados vengan a mi boda y se vayan con la sensación de haber probado experimentos de niños que han mezclado sabores raros.

«¿Sabores raros? ¿Está de coña?».

Las manos me tiemblan bajo la mesa, apretadas en puños para no lanzarle la muestra a la cara. Cada uno de sus comentarios ha sido como un dardo que ha ido minando mi confianza. Silvie intenta suavizar su último apunte con algunas observaciones muy positivas —parece verdaderamente encantada—, pero incluso ella se ha dado cuenta de que nada de lo que diga podrá borrar la crueldad de Antoine.

El silencio que se extiende entre nosotros es tenso, a la espera de un veredicto. No voy a intentar convencerlos de que elijan alguna muestra; Antoine ha dejado claro que no hay ninguna que satisfaga sus expectativas, y no me apetece seguir siendo su saco de boxeo. Bastante castigado tengo ya el orgullo como para volver a ofrecerme como carnaza.

Al final, el novio suelta una risa sarcástica y dice:

—La verdad, Marian, esperaba algo más impresionante teniendo en cuenta tu… fama. —Recalca la última palabra como si fuera un chiste—. Hasta ahora no he visto nada que me deje boquiabierto,

como aseguraba Silvie. Quizá me equivoqué al pensar que esta prueba sería algo más que una degustación amateur.

Me deja sin aliento. La habitación se enfría de golpe y lucho por contener las lágrimas de frustración. Al borde de perder la compostura, en mi mente solo resuena un «necesitas el trabajo» tras otro. Estoy a punto de soltar una disculpa que me sabría amarga cuando una voz cortante me lo impide:

—Más te vale no volver a hablarle así a Marián, Antoine.

Me vuelvo con un respingo y me encuentro con Dom, de pie en la entrada del salón de los espejos. Su presencia lo llena todo, y su expresión es de pura determinación. Observa a Antoine con una mirada afilada con la que podría rebanarle la lengua de un tajo. Su postura firme y su rostro serio me recuerdan que, además de ser karateka olímpico, también es experto en poner a la gente en su lugar.

Cuando nuestras miradas se cruzan, me invade tal alivio que casi me mareo. Dom está aquí, ha vuelto a Locronan y solo con una frase me ha hecho sentir acompañada en un mar de críticas hirientes. Y eso, por temible que resulte para mí, resquebraja mis barreras.

25

Dom



Al llegar al salón de los espejos, la puerta está entreabierta. Por la rendija, oigo el rumor de sus voces, lo que significa que aún no han terminado, aunque me han asegurado que llevan ahí dentro un buen rato. No quiero interrumpir, pero al mismo tiempo me pican los dedos con la necesidad de ver a Marián de nuevo. Al asomarme por la rendija, mis ojos se posan directamente en ella.

Está sentada en un lateral, con el cuerpo un poco inclinado hacia delante, las manos ocultas bajo la mesa y la mirada fija en Silvie y Antoine, quienes prueban la que supongo que será la última tarta. Hay algo en su postura, en la firmeza con la que permanece erguida pese a lo intimidante de la situación, que me deja sin aliento.

La luz que se filtra por las ventanas altas incide en los espejos e inunda la habitación de reflejos dorados y caleidoscópicos. Los haces parecen buscarla, la bañan con un brillo cálido que contrasta con el negro de su atuendo. Su moño, pulcro y ordenado, contiene las ondas normalmente rebeldes de su cabellera, que brilla con un sutil tono cobrizo bajo esta luz. Ese detallito, esa contención en su

cabello indomable, simboliza todo lo que intenta proyectar: control, profesionalidad, calma. Pero yo sé que detrás de esa fachada, Marián es todo lo contrario. Es caos, es pasión desbordante, y es esa fuerza la que la hace tan… única. Todo eso que me hace sentir como si contemplase una obra de arte en movimiento.

Que Marián frunza el ceño me saca de mi ensimismamiento. Silvie tira de su buen humor característico para intentar romper la tensión que se ha instalado en la sala. Antoine, por su parte, está reclinado sobre el móvil con expresión de hastío hasta que habla. Su tono es seco, casi despectivo, y las palabras que salen de su boca se convierten en puñales.

—Hasta ahora no he visto nada que me deje boquiabierto, como aseguraba Silvie. Quizá me equivoqué al pensar que esta prueba sería algo más que una degustación amateur.

El aire que me rodea se vuelve pesado y un calor inesperado se extiende por mi pecho. La mandíbula se me crispa y mis manos se cierran en puños. Antes de darme cuenta siquiera de lo que hago, ya he abierto la puerta.

—Más te vale no volver a hablarle así a Marián, Antoine.

Mi voz corta el ambiente como una hoja afilada. Todas las miradas se vuelven hacia mí, pero la única que me importa es la de Marián. Sus ojos, grandes y oscuros, se clavan en los míos con una mezcla de sorpresa y de gratitud.

Antoine me estudia con gesto tenso.

—Vaya, el hijo pródigo ha decidido honrarnos con su presencia. —Su voz va cargada de sarcasmo—. No sabía que, además de karateka, te habías convertido en un experto repostero.

—No me hace falta estudiar repostería para saber que te has comportado como un capullo —replico sin tapujos, movido por la furia que, por segunda vez en mi vida, no sé controlar. Silvie responde con un jadeo horrorizado, Antoine frunce el ceño y Marián se mantiene estática—. Por tu boca no ha salido nada inteligente, y me parecía necesario señalarlo.

—¿Nada inteligente? —Una risa incrédula escapa de su garganta —. Creo que soy el único que no le ha regalado los oídos porque sí. —Señala a Marián, y la forma con la que lo hace, la violencia y el desprecio en el gesto, me empuja a acercarme a ella—. Si no sabe aceptar una crítica, mejor que se retire. Esto no es para ella.

—Si estás buscando una excusa para cancelar la boda, puedo dártela, Antoine.

—¡Dom! —exclama mi hermana, espantada, pero no me detengo.

—Es evidente que no te apetece estar aquí. Pero no hace falta humillar a tus subordinados para pagar tu frustración con ellos.

La tensión entre nosotros crece como la espuma. Mi cuñado, cabreado, se pone de pie y me planta cara. Su pecho roza el mío y tengo que respirar muy hondo para ralentizar mi pulso, porque si me pega, más me vale estar verdaderamente calmado para no responder.

—No tengo que justificar nada ante nadie, y mucho menos ante ti, Dominique. Si estamos en esta situación es por tu puta culpa.

Sonrío de medio lado, cargado de socarronería para esconder lo mucho que me ha escocido el golpe.

—Hay cosas que nunca cambian —digo en tono monocorde—. Tu cerebro siempre va más lento que tu lengua.

Silvie corre a interponerse entre nosotros cuando Antoine hace el amago de encararse conmigo. No me doy cuenta de que Marián ha hecho lo mismo hasta que siento sus palmas en mis mejillas, cálidas y algo ásperas; me insta a bajar la vista hacia ella. Sus ojos lo copan todo y ni siquiera me percato de que mi hermana y Antoine se marchan discutiendo.

Respiro hondo, en un vano intento por calmar el torbellino que ha despertado en mi interior, y surte el efecto deseado solo porque la fragancia personal de Marián inunda mis sentidos.

—Hola —la saludo como un idiota.

Sus manos siguen en mis mejillas, sus ojos casi vibran de contención. Pasados unos segundos, sale del trance y rompe el contacto. El paso atrás que da para dejar de invadir mi espacio personal me sabe a fuego.

—D-Dom… —tartamudea. Sus mejillas empiezan a adquirir un subtono rosado y la tensión sobre mis hombros se aligera aún más —. Yo… Gracias. De verdad, gracias por venir. Pero no hacía falta ponerse así. —Siento un pinchazo entre las costillas—. A ver, se lo merecía. Y de no haber estado en esta situación, yo misma le habría soltado algo parecido o incluso peor.

Inspiro hondo y me froto los ojos antes de dejar caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—Lo siento —musito—. Hablaré con Silvie. No debería haber venido…

—¡No! —Da un paso hacia mí con las manos alzadas. Ambos somos conscientes de la necesidad que hay bajo su negativa, porque sus mejillas se caldean un poco más—. A ver, sé que has venido por apoyar a tu hermana, obviamente. Pero ya que estás aquí, me

gustaría aclarar que no quiero que pienses que lo que te dije era una especie de súplica o algo así… Bueno, sí lo era, pero no porque quisiera que dejaras todo lo que estabas haciendo por venir aquí.

Ambos sabemos, también, que la prueba de mi hermana me importa un bledo y que eso es justo lo que he hecho. Cuando he recibido su mensaje, no ha habido ni un atisbo de duda para organizar el vuelo y plantarme aquí. Porque en el pasado, Marián se enfrentaba ella sola a sus problemas y me dejaba fuera. O eso me demostró nuestra ruptura. Y que haya sido capaz de reconocer que me necesitaba… Me masajeo el pecho y, de nuevo, dejo caer la mano a un lado, sin saber bien qué decir ni qué pensar.

—Es más —prosigue—, no esperaba ni que llegases a planteártelo. Es solo que…, no sé, estaba muy nerviosa por la prueba y no entiendo por qué te dije eso. Me salió automático, ¿sabes? —Mi mirada se afila y respiro hondo; ella aparta la vista, azorada—. Pero no tenías que habértelo tomado en serio. Es decir, claro que me gusta que hayas venido, me encanta —añade con una risa nerviosa —, pero no que te hayas sentido obligado ni nada…

La voz le tiembla y yo no puedo dejar de mirar esos labios que se mueven a una velocidad pasmosa.

—Y encima me has… defendido. Y no estoy acostumbrada. Sé que soy capaz de defenderme sola, pero tú lo has hecho de un modo que…, no sé, da igual. El caso es que siempre he creído que no necesito a nadie para… para nada, pero aquí estás tú, con ese porte de príncipe de novela, y por un momento he pensado que por fin íbamos a estar bien. Pero no será así, claro que no, porque estoy aquí, soltándote todo esto como una desquiciada. Y seguro que piensas que siempre he buscado más de lo que me podías dar, y no

es así, porque eres mi amigo y eso es lo que más aprecio. Pero ahora tendré que enfrentarme a ello porque lo entiendo. Estoy siendo ridícula, pero no puedo parar. Porque, si lo hago, entonces tendré que enfrentarme a todo y, si te soy honesta, no sé si puedo hacerlo sin echarme a llorar. —Hace una pausa para tragarse el nudo que debe de tener en la garganta—. Y luego está lo de Silvie. Siento que te lo he complicado todo con tu hermana. Yo no quería que se enfadara contigo, y menos por mi culpa. Es decir, sé que no todo es culpa mía, que Antoine podría haberse callado un ratito y así tú no habrías saltado, pero ya me entiendes. Y yo solo trato de no perder la cabeza porque, Dominique, de verdad, esto es un desastre.

—Dom.

—¿Qué?

Alza la vista hacia mí, casi asustada.

—Que ya habías dejado atrás la fase de llamarme Dominique, como si no me conocieras.

Mi voz suena grave incluso para mí, como si saliera de un lugar profundo al que me aterra mirar. Marián entreabre los labios y su mirada se debate entre mis ojos y mi boca. Doy un paso hacia ella y me cuelo en su espacio personal. Qué bien suena el ruidito que hace al contener el aliento.

—¿Has terminado ya? ¿Lo has soltado todo? —le pregunto con dulzura. Ella asiente con la cabeza, se muerde el labio inferior y aparta la vista—. Mírame.

No obedece. Que me rehúya ahora cuando acaba de comportarse con una valentía que contrasta por completo con la imagen que tenía de ella, de esa mujer de veinte años que me conquistó con nuestros silencios, me deja con un nudo en el pecho. Me resulta

inevitable pensar en qué habría pasado si hubiéramos seguido juntos. En si Marián habría terminado desarrollando esta nueva personalidad arrolladora, decidida y valiente o si se habría mantenido recluida bajo el caparazón de la seguridad y la comodidad que yo le ofrecía. En sí, después de todo, podríamos sacar alguna lectura positiva de que nuestros caminos se bifurcaran, aunque nos destrozara por dentro.

Me niego a dejar que vuelva a esconderse. Me niego a perder la ocasión de conocer a esta nueva persona. Por eso, la sostengo de la barbilla y le inclino el rostro hacia mí. Sus ojos relucen con un brillo casi febril que hace que sus iris se transformen en chocolate fundido. Del amargo, el que a mí me gusta.

—Estoy aquí por ti —susurro a un palmo de su rostro—. No he venido por Silvie ni por Antoine. He venido porque tú me necesitabas. Nada más.

—Eres un buen amigo, Dom —murmura con una mezcla de terror y alivio.

Siento un retortijón en el estómago. Es la segunda vez en escasos minutos que se refiere a mí de ese modo y, por algún estúpido motivo, ha despertado un amargor en el fondo de mi garganta.

—Un buen amigo —mascullo—. Un buen amigo sabe ofrecer consuelo cuando se necesita, ¿verdad? —Parpadea varias veces—. ¿Verdad, Marián?

—V-verdad.

Me acerco un poco más a ella.

—Y tú lo necesitabas. ¿Cierto?

Su respiración se agita y fija la vista en mis labios.

—Cierto —suspira.

—¿Y te has quedado satisfecha con mis servicios como «amigo»?

La palabra pasa a saberme agria, ya no solo amarga, pero trago saliva y estudio sus labios gruesos y faltos de cariño por mordisqueárselos tanto.

—S-sí.

Le dedico una sonrisa ladeada y, muy despacio, aniquilo la distancia entre nuestros rostros para darle un beso en la mejilla. Mi mano se mueve por su piel hasta encajar en su mandíbula, en el punto justo en el que percibo la yugular palpitar desbocada.

—¿Segura? —pregunto junto a su oído.

La escucho contener el aliento una vez y solo ese sonidito manda una palpitación directa a mi polla. Encuentro un placer especial en verla así, tan aterrada y casi jadeando, con la mano apoyada en mi corazón, que se mantiene sereno por los años de meditación. Que son los que impiden que me deje llevar por la irreflexión y que me justifique con ella. Sé bien qué estoy haciendo.

—Puedo refrescarte la memoria para que me digas si estás satisfecha con mis servicios o no —susurro sobre su cuello.

Paso la nariz sobre la piel tersa bajo su oreja y ella se revuelve entre mis brazos de tal modo que su pecho acaba aprisionado contra el mío. Se tambalea un poco hacia atrás y la sostengo de la cintura con la mano que no le está tomando el pulso, uno que está cerca de rozar la taquicardia. No tiene lugar al que ir, con las lumbares presionadas contra la mesa que tintinea al apoyarse en ella.

—¿Quieres que te refresque la memoria, Marián?

Alineo mi rostro con el suyo y nos miramos a los ojos lo que me parece una eternidad.

—Es lo que haría un buen amigo, ¿no? —balbucea.

En mis labios se perfila una media sonrisa satisfecha antes de murmurar un «Exacto» y lanzarme a besarla, porque todo el mundo sabe que el amargor solo se puede contrarrestar con un buen dulce.

26

Marián



Me quedo rígida bajo las manos de Dom, incapaz de creer que me esté besando. Ni siquiera sé cómo ha llegado a pasar, solo que con cada nuevo «amigo» que salía de mis labios la mirada de Dom se oscurecía y se afilaba de ese modo tan suyo y que me ha recordado a cuando estaba a punto de iniciar un combate sobre el tatami.

Cuando su mano viaja de mi cintura hasta mi nuca, lo que me deja atrapada en el contacto tentativo de nuestros labios, me dejo arrastrar. Él ríe contra mi boca, complacido, y yo me bebo el sonido gustosa, paladeando las estrellas, el mar y todas las cosas nuevas que ahora sé sobre él. Como que es exigente.

Reclama mis labios y profundiza el beso con un hambre nueva. Me agarro a su jersey, las manos en puños, cuando su lengua pide permiso para entrar en mi boca. La eternidad se estira y comba a nuestro alrededor, pierde su consistencia por el placer que su lengua despierta en cada una de mis terminaciones nerviosas.

Libera mis labios para besarme el mentón, bajo la oreja y en el cuello, justo donde me late el pulso, mientras la mano de mi nuca

desciende por mi columna despertando una miríada de escalofríos a su paso.

—¿Te estoy consolando, Marián? —murmura, su voz tan grave que casi suena animal.

—S-sí… —jadeo.

Ríe contra mi cuello y lo lame hasta llegar a mi lóbulo y regalarme un mordisco que me arranca un gemido. Tengo que frotarme las piernas y, no sé cómo, él lo percibe, porque me las separa con la rodilla y la cuela entre mis muslos. Ahogo una exclamación cuando presiona con ella y me regala una fricción maravillosa.

—Solo somos amigos, ¿verdad? —me pregunta, su nariz ahora alineada con la mía.

—Verdad.

«Mentira, mentira, mentira», grita mi subconsciente traicionero. Y eso mismo es una mentira de por sí. Aprieta un poco más la rodilla entre mis muslos y yo me retuerzo sobre ella, lo que le arranca otra risa satisfecha. Vuelve a reclamar mis labios como si le pertenecieran y mis manos, cansadas de mantenerse estáticas, se aplanan sobre su pecho, lo acarician y trepan a sus hombros. Enredo los dedos en los mechones rebeldes de su nuca y tiro un poco, hasta el punto de que gime contra mi boca y paso mi lengua sobre la suya.

El beso se vuelve voraz en cuestión de un parpadeo y, antes de darme cuenta siquiera, me descubro cabalgando sobre su rodilla, ambos con toda la ropa puesta.

—M-más —gimoteo con las mejillas ardiendo.

—¿Quieres que sea más complaciente? —murmura contra mis labios y, por cómo lo dice, sé que está sonriendo—. ¿Quieres que sea un mejor amigo?

Tomo el control del beso y le muerdo el labio inferior; tiro un poco de él y Dom masculla un «joder» arrastrado que lo hace pegarse más a mí y dejarse llevar por la lujuria. Con un movimiento ágil, planta las manos en la parte trasera de mis muslos, me alza y me coloca sobre la mesa sin recato alguno. La porcelana tintinea por la brusquedad, cae algún plato y se rompe.

—Shhh —chisto contra sus labios, como si pudiéramos deshacer el estruendo.

Cuela una mano entre nuestros cuerpos y yo, aún abotargada por el subidón de adrenalina por que haya sido capaz de levantarme del suelo sin esfuerzo, me dejo hacer cuando juega con los botones de mi pantalón y los desabrocha uno a uno. Tortuoso.

—Tienes que quedarte muy callada —murmura contra mi cuello justo antes de regalarme un mordisco que me arranca un gemido. Al instante, me presiona la boca con la mano y yo me retuerzo aún más sobre la mesa—. No querrás que nos pillen, ¿no?

Sus ojos se encuentran con los míos una centésima de segundo y siento que saltan chispas entre nosotros. El pulso se me desboca más si cabe cuando mete la mano dentro de mi pantalón y bajo mi ropa interior. Sus dedos se muestran inclementes sobre mi clítoris, lo bastante empapado como para introducir dos en mi interior. Gimo contra su boca y me agarro a su bíceps, sólido como una piedra. El calor me sube del pecho al cuello, la cabeza me palpita por el placer que esos dedos habilidosos despiertan en mi interior.

En Halloween no hubo nada de esto, no hubo nada de juegos dilatados en los que me acercaba al precipicio para luego negarme el orgasmo. Como si disfrutara al hacerme perseguirlo una y otra vez.

Me agarro a él con más fuerza hasta clavarle las uñas, y él vuelve a reír entre dientes. Entre mis labios. Dios, qué bien sabe.

Mis ojos se pierden en el techo y me doy cuenta de que las estrellitas luminiscentes siguen ahí pintadas, apagadas entre tanta claridad, pero testigos de lo que hacemos. La incomprensión de lo que está pasando, de los paralelismos que soy capaz de encontrar entre nuestro pasado y nuestro presente, entra en conflicto con el placer arrasador que sus dedos me regalan, maestros de mi anatomía a pesar del tiempo. Despacio, me empuja sobre la mesa hasta tenerme tumbada por completo. Engancha los dedos en la cinturilla de mi pantalón y me mira.

Un velo de lujuria cubre sus iris castaños, uno que hace que me retuerza y termine de tirar toda la porcelana al suelo. Se inclina sobre mí, ambos sobre la mesa, y me chista sobre los labios antes de besarme y pelearse con mi pantalón para arrebatármelo.

—Dom… —gimoteo.

Le pido algo, aunque no sé el qué. Que me permita correrme, para empezar. Que alargue mi agonía todo lo posible y me deje disfrutar de este sueño un poco más. Le clavo las uñas en la nuca, él me muerde el labio y se deshace de mis bragas. Se coloca entre mis piernas, aún con el pantalón puesto, y cuando enredo los dedos en su cinturón, me sostiene por las muñecas y las coloca por encima de mi cabeza.

Hay un brillo retador en su mirada cuando se separa de mí y estudia mis facciones.

—Estoy esforzándome en ser un buen amigo, Marián —dice contra mis labios, y los besa cada pocas palabras—. Y si me tocas, mis atenciones dejarán de ser eficientes.

—Pero…

Me silencia con un nuevo beso e introduce un dedo más en mi interior con tanta pericia, con la curvatura justa para llegar bien dentro, que se me arquea la espalda. Me libera las muñecas y me apresa un pecho, con la fuerza adecuada para hacerme estremecer. Traza círculos sobre mi clítoris con el pulgar antes de que la mano contraria trepe hasta mi cuello y me clave los dedos bajo la mandíbula. Con firmeza, me gira el rostro hacia un lado.

—Mírate… —murmura contra la piel caliente bajo mi oído—. Tan sonrosada, tan perfecta…

Abro los ojos y entonces me doy cuenta: estamos en el salón de los espejos. Mi mirada se encuentra con la suya en un sinfín de superficies pulidas y reflectantes, lo que me ofrece una panorámica ideal de lo que estamos haciendo, en todos los ángulos posibles e imaginables. Ambos rezumamos deseo y anhelo, nuestra necesidad se entremezcla con los haces de luz que, de repente, parecen haberse convertido en focos delatores. Es una escena tan pecaminosa, tan sensual, tan cargada de erotismo e indecencia por lo prohibido que el orgasmo me arrasa con una oleada incontenible. Dom se agarra a mi nuca con la mano libre y se traga mis gemidos para acallarme, sin dejar de trazar círculos sobre mi clítoris, sin dejar de mover los dedos para alargar mi placer hasta que pierdo la consciencia del tiempo y consigo calmar mi respiración.

Despacio, saca los dedos de mi interior y se los lleva a los labios para limpiarlos sin dejar de mirarme y con una sensualidad que me lleva a pensar en la posibilidad de un multiorgasmo instantáneo. Sigo recobrando el aliento mientras él me sube las bragas, luego los pantalones, y me da la mano para ayudarme a bajar de la mesa.

En silencio, recogemos los pedazos de porcelana rota, los dejamos sobre la mesa y se acerca a una ventana para abrirla. Cuando se voltea de nuevo hacia mí, mientras se alisa el jersey y se peina un poco, sus ojos reparan en las mismas estrellas que yo he visto hace un rato y se queda congelado unos segundos.

—Dom… —tanteo mientras intento adecentarme el moño. Su atención cae sobre mí con consistencia propia—. ¿Qué…? ¿Qué acaba de pasar?

Me dedica una sonrisa ladeada y se aproxima a mí. Me pasa la mano por el rostro y me recoloca un mechón tras la oreja antes de instarme a dejar de mordisquearme el labio inferior con un tirón suave de su pulgar.

—Si tengo que explicártelo, es que no me he esforzado lo suficiente —murmura a un palmo de mi rostro.

Enrojezco y sus labios se estiran más aún, cargados de una pillería seductora que me desquicia y arrasa conmigo al mismo tiempo.

—Hablo en serio. —La diversión desaparece de su rostro, reemplazada por la comprensión—. No quiero cometer los mismos errores del pasado. No quiero condenar… esto —nos señaló—, sea lo que sea, por no hablar cuando deberíamos hacerlo.

Dom suspira y se separa un poco de mí, lo justo para no invadir mi espacio personal. Aunque lo agradezco, dada la seriedad de la conversación, también me quema.

—Para ti… ¿significa algo? —pregunta con cierta rigidez.

Me mordisqueo el labio inferior una vez más, y cuando sus ojos recaen sobre mi boca, dejo de hacerlo.

—N-no lo sé… Me ha gustado, no me malinterpretes. —Las orejas me arden y me veo incapaz de sostenerle la mirada—. Pero no era lo

que buscaba cuando propuse retomar el contacto. Yo…

—Lo entiendo —me interrumpe cuando estaba a punto de confesarle que, de repente, estoy aterrada.

Porque no comprendo qué entiende, ni siquiera qué narices entiendo yo. Qué significa esto que ha pasado para mí. Porque me ha hecho sentir tan bien, tan plena, tan deseada por que no haya sido capaz de resistirse a un impulso que no sé de dónde ha nacido… Pero también me he sentido como antaño, con mi corazón servido en bandeja y que él lo atesora y le da cariño.

—Por mi parte, seguimos siendo amigos, Marián. —Se me cierra un nudo en la garganta—. Es lo que quieres, ¿no?

¿Por qué me da la sensación de distinguir un matiz agrio? ¿Como si no terminara de agradarle la palabra? ¿Por qué ahora es él quien rehúye mi mirada?

—Sí, claro que es lo que quiero.

«Pero ¿solo eso?», esa es la pregunta clave y que parece flotar entre nosotros. Me digo que en esta ocasión no es que no estemos hablando, sino que ni siquiera nosotros sabemos qué hay que hablar ni cómo hacerlo. O al menos yo no lo sé.

—Pues entonces sigamos así.

—Como amigos —digo, para asegurarme.

—Como amigos.

El silencio que prosigue a este acuerdo extraño tiene cierto regusto amargo. Con las manos en los bolsillos, se acerca de nuevo a mí y me clava una mirada intensa a más no poder, de esas que hacen temblar rodillas y que a mí hace que se me estremezca el corazón.

—No compliquemos las cosas.

Se inclina sobre mí, contengo el aliento y me regala un beso largo en la mejilla antes de marcharse y dejarme sola con todo el caos de mi cabeza.

27

Marián



Lunes, 2 de diciembre de 2024

He pasado uno de los fines de semana más raros de la historia, y no porque haya hecho algo especial o trascendental, al contrario. Precisamente por no haber hecho nada y, al mismo tiempo, tener la impresión de que no he tenido ni un descanso. Y el culpable es Dom.

Después de… reafirmar que somos grandes amigos en la sala de los espejos, volvió a París sin darme tiempo ni a despedirme. Literal que me enteré de que se había ido cuando me avisó de que había llegado a casa y que el vuelo había ido bien. No supe cómo sentirme al respecto, la verdad, porque después de lo que habíamos compartido fue… ¿frío, quizá? Y luego me di cuenta de que solo podía ser frío si le otorgaba más importancia de la que habíamos acordado darle: ninguna. Dominique y yo somos amigos, nada más. Y como amigos que han cometido un error, lo mejor es hablarlo y seguir como si nada. Y eso hemos hecho.

Cada vez que pienso en que cruzó medio país por verme, para darme ánimos en la prueba solo porque le dije que lo necesitaba, el estómago se me aligera con el aleteo de un millar de mariposas. Es un acto muy bonito, uno que denota que vamos por el buen camino para forjar una amistad sólida, por supuesto. Así que después de no hablar del tema y al mismo tiempo tras haberlo hablado como los adultos maduros que somos, hemos seguido con nuestra rutina habitual de hablar de tonterías, mandarnos memes, fotos y stickers. ¿Tiene sentido? El resumen es que entre nosotros no ha pasado nada destacable. Y por eso no se lo he contado a Irene, porque no tiene ninguna importancia.

A la que tampoco se lo he contado, por supuesto, ha sido a Silvie. Y mira que tuve la ocasión, ya que el viernes por la noche se pasó por la casita de invitados para pedirme disculpas por el comportamiento de Antoine.

—Quería venir él —me dijo, ambas sentadas en la isla de la cocina mientras disfrutábamos de un picoteo—, pero como está tan hasta arriba de curro y tan irascible, no me fiaba de que no volviera a liarla.

—No te preocupes, ya le tiraré de la oreja cuando pase la boda.

Compartimos una sonrisa cómplice y quise preguntarle por su hermano, por si se había disculpado con ella y a qué se había referido Antoine con que él tenía parte de culpa, pero me interrumpió.

—Oye, ¿tienes ya vestido para la boda?

—¿A qué te refieres?

—A qué te vas a poner en mi boda, tonta.

Fruncí el ceño y le di un trago a mi refresco.

—Pues un atuendo negro profesional, para no destacar, como siempre.

—¿Qué? Ni hablar. —Su melenita rubia se sacudió con la negativa —. Estás invitada. Si hasta te tengo ubicada en el *seating plan*.

—Silvie, yo… Voy a estar trabajando.

—Y para cuando llegue el momento, ya tendrá que estar todo más que apañado. Así que, como amiga mía y de la familia que eres, vas a asistir como invitada.

No encontré un argumento sólido para rebatir, así que terminé por claudicar y ahora, además de todo lo que tenía ya encima, estoy a tres semanas de una de las bodas más exclusivas de la sociedad francesa y sin vestido. Lo único bueno de estos días es saber, de boca de mi madre, que mi padre sigue fresco como una lechuga.

—Subí a su casa —me estuvo contando anoche—. Y me invitó a un café.

—¿A un café?

—Como lo oyes.

—Ni siquiera sabía que supiera dónde lo guardo —murmuré para mí misma.

—Ya. Yo me quedé tan a cuadros como tú. Estuvimos charlando durante un rato y me dio una conversación muy agradable. Me recordó al Rafael del que me enamoré —añadió con un deje de nostalgia—. Y la casa parecía en orden. Olía a limpio.

Me mordisqueé el labio, nerviosa.

—No está bien, mamá.

Mi padre…, mal que me pese, suele ser más tiempo un despojo que persona. No sabe apañárselas solo más allá de para abrir latas

de cerveza o prepararse fideos instantáneos. Y que de repente se valga por sí mismo…

—Tranquila, ya lo había pensado. Lo estoy vigilando.

—¿Cómo? ¿Y tu trabajo?

—Cariño, soy tu madre. Lo tengo todo controlado.

Quise creerla, y aun así…

—No es tu responsabilidad —añadió; me había leído el pensamiento—. Ya le has regalado demasiados años de tu vida, y yo… No debí haberte dejado sola con esa carga. No debería haber huido. Lo que había entre tu padre y yo murió ahogado por el alcohol, y no volverá. Pero yo era su familia, y lo abandoné.

—Te viste sobrepasada por la situación.

Mis palabras fueron tanto para ella como para mí.

—Cierto, pero ya ha pasado el tiempo suficiente como para estar en paz con todo lo sucedido e intentar enmendar algunos errores. Tu padre y yo éramos los verdaderos adultos, tú seguías siendo muy joven. Yo debí asumir las responsabilidades que tomaste tú. Y ahora que estás persiguiendo tu sueño, no volveré a convertirme en una piedra en el camino.

Con la tontería, las dos acabamos llorando a moco tendido, y anoche no tuve la excusa de las hormonas revolucionadas por la regla a la que aferrarme. Así que me he quitado la preocupación de mi padre —de momento— y le sumo las rarezas de Irene, el percal con Dom y encontrar un vestido acorde para la boda de mi amiga. Al menos, el tema de la colaboración con Le Cygne Rouge lo vamos a dejar ya cerrado para debutar el próximo fin de semana.

Al llegar a la crepería, encuentro a Jade tras el mostrador, peleándose con una botella de sirope que, entre sus manos, parece

tener vida propia. En cuanto me ve, levanta una mano con entusiasmo.

—¡Marian! ¿Cómo tú por aquí tan pronto?

—¿Tan pronto? —Consulto la hora en el reloj de pared—. Si llego dos minutos tarde.

Horrorizada, retuerce el cuello para comprobarlo y suspira.

—Como mi madre descansa los lunes, no me he dado cuenta de la hora que era, perdona.

—No te preocupes.

—Tiene que estar al caer, por cierto.

Justo en ese momento, la campanita de la puerta anuncia una llegada y Odette nos dedica una sonrisa. Es una mujer menuda, como su hija, con el cabello corto y canoso apartado de la cara para que luego le resulte más fácil ponerse la redecilla.

—Pero si ya están aquí mis dos chicas favoritas. ¿Listas para trabajar?

—Más que lista —respondo.

Agradezco el rato que pasamos perfilando los últimos detalles de la colaboración mientras que Jade se encarga de la sala e intercalamos los planes con servir las comandas que entran, por mucho que sea su día libre. Tener la mente ocupada en los movimientos mecánicos de cocinar, al calor de los hornos y con el silbido de la cafetera de fondo resulta un alivio. Porque con todo ese caos ordenado, me resulta imposible pensar en nada más.

En un momento de pausa, Jade entra en la cocina para enseñarme los cucuruchos de papel con los que serviremos el postre.

—¡Jade! ¡Han quedado preciosos! —me maravillo.

Sus mejillas enrojecen mientras me entrega el papel para que yo misma lo enrolle hasta formar el cucurucho. Es rojo, con un reborde pespunteado que simula que está bordado con delicadeza. Al doblarlo, al frente queda el nombre del establecimiento y el logo de mi canal junto a nuestras redes sociales.

—Tampoco es para tanto. No tardé ni quince minutos en hacerlo.

Lo desdoblo y vuelvo a dejarlo sobre la encimera.

—Si tú supieras la cantidad de tiempo que invierto yo para hacer la tontería de diseño más pequeña…

—Jade puede ayudarte —ofrece Odette mientras se lava las manos —. Está estudiando diseño gráfico.

—¿Ah, sí?

La aludida asiente, algo azorada.

—En la universidad a distancia, pero sí.

—Pues ahora que lo sé, pienso darte la lata con cada miniatura para el canal que tenga que sacar.

El móvil me vibra en el bolsillo trasero del vaquero y, por un momento, me pregunto si será Dom, a quien le gusta llamarme sin avisar porque en vez de milenial parece un señor mayor que no sabe que primero hay que preguntar por mensaje.

Para mi sorpresa, es un número desconocido.

—*Allô?* —saludo en francés, porque he reconocido el prefijo.

—¿Marian? Soy Emma, de la fiesta de Bastian —dice una voz tan sensual como femenina al otro lado de la línea.

La incomprensión debe de reflejarse en mi rostro, porque Odette me pregunta si estoy bien, ante lo que asiento, escueta.

—Ah, hola, Emma, qué sorpresa.

—Espero no interrumpirte. Quería hablar contigo sobre un evento que estoy organizando en París. Sería en mi galería de arte. Vamos a hacer una exposición para celebrar la Navidad y me gustaría que te encargaras del catering. —Habla tan rápido que no me da tiempo a intervenir en ningún momento—. Quiero que sea dulce, con temática navideña. Y como tus cookies causaron sensación, había pensado en encargártelo a ti.

Mis ojos se abren con emoción.

—¡Claro! ¿Tienes alguna idea en concreto en mente? ¿O prefieres que te aporte algunas sugerencias?

Emma me explica que quiere algo sofisticado pero no pretencioso, algo delicioso y hogareño que se sienta como pegarle un mordisco a la mismísima Navidad. Para no molestar, salgo de la cocina y me quedo en un rincón apartado. Después de negociar los términos, consigo que ella cubra los gastos del material, además del desplazamiento y el alojamiento. Y con eso y una facturación más que justa, cuelgo.

Me quedo mirando el móvil unos segundos, emocionada y nerviosa.

París. Es una oportunidad única y quiero hacerlo perfecto. La exposición se celebra el sábado de la semana que viene. Una semana antes de la boda de Silvie y otra después de la colaboración con Le Cygne Rouge. La ansiedad por el trabajo acumulado y por todo lo que se me viene encima me sube por el cuello tan rápido que apenas tengo tiempo de gestionarla. Y el único modo que se me ocurre para controlarla es hacer una llamada. Sin avisar primero.

28

Dom



Llevo tres días sin ver a Marián. Tres. Y me han parecido tres eternidades.

No sé cómo lo hice cuando nuestra relación era a distancia, con miles de kilómetros entre nosotros en lugar de los casi seiscientos que tenemos ahora, y eso que ahora solo somos… «amigos».

No entiendo lo que me nace en el pecho cada vez que pienso en ella y en esa palabra, porque no se parece a cuando me enamoré de ella hace tantos años. Entonces me brindaba paz, seguridad, una sensación de confort y de pertenencia, de regresar a casa cuando la volvía a ver después de un año separados. Ahora es distinto, porque solo somos amigos, como entonces y, al mismo tiempo, no. Porque cuando era un chaval de veinte años conseguía distraerme con mi rutina, a falta de la hiperconexión de la que disponemos ahora. Era capaz de hacer mi vida con un mínimo de orden. Y ahora… Ahora cualquier cosa me recuerda a ella. A cada rato estoy deseando hablar con ella, aunque sea para contarle la chorrada más absurda.

A estas alturas, ni siquiera iniciamos y cerramos conversaciones, sino que mantenemos una sola que parece eterna.

Este fin de semana hemos actuado como si entre nosotros no hubiera pasado nada. Por segunda vez. Aunque ha sido más tácito que con Halloween. Y por algún extraño motivo, me da la impresión de que… de que está mal, joder. Pero no debería. Y al mismo tiempo, está fatal que un amigo haga correrse a otro encima de una mesa bien servida. El que no quedó tan bien servido fui yo, porque de haberle permitido que me llevara al orgasmo… Tampoco sé qué habría pasado de seguir ese cauce, pero intuyo que nada bueno.

El timbre me saca de mi ensimismamiento, justo cuando estoy terminando de preparar la comida. Al abrir, Bastian me saluda con un abrazo.

—¿Qué tal tu fin de semana? —pregunta mientras se quita el abrigo empapado y lo deja en el perchero junto a la puerta.

—Tranquilo. —Me encojo de hombros para engañarme a mí mismo tanto como a él—. ¿Quieres tomar algo antes de comer?

—Un vino estaría bien.

Bastian me sigue a la cocina y se sienta a la barra, con los codos apoyados sobre la superficie de mármol. Saco una botella de tinto del mueble junto a la nevera y sirvo dos copas.

—¿Y a ti? ¿Cómo te ha ido?

—Bien. —Bastian da un sorbo y suelta un sonidito de aprobación —. La fiesta fue todo un desfase. Te echamos de menos. Fue una de las mejores noches del local en mucho tiempo, le saqué bastante beneficio.

—No estaba de humor para salir. —Pruebo el vino y observo a mi amigo de reojo. Por primera vez en varias semanas, se lo ve

satisfecho por haber logrado ganar algo de dinero para sus negocios —. Tal vez a la próxima.

Bastian asiente, aunque su mirada se desvía hacia la ventana. Parece distraído.

—¿Qué tal el trabajo? —indago—. ¿Algún nuevo activo que haya captado tu atención?

Aprieta los labios y sacude la cabeza, la vista aún fija en el amplio ventanal que se entrevé desde la cocina.

—Nada nuevo.

—¿Aún no has encontrado ninguna inversión para suplir la pérdida del hotel?

—No es tan fácil como parece, Dom.

Su tono me resulta más cortante de lo habitual. La pérdida en la puja por la compra de un exclusivo hotel de lujo fue un duro golpe para él y para la empresa de su padre, pero algo en su actitud me dice que no es solo eso. Antes de que me deje insistir, porque sé que le iría bien desahogarse, cambia de tema.

—Deberías haber venido a la fiesta, de verdad. Hubo un ambiente increíble. —Se inclina hacia mí con una sonrisa que no alcanza sus ojos—. Echar un buen polvo te habría servido para sobrellevar el estrés. Y hubo muuucho entre lo que elegir.

Acompaña su comentario con una risa pagada de sí mismo ante la que me veo obligado a corresponder.

—No necesito elegir —respondo antes de dar un trago.

—¿Ah, no? No me digas que el medallista olímpico ha encontrado a su nueva conquista.

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco. Sé por dónde va a tirar, y me apetece entre cero y nada que la conversación

desemboque en Marián.

—¿Cuál fue la tuya? —pregunto en su lugar.

—¿Qué te hace pensar que conquisté a alguien?

—Que estás de demasiado buen humor.

Su carcajada se lleva consigo parte de la tensión que me ha parecido leer en su cuerpo. Quizá sea todo imaginación mía.

—Ahí le has dado. Me enrollé con Emma.

Enarco una ceja.

—¿Emma… Emma?

—Esa misma.

Se encoge de hombros, pero el brillo en su mirada lo traiciona; hay algo más que un simple revolcón. Me recuesto contra el borde de la encimera, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Otra vez? ¿Qué ha pasado con eso de «nunca mezclo el trabajo con el placer»?

No es la primera vez que Emma y Bastian acababan enredados. Desde que mi mejor amigo descubrió su talento artístico hace tres años, su historia ha estado protagonizada por idas y venidas. Son uña y carne, dos tiburones que luchan por sacar el mejor provecho a sus negocios a cualquier coste. Pero también son igual de orgullosos como para lanzarse a una relación estable con alguien como… ellos, que son famosos por ir picando de flor en flor.

—Supongo que hice una excepción. —Su tono suena ligero, pero evita mirarme—. Solo fue una noche. No volverá a pasar.

—Ya…

Ambos sabemos que lo dice por autoconvencimiento, porque nunca es cosa de una noche. Conozco a Bastian demasiado bien como para reconocer su interés en una buena inversión y, para él,

Emma lo es en todos los sentidos. Le aporta una complicidad y una felicidad de las que no se permite disfrutar por temor a perderla. El mundo de los negocios funciona así, es como caminar sobre una cuerda muy floja que puede soltarse en cualquier momento. Teniendo en cuenta que hace unos meses perdió el activo más importante del año, tampoco me extraña que se mantenga receloso con respecto a Emma.

—¿Y cómo está? —me intereso.

—Bien, supongo. No tuvimos mucho tiempo para hablar, precisamente. —Me guiña un ojo y se levanta para servirnos más vino—. ¿Y tú? He oído que hay nuevos patrocinadores tanteándote.

Pongo los ojos en blanco y apoyo los talones de las manos sobre la encimera tras de mí.

—¿Cómo te has enterado?

—Por la prensa, ¿cómo si no?

—Ya, claro…

Bufo y rodeo la isla para sentarme en la banqueta que hay a su lado.

—Tú eres el único que vive desconectado del mundo. El resto de la gente se mantiene medianamente al día.

—¿Y te extraña?

—En parte, sí. De estar en tu situación, yo querría saber todo lo que se hablase sobre mí.

Aprieto los labios y mareo el vino de mi copa. Al principio fue así. Después del escándalo, me metí de lleno en un pozo de sobreinformación demasiado tóxico y del que me costó salir. Y tras varias semanas de terapia, por fin he llegado al punto de estar en paz con mi percepción de mí mismo y he logrado ignorar lo que el

mundo piense de mí. La cagué, sí, y me arrepiento muchísimo, pero ya he hecho todo lo que está en mi mano para solucionarlo. Lo que la prensa rosa diga de mí escapa a mi control, y por mucho que me pase el día pegado a los programas de cotilleos, así no voy a solucionarlo. Hoy por hoy, lo único que me importa es lo que pueda pensar mi familia.

«Y Marián —me dice mi subconsciente—. Y ella no lo sabe». Se me cierra un nudo en el estómago y me obligo a centrarme en la conversación cuando Bastian me pregunta:

—¿Con quién has firmado?

—¿Eso no lo dicen los periódicos? —replico con cierta acritud.

—Salvo que haya alguna filtración, ya sabes que es complicado que esas cosas se sepan antes de tiempo.

Suspiro y dejo la copa sobre la isla.

—Se llama FrostMotion. Es una marca nueva de deportes de invierno. Quieren expandirse en Europa central, y creen que mi perfil puede ayudarlos a entrar en el mercado francés. Cerramos el acuerdo el viernes por la tarde.

Y llegué por los pelos, por culpa de cierta señorita española que me necesitaba en Locronan y que me sedujo con su valentía y sus ojos de cervatilla.

Bastian asiente, en apariencia interesado, aunque su atención sigue fija en el contenido de su copa.

—Todo el mundo sabe lo mucho que te gusta la nieve y los deportes de invierno.

—Ya, todo el mundo parece saberlo todo sobre mí.

—Ahí está la clave, en el «parece». —Me palmea el hombro con complicidad, pero el gesto no me reconforta—. Todos estamos en el

foco de la prensa, la diferencia está en cómo te lo tomes.

—Es muy fácil decirlo cuando tu imagen de tío fiestero y alocado cuadra exactamente con quien eres en realidad. Pero la que se ha construido a mi alrededor estos últimos meses no tiene nada que ver con quien soy.

Tengo que obligarme a relajar los puños, que he cerrado con fuerza. El silencio que se instala entre ambos es tenso, pero Bastian, como siempre, sabe llevar la conversación.

—Lo de FrostMotion seguro que se convierte en una buena oportunidad para limpiar tu imagen.

Frunzo el ceño, pero no digo nada. Sé que tiene razón, aunque me incomode la idea de usar mi imagen como herramienta de marketing. Después de eso, la conversación se vuelve más ligera y comemos mientras charlamos de todo y de nada al mismo tiempo.

Al terminar, disfrutamos de un buen café en mi sala de estar. Bastian ha recuperado parte de su ánimo habitual, aunque sigue sin dar demasiados detalles de lo que le pasa por la mente. Una vez más, le voy a preguntar si va todo bien, cuando mi móvil vibra sobre la mesa. Echo un vistazo a la pantalla y el corazón se me detiene.

—¿Marian? —Bastian alza las cejas—. No me digas que sigues rondándola. No te conviene tropezar dos veces con la misma piedra.

Ignoro su comentario, aunque la sangre me arde bajo la piel.

—Solo somos amigos.

Él ríe por lo bajo.

—Claro, claro. Solo amigos. Como yo con Emma.

Pongo los ojos en blanco y, por fin, me atrevo a aceptar la llamada. Me pongo en pie, con los músculos rígidos, y me aparto de

Bastian para ganar algo de privacidad. Junto a la ventana, clavo los ojos en la danza descendente de las gotas de lluvia sobre el cristal.

—Marián, ¿va todo bien? —le pregunto en español lo más relajado posible.

—¡Sí, sí! —Su voz me llega atropellada desde el otro lado de la línea, tanto que me cuesta un poco entenderla—. Todo bien. Perdona por llamarte, espero no haberte interrumpido…

—No pasa nada. —Me froto la nuca. Su tono nervioso hace que mis pensamientos giren en espiral—. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien… Te llamaba porque me acaban de dar una noticia. Y eres el primero con quien quería compartirla. —El corazón me palpita tan fuerte que temo que se me parta en dos. Que piense en mí por encima de Irene… Uf—. Este fin de semana no, el siguiente estaré en París. Emma, una chica que conocí en la fiesta de Bastian, me ha contratado para trabajar en su galería de arte.

—¡Qué buena noticia! —Sonrío como un bobo y me veo reflejado en el cristal de la ventana, pero ni siquiera eso me quita la felicidad del cuerpo—. Cuánto me alegro por ti, de verdad. Es una gran oportunidad.

—L-lo sé. —Con ese tartamudeo, puedo imaginármela con las mejillas encendidas, como a mí me gusta—. Había pensado que, tal vez, aprovechando que estaré allí, podríamos vernos un rato.

—Claro —respondo al instante.

—Cuando me pasen los datos del hotel, te aviso para que me digas si es buena zona o no.

—¿Un hotel? No.

—¿Qué? —pregunta con una risa, y a mí se me cierra un nudo en la garganta.

Trago saliva para intentar soltarlo y así darme un segundo para respirar, porque de repente me sudan las palmas.

—Que no necesitas ningún hotel.

—¿Y dónde quieres que duerma? ¿Debajo del Pont Neuf?

—No, en mi casa.

Se hace un silencio entre ambos, uno en el que mi nerviosismo crece como la espuma de mar. ¿Me habré pasado?

—Tengo sitio de sobra —me apresuro a explicar—, y no serías la primera amiga que se queda. —Me maldigo mentalmente y casi me muerdo la lengua—. No en ese plan. O sí. Joder, tú me entiendes. —La risa que me llega desde el otro lado me calma un poco, porque no suena nerviosa, sino divertida de verdad—. Además, tengo que presentarte a Quasi, ¿recuerdas?

—Vale, pero solo accedo por Quasi, ¿eh? —comenta con una risilla.

—Jamás me atrevería a ponerlo en duda —le sigo el juego.

—Muy bien. En cuanto tenga los datos del viaje, te aviso. Aunque creo que llego el viernes de la semana que viene.

—El viernes de la semana que viene —repito, nervioso de repente.

Qué largo se me va a hacer.

—¡Por cierto! Esta pregunta quizá te suene muy rara, pero ¿sabes si en alguno de los pueblos de alrededor de Locronan hay alguna boutique?

—¿Alguna boutique? Mmm… No que yo sepa. ¿Por?

—Porque tu hermana me ha invitado a la boda y no tengo nada que ponerme.

Río por la nariz y niego con la cabeza.

—¿De verdad te ha pillado por sorpresa?

—Pueees… sí. —Por cómo lo dice, la imagino roja hasta las orejas —. Yo he venido para hacer mi trabajo. Tu hermana y yo llevábamos muchos años sin hablar.

Chasqueo la lengua y suspiro.

—Pues siento decirte que no tengo ni idea. Pregúntale a ella o a mi padre.

—Vale, lo haré. —Nos quedamos callados unos segundos, reticentes a despedirnos—. Bueno, no te molesto más. Solo quería que supieras lo de Emma. Que tengas un buen día.

—Tú también, Marián.

—Ah, y ¿Dom? —añade—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por dejar que volviese a tu vida a pesar de todo.

El corazón se me aprieta en un puño y mis labios se curvan con dulzura.

—Siempre —murmuro cuando ya hemos colgado.

29

Marián



Viernes, 6 de diciembre de 2024

Ha llegado el gran fin de semana, el de la colaboración entre Le Cygne Rouge y Marián Díaz. Y estoy hecha un flan. Hemos pasado estos últimos días trabajando sin descanso para ultimar detalles y darle bombo entre la gente del pueblo, quienes, gracias a Jade, me conocen como la de las recetas imaginativas de internet y están deseosos por saber qué hemos preparado. Pero aún quedan unos minutos para la gran revelación.

—¿Nerviosa? —me pregunta Silvie, a solas en la cocina.

Como se ha ofrecido a ayudarnos a servir pedidos, es la única que ha visto nuestra nueva creación, que ha adorado.

—Más por saber si vendrá gente que por si gustará.

—Así me gusta —dice dándome un codazo juguetón—, que seas un dechado de confianza.

Río entre dientes y me dejo mecer por la complicidad que hemos recuperado. Esta semana le he dado mucha publicidad al evento

misterioso y creo haber hecho un buen trabajo, pero con esto de las redes sociales nunca se sabe.

—¡Chicas, es la hora! —grita Jade desde la sala—. Y no os lo vais a creer, pero tenemos cola y todo.

Silvie y yo intercambiamos un vistazo emocionado e incrédulo y corremos al salón, donde nos pegamos al ventanal, atónitas. Decir que hay cola es un eufemismo. Los ojos se me llenan de lágrimas, unas que casi se me desbordan cuando Jade, detrás de nosotras, nos echa un brazo por el hombro a cada una. No tiene confianza con Silvie, pero estamos tan contentas que a ninguna le importa.

—Lo vamos a petar —asegura con convicción.

—Ahora temo que no tengamos producto suficiente —murmuro con la cara pegada al cristal mientras saludo a la gente que nos ha visto.

La mayoría son chicas de distintas edades y algunas familias; muchas se emocionan cuando les devuelvo el saludo. Es la primera vez que coincido en un lugar en el que poder reunirme con mis seguidoras, porque aunque me han propuesto escribir libros o sacar recetarios, nunca me he atrevido a salir de la pantalla. Así que esto es… una pasada, no hay otra forma de definirlo.

Hemos creado tanta expectación que hasta veo cámaras de la tele local y de otros canales que no reconozco. Esta vez no me importa, ya que es por un buen motivo. Además de que ahora estoy más acostumbrada a la exposición mediática. No obstante, me pregunto cómo reaccionarían de ver a Dom por aquí, si seguiría causando esa revolución de hormonas de antaño. Me muerdo el labio para no dejar que la tristeza empañe el momento, ya que me dijo que tenía

algo de una campaña con una nueva marca de deportes de invierno y no iba a poder venir.

—¡Señoritas, manos a la obra! —nos grita Odette.

Inspiro hondo para recomponerme de ese regustillo amargo y despliego mi mejor sonrisa. Porque a raíz de ahí, todo es un caos maravilloso.

Silvie y Jade se encargan de pasarnos las comandas, mientras que Odette y yo vamos sacándolas como podemos. Al ser una ocasión especial, solo servimos un único producto: la fusión francohispana. Con un cucurucho de crepe relleno de chocolate y centro de churro fino, hemos creado una alpaca dulce, cuya forma esponjosa se logra gracias a las florecillas de nata montada que rodean el churro. Los dos ojitos de perlitas de chocolate y el morro y el lacito de cookie son el toque cuqui perfecto, nunca mejor dicho.

Entre el calor de las cuatro creperas que usamos al mismo tiempo, las horas se me pasan volando, hasta que Silvie entra en la cocina y me pide, con morritos, que salga al salón. Tras asegurarme de que Odette se apaña sola, accedo y me tomo un respiro de cinco minutos. O esa es mi intención porque, al salir, me encuentro con un grupo de chicas jóvenes muy emocionadas y deseosas de verme.

—Es que se las veía tan ilusionadas que no he podido decirles que no —me explica Silvie con vocecilla tierna.

Niego con la cabeza y me dedico a sacarme fotos con mis seguidoras, posando con nuestra creación, que ha causado furor y le ha encantado a todo el mundo. Y no es para menos, si es que hasta da pena comérsela.

Pasamos el día entero así, atendiendo pedidos, y agotamos todas las reservas del fin de semana en un solo día. A última hora de la

tarde, la cola ha menguado lo suficiente como para permitirnos trabajar con cierto respiro. Sobre todo porque la marabunta de seguidoras ha terminado y ahora solo queda gente del pueblo, que nos hace llegar su cariño y sus ánimos casi a gritos desde la sala.

Están todos muy emocionados, y no solo por el éxito de la propuesta, sino porque ha venido tal cantidad de gente al pueblo que todos los negocios, sin excepción, se han visto beneficiados. Saber que con mi hobby he logrado algo real, algo material para unas buenas personas que me han acogido como a una más desde el primer momento, me hace muy feliz.

Con el miedo que siempre le he tenido a cierta cara de internet, jamás pensé que lo de las redes sociales pudiera venir de la mano de algo tan bueno. Imagino que aún me quedan muchas cosas que aprender.

Jade se asoma por las puertas abatibles, con la coleta algo deshecha, y suspira.

—Marian, ¿te importa cubrirme en la vitrina un momento? —me pide.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Silvie salió hace un rato para hacer una llamada y no ha vuelto, y yo me estoy meando a chorros.

—¡Jade! —la reprende su madre.

—Perdón. No me aguanto más.

—Ya voy, ya voy…

Me tiende el delantal y la sigo por las puertas abatibles, que dan justo tras el mostrador. No he terminado de anudarme el delantal rojo cuando mi primer cliente de la crepería me dice:

—Una crepaca, por favor. Para llevar.

Mis dedos se quedan helados a medio trabajar cuando la cadencia de esa voz grave me acaricia la columna vertebral y despierta un cosquilleo en mi nuca. Alzo los ojos como platos y, al otro lado de la vitrina, me encuentro con un Dom muy sonriente, guapo a rabiar con la melenita rubia algo alborotada que le adorna la frente.

—¿Dom? —pregunto en un balbuceo.

—¿Una semana sin vernos y ya no me reconoces? —dice, jocoso.

Salgo del trance y rodeo el mostrador a la carrera para lanzarme a sus brazos. Él me estrecha contra su cuerpo con una carcajada que me resuena en el oído y me aprieta con fuerza.

—¿Qué haces aquí? ¿No tenías trabajo?

Él se encoge de hombros y clava esos ojos castaños en mí.

—No me perdería un día tan importante por nada del mundo. —Aplano las manos contra su pecho y lo estudio con los ojos vidriosos. Su sonrisa fácil, la caída relajada de las pestañas al observarme desde esa altura que nos separa… No merezco que me mire con esa intensidad—. Además, te dije que yo sería el primer cliente de tu obrador, y siempre cumplo mis promesas.

La garganta me pica tanto que tengo que tragar saliva varias veces.

—E-este no es mi obrador.

Me recoloca el mechón rebelde de siempre tras la oreja con un mimo que me caldea el alma.

—Es lo más parecido que tenemos. De momento.

El tiempo se dilata a nuestro alrededor y, de repente, en el mundo solo existe él. Estoy tentada a ponerme de puntillas y tirar de las solapas de su abrigo beige para salvar la distancia con sus labios. Y él debe de leer mis intenciones, porque carraspea y mira por encima

del hombro. Me percato de que no estamos solos, de que aún quedan algunas seguidoras que se muestran emocionadas por la escena y que hasta hace un rato había cámaras de televisión que no sé si seguirán por aquí. Así que la burbuja estalla sin remedio. No obstante, no era eso lo que estaba buscando Dom.

—Te he preparado una sorpresa —murmura contra mi cabeza antes de regalarme un beso en la coronilla, uno que atesoro, y hacerse a un lado.

Antes siquiera de darme cuenta de qué está pasando, un cuerpecito menudo me embiste, casi me tira al suelo y me aprisiona las piernas entre dos cepos.

—¡Tita Mar-mar!

—Oh…, Sofi-fi. —Me inclino un poco y levanto a Sofía entre mis brazos con los ojos vidriosos—. ¿Qué haces aquí?

—Nos ha traído el amigo de la tita —me explica, abrazada a mi cuello.

Dom y yo intercambiamos un vistazo rápido, le murmuro un «gracias» que desestima con una sacudida de cabeza y me acerco a Irene, que se deja abrazar como buenamente puedo por culpa de la lapa entre mis brazos.

—¿Qué…? —le susurro al oído, cabeza contra cabeza.

—Sorpresa —replica ella.

Cuando nos separamos, me fijo mejor en ella: toda de negro, como siempre, con los rizos desordenados y unas gafas de sol en la cabeza que aquí no hacen falta. Lo que destaca en su rostro, sin embargo, no es su belleza castiza, sino las profundas ojeras bajo sus ojos.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Y tu trabajo? ¿Y el colegio?

—En España es festivo, querida —replica mi amiga con un brazo en jarra.

Eso no responde a la pregunta de qué pasa con su trabajo, porque, al dedicarse a la hostelería, el concepto de «festivo» no existe, como me pasaba a mí en el Rincón Francés. Por eso mismo ni siquiera he caído en qué fecha es hoy en el calendario laboral del resto de los mortales.

—Un momento… —digo volviéndome hacia Dom—. ¿De verdad tenías trabajo que hacer hoy?

Él pone una mueca divertida que viene a gritar «culpable».

—Tenía que buscar alguna excusa que justificase que no estuviera aquí el primero en la cola.

Lo repaso de un vistazo rápido, incapaz de creerme la suerte que he tenido con él. De que sea mi amigo, claro.

—¿Y tú? —le increpo a Irene—. ¿Cuánto tiempo lleváis planeándolo?

—Un par de semanas.

—¡Un par de semanas! Y te lo tenías calladito, mala pécora. —Por no decirle algo peor que hiera los sensibles oídos de mi sobrina—. A saber qué otras cosas me estás ocultando.

Nos lanzamos una miradita de «Yo sé que hay más, tú sabes que hay más, pero no es el momento de hablarlo», y dejo a Sofía en el suelo, que ya pesa un quintal. Hace poco más de un mes que la vi por última vez, pero esta niña parece crecer por momentos.

Jade, que se había inventado lo de ir al baño, se acerca a nosotras con dos crepacas y le ofrece una a cada una. No necesitan hablar para entenderse, porque Irene no sabe francés y Jade, por su parte, ni sabe inglés ni conoce otra palabra en español que no sea

«alpaca», y porque en francés se dice *alpaga*. Sofía se pone muy contenta con el dulce y madre e hija se sientan a una mesa, la única libre. No me cabe ninguna duda de que estaban todas compinchadas, hasta Silvie, que pierde el culo en saludar a una Irene que no ve desde hace ocho años.

Aprovecho el descanso para ir con Dom, que ha contemplado la escena desde un rincón, apoyado contra la pared y con las manos en los bolsillos. Al ver que me acerco, libera las manos, casi preparado para el abrazo que le voy a dar. Me encanta que sepa leer mi lenguaje corporal, que me siga entendiendo sin necesidad de palabras incluso cuando ahora nos comunicamos mucho mejor.

Entierro el rostro en su pecho y me empapo de su fragancia fresca entremezclada con el aftershave antes de recolocarme y apoyar el mentón sobre su esternón.

—Lo que has hecho… —Me tiembla un poco la voz y tengo que tomar aire para ordenar todos los sentimientos que llevo dentro—. Gracias, Dom, no tengo palabras.

Él me acaricia el rostro con delicadeza y se zambulle en mis iris del mismo modo que yo hago con él.

—No tienes por qué dármelas, es lo mínimo que podía hacer.

—¿Por qué?

—Por mí. —Frunzo el ceño, sin saber a qué se refiere—. Porque soy un hombre tremendamente egoísta y no hay nada que disfrute más que verte feliz. Así que me he dado ese capricho.

Las ganas de llorar regresan con fuerzas y el pecho se me contrae. Quiero besarlo. Deseo besarlo. En palabras suyas, no hay nada que necesite más que hacerlo en este momento. Y por cómo brillan sus ojos, por cómo se bebe cada uno de mis rasgos, tal vez

podría ser recíproco. Lo que me lleva a pensar que, aunque intentemos engañarnos, Dom y yo nunca podremos ser simples amigos. Y eso…, Dios, eso me aterra.



Nos quedamos en la crepería hasta las tantas, celebrando el éxito del primer día del fin de semana francohispano. Odette y Jade no caben en sí de gozo y se achispan un poquito más de la cuenta en compañía de algunos vecinos. Apartamos varias mesas de la sala para crear un espacio en el que hasta terminamos bailando. Lo doy todo con Irene, río con Silvie, celebro el éxito con las dueñas del local, bailo con Sofía entre mis brazos y luego hacemos una cama improvisada entre varias sillas para que se eche a dormir un rato.

Mi mejor amiga se pone al día con la que fue su rollete de verano, y me llena de alegría verlas tan naturales, sin dejar que el silencio de estos años —culpa de todos— haga mella en el desparpajo de Silvie ni en la falta de filtros de Irene. Yo me sumo a sus conversaciones, a esas zambullidas directas al pasado en las que recordamos los buenos momentos. Y, por primera vez en ocho años, dejo a un lado el regusto amargo que siempre lo ha acompañado y me permito disfrutar de esos pedacitos de mi adolescencia que antes brillaban en tecnicolor y que terminaron apagándose.

En cierto momento de la noche, cuando Silvie e Irene empiezan a debatir los pros y contras de casarse en pleno siglo XXI, me levanto con discreción de la mesa y acudo al encuentro de Dom, que ha salido a tomar algo de aire.

—¿Todo bien? —le pregunto, y cierro la puerta tras de mí.

Aun así, el rumor de la música, de las risas y las conversaciones escapa hasta la calle. Dom se vuelve hacia mí, con esa sonrisa ligera que no lo ha abandonado en toda la noche, y asiente.

—Ahora mucho mejor.

Las mejillas se me caldean y un escalofrío me recorre la espalda, fruto del contraste de temperatura, por supuesto, y no de sus palabras.

—Quería darte las gracias otra vez. —Me abrazo a mí misma, porque estar a la intemperie sin abrigo en el noroeste de Francia a 6 de diciembre no es mi idea más brillante—. Por haber traído a Irene y a Sofía.

—No ha sido nada.

Se encoge de hombros y doy un paso más hacia él, hasta recostarme contra el poyete exterior del ventanal.

—Sí que ha sido algo. —Estudio su perfil recortado contra la luna, que hoy nos ha honrado con su presencia, y las luces del local—. No te merezco como amigo, Dom.

Él ríe por la nariz y sacude la cabeza antes de clavar en mí esos imponentes ojos castaños.

—Te mereces cualquier cosa que quieras en este mundo, Marián. —El corazón se me encoge—. Y si puedo hacer algo, lo que sea, para que disfrutes de todos tus logros junto a tus seres queridos a pesar de la distancia, lo haré. —Los ojos se me empañan—. Intenté traer también a tu madre, pero me dijo que mejor se quedaba vigilando a tu padre.

No me echo a llorar pues no sé por qué, porque ganas no me faltan.

—Y, por favor —prosigue, en un murmullo—, deja de decir que no me mereces como amigo. Porque, cada vez que lo haces, es como si me dieras un puñetazo en la tráquea.

Se me escapa una risa nerviosa.

—Qué gráfico.

—Créeme que no exagero —añade con su propia risilla—. Sé lo que se siente.

Durante unos segundos, nos quedamos contemplando las estrellas, vívidas dada la baja contaminación lumínica de Locronan, y en un silencio cómodo que me arranca temblores. Debería regresar dentro, pero prefiero sufrir el aire gélido y compartir tiempo con Dom antes que refugiarme en la comodidad de una temperatura agradable.

—Nunca llegué a disculparme —comenta en tono íntimo, lo que atrae mi atención—. Por nuestra ruptura.

—Tú no tuviste ninguna culpa, Dom.

—No —ataja con firmeza—. Sí que la tuve. Debería haber luchado por ti.

Se me cierra un nudo en la garganta, porque lo que menos esperaba hoy era enfrentarme a ese arrepentimiento tan palpable que se lee en su timbre.

—Me dejaste marchar cuando te lo pedí. A mí me parece muy noble por tu parte.

Se muerde una risa sarcástica y vuelve a agitar la cabeza en una negativa, sin llegar a mirarme.

—No fui noble, fui un cobarde. De primeras debí respetar tu espacio. Pero pasado un tiempo… Cuando te dije que no te olvidé, no mentía. Siempre has estado ahí, como un miembro fantasma,

acompañándome a cada paso. Durante un tiempo me convencí de que era porque no habíamos cerrado esa etapa; al menos, yo no lo había hecho. Tenía demasiadas preguntas y muy pocas respuestas. Debería haberte escrito, haber intentado hablar contigo no para reconquistarte, sino para aclararlo. Nos lo debía. Y me dije que era más fácil olvidarlo y no hurgar en la herida, porque hacerlo sería doloroso. Me negué, y nos negué, la posibilidad de que resurgiera algo. De explicarnos y llegar a un entendimiento mutuo.

Me limpio una lágrima furtiva y vuelvo a abrazarme.

—Hicimos lo que pudimos para protegernos, Dom.

—Bueno, pues siento mucho haberme protegido con tanto ahínco —suelta en tono monocorde. Casi parece enfadado consigo mismo. Pasados unos segundos, suspira hasta desinflarse y, por fin, me mira —. Perdona.

Niego con la cabeza, y sucumbo a los temblores por el frío.

—¿Es lo que harías? —pregunto en un murmullo. Una arruga sutil aparece entre sus cejas, así que añado—: De volver atrás, ¿lo harías?

—¿Intentar volver contigo? Joder, pues claro. —Me trago un sollozo y aguanto el tipo como puedo—. Haría muchas cosas de forma distinta.

El matiz amargo de su timbre me desarma y hace que los estremecimientos por la baja temperatura se descontrolen. Aunque tengo la sospecha de que no es el único motivo para que mis músculos se sacudan tanto.

—Aunque no tiene sentido darle vueltas a lo imposible. Somos amigos, ¿no? —Me mira de refilón y se frota la nuca—. Eso es lo único que importa ahora.

¿Por qué el pecho me pesa tanto? ¿Por qué tengo unas ganas de llorar irrefrenables? ¿Por qué tengo el regusto amargo de que están cortando conmigo? ¿Por qué me siento así cuando todo lo que me ha dicho ha sido tan bonito? No es justo.

—Estás temblando —dice, más serio de repente. Acto seguido, se desabrocha el abrigo y lo abre para mí—. Ven aquí.

No dudo ni un segundo antes de cobijarme contra su pecho y dejar que me arrope con la tela suave y gustosa de su abrigo para compartir calor corporal. Entierro el rostro en su torso, me empapo de su fragancia, disfruto del peso de sus brazos alrededor de mi cuerpo y me concentro en el latido errático de su corazón, en esas pulsaciones aceleradas que no adquirían esta velocidad ni previo a un combate.

—Tengo miedo, Dom —confieso, la voz diminuta y aplastada contra su jersey negro.

—Yo también, estrellita. Yo también —murmura antes de besarme la cabeza.

Tengo que apretarme fuerte contra él para intentar acallar el pensamiento de «Qué bien sienta volver a casa», entremezclado con saber que es un hogar que ya no me pertenece.

30

Marián



Jueves, 12 de diciembre de 2024

El fin de semana pasa como un borrón en el que no tengo ni un solo segundo de descanso, y me da igual. Porque eso significa que estoy pasando el tiempo haciendo lo que me gusta y, lo más importante, en la mejor compañía posible.

Como el viernes nos quedamos sin producto, el fin de semana francohispano terminó reduciéndose a un día, así que pude tomarme el resto del tiempo medianamente libre. Aproveché la ocasión para pasear con Sofía e Irene por Locronan, disfrutar de maratones de pelis Disney con la pequeña —y las no tan pequeñas— y charlar con mi mejor amiga. He conseguido sonsacarle que está pasando una racha complicada, aunque no quiere entrar en detalles para no preocuparme. Lo cual, por supuesto, me deja más preocupada. El único consuelo que tengo es que me ha prometido ponerme al día en cuanto vuelva a Marbella.

Cuando pase la boda de Silvie y Antoine y termine mi contrato, para ser más concreta.

Es algo en lo que prefiero no pensar, porque implica volver a poner un país de distancia con una persona que es importante para mí. Y tampoco sé cómo sentirme sabiendo que me duele más separarme de Dom de lo que me dolió venir a Locronan y dejar a mi familia atrás. Pero eso será problema de la Marián del futuro.

Después del tercer grado que le hice a Irene, es evidente que me tocó pasar por ese mismo proceso. Ella no se cree que entre Dom y yo no haya nada, y aunque tiene parte de razón, la realidad es que en teoría solo somos amigos. ¿Amigos con derecho a un roce puntual, aunque haya fantaseado varias veces con repetirlo?, sí. Pero una cosa no quita la otra.

También aproveché esa compañía extra para que me ayudaran a preparar algunas cosillas del catering para la exposición de Emma, a lo que me he dedicado por completo desde que mi amiga y mi sobrina se marcharon el lunes. Como cerramos el menú bastante rápido, he podido centrarme en los diseños y en perfilar las recetas. Así hasta anoche, que me quedé hasta las tantas ultimándolo todo para que el camión refrigerado pudiera llevárselo hoy a las siete de la mañana.

Ver el vehículo desaparecer en el horizonte rumbo a París me cierra un nudo en el estómago. No puedo evitar preguntarme si todo irá bien, si los postres llegarán intactos a la galería o si gustarán tanto como espero. Todo el mundo dice que trabajar en tus sueños es duro, pero nadie habla de que también es la receta infalible para acabar mordiéndote las uñas hasta el codo.

Han sido diez días de trabajo frenético, ya que lo he compaginado con la colaboración con la crepería, la boda y mi canal de YouTube, que, si no han acabado conmigo, nada lo hará. Para esta ocasión, al

final, he optado por cinco postres que —espero— cuentan una historia sobre la Navidad y la familia: mousse de turrón con centro de praliné, tartaletas de pera caramelizada con especias, *macarons* en tonos dorados rellenos de champán, un tronco de Navidad clásico con *ganache* de chocolate negro y un toque de naranja. Por último, la joya del menú: un pastel de frutos rojos en forma de corona navideña. Suena impresionante, ¿no? Pues por eso mismo no sé si me habré pasado, y estoy tan llena de dudas que ya no sé si lo que revolotea en mi estómago son mariposas o dragones.

El trayecto al aeropuerto de Brest-Bretagne transcurre en un suspiro, y antes de darme cuenta, el avión ha aterrizado en Charles de Gaulle. La terminal de llegadas está llena de reencuentros emotivos, de esos de película navideña. Camino entre la multitud, mirando de un lado a otro, con la maleta a rastras. El corazón me late tan fuerte que es lo único que oigo, porque no lo encuentro. No encuentro a Dom.

Hasta que lo veo.

Está ahí, de pie entre la multitud, con su abrigo beige que lo hace parecer un galán del cine clásico. No obstante, lo que me roba el aliento no es su porte imponente ni su sonrisa cargada de cariño, sino lo que sostiene entre las manos. Podría ser un ramo de flores, un peluche gigante o una caja de bombones. Y sin embargo, es algo mucho más sencillo y que me llega más adentro. Entre sus dedos largos, una simple cartulina blanca en letras negras que dice: MARIÁN DÍAZ, LA ESTRELLA QUE MÁS BRILLA DEL CIELO.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Esa frase. Esa frase mágica que me lleva de vuelta a Río. A nuestro último viaje juntos. De repente, las piernas me flaquean, pero mi corazón late lo suficientemente

rápido como para impulsarme. Dejo la maleta olvidada en medio de la terminal y corro hacia él, sin importarme nada más que estar entre sus brazos cuanto antes.

Dom suelta la cartulina justo a tiempo para atraparme, como si hubieran pasado mil vidas desde la última vez que nos vimos, cuando no ha transcurrido ni una semana. Su abrazo es todo lo que necesito: fuerte, cálido y tan reconfortante que las palabras sobran. Porque con ese simple gesto, con esa pancarta que cualquier otro consideraría cutre, Dom me ha arrancado todos los miedos de cuajo. El problema viene al darme cuenta de que aquí, entre sus brazos, es justo donde quiero estar. Y, jolín, qué complicado es todo.

El abrazo dura lo que parece una eternidad, pero, cuando al fin nos separamos, algo dentro de mí se queda con ganas de más. Mis brazos cuelgan a los lados, inseguros, y la pregunta que lleva días rondando en mi cabeza reaparece con fuerza: ¿qué hay entre nosotros? ¿Qué podríamos ser? ¿Deberíamos seguir engañándonos o convenciéndonos de que no volveremos a ser nada más que amigos? ¿Acaso es eso y soy yo la que se engaña? Una parte de mí se muere por sacar el tema, arrancarse la tirita de golpe y seguir adelante según lo que responda, pero ahora no es el momento.

Dom, con una naturalidad que me deja con cosquillitas en el estómago, me coge de la mano y la lleva a su brazo para que me agarre a él, y con la otra recoge mi maleta olvidada. Ya fuera del aeropuerto, el aire frío de París me golpea las mejillas y me tengo que arrebujar mejor en la bufanda.

—¿Por qué tiene que hacer tanto frío en este país? —mascullo casi tartamudeando.

Mi mal humor le arranca una carcajada, una que suena a melodía celestial, antes de que tire de mí hacia él y me apriete contra su costado para compartir calor.

—Ay, mi chica del sur —murmura. Y aunque ese «mi chica» no viene a significar literalmente que lo sea, el corazón me hace una cabriola—. Ya te acostumbrarás.

Sencillo y contundente. «Sí, podría acostumbrarme —me sorprendo pensando. Y luego un—: Esto tiene fecha de caducidad». Tal vez sea por eso mismo por lo que no me atreva a hablarlo a las claras, por saber que una vez pasada la boda volveremos a poner dos países entre nosotros. Y no sé si sobreviviríamos a otra relación a distancia.

Dom me conduce hasta un flamante Mercedes negro recién encerado, me abre la puerta del copiloto y cierra tras de mí con una caballerosidad que me deja las rodillas temblando.

—Ya me he acostumbrado —murmuro para mí justo antes de que se ponga al volante.

Durante los primeros minutos, el silencio solo se ve roto por el runrún del tráfico y la suave melodía de una canción francesa que lo ha petado gracias a la segunda temporada de una serie de animación recién estrenada.

—¿Vas a decirme ya cuáles son los planes para hoy? —pregunto, incapaz de contener la curiosidad.

Mi voz suena alegre, casi cantarina, porque, qué demonios, estar con Dom es como recibir una inyección de serotonina. Desde el asiento del conductor, me lanza un vistazo rápido, con una ceja arqueada y esa sonrisilla que me confirma que tiene un plan bien trazado.

—No puedo decirte nada —responde, juguetón.

—Venga, Dom, no me tengas así. Dímelo aunque sea en clave. Dame una pistita.

Me inclino hacia él y aleteo las pestañas con un mohín digno de un cachorrito en adopción.

—Si te lo digo, dejará de ser una sorpresa.

—En realidad, que haya una sorpresa no implica que yo tenga que ir del todo a ciegas —matizo, y cruzo los brazos sobre el pecho con fingida indignación.

—Claro que sí. —Su risa profunda me envuelve con la misma fuerza que sus brazos al recibirme.

—Lo terminaré descubriendo tarde o temprano —lo amenazo con la voz más seria que puedo fingir—. No olvides que ahora soy experta en *true crime*, no diré por culpa de quién, y que mis dotes de deducción son mucho más afiladas.

Me inclino más hacia él, como si mi ceño fruncido fuera suficiente para intimidarlo. Dom, con la vista fija en la carretera, esboza una sonrisa y yo lo considero una victoria.

—No lo dudo. Aunque me daría pena que lo descubrieras antes de tiempo.

La facilidad de la conversación me desarma, porque se nos da tremendamente bien ser amigos. Y fue al introducir los dichosos sentimientos cuando todo se fue al traste. ¿De verdad me estoy planteando siquiera la posibilidad de poner en riesgo esto en favor de algo que no sabemos si funcionaría? Nuestra última conversación en la crepería ha vuelto a mí una y otra vez, y a cada nueva pensada, más convencida he acabado de que lo que leí en él era arrepentimiento por haber dejado que nuestros caminos se

bifurcasen. Pero eso no tiene que significar que quiera que vuelvan a entrelazarse, ¿no? ¿O sí?

—Debería advertirte de que soy muy buena desvelando sorpresas —confieso; apoyo el codo en la ventanilla con el rostro girado hacia él.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—Desde que tenía siete años y descubrí que el Ratoncito Pérez eran mis padres —digo con un toque dramático—. Aunque tardé dos años más en relacionarlos con los Reyes Magos. Ahí me la colaron pero bien.

La carcajada de Dom llena el interior del coche, y con cada nueva que le arranco, más cuenta me doy de cuánto las necesito. Es como si sus risas fueran el antídoto para cualquier herida que el tiempo nos haya infligido.

—Bueno, detective, entonces tómatelo como un reto —suelta con esa tranquilidad arrolladora—. ¿Alguna otra habilidad que deba saber?

—Muchas —replico con un aire de misterio—. Pero no te las voy a revelar todas de una vez. Tengo que mantener algo de intriga. Si te portas bien, esta noche te enseño alguna otra.

Tal y como las palabras abandonan mi garganta, me doy cuenta de las posibles connotaciones. Enrojezco hasta las orejas y me mantengo atenta a la reacción de Dom, cuya mirada se oscurece justo antes de apretar el volante.

—N-no estaba insinuando nada guarro, ni mucho menos —balbuceo. A cada palabra que sale de mi boca, la mirada de Dom se entorna más—. Porque somos amigos, y lo que pasó en el salón de los espejos… —El deseo me palpita entre los muslos con un

fogonazo y tengo que frotarlos—. Bueno, eso no se va a repetir, claro. Era solo que tengo otras habilidades. No adultas. A ver, adultas también. Como hacer manualidades o miniaturas.

Dom se queda muy callado, relaja las manos alrededor del volante y me estudia con gesto escéptico.

—¿Miniaturas?

—S-sí. Las miniaturas me sirven para practicar, para cuando me toca hacer decoraciones minuciosas con *fondant* y demás. En realidad, todo lo que implique trabajar con las manos me gusta y se me da bien.

—No hace falta que me lo jures. Lo sé de primera mano. —Me guiña un ojo.

Me quedo en silencio unos segundos, boquiabierta, y a cada instante de incredulidad, su sonrisa pilla se profundiza más aún, hasta el punto de que le nacen arruguitas alrededor de los ojos.

—¡Dominique!

Le doy un par de manotazos en el brazo, no muy fuertes porque podría hacerme daño a mí misma con esos músculos que tiene, pero sí lo suficiente como para que estalle en carcajadas y se proteja como puede, intentando no soltar el volante mientras se defiende diciendo que era una broma. Lo sé, sé que era una broma para sacarme del bochorno en el que yo solita me he metido. Lo mejor de todo es saber que da igual en qué situación me ponga, él siempre intentará hacerme sentir bien y cómoda.

31

Dom



Cuando entramos en mi apartamento ya por la noche, lo hacemos en silencio; casi saboreo la expectación de los dos por tener a Marián en mi casa. Con un tour rápido, le enseño las distintas habitaciones y le indico cuál será la suya, se maravilla con mi gimnasio y el tatami y le hace algunos arrumacos a Quasi, quien se restriega contra sus piernas con gusto.

—Sí que parece un perro cariñoso —comenta entre risas.

Me muestro de acuerdo con ella y me llevo al gato para darle de comer. Al terminar, me la encuentro en la pequeña terraza, admirando las vistas. Yo me detengo en la puerta del salón, sin hacer ruido, y me deleito con la figura que se recorta contra las farolas de la calle.

El día ha sido largo, pero también perfecto. Lo primero que hice fue llevarla a la place du Trocadéro para que viera la Tour Eiffel por primera vez. Su expresión de asombro al contemplarla, con los ojos colmados de lágrimas y una sonrisa radiante en el rostro, fue exactamente la que imaginaba. A pesar del frío y del viento que

haría arriba, la convencí para subir hasta lo más alto y que hiciera fotos. La que yo quería hacerme con ella, por encima de todo, era la del *kissing point* tan típico de los turistas y al que no la pude arrastrar, por motivos obvios.

Luego vino el paseo en barco por el Sena. El cielo, aunque encapotado, nos respetó y se mantuvo sin lluvia. Aunque habría deseado que hiciera un día radiante que abrigase la experiencia de Marián, a ella tampoco le hizo falta, porque disfrutaba con una alegría infantil que lo calentaba todo a su alrededor, como el mismo sol. Comimos ahí, en una barquita privada en la que pasamos un par de horas maravillosas, antes de pasear junto a Notre-Dame de Paris hasta llegar al Louvre. Marián permaneció atenta a todo, embriagada por ese sueño que vivía de mi mano, y se dejó llevar por la magia de la capital francesa.

Paramos en Montmartre para merendar una *crêpe* en un puestecillo ambulante, sentados en la imponente escalinata. No se acercó a lo buenas que estuvieron sus crepacas, pero tampoco estuvieron mal. Después tocó subir todas esas escaleras hasta los pies de la Basilique du Sacré-Coeur. Desde ahí, las vistas de París son impresionantes y compensan cualquier esfuerzo. Nos sentamos frente a la baranda, rodeados de turistas y músicos callejeros y, durante unos minutos, el tiempo pareció congelarse. La versión de «La Vie en Rose» de una violinista cercana le dio al momento otro toque de película.

Al atardecer, la llevé a pasear por el Jardin des Tuileries. Marián estaba radiante, con las mejillas arreboladas por el frío y los ojos brillantes de felicidad. La escuché hablar de lo mucho que la emocionaba estar aquí, de lo agradecida que estaba conmigo, a lo

que yo resté importancia. Y mientras hablaba toda feliz, me di cuenta de que no quería estar en ningún lugar que no fuera ese.

Cuando cayó la noche, la llevé a cenar a un crucero por el Sena. Aunque habíamos hecho algo parecido para comer, por la noche tiene una magia diferente. Las luces de la ciudad y las velas del restaurante se reflejan en el agua y crean un ambiente íntimo imposible de replicar. Hemos terminado el día con otro paseo por la Tour Eiffel, iluminada y parpadeando como un diamante gigante. Aún no han quitado los aros olímpicos en conmemoración de los últimos Juegos, y a Marián le ha parecido más maravillosa si cabe.

—Ojalá haberlos vivido contigo, como los primeros —se lamentó, tristona.

La acerqué a mí para acunar su rostro entre mis manos antes de mirarla fijamente a los ojos.

—A la siguiente.

Contuvo el aliento, casi como en una promesa, y asintió con un gesto vigoroso. Aún tenemos mucho de qué hablar, pero no soy tonto y reconozco qué se oculta detrás del brillo magnético de sus ojos. Y esta noche… Esta noche quiero ponerlo todo en palabras. Aunque primero hay algo que necesita saber, porque no quiero que haya secretos entre nosotros.

Apoyada en la baranda de mi terraza, Marián permanece inmóvil frente al horizonte de París, iluminada por las luces que adornan las calles. Hay algo etéreo en la manera en la que la luz juega con su silueta, como si este espacio conformara un cuadro que siempre ha estado incompleto porque me faltaba ella. El nudo en mi garganta se aprieta mientras busco el valor para dar el siguiente paso, con cada latido de mi corazón resonando en mis oídos.

—Hay una habitación más que me gustaría que vieras —digo al fin.

Mi voz apenas rompe el silencio, pero ella gira la cabeza hacia mí con una curiosidad que me recuerda a su versión adolescente. No digo nada más, tan solo extiendo el brazo y Marián crea el puente entre nuestras manos.

Casi en penumbra, la conduzco por el pasillo hasta detenernos frente a mi despacho, donde suelo librar las peores batallas. Solo que espero que esta no lo sea. Abro la puerta y me aparto para que entre. Mientras ella observa y curiosea los cuadros de las paredes y las estanterías, mi mirada se queda fija en su expresión, a la espera de su reacción.

—Es… impresionante, Dom —dice en voz baja, casi reverente.

Recorre el espacio con la mirada, se detiene en los trofeos, los diplomas y las fotos que cuentan la historia de mi vida. Con los dedos roza el marco de una de ellas en la que aparezco con diez años, tras participar en mi primer campeonato infantil, donde me llevé un diploma por el cuarto puesto. Aun así, se me ve con una sonrisa mellada y radiante que se gana su reflejo en los labios de Marián.

—Tienes la misma sonrisa que ahora —comenta mirándome de reojo.

—Con algunos dientes más, pero sí.

Me cruzo de brazos y me recuesto contra el marco de la puerta, intentando aparentar una calma que estoy muy lejos de sentir. Sigo observándola mientras se mueve por mi despacho con una fascinación que dota a mi espacio de un nuevo significado. Sus pasos la conducen hasta la pared tras el escritorio, donde tengo

colgadas las medallas olímpicas, que brillan bajo la luz cálida de la habitación. La veo detenerse y algo cambia en su postura. La respiración se le acelera y las manos le tiemblan ligeramente cuando alarga los dedos hacia mi primera plata. Nuestra primera plata.

—Dom… Esto es… —murmura, casi como si se le escaparan las palabras.

No puedo hablar. El nudo en mi garganta se aprieta más en cuanto ella pasa a la siguiente medalla, mi primer oro olímpico, el de Tokio 2020. Su mano sobrevuela por encima de ella sin atreverse a tocarla, y su pecho sube y baja con rapidez. Entonces, con un hilo de voz, pregunta:

—¿Puedo?

Asiento despacio, incapaz de confiar en mi voz. Ella desengancha la medalla con cuidado y la sostiene como si fuera sagrada. Pasa los dedos por su relieve y, luego, le da la vuelta. Su respiración se detiene, y el temblor en sus manos aumenta. Se queda congelada, mirando la medalla como si acabara de encontrar una verdad demasiado grande para asimilarla. Y así es, en realidad.

—¿Q-qué es esto? —susurra, sin apartar la vista de la medalla.

Doy un paso hacia delante, luego otro, hasta quedar justo por detrás de ella. Mi pecho está tan cerca de su espalda que percibo el calor que irradia su cuerpo. Inclino la cabeza para mirar por encima de su hombro y encontrarme con las palabras que mandé grabar justo después de ganarla: «Para Marián: ¿quieres casarte conmigo?».

—Cuando te dije que te pediría matrimonio con mi primera medalla de oro olímpica, lo hice en serio —susurro con la voz rasgada. Arranco cada palabra de lo más profundo de mi ser—. Cada

entrenamiento, cada sacrificio, cada derrota y cada victoria… Fueron todos por ti. Quise convertirme en el mejor porque tú mereces lo mejor. Y cuando gané esa medalla en Tokio, la grabé como un recordatorio. Como una promesa que nunca dejé de cumplir, aunque estuviéramos separados. Porque nunca me he imaginado casado con alguien que no fueras tú.

El sollozo que escapa de los labios de Marián rompe el silencio como un trueno. Despacio, se da la vuelta hacia mí, con los ojos llenos de lágrimas que descienden en ríos por sus mejillas.

—Lo siento, Dom —murmura, y su voz está cargada de una tristeza que me destroza—. Lo siento tanto… Por todo. Por haberte dejado, por no haber confiado en nosotros. He desperdiciado tantos años por miedo, por inseguridad…

Antes de que pueda decir nada más, la envuelvo entre mis brazos y la atraigo hacia mí con fuerza. Ella tiembla contra mi pecho, y le paso una mano por el cabello, con los ojos cerrados para contener mis propias lágrimas.

—Eso ya da igual, Marián. Lo que importa es que ahora estamos aquí. Juntos.

Sus sollozos aumentan, y se aferra a mi jersey con desesperación. Cada lágrima, cada palabra rota que escapa de sus labios, es una liberación de años de dolor y de arrepentimiento.

—Te quise entonces, Marián, y te quiero ahora. Eso nunca va a cambiar —susurro, incapaz de contenerme más.

Ella levanta la cabeza y sus ojos, rojos y brillantes, encuentran los míos. Hay algo nuevo en su mirada, algo que no estaba antes: verdadera esperanza.

—¿Podemos empezar de nuevo? —pregunta con un hilo de voz que parece a punto de romperse.

La beso en la frente; dejo que mis labios descansen allí un momento mientras intento calmar mi corazón desbocado.

—Todas y cada una de las veces, estrellita. Siempre que quieras. Porque cada nuevo comienzo contigo es un regalo y una aventura. Y me gustaría aprovecharlas todas. —La abrazo más fuerte con temor a que este instante no vuelva a repetirse—. Pero hay algo que deberías saber primero.

32

Marián



Si hay una frase que hace tambalear una relación es «tenemos que hablar», o cualquiera con un parecido mínimo. Aunque Dom y yo no tengamos una relación —aún, espero—, me echo a temblar igualmente.

El corazón sigue latiéndome con fuerza después de haber comprobado, con mis propios ojos, que no dejó de quererme. Y a esa sensación de euforia se le une una mezcla de emoción y temor que han nacido de repente y que no consigo descifrar. He dejado de llorar, pero cada fibra de mi ser continúa en alerta, como al borde de un precipicio. Lo miro desde abajo, aún abrazada a su cuerpo, y reparo en la crispación de su mandíbula, en lo esquivo de esos ojos que tanto me encantan.

—Puedes hablar conmigo, Dom —logro decir, aunque mi voz suena más temblorosa de lo que me gustaría.

Por fin, sus iris conectan con los míos, y en ellos leo un sinfín de emociones que atraen de nuevo las lágrimas hasta mis ojos. Pero no las dejo caer.

Dom me guía hasta la silla y me invita a sentarme, mientras que él se apoya contra el borde del escritorio, con los talones de las manos clavados en la superficie para darse estabilidad. Inspira hondo y, cuando por fin empieza a hablar, sus palabras son lentas, cuidadosas:

—Después del oro de París, todo fue muy rápido. Iba de un lado a otro, concedía entrevistas, recibía felicitaciones, campañas para las marcas… Estaba eufórico, pero el agotamiento no tardó en llegar. Cuando por fin tuve unos días de calma, quedé con Bastian y salimos todos para celebrar mi victoria. Fuimos a su discoteca, un lugar más privado en el que relajarnos y poder ser nosotros. Allí me encontré con Silvie y con Antoine, a los que hacía semanas que no veía, porque estaban tan liados con los preparativos de su boda que no habíamos coincidido, con Emma y otros colegas de Bastian. Lo pasamos de maravilla, pero entonces… —Hace una pausa para pasarse la mano por el pelo en un gesto nervioso—. Bebimos. Demasiado, Marián. Mucho más de lo que debería haber permitido.

El corazón se me hunde hasta el estómago. El recuerdo de mi padre desayunando cervezas aparece como en un fogonazo y copa mi memoria. Aprieto las manos sobre el regazo para mantener la compostura mientras él sigue.

—Silvie y Antoine se fueron temprano, y todo se descontroló. Uno de los amigos de Bastian se puso a hablar de mi hermana. Empezó diciendo lo buena que estaba, que era una pena que estuviera con Antoine (algo en lo que a veces estoy de acuerdo), así que le seguimos un poco el rollo. Movidos por el alcohol, nos desahogamos. Después, la conversación desvarió. Envalentonado, ese tío, que ni siquiera sé quién es, empezó a hablar de las cosas que le haría a

Silvie si se la follara, del morbo que le daba que fuera bisexual, aunque él estuviera en contra de «esa desviación», y se le calentó la lengua demasiado hasta que soltó comentarios crueles y repugnantes. Le advertí que se callara en varias ocasiones, pero no lo hizo. Iba tan borracho como yo, o más, y no dejó de hablar. —Dom traga saliva y me percato de que tiembla ligeramente—. Que si era una bollera reprimida y disimulaba con Antoine, que si la prensa pagaría una fortuna por saberlo… Y que podíamos dar gracias por que mi madre estuviera muerta y no viera la vergüenza de hija que tenía.

La habitación se hace muy pequeña de repente. Me tiemblan las manos sobre las piernas y tengo que apretarlas en puños para controlarme. El dolor que se refleja en los ojos de Dom es tan profundo que me atraviesa el pecho como una lanza. Me destroza verlo así.

—No pude controlarme, porque era… mi madre, y… —continúa en voz más baja—. Le pegué. Una y otra vez. Fue como si todo el autocontrol que siempre he tenido desapareciera de un plumazo. Y alguien lo grabó. El vídeo solo muestra que lo golpeé, nada de lo que él dijo antes. Y sé que las discusiones no son excusa para liarse a puñetazos, no estoy justificando mi comportamiento. —Lo último lo añade con una nota de desesperación, como si necesitara reafirmarse en su arrepentimiento. Como si necesitara que yo lo sepa, en realidad—. La prensa vio un filón de oro y me destrozó. Mi imagen, la de mi familia… Perdí a todos mis patrocinadores, me enfrenté a un comité ético por el que estuve a punto de perder mis medallas, me han sometido a juicio en la Federación para ponderar mi pertenencia a la selección y todo mi trabajo quedó en entredicho.

Viví un infierno, y no solo yo. Mi padre perdió algunos negocios, aunque consiguió cerrar un último activo importante. Y Silvie… Incluso su boda se vio afectada y perdió trabajadores, porque mi familia decidió apoyarme de forma incondicional. Y eso les salpicó de lleno. Lo único bueno de todo esto es que ese tío no quiso interponer demanda y, al final, se calmaron un poco los ánimos con respecto a mi carrera. Pero todo lo demás quedó arruinado.

El peso de sus palabras es abrumador. Siento una mezcla de tristeza, miedo y algo que no sé identificar del todo. La imagen de Dom perdiendo el control choca con todo lo que sé de él. Pero también entiendo los motivos. Entiendo lo que el alcohol puede hacer sobre la personalidad incluso del ser más puro sobre la tierra. Y lo provocaron, lo provocaron hasta la saciedad, casi como si le hubieran pinchado para que saltara. Y eso me hace sentir una oleada de empatía que me abruma.

—Gracias por contármelo —logro decir, mi voz apenas un susurro.

Desvío la mirada, buscando un punto de anclaje que me proporcione la frialdad necesaria como para poner en orden mis emociones, y me detengo en un pequeño búho que hay sobre su escritorio. Lo reconozco al instante: es el que me gustó cuando fuimos a la alfarería de Locronan. El corazón me palpita al darme cuenta de que Dom lo ha tenido aquí todo este tiempo. Con él. Ese gesto, tan pequeño y significativo a la vez, acalla mi mente casi con un soplido.

Levanto la vista hacia él y me encuentro con sus ojos, anegados de unas lágrimas de vulnerabilidad que nunca antes le había visto. Dom me lo está ofreciendo todo: su verdad, su historia, su corazón.

Sin mentiras, sin huir. Se enfrenta a ello de frente a sabiendas de que con esta confesión podría perderme. Un auténtico valiente.

—Ven aquí —susurro, con una convicción que traspasa la coraza que ha cerrado a su alrededor.

Porque sus ojos se abren con sorpresa, casi como si hubiera estado a la espera de que saliera corriendo. Una parte de mí me grita que lo haga, que proteja todo lo que tengo a cualquier coste. El problema está en que yo ya no tengo nada, porque todo lo tiene él.

Le acaricio el brazo hasta entrelazar nuestras manos para llevarme su dorso a los labios. Deposito un beso largo, tierno, sin romper el contacto entre nuestras miradas, y después tiro de él. Dom se arrodilla frente a mí, derrotado por un combate que ni siquiera sabía que estábamos librando, y entierra la cabeza en mi regazo. Paso los dedos por sus ondas doradas, en silencio, y entonces me doy cuenta de que sus hombros se agitan en algo que solo puede ser el llanto.

El corazón se me estruja con tanta fuerza que creo que se me va a convertir en polvo. Al verlo así, tan vulnerable y sin barreras, tan auténtico y sin miedo, me doy cuenta de que hemos cambiado. De que no somos las mismas personas de hace ocho años, aunque la esencia y el corazón sigan ahí. Que les hemos dado otra forma, que hemos aprendido de nuestros errores y que estamos dispuestos a seguir aprendiendo juntos. Evolucionando juntos.

Con delicadeza, le alzo el rostro para que clave en mí esos iris castaños con motitas verdes, solo perceptibles a la ínfima distancia de un beso. Y eso es lo que hago. Muy lento, para darle espacio a que retroceda, inclino mi rostro hacia el suyo y capturo sus labios; vuelco en el gesto todo lo que mi garganta no se atreve a expresar.

Nuestras bocas se amoldan a un mismo ritmo al instante, como si tuvieran pactado cómo responder, y pronto me llega el sabor salado de sus lágrimas. Me separo de él para besarle una mejilla, la otra, un párpado cerrado y después el otro.

—Te quiero, Dom. Y nada de lo que me digas va a cambiar eso.

Él inspira hondo, con las pupilas vibrando de emoción, y entonces se lanza hacia mis labios con un regocijo que me contagia. En cuestión de segundos, hace que el beso pase de sentido a reflejar una desesperación que me conmueve, como si buscara olvidar lo del vídeo y dejar a un lado esa vulnerabilidad que, gustoso, me ha ofrecido. Así que me vuelco de lleno en ello, en darle lo que necesita y en reconfortarlo del mejor modo que sé: entregándome a él en cuerpo y alma.

Nuestras lenguas salen a buscarse, deseosas del contacto de la otra, y yo lanzo los brazos a su cuello para sentirlo más cerca. Más pegado. Más mío. Nuestros pechos se encuentran y percibo el latido errático de su corazón a través de la piel.

—Dom… —jadeo contra sus labios.

Como si fuera el mecanismo de activación, me levanta de la silla y me planta sobre el escritorio. Me arranca una risa nerviosa que se traga gustoso, justo antes de besarme el cuello y morderlo con hambre. Mis manos viajan a su culo y lo empujo hacia mí, hasta que su entrepierna abultada se encuentra con la mía.

Me agarra de la nuca con firmeza, como si temiera que me fuera a escapar, y reclama mi boca con la intención de fundirnos el uno con el otro. Mis manos viajan por las planicies de sus músculos, por su torso, su espalda, sus hombros, y me maravillo con la firmeza de su

cuerpo hasta enredar los dedos en la suavidad de sus mechones dorados.

Esta definición en Dom no me es ajena y, aun así, la siento como si fuera la primera vez. Como si lo de Halloween y lo del salón de los espejos hubiera sido una tentativa y lo de ahora… lo de ahora fuera real. Él y yo, sin miedo a lo que ha resurgido entre ambos. Sin medias tintas, solo dos almas volcadas de lleno en la pasión de nuestros cuerpos.

Despacio, siembra un camino por mi cuello, en el que me muerde y me besa a un ritmo experto que me arrebata la respiración y me acelera. Sus dedos se enredan en los primeros botones de mi blusa rosa; los abre con una maestría y una lentitud que me queman, deleitado con la expectación de quien va a comerse un buen dulce. Y eso despierta mi urgencia por verlo en todo su esplendor.

Enredo los dedos con el bajo de su jersey y tiro para deshacerme de él. Dom se pliega a mis designios con una sonrisa satisfecha, como si hubiera estado anticipando el momento en el que por fin nos rindiéramos a la verdad: que lo nuestro va mucho más allá de una simple amistad. Que lo nuestro habla de almas gemelas, capaces de reencontrarse en sus distintas versiones, en sus distintas realidades, y de hacer lo posible por volver a estar juntas.

Me bajo de la mesa de un salto y me pego a su cuerpo mientras me deshago de la blusa. Anclo las manos a sus hombros desnudos y mi boca corre rauda a saborearlo, a plantar una senda de besos desde su cuello, por su torso firme y su abdomen prieto, que se contrae en palpitaciones de deseo. Cada nuevo suspiro de desesperación que escapa de sus labios es un aliciente para que baje más y más, hasta quedar arrodillada frente a él. Mis dedos

encuentran su cinturón y lo desabrochan, expertos. Le lanzo una mirada desde abajo y me lo encuentro observándome casi asustado, tan rígido que se podría partir, y a mí se me escapa una risa de puro júbilo. Porque lo quiero todo de él. Y él piensa exactamente lo mismo, porque dice:

—Ah, no, tú no vas a ser la primera.

Con los pantalones por los tobillos, Dom se inclina y me levanta del suelo, lo que me arranca una risa nerviosa. Le envuelvo las caderas con las piernas y nos pegamos el uno al otro mientras nos lanzamos a un beso intenso, profundo, descontrolado.

—Ojalá llevaras falda —murmura contra mi boca, entre besos—. Todo sería más fácil.

—¿Qué…?

No tengo tiempo de procesar sus palabras porque me deja encima del escritorio y me desabrocha el pantalón. Tengo que reclinarme sobre la superficie, apoyada en los codos, para alzar las caderas y permitirle que me quite los pantalones. Se deshace de ellos con un tirón brusco que me hace reír una vez más, y ahí está la boca de Dom para reclamar ese sonido. Uno que siempre le ha pertenecido a él y solo a él, el dueño de todas mis estrellas.

Despacio, me recorre el abdomen con los dedos, mi monte de Venus, y presiona la carne tierna entre mis piernas, por encima de mis bragas. Gimo contra su boca y mi mano se mueve hasta su erección, porque en este juego de tanteo podemos participar los dos. En cuestión de segundos, ambos jadeamos en la boca del otro, nuestras caderas moviéndose al ritmo que quieren seguir. Y yo me siento tan cerca del orgasmo con el contacto de sus dedos a través de la tela que me da hasta vergüenza.

—Dom… V-voy a… —suspiro sobre sus labios.

Él se separa de mí y me observa con una sonrisa depredadora antes de arrodillarse, con los índices enredados en los laterales de mis bragas.

—¿Te incorporas para mí? —pregunta con una sensualidad arrebatadora.

Las mejillas se me calientan hasta lo indecible y obedezco. Tras quitármelas, ancla las manos en mis caderas y tira de mí hasta dejarme al borde del escritorio.

—Así mejor.

Cuando su lengua reclama la humedad entre mis piernas, los brazos me fallan y, al dejarme caer sobre la superficie, tiro algunas de las cosas que había encima y me clavo otras.

—Dom, el búho… El búho… —jadeo, y busco la figurita con su lengua enterrada entre mis piernas.

Gruñe algo así como que está muy ocupado, y yo gimo por lo bien que se le da lo de hablar y arrancarme placer. Mis caderas se mueven a sus designios, a la maestría con la que me conquista de arriba abajo. La pericia de su lengua, las sensaciones placenteras que despierta, se entremezcla con la estampa de ver su espalda, fuerte y trabajada, en todo su esplendor. Con la potencia que se intuye en esos brazos que me mantienen sujeta al borde de la mesa, toda para él. Su cuerpo entero es un pecado, y verlo trabajar sobre mí, en darme placer y conquistarlo, me hace llevar los brazos por encima de la cabeza. Mis dedos chocan con algo frío y suave, lacado. Lo agarro entre los dedos, tan acelerada que creo que me va a dar un infarto, y lo sostengo contra mi pecho. Con ese simple gesto, con ese que él inició hace tantas semanas, se prende la

pólvora de mi interior y me hace estallar en un orgasmo profundo, de esos largos que no quieres que acaben y que, al mismo tiempo, son tan intensos que crees que te vas a morir.

Dom se pone en pie, se limpia la boca con el dorso de la mano en un gesto que me resulta muy sexy y pega la frente contra la mía.

—¿Hasta el final? —pregunto contra sus labios. Unos labios que se curvan, más que satisfechos—. Pues entra. Te necesito dentro ya.

—Qué mandona —ronronea con una risilla vibrando en su pecho.

No me da tiempo a soltarle una réplica burlona, porque el impacto de su polla al entrar en mí me arrebata el aliento. Sus labios reclaman los míos con una voracidad lenta y extasiante, al compás de unas caderas que hacen traquetear el escritorio. Temo que lo partamos, las cosas como son, pero no podría importarme menos.

Para lo único que hay espacio en mi mente es para lo bien que me hace sentir con cada nuevo empuje, con cómo sus manos se aferran a mi culo para inclinarme un poco y llegar más profundo. Y con cada embestida, yo me deshago un poco más. Las capas que me rodeaban se han derretido hasta convertirme en un corazón expuesto. En ese lenguaje mudo tan nuestro y único, Dom me entiende, porque se separa de mis labios y se inclina sobre mí para besarme en el pecho, en el lado izquierdo, justo sobre el corazón.

Como si pretendiera decirme que es suyo, que siempre lo fue y que lo va a proteger.



Cuando ambos terminamos, nos quedamos abrazados tanto tiempo, con su cabeza pegada a mi pecho, ambos resollando y sudorosos

por el estallido al que hemos sucumbido, que un escalofrío me sacude y Dom me envuelve con más fuerza entre sus brazos.

Paseo la vista por su despacho, por esta cápsula del tiempo en la que vive, con todos esos recuerdos que me perdí, y me descubro pensando en que quiero estar aquí. Quiero formar parte de ellos, aprenderme los viejos y participar en los nuevos. Como su familia. Como su todo.

Mis ojos viajan por su espalda desnuda, por el vistazo de ese trasero firme y perfecto que veo desde esta perspectiva, subida al escritorio, y luego al búho que sigue entre mis dedos.

—Dom…

—¿Mmm?

—¿Eres consciente de que todavía no lo hemos hecho en una cama? —digo con una risilla.

Después de un segundo de silencio, estallo en una carcajada cuando me captura un pezón con los labios y tira con inquina.

—Vamos a ponerle remedio ahora mismo —masculla con mi piel aún en la boca.

Me alza en volandas, lo que me arranca un grito, y enrosco las piernas en su cintura, con los brazos alrededor de sus hombros y bien pegada a él. Entre risas de diversión, Dom me lleva hasta su dormitorio y, por fin, lo hacemos sobre la cama.

33

Dom



Viernes, 13 de diciembre de 2024

Despierto con el calor del cuerpo de Marián pegado al mío, su respiración acompasada me roza el cuello. La luz de la mañana entra tenue por las cortinas entreabiertas e inunda la habitación de un resplandor tranquilo. El sol pinta su piel desnuda de un tono cálido y evocador que la convierte en una obra de arte. Aquí, medio envuelta entre mis sábanas y mi edredón, está tan preciosa que duele.

Lo de anoche aún pesa en mi mente, pero no como un lastre, sino como algo precioso que quiero atesorar para siempre. Haberme abierto con Marián, haberle mostrado mi peor lado y que aun así se haya quedado… No hay palabras para describir lo que siento, porque gratitud, esperanza y amor se quedan demasiado cortas.

Pasado un rato, Marián se remueve un poco, se aprieta contra mí con un suspiro somnoliento, y dejo a un lado el libro que he estado leyendo mientras hacía tiempo hasta que se despertara. Es otra comedia romántica, una que me ha asegurado que es autoconclusiva

y que está deseando comentar conmigo. Y yo con ella. Parpadea un par de veces, pesadas, y luego inclina el rostro hacia mí.

—Buenos días —digo contra su frente, con la voz ronca por el sueño.

Suelta un murmullo satisfecho, un sonido vibrante que compite con lo intenso del pálido sol de París y que me hace pensar que podría acostumbrarme a esto, a verla así cada mañana.

—Buenos días —responde con un toque de timidez que me derrite —. ¿Te he dicho ya que esas gafas te quedan muy sexis?

—Unas cuatro veces. Anoche.

—Bien, así no se te olvida.

Nos quedamos un rato mirándonos, disfrutando del silencio cómplice que solo nace entre las personas que se entienden sin palabras. Hasta que rompe la calma y dice:

—Anoche estuve pensando. Mucho. Sobre nosotros, sobre lo que quiero, y… ¿puedo serte sincera?

—Siempre —respondo sin dudar; aprieto su mano entre las mías con un nudo en el pecho.

Marián respira hondo, como si estuviera reuniendo el valor para decir algo importante.

—Tengo mucho miedo. De todo esto. De nosotros. No porque no confíe en ti o en mí, sino porque… Porque sé lo que significa estar contigo. La mochila que llevas a cuestas. La prensa, la atención mediática, el tener que medir los pasos… Y yo… —Hace una pausa y baja la mirada a nuestras manos entrelazadas sobre mi pecho—. No sé si estoy hecha para esto. Pero también sé que quiero intentarlo. Quiero estar contigo, con todo lo que eso conlleva.

El alivio que siento es abrumador. Me vuelvo hacia ella y la tomo del mentón para alzar su rostro y que me mire a los ojos.

—El miedo es bueno, Marián, porque nos recuerda que hay algo que perder. Pero lo que tenemos aquí… Merece la pena luchar por ello. Lo cuidaremos, estrellita.

Sonríe, pero en sus ojos veo que el miedo sigue ahí, acechándola.

—No es tanto lo nuestro lo que me preocupa, sino la exposición. Sé que tengo un canal de YouTube y cientos de miles de seguidores, pero es diferente. Este es tu mundo. Y si te atacan para manchar tu imagen, como tiburones, también me atacarán a mí.

—No permitiré que eso pase —le aseguro con firmeza, sin apartar la vista de la suya—. Haré todo lo que esté en mi mano para protegerte. De la prensa, de la atención no deseada, de todo. No tienes que enfrentarte a nada sola. Ya no.

Ella asiente, pero entonces algo en su rostro cambia. Una sombra de duda y vulnerabilidad cruza su rostro.

—Siento mucho lo que le pasó a tu madre —susurra, y noto una punzada entre las costillas—. La conversación de anoche me recordó que nunca te di el pésame. Me dolió muchísimo cuando me enteré, y fui una cobarde al no escribirte. Lo siento. Si en algún momento necesitas hablar de ella, quiero que sepas que te escucharé. Todo lo que quieras y más.

El dolor que he aprendido a enterrar asoma brevemente, pero le doy un beso en la frente y respiro hondo antes de responder.

—Mi padre siempre dice que me parezco mucho a ella, y cada vez que lo menciona, lo siento como el mejor de los halagos. Porque mi madre era una mujer increíble. Callada y, al mismo tiempo, fuerte, valiente, amorosa… Sus últimos meses fueron difíciles, pero nunca

perdió esa sonrisa comedida. El cáncer se la llevó rápido, pero creo que eso supuso un alivio para ella. No tuvo que ver cómo se marchitaba durante años. Me hubiera encantado que la conocieras mucho mejor, pero no tienes por qué disculparte. Entiendo que no me escribieras.

Ella asiente, con los ojos llenos de pena.

—Me alegro de que tuvieras a tu alrededor a gente que te quiere, como tu familia y Bastian.

—Bast fue un gran apoyo, sí.

Me acaricia el dorso de la mano y nos quedamos unos segundos en silencio.

—¿Él no sabía quién era yo? ¿O tenéis un código de «no pasa nada si le entramos a nuestras ex»?

Suelto una risa ligera y niego con la cabeza.

—Sabía que existías, pero me dolía tanto juntar en la misma frase tu nombre con el hecho de que fueras mi ex que nunca llegué a decirle cómo te llamabas.

—Lo honra que se retirara del juego sin insistir.

—Sí, es un buen amigo. —Callamos unos segundos, sopesando si hablar más o no. Pero me apetece. Me apetece tener a mi lado a alguien a quien pueda contárselo absolutamente todo—. Pero está pasando por una mala racha.

—¿Y eso?

Su índice se pasea por mi pecho y deja un camino de piel erizada a su paso.

—Se dedica a muchas cosas, pero, sobre todo, al sector inmobiliario. Adquiere inmuebles por todo el mundo y hace negocios con ellos.

—¿Como la discoteca que mencionaste?

Asiento con la cabeza.

—Sí, y hoteles, empresas pequeñas, restaurantes… De todo. Justo antes de las Olimpiadas se cerró un trato por el que llevaba años trabajando, solo que no lo ganó él. Alguien hizo una oferta más suculenta y se lo quitó. No sé muchos detalles, porque se ha mostrado muy hermético con el tema. Le costó mucho, perdió parte de la confianza de su padre, el CEO de la empresa.

—Vaya chasco tuvo que ser…

—Sí.

Volvemos a quedarnos en silencio y, en esta ocasión, soy yo quien se interesa por ella.

—¿Y tú? ¿Qué quieres hacer con tu vida, estrellita?

Marián se inclina hacia mí y me besa el hombro antes de apoyar la cabeza contra mi pecho, en un nuevo abrazo que me sabe a gloria.

—Imagino que lo de siempre. Me queda poco para conseguir el dinero de la matrícula del curso de Chloé Cadeau, así que allá que iré cuando lo tenga.

—No lo dices muy entusiasmada. —Se encoge de hombros y no añade nada más—. No tienes por qué correr. No hay prisa en lo que a sueños se refiere.

—Lo sé. Créeme que lo sé. Quizá sea eso, que todo va demasiado rápido y que no me da tiempo a asimilar que vuelvo a estar tan cerca de dar el primer gran paso, ¿sabes?

—Por lo pronto, puedes centrarte en el trabajo de mañana. El resto ya se dirá.

Asiente contra mi hombro y su mano desciende por el centro de mi torso hacia mi ombligo, lo que despierta una miríada de

escalofríos a su paso.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu siguiente gran paso?

Inspiro hondo cuando la mano baja un poco más, en dirección a mi polla medio empalmada.

—Mejor te lo muestro.

La pillo desprevenida cuando me lanzo a por ella y la envuelvo entre mis brazos. La acorralo bajo la sábana con las manos alzadas por encima de la cabeza y sus carcajadas se cuelan en mi garganta. Con vía directa a mi corazón.



—Estoy nerviosa por lo de mañana —me confiesa Marián, con las manos escondidas en los bolsillos del abrigo negro.

Estamos dando un paseo por los Champs-Élysées, después de toda una mañana en la que apenas hemos salido de la cama ni para comer.

—Va a ir todo bien.

—Ya, pero no puedo quitarme de encima la sensación de que estoy dando un paso atrás.

—¿A qué te refieres?

Ella suspira y alza la vista al cielo encapotado, con las mejillas y la nariz sonrosadas por el frío.

—Cuando lo de la colaboración con la crepería me sentí tan… libre, no sé. Eran otro tipo de nervios, no tanto de agradar o de bordar el encargo, sino expectación por que la gente disfrutara de nuestra creación. Y ahora me siento un poco como si hubiera vuelto al Rincón Francés, donde tenía que agradar a gente que no tiene ni

un mínimo interés en mí, que se llevará mis creaciones a la boca y apenas las degustará.

—Pero es un poco como trabajar para la boda, ¿no?

Marián hace un mohín y se detiene a admirar l'Arc de Triomphe a pie de calle, aunque desde mi apartamento se vea a la perfección. Sus ojos se desvían a los coches que circulan alrededor de la glorieta.

—Sí y no. En la boda… estará Silvie, y Jacques, Théo, Antoine… Es un encargo gordo, uno por el que me siento más que privilegiada, y también trabajo para clientes exigentes. —Compartimos un gesto cómplice—. Pero hay cariño. La gente hablará de la comida, si les ha gustado más o menos, y podré… disfrutar de haber creado algo con mis manos. Algo con mimo, tiempo y bien pensado.

—Eh, también has trabajado muy duro para esto. —Le acaricio el brazo, ella saca la mano del bolsillo y nuestros dedos se entrelazan con naturalidad—. Va a salir bien.

—Lo sé… Serán los nervios.

Tiro de nuestras manos entrelazadas y le doy un beso en la cabeza antes de echarle el brazo por el hombro y retomar la marcha.

—¿Sabes ya qué te vas a poner?

—¿Para la boda? No. —Suspira—. Estuve mirando en algunas páginas web, pero con todo lo de la colaboración, lo de la galería y la boda apenas he tenido tiempo.

—¿Y para mañana por la noche?

—Pensaba ponerme mi conjunto negro profesional.

Sacudo la cabeza y la estrecho contra mí con más fuerza.

—Es en una galería de arte, para celebrar la Navidad. Tienes que llevar algo que te haga destacar.

—No es el protocolo…

—No es el protocolo para el catering y los camareros —la interrumpo—. Y tú no eres la camarera, eres la chef. Destaca como te mereces.

—Ya da igual —resopla—. No he traído otra cosa.

—Eso tiene fácil solución.

Nos detenemos frente a una boutique en plena avenue des Champs-Élysées y Marián pone los ojos como platos.

—No puedo…

—Vamos a echar un vistazo, nada más —vuelvo a interrumpirla, y tiro de ella hacia la puerta—. Considéralo un juego.

—Dom… —me reprende.

—No tenemos nada mejor que hacer hasta mañana, ¿no?

—Se me ocurre alguna que otra cosa —murmura con un brillo pícaro en la mirada.

Una descarga de placer me recorre la columna y tengo que respirar hondo para concentrarme en que la sangre no se redirija a un punto muy molesto.

—Podemos dejarlo para luego —digo, aunque suponga tirarme piedras sobre mi propio tejado.

Marián suelta una carcajada que me calienta la sangre y se deja conducir al interior del local. Como la mayoría de las tiendas exclusivas como esta, está prácticamente vacía. Una dependienta está terminando de atender a una clienta, a la que acompaña a la puerta mientras le da las gracias por todo y otra se acerca a nosotros.

—Buenas tardes, me llamo Amélie y estaré encantada de ayudarles en lo que necesiten.

Marián le dedica un asentimiento cortés, algo avergonzada, y la ayudo a deshacerse de su abrigo.

—Gracias, Amélie. Mi mujer tiene una gala mañana por la noche. —Marián me mira con los ojos como platos y se muerde el labio inferior. Yo le guiño un ojo—. Estábamos buscando algo elegante.

—Ah, por supuesto, síganme.

—¡¿Qué haces?! —murmura Marián en bajito, con las mejillas rojas.

—¿No estábamos jugando? —replico con complicidad.

Marián se ríe y sigue a la dependienta hasta una de las salas anexas, mientras que yo me quedo atrás, con su abrigo en el pliegue del codo. Con movimientos medidos, meto la mano en el bolsillo interior de mi abrigo, saco una tarjeta y se la entrego a la dependienta tras la caja, que parece ser la encargada.

Ella la acepta, lee mi apellido y se le ilumina el rostro.

—¿En qué puedo servirle, monsieur Beaumont?

—Me gustaría que cerrarais la tienda para mi mujer, ¿sería posible?

Esbozo una sonrisa galán, un poco inclinado sobre el mostrador.

—Por supuesto, monsieur Beaumont. Lo que deseen.

Le hace un gesto a otra dependienta, vestida de negro impoluto, y esta procede a cerrar la puerta, girar el cartel con el horario y a bajar las cortinillas de los escaparates. Vuelvo a meter la mano en el bolsillo de mi abrigo, esta vez para sacar la cartera.

—Necesita dos vestidos: uno de gala para una exposición en una galería, otro para la boda de mi hermana. —Ella acepta la tarjeta negra con los ojos haciéndole chiribitas—. Si encuentra alguno que le guste, lo cargas aquí. Con discreción, por favor.

No hace falta mencionarle que también les pagaré por su buen servicio y disposición a cerrar la tienda.

—Por supuesto, monsieur Beaumont —repite—. Si me permite, les guardaremos los abrigos. Ahora mismo estoy con ustedes.

Cuando me reúno con Marián, Amélie le está enseñando varios vestidos en las perchas, aunque ella los estudia con gesto escéptico.

—¿No ves nada que te guste? —le pregunto al llegar junto a ella.

—No es eso, es que son…

Mira a nuestro alrededor, a las paredes de un blanco crema, el mobiliario negro sin un ápice de polvo, los asientos mullidos… Huele a lujo, algo que ella sabe identificar a la legua.

—Solo es ropa. Probártela no te hará ningún mal. Así sabrás qué estilo te gustaría llevar para la boda de Silvie. —Le doy un beso en la cabeza y murmuro contra su oído—: Es solo un juego, diviértete.

La encargada aparece pocos segundos después y, muy discreta, le hace un gesto a Amélie para que se vaya y ella le tome el relevo. Nos sirven champán, yo me pongo cómodo en uno de los sofás de un probador privado, con un cubículo con una portezuela de madera abatible y una tarima redonda en el centro, rodeada de espejos para verse desde cualquier ángulo.

A raíz de ahí, empieza mi pase de modelos privado, con las indicaciones de Fabianne, la encargada, que ha pillado al vuelo el gusto de Marián y está tomando buena cuenta de lo que le gusta y lo que no. Marián está radiante con cada uno de ellos, así que será difícil elegir. Satén negro, gasa turquesa, tul morado… Uno en concreto, negro, con mangas de encaje y caída desde las caderas, le queda especialmente sexy. Ella pasa las manos por la tela y lo descarta porque es demasiado corto, pero en mi cabeza ya se están

dando múltiples fantasías. Creo que su favorito de los de gala ha sido uno azul Klein, y así se lo hago saber a Fabianne, con disimulo.

—Les dejo un momento a solas, que vamos a ir cerrando la tienda —se excusa Fabianne.

—No te preocupes.

—¿Qué? ¿Ya? —se escandaliza Marián desde dentro del probador.

Cuando sale de detrás de la puerta abatible se me seca la garganta. Lleva un vestido color borgoña, ajustado en el pecho y a la cintura y con escote en forma de corazón. Los tirantes, caídos sobre los hombros, le resaltan las clavículas y hacen que su piel resplandezca. Y la falda, de un tul muy fino, tiene una caída fluida que le da un toque romántico. Decir que está radiante es quedarse muy corto.

—Ese —musito, totalmente ido.

Ella se mira por encima del hombro, intentando captar cada detalle del vestido.

—¿Para la exposición? Yo lo veo demasiado…

—Para la boda —la interrumpo. Incapaz de permanecer sentado, me levanto y me coloco a su espalda—. Me importa una mierda si eclipsas a la novia.

Le beso un hombro. Luego otra vez. Y nuestras miradas se encuentran en la superficie pulida.

—Es tu hermana —replica con una risilla.

—Eso no va a hacer que me retracte de mis palabras.

Le dedico una sonrisa lobuna antes de que mi atención se desvíe a su escote, prominente y aprisionado por ese corpiño que me está volviendo loco.

—Tienes que llevártelo —insisto con las manos ancladas a sus caderas.

Me empapo de la panorámica que la diferencia de altura me ofrece y, joder, me empalmo solo de verla tan bonita. Ella se retuerce para pescar la etiqueta y hace una mueca de horror al ver el precio.

—No puedo, es muy caro.

—Déjame regalarle algo bonito y caro a mi novia —me adelanto.

Ella se queda petrificada. Dada la cercanía de nuestros cuerpos, con su espalda pegada a mi pecho y nada de tela que me interrumpa la vista de su cuello, hombros y clavículas, hasta veo cómo le late el pulso en la yugular. Después, suelta el aire que había estado conteniendo y me mira sobre el hombro, juguetona.

—¿Tu novia? ¿Dónde está? Yo no la veo por aquí.

Sus ojos se encuentran con los míos, retadores, y cualquier contención que hubiera por mi parte desaparece.

—Eso es que no he sido lo bastante convincente.

Me inclino sobre ella, con una mano en el mentón, y atraigo su boca hacia la mía para reclamarla y darle un beso intenso, uno que me llega hasta la polla y que me nubla por completo. Marián gime en mi boca y yo aprovecho para morderle el labio inferior.

—Dom…

—Shhh.

La levanto del suelo pasando el brazo bajo sus corvas y la conduzco al probador, donde la dejo de nuevo y cierro la puerta abatible tras nosotros.

—Tenemos aproximadamente cinco minutos —le explico, mientras me peleo con la cremallera a su espalda.

—¡Dom! Nos van a pillar —me susurra.

Su boca dice eso, pero sus ojos… Sus ojos están clavados en mi erección. Me asomo por encima de la puerta abatible y compruebo que seguimos a solas.

—Estás malgastando nuestros cinco minutos, estrellita.

Ella suelta una risa nerviosa y yo me deshago de la cremallera. Cuando le bajo el corpiño, la garganta se me seca. No sé qué esperaba, pero era evidente que con ese escote no llevaba sujetador. Aun así, me quedo sin palabras y Marián toma el control. Sale del montón de ropa a sus pies, entrelaza nuestros dedos y me sienta en la banquetita de la esquina, encima de su ropa de calle. Me importa bien poco arrugarla cuando se arrodilla frente a mí y enreda los dedos en mi cinturón.

—Qué puta suerte tengo —mascullo. Ya está, acabo de perder la cabeza.

Ella sonríe de medio lado con una sensualidad que me cierra un nudo en el pecho. Si antes de esto me quedaba alguna duda de que estoy condenado, acaba de evaporarse. Reencontrarme con ella ha sido el mejor error que pudiera cometer.

Con una maestría apabullante y que me la pone más dura todavía, libera mi polla y la acaricia de arriba abajo. La tengo tan dura que solo con un roce tentativo de su mano tengo que apretar los dientes y respirar bien hondo para no correrme. Se me escapa un gruñido cuando me recorre con la lengua, cuando ahueca las mejillas y se la introduce hasta el fondo. Entierro la mano en su pelo y la guío en un ritmo frenético que me lleva a morderme el puño de la mano contraria. Verla arrodillada frente a mí, con esos tacones prestados, desnuda a excepción de las bragas hace que un ramalazo de placer

me recorra la piel y que una presión incómoda se aloje en la base de mi columna.

—Marián… —la aviso.

Se levanta rauda y, antes de darme cuenta de lo que está haciendo, se ha apartado las bragas a un lado y se ha sentado a horcajadas sobre mí. La agarro del culo para estabilizarla y compartimos un suspiro que nos tragamos mutuamente. Sus caderas bailan sobre las mías mientras contenemos nuestros gemidos con besos desordenados, erráticos, igual que nuestros pulsos. Traza círculos sobre mí, cada vez más rápido, y yo la ayudo a moverse. Inclino las caderas, la aprieto contra mí y le muerdo el cuello para contener los ruidos casi animales que me estaría arrancando si no estuviéramos en un lugar público.

El espejo frente a la banqueta del probador me proporciona una panorámica perfecta de su espalda desnuda, de las pequitas aquí y allá, de mis dedos aferrados con fuerza a sus nalgas para manejarla a mi antojo. No, es ella la que me maneja a mí. Qué estúpido fui al pensar que podría resistirme a esto, que podría mantenerme estoico y no volver a caer rendido frente a la única mujer que me ha interesado de verdad. La que ha vuelto a darle orden y sentido a un mundo demasiado desorganizado, porque con ella de nuevo en mi vida, no importan todos los reveses que puedan llegar. Tendrán sentido, ahora y siempre.

Ese mero pensamiento desata mi placer y me lleva a correrme con una fuerza que me arrebata la respiración, con toda la sangre de mi cuerpo concentrada en mi polla con tanta violencia que hasta me mareo. Marián sigue cabalgándome, dispuesta a matarme aquí mismo, e introduzco una mano en el juego para regalarle círculos

placenteros sobre el clítoris mientras le pellizco un pezón y la beso para que se corra. No tarda en encontrar su propio placer, con las uñas clavadas a mis hombros vestidos y el gesto contraído por tener que contener sus propios sonidos.

Nos quedamos unos segundos muy quietos, intentando recobrar el aliento, hasta que rompe a reír. A carcajada limpia, espasmódica y errática. Yo chisto contra sus labios, incapaz de contener mi propia risa, y la beso. Me bebo todas sus estrellas porque me pertenecen, y eso hace que ría con aún más fuerza.

—Míranos —dice, resollando—, en la treintena y enrollándonos en un probador, a plena luz del día, como dos adolescentes hormonados.

Mis labios se estiran en una sonrisa dulce y tiro de su rostro para darle un beso rápido en la boca. Después, le acaricio la cara para recolocarle algunos mechones rebeldes tras las orejas.

—Me he perdido ocho maravillosos años de tu veintena. Así que pienso hacer contigo todas esas locuras de las que nos privamos. Quiero recuperar el tiempo perdido, estrellita.

—¿Es una promesa? —pregunta con la voz pequeñita y los ojos colmados de lágrimas de felicidad.

—La mayor que pueda hacer.

34

Marián



Sábado, 14 de diciembre de 2024

La galería de Emma está iluminada con luces cálidas que contrastan con el gélido otoño de las calles de París. Nada más entrar, el sonido de la música clásica y el murmullo de las conversaciones de algunos trabajadores llenan el ambiente. Emma nos recibe con una alegría fría, de esas fingidas que tan bien conozco por haberme dedicado a la hostelería de lujo durante tantos años. Aun así, está despampanante enfundada en un vestido rojo que realza sus curvas delgadas.

—¡Por fin llegáis! —dice cuando termina de darle dos besos a Dom —. Marian, el servicio de transporte dejó todo lo del catering repartido entre las mesas. Organízalo como veas.

¿Un «por favor»?, ¿un «gracias»? No, claro, eso es para humanos decentes. Aun así, le dedico una de esas sonrisas que uso cuando un cliente pretende tener siempre la razón. Dom, consciente de mi talento para el sarcasmo pasivo-agresivo que va tan de la mano de trabajar de cara al público, me acompaña al guardarropa, donde

dejamos nuestros abrigos y mi bolso, y me miro una última vez en un espejito.

El vestido es de satén azul, recatado pero elegante, nada demasiado llamativo a la par que sensual. Reconozco que me enfadé y me sentí muy mimada al mismo tiempo cuando ayer, al salir del probador, Dom me confesó que quería regalarme ambos vestidos. Después de lo que habíamos hecho, me costó un poco menos aceptar que me regalara el rojo. Este…, digamos que aún estamos en negociaciones, y que su pericia en la cama anoche y esta misma mañana está inclinando la balanza a favor de perdonarle que «me consienta un poquito», en palabras suyas. Aunque he de admitir que me conmovió que supiera cuál había sido mi favorito de entre todos los que me probé, porque yo no lo expresé en voz alta.

Al volver a la sala principal, me armo de paciencia y estudio el terreno. El lugar es un despliegue de arte navideño: cuadros que capturan paisajes nevados, esculturas de ángeles y renos y fotografías de mercaditos llenos de luces y vida. Una sala muestra un enorme árbol de Navidad minimalista construido con ramas secas y luces led. Está dispuesto de tal modo que parece flotar en medio de la habitación. Luego hay otras tantas obras que, por lo modernas que son, no sé ni siquiera cómo mirarlas.

Reparto los postres con cuidado, dejo unas pocas tartaletas aquí, *macarons* allá… Lo dispongo todo como puedo y solo deseo no haberme quedado corta. En la sala central, la del árbol raquítico, dejo la corona de frutos rojos y el tronco de Navidad, que empezaré a cortar cuando Emma me lo indique. Me paseo de un lado a otro para comprobar que todo esté perfecto. Me tengo que obligar a

respirar despacio mientras reviso cada detalle, porque, si no, empezaré a hiperventilar.

Los minutos pasan rápido y, antes de darme cuenta, la galería empieza a llenarse de gente. Busco a Dom con la mirada. Guapo a rabiar con un traje azul marino, está hablando con Emma cerca de una de esas esculturas que no hay por dónde cogerlas. Me tiemblan un poco las manos y el corazón me late tan fuerte que casi lo percibo si me miro el pecho. Cada vez que alguien se acerca a las mesas de los dulces, contengo el aliento, pues temo ver una expresión de desagrado o, peor aún, una crítica abierta. Pero nada de eso sucede, porque aún nadie se ha atrevido a abrir la veda, eso o que Emma no les ha dado permiso para empezar con el catering.

Dom parece leer mis emociones porque, de repente, aparece a mi lado y me agarra del codo.

—Ven conmigo, cielo —me murmura al oído antes de guiarme hacia una esquina tranquila.

—Dom, creo que no puedo con esto —confieso, dominada por la ansiedad—. Si no les gusta, si todo acaba en desastre…, ¿qué hago? Creo que lo mejor que puedo hacer es irme y olvidarme de que la gente sepa que lo he hecho yo.

—Eh, eh —me interrumpe. La firmeza con la que me sostiene las manos me ancla al suelo—. Escúchame bien. Tus postres son maravillosos, igual que tú. Estoy seguro de que a todo el mundo les gustarán. Pero, si te hace sentir mejor, voy y los pruebo ahora mismo.

—¿Qué? ¡No! ¡Dom! —le grito en un susurro cuando se aleja de mí, con esa sonrisa traviesa que me hace querer besarlo y darle un capón.

Se adelanta hasta la mesa más cercana, y yo lo sigo casi corriendo sobre los zancos que he elegido como zapatos. Sin esperarme siquiera, se lleva un *macaron* a la boca y luego reordena el espacio para que no se note que falta uno. Hemos llamado la atención de un señor con frac que nos mira con reprobación. La diversión de Dom crece cuando se zafa de mi agarre y llega hasta otra mesa, justo antes de meterse una tartaleta de pera en la boca.

—¡Dom! ¡Para! —mascullo cuando vuelvo a alcanzarlo. Malditos tacones.

Pero es tarde, ya se ha llevado una mousse de turrón a los labios y la degusta con los ojos cerrados.

—Si quieres, le pego un bocado al tronco de Navidad.

—¡No! —lo reprendo en bajito, con las mejillas encendidas.

—Pues tres de los cinco postres están estupendos. Si alguien no lo ve, es porque tiene el gusto atrofiado. Te lo prometo.

Se lleva la mano al pecho en un gesto solemne.

—Y ahora, mira a tu alrededor —susurra contra mi oído, a una distancia prudencial.

Hago lo que me pide y me doy cuenta de que, con su numerito y este extraño pillapilla, ni me he dado cuenta de que la gente ya está disfrutando de mis creaciones. De que lo que buscaba era distraerme y arrancarme de la espiral de ansiedad en la que me estaba metiendo. Y lo ha logrado con creces.

—Gracias, Dom. No sé qué haría sin ti.

Me muero por besarlo para expresarle mi gratitud, pero no puedo. Hemos decidido mantenernos recatados para explorar nuestros sentimientos antes de hacerlo público.

—Nunca tendrás que averiguarlo —murmura con los labios pegados a mi sien con disimulo.

El resto de la velada transcurre con tranquilidad. Hablo con invitados que elogian mis postres, reparto tarjetas con mis datos y trato de recordar los nombres de todas las personas que Dom me presenta. Silvie llega en cierto momento, la saludamos con efusividad y nos habla de las fotos que ha expuesto, las de los mercadillos navideños —mis favoritas—, después desaparece para hablar con compradores potenciales. Por lo que he descubierto, todo lo que recaude lo donará a una asociación contra el cáncer de mama. Los ojos se me empapan de orgullo al verla conquistar a los compradores, igual que le pasa a Dom. Justo cuando siento que puedo relajarme, Bastian aparece junto a nosotros con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Dom. —Le da un abrazo con palmada sonora en la espalda e inclina la cabeza hacia mí. El aliento le huele a whisky y reprimo una mueca—. Ah, Marian, la estrella de la noche. Son tus postres, ¿no?

—Sí, y por lo que parece, están gustando.

—Aún no los he probado, acabo de llegar, pero Emma dice que son excepcionales. Tienes un talento especial, ¿eh?

Su tono es cortés, pero algo frío. No coincidimos desde Halloween, así que no sé bien cómo comportarme con él. Cordial, supongo.

—Ya sabes que Emma tiene buen ojo para reconocer el arte —interviene Dom—. Y Marián ha demostrado estar a la altura.

—No lo dudo. Aunque debo admitir que me sorprende verte tan suelta, Marian. Al fin y al cabo, no todo el mundo tiene el valor de enfrentarse a este tipo de escenarios con tanta exposición pública.

Su comentario me sienta como una pedrada, porque ha ido directo a mi punto flaco.

—A Marián le sobra valor, Bast —replica Dom, algo molesto—. Y el éxito del catering demuestra que no tiene nada que temer.

Bastian ríe por la nariz, aunque el gesto no suaviza la tensión.

—Por supuesto. Me alegro de que estés tan seguro, Dom. Es bueno veros tan… cercanos. —Su mirada se desliza de uno a otro antes de asentir—. No os entretengo más. Que disfrutéis de la velada, parejita.

Se aleja en dirección al guardarropa mientras se quita el abrigo, y yo me permito soltar un suspiro que estaba conteniendo.

—Perdona, se lo conté todo cuando volví de Marbella. ¿Estás bien? —Dom me dedica una caricia ligera en el brazo desnudo, una que me eriza la piel.

—Sí —respondo, aunque me tiembla un poco la voz. Porque el que te arrojen los miedos a la cara no es plato de buen gusto—. Nada que no pueda gestionar.

Le guiño un ojo y él me sonríe. Mi falsa confianza se desvanece cuando, por el rabillo del ojo, veo a una mujer que reconozco. El estómago se me revuelve como si acabara de subirme a una montaña rusa y las manos empiezan a temblarme. Es imposible no verla. Su elegancia corta la respiración, con el cabello entrecano recogido en un moño bajo, un vestido de seda con un patrón floral que fluye con cada uno de sus movimientos y una presencia tan imponente como el arte que decora estas paredes.

—Es Chloé Cadeau —murmuro, porque decirlo más alto parece un sacrilegio. Dom sigue mi mirada y, cuando la ubica, sus ojos se abren como platos—. ¿De verdad la conoce?

Soy incapaz de apartar la vista de cómo saluda a Emma, con una familiaridad envidiable.

—Emma es una marchante de arte muy afamada, se codea con las más altas esferas. No es de extrañar que conozca a alguien como Chloé Cadeau.

Siento que me falta el aire.

—No puede ser verdad —mascullo—. Está aquí. En esta sala. Con Emma. ¿Y si prueba mis postres y piensa que son una mierda?

—Eh, para. —Dom me agarra de la mano, los ojos fijos en los míos—. Eres increíble. Todo el mundo está disfrutando de tu trabajo. No tienes nada que temer.

Antes de que pueda responder, Emma pasea la vista por la sala y la clava en mí. Una leve sonrisa se dibuja en su rostro mientras se acerca con mi ídolo.

—Marian, permíteme presentarte a Chloé Cadeau —dice Emma con su frialdad habitual—. Chloé, esta es Marian Diaz, la repostera encargada del catering de esta noche.

Mi corazón trona como un tambor de guerra y ni siquiera me molesto por la mala pronunciación de mi nombre. Le estrecho la mano mientras ella me observa de arriba abajo, con una expresión neutral.

—Un placer, Marian.

—E-el placer es mío, madame Cadeau. Llevo años siguiendo su trabajo, desde que era adolescente, y es usted mi mayor inspiración. He aprendido tanto de sus libros, programas y entrevistas… De hecho, espero poder matricularme en su curso la próxima primavera.

Chloé me evalúa, y esta vez su expresión tiene un toque distante.

—Es bueno saber que mis enseñanzas llegan a las nuevas generaciones. Ahora, si me disculpas, voy a probar tu trabajo. A ver si tienes lo que hace falta para aprovechar mi curso.

Sus palabras son como una bofetada, pero me obligo a asentir y a sonreír.

—Por supuesto. Espero que lo disfrute.

De repente, me siento como cuando trabajaba en el resort. Sé bien lo que es servir a esnobs que no saben reconocer un buen trabajo ni aunque se lo griten. Pero esta es Chloé Cadeau, la repostera más prestigiosa de los últimos tiempos; sabrá ver si voy por buen camino, ¿no?

—¿Estás bien? —me pregunta Dom en voz baja y por segunda vez en la noche. Me ha conducido hasta una esquina apartada, y la firmeza de su mano sobre mi codo me ancla a la realidad. Silvie repara en nuestra turbación y hace amago de acercarse, pero Dom la disuade con una negación sutil. Lo último que me falta ahora es montar un numerito—. No estés nerviosa. Has hecho un gran trabajo.

Lo miro y, aunque siento presión en el estómago, niego con la cabeza.

—No estoy nerviosa. —Para mi propia sorpresa, es verdad—. Solo estoy… concentrada.

—Esa es mi chica.

Con tanta pared blanca, los asistentes contrastan en el espacio, y eso me permite darme cuenta de lo mucho que están disfrutando de mis creaciones. Sus expresiones de deleite son como un abrazo en el corazón. Pienso en los halagos que he recibido a lo largo de la noche

y en cómo me ha reconfortado saber que mi trabajo llega a la gente real, a quienes simplemente buscan disfrutar de un buen postre.

Emma se ha acercado a Bastian, con quien habla en un tono íntimo. No sé si están juntos, pero hacen buena pareja, ya que ambos parecen cortados por el mismo patrón de quienes nacen en este mundillo. A diferencia de los Beaumont.

Cuando Chloé regresa, su expresión es inescrutable. Se detiene frente a mí y me evalúa una vez más con su mirada oscura.

—Tienes potencial, Marian —dice al fin—. El menú es lo bastante sofisticado como para que no se note que te has inspirado demasiado en otras recetas. Y el resultado es… degustable. Pero, definitivamente, te hace falta inscribirte en mi curso para llegar a ser buena de verdad.

En un primer momento, sus palabras me hieren, pero apenas dura unos segundos, porque mis ojos se desvían hacia los asistentes que disfrutan de mis postres por detrás de ella, y el orgullo desdibuja su comentario.

—Agradezco mucho sus palabras, madame Cadeau —respondo con educación—. Me esforzaré por seguir aprendiendo y creciendo.

Ella asiente antes de marcharse, y yo me quedo pensando en lo que significa ser buena de verdad. Para mí, el arte en la pastelería no reside en alcanzar una perfección aséptica, como intenté en la primera prueba de degustación, sino en tocar corazones, provocar sonrisas y conectar con los paladares de los comensales, como cada vez que le doy a probar algo a Silvie o a Dom, o como con las crepacas. Ya no me queda duda de que lo que le dije a Dom ayer, durante nuestro paseo, es cierto. Aprecio más un consejo de quien

ha probado mis postres solo por deleitarse que de quien solo quiere acumular estrellas al mérito.

Paso el resto de la noche pensando en cómo me siento mientras hablo con los asistentes sin la rigidez del principio. Suelta, natural, en mi salsa. Y justo donde quiero estar: rodeada de gente que disfruta genuinamente de mi trabajo.

35

Dom



Domingo, 15 de diciembre de 2024

El agua caliente corre sobre mi piel y, mientras me enjabono, no puedo evitar pensar en la mujer que me espera entre mis sábanas, después de otra noche de sueño reparador compartida. El vértigo que me invade con solo pensarlo es dulce, colmado de cariño. Es nuevo para mí. En estos ocho años, no he estado con nadie a nivel sentimental. Sí he tenido rollos de una noche o que han durado algunas semanas, pero no he logrado conectar emocionalmente con ellas. Porque mi corazón ya tenía dueño y yo ni siquiera lo sabía. Así que estoy deseando descubrir los momentos que grabaremos en este nuevo camino juntos.

Cuando regreso al dormitorio, con una toalla envuelta en la cintura, la encuentro revolviendo sus cosas con el ceño fruncido. Lleva la camisa que usé anoche, mal abotonada y con la caída justa para cubrirle el culo. Un culo perfecto, precioso y redondeado, en

pompa para mí. Me tengo que recolocar la polla un momento antes de que Marián se reincorpore y deje de mirar debajo de la cama.

—¿Qué buscas? —pregunto intentando sonar casual.

Ella se vuelve hacia mí, con el cabello despeinado cayéndole sobre el rostro.

—No encuentro mi móvil. Quería comprobar si se ha subido el vídeo de hoy, pero no lo veo por ninguna parte.

Su voz está cargada de una preocupación que me lleva a acercarme a ella para ayudarla. Desenchufo el mío, que estaba cargando en la mesita de noche, y se lo entrego.

—Toma, comprueba que el vídeo se haya subido mientras echo un vistazo. La clave es tres, cero, cero, ocho, uno, cuatro.

—¿Te fías de mí para darme tu código de desbloqueo?

Me inclino sobre ella, ahora sentada en el borde de la cama, para acorralarla contra el colchón con un brazo a cada lado. La risita que suelta es nerviosa y juguetona.

—Te confiaría mi vida —ronroneo sobre sus labios antes de besarlos con ganas.

Cuando me alejo, me pongo unos calzoncillos y rebusco entre nuestra ropa de anoche, hecha un gurruño sobre la butaca de la esquina de mi dormitorio.

—¿Cuál era el código?

—Tres, cero, cero, ocho, uno, cuatro.

—Espera… —La miro sobre mi hombro y la encuentro con la vista fija en mí, con gesto de sorpresa—. Es una fecha.

—Ajá. —Dejo la ropa doblada sobre la butaca.

—Dom…

Rescato unos vaqueros de encima de la cómoda y me los pongo, sin atreverme a mirarla.

—¿Sí, cielo?

—Es la fecha de nuestro primer beso. Nuestro primer beso real.

La observo de reojo con una sonrisa dulce en los labios. Antes de darme cuenta, impacta contra mí y no nos caemos de milagro con el placaje de abrazo de oso que me ha hecho.

—Te quiero, Dom.

—Y yo a ti, estrellita.



Después de rebuscar por todo mi apartamento, concluimos que el móvil tiene que estar en la galería, puesto que Marián lo usó justo antes de salir de casa anoche para hacernos una foto. Así que la llevo allí en coche mientras le hablo de cualquier tema que se me ocurre para distraerla, pero apenas me responde con monosílabos, y tampoco me extraña. Si yo hubiera perdido el móvil, estaría mucho más inquieto que ella.

Cuando llegamos a la galería, Emma está supervisando la limpieza postexposición. Nos recibe con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—¿Qué hacéis aquí? La galería está cerrada.

—Buenos días, Emma —respondo, ante lo que ella pone los ojos en blanco—. Por casualidad, ¿alguien ha encontrado un móvil?

En cualquier otra circunstancia, si alguien hubiera encontrado un móvil sería pasto de robo; pero aquí, donde casi todos los asistentes

tenían el último modelo del teléfono que sea, dudo que alguien quisiera quedarse con uno obsoleto de hace seis años.

Emma clava la vista en el árbol de Navidad raquítico.

—No que yo sepa.

Marián cambia el peso de un pie a otro, nerviosa.

—¿Te importa si echamos un vistazo? —insisto.

Emma suelta un bufido y se sienta tras el mostrador de la entrada mientras nos dice un «sí» muy poco animado.

—¿Se puede saber qué le pasa? —me pregunta Marián en un murmullo y en español.

—No intentes entenderla, siempre tiene un humor muy voluble.

Marián y yo rebuscamos por toda la galería. Revisamos el guardarropa, bajo las mesas y algunas esculturas, por si hubiera resbalado hasta ahí. Pero no aparece. Cada vez que Marián sacude la cabeza en una negativa o se endereza tras revisar un rincón sin éxito, su frustración crece.

—Nada…

Le froto los brazos en un gesto que pretendo que sea reconfortante. Debió de caérsele por la calle, porque en el coche tampoco está. La cuestión es cuándo, porque ninguno recordamos que lo sacara después de salir de casa.

—Soy un desastre. —Marián se pellizca el puente de la nariz con los ojos llorosos—. Acabo de pagar la mensualidad de la indemnización de mi padre, y ahora mismo no puedo permitirme gastarme una pasta en un móvil nuevo.

—No pasa nada. En casa tengo uno viejo de hace un par de años.

—Dom, no puedo aceptarlo… Es demasiado.

—¿El qué? ¿Que te preste un pisapapeles que no sé ni por qué conservo? Lo bueno es que tienes todos los vídeos y las fotos en la nube, ¿no? —Asiente con la cabeza—. Pues ya está, problema solucionado. Ya me lo devolverás.

—Ojalá tener tanto dinero como para que me molestara tan poco perder un móvil —murmura contra mi pecho cuando la envuelvo en un abrazo, en una esquina apartada de la galería.

Su comentario me arranca una risa y, ante el sonido, ella sonríe aún más. Lo considero una victoria.



El murmullo de las conversaciones y el traqueteo de las maletas llenan el espacio, pero para mí todo eso queda en segundo plano. Tan solo tengo ojos y oídos para Marián, pegada a mi pecho, incapaz de soltarse de mí. Estamos plantados en mitad de la terminal de salidas del Charles de Gaulle, rodeados de viajeros apresurados y anuncios por megafonía que avisan de los próximos vuelos. Tiene el pasaporte y el billete en la mano, y la simple idea de que tenga que pasar por el control de seguridad y alejarse de mí me ha formado un nudo en la garganta.

—¿Y si ignoramos que tienes un vuelo y te quedas? —murmuro contra su cabeza.

Ella sorbe por la nariz y niega.

—No puedo. —Aunque se contiene para que no le tiemble la voz, no lo consigue—. Solo quedan cinco días para la boda, tengo que estar en Locronan para ultimarlo todo.

—Voy a echarte mucho de menos —admito, y mi voz suena más grave de lo habitual.

Marián apoya el mentón en mi pecho y me mira.

—Y yo a ti —responde en el mismo tono íntimo—. Nos vemos el viernes, ¿no? —Asiento, mudo de repente. No sé cómo aguantamos esto durante dos años, cuando nos veíamos mucho menos y no disponíamos ni de tiempo ni de tanto capital para reunirnos. Joder, solo son cuatro días separados—. No pongas esa cara. Si me miras así, no podré irme.

Con una risa que se me escapa de entre los labios relajo mis facciones, aunque la amargura sigue ahí. Le paso una mano por la mejilla, paladeando su belleza unos instantes más.

—En cuanto termine con la última campaña, me tendrás contigo.

Marián asiente, y una lágrima silenciosa le cruza la mejilla. No dice nada, pero esa muestra de vulnerabilidad habla lo suficientemente alto. Me inclino hacia ella y la beso con ternura durante tantos segundos que parecen vidas enteras. Ojalá fuera así.

—Venga, tienes que irte —murmuro contra sus labios.

Me da un último beso antes de separarse. Verla luchar por no echarse a llorar me rompe el corazón. Y, al mismo tiempo, me llena de admiración. Porque Marián es fuerte, mucho más de lo que cree.

Me quedo en la terminal y la observo hasta que desaparece entre la multitud. Solo entonces me permito soltar el aire que había estado conteniendo en una exhalación temblorosa. Que duela significa que es real. Porque cada despedida significa que habré pasado un nuevo rato con ella, y eso me consuela.

36

Marián



Sábado, 21 de diciembre de 2024

Y, por fin, llegó el día que me ha permitido vivir la mejor aventura de mi vida. La que me ha llevado a reconectar con viejos amigos, descubrirme a mí misma y volver a encontrarme con el amor de mi vida.

Abrazada a él, mientras nos mecemos a un compás lento, me doy cuenta de lo privilegiada que soy. No solo por estar rodeada de las mejores personas posibles, sino porque el salto de fe que di hace dos meses no podía haberse visto mejor recompensado.

La velada ha sido de ensueño, con una Silvie radiante, guapa a más no poder, y tremendamente enamorada de un Antoine que desprende felicidad por cada poro. La ceremonia ha sido emotiva, cargada de mensajes de familiares y amigos y de unos votos que me han arrancado un par de lágrimas. Aunque no he sido la única. ¿El mayor perjudicado? Jacques. Con la cabeza apoyada en el pecho de mi… de mi novio, lo observo bailar con su hija.

A estas horas de la noche, con la boda más que terminada, ya no queda tanta gente. Sarah, por ejemplo, se marchó con Théo Junior hace un par de horas y dejó a su marido solo. Cuando mis ojos se encuentran con los de él, me dedica un guiño cómplice y alza la copa en nuestra dirección. Como no podía haber sido de otro modo, no se ha callado los comentarios de «La próxima será la vuestra», en relación con las bodas cuando Dom y yo no llevamos ni una semana juntos. Eso sí, hay que concederle que ha sido discreto.

A ojos de los demás, que Dom y yo estemos bailando juntos responde a los deberes de compartir tiempo juntos del hermano de la novia y de una de sus mejores amigas. Tal vez debería de apartar la cabeza de su pecho, pero la mayoría van tan bebidos que pocos recordarán algo de esto. Además, el latido rítmico de su corazón sirve como nana, y me la merezco.

Tras cuatro días de estrés máximo en los que Odette, Jade y yo no hemos descansado ni un segundo, el servicio ha sido todo un éxito. El menú diseñado junto con Silvie ha hecho las delicias de todo el mundo, y la tarta, aunque pequeña para la foto y no saturar, ha quedado espectacular. Pocas sensaciones hay que me gusten más que las de un trabajo bien hecho. Así que sí, imagino que la comedia romántica, como lo apodó Irene hace tantas semanas, empieza a llegar a su fin. Solo que yo no quiero.

Quiero quedarme aquí, con Dom, en esta burbuja en la que sigo teniendo trabajo y cobrando una pasta, en la que no me replanteo mi sueño solo porque Chloé Cadeau, mi modelo a seguir, resultó ser una esnob. Supongo que no todo podía salir bien, ¿no?

—Siento interrumpir, chicos. —La voz ronca de Théo me saca de mi idilio y ambos dejamos de bailar—. Tenéis que ver esto.

La expresión demudada de su rostro me pone en alerta y lo seguimos a un rincón apartado de la pista de baile.

—Ha habido otra filtración —dice muy serio y le entrega el móvil a Dom.

Cualquier rastro de color desaparece de su cara cuando acepta el teléfono y reproduce el vídeo. Me asomo por un lateral para verlo yo también, y me quedo lívida al reconocerlo con una claridad inquietante: Dom sale de la ducha solo con una toalla y avanza hacia la cámara con una expresión furiosa mientras maldice al confundirme con un paparazzi. Mi caída estrepitosa y el móvil que salta por los aires. En ese momento me pareció una situación surrealista, casi cómica, pero ahora… Ahora que sé que el anterior escándalo de Dom fue por violencia, y que aún está a la espera de un veredicto por parte de la Federación que le podría hacer perder sus medallas y todo su trabajo…, veo lo mucho que se puede malinterpretar ese vídeo.

—Dios mío —susurro, y me llevo las manos a la boca—. Pero… ¿cómo lo han conseguido? No pueden…

Me callo de golpe, con la vista perdida. Cuando alzo la mirada hacia Dom de nuevo, la tensión de su mandíbula me dice que él piensa lo mismo que yo.

—No perdí el móvil —concluyo en un murmullo.

Él, rígido como una piedra, niega con la cabeza.

—No lo creo, no. Probablemente te lo robaran en la galería. —Su voz se ha convertido en un susurro cargado de culpa y frustración—. Da igual, lo arreglaré. No dejaré que esto te afecte.

Pero es demasiado tarde.

El miedo se enrosca en mi pecho, me aprieta tanto que me cuesta respirar. Mi mente se llena de imágenes de titulares sensacionalistas y comentarios venenosos en redes sociales. Sé cómo funciona esto. Hablarán de mí. Me diseccionarán. Cada rincón oscuro de mi vida quedará expuesto al mundo.

De repente, me veo en la sala de espera del hospital, con los policías que nos confirman que nuestra vida va a cambiar, con la angustia de mi madre a mi lado, que llora a mares sobre mi hombro y me aprieta la mano con tanta fuerza que creo que me la va a partir. La ansiedad me golpea con tanta fuerza que dejo de respirar.

—No puedo… No puedo… —mascullo, con las lágrimas ardiéndome en los ojos y empiezo a abanicarme.

—Marián —me llama Dom. Su voz firme está cargada de angustia, y eso se me clava en el pecho—. Estoy aquí. Estoy contigo. No estás sola.

Me conduce hasta una de las sillas de los laterales de la pista de baile y me obliga a sentarme. Después, me empuja la cabeza hacia delante, hasta tenerla entre las rodillas. Aquí abajo se respira mejor. Al menos un poco.

—Voy a protegerte. Pase lo que pase, voy a protegerte.

—No entiendes lo que esto significa para mí —balbuceo. Oh, Dios, a saber qué más habrán encontrado en mi móvil. ¿Nos hicimos alguna foto comprometida después de acostarnos juntos? ¿Algún mensaje de texto que se pueda sacar de contexto? No puede ser verdad que esté reviviendo mi mayor pesadilla precisamente hoy—. No es solo tu imagen, ¡también la mía! ¡La de mi familia! ¡Es mi vida la que van a diseccionar y poner en tela de juicio!

Estoy teniendo un ataque de pánico, lo sé, pero saberlo me hace un flaco favor porque me siento estúpida y eso hace que todo me abrume con más fuerza.

—No —suelta, tajante.

—¿Qué?

Sus manos viajan de mi espalda a mis mejillas y ahora, arrodillado frente a mí, me alza la cabeza y me limpia las lágrimas para que lo vea bien, sin la pátina acuosa del llanto de por medio. Su semblante está más serio de lo que lo he visto nunca, con una convicción casi aterradora.

—Que eso no va a pasar, porque no dejaré que asocien nada de esto contigo.

—Dom…

—No, Marián —dice con la voz temblorosa.

—Es cuestión de tiempo que algo me salpique. No puedes protegerme de esto. No puedes protegerme de tu realidad.

Dom guarda silencio conteniendo el aliento. Y es verdad. Tal vez hoy nos libremos de esta situación, pero ¿y mañana? ¿Y pasado? ¿Qué ocurrirá entonces? Siempre habrá un tiburón dispuesto a morderle en la yugular, a él, a su hermana, a su padre. A cualquier Beaumont.

—Te lo demostraré —dice con todo el convencimiento del mundo.

Y esta vez, soy yo la que se queda sin aliento.

Porque esa variación de lo que tantas otras veces nos prometimos me devuelve de golpe a nuestro pasado. A esos dos maravillosos años que compartimos sin concretar siquiera que fuéramos una pareja. A los otros cuatro en los que fuimos amigos, en los que

reímos con ganas y forjamos una relación que nos ha traído hasta aquí.

Dom me envuelve en un abrazo, y por un instante me permito apoyarme en él, buscar una calma que parece inalcanzable. Lo siento como una despedida, y no entiendo por qué, pero eso hace que el corazón se me apriete en un puño. Por eso, me centro en sus latidos, que me llegan encabritados al tener la oreja apoyada en su pecho. Echo de menos la nana que me estaba cantando antes, porque ahora está aterrado, tanto o más que yo. Y, aun así, no quiere rendirse.

Algo dentro de mí hace clic.

No voy a huir. No puedo. Esta vez no.

Porque la mera posibilidad de perderlo duele más que el saber que me diseccionarán como a una rana. Me separo de él, lo justo para mirarlo a los ojos.

—Contaré la verdad. Aclararé lo que pasó en realidad. No tengo nada que ocultar.

Si me quieren abrir en canal, que lo hagan. Dom vale mucho más que ese miedo. Pero él niega con la cabeza.

—No. Ni hablar. No voy a exponerte a eso, Marián.

Su tono es tan tajante que me deja helada.

—Pero… —comienzo a decir para intentar razonar con él.

—¡No! —me interrumpe. Se pone en pie y se pasa las manos por el pelo. Está aterrado, aterrado de verdad. Y eso me lleva al borde de las lágrimas de nuevo—. No sé si entiendes lo que está en juego. No es solo un malentendido que se pueda aclarar con unas palabras. Los medios no buscan la verdad, buscan carnaza, y tú… Tú eres

demasiado importante para mí como para dejar que te hagan eso. Como para ver cómo te lo hacen.

Me pongo en pie, con una mezcla de frustración y desamparo bombeando junto a mi corazón.

—Entonces ¿qué? ¿Cuál es tu plan? Porque, tal y como yo lo veo, esto está fuera de nuestro control. No podemos escondernos para siempre, Dom.

—Chicos, deberíais hablar fuera —nos sugiere Théo.

—¡Ey! ¿Qué pasa, parejita? —pregunta Bastian, que se ha dado cuenta de que ocurre algo, aunque va borrachísimo.

—Yo no pienso esconderme —dice Dom, ajeno a todos—. Pero a ti voy a sacarte de aquí.

Lo miro incrédula.

—¿Qué?

—Te llevaré a Marbella —responde, como si fuera la solución más obvia del mundo—. Allí estarás a salvo mientras lo soluciono.

La indignación me recorre de pies a cabeza.

—¿Que estaré a salvo? ¿Me sacas del país y ya está? Dom, ¿te estás oyendo? Hablamos de la prensa, es internacional. No tiene barreras ni fronteras. Tampoco se trata de una cuestión de mi seguridad, sino de nosotros. De nuestra relación. ¿Cómo crees que me sentiré si me mandas lejos, como si fuera un problema que necesitas aparcar?

—No es eso. —En su tono distingo derrota y culpa—. Es lo único que puedo hacer ahora para garantizar que esto no te afecte más de la cuenta.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Te quedas aquí, luchando solo, mientras que yo estoy a miles de kilómetros sin poder hacer nada? —Se me

quiebra la voz, y sé que las lágrimas están a punto de caer otra vez —. Dom, esa no es la solución, es una forma de rendirse.

—Marián… —comienza, pero yo alzo una mano para detenerlo.

—No, déjame terminar. ¿Esto es lo que somos? ¿Una relación que se rompe por la presión? Porque, si es así, dímelo ahora. Dime ahora si este es el principio del fin y me iré yo solita.

—Uuuh… —suelta Bastian.

Por primera vez en mi vida, me entran ganas de pegarle un puñetazo a alguien. Ganas de verdad. Théo sabe leer la furia en mi mirada, porque agarra a Bastian del hombro y lo aleja de nosotros.

Dom se queda callado, y esa falta de palabras me rompe más que cualquier cosa que pudiera haber dicho. Al fin, se sienta y baja la mirada, como si no soportase sostenérmela. En esta ocasión, soy yo la que se arrodilla frente a él, porque se nos están yendo las cosas de las manos y uno de los dos tiene que aportar la racionalidad que nos hace falta.

Con tacto, le encierro el rostro entre las manos y lo inclino para que me mire.

—Siento haberte dado ese ultimátum, no era mi intención — reconozco en un murmullo tembloroso—. Me he calentado.

Aunque me mira, los ojos de Dom están cargados de vacío. Le acaricio la mejilla y él responde a mi contacto cerrando los ojos con un suspiro de placer.

—En el pasado, cometí el error de dejarme arrastrar por el miedo, y mira a lo que nos condujo. Te cerré la puerta y no te permití ser fuerte por mí, porque no confié en que lo que sentíamos era lo suficientemente grande y recíproco. Pero ahora lo sé. Lo supe entonces y lo sé ahora: eres el amor de mi vida, y no volveré a

rendirme sin luchar hasta mi último aliento. Porque tú lo mereces, Dominique.

Sin siquiera parpadear, una lágrima resbala por su mejilla y yo me apresuro a enjugarla.

—Por una vez, déjame protegerte. Déjame protegernos.

Nos quedamos en silencio tanto tiempo que, durante un breve instante, albergo la duda de que me vaya a meter en su jet privado a la fuerza para mandarme de vuelta a Marbella. Pero no es eso lo que hace, sino suspirar hasta desinflarse y encerrarme en un abrazo prieto, de esos que sanan.

—Te quiero tanto, Marián… —murmura contra mi cuello.

El corazón se me encoge y tengo que tomar una bocanada temblorosa de aire para hablar.

—Yo también. Y no dejaré que nadie nos arrebate esto. Nunca más.

37

Marián



Domingo, 22 de diciembre de 2024

El domingo por la mañana despierto antes que Dom, en parte porque se quedó hasta las tantas hablando con Théo y su gabinete de prensa para ver cómo podíamos gestionar la situación, porque no quería molestar a su padre ni a su hermana. No sacaron nada en claro, pero apenas han pasado unas horas desde la filtración y es pronto para dar con una idea de abordaje.

Lo que sí sé es que tengo que poner al día a mis seres queridos, por si esto les salpica de algún modo y para hacerles saber que estoy bien. Y lo estoy. Mientras Dom hablaba con Théo, busqué mi nombre en Google y no encontré nada que no supiera ya: mis redes sociales, mi canal de YouTube y los cursos y concursos en los que he participado a lo largo de mi vida, además de algunos artículos muy buenos en el diario *El Sur* sobre el Rincón Francés y mi trabajo. En una foto en particular, rodeada de los primeros clientes de la temporada, se me veía especialmente feliz, y eso me conmovió.

Luego tocó buscar el de Dom y, Dios, cómo dolió. Su nombre estaba por todas partes, en todos los periódicos, revistas y programas de cotilleos franceses. Hasta encontré un par más en inglés. Estaban tergiversando las imágenes todo lo que podían y más, sobre todo porque Dom no se había pronunciado nada más filtrarse.

Mientras investigaba, terminé dando con el famoso vídeo de la discoteca. Hasta entonces no había querido verlo, porque no es plato de buen gusto ver a tu novio borracho liándose a puñetazo limpio con otro borracho. No quería enturbiar la imagen que tengo de él ni un poquito. Pero me di cuenta de que eso también forma parte de él. De que no es un ser violento, sino todo lo contrario, y aun así lleva dentro un instinto de protección que se le escapó de la peor forma posible, de una muy reprochable y por la que él mismo se martiriza.

Sin embargo, mi dedo se movió solo y puse el dichoso vídeo. Lo repetí una y otra vez, hasta que Dom volvió a la casa de invitados, lo ayudé a ponerse el pijama y lo abracé hasta que se quedó dormido. Ahora, prefiero dejarlo descansar mientras me enfrento a la siguiente batalla: hablar con mi madre.

Es temprano, así que dejo a Irene para después, sobre todo porque va a montar un pollo para el que, primero, necesito tomarme un café. Opto por hacer una videollamada con mi madre, para que pueda verme la cara y compruebe que estoy bien de verdad. Cuando descuelga, todo lo que veo es negro, y eso me enternece.

—Mamá, estoy viendo tu oreja.

—¿Qué? ¡Ah! Oh, cariño, perdona.

Se separa el móvil y me enseña la cara, aún un poco dormida.

—¿Te he despertado? —pregunto. Mamá se mueve por la casa hasta llegar al sofá y… Un momento—. ¡No estás en tu casa!

—¡Shhh, calla, Marián!

—¡No estás en tu casa! ¡Estás en casa de papá! —sigo, emocionada. Mi madre empieza a ponerse roja—. ¿Qué haces ahí a las ocho de la mañana?

Mamá suspira y se frota la sien.

—Llevo… Llevo unos días durmiendo aquí.

La sorpresa me invade y no puedo evitar mirarla con los ojos bien abiertos.

—Cuando te fuiste —me explica con un ligero temblor en la voz—, tu padre se dio cuenta de que ibas en serio. De que te habías marchado de verdad, tal vez para no volver. Y eso lo golpeó más fuerte de lo que esperaba. Me dijo que no podía seguir así, que su vida se estaba yendo a la mierda, y le pidió ayuda a su médico de cabecera. Lleva trabajando en ello desde poco después de que volvieras.

Me quedo en silencio procesando sus palabras.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Cuando te dije que lo mantendría vigilado, yo tampoco lo sabía. Me lo contó un tiempo después. Y luego… Pensé que era mejor no darte esperanzas, por si tu padre fallaba. —Sonríe con amargura—. Aún le cuesta. No es fácil, pero está intentando salir del alcoholismo. Sigue las recomendaciones del médico, va a un grupo de apoyo y… lleva tres semanas sobrio.

Es… Es mucho. Soy una hija terrible, porque he estado tan centrada en mi propio bienestar que no me he dado cuenta de que él podía necesitarme. Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Siento no haber estado ahí para él.

—No, cariño. —Mi madre se pega más al teléfono, como si buscara mi contacto físico—. Esto era lo que le hacía falta, que no estuvieras para sacarle las castañas del fuego. Tú has conseguido esto.

La miro con un nudo en la garganta, el labio inferior me tiembla por la contención. Me alegro mucho por ellos, y me duele tener que romper su felicidad con el problema que tenemos Dom y yo. Me ha costado, pero he aprendido que una familia se conforma por los distintos vértices que sostienen el peso de la unión entre sí, que no sirve de nada hacerlo sobre un único pilar que puede venirse abajo en cualquier momento. Así que se lo cuento todo.



Mamá se lo ha tomado con sorprendente frialdad. No sé si son los años de experiencia que me saca o que está muy en paz con su vida, con nuestras vidas, pero me anima y me escucha, y me asegura que todo saldrá bien. Estamos a punto de despedirnos cuando me salta una notificación de que están intentando hacerme otra videollamada. Es Irene.

Preocupada, porque solo son las nueve de la mañana y, como es domingo, debería estar durmiendo, me despido de mi madre y acepto la llamada. Supongo que cuanto antes me lo quite de en medio, mejor, porque sé que ella no va a reaccionar con la misma calma que mi madre.

—¿Tú sabías esto? —me pregunta nada más descolgar.

Pongo los ojos en blanco.

—Buenos días a ti también, amig…

Las palabras mueren en mi boca al darme cuenta de lo que me muestra. Es el edificio principal del resort en el que he trabajado desde los dieciséis años, al que mi padre le dedicó casi toda su vida, y que ya… Ya no se llama Marbella Paradise Resort, sino Marbella Beaumont.

La mandíbula se me desencaja, y hasta me froto los ojos por si las legañas me estuvieran traicionando. Pero no. El rótulo está ahí, arriba del todo, en la azotea, tan grande que seguro que las letras son más grandes que yo. Beaumont no es un apellido tan común para que sea otra persona. Eso es… ¡Eso es de Jacques!

—¿Qué narices…?

—Lo que imaginaba —dice Irene, lo que me recuerda que está en llamada conmigo. Le da la vuelta a la cámara y ahora sí, la veo con el pelo desordenado recogido en un moño y las gafas de sol puestas —. Ese tío no para, ¿eh?

Su tono es jocoso, ajena a todo lo que se viene porque es imposible que lo sepa, ya que le importan un comino los cotilleos. Y en parte eso me alivia, pero lo del hotel…

—¿Estás bien, nena?

No lo sé, las cosas como son, porque que Jacques sea dueño del hotel… No tengo tiempo de seguir por esa línea de pensamiento, porque entonces me fijo bien en mi mejor amiga y me doy cuenta de que en el reflejo de sus gafas de sol se intuye la silueta de una persona esperándola, delante de ella, lo bastante cerca como para que no sea un borrón sin más.

—¡¿Con quién estás?!

La sonrisa de Irene muere y pone esa cara de: «Mierda, me han pillado», que tantas veces le he visto.

—¡Desembucha, perra! —le grito con un susurro entre risas para no despertar a Dom.

—¿Qué dices? Estoy sola. —Veo cierto movimiento en sus hombros y la figura desaparece del reflejo de sus gafas.

—¿Sola? ¿Tú? ¿Un domingo por la mañana en el paseo marítimo? ¡Qué digo! En el Marbella Paradise, ¡que está a ocho kilómetros de tu casa!

—¿Tan raro te parece? —masculla.

¡La he pillado! ¿Es eso? ¿Todo este tiempo estaba tan rara porque ha estado saliendo con alguien? La simple idea me pellizca el corazón, porque no ha querido contármelo. Aunque en el fondo, no puedo reprochárselo. Ella solo se enamoró una vez, del padre de Sofía, y nada fue precisamente bien, que digamos. Desde entonces, es muy recelosa con sus conquistas.

Al instante, se me dibuja una sonrisa boba en los labios.

—Teniendo en cuenta lo mucho que me costaba que accedieras a dar un paseo con Sofía y conmigo por las mañanas, sí.

Ella bufa y sé que pone los ojos en blanco tras las gafas de sol. Ahora que sé que esto era lo que estaba pasando en su vida, o al menos parte de ello, me quedo más tranquila. Porque me lo contará cuando esté preparada. Porque yo tampoco le he contado el nuevo punto en el que estoy con Dom.

—Oye, solo te llamaba para enterarme del chisme de tu nuevo suegro —bromea, aunque sea verdad, supongo—, pero, si tampoco lo sabes, no me sirves.

—Ya te vale —río entre dientes.

—Te dejo, que tengo que seguir con mi intenso paseo matutino.

—Sí, no vaya a ser que quien sea que esté contigo se te escape.

Ríe por la nariz y, por la inclinación de su rostro, me parece que mira más allá del móvil. En sus labios se dibuja una sonrisa que solo le ha dedicado a una persona desde que la conozco: a Sofía. Uf, esto es muy gordo. Por eso, me despido de ella y decido que es mejor contarle lo de la filtración en otro momento, cuando esté sola y no vaya a pincharle la burbuja de felicidad.

Al colgar, abro el navegador para buscar información sobre la absorción del hotel por parte de Beaumont Enterprise, para comprobar si mis sospechas son ciertas. No sé qué haré de ser así, pero necesito saber si todo esto ha sido cosa del destino o de… de una celestina.

En cuanto abro el navegador, ante mí se muestra lo último que estuve buscando esta madrugada. El vídeo de Dom. Con ese fogonazo de realidad, dos conceptos tan alejados como evidentes se relacionan en mi mente. Y esta se convierte en tal torbellino que me mareo y me tengo que sentar en una de las banquetas para respirar hondo y regular la tensión de mi cuerpo.

Me muerdo el labio inferior, deseando que lo que sospecho no sea verdad. Recuerdo claramente que Dom me dijo que estuvo en la fiesta con Silvie, Antoine, Bastian y Emma, además de otra gente que venía del círculo de Bastian. El chico al que pegó estuvo metiéndose con Silvie por ser bisexual, pero… ¿quién podía saber eso? Hasta donde yo sé Silvie nunca ha proclamado su orientación a los cuatro vientos, tampoco ha salido con mujeres —en público—, solo lo sabíamos quienes lo vivimos o, tal vez, su círculo cercano… Y el chico ese, además, era amigo de Bastian. ¿Y dónde estaba

Bastian en el momento en el que Dom se abalanza sobre él? Retrocedo el vídeo y lo repaso una y otra vez. No hay ni rastro de Emma. Quien sí aparece es Bastian, en un lateral. Apartado, en lugar de intentar separar a Dom. Porque si tu mejor amigo, karateka olímpico, se lanza a partirle la boca a quien sea solo hay dos opciones: o te sumas o intentas poner orden. Y Bastian no hace nada de eso, sino que se queda observando. Y… durante un microsegundo mira a cámara. Es tan fugaz que apenas se percibe a menos que te fijes.

Él sabía quién lo estaba grabando.

Las piezas empiezan a encajar en mi mente con tanta violencia que creo que voy a vomitar.

Bastian perdió la compra de un hotel en el que llevaba mucho tiempo trabajando, y eso fue un duro golpe. Uno que, por fechas, coincidió con la victoria de Dom en los juegos de París. Un hotel… ¿Será casualidad?

¿Y si…?

—Joder —mascullo mientras le escribo a Irene para que me mande una foto del hotel, y lo hace al instante.

Al entrar en el dormitorio, me encuentro a Dom abrazado a mi almohada, como si extrañara mi calor y mi fragancia, y eso me comprime el pecho. Porque si mis sospechas son ciertas… Dios, lo voy a destrozar. Pero no me lo puedo callar, no puedo ocultar lo que he descubierto cuando hay alguien intentando hacerle tanto daño, a él y a su familia. Me acerco con cuidado y me siento en el borde de la cama, inclinada sobre él para apartarle algunos mechones rebeldes de la frente.

El corazón me late a mil por los nervios de tener que contarle mis preocupaciones; aun así, me tomo mi tiempo en despertarlo, porque suficientes sobresaltos ha tenido ya.

—Buenos días, princesa —murmura tras una inhalación profunda para despertarse.

—Buenos días.

Abre solo un ojo para mirarme y sus labios se curvan con una pillería que me encanta. Acto seguido, me agarra de la muñeca y tira de mí hasta caer sobre él. Se me escapa una risa y él me envuelve en un abrazo prieto de esos que te llegan hasta el corazón.

—Ahora sí son buenos días —murmura contra mi pelo antes de besarme la cabeza.

Dejo que me dé arrumacos durante unos minutos, hasta que se despierta del todo, y entonces le enseño la foto del Marbella… Beaumont.

—¿Sabías algo de esto? —Dom se queda callado unos segundos, con los ojos entrecerrados mientras intenta distinguir lo que pone con la claridad de un día especialmente soleado y sin las gafas—. ¿Sabías que tu padre ha comprado el Marbella Paradise Resort?

—No. Yo me desligué de sus negocios hace mucho, nunca sé en qué anda metido, y lo prefiero así.

Me muerdo el labio inferior, inquieta.

—Por casualidad, ¿sabes qué hotel perdió Bastian?

—No… —Guarda silencio, atando los mismos cabos que he atado yo—. Es imposible, Marián.

Dom me suelta y se sienta sobre la cama.

—¿Tú crees? Porque yo veo muchas coincidencias.

—¿A qué te refieres?

Planto una mano frente a su rostro para enumerar cada uno de los datos que le doy.

—¿Sabes por qué acabé en la fiesta de Bastian? Porque me lo crucé en la crepería de Odette, aquí, en Locronan, unos días antes.

—¿Aquí?

Dom frunce el ceño.

—Sí, me dijo que iba o venía de una reunión con tu padre, no me acuerdo. Pero sé que dijo que estaba aquí para hablar con él.

—Es raro, pero eso no significa que…

—A la galería —lo interrumpo— llegamos cuando todavía no había nadie, solo los trabajadores. Nadie pudo ver mi abrigo ni mi bolso para saber cuál era y robarme el móvil. Móvil cuyo contenido están usando ahora.

—No te sigo.

—¿Sabes quién sí nos vio? Emma.

La estupefacción le golpea el rostro intentando seguir mis pasos.

—Emma y Bastian son muy íntimos, ¿verdad? —aventuro, ante lo que Dom asiente—. ¿Y si ella le dijo cuáles eran nuestros abrigos y Bastian aprovechó cuando entró en el guardarropa para buscar algo incriminatorio? Tú tenías tu móvil encima, pero, si sospechaba que estábamos juntos, no me parece tan descabellado que cogiera el mío. Además, llegó a la galería bebido, imagino que un aliciente al valor cuando vas a robarle a la que crees que es la novia de tu mejor amigo. Como mínimo, su ex.

—Marián, es imposible, Bastian ha estado conmigo en todo…

—¡Escúchame, Dom! —Guarda silencio. Si le molesta que le haya gritado, no dice nada—. ¿Con quién pasaste la noche el día del vídeo de la pelea?

Dom aprieta la mandíbula y coge aire antes de responder:

—Con Silvie, Antoine, Bastian y Emma.

—Me dijiste que tu hermana y Antoine se fueron pronto. —Asiente con la cabeza—. ¿Llegaste a ver el vídeo con tus propios ojos?

—Solo una vez.

—Bien, pues yo lo he visto unas cien veces. ¿Y sabes qué no he visto? A tu mejor amigo separándote del tío al que le estabas partiendo la cara, tío que, para empezar, no tenía ni que saber que tu hermana es bi. Te separó otro chaval que no sé quién es, pero no tu supuesto mejor amigo. Él se mantuvo al margen. ¿Y sabes quién tampoco aparece? Emma.

—Marián, estás sugiriendo algo muy serio.

—Estoy sugiriendo una posibilidad.

—Remota.

Ambos guardamos silencio, y mentalmente le imploro que me crea.

—No. No, Marián, no. —Niega con la cabeza, como si verbalizarlo fuera insuficiente, y se pone en pie—. ¿Te estás oyendo? Dices que mi mejor amigo, mi hermano, vendió ese vídeo para empañar la imagen de mi familia.

—Solo digo que es posible, que deberíamos pensarlo.

Yo también me levanto, con el pulso acelerado.

—¿Basándote en qué? ¿En una maldita coincidencia? —Levanta la voz, incrédulo, y se aprieta los ojos.

—Dom… —Lo miro con desesperación—. Conoces bien este mundo. Tu mundo. ¿De verdad estás tan seguro? ¿De verdad, después de exponerte esto, no tienes ni la más mínima duda?

Entiendo que pueda dolerle aceptarlo, porque es su mejor amigo y sería una traición muy gorda, pero que se cierre en banda… El silencio que se instala entre ambos es pesado, opresivo. Dom me mira como si hubiera sido yo la que lo ha traicionado. Despacio, doy un paso hacia él, que tiene la vista perdida. Al ver que no se aparta, que es consciente de que no soy yo la que le genera ese dolor, doy otro hasta poder acariciarle el brazo.

—Tienes que hablar con él —insisto, más suave esta vez—. No podemos fingir que la duda no existe. Porque si hay una mínima posibilidad de que él…

—No —me corta con dureza—. No voy a acusarlo de algo así con simples conjeturas.

—Busca pruebas, habla con tu padre. O exponle tus temores, porque si no fue él y de verdad es un buen amigo, entenderá tus dudas con todo en lo que estás metido. Yo sospecharía hasta de mi sombra. Pero no puedes seguir viviendo con esa venda en los ojos, Dom.

Aprieta la mandíbula, todos los músculos de su cuerpo en tensión absoluta, la respiración agitada. Por un momento, parece a punto de replicar, de gritarme que me calle y que deje de meterme con su mejor amigo. Y no lo culpo, si alguien dijera algo parecido de Irene… Dios, golpearía antes de preguntar.

Pero entonces me mira, y distingo un atisbo de duda centellear en su mirada.

—¿Por qué iba a hacerlo? No tiene sentido —susurra.

—Si Bastian perdió el hotel porque tu padre pujó más alto, se le adelantó o lo que fuera, no veo tan raro que se sintiera ultrajado y quisiera cobrarse una venganza. Vivís en un mundo de codicia, Dom.

Llevo años viéndolo con mis propios ojos, y esto solo me confirma lo que siempre he pensado: la mayoría de los ricos están dispuestos a vender a su propia abuela con tal de ganar un poco más de dinero. Los Beaumont sois la excepción que confirma la regla.

38

Dom



Martes, 24 de diciembre de 2024

Jamás imaginé que Marián y yo pasaríamos nuestras primeras Navidades juntos, físicamente, en esta situación. Y aquí estamos, porque la vida no deja de demostrarme que está llena de sorpresas.

El aire a nuestro alrededor se va cargando de tensión a medida que nos acercamos al estudio de Bastian, con vistas privilegiadas a la Tour Eiffel. Qué diferente es este paseo en comparación con el que dimos hace doce días. Entonces, ambos estábamos volcados en disfrutar del momento, en estirar los minutos como un chicle; ahora, buscamos prenderle fuego al mundo.

Llevo dos días luchando contra un angustioso nudo en el estómago, con la sensación de que algo en lo que llevo creyendo firmemente los últimos años es mentira y se tambalea como un edificio al que le han minado los cimientos. Y ese algo, o ese alguien, más bien, era quien yo creía mi mejor amigo.

Me paso la mano por la cara en un intento por despejarme, pero no consigo que la ansiedad se aleje; continúa ahí, latente, como un puñetazo a medio camino de impactar. Sigo sin querer creer que sea cierto, pero cada conversación con mi padre ha sido una gota más en este vaso que ya está desbordado. Sus evasivas, su forma de mirarme como si supiera algo que yo no o sospechara lo mismo que Marián, me han trastocado. Mi padre nunca ha sido un hombre sentimental, pero lo conozco demasiado bien como para saber cuándo me oculta algo. Y esta es una de esas situaciones.

Tener a Marián sentada a mi lado en el taxi es lo único que consigue mantener el estallido de rabia controlado. Tiene la mirada perdida en el paisaje gris de París, el ceño fruncido y tamborilea con los dedos sobre el muslo. Sé que también está inquieta, que este viaje es tan importante para ella como lo es para mí. Cuando anoche le dije que volvía a París para enfrentarme a Bastian y descubrir la verdad, ni siquiera lo dudó.

—Voy contigo —me soltó, tajante.

Y no fue porque desconfíe de mi capacidad para manejar la situación o porque tema que me vaya a dejar engatusar por mi mejor amigo, sino porque no quiere dejarme solo en esto. Porque no vamos a volver a huir de los problemas del otro.

Por el momento, hemos conseguido esquivar a la prensa gracias a que nos refugiamos en el *château* Beaumont, pero sabemos que no durará. El gabinete de prensa de mi padre ha insistido en que demos un comunicado para controlar la narrativa, como siempre, pero ahora mismo mi imagen personal me importa una mierda en comparación con la posibilidad de que mi mejor amigo me haya dado esa puñalada trapera.

Respiro hondo y aprieto los puños sobre las rodillas. No quiero hacerme ilusiones, no quiero pensar que Bastian tendrá una explicación lógica porque a estas alturas tengo muchas dudas de que la haya. No cuando todas las piezas encajan. Pero confrontarlo… Dios, plantarle cara a quien has considerado un hermano durante tantos años, alguien que ha estado contigo en las victorias y en las derrotas, es de lo más duro que he tenido que hacer.

—Estás muy callado —murmura Marián inclinando el rostro hacia mí.

Me obligo a relajar la expresión para intentar transmitirle mi calma fingida, pero no es tonta. Durante unos segundos, me observa con esos ojos que siempre ven más allá de lo que digo.

—Estoy… intentando no adelantarme a los acontecimientos —admito al final.

Marián asiente, pero no añade nada, se limita a entrelazar sus dedos con los míos y a darme un apretón. Ese simple gesto me ayuda a recordar que pase lo que pase en las próximas horas, no estoy solo. Que no volveré a estarlo nunca más, en realidad.

Cuando por fin estamos frente a la puerta de Bastian, respiro hondo una última vez antes de pulsar el timbre un par de veces. La puerta se abre y ahí está él, con una expresión que entremezcla sorpresa y cautela, como si supiera que mi presencia no es una buena señal. Su mandíbula se tensa y sus ojos se deslizan hacia Marián, a mi lado, antes de regresar a mí. Hay un segundo de absoluto silencio en el que el tiempo parece congelarse.

—Dom, ¡qué sorpresa! —dice intentando sonar relajado—. Feliz Nochebuena, tío.

Emma aparece detrás de él; en su rostro se refleja una tensión que trata de disimular. Entro sin invitación y paso junto a ambos seguido de Marián. Al llegar al salón, dejo caer un grueso sobre encima de la mesa central.

—Tienes una oportunidad de explicarte, Bast.

Él se queda petrificado un momento antes de recomponerse y servirse una copa de whisky.

—No sé de qué hablas —responde con voz grave, la misma que usaba para tranquilizarme en los momentos de crisis. Ahora me irrita.

—No te hagas el tonto, Bastian —gruño, y doy un paso hacia él—. Sé que mi padre fue quien te robó el activo, que el hotel que compró era el Marbella Paradise Resort, así que no me tomes por idiota. —Un músculo se crispa en su mandíbula—. Dime, ¿fuiste tú quien filtró el vídeo de la pelea?

A estas alturas, casi que me da igual la última filtración. Su expresión cambia, se endurece aún más. Con movimientos muy cuidados, deja el vaso sobre la mesa de centro.

—Te has vuelto loco —dice entre dientes.

Emma se acerca a él por la espalda y apoya una mano en su brazo para transmitirle su apoyo, pero yo no aparto la vista de mi supuesto mejor amigo. Porque en su rostro no veo la incredulidad por un ataque tan directo a nuestra amistad, sino un escudo hermético bajo el que protegerse.

—¿Tú crees? —espeto con amargura. Miro a Marián para que me dé fuerzas y ella asiente con la cabeza—. A mí me parece que todo encaja demasiado bien. Si quieres, te enumero las razones una por una.

Bastian cierra las manos en puños y da un paso hacia mí, encarándome. Como si yo no fuera el experto de los dos en eso. Y esos huevos, ese arrojo, suponen un clavo más sobre nuestra relación.

—Me estás acusando de algo muy chungo, Dom —masculla—. No te conviene ir por ahí.

—Pues si no me conviene, ¡dime que es mentira, joder! —Mi paciencia explota y el eco de mi voz llena la estancia—. ¡Dímelo a la cara! ¡Demuéstrame que estoy siendo un completo capullo y quédate con la razón! Nada me gustaría más que dártela y pedirte perdón, Bast.

Lo último me sale casi como una súplica que odio, pero él no dice nada, y su silencio vale más que mil palabras. Lo veo en sus iris, en el modo de rehuirme la mirada.

Saco el móvil del bolsillo de los vaqueros y, con un rápido movimiento, abro el vídeo de la pelea. La imagen de mí mismo fuera de control al lanzarme contra ese tío mientras Bastian simplemente estaba ahí, sin hacer nada, me revuelve las tripas una vez más. No hizo nada. No me detuvo. Solo… miró. Y teniendo en cuenta que ahora se presenta muy gallito al plantarme cara, es evidente que no es de los que no se meterían en una pelea por su mejor amigo. Salvo que ese mejor amigo ya no lo sea.

—Incluso aunque tú no lo filtraras, ¿cómo explicas esto? —La voz me tiembla de rabia e impotencia y Marián se tensa a mi lado—. ¡Eras mi mejor amigo, joder! ¡Y tuvo que separarme alguien a quien ni siquiera conozco! Me dejaste tirado. Dime, ¿te divertiste al verme caer en ese infierno mientras me sentía como una puta mierda?

—No es tan sencillo como lo pintas.

—Pues explícanoslo —interviene Marián en tono conciliador.

—Tú cállate, que esto no va contigo —le espeta.

Marián ni parpadea, pero en mí de repente bulle una rabia que ni se compara a la de la traición. Es mucho más visceral, más primaria y reactiva. Doy un paso hacia él y lo agarro del jersey.

—Ni se te ocurra hablarle así. —Mi voz es pura amenaza.

Bastian me sostiene la mirada un segundo, con las aletas de la nariz hinchadas por la respiración agitada.

—Confié en ti, Bast —susurro; dejo que vea la vulnerabilidad y lo suelto. Porque aunque mi cuerpo me pida pelearme, vengarme y desahogarme por lo que me ha hecho, mi corazón es débil. O más fuerte, según como lo mire, por eso añado—: Eras como un hermano para mí.

Él resopla, da un paso atrás y se pasa la mano por la cabellera negra. Entonces, como si algo dentro de él hiciera clic, su mirada se ve empañaba por el pesar y sus labios se aprietan con dureza.

—¿Un hermano? —Ríe, incrédulo—. A un hermano se lo apoya cuando lo necesita. ¡Y tú no lo hiciste! ¡Me vendiste a los perros! Eres un puto hipócrita.

—¿De qué coño hablas?

—Vienes aquí a acusarme de traición. A decirme que te he fallado. Y tú qué, ¿eh? No mediaste por mí para que tu padre no comprara el activo por el que yo llevaba años trabajando.

Se me escapa una risa sarcástica.

—No puedes estar hablando en serio. Sabes que yo no me meto en los negocios de mi padre. No sabía que él había comprado el Marbella Paradise Resort ni que ese era el puto activo tras el que tú ibas.

—Y una mierda. Un tío como tú no se quedaría como segundón ante la fortuna y el imperio de su padre. ¡Eres medallista olímpico! ¡Has ganado dos putos oros! Llevas la conquista y la gloria en la sangre. Jugaste conmigo y me dejaste en la estacada.

Entrecierro los ojos y me obligo a apretar los puños para serenarme.

—Jamás te he mentido. Si necesitabas mi ayuda y que mediara con mi padre para convencerlo de que te dejara el caramelo a ti, deberías habérmelo dicho. Porque en eso consiste la amistad, en pedir ayuda cuando se necesita. Y no en pegar puñaladas por la espalda en busca de una estúpida venganza.

En esta ocasión, es él quien deja escapar la risa sarcástica.

—No llegarás a entenderlo nunca —replica—. Tú siempre lo has tenido todo, Dom. Éxito, respeto, una familia que te adora… Yo solo quería labrarme mi camino y nivelar un poco el terreno.

—¡¿Nivelar el terreno?! ¡¿Cómo?! ¡¿Destruyéndonos a mí y a mi familia por el camino?! ¡¿Jodiéndome la vida?!

A la mierda la templanza, que le grite es lo último que se merece. Emma, que hasta ahora había permanecido callada, da un paso adelante para intervenir.

—Dom, tú no sabes lo que es… —empieza, pero mi novia la interrumpe con un tono gélido que no le había oído nunca.

—No intentes justificarte. —Marián mantiene la postura firme con los ojos llenos de desdén. Es una campeona nata—. Sabíais perfectamente lo que hacíais. Y tú eres tan culpable como él.

Emma retrocede, incapaz de sostenerle la mirada. Bastian intenta añadir algo, pero levanto una mano para detenerlo.

—Esto se acaba aquí —atajo con una frialdad arrasadora—. La próxima noticia mía que tengáis será a través de mis abogados.

Con los documentos que ha preparado nuestro bufete en medio de la mesa, abandono el estudio de Bastian agarrado de la mano de Marián. Cuando salimos, el aire fresco me golpea el rostro en una bofetada que necesitaba para templar el estallido de ira de mi pecho.

—¿Qué eran esos papeles? —me pregunta.

—En este mundillo, siempre es preferible evitar pisar los juzgados para no manchar más la imagen de nadie. Así que es un acuerdo de compensación por daños y perjuicios, uno que espero que acepten, porque, si no, pienso acabar con ellos.

39

Marián



Miércoles, 25 de diciembre de 2024

Jamás pensé que acabaría sentada frente a un *château* del siglo…, no sé, ¿XV?, ¿XVIII? Da igual, que acabaría sentada frente a un *château* de época con una mesa cubierta de micrófonos y grabadoras. Y aquí estamos. Lo que me demuestra, una vez más, que la vida es una puñetera caja de sorpresas que se podría mantener cerrada durante una temporada, digo yo.

Todo está listo para la rueda de prensa. Tengo a Dom a mi lado, revisando las notas que Jacques y su equipo han preparado para nosotros. Aunque se lo sabe de memoria, le tiemblan un poco las manos. Por mi parte, intento aparentar calma, pero la realidad es que podría erradicar la sed en el mundo con el sudor de mi canalillo y del bajoteto.

Jacques, Silvie, Antoine y Théo están con nosotros, al otro lado de las escaleras; observan cómo los periodistas terminan de acomodarse. Monsieur Beaumont impone incluso en silencio, y su presencia, junto con la de los demás, es un recordatorio de que Dom

no está solo. De que ninguno lo estamos. Mis ojos conectan con los de mi cuñada y esta me dedica una sonrisa cálida antes de alzar los pulgares al cielo.

—Aún podemos echarnos atrás —me susurra Dom al oído.

Sacudo la cabeza, mirándolo a esos ojos cargados de determinación que tanto admiro.

—No. Es hora de enfrentarnos a los problemas juntos.

Por debajo de la mesa, mi mano se entrelaza con la suya. Le suda la palma, y no me extraña. Aun así, me aferro a ella, como si eso pudiera estabilizarme, y juntos nos enfrentamos al mar de cámaras que tenemos delante.

El cuchicheo de los periodistas se atenúa cuando ven a monsieur Beaumont, ataviado con un traje que le sienta como un guante, acercarse a la mesa. Entonces, se inclina sobre los micrófonos.

—Buenos días a todos y feliz Navidad —comienza con su calma habitual—. Antes de que mi hijo Dominique tome la palabra, me gustaría agradecerles que hayan venido hasta aquí con tan poco margen y en una fecha tan señalada. Como familia, hemos pensado que la mejor manera de afrontar esta situación es con la verdad, y cuanto antes, mejor.

Jacques retrocede para darle paso a Dom, quien se inclina hacia los micrófonos con una inspiración profunda.

—Gracias a todos por venir. —Su voz, aunque tensa al principio, pronto se llena de la confianza y la seguridad que lo caracterizan—. Estamos hoy aquí para aclarar una serie de rumores y malentendidos que han circulado por los medios los últimos días.

Con honestidad, Dom explica que las filtraciones buscaron dañar no solo su imagen, sino también la de su familia. Habla de Bastian y

Emma sin mencionar nombres, y así deja claro que la traición fue un golpe personal y profesional. Cada palabra que dice está cuidadosamente elegida, pero no por ello es menos sincera.

—Estas semanas han sido un recordatorio doloroso de lo fácil que es para algunos manipular la verdad en busca de su propio beneficio. Pero también me han recordado lo importante que es mantenerse unidos. —Me lanza una mirada penetrante con la que me comprime el corazón—. Lo que ven aquí es la verdad. Lo real. Como seres humanos, jamás llegaremos a ser perfectos, pero al menos podemos ser lo más honestos posible.

Como si supieran que me toca hablar a mí, todos los ojos se posan sobre mí. Tengo la boca reseca, pero el apretón de Dom en mi mano me confiere el valor para hablar.

—Hola… —saludo y, como es evidente, hay interferencias entre los micrófonos y suena un pitido muy molesto—. Ups. Perdón. —Suelto una risilla nerviosa que conmueve a este público de tiburones, puesto que se suman a mi risa. Y eso me relaja. De repente, me siento como cuando me planto frente a mi cámara, dispuesta a conquistar YouTube—. Cuando llegué a Locronan, no esperaba vivir nada de esto. Vine persiguiendo un nuevo comienzo y terminé encontrando algo mucho más grande: una comunidad que me ha acogido y una serie de personas que me han cambiado la vida.

Miro a Dom, y el peso de mis palabras parece calar también en él.

—Quien grabó el último vídeo que se ha filtrado por ahí… soy yo. Como veis, no me dedico a la prensa y soy… Soy su novia. —Los flashes se activan como dinamita, pero no puedo parar—. Entonces no estábamos juntos. Y ni yo esperaba ver a Dom salir del baño medio en bolas ni él esperaba verme a mí allí. —Los periodistas

sueltan nuevas risas suaves que me calman un poco más—. Pero esa es la realidad. Vamos, ¿quién no se iba a quedar en shock por ver a Dominique Beaumont de esa guisa? —Nuevas risas por su parte. Cuando miro a Dom de reojo, lo encuentro con una sonrisa ligera en los labios y las mejillas coloradas—. Yo por lo menos sí, tanto que me tropecé y me di contra el respaldo del sofá. Eso es lo que pueden ver en el vídeo, y nada más. —Me tomo unos segundos para que el tono de la conversación cambie a uno más serio antes de añadir—: Lo que se ha dicho de Dominique estos días, y estos últimos meses, no es más que una distorsión de la realidad. Y como sociedad, deberíamos ser un poco más conscientes del daño profundo e irreparable que puede hacer la cultura de la cancelación en la que vivimos. Una única imagen, en un momento puntual y sacado de contexto, no puede definir la vida al completo de una persona. Ustedes, como medios de información y periodistas formados para comunicar y retransmitir la verdad, deberían saberlo mejor que nadie. Así que les agradeceríamos enormemente que nos ayudaran a difundir la verdad, por mucho que sea más aburrida —añado, con una risilla de la que se hacen eco—. Y eso… Eso es todo. —Trago saliva—. Muchas gracias.

Mis palabras parecen resonar en el silencio que les sigue. Luego, una pregunta rompe la tensión. Los periodistas empiezan a indagar, pero Dom y yo respondemos con calma, evitando caer en provocaciones. Jacques interviene de vez en cuando para aportar claridad y reforzar nuestra postura, mientras Silvie, sentada entre el público junto a Antoine y Théo, nos observa con los ojos empañados de orgullo.

Hacia el final de la rueda de prensa, algo llama mi atención entre los periodistas. Y es que, en realidad, no solo estamos rodeados de la prensa. Al fondo reconozco los rostros de Jade y Odette, acompañadas de la dueña de la alfarería. También están Mathieu y su esposa, Clara, Geraldine, la quesera, y Eliette, la charcutera, junto con otros vecinos que también reconozco. El corazón se me encoge al darme cuenta de que buena parte del pueblo está aquí para mostrarnos su apoyo.

—Mira —le susurro a Dom señalando con discreción hacia el fondo.

Él sigue mi mirada y, al verlos, se dibuja una sonrisa en su rostro. Aprieta mi mano con más fuerza, como si esa visión le diera un nuevo aliento.

Cuando termina la rueda de prensa, algunos de los asistentes se acercan para hablar con nosotros, y el pecho se me llena de una mezcla de gratitud y esperanza. Jade y Odette son las primeras en llegar.

—Estábamos seguras de que todo saldría bien —dice Jade con su alegría habitual.

—Para cualquier cosa que necesitéis, aquí nos tenéis, Marian —añade Odette, acariciándome la mejilla en un gesto maternal.

Las lágrimas amenazan con correrme la máscara de pestañas, así que me obligo a mirar al cielo para contenerlas. Lo último que nos hace falta es que me saquen en los periódicos llorando a moco tendido.

Es hablando con ellas cuando me percato de que esta no es solo una lucha por limpiar nuestras imágenes, sino una declaración de unidad.



Puesto que no pudimos celebrar Nochebuena en condiciones por preparar el mensaje que queríamos transmitir, nos reunimos la noche de Navidad para cenar en familia en uno de los salones del *château* —damos gracias por que no sea el de los espejos—. Estamos agotados, pero también aliviados. Silvie se ha encargado de cocinar, y sirve la carne estofada que ha preparado en el centro de la mesa redonda en la que ya estamos sentados Antoine, Dom y yo. Jacques reparte tres copas de vino para Silvie, Antoine y para él.

—¿Tú no quieres? —le pregunto a Dom.

Él niega con la cabeza y el corazón me da un vuelco.

—No tienes por qué dejar de beber por estar conmigo.

—No necesito alcohol para ser feliz. —Dom se inclina hacia mi asiento para darme un beso en la sien—. Para emborracharme, te prefiero a ti, estrellita.

Sus palabras me conmueven y le doy un beso suave en los labios.

La velada transcurre entre conversaciones agradables y risas, recordando los veranos en Marbella y los quebraderos de cabeza que les dimos a Jacques y a Michelle, entre fiestas y planes locos.

Cuando llega el final de la velada, intercambiamos algunos regalos que no esperaba recibir, como una foto de la boda enmarcada, en la que salimos Dom y yo mirándonos como si fuéramos lo único importante en el mundo. Jacques me regala una bufanda de punto que ha hecho él mismo.

—Así voy practicando para la jubilación —me dice, risueño.

Es gustosa y calentita, y sé que nunca me desharé de ella. En un hueco, aprovecho para darle mi regalo a Dom, mordisqueándome el

labio inferior.

—Es una tontería —le advierto—. No he tenido mucho tiempo de prepararlo.

Su mirada se suaviza al ver el envoltorio perfecto de la cajita rectangular y alargada. Al abrirlo, descubre dos entradas para ver la grabación en directo de su pódcast de *true crime* favorito y, sin vergüenza ninguna, se lanza a darme un morreo de los de película. Silvie y Antoine nos silban y corean, y yo me pongo como un tomate, para no perder la costumbre.

—Me encanta, muchas gracias —murmura contra mis labios.

Saca una caja de debajo del enorme árbol que han montado y me la tiende.

—El mío ahora me parece tremendamente estúpido —dice riéndose.

—Seguro que está muy bien —lo aliento mientras lo desenvuelvo.

Cuando arranco el papel de estrellitas —después de lanzarle una mirada cómplice— descubro un kit para construir un *book nook* con el que decorar mi estantería de casa. Sonrío, porque es una librería en miniatura, y Dom se inclina hacia mi oído.

—Es para que no descuides tus manualidades —me susurra con diversión.

—¡Dom! —lo riño a carcajada limpia antes de darle un manotazo del que se defiende entre risas.

Cuando terminamos de intercambiar regalos, me ofrezco a fregar los platos, ya que no he podido ayudar con la cena. Para mi sorpresa, monsieur Beaumont viene a hacerme compañía, y los chaqueteros de sus hijos optan por quedarse tirados en un sofá.

—Al margen de los últimos acontecimientos, ¿qué tal te has adaptado a la vida francesa, Marian? —me pregunta cuando le paso un plato para que lo seque.

La pregunta me pilla por sorpresa, y en lugar de responderle que esa vida se termina pronto porque en unos días volveré a España, me quedo con el lado positivo:

—Creo que no me ha ido mal.

—Me alegra oírlo, querida. Siempre he pensado que tu sitio estaba aquí, en Francia. —Me vuelvo hacia él y dejo correr el agua—. No me mires así que, después de tantos años, a este viejo se le escapan pocas cosas. El lugar de una persona está donde se encuentran sus sueños.

Escuchar esa palabra me devuelve a la tarea de fregar los platos, porque yo ya no sé dónde está eso. Estudiando con Chloé Cadeau no, eso seguro. Aun así, le debo mucho a Jacques.

—Gracias por apoyar el mío, monsieur Beaumont.

—Creo que ya no tienes excusa para no llamarme Jacques, Marian. Vuelvo a ser tu suegro, y ambos somos mayorcitos. —Se me escapa una risa y asiento con la cabeza—. Pero yo no hice nada. Si debes agradecérselo a algo, que sea a tu talento. Te lo debes todo a ti misma. —Deja el plato en su sitio y se coloca de medio lado hacia mí—. ¿Sabes? Cuando uno tiene dinero, es muy fácil recurrir a él para solucionarse la vida. Y con el paso del tiempo, deja de resultar emocionante. El día de mañana, podrás afirmar, con todo el orgullo del mundo, que llegaste donde te propusiste gracias a tu esfuerzo y a tu talento, no porque alguien te comprara facilidades. Así es como se monta un buen imperio, Marian, uno digno de llevar tu apellido.

La admiración con la que habla del trabajo duro me conmueve y me hace pasear la vista por la estancia que se entrevé al otro lado de la cocina, donde sus hijos y Antoine charlan animados. Esto, esta mansión y todo lo demás, se mantiene por el trabajo de toda una vida, la de Jacques Beaumont. Un hombre que salió de la nada, que empezó con el sueño de ser modista y terminó conquistando el mundo entero.

—Tienes razón —le concedo—. Pero no estoy del todo de acuerdo. —Él me observa con el ceño fruncido y yo clavo la vista en los platos sucios—. Es muy difícil cumplir sueños cuando no se tiene un componente extra más allá del trabajo duro. Por mucho que una persona se esfuerce, por mucho que alguien se deje la piel en llegar lo más lejos posible, no siempre lo conseguirá. El empeño no lo es todo. A veces, hay circunstancias que son más grandes que nuestra determinación y que nos apartan del camino. —Hago una mueca triste al recordar el accidente de mi padre—. Y otras, para terminar de dar el salto, se necesita de un poquitito de suerte, de estar en el momento y el lugar adecuados, o de un acto de confianza por parte de terceros.

»Estoy convencida de que el mundo sería un lugar mejor si entre todos propiciáramos el empujoncito que a otra persona le hace falta. Tú lo hiciste conmigo al confiar en mi trabajo. Y otra persona terminará dándole la oportunidad a alguien más al tenderle la mano con un contacto o una recomendación. —Me viene a la mente la fusión francohispana y sonrío—. Al final, el mundo está compuesto por una cadena de buenas acciones y confianzas que eleva a unos y a otros a lo más alto. Pero sin ese buen hacer, sin esa apuesta ni ese riesgo, el trabajo duro, en muchas ocasiones, solo sería trabajo.

El silencio que se genera en la cocina nos engulle, y automáticamente me arrepiento del discurso que le acabo de soltar a alguien que podría ser mi padre.

—No lo había visto así —reconoce con un deje de admiración—. Y, si me paro a analizarlo, tienes razón. Yo también tuve a mi primer monsieur Beaumont. —Lo miro sorprendida—. El banco, querida. —Ambos compartimos una risa—. Si el banco no hubiera confiado en mi plan de mercado y en las ideas que le presenté, no habría podido abrir mi primer *atelier*. Dom no habría llegado a lo más alto si su sensei no hubiera visto el talento en él. Silvie no estaría lista para heredar la compañía si mi Michelle no la hubiera apoyado a meterse en un mundo dominado por hombres.

Asiento, sin saber qué más decir, y retomamos la tarea de fregar los platos.

—¿Puedo preguntarte algo? —le digo pasados unos minutos.

—Adelante.

—Cuando me ofreciste este trabajo, ya habías comprado el hotel. —No es una pregunta, y ambos lo sabemos—. ¿Por qué? Podría haber ido al paro y haberme reincorporado cuando reabriera.

—Ah, querida, pero es que a Dom también le hacía falta su empujoncito.

Frunzo el ceño sin entenderlo. La pillería que leo en su mirada me vale como respuesta.

—¿Tú…? —Las mejillas se me encienden—. ¿Lo hiciste para que acabáramos juntos? ¿Lo de juntarnos en la misma casa y todo?

—Bueno, era cierto que no esperábamos a Dom el día de la merienda, así que sí que le di su habitación a su tía abuela. Pero en algún momento terminaría pasándose por aquí. El resto…

Se encoge de hombros en un gesto travieso que me arranca una carcajada.

—Pues gracias, supongo.

—De nada, querida.

Inclina la cabeza en mi dirección, y la naturalidad del gesto me hace sonreír aún más, conmovida. Porque, si no fuera por él, no me habría reencontrado con el amor de mi vida.

—Ya que hemos hablado de confianza —digo cuando casi hemos terminado de fregar—, creo que va siendo hora de que lo sepáis.

—¿El qué? —Jacques me mira con curiosidad en los ojos.

Yo sonrío más hondo si cabe, cómoda con la presencia de un hombre que me ha brindado tanto.

—Me llamo Marián, con acento en la última «a», no en la primera.

Epílogo

Marián



Sábado, 19 de diciembre de 2026

El viento de diciembre acaricia mis mejillas, pero la calidez que siento en el pecho lo contrarresta por completo. De pie frente al edificio, todavía no me creo que haya llegado hasta aquí. La fachada, recién pintada, brilla con un tono rosa pastel que hace resaltar el letrero dorado sobre la puerta de arco redondeado. Una cinta roja y radiante atraviesa la entrada; detrás de mí, mis seres queridos esperan.

Hace apenas dos años, mi vida estaba en un lugar completamente diferente. Después de la boda de Silvie, con los ánimos por la filtración del vídeo más calmados y con otro éxito repostero a mis espaldas, regresé a Marbella para aclararme con respecto a mi futuro. Las reformas del Marbella Beaumont se demoraron hasta principios de marzo, pero con lo que tenía ahorrado para invertirlo en el curso de Chloé Cadeau, nos mantuvimos bien. En cuanto abrió, Jacques me contrató, aunque ambos sabíamos que, en esa ocasión, no era para quedarme de forma indefinida. Había aceptado regresar

con una condición: que fuera para formar a mi sucesora, alguien que pudiera continuar con el legado del rincón gourmet mientras yo encontraba mi propio camino.

Ese tiempo en el hotel sirvió también para reforzar los lazos con mis padres. Verlos reconstruir su relación me dio una perspectiva nueva sobre el perdón y la posibilidad de empezar de nuevo. Sobre lo fácil que es olvidar que podemos enamorarnos varias veces de la misma persona, con cada nueva versión de sí misma a lo largo de los años.

A mí me pasó, porque mi primer amor me lo brindó un chico callado, algo distante e incluso un poco presumido, uno que revolucionaba unas hormonas muy poco reguladas y que me regaló los mejores veranos de mi vida. La segunda vez que me enamoré de él lo hice de un hombre maduro, cabal, valiente y bueno hasta decir basta, con un corazón noble que no le cabe en el pecho. Ni siquiera me di cuenta de cuándo pasó, ni de si llegué a no estar enamorada de él en algún momento. Lo que sí sé es que caí una vez, que caí dos veces y que volvería a caer cada día de mi vida. Porque cuando se ama así, cuando se ama durante tanto tiempo, la chispa puede apagarse, pero esa capacidad de reinventarse para que la llama nunca se extinga sigue ahí. Solo hay que cuidarla. Mimarla. Mutuamente.

Con esa convicción, durante esos primeros meses de vuelta a la rutina, me centré en las largas jornadas de trabajo durante el día y en las largas conversaciones con Dom durante la noche, quien me apoyaba incluso en la distancia. La Federación terminó pronunciándose y, dado su buen hacer y que no hubo denuncia de por medio, junto a su muestra de arrepentimiento pública y las

disculpas reiteradas que fue emitiendo, cerraron el caso y dejaron la situación como estaba. Lo que le permitió a Dom recobrar su propia rutina y volver a entrar en el ciclo de competiciones para luchar por mantener el título de campeón olímpico. Pase lo que pase, las Olimpiadas de Los Ángeles 2028 serán sus últimas antes de retirarse y centrarse por completo en el negocio que está montando de asesoría deportiva, tanto legal como de relaciones públicas. Y yo estaré ahí para verlo.

Igual que él está aquí hoy, conmigo.

—Pero ¡córtala yaaaa! —chilla Sofía con una energía que ni el niño que le pidió un patinete a Baltasar hace unos años y que se hizo tan viral.

Irene me tiende unas tijeras enormes que no sé de dónde narices ha sacado. Por el vistazo cómplice que nos dedica Jacques, creo que se las ha proporcionado él.

—Venga, ¡que se me congelan los pies! —dice mi mejor amiga con tono teatral.

Miro a mi alrededor, a todos los rostros que me rodean. Mis padres me observan con una expresión de orgullo que me llena los ojos de lágrimas. Jacques y Silvie están más atrás, conversando con Théo en voz baja, pero sus miradas se iluminan cuando nuestros ojos se cruzan. Y Dom… Dom está justo a mi lado, sonriéndome con esa mezcla de amor y admiración que siempre me deja sin aliento.

A sabiendas de que estoy pensando en él, mi novio se acerca a mí y me rodea la cintura con un brazo.

—Estás lista —me susurra contra la sien.

Asiento, me trago el nudo de emoción y, con un gesto decidido, corto la cinta. Al sonido del metal al atravesar el lazo lo sigue un

estallido de aplausos y gritos de emoción. Al borde de las lágrimas, miro a Dom. La curvatura de sus labios me colma de cariño, una que evidencia lo profundamente enamorado que está de mí. Y yo de él. Se inclina hacia mí para darme un beso largo y sentido, de esos que me aflojan las rodillas y me dejan las mejillas coloradas.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti, estrellita mía.

Vuelve a capturar mi boca y, de repente, es como si besase el mismísimo sol en una fría mañana de invierno. Este beso dura poco, puesto que nos interrumpe un torbellino de energía al impactar contra mis piernas. O al aplacarlas, más bien. Se me escapa una risita que Dom se bebe antes de separarse de mí, embelesado. Después, me agacho y alzo a Sofía entre mis brazos, riéndome mientras ella celebra el corte de la cinta como si acabáramos de ganar una medalla olímpica.

Irene se acerca a nosotras, con la mirada brillante de orgullo mientras extiende los brazos para incluirnos a ambas en un abrazo que siento hasta en el alma.

—¡Lo has logrado, tía! —grita mi mejor amiga contra mi oído. Y, aunque me queje, da igual—. De nada, por cierto.

—¿De nada? —pregunto riendo. Me separo de ella con una ceja alzada.

—Claro. Todo esto es gracias a mí. Quién te convenció de que aceptaras el trabajo de monsieur Beaumont, ¿eh?

Río de nuevo, y el pecho se me expande e inunda de calidez con cada nueva risa que mis seres queridos me arrancan. Mi mejor amiga me quita a su hija de los brazos y se la pasa a su pareja, que nos observa con cariño. Cuánto me alegro de ver a Irene feliz, que comparte su vida con alguien que la complementa a la perfección.

Aunque no tuvieron una historia fácil, supieron sobreponerse a los baches hasta crear su propia comedia *dramántica*, como Irene llama a cómo volvimos a estar juntos Dom y yo. Pero esa historia merece que la cuente su protagonista.

Mis padres son los siguientes en acercarse. Mamá me acaricia la mejilla con un cariño que siempre me hace sentir como si todavía fuera una niña. En el buen sentido. Papá tiene los ojos vidriosos y, aunque intenta disimularlo, su voz temblorosa lo delata.

—Eres nuestra mayor alegría, hija mía. —Me inclino para abrazarlo y pronto se nos une mi madre.

Ha costado, pero me alegro de que mis padres por fin hayan encontrado su equilibrio.

Jacques también me abraza, y gracias a eso, veo a Théo y a una recién divorciada Silvie hablando bajito, muy cerca el uno del otro. Sus vidas también han cambiado mucho en este tiempo. Dom y yo tenemos la sospecha de que esos dos se traen algo entre manos, aunque aún no sabemos el qué. Ella, en cuanto me ve observarla, da un respingo y corre hasta mí para abrazarme y susurrarme al oído:

—Creo que no te digo lo suficiente lo mucho que me alegro de que seas mi cuñada.

Suelto una risa sincera y niego con la cabeza.

—Esto es solo el comienzo, querida —me dice Jacques, a nuestro lado—. Estoy deseando ver hasta dónde llega tu imperio.

Sus palabras me conmueven, pero antes de responder, mi atención se desvía hacia Jade y Odette, que sirven copas de champán entre los vecinos. Me acerco a ellas, con la emoción arremolinándose en mi pecho.

—Gracias, chicas, por seguirme en esta locura.

Jade niega con la cabeza sin perder la sonrisa.

—Gracias a ti por dejarnos formar parte de esto.

—Y por no perder la paciencia —añade Odette guiñándole un ojo a su hija.

—¡Eh! ¡Soy la mejor alumna que podríais haber tenido en todo esto!

Les doy un abrazo fugaz a ambas y las dejo medio discutiendo para regresar con los demás.

Con una nueva aspiración en la vida, volví a Locronan para hablar con Jade y Odette e invertí parte de mis ahorros en alquilar un pisito muy modesto. Sabía que Le Cygne Rouge tenía mucho potencial, pero que no estaban explotando del todo las nuevas tecnologías. Así, terminé proponiéndoles abrir un obrador capaz de servir productos a nivel europeo y que estuviera conectado directamente con la crepería, que pasaría a ser una cafetería al uso. Jade aceptó encargarse del negocio familiar, mientras que Odette y yo dirigiremos la pastelería juntas, como socias.

Me quedo sola un momento mientras contemplo el letrero dorado sobre el toldillo rosa pastel de La Petite Étoile, mi primer obrador. El nombre es un reflejo de todo lo que he vivido, de las personas que me han ayudado a llegar hasta aquí y las metas que aún quiero alcanzar.

—No podrías haber elegido un nombre más perfecto —me dice Dom con la voz cargada de emoción, abrazándome por la espalda—. Eres la estrella de este lugar, Marián. Y ahora todos saben que, si te siguen, encontrarán su camino.

Sus palabras vuelven a llenarme los ojos de lágrimas y de una calidez que no puedo describir. Me vuelvo hacia él y me apoyo en su pecho para alzar la vista y encontrarme con esos iris castaños cargados de motitas verdes.

—¿Sabes? —murmura contra mis labios. Empieza a mecernos de un lado a otro, como bailando al son de las risas y las conversaciones de nuestros familiares y seres queridos—. Cuando abras tu siguiente local, te pediré que te cases conmigo.

El sonrojo calienta mis mejillas.

—Eso podría no llegar nunca.

—Oh, cariño, tengo cero dudas de que ese día llegará.

Despacio, se inclina hacia mí y me besa en los labios. Ese gesto va colmado de muchas cosas. De superación, de amor, de batallas y esfuerzos, de risas con sabor a estrellas y a mar Mediterráneo. Pero, sobre todo, va colmado de orgullo por compartir sueños cumplidos. Así como yo presencié cómo ganaba su primera medalla olímpica, él ha estado conmigo para verme alcanzar mi sueño.

Uno que no era el que tenía con catorce, ni con dieciséis, ni con veintitrés. Uno que, con los treinta y uno ya bien cerca, cambió. Decidí dejar atrás una concepción arraigada y tatuada en el alma para darme cuenta de que está bien que los sueños cambien y se adapten a nuestras circunstancias. Que está bien que estos tarden en llegar o que se forjen a lo largo de toda una vida. Que está bien que se aparquen y se recuperen a una edad más madura o que se persigan desde la más tierna infancia.

Porque los sueños, mientras se recuerden, no se desvanecen. Y nunca es tarde para luchar por lo que te hace verdaderamente feliz.

Dom se aleja de mí para unirse a nuestra familia, la de sangre y la elegida. Yo me quedo aquí, observando la fachada iluminada de mi obrador mientras pienso en cómo casi no lo conseguí. «Casi», mi nueva palabra favorita, una que va envuelta en un sinfín de posibilidades por descubrir. Y es que La Petite Étoile —«La estrellita», en francés— no es un simple negocio. Es el resultado de sueños, de esfuerzos compartidos y del amor que me rodea.

Entonces me doy cuenta de lo más importante, y es que sueñes lo que sueñes, hagas lo que hagas, trabajar en ello nunca tendría sentido si por el camino pierdes y te desprendes de quienes te verían recorrerlo con una sonrisa en los labios. De quienes te esperarían con un abrazo en la línea de meta para festejarlo contigo.

Reconozco que en eso soy campeona olímpica, porque todas estas personas que ahora están a mi lado son mis mejores y más preciadas medallas.

Agradecimientos

A diferencia de lo que hice en mis otras novelas, en esta ocasión me gustaría empezar expresando mi gratitud a dos personas que ni siquiera saben que existo. En primer lugar, a Pam, del canal *Quiero Cupcakes*, una fuente inagotable de información sobre repostería creativa y cuyas recetas endulzaron mi momento más *delulu*, hace unos diez años, cuando me dio la vena pastelera y cebé a mi marido con sus tartas. Porque no, amigas, por increíble que parezca, a mí no me gusta el dulce, ja, ja, ja.

Si algún día tú y yo coincidimos en una presentación, pregúntame qué me pasó en un tren de vuelta a Málaga por Navidad y por qué mi segundo agradecimiento va para el medallista olímpico y a veces, tiktoker, Damián Quintero, de quien he aprendido mucho de kárate y cuyos vídeos me inspiraron para la profesión de Dom. Quisiera hacer, además, una mención especial a las Olimpiadas de verano de París 2024 por regalarnos tantos momentos de película romántica de sobremesa, con festejos emotivos y en pareja (seguro que viste decenas de *edits* en redes sociales).

Ahora sí, poniéndonos un poco más serias aunque esta novela no pretendiera serlo, he de confesar que hubo un momento muy oscuro en mi carrera en el que pensé que no volvería a escribir. Había tocado fondo y, como Marián, atravesaba una crisis en cuanto a mis

propios sueños. Y entonces llegó mi hermana con la anécdota más surrealista: una invitación a París por parte de un cliente del hotel en el que trabajaba mi cuñado a gastos pagados y que me dio la chispa de esta historia. Así que gracias, tata y Raúl, por hacer que esta novela esté inspirada en hechos reales —aunque no como *romcom*— y darme una excusa para contar una nueva historia. La realidad, a veces, supera la ficción, no tenemos ninguna duda.

Cuando empecé a escribir *La segunda vez que me enamoré de ti*, allá por octubre del 2024, no sabía qué iba a pasar con la novela, si vería la luz o no. Cambiar de género es arriesgado, así que iba con mucho miedo. Aun así, no desistí y seguí adelante, volcando parte de mis miedos en cómo se sentía Marián y en su lucha por perseguir sus sueños, sin importar la edad, hasta llegar aquí.

Y es que, igual que ella, las mejores medallas de mi vida son haberme rodeado de personas maravillosas que me han acompañado en todo este proceso, que no ha sido sencillo.

En primer lugar, mi familia, forjadora de los mejores veranos —aunque nosotros huíamos de Marbella cuando la vida nos dejaba—, por permitirme crecer en un entorno tan lleno de anécdotas. Algunas de mi adolescencia han quedado inmortalizadas en estas páginas, porque yo también me llevé un balonazo tremendo en la cara (sin nariz partida) y volé gracias a una boya.

Gracias a Nacho, el amor de mi vida, por coger el testigo de regalarme los mejores veranos hace catorce años, por dejarte enamorar con mis Pastelitos Olímpicos aunque no seas muy fan de la romántica, por darle un nuevo significado a veranear en Marbella y, al igual que Dom y Marián, por saber leerme la mente y

entendernos sin palabras. Punto raya, mi amor. Si sé algo sobre querer, es gracias a ti.

Gracias también a Nia Area, mi Irene personal y mejor amiga que se podía pedir, por recoger mis lágrimas y recordarme que no debo apagar mis emociones, y por hacer del humor nuestro mecanismo de defensa. Tu confianza en mí y tu temple son parte del motivo por el que sigo aquí.

Gracias a mis betas maravillosas, Alisha Cavill, Lidi Howland y Paula L. Marichal, por lanzaros a leer una historia tan diferente a lo habitual en mí y arroparla con el mismo cariño de siempre. Sois el mejor Team Escritoras. Un gracias especial a la ya mencionada Paula, la mayor fan de Marián y Dom, por leerte la novela dos veces y una de ellas en tiempo récord, y a Lourdes González que, aunque te sumaste más tarde, me ayudaste a confiar en esta historia como se merece y a quererla un poquito más.

Este es uno de esos casos en los que, de verdad, esta novela no habría llegado hasta aquí de no ser por la confianza del equipo editorial que me respalda. En primer lugar, gracias a Pablo Álvarez y a David de Alba, mis agentes en Editabundo, por no tirar la toalla y pelear por mis Pastelitos y por mí. A mi editora, Clara Rasero, por confiar en mí siempre, incluso cuando yo no lo hago, por regalarme tu paciencia y seguir conmigo al pie del cañón. Y a todo el equipo de Ediciones B que ha trabajado duro y desde las sombras para darle la mejor cara a esta historia, en especial a Elena Recasens y a Mari Carmen Boy, del equipo de corrección.

También quería lanzar un agradecimiento especial a toda esa gente que trabaja en hostelería, sea en verano o todo el año, y que tiene que aguantar lo inaguantable en una sociedad que cada vez es

más irrespetuosa con el trabajo y el esfuerzo ajenos. En un país construido alrededor del turismo, vosotros sois nuestros cimientos.

Por último, gracias a ti, que has elegido este libro de entre los cientos de miles que hay en el mercado. Por darnos, a él y a mí, una oportunidad me hubieras leído antes o no. Por lanzarte a descubrir los veranos de Marián y Dom y enamorarte dos veces con ellos. Sin tu apoyo, sin tenerte al otro lado del papel, nada de esto tendría sentido.

Créeme cuando te digo, con la mano en el corazón, que eres el único motivo por el que sigo luchando por mi sueño. Así que gracias y ojalá volvamos a leernos en el futuro.

Un amor para (*casi*) siempre.
Una historia (*casi*) perfecta.
Una segunda oportunidad para creer en el amor.



Marián vive con una especie de maldición: cada vez que está cerca de conseguir lo que desea, termina quedándose en un "casi". Le pasa en su trabajo de repostera, donde sigue anclada al rincón gourmet de un hotel. Y le ocurrió hace ocho años cuando Dom, su primer y "casi" perfecto amor, le rompió el corazón.

Su mundo —y su maldición— están a punto de cambiar cuando alguien de su pasado reaparece con una propuesta imposible de rechazar: encargarse de la tarta de una boda que se celebrará en un encantador castillo francés. La oportunidad podría ayudar a Marián a

cumplir su sueño de abrir su propio obrador, si no fuera porque la novia es la hermana de Dom y asistir supondría encontrarse de nuevo con él, su irresistible sonrisa y el doloroso pasado que comparten.

Marián debe apostar por su futuro. Lo que no sabe es que Dom no solo ha pasado estos años centrado en su carrera de atleta olímpico, sino también luchando por olvidar aquellos veranos juntos, que se convirtieron en los mejores de su vida. Dom estaba a punto de ganar el combate contra los recuerdos cuando ella aparece en la boda…

¿Es posible perdonar el pasado y enamorarse dos veces de la misma persona?

Lucía G. Sobrado (1993, Marbella) es traductora audiovisual de profesión y escritora por vocación.

En 2023 publicó en Ediciones B *Bruma Roja y Reino Feroz*, una bilogía fantástica con romance que entremezcla los cuentos clásicos de un modo retorcido y adulto y que la convirtió en la autora española más vendida de fantasía romántica.

En 2024 conquistó a las lectoras del género romantas y con la Trilogía Sangre de Plata, compuesta por *Corazón de piedra*, *Rey de sombras* y *Promesa de sangre*.

La segunda vez que me enamoré de ti es su decimoprimera novela publicada, y su segunda incursión en la romántica, con la que se consolida como autora multigénero.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Lucía G. Sobrado
Autora representada por Editabundo, Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, iStockphoto, por las ilustraciones del interior

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Imagen de portada: © Lucia Picerno

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8395-1

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La segunda vez que me enamoré de ti
Nota de la autora
1. Marián
2. Marián
Primer verano
3. Marián
4. Dom
5. Marián
Segundo verano
6. Dom
7. Marián
Tercer verano
8. Marián
9. Dom
Cuarto verano
10. Marián
11. Marián
Quinto verano
12. Dom
13. Marián
14. Dom
Lo de en medio
15. Marián
16. Dom
Último verano
17. Dom
18. Marián
19. Dom
20. Marián
21. Marián

22. Dom
23. Dom
24. Marián
25. Dom
26. Marián
27. Marián
28. Dom
29. Marián
30. Marián
31. Dom
32. Marián
33. Dom
34. Marián
35. Dom
36. Marián
37. Marián
38. Dom
39. Marián
Epílogo. Marián
Agradecimientos
Créditos